

7
 4 p.m. Whitney
 Chocolate
 Koble
 Callao
 Rodauro's
 ungen. Trujillo
 ungen. Tambo de Mora
 ungen. Koomos
 ungen. Dagnino
 ungen. Colville
 ungen. Logyhe

6. December
 5.35 p.m. Orffind von Tambo de Mora
 Pl. 24 ca 1/30 See gut
 Abendsonne (agnomon 2 1/2 x 1/5 x 1)
 Seed 13/18, No 1.

7. December
 6.25 a.m. port bndred Trokandort
 im Hafen von Callao Pl. Seed 13/18, 2,
 Ll. 9, ca 1/6 See.
 N. 1
 8 5
 See \$1
 bedekt \$6 Pl. 6 = 1/11
 12 = 1/6, also Pl. 9
 gind of rittig pin.

Map

Callao
 I Phosogr.
 II Case
 III Rodauro's
 IV Colville
 V Apothek
 (1856-1944)

EVALUACIONES DE SUS INVESTIGACIONES Y OBRAS

Peter Kaulicke / Manuela Fischer /
 Peter Masson / Gregor Wolff
 editores



FONDO EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

MAX UXLE (1856-1944)
EVALUACIONES DE SUS INVESTIGACIONES Y OBRAS

Max Uhle
(1856-1944)

EVALUACIONES DE SUS INVESTIGACIONES Y OBRAS

Peter Kaulicke / Manuela Fischer /
Peter Masson / Gregor Wolff
editores



Embajada de la
República Federal de Alemania
Lima

Fritz Thyssen Stiftung
FÜR WISSENSCHAFTSFÖRDERUNG



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

DAAD Deutscher Akademischer Austausch Dienst
German Academic Exchange Service

S M
B Ethnologisches Museum
Staatliche Museen
zu Berlin

IBERO-AMERIKANISCHES INSTITUT
PREUSSISCHER KULTURBESITZ

I A I
P K

Max Uhle (1856-1944). Evaluaciones de sus investigaciones y obras
Peter Kaulicke, Manuela Fischer, Peter Masson y Gregor Wolff

© Peter Kaulicke, Manuela Fischer, Peter Masson y Gregor Wolff
editores, 2010

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Cuidado de la edición y diseño de cubierta: Fondo Editorial PUCP

Diagramación de interiores: Rafael Valdez

Primera edición en castellano: junio de 2010

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2010-07250

ISBN: 978-9972-42-929-3

Registro del Proyecto Editorial: 31501361000479

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

ÍNDICE

Prefacio	7
La vida y obra de Friedrich Max Uhle. Recientes logros, problemas y perspectivas <i>Peter Kaulicke</i>	9
MaxUhle y la prehistoria del noroeste argentino <i>Javier Nastri</i>	25
La misión de Max Uhle para el Museo Real de Etnología en Berlín (1892-1895): entre las ciencias humboldtianas y la arqueología americana <i>Manuela Fischer</i>	49
Revalorizando a Max Uhle en Tiwanaku <i>Alexei Vranich</i>	63
Max Uhle: «descubridor» del chipaya <i>Rodolfo Cerrón-Palomino</i>	79
Max Uhle en Filadelfia (1897-1899) <i>Clark Erickson</i>	93
Un siglo después de Uhle: reflexiones sobre la arqueología de Pachacamac y Perú <i>Izumi Shimada, Rafael Segura Llanos, David J. Goldstein, Kelly J. Knudson, Melody J. Shimada, Ken-ichi Shinoda, Mai Takigami & Ursel Wagner</i>	109
Nuevas evidencias sobre costumbres funerarias en Pachacamac <i>Peter Eeckhout</i>	151
Max Uhle, el sitio F de Moche y la llamada plataforma Uhle <i>Claude Chauchat & Belkys Gutiérrez León</i>	165
Huacas del Sol y de la Luna: cien años después de los trabajos de Max Uhle <i>Santiago Uceda Castillo</i>	175
Markahuamachuco y la sierra del departamento La Libertad, norte del Perú: la contribución de Uhle <i>Jesús Briceño Rosario</i>	205

El trabajo de Uhle en Tambo Colorado: una evaluación <i>Jean-Pierre Protzen</i>	233
La pala investigadora de Max Uhle. Sus aportes a la cronología de la costa sur a la luz de las investigaciones recientes <i>Markus Reindel, Johny Isla, Niels Hecht, Denise Kupferschmidt & Heike Otten</i>	253
Telas pintadas de Chimú Capac, valle de Supe, Perú <i>Amy Oakland</i>	281
Investigaciones arqueológicas de Max Uhle en la isla San Lorenzo, Callao (1906-1907): un siglo después <i>José A. Hudtwalcker Morán</i>	295
Los trabajos de Max Uhle en el cementerio de Nievería y su cronología a la luz de investigaciones recientes <i>Rafael Valdez</i>	313
Las investigaciones de Friedrich Max Uhle en el desierto de Atacama (norte de Chile) <i>Lautaro Núñez</i>	337
El legado de Max Uhle en la arqueología de Arica <i>Calogero Santoro, Vivien G. Standen, Bernardo T. Arriaza & Francisco Rothhammer</i>	349
Cerro Narrío y Max Uhle: el arqueólogo como agente del desarrollo de la arqueología ecuatorial <i>Augusto Oyuela-Caycedo, Peter W. Stahl & J. Scott Raymond</i>	359
El legado Max Uhle en el Instituto Ibero-Americano de Berlín <i>Gregor Wolff</i>	379

PREFACIO

Hace 17 años se realizaron dos eventos conmemorativos de la muerte de Friedrich Max Uhle: el primero, llamado *Max Uhle y el Perú Antiguo. Coloquio en conmemoración de los 50 años de su muerte*, se llevó a cabo en setiembre de 1994, fue organizado en Lima por Peter Kaulicke y sus ponencias fueron publicadas. El segundo, se efectuó en Dresden y Berlín, Alemania, en diciembre de 1994, fue organizado por Ursula Thiemer-Sachse y Peter Masson respectivamente, y sus resultados fueron publicados en castellano. Si bien el enfoque del evento limeño fue más restringido geográficamente, ambos estuvieron estrechamente vinculados y promovidos sobre todo por el interés constante y desinteresado del doctor Peter Masson, del Instituto Ibero-Americano de Berlín, donde se guarda el importante legado de Uhle. Mientras que los aportes de la publicación alemana mostraron ya el potencial del material contenido en este legado, hasta entonces poco asequible, la del Perú proporcionó un acceso más fehaciente a publicaciones de Uhle cuyas traducciones previas destacaron por su reducido apego a los originales.

Entre el 5 y el 7 de mayo de 2006, 150 años después del nacimiento de Uhle, esfuerzos conjuntos entre Berlín y Lima posibilitaron la realización de otro evento, *Max Uhle (1856-1944). Simposio Internacional Evaluaciones de sus investigaciones y obras*, llevado a cabo en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Los organizadores fueron Manuela Fischer (Ethnologisches Museum, Berlín), Peter Masson, Gregor Wolff (Ibero-Amerikanisches Institut) y Peter Kaulicke (Pontificia Universidad Católica). Colegas de Argentina, Chile, Colombia, Perú, Alemania, Estados Unidos y Francia presentaron y discutieron temas centrales como la vigencia de los trabajos arqueológicos de Uhle a la luz de investigaciones recientes en los mismos sitios ya reconocidos por él, tanto en el Perú como en los otros países de su radio de acción. Representantes de los institutos que guardan material importante de Uhle (Ibero-Amerikanisches Institut Berlin, Ethnologisches Museum, Berlin, University of Pennsylvania, Philadelphia y Phoebe-Hearst-Museum, University of Berkeley) ofrecieron su colaboración abierta a colegas interesados, facilitada por convenios vigentes entre Berlín y Estados Unidos y el acceso al material por Internet, lo que constituye una situación marcadamente distinta a la que prevaleció durante décadas previas.

Con ello se está consolidando el papel fundamental que le corresponde a Max Uhle en la formación de una arqueología moderna en los diferentes países en los que trabajó durante cuarenta años y en el correcto ordenamiento de los vestigios del pasado preeuropeo de buena parte de Sudamérica occidental, prácticamente sin antecedentes. Estos logros convierten a Uhle en fuente indispensable para arqueólogos modernos tal como se puede apreciar en muchos aportes de la presente obra. Pero sus méritos no se limitan a sus contribuciones en el mencionado campo, sino que se extienden a la lingüística (su formación académica original), a la etnografía y a la etnohistoria. Los aportes a cada una de estas disciplinas son de alta relevancia pese a que no pudieron ser resaltados debidamente ni en el simposio ni en la presente publicación. De ahí que el simposio y la publicación de sus actas no constituyan una reapreciación de Uhle con motivos conmemorativos ni una nueva síntesis acabada de su obra, sino el inicio de una evaluación crítica de su persona y sus aportes científicos sobre la base de una documentación voluminosa, pero muy dispersa, que requiere el concurso concertado de muchos colegas, tanto latinoamericanos, como alemanes, estadounidenses y de otros países del globo. Esperemos que esta iniciativa anime a este tipo de cooperación internacional cuyos frutos beneficiarán el avance de las ciencias humanas en general.

Queda por agradecer a las personas e instituciones que han posibilitado la realización del simposio y la publicación de la presente obra. En primer lugar quisiéramos reconocer a nuestros colegas que han participado en el evento y que han entregado sus contribuciones para la publicación. El rector de la Pontificia Universidad Católica, ingeniero Luis Guzmán-Barrón apoyó la iniciativa del evento y participó en la inauguración, como también lo hizo la doctora Pepi Patrón, jefa del Departamento de Humanidades. La doctora Patricia Harman y su equipo se encargaron de los aspectos organizativos y administrativos. El entonces embajador de Alemania en el Perú, doctor Roland Kliesow, mostró un interés especial en nuestro proyecto y consiguió un importante apoyo económico del Deutscher Akademischer Austauschdienst (DAAD) (Servicio Alemán de Intercambio Académico) y participó también en la inauguración del evento. La doctora Waltraud Kofer, profesora de la PUCP y encargada de asuntos

del DAAD en la universidad, ayudó mucho en facilitar los contactos y cumplir con los requerimientos burocráticos. Además de ello, contamos con el apoyo económico sustancial de la Fundación Fritz Thyssen que posibilitó la participación de muchos colegas extranjeros.

La publicación de la presente obra fue posible gracias a otro aporte importante de la Fundación Fritz Thyssen. Patricia Arévalo y su equipo del Fondo Editorial se encargaron de los preparativos, así como el señor Rafael Valdez, quien se responsabilizó de la coordinación en primera instancia con los autores y la diagramación.

Queda por expresar un agradecimiento muy especial al doctor Peter Masson, quien por décadas se preocupó del legado Uhle en el Instituto Ibero-Americano de Berlín, y quien animó y facilitó los trabajos de muchos científicos que se han dedicado a su estudio con su particular amabilidad y discreción aunados a profundos conocimientos de la americanística en toda su extensión. Es, últimamente, a él que se debe el renacimiento de los estudios sobre Uhle y la realización de esta obra.

Dr. Peter Kaulicke
Especialidad de Arqueología PUCP

Dra. Manuela Fischer
Ethnologisches Museum Berlin

LA VIDA Y OBRA DE FRIEDRICH MAX UHLE. RECIENTES LOGROS, PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS

Peter Kaulicke¹

A inicios del siglo XIX, entre 1799 y 1804, Alexander von Humboldt (1769-1859) emprendió su gran viaje a las «régions équinoxiales du Nouveau Continent», como reza el título de su obra publicada entre 1807 y 1839. La expedición le llevó a los modernos estados de Venezuela, Cuba, Colombia, Ecuador, México y Estados Unidos (para el itinerario véase Yudilevich, 2004, pp. 18-19). Visitó el Perú por unos seis meses en 1802 (Thierner-Sachse *et al.*, 1993; Astuhumán, 1999; Kindt, 1999; Núñez & Petersen, 2002; Yudilevich, 2004). La obra de Humboldt es extraordinariamente vasta, diversificada y compleja, fruto de una larga vida dedicada enteramente a la investigación. Simón Bolívar lo denominó «descubridor científico de América» y Ette (1999, p. 4) enfatiza su relevancia como iniciador

de la geografía moderna y de los estudios americanos (sobre todo de la América precolombina), uno de los investigadores más destacados de la climatología y de la geología, de la antropología y de la botánica, de la fitogeografía, estadística y cartografía; también se ha comprendido su importancia como precursor de una nueva pintura paisajística y de una mentalidad ecológica, como abogado de los derechos humanos y de la idea de la tolerancia ... asimismo se ha entendido su modernidad y su actualidad en calidad de filósofo y escritor.

Humboldt, por tanto, siguió enfoques «transdisciplinarios» *avant la lettre*, en un afán de entrelazar observaciones y mediciones y compararlas a nivel global. Naturaleza y sociedad, para él, no son conceptos opuestos, sino estrechamente interrelacionados. Los americanos del pasado y del presente tampoco se diferencian de otras poblaciones del globo que merecerían un estudio separado, sino que contribuyen a una visión globalizadora, a su idea del «Kosmos» —título de su libro de 1845-1862— dentro de una conciencia global (*Weltbewusstsein*) (Ette, 2002; Kaulicke, 2004; para las visiones del pasado americano de Humboldt, véase Kaulicke, en prensa).

Sus enormes aportes fueron ampliamente reconocidos en vida e impulsaron a otros científicos como al suizo Johann Jakob von Tschudi (1818-1889). Tschudi enfocó sus esfuerzos intelectuales en el Perú, gracias a una estancia fortuita en el país, entre 1838 y 1842. Publicó una especie de *essai politique* emulando publicaciones de Humboldt sobre otros países (Tschudi, 1846, traducción al castellano de 2003, Humboldt 1811). Se dedicó al estudio de la fauna (Tschudi, 1844-1846; Béarez, 2001), realizó estudios lingüísticos del quechua (Tschudi 1853; 1875; 1884; Cerrón-Palomino, 2001), así como de historia cultural y de arqueología (1891, 1985, 1856 [con Mariano de Rivero]) (para sus enfoques acerca del pasado preeuropeo véase Kaulicke, 2001b; 2003).

Otro discípulo de Humboldt fue Adolf Bastian (1826-1905), el «Padre de la Etnología Alemana», un viajero aún más empedernido que el primero, gran admirador suyo y muy reconocido en su tiempo. Escribió mucho (véase Bastian, 1860; 1878-1889; 1884) y fue fundador y director del Museo Real de Etnología de Berlín que se inauguró en 1886, el mismo al que Uhle ingresó en 1888 (sobre Bastian, véase Fischer 2001, este volumen, Fischer *et al.*, 2007). Según Fiedermutz-Laun (2007, p. 72), Bastian quería completar los logros de Humboldt quien se había concentrado en América del Sur y en Asia Central, con lo que se descubre como epígono ante una tarea imposible. Sin embargo, vale destacar su afán de discrepar con la teoría de la secuencia de niveles en la historia del mundo unilineal (crítico al evolucionismo de Darwin), el alcance global de sus investigaciones etnológicas, su insistencia en el trabajo empírico, sus enfoques inductivos, la ampliación de sus colecciones a zonas aún ignoradas, su interés en registrar voces indígenas y su antirracismo. Bastian también estaba involucrado como miembro fundador de la *Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte* (Sociedad Berlinesa de Antropología, Etnología y Prehistoria) fundada en 1869. Fue propulsor de esta sociedad junto con Rudolf Virchow (1821-1902) ya que ambos estaban interesados en una sistemática empírica de las evidencias materiales humanas, aunque Virchow

¹ Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades, Lima, Perú.

más en la antropología física y su relevancia para la patología y Bastian en estudios comparativos culturales sobre una base científica natural en pos de una «ciencia de la humanidad». Si bien estudió también material arqueológico —entre otros proveniente del Perú— no se concentró en precisar su relevancia en su esquema (Lewerentz, 2007).

La antigüedad clásica fue utilizada como propaganda política en un Berlín que se convirtió en metrópoli internacional durante la segunda mitad del siglo XIX. Esta se plasmó en el clasicismo prusiano con su predilección para la Grecia antigua expresado en la arquitectura pública y de la burguesía de la época, en las artes en general y en un humanismo particular. Esta orientación generalizada condujo también a excavaciones en Grecia (Olimpia, Micenas, Troya y Pergamon) pero incluyó el interés en otras culturas como la hitita (Bogazköy/Hattušaš). Los objetos obtenidos llegaron y se exhibieron en Berlín. El propio Alexander von Humboldt propulsó la egiptología y logró que se obtuviera una cátedra en 1846 y un museo en 1850. La prehistoria, en cambio, experimentó un auge espectacular por los hallazgos de homínidos anteriores al hombre moderno y sus productos «artísticos». Esta historia «nueva» se orientó hacia el entonces moderno evolucionismo darwiniano y el establecimiento de la geología con sus principios de estratigrafía y tipología que facilitó el ordenamiento cronológico. Así, la obsesión de mediciones en Humboldt y sus epígonos se justificaba y se imponía en las mejoradas técnicas de excavación y de análisis (Daniel 1963; Arenhövel, 1979; Müller-Karpe, 1975).

Con este esbozo superficial se quiere evocar la multitud de innovaciones, tanto materiales como espirituales y conceptuales, en un lugar que se había convertido en un crisol de alcance global en el tiempo en el que Friedrich Max Uhle se estaba formando, antes de su periplo por las Américas. Debió haber sentido esta fascinación de la convicción de un dominio del mundo en una conciencia particular del mismo, el *Weltbewusstsein*.

Pero Uhle no parece encajar bien con todo ello. Nació en Dresden en 1856 y estudió en Leipzig (1875, 1877-1880) y Göttingen (1876-1877), pero escogió un tema que poco coincide con sus trabajos posteriores: la lingüística con énfasis en lenguas orientales (Rowe 1954, p. 1; Bankmann, 1999, p. 14; Höflein, 2002, p. 6). Debido a este hecho, Rowe especuló que el tema de su tesis fuera elegido por el interés de su profesor más que por el propio (Rowe 1954, p. 1), lo que es una equivocación. En la *vita* de su tesis (Uhle, 1880, p. 107), Uhle manifiesta que se dedicó enteramente a la lingüística general y estudió bajo la tutela del renombrado Georg von der Gabelentz (1840-1893) concentrándose en lenguas orientales (chino clásico, turco y sánscrito), además de filosofía y enfatiza su intención de seguir trabajando en la lingüística. Como orientalista, consiguió un puesto en el Museo Etnográfico Real de Dresden en 1881 (Bankmann, 1999, p. 14). La gran mayoría de sus primeras publicaciones versan

sobre temas de Asia oriental (Rowe, 1954, pp. 26-28) y muchos de sus viajes a museos y colecciones en Europa desde Leipzig probablemente se vincularon también con la búsqueda de un empleo más estable y mejor remunerado como orientalista. Más relevante aún es una carta que escribió a su tía desde Lima, el 31 de agosto de 1900 (Archivo Uhle, Instituto Ibero-Americano). En ésta se queja de su vida poco satisfactoria ya que se siente como el conductor de un aerostato sin rumbo fijo, vendido a los norteamericanos quienes, para él, representan la aberración de las metas de la vida natural alemana. Se siente vendido porque se le impidió seguir con sus estudios sobre Asia oriental, los que le hubieran garantizado una vida y un salario mucho más asegurados (Kaulicke, 2001a, p. 350).

Uhle, por tanto, no fue americanista ni menos arqueólogo por vocación y formación, sino se convirtió en tal por circunstancias poco controladas y menos deseadas, dictadas por las necesidades del momento que parece haber aceptado sin mayor resistencia. Otra mención de su vida es igualmente interesante y llama la atención: constata que deja su hogar y sus padres a la edad de los once años, lo que parece implicar que no piensa regresar más (Uhle, 1880, p. 107). Sin ánimo de especular más sobre estas relaciones personales y sus impactos psicológicos es sumamente urgente ordenar, analizar y publicar la colección de las 2153 cartas que Uhle dejó en el Instituto Ibero-Americano (véase aporte de Wolff en este volumen) ya que son el único testimonio personal que existe sobre Uhle y el que permitirá esbozar un perfil sustentado de su persona en vez de confiar en apreciaciones poco fundamentadas que abundan desde las más diversas perspectivas e idiosincrasias (véase Kaulicke, 2001a). Estas varían en presentar a Uhle como «sabio excavador, perito en diferenciar las capas superpuestas» (Riva-Agüero, 1966 [1937], p. 186) o sea, técnico de excavación o como un «desinteresado en problemas teóricos» (Rowe, 1954, p. 19) y ajeno a la identidad nacional (peruana) ignorando el presente (Morales 1993, p.19), pero también como el «Platón de la filosofía arqueológica andina» (Means, 1921, pp. 211-212, citado en Bischof 1999, p. 61, nota de pie 39). Estas poco sustentadas evaluaciones de sus aportes y de su persona deberían contrastarse con la documentación e interpretación de lo que el propio Uhle produjo sobre diversos aspectos del pasado preeuropeo. Asimismo habría que hacer asequible sus vastas colecciones en diferentes países, en gran parte inéditas hasta la actualidad. Hasta hace poco, semejante postulado hubiera sido imposible de realizar ya que este material estaba disperso con concentraciones importantes en el Legado Uhle del Instituto Ibero-Americano de Berlín y las colecciones y documentación correspondiente en el Museo Phoebe Hearst de Berkeley que no estaban asequibles a los interesados. Gregor Wolff (este volumen) presenta los avances desde la perspectiva del Instituto Ibero-Americano. En el pasado reciente una serie de publicaciones sobre este archivo es prueba fehaciente de estos avances (véase Dauelsberg, 1995; Kaulicke,

1998; Wurster, 1999; Thiemer-Sachse & Masson 1999; Kaulicke, 2001; Höflein, 2001; 2002; Lumbieras, 2001; Loza, 2004; Protzen & Harris, 2005 y muchos de los trabajos incluidos en este volumen). Gracias a estos avances y el uso de otro material como el del Museo de Etnología de Berlín (véase aporte de Manuela Fischer), del Museo de Pensilvania en Filadelfia (véase aportes de Erickson y Vranich), de las colecciones de Berkeley (véase aporte de Oakland) y otros, se logra una apreciación más detallada de muchos de los aspectos de Uhle, su vida y su obra.

Esta introducción, por tanto, no puede presentar una biografía sintetizada de estas publicaciones ni un análisis pormenorizado de las obras y del material inédito de Uhle. Es evidente que esta publicación tampoco guarda semejantes ambiciones. Los aportes aquí presentados solo muestran la relevancia vigente de Uhle y la necesidad de descubrir las verdaderas dimensiones de este investigador dentro de su tiempo, su mundo y sus relaciones con su presente y con los múltiples pasados que trató de comprender a través de métodos aún poco usados en su tiempo. Era quizá ineludible priorizar la arqueología, aunque los aportes de Uhle para la lingüística, su campo original de estudios (véase aporte de Cerrón-Palomino), son —hasta ahora— fundamentales, así como aquellos sobre la etnografía o etnología y la historia incaica. Aquí, se ha optado más bien por enfatizar algunos aspectos centrales como sus excavaciones más relevantes, las de Pachacamac, y sus publicaciones a la luz de investigaciones recientes en el mismo complejo (véase aportes de Erickson, Shimada *et al.* y Eeckhout) y las del complejo Huaca del Sol/Huaca de la Luna (véase aportes de Chauchat & Gutiérrez, Uceda). Estas se relacionan con otras en Nievería y San Lorenzo (véase aportes de Valdez y de Hudtwalcker) y sus trabajos en Marcahuamachuco y Chimú Capac (Briceño y Oakland). Los aportes de Protzen y Reindel *et al.* se relacionan con las investigaciones de Uhle en la costa sur. Con todo ello la parte de la arqueología en el Perú está bien cubierta, mientras que la de otros países es más selectiva. Para Chile se cuenta con los aportes de Núñez y Santoro *et al.*; para Ecuador, con el de Oyuela-Caycedo *et al.*; para Bolivia, el de Vranich, y para Argentina, el de Nastri. La ventaja de este conjunto «arqueológico» es que se trata de evaluaciones desde una perspectiva moderna de la arqueología que inserta los trabajos de Uhle dentro de problemáticas actuales en vez de indagar solo sobre su potencial interés histórico o político de la época.

A continuación quisiera comentar estos aportes dentro de un orden cronológico, señalar sus relevancias respectivas y también las necesidades de trabajos futuros que requieren un esfuerzo internacional de cierta complejidad cuyos frutos serían muy significativos para los estudios americanísticos en general.

Conviene subdividir este recuento en varias fases. La primera, entre 1884 y 1895, se inicia con su preparación de americanista bajo la guía de Alphons Stübel (1835-1904) y luego de Bastian y Stübel, por lo que conviene agregar también sus viajes a Argentina

y Bolivia (1892-1895) financiados desde Berlín. La segunda fase (1896-1905) fue sumamente fructífera e intensiva gracias al apoyo económico desde Estados Unidos (Filadelfia y Berkeley) para sus trabajos en Perú. La tercera (1906-1911), se define por su empleo peruano como director del Museo Nacional de Historia en Lima. En una cuarta fase (1912-1919), Uhle radicó en Chile invitado por el gobierno para encargarse de la formación del Museo de Etnología y Antropología de Santiago de Chile (1911 a 1916). En la última fase (1919-1933), Uhle vivió y trabajó en el Ecuador gracias a una invitación y al apoyo económico de Jijón y Caamaño (1890-1950). Sus últimos años en Alemania (1933-1944) fueron interrumpidos por otra estadía involuntariamente larga en el Perú entre 1939 y 1942, pero su interés, debido a la escasa y reiterada producción científica, es muy reducido como para considerarla en esta publicación (véase Bankmann, 1999). Con esta subdivisión los trabajos incluidos en este volumen cubren el espacio total de un modo desigual. Nastri, Fischer, Vranich y Cerrón-Palomino se ocupan de la última parte de la primera fase (Argentina y Bolivia), Erickson, Shimada *et al.*, Eeckhout, Valdez, Oakland, Chauchat & Gutiérrez, Uceda, Briceño, Protzen, Reindel *et al.*, de la segunda; Hudtwalcker y parcialmente Valdez de la tercera. Núñez y Santoro *et al.* se dedican a la cuarta, así como Oyuela-Caycedo *et al.*, a la última.

FASE I (1884 A 1895)

Según Höflein (2002, p. 6) Uhle se convirtió en miembro de la mencionada *Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte* en 1884, pero su reorientación hacia los estudios americanísticos se debe básicamente a sus contactos estrechos con Alphons Stübel quien le familiarizó con ellos a través de sus colecciones, fotos y otros documentos acumulados en sus viajes a varios países andinos. El inicio y la naturaleza de este contacto están por averiguarse, pero es muy probable que ciertos vínculos con la familia hayan motivado el afán de Stübel por ayudar al joven a instalarse y solventar su vida, lo que aparentemente no estuvo plenamente garantizado debido al modesto e inseguro sueldo como empleado del museo de Dresden (Bankmann, 1999, p. 14). Allí, accede a sus colecciones —que Uhle publica en 1889— y al material de Tiwanaku que aparece poco antes de su viaje a Argentina (Stübel & Uhle, 1892). Su traslado al Museo de Berlín, probablemente también apoyado por Stübel, le da acceso directo a las colecciones de Ancón, la primera excavación documentada en tres volúmenes impresionantes (Reiss & Stübel, 1880-1887; Kaulicke, 1997a; Haas, 1986) y a la colección Centeno (Uhle, 1888) fuera de muchas piezas conocidas por Uhle en sus frecuentes viajes a diversos museos de Europa. Stübel probablemente le introdujo en las técnicas de topografía y, sobre todo, de la fotografía por lo que fue consultado a menudo por Uhle desde el Perú. Este contacto estrecho probablemente se mantuvo hasta su muerte en 1904 (véase también Fischer, este volumen).

La estadía en Argentina (1892 a 1893), de apenas un año de duración, no fue una experiencia edificadora para Uhle ya que los resultados eran magros, lo cual produjo reacciones negativas en Berlín. Además de ello, Uhle se sintió en competencia con otros en pos de la búsqueda de antigüedades. Las molestias de sus financiadores alemanes, la escasez de fondos y la inseguridad de Uhle debido a los problemas múltiples que se le presentaron en este país le hizo buscar mayor suerte en Bolivia (véase Fischer, este volumen). Nastri (este volumen) se concentra más en los aspectos positivos de su estadía argentina o mejor dicho de su impacto, que llegaron después, sobre todo, debido a la propuesta cronológica al emplear la metodología aprendida y empleada en el Perú (Uhle, 1912b), con la cual se logró, por primera vez, una secuencia completa. Esta propuesta se mantiene esencialmente válida, pese a basarse en datos cruzados de resultados variados de científicos argentinos, lo que resultó mucho menos evidente que en el caso peruano para el cual pudo contar con resultados de sus propias excavaciones (véase abajo). Nastri también enfatiza los contactos sostenidos con el sueco Erik Boman (1867-1942) cuyos aportes a la arqueología argentina son notables.

Las esperanzas de Uhle de encontrar condiciones más favorables en Bolivia no se cumplieron ya que su situación se volvió aún más crítica. Su estadía entre 1893 y 1896 estuvo marcada por problemas de varias índoles: su precaria situación personal debido a la extrema escasez de recursos que le impidieron regresar a Alemania, la búsqueda de soluciones que llevaron a una contratación desde Estados Unidos, la investigación en Tiwanaku que generó conflictos con el gobierno y colegas y su concentración poco comprendida en estudios lingüísticos y etnográficos. Debido a sus reducidas cualidades políticas y diplomáticas, Uhle comenzó a adquirir fama de intransigente, soberbio y de agente de museos con mentalidad neocolonialista (Loza, 2004, p. 22). No es este el lugar de indagar los detalles de este complicado conjunto de acontecimientos, reacciones quizá precipitadas de Uhle, malentendidos justificados e injustificados, posiciones políticas encontradas, etc. La historiadora boliviana Carmen Beatriz Loza (2004) ha estudiado en forma detallada los cuadernos de campo de Uhle durante su estadía en Bolivia y ha tratado de desenmarañar este transcurso dentro del contexto histórico-político correspondiente. Ella se concentra en los estudios del aimara y los aimaristas bolivianos y en el aspecto arqueológico le interesa «Tiwanaku como objeto de negociación y polémica» (título del capítulo 5). Finalmente, le atrae, en particular, los datos que Uhle compiló sobre los quipus modernos. Loza (2004, pp. 201-203) concluye que la leyenda negra de Uhle se debe, en primer lugar, a los constantes ataques del austríaco nacionalizado boliviano, Arthur Posnansky (1873-1946). La polémica se originó después de la estadía boliviana de Uhle, pero Posnansky utilizó argumentos subidos de tono y, por regla poco justificados—sobre todo en sus alcances científicos— que le han

sobrevivido ya que se mantienen hasta la actualidad (véase Schávelson, 1996 y abajo). Pese a su vida pintoresca y pública y múltiples reconocimientos en diferentes países, Alemania incluida, sus teorías abstrusas acerca de Tiwanaku se han descartado por completo. Pero Schávelson (1996) destaca con mucha razón la calidad de sus abundantes dibujos y, sobre todo, fotografías que Posnansky publica en sus numerosas obras. Este aspecto, ignorado por Loza y otros, es retomado por Vranich en su aporte. Uhle dejó muchas fotos sobre diferentes temas (El Legado Uhle del Instituto Ibero-Americano guarda 4.989 fotos, 1.197 negativos y más de 3.700 placas de vidrio, véase el aporte de Wolff). Vranich usa las fotografías de Tiwanaku con el fin de reconstruir el estado de las ruinas en 1893, que ya se había alterado significativamente en 1910 cuando Uhle visitó nuevamente el sitio en compañía de los delegados del Congreso Internacional de Americanistas.

Otro aspecto no tratado por Loza es el aporte fundamental de Uhle en el estudio de la lengua chipayá. Se trata de un manuscrito inédito con el título «Vorbereitetes Uro-Vocabular», recopilado del 13 al 15 de febrero de 1894. Cerrón-Palomino, el mejor conocedor de la lengua actual (véase Cerrón-Palomino, 2006, 2007) enfatiza el gran valor de este documento ya que es el único que permite comparaciones con la lengua moderna y, por tanto, esencial para estudios de la historia de la misma. En un trabajo anterior, Cerrón-Palomino (1998) se ocupó de la «teoría aimarista» de Uhle. No solamente reconoce la validez de sus conceptos sino lo considera «como uno de los fundadores de la lingüística andina».

Estos ejemplos hacen entrever la complejidad de alcanzar una comprensión fehaciente de esta etapa difícil de la vida de Uhle pese al trabajo pormenorizado de Loza. Ya que se ignora mucho de lo relacionado con Uhle debido al desconocimiento de sus cartas (y quizá alguna documentación adicional aún existente en Bolivia u otros países) reacciones, posteriores como las de Posnansky y otros después de él, malinterpretan, inventan y tergiversan hechos, ideas e intenciones, de los cuales unos se benefician, mientras que Uhle, en particular, se ve perjudicado. Pero, evidentemente, es más prometedor concentrarse en lo que Uhle aún puede aportar al estudio de los diferentes campos en los que se desarrolló. Al de las cartas, ya antes enfatizado, se suman las fotos y las ilustraciones (el dibujo de una estatua de Tiwanaku que adorna la carátula del libro de Loza no se menciona en el texto) obviamente con un estudio de los aportes publicados de Uhle que tampoco han sido mayormente analizados hasta ahora.

FASE 2 (1896 A 1905)

Sin ánimo de detenerme en las negociaciones del cambio de contrato de Berlín a otro con la Universidad de Pensilvania (Masson & Krause, 1999, p. 13, aporte de Erickson, este volumen), su llegada al Perú significó un cambio sustancial para Uhle. Este contacto tampoco fue duradero, pero felizmente, gracias al interés de Phoebe

Hearst, obtuvo otro con Berkeley en 1900 que estuvo en vigencia por unos seis años. En este tiempo, Uhle no se quedó en Sudamérica sino viajó a Estados Unidos en varias ocasiones y a Alemania en 1897 (Masson & Krause, 1999, p. 14, véase Erickson, este volumen). Una mayor seguridad económica le permitió hacer lo que en la primera fase no había podido por la escasez de medios: excavar con el fin de establecer una cronología y contextualizar los hallazgos que tuvo que entregar a Estados Unidos. Se percibe, por tanto, un cambio decisivo desde un área diversificada multidisciplinaria a una más decididamente arqueológica. Gracias a sus trabajos de campo durante esta fase se consolidó su fama de arqueólogo ya que sus estadías en los Estados Unidos le sirvieron para analizar y publicar el material obtenido (para su estadía en Filadelfia, véase Erickson, este volumen). Este hecho descarta, obviamente, la fama negativa de coleccionista y expoliador de antigüedades de la que se le acusó en Bolivia y, como veremos, también en el Perú. En vez de recapitular sus itinerarios publicados por Liebscher (1999, pp. 72-85) es más conveniente concentrarse en sus trabajos principales, sobre los cuales existe material diverso que, en su gran mayoría, no está analizado o publicado todavía.

En primer lugar es preciso presentar el trabajo de Pachacamac donde Uhle excavó desde marzo hasta diciembre de 1896. Esta investigación y, sobre todo, su publicación en 1903 (Uhle, 1903b), han cimentado su fama de arqueólogo en forma definitiva. Fue reeditado en 1991 (Shimada, 1991) y traducido al castellano en 2003 (Uhle, 2003). La obra original editada en folio, como Uhle estaba acostumbrado desde Berlín, demuestra, por primera vez en el Perú, y también en otras partes de América, la validez de la estratigrafía y de la cronología relativa (Rowe, 1998): el plano general del sitio es de una precisión asombrosa (republished in Wurster [Ed.], 1999, p. 133). Si bien se suele tomar por cumplida la tarea en relación con este sitio, queda por destacar que existe mucho material referente a las intervenciones de Uhle que aún aguarda estudio. En Berlín se guardan cuatro cuadernos de campo con más de treinta esbozos, algunos de los cuales pasados en limpio en la publicación, básicamente sobre la estratigrafía de diversos perfiles. En los textos también hay muchas referencias a pasajes de la publicación, pero otros inéditos. Existen varios centenares de fotos de las excavaciones, de la arquitectura de Pachacamac, de paisajes, fiestas, personajes, etc., algunas de ellas muestran fotos fardos que fueron publicadas en Kaulicke (2000b, figuras 1-6). Si bien este conjunto valdría un estudio aparte, queda evidente que hay mucho más por estudiar en Filadelfia, donde se encuentra todo el material excavado por Uhle junto con el catálogo respectivo (por ejemplo, más de 200 vasijas de cerámica), más varias versiones de manuscritos (incluidos el original de Uhle en alemán) preparados para la publicación del libro, así como documentación adicional; todo ello inédito en gran parte hasta la fecha.

Aún en relación con la enorme cantidad de proyectos posteriores a Pachacamac, los aportes de Uhle siguen manteniendo su vigencia. Si su presentación es incompleta, la de muchos proyectos llevados a cabo con posterioridad es francamente deficiente o aún inexistente, por lo cual urge una sistematización de este gran cúmulo de datos con el fin de llegar a una síntesis razonada de este sitio de enorme importancia para la arqueología peruana.

De particular interés son los contextos funerarios cuya relevancia fue claramente reconocida por Uhle. En este volumen, Shimada y Eeckhout presentan dos de los proyectos recientes en Pachacamac que aportan a la problemática en forma sustancial (para una discusión general de Pachacamac, véase Kaulicke, 2000b).

La muerte de William Pepper en 1898 impidió una prolongación de sus contactos con la Universidad de Pensilvania, pero Uhle encontró otro apoyo en Phoebe Hearst, ligada a la Universidad de California en Berkeley. En 1901 llegó nuevamente a los Estados Unidos con el fin de preparar las publicaciones de los resultados de nuevos proyectos realizados en los años anteriores y completar su publicación sobre Pachacamac. Excavó aún un conchal en Emeryville y lo publicó (Uhle, 1907), participó en un congreso internacional de americanistas y pensó dedicarse a la enseñanza universitaria preparándose para cursos en antropología general, etnología y arqueología y etnología americana (Liebscher, 1999) lo que muestra su ilusión de obtener un cargo más estable; sin embargo, regresó al Perú en 1903 con una renovación de su contrato con la señora Hearst. Cabe señalar que las remuneraciones que le llegaron en forma muy irregular desde los Estados Unidos al Perú no resolvieron sus problemas económicos, al parecer crónicos.

El enorme cúmulo de datos obtenidos en el curso de numerosas excavaciones durante estos años no llevó a publicaciones parecidas a la de Pachacamac. Las razones de Uhle que llevaron a esta decisión no son del todo claras, pero es probable que no haya estado contento con las condiciones que le fueron impuestas en Berkeley, por ejemplo, no permitirle presentar su material en la forma como lo había hecho en Filadelfia. Esta decisión, en todo caso, le perjudicó porque dificultó la comprensión de su cronología que presentó solo en breves notas entre 1900 y 1906. En vez de ello guardó su material y lo llevó consigo hasta su regreso a Alemania en 1933.

Las excavaciones más importantes fuera de las de Pachacamac son las de las huacas de la Luna y del Sol en Moche, a las que se sumaron sus trabajos en Chan-Chan (excavaciones desde el 11 de setiembre hasta fines de diciembre de 1899). Sobre estas existe un informe voluminoso manuscrito en alemán (325 páginas) por el propio Uhle (sin fecha, probablemente entre 1902 y 1903), una traducción al inglés (271 páginas) de su esposa, igualmente sin fecha, y una tercera versión mecanografiada en alemán por Kutscher (revisada en enero de 1946) de 204 páginas; los tres documentos se encuentran en el Legado Uhle del Instituto Ibero-Americano.

También existen 18 láminas preparadas con fotografías, 134 dibujos en tinta, planos recientemente publicados en Wurster [Ed.] (1999, figuras 34-37) y un total de 36 fotografías. Sus cartas a Berkeley fueron publicadas en una edición privada de 1900 de difícil acceso (Uhle, 1900c). Dos de sus cuadernos de campo (Números 51 y 52) contienen mucho material relacionado con las excavaciones. Todo este conjunto sirvió de base para algunas publicaciones posteriores (1913a, 1913b; traducción al castellano, 1998); Kroeber (1925a, 1944) y Donnan (1965) presentan el material, en particular la cerámica, en forma parcial (véase Kaulicke, 1992, 1998b). No se ha tratado todavía de analizar y comparar todo este material; las piezas excavadas, atribuibles a contextos específicos, requieren aún su publicación completa en conjunto con la extensa documentación.

Chauchat & Gutiérrez presentan sus trabajos en la llamada plataforma Uhle del complejo Huaca de la Luna. Lograron ubicar evidencias físicas de la presencia de Uhle, pero enfatizan algunos problemas con la ubicación de algunos de los contextos. Chauchat (comunicación personal) piensa que sería muy importante poder publicar el informe original y las piezas respectivas en el Museo Phoebe Hearst. Es evidente que los trabajos modernos han podido esclarecer muchos aspectos, de modo que una publicación conjunta de los datos, una vez completada la excavación de Chauchat y Gutiérrez, sería un aporte sumamente importante para la comprensión de este complejo funerario tan central para la sustentación de la cronología de Larco.

Basándose en la traducción del artículo de 1913 (Uhle, 1998), Uceda destaca el hecho de que Uhle reconociera el carácter urbano del complejo entre las dos huacas y presenta una breve historia de proyectos en el sitio posteriores a los estudios de Uhle para concentrarse luego en su Proyecto Huacas del Sol y de la Luna. Con estos resultados reconoce que la cronología planteada por Uhle sigue válida en términos generales. Como señalé en mi artículo de 1998 (Kaulicke, 1998, pp. 184-185) la construcción de esta cronología es consecuente, pero fue poco comprendida en su tiempo.

El siguiente informe inédito en el Archivo Uhle presenta sus trabajos en Marcahuamachuco, en la sierra del Departamento de La Libertad. Este informe trata de sus prospecciones, levantamientos y excavaciones en Marcahuamachuco y Viracochapampa entre abril y junio de 1900. La versión escrita por Uhle en papel consta de 97 páginas en alemán con membrete de The University of California, Archaeological Expedition to Peru, y también existe una copia mecanografiada del mismo texto. Además de ello, existen ilustraciones en forma de láminas con fotos y dibujos. En Wurster (Ed.) (1999, figuras 38-44) se publica algo de este material. Aparte de este conjunto de documentos se han conservado 63 fotografías.

En este volumen, Briceño reconstruye la ruta de prospección tomada por Uhle guiándose por el itinerario publicado por Liebscher con el beneficio de su buen conocimiento del terreno y de los trabajos

arqueológicos realizados con posterioridad a 1900. Destaca que Uhle reconociera la correcta ubicación cronológica de Marcahuamachuco y las interrelaciones que este sitio mantuvo con otras regiones, así como su función como centro ceremonial. Gracias a sus trabajos en la zona impulsó e inspiró los proyectos posteriores. Es evidente que este material, tanto la documentación escrita y gráfica como el material de excavación, requiere una publicación apropiada para poder apreciar aún mejor los logros de Uhle en esta región importante.

En el Legado Uhle del Instituto Ibero-Americano existen otros cinco informes sobre sus excavaciones en Chíncha, Ica, Pueblo Nuevo, Pisco y Huaitará, trabajos realizados entre 1900 y 1901 y escritos entre 1902 y 1903 en Berkeley. Lumbreras (2001) presenta el informe de Uhle en Chíncha ya publicado y traducido casi enteramente al inglés por Kroeber en 1924, valiéndose también del material en Berlín y de las colecciones en Berkeley, aunque no los publica en extenso. Fotos y planos respectivos se han reproducido en Wurster [Ed.] (1999, figuras 47-58). Lumbreras vincula también este conjunto con datos actualizados, pero su trabajo quedó inconcluso al no presentar el material arqueológico aún, tal como promete al final de su aporte (Lumbreras, 2001, p. 74).

El informe sobre el valle de Pisco de Berkeley (no el de Berlín) está ahora publicado por Protzen (Protzen & Harris, 2005). Este incluye también el informe sobre Huaitará. Además de ello, Protzen también es autor de un aporte sobre Tambo Colorado. Ya que es arquitecto e historiador de arquitectura, además de buen conocedor de los trabajos de Uhle y por haber trabajado en el sitio, él está plenamente autorizado para dar una opinión favorable sobre los alcances de Uhle a este respecto. Utiliza el excelente plano original para detectar los rasgos perdidos, se concentra en los colores que adornan los muros e indaga sobre los problemas reconocidos en el informe original.

Los trabajos de Uhle en la costa sur, en 1901, fueron guiados por su afán de ubicar y contextualizar las vasijas de lo que llamó Proto-Nazca que había conocido ya en Berlín. Proulx (1970) publicó sus apuntes y el material excavado por él en un trabajo poco conocido (véase Kaulicke, 1998a). Con los resultados cronológicos obtenidos en Pachacamac y consolidados en las huacas de la Luna y del Sol en el valle de Moche, logró un ordenamiento convincente aún en ausencia de arquitectura monumental, pero por comparaciones cruzadas de contextos funerarios; método que ha habido sido aplicado antes por él con gran éxito. Como en los casos anteriores, sin embargo, sus breves resúmenes de estos resultados transcendentales sin o con la presentación gráfica muy limitada de los datos (Uhle, 1900a, 1900b; 1901; 1903a; 1904; 1906a) llevaron a un cierto escepticismo generalizado, rechazo o admiración irreflexiva. Reindel *et al.* (este volumen) se dedican a la discusión de esta problemática, sobre todo en relación a la ampliamente aplicada «secuencia maestra» de Rowe para el valle de Ica en la que detectan algunos problemas.

Ellos contrastan estas propuestas con los resultados del Proyecto Arqueológico Palpa y concluyen que

el interés especial de Uhle por la asociación de los artefactos en las tumbas hace que sus colecciones todavía tengan un alto valor para la arqueología. De este modo, una continuación de las publicaciones de sus colecciones y una revisión de sus apuntes sigue siendo un proyecto importante para el futuro.

De regreso en el Perú, luego de su estadía prolongada en Estados Unidos, Uhle se dedicó a realizar excavaciones en Ancón, entre 1903 y 1904 (Rowe, 1954, p. 9), quizá por su renovado interés en el estudio de los conchales, donde encontró cerámica que no pudo ubicar cronológicamente en su esquema, pero se inclinó por considerarla temprana. Bischof (1999) dedicó un estudio a esta problemática relacionada con los orígenes de la cultura en el Perú y la problemática de Chavín. Entre mayo y diciembre de 1904, Uhle trabajó en varios lugares de la costa central, en el valle Chancay y en el de Supe. Rowe (1954, p. 10) interpreta una frase de la carta del arqueólogo a Putnam del 3 de noviembre de 1904 (Rowe, 1954, p. 110) en la que se refiere a una caída seria en Huaral Viejo como causante de serios problemas ya que denota una disminución de la acuciosidad de sus descripciones y un afán de interpretación más desenfrenada. Esta aseveración, sin embargo, resulta algo arbitraria ya que no hay modo de comprobarla plenamente. Entre noviembre y diciembre de 1904, Uhle excavó en San Nicolás (Chimu Capac) en el valle de Supe. Estas excavaciones son muy importantes por sus contextos funerarios a los que él llamó «tiahuanacoides» y que hoy sería Huari (Horizonte Medio 1B, 2A, 2B, 3 y 4) (Menzel, 1977, pp. 29-37). En este trabajo, la autora se concentra en la cerámica, que es su especialidad, pero incluye también algunos tejidos pintados (Menzel, 1977, p. 35, figuras 56-59). Oakland enfoca este grupo y, por primera vez, relaciona los objetos de Berkeley con la documentación de los cuadernos de campo, lo que le permitió definir lotes de más de treinta contextos funerarios y ampliar significativamente los avances de Menzel. Uhle estuvo plenamente convencido de la gran importancia de estos contextos y, en particular, de las más de 150 telas pintadas. Es, como anota Oakland, también una prueba de que la mencionada apreciación de Rowe se debe a información incompleta. Kroeber publica su «informe» de 1904 en forma incompleta también (Kroeber, 1925b). En él, Uhle sostiene que «las ruinas de Chimu Capac, aproximadamente a mitad de camino entre Pachacamac y Trujillo, son ahora memorables porque en sus tumbas se unen estas dos antiguas civilizaciones, la del norte y la del sur». Es evidente que el estudio de Amy Oakland es una prueba fehaciente de la necesidad de juntar la documentación, concentrarse en lo que Uhle pensó y escribió y, a la vez, un medio para ordenar la importante colección del Museo Phoebe Hearst. Su publicación completa es de alta prioridad.

Si bien es cierto que los casi diez años en los que Uhle estuvo vinculado con instituciones estadounidenses fueron altamente productivos en el campo de la arqueología, sus actividades en 1905, ya en vísperas del cese definitivo del contrato con Berkeley, parecen indicar un cambio de rumbo que retoma los intereses iniciales desarrollados en Argentina y Bolivia. Volvió a la sierra del altiplano y visitó el Cuzco, excavó poco, pero hizo importantes observaciones etnográficas (fiestas, medicina tradicional, etnobotánica), documentó canciones y cuentos en quechua y castellano e indagó sobre problemas históricos (Masson & Krause, 1999). Es este otro campo que requiere la publicación, el análisis y la interpretación de datos que sugieren que su papel de arqueólogo fue solamente una faceta dentro de una visión más holística de los problemas del pasado vinculados estrechamente con los del presente.

FASE 3 (1906 A 1911)

Al término de sus contratos con instituciones norteamericanas se inició una nueva etapa en la carrera profesional de Uhle ya que sus vínculos con Europa y Estados Unidos se tornaron más eventuales y se involucró directo y definitivamente con el mundo latinoamericano. En total, resulta ser la etapa más larga, de unos 27 años (incluidas sus estadías en Chile y el Ecuador), casi el doble que la previa. Pero no se la debería juzgar como una especie de declive largo, al menos no desde el punto de vista de Uhle. Parece más bien como si se hubiera decidido reanudar un estilo que había escogido antes de 1896, en su primera fase, el de combinar estudios etnográficos, lingüísticos e históricos con los arqueológicos. Por la antipatía que sintió frente a los norteamericanos se podría pensar aún en la posibilidad de que se hubiera sentido aliviado por haberse librado de esta dependencia estresante. Además de ello, tuvo razones para pensar que, por fin, a los cincuenta años de edad, hubiera logrado un puesto fijo, con su designación como director del Museo de Historia Nacional en Lima, en 1906. En este sentido, no debería tomarse por politiquería lo que aclama en su discurso inaugural (Uhle, 1906c, p. 413):

Despertemos el pasado, reconstruyamos la grandeza de sus monumentos, de sus templos, penetremos en su espíritu estudiándolo y dando vida a las costumbres y usos, en las técnicas, en los idiomas, en el folklore y en la música de los indios de nuestros tiempos.... todo lo que todavía podemos oír, ver y observar en el Perú, donde una gran parte de las costumbres antiguas aún son practicadas: hasta la antigua organización gentil, existe todavía en la Sierra, como también el título y el oficio de los Incas (véase también Kaulicke 1998, p. 76).

En otra parte del mismo discurso también denuncia el poco interés en la conservación del patrimonio arqueológico: «Lo que principie a desmoronarse por la acción del tiempo o la fuerza de los elementos hay que restaurarlos para lo que es orgullo de la generación

presente sea traspasado también a la posterioridad. Un pueblo que honra a su pasado honra a sí mismo» (Uhle, 1906c, p. 414). Otra medida urgente sería la de desterrar a los «vándalos, que ahí quieren buscar tesoros, a los frívolos que explotan los palacios antiguos para diferentes usos de sus haciendas» (Uhle, 1906c, p. 414). Estas citas demuestran claramente un programa que coincide con las metas de su vida profesional: no excavar para fines de lucro, sino para poder vincular el pasado con el presente por lo cual la conservación del patrimonio de los restos físicos de este pasado requiere su estudio y su protección. Pese a ello, Uhle fue acusado precisamente por supuestos delitos de un científico divorciado de la realidad y desinteresado en una arqueología comprometida o «social», como suele llamarse en el Perú, y como expoliador del patrimonio. Estas contradicciones también se perciben en una documentación contemporánea extrañamente escasa o aún inexistente en cuanto a sus actividades de director de un museo por lo que los datos disponibles se reducen nuevamente a las notas de sus cuadernos (Hampe, 1998; Masson & Krause, 1999; Liebscher, 1999). Publica relativamente poco (Höflein, 2002, pp. 21-22), pero se trata de contribuciones importantes sobre conchales (Uhle, 1906b), trabajos sobre los incas (reedición Tauro 1969) y lingüística. Höflein (2002, p. 10, nota de pie 26) anota que Uhle tenía la intención de publicar un libro en alemán con el título *Das alte Perú* (El Perú antiguo); en Kaulicke (Kaulicke [Ed.], 1998, pp. 203 y 229) se publican dos mapas impresos de 1907 que podrían haber sido partes de una publicación parecida que nunca salió (véase Höflein 2002, p.35).

Hampe (1998) ilumina la estadía de Uhle a partir de una visión de historiador. A raíz de la derrota peruana en la guerra con Chile (1879 a 1883), en el Perú se sintió la necesidad de superar el desastre, explicarse las razones de la debacle y lograr una recuperación de la crisis, para lo cual era preciso resaltar y recuperar los valores patrios del «Perú profundo» (véase arriba discurso de Uhle). Con este ánimo se creó el Instituto Histórico (Uhle era uno de los primeros miembros) con un programa muy amplio y ambicioso. Este espíritu fue respaldado por un nutrido grupo de destacados intelectuales como Prado, Villarán, Deustua, Torres, González de la Rosa, Polo y Patrón, muchos de ellos colegas y amigos de Uhle. Su labor como museólogo parece haber sido eficiente, sobre todo en ampliar el inventario de las piezas arqueológicas en un 85 %; además, más de cinco mil piezas proceden de excavaciones del propio Uhle, las cuales, sin embargo, no se dejan reconstruir bien por sus cuadernos de campo. No hay estudios completos de lo que Uhle dejó en el museo ni de documentación administrativa. Hampe extrae sus datos en su mayoría de fuentes ex post facto. Resulta difícil entender las razones por esta ausencia ya que impiden también precisar las circunstancias que llevan a su dimisión y a la decisión de aceptar otro cargo en Chile. Es probable que los problemas económicos reales que aquejaron a Uhle a partir de una reducción drástica de los presupuestos en más de 40 % a dos años después del inicio de su cargo

(a lo que se refiere en una carta a Markham de 1912, véase Hampe, 1998, p. 163), no hayan sido los motivos únicos. Estos problemas, probablemente de orden personal, no hay que buscarlos entre los intelectuales. Hampe (1998; pp. 157-158) menciona una larga lista de «notables exponentes del ambiente intelectual de entonces» de los que Uhle pensó despedirse antes de salir a Chile. Las críticas, algunas demoledoras pero poco justificadas, se acumularon después de 1911.

El artículo de Hudtwalcker da prueba del inconcluso estado en que se hallan los estudios sobre Uhle en el Perú. Como este último, el autor ha efectuado excavaciones en la isla de San Lorenzo, las que puede comparar con un importante artículo en el periódico *El Comercio* del 23 de junio de 1907, reproducido en este aporte y que no figura en las diversas bibliografías publicadas lo que hace sospechar que existen otros textos de Uhle aún desconocidos en este tipo de medio. Se cuenta además con otro trabajo sobre estas excavaciones publicado por Isla (1995). Es preciso destacar una pieza de tela pintada de gran tamaño que hasta la fecha no ha merecido la atención de los especialistas como las mencionadas telas de Supe (véase arriba) y la tela excavada de Uhle en Pachacamac (Uhle, 1903, lámina 4.1; véase también Kaulicke 1998, p. 21).

El aporte de Valdez se centra en el material que se conoce como nievería, que debe su nombre a un sitio donde trabajó Uhle. Este material funerario fue parcialmente publicado por Gayton (1927), pero existe mucho material inédito de adquisiciones y excavaciones posteriores realizadas por él en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia de Lima. Ahí se guarda también un catálogo (copia del inventario [manuscrito], registrado en el volumen X del Museo Nacional de Historia, correspondiente a los años 1906 a 1911, tomos I y II, Lima). Este catálogo es de suma importancia porque permite precisar al detalle los aportes materiales mencionados. Valdez ubicó mucho de este material y lo está usando para su tesis de licenciatura. En una nueva síntesis puede confirmar la validez de la ubicación cronológica propuesta por Uhle.

FASE 4 (1912 A 1919)

Esta etapa de la vida de Uhle nuevamente abre perspectivas particulares que difieren marcadamente de lo que acaba de mencionarse sobre la segunda parte de su estadía en el Perú. Dauelsberg (1995) proporciona el más detallado itinerario en Chile en base a los cuadernos y una serie de manuscritos aparentemente inéditos del legado en el Instituto Ibero-Americano. Según Núñez, en este volumen, su invitación se debe a la necesidad de cubrir un reemplazo por su amigo Aureliano Oyarzún, quien había aceptado una beca para Munich. Su cargo en Santiago tampoco le duró mucho ya que en 1916 se quedó sin contrato, pero siguió trabajando en el país estableciéndose en Arica donde permaneció hasta 1919, aparentemente con apoyo económico de la Fundación Hearst de Berkeley. Este material inédito se complementa con una serie de publicaciones sobre sus

trabajos en Chile; Dauelsberg (1995, pp. 388-389) cita 27 trabajos entre los años 1912 y 1919. En estos se nota un interés diversificado que no solamente se centra en la arqueología, aunque son sus contribuciones en este campo las que han evocado más interés. Erhardt (1999) dedica un análisis muy interesante relacionado con los métodos de Uhle y su repercusión posterior. Se le planteó una problemática diferente a las del Perú, Bolivia y Argentina, donde no había encontrado rasgos pertinentes, la del paleolítico americano. Reconoció artefactos líticos «primitivos» parecidos al paleolítico francés, pero negó una sincronía debido a la asociación con objetos de carácter «neolítico» a menudo en capas profundas de conchales. Por otro lado aceptó la probabilidad de poder encontrarse evidencias más tempranas efectivamente paleolíticas. Pero, pese a estas reservas esencialmente correctas, Uhle mantuvo el uso del término «instrumentos paleolíticos» lo que llevó a cierta confusión posterior debido a la inclinación de aceptar las teorías de Uhle «a la letra» en un verdadero «boom» de conceptos cronológicos panandinos (Erhardt, 1999, p. 116). Otro aporte fundamental es el reconocimiento de los «aborígenes de Arica» que se ha convertido en una especie de emblema de la arqueología chilena: las momias chinchorro. Uhle había reconocido correctamente las técnicas de momificación y su relativa edad aunque se vuelve a notar su afán de relativizarla al comparar los vestigios arqueológicos con poblaciones «primitivas» como los botocudos y los fueguinos que, a su vez, supuestamente se parecen a los pescadores primordiales del Perú. En esta metodología demuestra su apego a criterios de los etnólogos histórico-culturales de su época en contra de un evolucionismo que, como ya se mencionó, parece ser una herencia de los inicios de su formación. De este modo

el hombre de Arica estaba compuesto: de formas consuetudinarias a todo hombre primitivo, como el diluviano europeo, el primordial de América ... y de otras más adelantadas que habían principiado a introducirse en los últimos tiempos, por la aproximación paulatina de las civilizaciones peruanas del Norte (Uhle, 1922, p. 55).

Otra cita expresa aún más claramente la posición de Uhle:

los métodos generales y teorías de la nueva ciencia de la etnología se han estado evolucionando hasta ahora continuamente. Según las nuevas teorías de Gräbner y Foy de Alemania y Guillermo Schmidt de Viena, ningún tipo de civilización alcanza un grado de civilización más alta sin haberse rozado con representantes de civilizaciones más altas y haber sufrido la inundación por ellas. Considero que esta teoría en mucho sentido no es más que un desarrollo de mi propio método de la comparación de civilizaciones hasta su última consecuencia (Uhle 1914, 1s.).

Erhardt (1999, pp. 122-128) piensa que influencias marcadas de Uhle se perciben aún en los investigadores modernos de Chile.

En relación con esta temática es preciso destacar una publicación poco conocida de Uhle (Uhle, 1917, reeditado en Kaulicke 1998, pp. 301-335). En ella propone un *ius historiae antiquae* (derecho de historia antigua), un corpus legal destinado al estudio y la protección del patrimonio arqueológico y antropológico a nivel panamericano. Uhle (1917, p. 386) comienza su trabajo de la siguiente manera:

La civilización moderna es inseparable de su fundación en la historia. El estado moderno no puede realizar su idea innata de una manera perfecta, sin que sus miembros conozcan ellos mismos su significación en el mundo, las raíces de que ha nacido, i los fines que en él se han de perseguir conforma a las condiciones naturales que han orijinado su existencia i a las facultades innatas que determinan su fin ... la historia en este sentido no tiene la forma de una crónica o de simples anales ... sino como una filosofía que debe hacer comprender las fuentes de que el estado ha nacido i cuya multiplicación i desarrollo lójico tiene que dar como un resultado forzoso todo su desenvolvimiento hasta su fin.

La situación de los estados modernos americanos no desarrolló este sentido de *Weltbewusstsein* y de identificación con una historia anterior a la llegada de los inmigrantes de otros continentes.

El estudio de la historia precolombina de los estados formados ahora por los europeos debe ser de un interés tanto menos evitable para estos mismos, porque son pocos los estados en que grande porcentaje de la población aborijen no ha entrado como elementos de su población moderna con todas sus virtudes por un lado, vicios por el otro salvados de tiempo antiguo al moderno (Uhle, 1917, pp. 386-387).

Esta historia, por tanto, es una preeuropea y otra, más reciente, europeizada, que tiene que separarse en los caminos a su comprensión; la primera combina la arqueología, la antropología y la lingüística, pero la «mayor parte de los documentos con que ha de escribir esta historia se encuentran enterrados ... como monumentos listos para contar los hechos heroicos de las naciones pasadas al que quiere oírlos» (Uhle, 1917, p. 387). Resulta muy interesante cómo Uhle define la arqueología y su desarrollo desde un estudio de la antigüedad clásica a una diversificación notable que implica también una especialización. Esta actitud más «holística» debería incluir la arqueología americana, pero

[e]ncontrar los restos, describir i llevarlos a los museos europeos o norteamericanos parecía en un tiempo la obra natural i suficiente del arqueólogo americano [la tarea pasada de Uhle]. Estos tiempos ya no existen o no deberían existir. Como en el mundo antiguo en la arqueología egipticia, babilónica, prehelénica, etc., no sólo se buscan i describen nuevos restos antes no conocidos, sino se los usa al mismo tiempo para la reconstrucción del desarrollo de

las civilizaciones pasadas una de otra, de los factores que han contribuido a formarlas, de sus migraciones, paulatina extensión, de las causas que sirvieron a producirlas i después de perderlas, entonces para la reconstrucción de su historia, de la misma manera el término arqueología con respecto a los restos dejados por los antiguos americanos parece justificado i solo debería aplicarse, si prescindiendo de fines puramente descriptivos el arqueólogo es capaz de utilizarlos en la reconstrucción del movimiento histórico de las naciones pasadas según los métodos desarrolladas en Europa ... Mirada la arqueología como una ciencia eminentemente histórica, ocupa un puesto de suma importancia al lado de los estudios históricos que se ocupan con los tiempos más claros modernos i debería participar en la posición privilegiada, que a esta última en todo el mundo se reconoce (Uhle, 1917, pp. 387-388).

Este razonamiento evidentemente sirve para fundamentar la necesidad de una protección estricta y legalizada del patrimonio arqueológico por parte de los estados americanos respectivos así como la de un estudio concertado del mismo por medio de un enfoque interdisciplinario. «Concertado» significa en este contexto la cooperación científica y legal del conjunto de estos estados ya que la historia, en la visión de Uhle, no es un asunto nacional y que

[p]or su configuración geográfica especial el continente americano forma más que las otras grandes partes de nuestro planeta, una unidad también con respecto al origen de su población antigua i al desarrollo de sus civilizaciones. Más que en otras partes del mundo se imponen por eso problemas sobre el origen de sus poblaciones primitivas condensadas en cuestiones precisas sobre las cunas de su primera inmigración i la afinidad de sus razas con otras ... También la unidad en el desarrollo de las civilizaciones es más grande en América que en cualquier otro continente de iguales dimensiones. Hai vestigios de una capa orijinal de civilización primitiva con numeroso objetos de carácter paleolítico en la rejiones más distantes del continente...Es necesaria la cooperación de la ciencia en todos los países americanos, para elevar a la luz clara del día las pruebas de la extensión sobre el continente de este ínfimo grado de cultura orijinal” (Uhle, 1917, p. 400).

No es este el lugar para analizar toda esta argumentación compleja que ilumina mucho de lo que, en otras publicaciones, aparece en forma parcial o puntual. Conviene resaltar el afán de Uhle de presentar todo un edificio de argumentos con el fin de lograr una concientización panamericana de una especie de «global heritage» pese al desinterés generalizado de entonces y de la actualidad, acorde con su visión de una «historia americana».

Estas tendencias difusionistas no afectan su criterio esencialmente correcto de la cronología relativa cuya validez general se ha mantenido pese a críticas posteriores. En este sentido es notable la posición mucho más positiva de los científicos chilenos frente a sus aportes

que las de sus colegas bolivianos y peruanos. Quizá por darse cuenta de un cierto escepticismo o aun rechazo a sus logros, Uhle decidió publicar artículos más sustanciales para presentarlos en forma más explícita con los datos que los respaldaban, pero lo hizo en alemán (Uhle, 1913a, 1913b). Las posteriores traducciones al castellano suelen ser deficientes por lo que se publicó otras más fieles recientemente (Kaulicke [Ed.], 1998). En todo caso estas explicaciones no impidieron críticas fulminantes. En 1912 Posnansky publicó una réplica furibunda en dos idiomas, en alemán y en castellano (Posnansky, 1912; 1913), a una reseña de Uhle de un libro del primero publicado el año anterior (Uhle, 1912c) en la que no duda de tildar al alemán de ladrón y traficante (véase Schávelson, 1996). Selser (1912, 1923) criticó la cronología establecida por Uhle que encontró respaldo tardío en Tello (1923), quien tradujo este artículo al castellano con motivo de la muerte del primero. Riva-Agüero también se vio herido por críticas de Uhle (Uhle, 1912a) a sus argumentos lingüísticos equivocados, pero se tomó tiempo con sus repetidas réplicas vehementes (véase Kaulicke, 1997b).

Núñez, este volumen, acepta la posición presentada por Erhardt, pero enfatiza la capacidad de Uhle de «cruzar distintas disciplinas para esclarecer la naturaleza material arqueológica» a datos recogidos del campo de la etnografía, antropología física, lingüística como estudios toponímicos para detectar las distribuciones de las civilizaciones, como en el caso del kunza, el idioma de los atacameños. Gracias a su conocimiento profundo de las características de la arqueología atacameña de la que es uno de los más destacados exponentes, matiza más los aportes de Uhle y evalúa en forma positiva la lógica empleada por este último. Reconoce muchos aciertos adelantados en su tiempo que se vuelven a considerar en la actualidad. Quisiera destacar lo que Núñez descubre como cualidades humanas del alemán «sistemático»:

es posible inesperadamente conocer al «otro Uhle», aquel que recorre en círculo en torno a las primeras sepulturas «Protonazcas» de Pisagua, celebrando entre una algarabía sorprendente para sus trabajadores quienes así lo recordaron por mucho tiempo. En contraste, el fallecimiento de su «querida compañera de vida» [su esposa Charlotte quien falleció en setiembre de 1920 después de una larga enfermedad penosa en Alemania] lo afectó sensiblemente al punto que: «si hubiese tenido experiencias oficiales más agradables, o primero en Lima o después en Santiago, no habría habido la necesidad de que mi señora fuera a Alemania donde las consecuencias de la guerra la han llevado tan horrorosamente a la tumba ... Ahora estoy estudiando sólo los problemas, con mucho menos valor y ánimo para la vida» (citado de Mostny 1964, p. 156).

Santoro *et al.*, este volumen, se preguntan por las razones de los trabajos en Arica y Tacna y encuentran argumentos científicos, pero Gänger (2009) descubre razones políticas en las cuales involucra a Uhle. Los primeros celebran el establecimiento esencialmente

correcto de la cronología regional de Arica y señalan los cambios modernos en la misma. La mayor parte de su aporte consiste en presentar las intuiciones preclaras con los análisis modernos de las momias chinchorro, en las que coinciden largamente con la clasificación original de Uhle, su sugerencia de una edad notable de estos cuerpos, por su relación genética con los changos y atacameños y destacan su afán de vincular la prehistoria de Arica con la de América.

FASE 5 (1919 A 1933)

Estos últimos casi 14 años de estadía en países sudamericanos son extrañamente desconocidos fuera del Ecuador, aún considerando la poca documentación respectiva de los otros países donde trabajó (véase arriba). Esta desconsideración se debe mucho a criterios apresurados de colegas norteamericanos que se resumen en las palabras de Collier, quien sugiere que la edad avanzada de Uhle le indujo a buscar obstinadamente relaciones directas con Mesoamérica lo que considera refutado por investigaciones posteriores (Collier, 1982, p. 6). Tellenbach (1999, p. 10) se extraña de que se le cite aparentemente sin haber leído sus trabajos en referencia a sitios como Cerro Nariño (véase abajo), Paute, Chorrera y otros.

Höflein (2001) presenta un resumen de sus actividades en el Ecuador y subdivide este tiempo en dos fases, como las anteriores presentadas en este trabajo debido a sus situaciones financieras. La primera entre 1919 y 1924, durante la cual recibió el apoyo de Jijón y Caamaño y trabajó en el sur del país y una segunda entre 1925 y 1933 como profesor en la Universidad Central de Quito con trabajos de campo en la parte norte del Ecuador. En 1918 se le nombra socio correspondiente de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, fundada en 1909 y auspiciada por Federico González Suárez (1844-1917). Desde 1918 esta sociedad publicó el Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos (Boletín de la Academia Nacional de Historia) que se convirtió en una revista importante, en la que Uhle también publicó varios trabajos. Uno de los miembros fundadores de esta sociedad fue Jacinto Jijón y Caamaño (1890-1950) un personaje muy importante para la arqueología ecuatoriana. Su situación económica holgada le permitió apoyar directamente a Uhle y fue su admirador, pero el arreglo entre ambos pareció haber tenido aspectos de una colaboración remunerada. En 1919 la arqueología ecuatoriana estaba ya afirmándose gracias a los esfuerzos de González Suárez y, sobre todo, de Jijón y Caamaño, así como de aportes extranjeros como Saville, Dorsey, Rivet y Verneau. Los trabajos de Uhle se concentraron en Tomebamba, la segunda capital de los incas, definió su ubicación disputada hasta entonces y publicó una monografía sobre el sitio (Uhle, 1923). Idrovo (1994) quien realizó excavaciones más intensivas en el sitio reconoce la relevancia de esta monografía y la precisión de los planos. Tellenbach (1999) revisó el material que Uhle llamó «cultura Chaullabamba» y lo comparó con proyectos posteriores. Con este trabajo

rectificó ciertos malentendidos, sobre todo de parte de norteamericanos, y reconoció contactos amplios entre la sierra sur y la costa del Ecuador (Engoroy-Chorrera) y vínculos con el Formativo peruano. Conviene citar sus conclusiones en extenso:

A Max Uhle le debemos la primera idea de las interrelaciones tempranas entre las áreas Norte- y Centro-Andina, ideas sobre contactos a larga distancia que tanto le fascinaron toda su vida: Esta visión no la debemos a su deseo de explicar, a través de teorías migratorias e hipótesis sobre contactos de larga distancia, la historia del continente americano. Sino la debemos al Uhle desconocido y olvidado en el Ecuador: A su criterio tipológico, a su conocimiento íntimo del material, a su capacidad de separar lo importante de lo efímero y la valentía de describir e ilustrar aquello que todavía era desconocido. Capacidad que Max Uhle demostró al publicar su estudio sobre la «Civilización Chaullabamba», cualidades por las que merece el título de «padre de la arqueología» también en el Ecuador (Tellenbach 1999, p. 307).

Esta posición justificada de Tellenbach reclama una revisión de las ideas del difusionismo que influyeron significativamente en la arqueología ecuatoriana hasta en tiempos recientes. Sin entrar en detalles es preciso mencionar la supuesta conexión con el Jomon de Japón, responsable para la formación del Formativo Temprano (Valdivia) propagada por Meggers, Evans y el ecuatoriano Estrada a partir de la década de los cincuenta del siglo pasado (Meggers *et al.*, 1965). Lathrap (1970), en cambio, trató de explicar el origen de Valdivia, Chavín y de los «olmecas» desde la Amazonía y, últimamente, de África. Los esposos Meggers-Evans y Lathrap estuvieron presentes en el I Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericanas llevado a cabo en Salinas, en 1971 (Marcos y Norton 1982). En las actas, el artículo de Grove (1982) es interesante ya que plantea que semejanzas entre Mesoamérica y los Andes señalarían una dirección inversa a la usualmente planteada, es decir, una dirección sur-norte. Esto recuerda la idea de la irradiación sumamente amplia de elementos desde Chavín de Huántar (véase Carrión-Cachot, 1948, lámina XXVI) aunque, en el Perú prevalece una especie de «autoctonismo doctrinario» concentrado en el territorio delimitado por las fronteras actuales y esencialmente desinteresado en los pasados precoloniales de los demás países sudamericanos y centroamericanos. Marcos (1999) destaca el problema de las relaciones entre los Andes y Mesoamérica y simpatiza con Jijón y Caamaño y Uhle ya no en el sentido de olas de difusión (Jijón) sino como conexiones de larga distancia relacionados con los moluscos *Spondylus* y *Strombus* (mullu y pututu). El autor (Marcos, 1999, p. 208) resume que

[l]as contribuciones de Max Uhle a la arqueología ecuatoriana fueron importantísimas. Muchas quedaron traspapeladas en la confusión histórica, y por los resentimientos causados por la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo,

no hay área del Ecuador -con excepción del Oriente- en que el investigador moderno no encuentre que Max Uhle estuvo allí primero. Ni hay problema arqueológico -en el marco general de su trabajo- que Uhle no haya tratado con el marco teórico e instrumentos arqueológicos que entonces se hallaban a su disposición.

Marcos, en su trabajo, hace más referencias a la segunda etapa sobre la que conviene agregar que su última excavación, la de Cochasquí (Uhle, 1933) fue retomada por Oberem entre 1964 y 1965 (Oberem y Wurster [Eds.], 1989).

Oyuela-Cayceda *et al.*, este volumen, dedican su estudio al importante sitio Cerro Narrío, presentan los antecedentes y se precisan el aporte de Uhle al examinar los cuadernos de campo respectivos. Estos aspectos no tratados en el artículo de Tellenbach (véase arriba) complementan la problemática específica con datos adicionales.

Con todo ello queda evidente que estos últimos años de Uhle y sus aportes a la arqueología ecuatoriana fueron todo menos insignificantes y prueba de divagaciones seniles. Es igualmente evidente que —de nuevo— muchos malentendidos se deben a un conocimiento deficiente de sus publicaciones. Parece que aún no se han estudiado en forma completa los documentos inéditos en Berlín y sus notas de campo, protocolos de excavación, sus planos y mapas, en los archivos del Museo Jijón y Caamaño en la Pontificia Universidad Católica de la ciudad de Quito (Marcos 1999, p. 201) así como su material excavado en el mismo sitio y quizá en otros del Ecuador. Como en Chile (véase arriba) parece existir una correspondencia voluminosa con sus colegas latinoamericanos y extranjeros (Höflein, 2001, p. 333 y notas de pie 7 a 9) apenas utilizada hasta la actualidad.

CONCLUSIONES

Rowe (1954, p. 1) sostiene que Uhle llevó a cabo más trabajo de campo en la parte occidental de América del Sur que cualquier otro antes y después de él. En otro trabajo (Rowe, 1998, p. 18) opina que «[l]a cronología relativa de Uhle fue una hazaña intelectual de primer orden». Estas razones por sí solas ya deberían ser suficientes para ocuparse detenidamente de sus aportes a la arqueología de seis países americanos (Estados Unidos incluidos). Pero se agregan aún otros logros sumamente relevantes en los campos de la etnología, lingüística e historia. Uhle formó importantes colecciones en Estados Unidos, Lima, Santiago, Quito y organizó museos en diferentes países. Dejó un legado voluminoso concentrado en el del Instituto Ibero-Americano de Berlín, pero una cantidad aún incalculable en otros países y publicó más de 280 títulos en diferentes idiomas.

Como se ha tratado de demostrar en esta introducción todo este esfuerzo casi inimaginable no ha llevado a un estudio de síntesis, lo cual se debe a una serie de

factores. Primero, precisamente el carácter internacional de sus trabajos y, por tanto, la confrontación con problemas serios de diferente índole, a menudo sin el apoyo necesario y con una situación económica crónicamente precaria. Como aparentemente nunca tuvo reparos en proclamar y defender su posición sin preocuparse de las consecuentes reacciones nocivas para él, estos problemas personales frecuentemente condujeron a consecuencias graves ante las cuales se sintió impotente. Es, en resumen, una confrontación con la que no pudo lidiar y al no hacerlo (el que calla otorga como se dice en el Perú), su silencio fue tomado como reconocimiento de la validez de las acusaciones de sus oponentes. Queda, por tanto, averiguar las circunstancias particulares desde la posición del propio Uhle. Este enfoque es posible al estudiar sus cartas y otros de sus documentos personales en Berlín y otros sitios.

El otro factor consiste en la necesidad de reunir el material disperso, fuera de su documentación personal, al concentrarse en lo que hizo como científico. Para ello no es suficiente la lectura y el análisis de sus numerosos cuadernos de campo ya que estos no se deben tomar por diarios ni por apuntes de orden científico en primer lugar. Hay que ver estos datos junto con el abultado cuerpo de ilustraciones (planos, dibujos, fotografías) y separarlo en materias (arqueología, lingüística, etnografía, etc.), por tiempo y por lugar y cruzar luego los resultados. Sería conveniente hacerlo de acuerdo a las fases (y quizá subfases) presentadas en esta introducción ya que es preciso ampliar el cuerpo más o menos conocido con documentación nueva por ubicar en los diferentes lugares donde Uhle trabajó.

Un tercer factor son las publicaciones de las colecciones en Berkeley, Pensilvania, Lima, Santiago, Quito y otros lugares y su contraste con la documentación gráfica y escrita antes mencionada. Esta tarea, como la primera, es complicada pero factible gracias a los recientes avances de coordinaciones entre Berkeley, Pensilvania y Berlín. A estos esfuerzos deberían unirse otros en los países andinos donde Uhle estuvo activo. Tal empresa suena poco realista pero es la única para poder superar el insatisfactorio estado de conocimiento que reinó ya en su vida y sigue en vigencia en la actualidad y resulta imperativa si se quiere escribir una biografía tanto en acuerdo con los requerimientos modernos de este género de publicaciones y, por tanto, basada en estudios serios y completos en vez de evaluaciones someras, malentendidos, tergiversaciones, etc. En tal biografía, su vida personal debería ser el transfondo necesario para sus obras que la reflejan y la forman.

Todos los autores que han contribuido a este volumen están convencidos de la importancia y vigencia de los aportes de Uhle, aunque esta radica en buena parte en intuiciones, repeticiones de opiniones positivas o lecturas someras de su obra, mas no en un necesario estudio pormenorizado que sirva para contrastar resultados modernos con los del inicio del siglo XX. Lo «revolucionario» de Uhle debe buscarse en el

trasfondo intelectual que se presentó al inicio de esta introducción, en la aplicación estricta y sistemática de una metodología empírica, por lo cual la reconstrucción de esta metodología y su justificación teórica tiene que partir de la reconstrucción de sus datos empíricos, no solo para el campo de la arqueología sino también en los otros en los que Uhle estaba interesado. Si bien este es el procedimiento común en la historia de la investigación científica, sus alcances servirán para

sintetizar una arqueología andina que, en la actualidad, es nacionalista y, por tanto, fragmentada, mucho más aún que en el temprano siglo XX. La visión de una historia americana compartida con anterioridad del impacto del mundo occidental del siglo XVI, la de un proyecto de colaboraciones sostenidos de todos los países modernos involucrados para su realización es un sueño que sigue siendo una necesidad tan urgente ahora como lo fue en el tiempo de Uhle.

BIBLIOGRAFÍA

- ARENHÖVEL, W. (Ed.) (1979). *Berlin und die Antike. Architektur. Kunstgewerbe, Malerei, Skulptur, Theater und Wissenschaft vom 16. Jahrhundert bis heute*. Katalog. Berlin: Deutsches Archäologisches Institut/Staatliche Museen, Preußischer Kulturbesitz.
- ASTUHUAMÁN, C. (1999). Humboldt y la arquitectura inca. *Rumamanta*, 1, 131-138.
- BANKMANN, U. (1999). Aufbruch und Rückkehr. Die Berliner Zeit im Leben Max Uhles. *Indiana*, 15, 11-36.
- BASTIAN, A. (1860). *Der Mensch in der Geschichte. Zur Begründung einer psychologischen Weltanschauung*. 3 volúmenes. Leipzig: Verlag Otto Wigand.
- BASTIAN, A. (1878-1889). *Die Culturländer des alten America*, 3 volúmenes, Berlin: Weidmannsche Buchhandlung.
- BASTIAN, A. (1884). *Allgemeine Grundzüge der Ethnologie. Prolegomena zur Begründung einer naturwissenschaftlichen Psychologie auf dem Material des Völkergedankens*. Berlin: Verlag von Dietrich Reimer.
- BÉAREZ, P. (2001). Johann Jakob von Tschudi, precursor de la ictiología marina en el Perú. En Kaulicke, P. (Ed.), *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi (1818-1889)*, (pp. 213-224), Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- BISCHOF, H. (1999). Los orígenes de la civilización centroandina en la obra de Max Uhle. *Indiana*, 15, 37-78.
- CARRIÓN CACHOT, R. (1948). La cultura Chavín. Dos nuevas colonias: Kuntur Wasi y Ancón. *Revista del Museo Nacional de Antropología y Arqueología*, 2,(1), 99-172.
- CERRÓN-PALOMINO, R. (1998). Examen de la teoría aimarista de Uhle. En Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú antiguo*, (pp. 85-120). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- CERRÓN-PALOMINO, R. (2001). J. J. von Tschudi y los aimaraes del Cuzco'. En Kaulicke, P. (Ed.), *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi (1818-1889)*, (pp. 179-205), Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- CERRÓN-PALOMINO, R. (2006). *El chipaya o la lengua de los hombres del lago*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- CERRÓN-PALOMINO, R. (2007). Reconstrucción del proto-urofonología. *Lexis*, 31,(1-2), 47-104.
- COLLIER, D. (1982). One hundred years of Ecuadorian archeology. En Marcos, J. G. & P. Norton (Eds.), *Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericano* (Salinas, Ecuador, 25-31 de julio 1971), (pp. 363-393). Guayaquil: ESPOC.
- DANIEL, G. (1963). *The Idea of Prehistory*. Edinburgh: University Press.
- DAUELSBERG, P. (1995). Dr. Max Uhle: Su permanencia en Chile, de 1912 a 1919, *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 15, 371-394.
- DONNAN, C. B. (1965). Moche Ceramic Technology, *Nawpa Pacha*, 3, 115-134.
- ERHARDT, H. (1999). Max Uhle en Chile (1911-1919). Sus aportes pioneros al estudio del Prececerámico costeno. *Indiana*, 15, 107-138.
- ETTE, O. (1999). Humboldt y el proyecto moderno, *Humboldt*, 126, 2-5.
- ETTE, O. (2002). *Weltbewusstsein. Alexander von Humboldt und das unvollendete Projekt einer anderen Moderne*. Weilerswist: Velbrück Wissenschaft.
- FIEDERMUTZ-LAUN, A. (2007). The Scientific Legacy of Adolf Bastian (1826-1905). Compilation, Evaluation and Significance of Knowledge about the Life and Work of the Scholar, En Fischer, M.; P. Bolz & S. Kamel (Eds.), *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity. The Origins of German Anthropology*, (pp. 55-74). Hildesheim: Georg Olms Verlag.
- FISCHER, M. (2001). «Vergessene Sammlungen» im Ethnologischen Museum Berlin, En Wolff, G. (Ed.), *Die Berliner und Brandenburger Lateinamerikaforschung in Geschichte und Gegenwart. Personen und Institutionen*, (pp. 149-162). Berlin: Wissenschaftlicher Verlag.
- FISCHER, M.; P. BOLZ & S. KAMEL (Eds.) (2007). *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity. The Origins of German Anthropology*. Hildesheim: Georg Olms Verlag.
- GÄNGER, S. (2009). Conquering the Past: Post-War Archaeology and Nationalism in the Borderlands of Chile and Peru, c.1880-1920. *Comparative Studies of Society and History*, 51,(4), 691-714.
- GAYTON, A. H. (1927). *The Uhle pottery collections from Nieveria*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 21,(8), 305-329.
- HAAS, J. (1986). Keramikfunde aus Ancón, Peru. Die Tonobjekte der Sammlung Reiss und Stübel im Museum für Völkerkunde Berlin, *Indiana, Suplemento 11*.
- HAMPE, T. (1998). Max Uhle y los orígenes del Museo de Historia Nacional (1906-1911). En Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú antiguo*, (pp. 123-156). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- HÖFLEIN, M. (2001). Max Uhle in Ecuador: 1919 bis 1933. En Wolff, G. (Ed.) *Die Berliner und Brandenburger Lateinamerikaforschung in Geschichte und Gegenwart. Personen und Institutionen*, (pp. 329-347). Berlin: Wissenschaftlicher Verlag.
- HÖFLEIN, M. (2002). *Leben und Werk Max Uhles. Eine Bibliographie*. Ibero-Bibliographien 1, Berlin.
- HUMBOLDT, A. von (1811). *Essai politique sur le royaume de la Nouvelle-Espagne*, Paris: F. Schoell.
- GROVE, D. C. (1982). The Mesoamerican Formative and South America. En Marcos, J. G. & P. Norton (Eds.), *Primer Simposio de*

- Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericano, 25-31 de julio de 1971 Salinas-Ecuador*, (pp. 279-297). Guayaquil: Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL).
- IDROVO U., J. (1994). Arquitectura y urbanismo en Tomebamba, Ecuador, *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 13,(1993), 253-330.
- ISLA, J. (1995). Materiales recuperados por Max Uhle (1906-1907) en la isla San Lorenzo, costa central del Perú. *Gaceta Arqueológica Andina*, 24, 73-91.
- KAULICKE, P. (1992). Moche, Vicús-Moche y el Mochica Tempurano, *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines*, 21,(3), 853-903.
- KAULICKE, P. (1997a). *Contextos funerarios de Ancón. Esbozo de una síntesis analítica*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (1997b). La polémica Riva-Agüero vs. Uhle, su transfondo y sus implicancias. *Boletín del Instituto Riva-Agüero*, 21 (1994), 135-145.
- KAULICKE, P. (1998a). Max Uhle y la arqueología de la costa sur. En Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, (pp. 47-65). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (1998b). Releer a Uhle. Comentarios y lecturas. En Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, (pp. 179-202). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (2000a). *Memoria y muerte en el Perú antiguo*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (2000b). La sombra de Pachacamac: Huari en la costa central. En Kaulicke, P. & W. H. Isbell (Eds.), *Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias*, Primera Parte. *Boletín de Arqueología PUCP* 4, 313-358.
- KAULICKE, P. (2001a). Auswirkungen Uhles auf die Entwicklung der Archäologie Perus, En Wolff, G. (Ed.), *Die Berliner und Brandenburger Lateinamerikaforschung in Geschichte und Gegenwart. Personen und Institutionen*, (pp. 349-360). Berlin: Wissenschaftlicher Verlag Berlin.
- KAULICKE, P. (2001b). Las visiones del pasado de J. J. von Tschudi. En Kaulicke, P. (Ed.), *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi (1818-1889)*, (pp. 75-95). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (2003). Visiones del pasado de Johann Jakob von Tschudi, En Chevalier, A. & A. Meunier (Eds.), *Aux sources de l'américanisme suisse, Journée d'étude de la Société Suisse des Américanistes (Glaris-Suisse)*, 13-15 octobre 2000, *Bulletin suisse des Américanistes*, 66-67, (2002-2003), 77-84.
- KAULICKE, P. (2004). Alexander von Humboldt, *Enciclopedia Archaeologica. Americhe, Oceania*, (p. 465), Roma.
- KAULICKE, P. (en prensa). La comprensión del pasado preeuropeo americano de Humboldt. Para publicarse en libro de homenaje a J. A. del Busto. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (Ed.) (1998). *Max Uhle y el Perú Antiguo*, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (Ed.) (2001). *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi (1818-1889)*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KINDT, P. (1999). Chanchán-Hauptstadt des Chimú-Reiches. Humboldts Beobachtungen und Einschätzungen der altperuanischen Küstenkulturen, *Das Altertum*, 45, 19-32.
- KROEBER, A. (1925a). *The Uhle pottery collections from Moche*, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 21,(5), 191-234.
- KROEBER, A. (1925b). *The Uhle pottery collections from Supe*, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 21,(6), 235-265.
- KROEBER, A. L. (1944). *Peruvian Archaeology in 1942*. Viking Fund Publications in Anthropology, 4.
- LATHRAP, D. (1970). *The Upper Amazon*. London: Thames and Hudson.
- LEWERENTZ, A. (2007). Adolf Bastian and Rudolf Virchow in the Berlin Society of Anthropology, Ethnology and Prehistory, Changes in Chairmen and Scientific Discourse, En Fischer, M.; P. Bolz & S. Kamel (Eds.), *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity. The Origins of German Anthropology*, (pp. 83-100). Hildesheim: Georg Olms Verlag.
- LIEBSCHER, V. (1999). Reisen und Werk Max Uhles von 1892-1911/Viajes y obra de Max Uhle de 1892-1911, En Würster, W. W. (Ed.), *Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Planos de sitios arqueológicos en el área andina*, (pp. 43-87). Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 56.
- LOZA, C. B. (2004). Itinerarios de Max Uhle en el altiplano boliviano. Sus libretas de expedición e historia cultural (1893-1896), *Indiana, Suplemento 15*.
- LUMBRERAS, L. G. (2001). Uhle y los asentamientos en Chíncha en el siglo XVI. *Revista del Museo Nacional*, XLIX, 13-87.
- MARCOS, J. G. (1999). Max Uhle y la arqueología del Ecuador: precursor, investigador y profesor. *Indiana*, 15, 197-215.
- MARCOS, J. G. & P. NORTON (Eds.) (1982). *Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericano, 25-31 de julio de 1971 Salinas-Ecuador*. Guayaquil: ESPOL.
- MASSON, P. & G. KRAUSE (1999). Max Uhle (1856-1944): Archäologie und Kulturgeschichte des Andenraumes als Lebenswerk/ Max Uhle (1856-1944): Arqueología e historia cultural del área andina como obra vitalicia. En Würster, W. W. (Ed.), *Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Planos de sitios arqueológicos en el área andina*, (pp.7-41), Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 56.
- MEANS, P. A. (1921). Aspectos estético-cronológicos de las civilizaciones andinas, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 1, 195-226.
- MEGGERS, B. J.; C. EVANS y E. ESTRADA (1965). *Early Formative Period of Coastal Ecuador: The Valdivia and Machalilla Phases*. Smithsonian Contributions to Anthropology, 1.
- MENZEL, D. (1977). *The archaeology of ancient Peru and the work of Max Uhle*. Berkeley: R. H. Lowie Museum of Anthropology.
- MORALES CHOCANO, D. (1993). Historia arqueológica del Perú (del Paleolítico al Imperio Inca). En *Compendio Histórico del Perú t. 1*. Lima: C. Milla Batres.
- MOSTNY, G. (1964). *Arqueología de Taltal. Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores*. Compilación, introducción y notas de Grete Mostny. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina.
- MÜLLER-KARPE, H. (1975). *Einführung in die Vorgeschichte*. München: Beck.
- NÚÑEZ, E. & G. Petersen (Eds.) (2002). *Alexander von Humboldt en el Perú. Diario de viaje y otros escritos*. Lima: Banco Central de Reserva/ Instituto Goethe.
- OBREM, U. y W. W. WÜRSTER (Eds.) *Excavaciones en Cochasquí, Ecuador 1964-1965*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 42.
- POSNANSKY, A. (1912). *Guía general ilustrada para la investigación de los monumentos prehistóricos de Tihuanacu e islas del Sol y la Luna (Titicaca y Koati), con breves apuntes sobre los Chullpas, Urus y escritura antigua de los aborígenes del Altiplano Andino*. La Paz: Imprenta y Litografía Boliviana.
- POSNANSKY, A. (1913). *Una falsa crítica de Max Uhle, un par de palabras críticas sobre la obra Tihuanaco por Stübel y Uhle (parte de Uhle)*. Berlin: Edición del autor.
- PROTZEN, J.-P. & D. HARRIS (Eds.) (2005). *Explorations in the Pisco Valley. Max Uhle's Reports to Phoebe Apperson Hearst August 1901 to January 1902*. Contributions of the University of California Archaeological Research Facility, 63.

- PROULX, D. (1970). *Nasca Gravelots in the Uhle Collection from the Ica Valley, Peru*. Research Reports, 5. University of Massachusetts, Amherst.
- REISS, W. & A. STÜBEL (1880-1887). *Das Todtenfeld von Ancón in Peru. Ein Beitrag zur Kenntnis der Kultur und Industrie des Inca-Reiches*, 3 volúmenes. Berlin: Asher.
- RIVA-AGÜERO, J. de la (1966 [1937]). Civilización Tradicional Peruana. Época Prehispánica. Curso universitario de 14 lecciones de la Facultad de Letras de la Universidad Católica al iniciarse el año académico de 1937 (*Revista de la Universidad Católica*, V, pp. 271-306, 410-437, 611-664, 703-761). En *Obras Completas de José de la Riva-Agüero*, V, (pp. 171-391). Lima: Publicaciones del Instituto Riva-Agüero, 53.
- RIVERO Y USTÁRIZ, M. de & J. J. von TSCHUDI (1851). *Antigüedades peruanas*. Viena: Imprenta de la Corte y del Estado.
- ROWE, J. H. (1954). *Max Uhle, 1856-1944. A memoir of the father of Peruvian archaeology*, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology 46,(1).
- ROWE, J. H. (1998). Max Uhle y la idea del tiempo en la arqueología americana. En Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, (pp. 5-21). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SCHÁVELSON, D. (1996). Arthur Posnansky y la arqueología boliviana: una bio-bibliografía, *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 16, 335-358.
- SELER, E. (1912). Archäologische Reise in Süd- und Mittelamerika 1910/11, *Zeitschrift für Ethnologie*, 44, 201-242.
- SELER, E. (1923). Viaje arqueológico en Perú y Bolivia, *Inca 1*(2), 355-374. (Traducción de Selser, 1912).
- SHIMADA, I. (Ed.) (1991). *Pachacamac. A reprint of the 1903 edition by Max Uhle and Pachacamac archaeology: Retrospect and prospect: an introduction by Izumi Shimada*. Philadelphia: The University Museum of Archaeology and Anthropology, University of Philadelphia.
- STÜBEL, A. & M. UHLE (1892). *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des alten Peru. Eine kulturgeschichtliche Studie aufgrund selbständiger Aufnahmen*. Breslau: C. T. Wiskott.
- TAURO, A. (Ed.) (1969). Estudios sobre historia incaica. *Comentarios del Perú*, 11.
- TELLENBACH, M. (1999). Acerca de las investigaciones de Max Uhle sobre las culturas tempranas de Surecuador, *Indiana*, 15, 269-353.
- TELLO, J. C. (1923). Observaciones del editor al discurso del profesor Selser, *Inca 1*(2), 375-382.
- THIEMER-SACHSE, U. (1993). Alexander von Humboldt und das Phänomen der Inka-Strassen, *Beiträge zur Alexander-von-Humboldt-Forschung*, 18, 323-332.
- THIEMER-SACHSE, U. & P. MASSON (1999). (Eds.) Estudios Andinos: Max Uhle, su obra, y su repercusión, *Indiana*, 15.
- TSCHUDI, J. J. von (1844-1846). *Untersuchungen über die Fauna Peruana auf einer Reise in Peru während der Jahre 1838-1842*. Sankt Gallen: Scheitlin und Zollikofer.
- TSCHUDI, J. J. von (1846). *Peru. Reiseskizzen aus den Jahren 1838-1842*. St.Gallen: Scheitlin y Zollikofer. Traducción al castellano: Tschudi, J. J. von (2003) *El Perú. Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842*. Edición y traducción por P. Kaulicke. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- TSCHUDI, J. J. von (1853). *Die Kechua-Sprache (Erste Abtheilung-Sprachlehre, zweite Abtheilung-Sprachproben, dritte Abtheilung-Wörterbuch)*. Wien: Kaiserlich-Königliche Staatsdruckerei.
- TSCHUDI, J. J. von (1875). *Ollanta. Ein altperuanisches Drama, aus der Kechuasprache, übersetzt und commentiert von J.-J. von Tschudi*. Wien: K. Gerold's Sohn.
- TSCHUDI, J. J. von (1884). *Organismus der Khetsua-Sprache (Erste Abtheilung-Lautlehre, zweite Abtheilung- Formenlehre, dritte Abtheilung-Wortbildung, vierte Abtheilung-Synthax)*. Leipzig: Brockhaus.
- TSCHUDI, J. J. von (1891). Culturhistorische und sprachliche Beiträge zur Kenntnis des alten Peru, *Denkschriften der Kaiserlichen Akademie der Wissenschaften in Wien, Philosophisch-Historische Classe* 39, Wien.
- TSCHUDI, J. J. von (1985). Contribuciones a la historia, civilización y lingüística del Perú antiguo. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, 104,(1), 1-212 (Traducción de J. J. von Tschudi [1891]).
- UHLE, M. (1880). *Die Partikel «wei» im Schu-king und Schiking. Ein Beitrag zur Grammatik des vorklassischen Chinesisch*. Inaugural-Dissertation zur Erlangung der Doktorwürde der Philosophischen Facultät der Universität Leipzig, Leipzig: Alexander Edelmann.
- UHLE, M. (1888). Die Sammlung Censeno [sic] befindet sich in Berlin!, *Internationales Archiv für Ethnographie* 1,(6), 173-176.
- UHLE, M. (1900a). La antigua civilización peruana. *La Industria*, 2 de mayo.
- UHLE, M. (1900b). La antigua civilización peruana, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Sucre*, 2, (20), 109-116.
- UHLE, M. (1900c). *Letters of Max Uhle 1899-1900*. Impreso para Mrs. Phoebe A. Hearst. Berkeley.
- UHLE, M. (1901). La antigua civilización peruana, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, 10, (1-3), 93-98.
- UHLE, M. (1903a). Ancient South American Civilizations, *Harper's Monthly Magazine*, 10, (661), 780-786.
- UHLE, M. (1903b). *Pachacamac. Report of the William Pepper, M.D., LL.D., Peruvian Expedition of 1896*. Traducido por C. Grosse. Philadelphia: The Department of the University of Pennsylvania.
- UHLE, M. (1904). La antigua civilización sudamericana, *Boletín de la Sociedad Geográfica de La Paz*, 5, (18-20), 74-85.
- UHLE, M. (1906a). Aus meinem Bericht über die Ergebnisse meiner Reise nach Südamerika 1899-1901. Ueber die historische Stellung der feinen bunten Gefäße von Ica unter den übrigen prähistorischen Resten von Peru. En *Internationaler Amerikanisten-Kongress, Vierzehnte Tagung, Stuttgart, 18.-24. August 1904*, (pp. 581-591), Stuttgart.
- UHLE, M. (1906b). Los „kjoekkenmoedings“ del Perú. *Revista Histórica*, 1, 3-23.
- UHLE, M. (1906c). Discurso de incorporación al Instituto Histórico del Perú. *Revista Histórica*, 1, 408-414.
- UHLE, M. (1907). *The Emery Shellmound*, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 7.
- UHLE, M. (1912a). Los orígenes de los Incas, En *Actas del XVII Congreso Internacional de Americanistas, Primera Sesión: Buenos Aires, 17-23 de Mayo de 1910*, (pp. 348-353). Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos. Reedición en A. Tauro (Ed.), *Estudios sobre historia incaica*, (pp. 29-69).
- UHLE, M. (1912b). Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina, En *17 Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la Primera Sesión: Buenos Aires, 17-23 de Mayo de 1910*, (pp. 509-540), Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- UHLE, M. (1912c). Posnansky-Guía General ilustrada para la investigación de los monumentos prehistóricos de Tiahuanau é islas del Sol y de la Luna, etc. La Paz 1911, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 2,(5), 467-479.
- UHLE, M. (1913a). Die Ruinen von Moche, *Journal de la Société des Américanistes*, N.S. 10 (1) 95-117. Paris. Traducción al castellano en P. Kaulicke (Ed.) (1998). *Max Uhle y el Perú antiguo*, (pp. 205-227).
- UHLE, M. (1913b). Zur Chronologie der alten Culturen von Ica, *Journal de la Société des Américanistes*, N. S., 10,(2), 341-367, Paris. Traducción al castellano en P. Kaulicke (Ed.) (1998) *Max Uhle y el Perú antiguo*, (pp. 255-281).
- UHLE, M. (1914). Quivilco-Vortrag. Manuscrito (26 pp.) Carpeta n°. 43, legado chileno de Uhle. Ibero-Americánisches Institut, Preußischer Kulturbesitz, Berlin.
- UHLE, M. (1917). Conveniencia de dictar una ley uniforme en los países americanos, para proteger y estimular el estudio y recolección de material arqueológico y antropológico.

- En *Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress, Washington, U.S.A., Monday, December 27, 1915 to Saturday, January 8, 1916*, (pp. 386-408). Washington. Reedición en Kaulicke, P. (Ed.) (1998). Max Uhle y el Perú antiguo, (pp. 301-335).
- UHLE, M. (1922). El problema paleolítico americano, *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 5, (12-14) 302-316.
- UHLE, M. (1923). *Las ruinas de Tomebamba*. Conferencia leída por el Dr. Max Uhle en el Centro de Estudios históricos y geográficos del Azuay. Academia Nacional de Historia., Quito. Cuenca: Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay. Quito: J. Saénz Rebolledo, pp. 313-358.
- UHLE, M. (1933). Die Ruinen von Cochasquí (nördlich von Quito), *Ibero-Amerikanisches Archiv*, 7, 127-134.
- UHLE, M. (1998). Las ruinas de Moche. En Kaulicke, P. (Ed.) (1998). *Max Uhle y el Perú antiguo* (pp. 205-227). Traducción de Uhle 1913.
- UHLE, M. (2003). *Pachacamac: informe de la expedición peruana William Pepper de 1896*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos/COFIDE (traducción de Uhle 1903).
- WURSTER, W. W. (Ed.) (1999). *Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Planos de sitios arqueológicos en el área andina*, Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie 56.
- YUDILEVICH, L., D. (Ed.) (2004). *Mi viaje por el camino del Inca (1801-1802). Quito-Cuenca-Cajamarca-Trujillo-Lima. Antología*. Edición y prólogo por David Yudilevich L. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

MAX UHLE Y LA PREHISTORIA DEL NOROESTE ARGENTINO

Javier Nastrí¹

INTRODUCCIÓN

Uhle inició su prolongada y fructífera experiencia de investigación de campo en el continente americano a partir de excavaciones en diversos valles del noroeste argentino. No obstante el aporte principal de Uhle a la prehistoria de esta porción andina meridional no residió en la presentación de los resultados de dichas excavaciones sino en la interpretación del conjunto de la evidencia disponible hacia 1910, en un marco cronológico. Se analiza en este trabajo el modo en que su contribución al XVII Congreso de Americanistas «Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina» significó una hazaña intelectual de primer orden en la historia de la arqueología argentina que, hasta el presente, y a través de posteriores reelaboraciones, continúa constituyendo un punto de referencia ineludible en las representaciones del pasado de la región.

Uhle estuvo apenas un año en Argentina y, a excepción de algunas de sus cartas, nada publicó acerca de su primera experiencia de campo en el continente que tanto lo cautivaría. Aproximadamente en forma contemporánea al inicio de su labor en Argentina, la arqueología local comenzaba una de sus etapas más productivas en cuanto a la multiplicación de los trabajos y del conocimiento acerca de las ruinas y de los objetos del pasado aborígen. Investigadores como J. B. Ambrosetti, Samuel Lafone Quevedo, Adán Quiroga dieron forma a un nuevo campo que se dio en llamar «estudios calchaquíes» o bien «cuestión calchaquí», pues tal era el nombre de los aborígenes que entraron en contacto con los conquistadores españoles y cuyas ruinas y objetos se exhumaban por doquier. Sin embargo, y a pesar de contar con suficientes elementos de juicio, los investigadores locales no pudieron establecer una primera cronología prehispánica para la región asentada sobre datos concretos. Fue Max Uhle quien lo hizo, apelando básicamente a las publicaciones de sus colegas argentinos.

LA EXPERIENCIA ARQUEOLÓGICA DE UHLE EN ARGENTINA

Con 36 años de edad, Uhle desembarcó en Buenos Aires cuando se iba el año 1892. De la capital argentina se dirigió a Córdoba y de allí en mula a Catamarca, donde inició excavaciones en sitios ubicados en el área comprendida entre la localidad de Fiambalá y la de Chilecito (figura 1), esta última perteneciente a la contigua provincia de La Rioja (Rowe, 1954, p. 3). Luego exploró el valle de Belén (Catamarca), y también recorrió la porción septentrional del valle de Santa María y la meridional del valle Calchaquí, arribando, en abril de 1893, a la ciudad de Salta por la Quebrada de las Conchas (Uhle, 1894). Desde allí despachó a Berlín los materiales que obtuviera hasta ese momento, volviendo a Catamarca al mes siguiente para continuar con sus exploraciones. En el Pilciao fue huésped de Samuel Lafone Quevedo, con quien intercambió sus puntos de vista sobre la obra de autores tales como Wiener y Falb (Lafone Quevedo, 1893). En vano intentó convencer al arqueólogo-empresario para que le cediera el famoso disco que hoy lleva su nombre y que en la actualidad constituye una de las piezas más reconocidas de las correspondientes al periodo Medio o de Integración Regional (Lafone Quevedo, 1890; González, 1979b; 1992; Pérez Gollán, 1986).

Uhle decidió ingresar a Bolivia vía San Antonio de los Cobres, provincia de Salta, Cochino y Casabindo, provincia de Jujuy. En esta región puneña excavó varios abrigos rocosos que contenían tumbas con materiales bien conservados. Teniendo entonces en mente a Bolivia como el «campo principal de sus estudios», Uhle quedó vivamente impresionado por el modo en el cual «la vida en las montañas era todavía indiana» y en todo similar a los tiempos antiguos (Uhle, 1894). Este primer contacto de Uhle con la práctica de campo, durante el año o poco menos que duró su permanencia en Argentina, señala Rowe que lo impactó de tal modo que definió todo el curso futuro de su vida profesional (Rowe, 1954, p. 3). Cuando en 1910 volvió a Buenos Aires para asistir al

¹ Universidad Maimónides, Departamento de Ciencias Naturales y Antropología, Instituto Superior de Investigaciones, Buenos Aires, Argentina.



Figura 1. Mapa de la región del noroeste argentino con la ubicación de los siguientes sitios mencionados en el texto: 1. Tiwanaku; 2. Pisagua; 3. Cochinoca; 4. Casabindo; 5. San Antonio de los Cobres; 6. La Paya (valle Calchaquí); 7. Rosario de Lerma; 8. Pampa Grande-Las Pirguas; 9. Laguna Blanca; 10. Santa María (valle de Yocavil); 11. Tafí del Valle; 12. Fiambalá (valle de Abaucán); 13. Belén; 14. El Pilciao; 15. El Alamito (Campo del Pucará); 16. La Rinconada (valle de Ambato); 17. Cueva de La Candelaria; 18. Vinchina (valle de Vinchina); 19. Chañarmuyo (valle de Antinaco-Famatina); 20. Bañados del pantano (Aimogasta); 21. Anillaco (valle de Arauco); 22. Chilecito (valle de Famatina). Dibujo de Gisela Spengler.

XVII Congreso Internacional de Americanistas², del cual fue vicepresidente (figura 2), lo hizo como representante del Perú, país en el cual se desempeñaba como Director del Museo Nacional. Si para entonces el arqueólogo alemán ya había publicado sus trabajos más trascendentes sobre la prehistoria andina, por su parte

los arqueólogos dedicados a la investigación del pasado precolombino del noroeste argentino también habían producido importantes contribuciones en las dos décadas previas. Pero, a diferencia de Uhle, para los Andes centrales y centro-sur, no habían podido establecer un esquema cronológico general para la región.

² Dicho congreso, cuyas sesiones porteñas comenzaron el 17 de mayo, recién se clausuró el 21 de julio en Lima; punto final de las excursiones a sitios de Bolivia y Perú en las cuales Uhle fue guía informal de los delegados (Debenedetti, 1912a; Rowe, 1998, p. 13).



Figura 2. Foto de los participantes a las sesiones porteñas del 10º Congreso Internacional de Americanistas. En el centro se divisa a Max Uhle (1) y a Juan Bautista Ambrosetti (2). En la izquierda, Samuel Lafone Quevedo (3). Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti.

LA ARQUEOLOGÍA DEL NOROESTE ARGENTINO EN VÍSPERAS DEL CENTENARIO DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO

Si bien desde los inicios de las investigaciones arqueológicas en el noroeste argentino existía consenso en torno a la idea de una sucesión de «civilizaciones» a lo largo del tiempo (Nastri, 2004), la conciencia en torno al carácter conjetural de las propuestas esbozadas primó por sobre la utilización de los datos disponibles para la confirmación o refutación de las mismas. De esta manera, hacia 1906 aparecía la primera síntesis en un texto encargado desde el Museo de La Plata a Félix Outes, para que sirviera de referencia a una serie de láminas cromolitografiadas impresas algún tiempo antes en los talleres del mismo museo. El trabajo llevó por título «Alfarerías del Noroeste argentino» y presentaba la organización de los materiales que se consigna en la figura 3. Constituye así un primer ensayo de presentación de la evidencia poniendo el eje en las características y en las funciones de los objetos, sin considerar los contextos culturales o de procedencia. Un año más tarde, Lafone Quevedo publicó su propia versión de «Los tipos de alfarería de la región diaguita-calchaquí» en una obra que integraba la información histórica acerca de la formación del Tucumán colonial, con las características de los diferentes tipos alfareros de las áreas incluidas en la región estudiada (Lafone Quevedo, 1908). No faltaba la interpretación del simbolismo de las decoraciones alfareras y las analogías con las poblaciones aborígenes de Norteamérica. En cambio, brillaba por su ausencia toda distinción cronológica, para la cual el autor había obtenido datos en sus primeros trabajos arqueológicos de más de una década atrás. Es más, incluso se alteraba allí el orden cronológico en la presentación: tanto en

el texto como en los mapas, se trataban primero los diferentes momentos de la etapa posthispánica y luego se abordaban los tiempos precolombinos en forma indiferenciada.

Con la fundación del Museo Etnográfico, «la cronología de las culturas extinguidas y sus recíprocas vinculaciones» (Debenedetti, 1917, p. 246) pasó a ser el objetivo principal de las investigaciones impulsadas desde la Universidad de Buenos Aires. A comienzos de 1905, en el yacimiento de Pampa Grande, se estableció por primera vez una secuencia de ocupaciones superpuestas para un sitio (Ambrosetti, 1906). Para esto se tomó en cuenta la profundidad diferencial de los enterramientos y las diferencias en los materiales recuperados. Pocos años antes, el sueco Eric Boman había logrado algo similar, pero vinculando los depósitos de dos yacimientos en la misma provincia de Salta (Boman, 1905). Resulta interesante apreciar cómo poco después de la publicación del célebre perfil de Pachacamac (Uhle, 1903), se comenzó a incluir también en las publicaciones de arqueología del noroeste argentino, representaciones de la misma índole (Boman, 1905; Ambrosetti, 1906), aunque con sensibles diferencias en cuanto a la definición de los estratos y su composición en la representación de los perfiles estratigráficos (figura 4).

Habiéndose conocido en Catamarca, Boman y Uhle sostuvieron a lo largo de los años una amable relación científica, como puede apreciarse en la transcripción de su correspondencia incluida en el anexo, conservada en el Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico de la Universidad de Buenos Aires. Fue Boman quien retomó el contacto en 1905, enviándole a Uhle su trabajo sobre los túmulos del valle de Lerma (provincia de Salta), que Uhle no llegara a

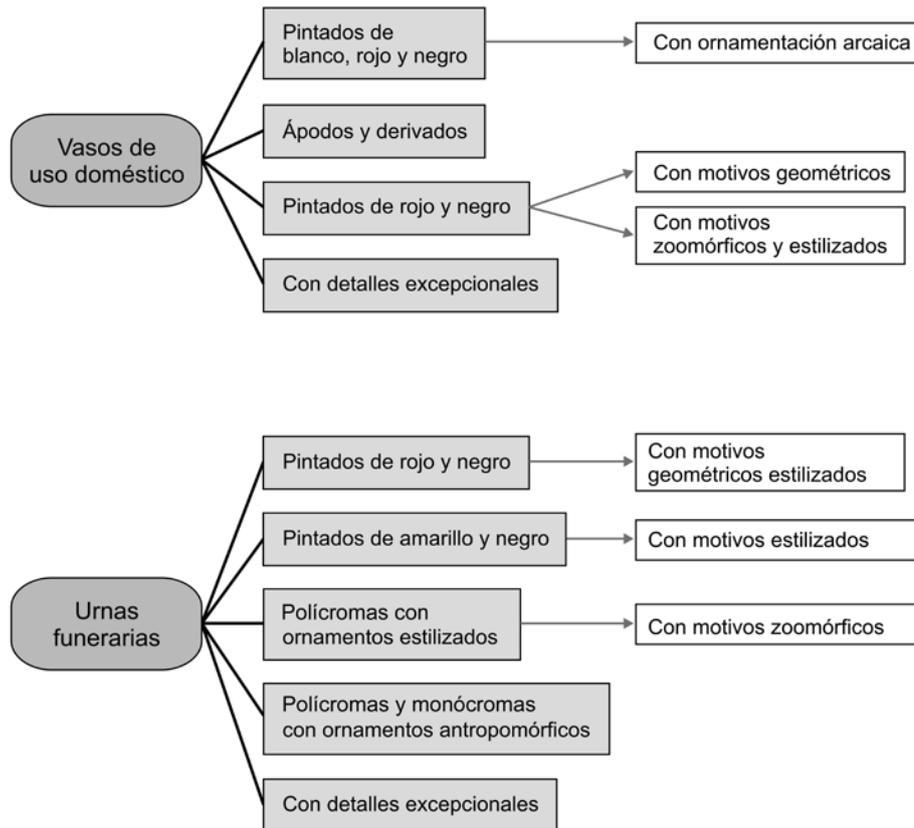


Figura 3. La arqueología del noroeste argentino en vísperas de la contribución de Uhle: síntesis de la clasificación de los materiales cerámicos de Félix Outes (1907). Diagrama elaborado por Javier Nastri.

conocer, dado que habían quedado fuera de su itinerario. En su respuesta, Uhle le expresa su opinión a favor de asociar los tuestos recogidos a 600 m de los túmulos con los mismos, a la vez que espera una publicación más completa que incluya ilustraciones de los motivos de los dibujos (véase anexo, carta 217). Dicha publicación recién se concretó en 1908, con la edición en París de la monumental *Antigüedades de la Región Andina de la República Argentina*.

La gran obra de Boman se erigió en oposición a los denominados «Estudios Calchaquíes» desarrollados años atrás por Adán Quiroga y Juan Bautista Ambrosetti. Boman atacaba a «Calchaquí» en todos los frentes en nombre de la ciencia (Lejeal & Boman, 1907). Cuestionaba el carácter específico de esta civilización, la autonomía de la arqueología calchaquí y finalmente el nombre mismo, para el cual proponía el reemplazo por el término «Diaguita». Este último aspecto resultaba contradictorio con los demás, puesto que si le otorgaba un nombre (aunque aludiera a una extensión territorial más amplia) estaba reconociendo cierta autonomía en relación al resto de las culturas andinas, todo lo cual justificaba indudablemente el

desarrollo de estudios específicos. De su repaso de toda la evidencia arqueológica disponible para Calchaquí, solo encontraba «originales» a la ornamentación de los discos de bronce (Lejeal & Boman, 1908), como el que se presenta en la figura 5.

Si bien Boman aceptaba las diferencias cronológicas postuladas por Ambrosetti para el yacimiento de Pampa Grande —reconociendo allí inicialmente no solo dos, sino tres épocas sucesivas—, consideraba como parte de un mismo complejo cultural a los materiales denominados «draconianos» —hoy La Aguada— (figuras 6 y 7) y los calchaquíes o santamarianos (figura 8). La respuesta a Boman vino de parte de Max Uhle (1912, p. 510)³, quien en el Congreso de Americanistas celebrado en Buenos Aires en 1910 estableció, del mismo modo que hiciera para el antiguo Perú, los fundamentos de la secuencia cultural prehispánica del noroeste argentino vigente, en términos generales, hasta el presente.

LA «ENTUSIASTA» CONTRIBUCIÓN DE 1910

Uhle contaba con elementos acerca del origen relativamente reciente de la civilización incaica, lo cual lo

³ Uhle no se refiere a Boman directamente, sino a sus *Antiquities*, como «Una de las últimas obras, la más completa y la más compendiada escrita hasta ahora sobre las civilizaciones del noroeste argentino, se decide a favor del origen peruano incaico de las civilizaciones calchaquí...» (Uhle, 1912, p. 510). Luego, el mismo Boman tomaría también nota de la mención (Boman, 1923, p. 5).

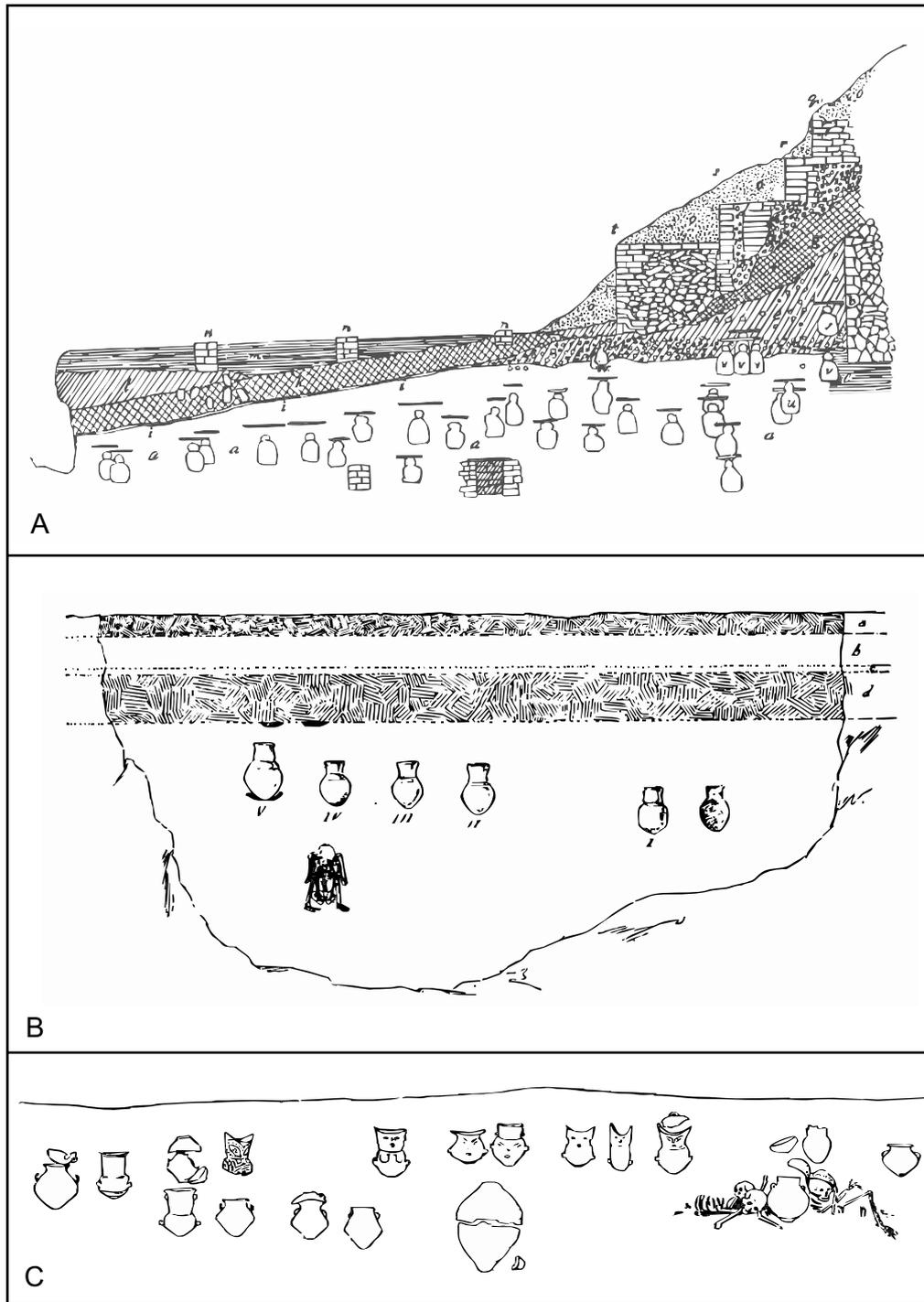


Figura 4. Perfiles de los depósitos de Pachacamac (tomado de Uhle, 1903), Arroyo del Medio (tomado de Boman, 1905) y Pampa Grande (tomado de Ambrosetti, 1906).

condujo a pensar que la misma no pudo ser la causa del origen de las civilizaciones del noroeste. Por otra parte las similitudes entre la cultura de los incas y la de los calchaquíes notadas por Boman tenían un carácter tan general que podrían aplicarse a todas las antiguas civilizaciones americanas (Uhle, 1912, p. 510). Uhle evitaba las posturas dogmáticas y nacionalistas (Levillier, 1926, p. 26-27), y proponía realizar el análisis considerando las diversas posibilidades y examinando las pruebas desde los diversos ángulos:

Si hubo influencias de una de las civilizaciones sobre la otra, estas han sido individuales según el tiempo y según las civilizaciones que las ejercían. También hay que probarlas según los objetos, formas, técnicas y ornamentos que se comparan. Por eso hay que distinguir primero, cronológicamente, las diferentes etapas de desarrollo que en ambas partes hubo. Pero habiéndolo hecho, estamos en aptitud, en todo sentido, de hacer las comparaciones necesarias, con el fin de determinar la extensión y la calidad de las relaciones en el transcurso de los periodos (Uhle, 1912, p. 511).



Figura 5. Disco de bronce tardío de la colección Uhle conservado en el Ethnologisches Museum, Berlín, bajo el número V C 1318 (negativo de vidrio en Caja 87/6 del Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti).

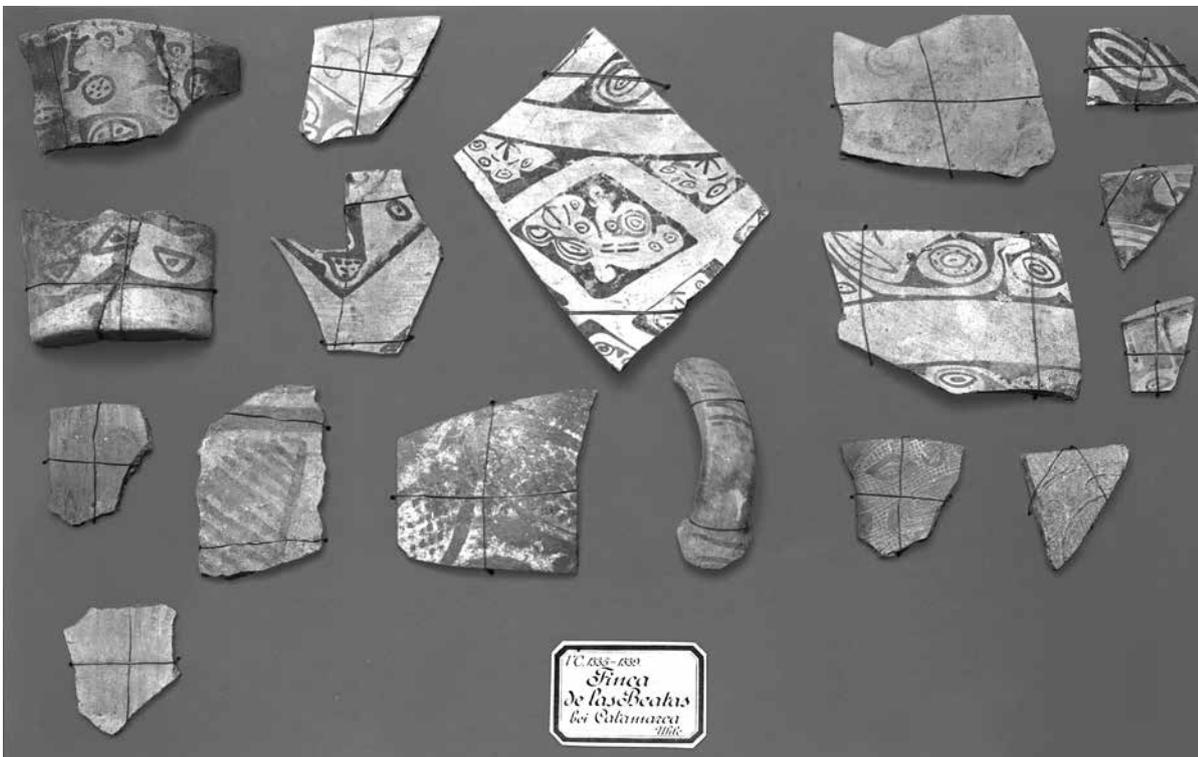


Figura 6. Fragmentos aguada de la colección Uhle conservados en el Ethnologisches Museum, Berlín bajo los números V C 1335-1339, procedentes de la Finca Las Beatas, provincia de Catamarca (negativo de vidrio en Caja 88/7 del Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti).

A Uhle le extrañaba el hecho de que no se hubiera formulado una cronología para los tiempos prehispánicos del noroeste a pesar de que la misma se revelaba «fácil de construir». En realidad, se desprendía de los viejos trabajos de Lafone Quevedo en los inicios de los trabajos de campo en Catamarca. El hecho de que el noroeste fuera conquistado por los incas resultaba de gran ayuda para la confección de una secuencia, puesto que otorgaba un anclaje temporal absoluto, en relación con los momentos más recientes. Por razones ambientales, sostenía Uhle, las poblaciones antiguas tendían a

mantener las mismas localizaciones; por lo tanto, resultaban altamente esperables las superposiciones de restos de diferentes épocas y era deber del arqueólogo prestar atención a todos los elementos que permitieran establecer diferencias cronológicas. No obstante, en el noroeste, las superposiciones en un mismo yacimiento eran menos abundantes de lo que sostenía Uhle y, de hecho, este armó la secuencia identificando contextos en distintos yacimientos; algunos multicomponentes y otros con restos de una única ocupación. De los cementerios de Santa María y Pampa Grande no se conocían



Figura 7. Vasos del Período Medio (Aguada, para Nastri; Guachipas y Colalao respectivamente, para Tarragó) de la Colección Zavaleta del Ethnologisches Museum de Berlín. A la izquierda: pieza n.º VC 4381, procedente de Angastaco, provincia de Salta; a la derecha: pieza n.º VC 4361, procedente de San Carlos, provincia de Salta. Foto de Javier Nastri.

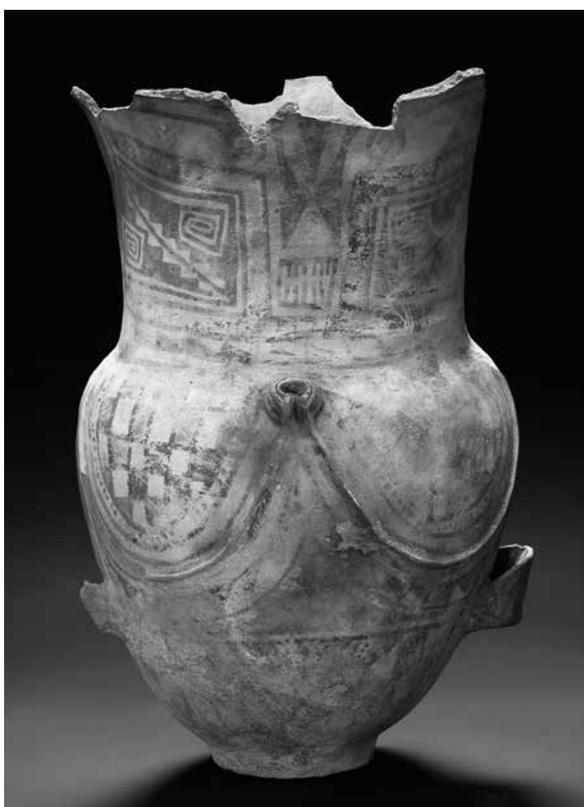


Figura 8. Urna santamariana de la colección Uhle, procedente de El Bañado, provincia de Tucumán (pieza n.º V C 1272 del Ethnologisches Museum, Berlín). Foto de Javier Nastri.

objetos incaicos, de La Paya sí. Es más, en La Paya se descubrieron tumbas que mezclaban objetos incaicos y otros locales mientras que otras solo contaban con elementos del último tipo. De manera que surgía la existencia de un periodo preincaico y otro incaico de la

civilización Calchaquí⁴. Luego quedaba ubicar el contexto de los entonces denominados «vasos draconianos» —hoy Aguada—. Uhle sabía que fragmentos de los mismos se encontraron en Santa María pero nunca en los mismos entierros «del tipo preincaico de los valles calchaquíes». (Uhle, 1912, p. 514). Por otra parte, Uhle no encontraba ningún punto de parentesco entre la ornamentación de los estilos aguada y santamariano. De modo que solo quedaba colocar a Aguada al principio de la secuencia, pues el final ya estaba «ocupado» (figura 9). Pues incluso,

si no tuviésemos los datos históricos de los historiadores primitivos de Perú y de Chile, los hechos arqueológicos serían más que suficientes para probar las conquistas de los incas en los dos países; y tanto valor tiene lo que la arqueología nos enseña que, sin las pruebas arqueológicas, los datos históricos valdrían muy poco; y si estos datos estuviesen en contradicción con lo que la arqueología indica, solo esta tendría valor sobre la tradición histórica. Estas observaciones son precisas para poner fin a las discusiones en que se ha querido negar la autenticidad de las conquistas de los incas en la Argentina, por que las noticias dadas por Garcilaso y otros, no parecían suficientemente comprobadas. (Uhle, 1909).

Uhle completó su secuencia con un periodo inicial teórico, caracterizado por el «salvajismo», que luego confirmaría con su descubrimiento de «los aborígenes de Arica», correspondiente a lo que hoy conocemos como Chinchorro, etcétera. (véase Uhle, 1924). Solo dejó de reconocer, entre el periodo del salvajismo y el draconiano, el hoy conocido como periodo formativo. Luego de enumerar las características de cada uno de los periodos se abocaba al análisis de los elementos que

⁴ Uhle disculpaba el errado rechazo de Ambrosetti a la dominación incaica que le impidió ver al propio autor los dos contextos de La Paya, como comprensible reacción a la afirmación de Boman acerca del origen «peruano» de la civilización calchaquí (Uhle, 1912, p. 511).

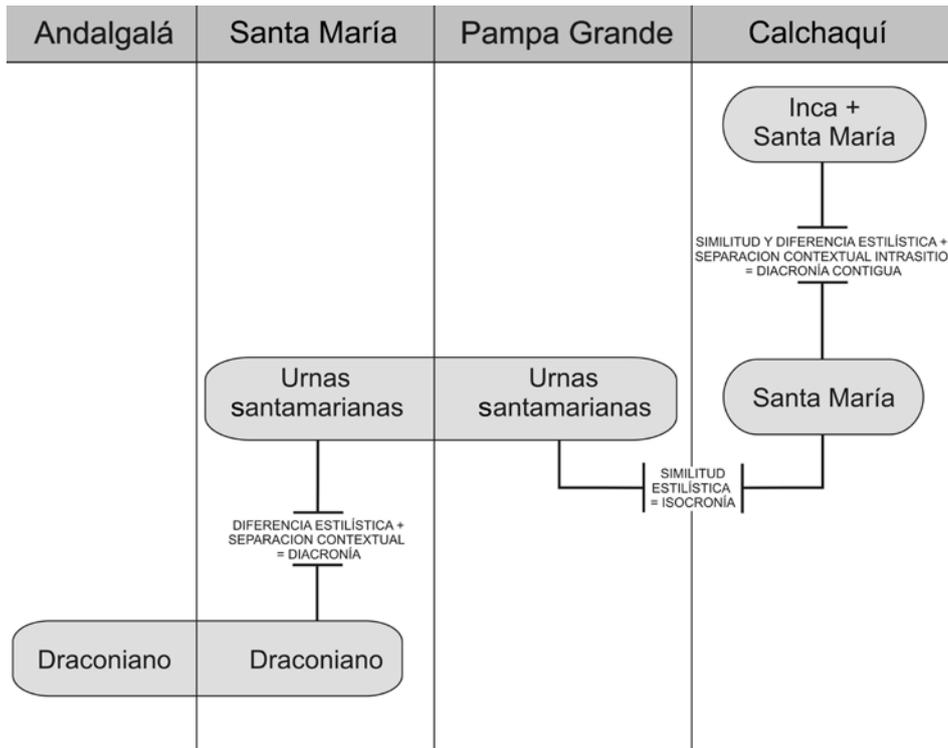


Figura 9. Esquema deductivo empleado por Uhle para la confección de la secuencia arqueológica del NOA. Diagrama elaborado por Javier Nastri.

permitían establecer vínculos entre las culturas precolumbinas del Perú y la Argentina. Comparaba, por ejemplo, la «concepción libre» de los estilos Proto-Nazca y Proto-Chimú con la de los vasos draconianos; los motivos geométricos Tiahuanaco con los del Calchaquí preincaico; la figura del sacrificador Tiahuanacota con la de los fragmentos aguada de Tinogasta; las tablas de rapé Tiahuanaco con las de La Paya, etcétera. (Uhle, 1912, pp. 522-530). Una de las teorías de Uhle postulaba que cuando un estilo figurativo de una gran civilización era «trasplantado» a otra «cultura más baja» era común que sus figuras se desmembraran y sus partes se repitieran como elementos de otras figuras, producto de la falta de comprensión de los significados en el nuevo contexto (Uhle, 1912, p. 521).

Por medio de esta breve contribución, Uhle planteó la secuencia cultural más completa de su tiempo para el noroeste argentino, fundamentada en evidencia arqueológica. Sin embargo, la cautela manifiesta frente a este aporte revolucionario —a excepción de Debenedetti (1912b, p. 403)— parece indicar que el mismo pudo haber resultado demasiado «entusiasta y precipitado» para otros investigadores, del mismo modo que resultaba para algunos autores, como Boman y Means, su

secuencia peruana⁵. La discusión protagonizada por Boman y Uhle en 1923 en las páginas del *Boletín de la Academia Nacional de Historia de Quito*, resulta ilustrativa al respecto.

«POR AMOR A LA ARGENTINA»: LA DISCUSIÓN BOMAN-UHLE

La propuesta de secuencia cultural del Noroeste argentino presentada por Uhle en el Congreso de Americanistas de Buenos Aires no fue obstáculo para la cordial relación entre Boman y Uhle. El primero no dejaba de enviarle copia de sus trabajos que el alemán se proponía corresponder en la medida de sus posibilidades. En la segunda carta incluida en el apéndice, cabe destacar como Uhle se alegra de la «sensatez» del sueco «frente al afán siempre exagerado de encontrar aspectos fálicos», tal como era frecuente en la producción de los calchaquistas (por ejemplo, Quiroga, Ambrosetti). Pero en la última misiva, previa a la discusión que ambos estudiosos mantuvieron en el *Boletín de la Academia de Quito*, Uhle le reprocha a Boman su falta de energía en el rechazo de las afirmaciones de Ameghino en relación a supuestos hallazgos arqueológicos terciarios en la región

⁵ En carta a Phillip Means, Boman declara «I am not very astonished at your discovery that Uhle's «Protochimú» and «Chimú» are the same culture. I have always been a little sceptical about the (?) of Uhle's chronology. Certainly, there is no doubt about the Tiahuanaco and Inca periods but the other ones must be better studied before the chronology can be taken as an «evangile». I believe Uhle has been to (sic) enthusiastic and precipitated in his theories. I hope you will favour me...» (carta número 5 del «Archivo Boman», Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti). Pero incluso autores que simpatizaban con la identificación de culturas realizada por Uhle en el Perú, como Outes, se cuidaban de emitir opinión acerca del valor cronológico de las mismas (Outes, 1920).

pampeana (Boman, 1923; véase Bonomo, 2002) que hasta incluían cerámica (apéndice). Dice entonces «Por supuesto debe reformarse la geología de la Argentina. ¡Por amor a la Argentina no podemos reformar toda la arqueología restante!».

Pero si en relación a la alta antigüedad del poblamiento americano las diferencias entre Boman y Uhle eran tan solo de énfasis en el rechazo, en lo que respecta a los tiempos agroalfareros las mismas eran mucho más sustanciales. En su publicación de Quito, Boman aportó mayores precisiones en relación a su postulación del «origen peruano» de la civilización Diaguita. Citando un antiguo trabajo del mismo Uhle (1910), propuso la introducción de la cultura andina en el noroeste argentino desde la altiplanicie peruano boliviana, con posterioridad a la época de Tiahuanaco. Luego la civilización Diaguita consolidada en el noroeste habría recibido el aporte de las huestes incaicas (Boman, 1923, p. 5). Este inicia su contribución con un pormenorizado resumen de los logros de Uhle en

relación a la construcción de una secuencia cronológica para los Andes centrales. Destaca su distinción fundamental entre la época de Tiahuanaco y la de los incas y ahora también se inclina por aceptar «la remota antigüedad del Protonazca, Protolima y Protochimú» (Boman, 1923, p. 7). Pero en lo que respecta a las correspondencias que Uhle estableciera en su trabajo presentado en Buenos Aires entre los periodos peruanos y los del norte argentino su opinión era negativa, en la medida en que creía que:

irán acumulándose otras pruebas de que la alfarería draconiana es contemporánea con la alfarería santamariana, llamada por Uhle «vasos propiamente calchaquíes», y que los dos han perdurado hasta después de la conquista española, no habiendo entre ellas diferencia de edad, sino solamente de dispersión geográfica, y no pudiendo, por consiguiente, estas dos clases principales de la alfarería diaguita servir para definir épocas distintas (Boman, 1923, p. 7) (figura 10).

Boman (1905)	Ambrosetti (1906)	Uhle (1912)
Hispano-indígena		
Diaguitas + incas		Período de los incas
	Calchaquíes	Período preincaico/Calchaquí
Tupí-guaraní	«Cultura inferior»	Período de la alfarería draconiana
		Período del salvajismo

Figura 10. Presentación de las cronologías relativas del Noroeste argentino elaboradas en la primera década del siglo XX por Boman (1905), Ambrosetti (1906) y Uhle (1912). Cuadro elaborado por Javier Nastro.

Boman impugnó una a una las propuestas de Uhle acerca de similitudes entre la alfarería draconiana y las culturas Proto-Nazca (hoy Nazca) y Proto-Chimú (hoy Moche) y entre los objetos calchaquíes y la cultura material de Tiahuanaco. Acordaba con la afirmación del alemán acerca de la representación de dos épocas, una incaica y otra preincaica, en el yacimiento de La Paya, (Boman, 1923, p. 12); pero en relación con el caso del yacimiento de Pampa Grande (Ambrosetti, 1906), al cual reconocía como fuente de la primera prueba estratigráfica de superposición de épocas distintas en la «región diaguita», advertía que la ausencia de material incaico notada por Uhle (1912, p. 513),

no justifica su colocación en una época especial, pues la dominación de los Incas fue de corta duración y nada autoriza a considerar como regla que su alfarería y otros productos hayan sido dispersados en grandes cantidades a los lugares apartados de los puntos donde estaban establecidos (Boman, 1923, p. 13).

Luego también se esforzó por refutar los argumentos a favor de la influencia de la cultura de Tiahuanaco en objetos arqueológicos del noroeste argentino, como los menhires de Tafí, los vasos «campanuliformes» (keros),

los platos-pato, las imágenes bipartidas de cabezas de serpiente y sapos santamarianos y los personajes con cetro y/o báculos del arte draconiano, entre otros elementos (Boman, 1923, pp. 14-16). Como conclusión, Boman afirmaba la contemporaneidad de los estilos santamariano y draconiano y su perduración hasta después de la conquista española. En el primero de los casos contaba con los datos del cementerio hispano-indígena de Caspinchango (Haber, 1999). En cuanto a la perduración del draconiano, no parecía fundarse totalmente en datos positivos, sino en la ausencia de los mismos: dado que los únicos restos documentados en los lugares mencionados en las fuentes históricas, aparte de los incaicos, eran los draconianos, pues esta última debió haber sido la cultura material de los aborígenes encontrados por los españoles en la región (Boman, 1923, p. 25).

La respuesta de Max Uhle, desafiado en su propia «casa», no se hizo esperar. En el volumen siguiente de la revista ecuatoriana ratificó su secuencia de 1910, con algunos ajustes que precisaban mejor las correspondencias cronológicas y estilísticas con la secuencia peruana:

El vaso Blamey por su gran semejanza en el tipo y en los colores de su decoración correspondería, como se ha supuesto ya en 1910, a un periodo anterior al de

Tiahuanaco; la alfarería de dragones grabados en vasos, al de Tiahuanaco conforme a varios tiestos decorados en la misma técnica con figuras de este estilo; el vaso pintado en pocos colores con un dragón y oriundo de Belén, podría haber formado la transición del estilo draconiano al de los vasos pintados de tipo diaguita, por su gran semejanza formal con el vaso epigonal de Arica, y su economía de colores parecida a la de los vasos diaguitas (Uhle, 1923, p. 128).

Uhle señaló que su contribución de 1910 había tenido la carencia de no explicar el camino por el cual «aquellos extraños elementos peruanos» se introdujeron en lo que hoy es territorio argentino en épocas tan tempranas y propuso entonces que Pisagua constituyó el nexo geográfico, dada la «semejanza, aún identidad formal del raro vaso epigonal de Arica mencionado arriba, con otro catamarqueño» (Uhle, 1923, p. 128). Luego refutó los argumentos contextuales usados por Boman como apoyo de sus afirmaciones: la superficialidad de los restos no necesariamente es prueba de escasa antigüedad y por otra parte la presencia de «fragmentos de alfarería draconiana» en sepulturas calchaquíes tampoco es conclusivo frente a casos tales como los de los «fósiles en las tumbas, piedras de talla paleolítica de un periodo anterior agregados como talismanes a los cadáveres, etcétera» (Uhle, 1923, p. 128).

Los argumentos puestos en juego en esta controversia tenían una variedad y un tratamiento inédito en la arqueología argentina de la época. Boman falleció al poco tiempo y Uhle ya no volvería a tratar la cuestión de las antiguas civilizaciones argentinas. Boman solo tuvo un discípulo, pero la importancia de su obra ejercería una gran influencia sobre la mayoría de los arqueólogos estudiosos del norte argentino durante las siguientes dos décadas. A otro extranjero, llegado desde uno de los ámbitos en los cuales impactara la labor de Uhle, le tocó en suerte recuperar la noción de periodos superpuestos, al año siguiente de la desaparición del «padre de la arqueología andina».

LA ACEPTACIÓN DE LA SECUENCIA DE UHLE

Wendell C. Bennett dedicó en 1945 un seminario en la Universidad de Yale a revisar lo que él consideraba una «impresionante masa de evidencia» reunida por los arqueólogos argentinos durante más de medio siglo, que hasta el momento no había sido adecuadamente abordada por los arqueólogos norteamericanos (Bennett *et al.*, 1948, p. 5). Bajo la dirección del experimentado y riguroso Bennett, los participantes del seminario reunieron toda la bibliografía disponible y dieron forma a una extensa monografía sobre la arqueología del NOA, dividida en cuatro áreas. Las que llamó «Centro» y «Sur» se corresponden con el ámbito territorial discutido por Uhle y Boman. Propusieron cuatro periodos para la etapa agroalfarera, a los que denominaron Temprano,

Medio, Tardío e Inca. Al primero de ellos, al cual Uhle denominara «Período de la alfarería draconiana», completaron con la inclusión de otros estilos que hoy sabemos fueron, aunque previos en su origen, luego coexistentes con La Aguada, como el Candelaria y el Tafi (Bennett *et al.*, 1948). De modo que si bien no contaban con elementos para apreciar la precedencia de estos estilos formativos a los de Aguada, prepararon el camino al distinguir la gran variedad de estilos correspondientes a unos y otros. Precisamente el fuerte de esta contribución es la definición de estilos, al punto que todas las secuencias cronológicas presentadas son estrictamente relativas, sin indicación alguna de temporalidad absoluta. A partir de un minucioso examen de la bibliografía, al igual que Uhle décadas atrás, los autores examinaron las evidencias disponibles, discriminando así una cultura «de transición» entre la Calchaquí y la incaica, que caracterizaría al periodo tardío⁶. En esto queda de manifiesto que la contribución de Bennett constituye básicamente una cronología cerámica relativa. Los autores discriminaron estilos, los ordenaron cronológicamente y luego hicieron corresponder a cada uno con un periodo. Como discutiremos hacia el final, la elaboración de Uhle, si bien similar en su concepción, no había perdido de vista la dimensión histórica de los fenómenos en danza y por eso, más allá de ser menos elaborada que la de Bennett, se ajusta más al panorama que existe actualmente sobre los periodos de la secuencia cultural precolombina del NOA (Tarragó, 1999), en cuya construcción tuvo un destacado protagonismo la carismática figura de Rex González.

Junto con Serrano, el gran sintetizador de los estilos precolombinos del NOA, González dio calurosa bienvenida a la síntesis de Bennett (González, 1951), al tiempo que se proponía continuar desarrollando la propuesta de este, pero sumándole la imprescindible fuente de información procedente de los trabajos en el terreno. En este sentido, orientando sus esfuerzos a una porción del área Sur —el valle de Hualfín—, de donde procedían gran cantidad de piezas extraídas por las misiones Muñiz Barreto, depositadas en el Museo de La Plata, González produjo un nuevo cuadro de cronología relativa en el cual introducía la noción de «contexto cultural» (González, 1950). Mediante esta noción, González ponía en primer lugar las asociaciones entre distintas evidencias (cerámica, metalurgia, piedra y hueso, habitaciones, funebria y economía) para formar un conjunto coherente (facie cultural) cuya posición cronológica luego sería discutida y reformulada a la luz de los fechados radiocarbónicos obtenidos. Manteniendo el inicial «periodo de salvajismo» de Uhle ahora como «Horizonte precerámico», propuso el nombre de La Aguada para reemplazar a la primigenia denominación de «draconiano». Advertido de que en el sur no se encuentran urnas santamarianas, sino Belén (figura 11), denominó de esta manera a la

⁶ Análoga construcción cronológico-cultural realizaron en relación con el área sur, con el estilo Belén como manifestación del periodo medio y el Aimogasta (estilo Jachal) como propio del tardío (Bennett *et al.*, 1948, p. 119).

Figura 11. Urna Belén de la colección Uhle, procedente de Puerta de Belén, provincia de Catamarca (pieza n.º V C 1638 del Ethnologisches Museum, Berlín).



cultura que llegaría luego al contacto con los incas y «Belén-Inca» a la fase que representa esta situación; destacando de esta manera el hecho histórico de la continuidad poblacional y la articulación entre invasores y sociedad dominada.

La mayor novedad de la contribución de González estuvo dada, no obstante, por la definición de dos nuevos contextos culturales —Ciénaga y Condorhuasi— los cuales situaba en una posición cronológica intermedia entre Aguada y Belén. Si bien la obtención de los primeros fechados radiocarbónicos lo condujeron pronto a invertir el orden de los dos primeros términos de esta secuencia, la identificación de dichos contextos significó un aporte científico tan revolucionario como el de Uhle, al cual completaba. Para esos años, al momento de reseñar la monografía de Rowe sobre Uhle, expresaba respecto de la labor de este:

la experiencia y observaciones le permitieron elaborar una reconstrucción de la secuencia histórica, basada en principios metódicos que él mismo creó o adoptó, que puede considerarse como el punto inicial de la investigación de la arqueología científica del Perú y del Continente ... Es precisamente esta inquietud por la *reconstrucción histórica*⁷, que adquiere forma en sus cuadros cronológicos, la que pone nuevamente a Uhle en contacto con nuestra arqueología, formulando en 1910 su apreciación temporal de nuestra cultura del NO y la necesidad imperiosa de establecer sus secuencias. Este problema planteado con toda claridad por Uhle se mantiene por más de 40 años sin que trate de solucionarse, sin merecer casi el interés de nuestros arqueólogos, colocando así nuestra arqueología en posición de indiscutible atraso (González 1957, p. 466).

Al igual que Uhle con La Aguada, González partió de identificar un contexto cultural que ocupaba una posición cronológica previa a la más conocida hasta el momento (González, 1957a). Luego, inspirando a sus numerosos discípulos y demás autores, dedicaría las siguientes dos décadas a descubrir las variedades de la instalación agroalfarera temprana a lo largo y a lo ancho del noroeste argentino (González & Núñez Regueiro, 1960a, 1960b; Núñez Regueiro, 1971; Heredia, 1974; Cigliano *et al.*, 1976; Sempé, 1977; Tarragó, 1980). La Aguada fue también objeto de un extenso artículo en el cual se describían los distintos aspectos de la cultura (González, 1964), tal como se buscaba hacer con los contextos formativos descubiertos. No obstante, a diferencia de estos, no contaba con un sitio representativo de esta cultura. La Aguada estaba representada entonces mayormente como un contexto mortuario o como una fase intrusiva en otros contextos, como el Condorhuasi-Alamito (Núñez Regueiro & Tarragó, 1972). Recién en el año 1977, el autor dio con un centro ceremonial de la cultura de La Aguada en el valle de Ambato, provincia de Catamarca (González, 1977), emulando a los arqueólogos de los cuentos de Borges (1956; Shanks & Tilley 1987, pp. 12-13), quienes primero deben «saber lo que buscan para luego interpretar lo que encuentran» (Figini & Carbonari, 1998; Uhle, 1924, p. 175).

Al conocimiento del centro ceremonial de La Rinconada de Ambato producido por Gordillo desde mediados de la década del '80 (Gordillo, 1990, 2004) aportó nuevos elementos para una reformulación terminológica y conceptual del esquema cronológico-cultural del NOA en la década siguiente. Pues La Aguada era entendida hasta entonces como una cultura

⁷ Énfasis nuestro.

que desarrollara un complejo ideológico en torno a la figura del jaguar, que se había extendido sobre una vasta área habitada hasta el momento por las diversas culturas tempranas —o formativas— reconocidas. El descubrimiento para esta cultura del centro ceremonial más grande y complejo del noroeste argentino condujo a resaltar la importancia de la fuerza —simbólica y material— que produjo la integración de sociedades a lo largo de una extensa porción del área valliserrana del NOA. Pérez Gollán (1991) propuso denominar a lo que hasta el momento se había llamado periodo Medio (González & Pérez, 1972), Formativo Medio (Núñez Regueiro, 1974) o Formativo Superior (Raffino, 1988), como Periodo de Integración Regional; al igual que Tartusi y Núñez Regueiro (1993). Pérez Gollán exploró también las bases económicas de dicha integración en el intercambio a larga distancia de sustancias psicotrópicas por parte de los caravaneros aguada (Pérez Gollán, 1994), según testimonian las elocuentes manifestaciones rupestres aguada en medio de los bosques de cebil, la dispersión de cerámica aguada hasta territorio chileno y el hallazgo de recipientes y textiles aguada en lugares carentes —y necesitados— de estimulantes psicoactivos: el desierto de Atacama. Estos últimos hallazgos realizados por arqueólogos chilenos implicaron la confirmación de otro de los aspectos destacados por Uhle en su contribución de 1910: la vinculación de La Aguada y Tiahuanaco a partir de un punto de encuentro atacameño. Si Uhle proponía a Pisagua como un lugar posible, González advirtió las chances de San Pedro de Atacama como ámbito de confluencia multiétnico (González, 1964), luego confirmado por las investigaciones de los contextos mortuorios exhumados por el padre Le Paige (Berenguer, 1984; Tarragó, 1989; Llagostera, 1995).

Dos décadas después del descubrimiento de La Rinconada de Ambato, González regresó al campo, ya enteramente dedicado a la problemática de La Aguada. Junto con otros investigadores excavó otro centro ceremonial descubierto, con características diferentes a las de Rinconada (González, 1998, p. 129; Baldini *et al.*, 2002). Este hecho destacaba la posibilidad de que no hubiera habido una centralización política durante el periodo Medio, sino una multiplicidad de formaciones sociales que compartían la ideología del culto al felino. De la misma manera parecieron multiplicarse los hallazgos y los investigadores dedicados al tema, al punto de celebrarse reuniones exclusivamente dedicadas a la problemática del periodo. En este marco de estímulo de las investigaciones, se amplió el cubrimiento de las áreas relevantes, obteniéndose en algunos casos datos cronológicos que alteraban el esquema establecido hasta el momento. Por otra parte, junto a la ebullición en torno al estudio del fenómeno de La Aguada se evidenció un renovado interés por el problema del alcance territorial del fenómeno de La Aguada.

APORTES RECIENTES

La multiplicación de los estudios en torno al fenómeno de La Aguada brindó conocimiento no solo de sitios ceremoniales, sino también de habitación; al tiempo que se cubrieron progresivamente los diferentes sectores que componen el área de dispersión de la cultura material aguada y se amplió notablemente el corpus de fechados correspondientes a este contexto. Gordillo (1999) y González (1998) reunieron hacia el fin de siglo el conjunto de fechados disponibles, advirtiendo las variaciones regionales del lapso cronológico correspondiente a La Aguada. En los valles de Hualfín, Abaucán (provincia de Catamarca) y en Anillaco (provincia de La Rioja) los comienzos de las ocupaciones aguada se registran hacia el siglo V d. C. En Bañados del Pantano —también en la provincia de La Rioja—, uno de los lugares históricos en los cuales Boman encontrara fragmentos aguada en superficie, el lapso cronológico documentado para Aguada está muy lejos de la época de la conquista española: entre los siglos IV y IX de nuestra era (González, 1998, p. 67). Pero en la misma provincia, los fechados del valle de Vinchina obtenidos por Callegari defraudarían menos a Boman, en la medida en que se sitúan entre los siglos X y XV d. C. (Callegari & Gonaldi, 2005). Más allá de la discusión sobre las asociaciones puntuales entre los carbones fechados y la cerámica, cabe destacar el hecho de que los sitios en los cuales se obtuvieron estas dataciones no corresponden a los típicos emplazamientos aguada sobre «barreales» de fondo de valle, sino a instalaciones en piedra sobre laderas y cúspides de cerros, con infraestructura defensiva (Callegari, 2004) al estilo propio del periodo tardío. Y dado que en el fondo de valle, Callegari encuentra sitios de habitación con cerámica Sanagasta, la autora interpreta que en el valle de Vinchina se produjo la perduración de la tradición aguada durante el periodo tardío, «arrinconada» en los faldeos montañosos por obra de los grupos Sanagasta (Callegari, 2004, p. 105)⁸.

Aunque no tan tardíos como los fechados de Vinchina, una revisión más reciente de los fechados de La Rinconada de Ambato por Gordillo (2005) señala que la ocupación del sitio habría sido más tardía de lo que se pensaba hasta el momento. Los últimos datos conforman un lapso entre los siglos VIII y XIII, concordantes con los fechados directos sobre el arte rupestre aguada en la cercana cueva de La Candelaria (Llamazares, 1999; Gordillo, 2005, p. 168) en pleno bosque de cebil.

A partir de lo anterior cabe destacar la importancia de atender a la variación regional en el establecimiento de las secuencias, aspecto introducido por Bennett y que no fuera tenido en cuenta por Boman y Uhle en su discusión, seguramente debido a la escasez de datos disponibles

⁸ Probablemente sesgada la muestra por problemas de visibilidad, no obstante debe señalarse que la evidencia de ocupación aguada en Vinchina es hasta el momento más abundante que la de las sociedades tardías a las cuales se atribuye la acción de «arrinconamiento».

en ese momento. Este hecho es destacado por Scattolin, quien denuncia, por ejemplo, cierta tendencia a proyectar injustificadamente hacia otras zonas la «secuencia maestra» elaborada por González para el valle de Hualfín:

Tomar prestadas directamente las tipologías desde Hualfín-Alamito —sin previo análisis de su aplicabilidad— podría causar confusión cuando se aplican más al norte, como en Santa María-Calchaquí. Así, este empleo incontrolado de tipologías puede conducir a que se asuma que los habitantes de Santa María fueron influidos intensamente por grupos de más al sur. Sin embargo, «el origen del cambio cultural raramente se somete a comprobación y la dirección putativa de la influencia cultural» en la historia prehispánica puede quedar (falsamente) «determinada por el lugar en que los nombres de tipos fueron definidos por primera vez por los arqueólogos» (Chilton, 1999, p. 45)» (Scattolín, 2006a, p. 134).

No obstante, en su análisis de más de 300 vasijas «precalchaquíes» enteras procedentes del valle de Santa María relevadas en distintos museos del mundo, Scattolín (2004b) también proporciona una pista acerca de las condiciones de posibilidad de la mencionada proyección: «el conjunto analizado no se ciñe a un solo estilo unitario y muy convencionalizado, fácilmente codificable, sino que más bien parece incorporar piezas de diferentes modalidades» (Scattolín, 2006a, p. 133)⁹. Otra fuente importante de esta apelación excesiva a secuencias de otros ámbitos reside sin duda en la escasez de asentamientos formativos registrados y excavados en el valle de Santa María. Si bien esta situación finalmente se está empezando a revertir en la actualidad (Álvarez Larraín *et al.*, 2009), el registro de algunos vestigios aguada en una serie de sitios poco estudiados hasta el momento, ubicados en los valles de Santa María y Tafi y el piedemonte tucumano constituye otro factor que ha pesado en la generalización de la idea de una amplia influencia aguada (Núñez Regueiro & Tartusi, 1993, 2003).

La mayor visibilidad y definición arqueológica del fenómeno de La Aguada en buena medida es un producto del poder social que en el pasado fuera construido en torno al mismo (sacrificador, felino, alucinógenos y plataformas ceremoniales), y en este sentido su sobre-representación por parte de los arqueólogos podría constituir un acto de reproducción de algunos de sus valores. Para Scattolin oposiciones tales como masculino : femenino :: Andes : Selvas :: innovación : continuidad :: jerárquico : igualitario :: complejo : primigenio :: Aguada : Candelaria :: periodo Medio : periodo Temprano :: integración : fragmentación, constituyen una suerte de sesgo arqueológico esencialista con similitudes con el

esquema cognitivo de percepción aymara, con su distinción entre el más luminoso, humano y seco «lado de los cerros» o Urcosuyu, y el más femenino, vegetal, oscuro y húmedo Umasuyu del oriente (Scattolin, 2004a, p. 54). Queda planteado así un interesante dilema en torno a los valores vigentes en el pasado, en el presente y a la acción de los arqueólogos en torno a los mismos. Si las representaciones arqueológicas del pasado se parecen a esquemas cognitivos propios de sociedades indígenas del presente, ¿este hecho es señal de proyección anacrónica del presente indígena sobre el pasado precolombino? O, dado que los arqueólogos no han sido de procedencia indígena, ¿el mencionado hecho es prueba de que dichos esquemas tendrían largas raíces en el pasado regional? La gran atracción que ejerce la problemática de La Aguada sobre los investigadores, en desmedro de otras sociedades contemporáneas, como Candelaria, constituiría así para Scattolin, un tácito e injustificado énfasis de la vigencia de ciertos valores —masculinos, jerárquicos, etcétera— en relación con el pasado estudiado (Scattolín, 2006b, p. 55). Mientras que Uhle había ilustrado su periodo draconiano con una vasija hidriáfora —una «mujer que carga el cántaro» (Scattolín, 2006b, p. 45; Uhle 1912, p. 520)—, posteriormente el énfasis de las descripciones del estilo se centró principalmente en las representaciones de los guerreros varones (Scattolin, 2006b, p. 46)¹⁰.

La relación Aguada-Candelaria fue eje de los análisis mortuorios y bioantropológicos realizados sobre los materiales extraídos de las cuevas de La Pirguas, provincia de Salta, por parte de Baldini *et al.* (2003). Las autoras documentaron en contextos Candelaria, evidencias de estrés nutricional en los cuerpos, así también como señales de violencia tales como golpes en los cráneos, junto con evidencias cerámicas propias del periodo Medio. Para las autoras,

una posible hipótesis que explicaría la situación de estrés social y nutricional de la población de Las Pirguas sería la presión ejercida por las sociedades Aguada que habitaban el valle de Ambato durante la época de ocupación de estos sitios, quienes les habrían limitado el acceso a los recursos disponibles. En esta relación de conflicto los grupos que habitaron estos sitios, si bien modificaron algunas pautas a partir del contacto, intentaron preservar su identidad al no incorporar la iconografía que denota la pertenencia a otro grupo social, y además al demarcar diferencias respecto a ese grupo, pudieron obstaculizar la ocupación efectiva del territorio por parte de las sociedades Aguada (Baldini *et al.*, 2003, p. 146).

La hipótesis del conflicto entre Candelaria y Aguada ya había sido introducida años atrás por González

⁹ Por más que Aguada efectivamente corresponde a una localidad del valle de Hualfín, cabe recordar que la primera identificación del estilo que inicialmente se denominó draconiano, se apeló tanto a ejemplos del sur como también del valle de Santa María (Lafone Quevedo, 1892).

¹⁰ Si bien no existen aún cuantificaciones puntuales, toda comparación entre representaciones de guerreros e hidriáforas requeriría una interpretación de las diferencias en los contextos de uso entre los recipientes con figuras pintadas/grabadas y los vasos efigie.

(1979a), con reminiscencias de la vieja discusión acerca de las influencias andinas y amazónicas (Imbelloni, 1951). Como hemos visto, en buena medida se trata también de una cuestión con orígenes a comienzos del siglo XX, a partir de la falta de articulación entre las secuencias de Boman y de Ambrosetti —que apuntaban a un punto de partida «oriental» — y la de Uhle —enfocada en los antecedentes y vínculos andinos— (figura 10). Y en años recientes, también como un efecto de la multiplicación de las investigaciones arqueológicas, se ha puesto de manifiesto la cuestión de las relaciones entre las sociedades de los valles áridos con sus vecinos occidentales de la puna. En referencia a la aldea de Piedra Negra, en el faldeo oriental del Nevado de Laguna Blanca —provincia de Catamarca— Delfino contabilizó 52 bases residenciales y 43 puestos consistentes en recintos subcirculares adosados a uno o más patios; así también como una plataforma ceremonial de 10 x 7 m apenas elevada unos 60 cm sobre la superficie. Esta última, confeccionada a partir de un muro perimetral con un relleno de sedimento fino y pedregullo, albergaba un menhir de 1.63 m de altura (Delfino, 2005, p. 270). El análisis de la riqueza de recursos disponibles en el entorno de la aldea, la ausencia de jerarquización arquitectónica y de trabajo comunitario, y la presencia de cerámica Ciénaga y Aguada en el marco fechados que ubican al sitio en el lapso cronológico del Periodo Medio, llevaron al autor al planteamiento de hipótesis alternativas a la interpretación corriente del fenómeno de La Aguada. Para Delfino:

por lo común, los ensayos explicativos parecen abreviar en formas ideologizadas coercitivas de ejercicio del poder. Entre los señores y los jefes aparecen los shamanes y los sacrificadores..., en definitiva, recursos de elites para interpretaciones que pretenden hallar la complejidad social en una ponderación un tanto exagerada de la monumentalización de La Aguada. ... Llevando estos planteamientos más lejos se nos ocurre sugerir que, Laguna Blanca podría haber jugado un papel preponderante a partir de su capacidad productiva. Incluso podríamos llegar a pensar, que el eje gravitatorio en tiempos de la llamada cultura de La Aguada para el sector occidental (González, 1977, pp. 204-207) no estuvo en el valle de Hualfín sino en este sector de la Puna (Delfino, 2005, p. 278).

En su provocador ensayo, Delfino adopta una posición «puneocéntrica», aun reconociendo el sesgo que cada investigador impone sobre su propia área de estudio, elevándola a un status privilegiado, como una manera de jerarquizarse a sí mismo (Delfino, 2005, p. 279). Similar ambivalencia expresa en relación con *el paradigma indiciario* (Ginzburg, 1989), en el cual por momentos se inscribe, pero que a la vez califica como «silogístico y teleológico» por «recargar emblemáticamente de sentido argumental a evidencias sugerentes»; como la escena expresada en un petroglifo en la cual un personaje con tocado cefálico aparece rodeado de un conjunto de individuos de igual número a la cantidad de bases residenciales del sitio (Delfino, 2005, pp. 272-273). Nosotros creemos que antes que una patología de la investigación, el otorgamiento de sentido a la evidencia constituye una condición de su posibilidad. De esta manera frente a las disquisiciones escolásticas en torno a la distinción entre los estilos ciénaga y aguada (Delfino, 2005, p. 279), cabe oponer propuestas concretas, como aquellas resultantes de los análisis iconográficos de la década del '90. Florencia Kusch estudió las formas de representación de los motivos principales de Ciénaga y Aguada, advirtiendo las constantes representativas que se indican en la figura 12. Mientras que antropomorfos y llamas se representan del mismo modo en ambos estilos, el lugar del simio de Ciénaga es ocupado por el antropofelino en Aguada, el cual «hereda» las mismas modalidades de representación que el simio, a excepción de la postura —sentado en lugar de parado—. Simios y antropofelinos habrían constituido entonces, en cada estilo, términos mediadores de la oposición entre humanidad y animalidad, combinando modos de representación de ambos. Y en esa combinación Kusch observa que cada una de las partes conserva las modalidades de representación propias de su especie (Kusch, 1991, p. 16). La resolución de la definición del carácter —temporal, social o geográfico— de la distinción entre ambos estilos, deberá aguardar una nueva propuesta de sentido que interprete y organice datos contextuales con precisiones cronológicas y espaciales.

A partir de los resultados de investigaciones continuadas y exhaustivas en la región de Ambato, Lagunas

	Antropomorfo		Llama
Ciénaga	Vertical	Simio	Horizontal
	De frente	Vertical	De perfil
	De pie	De frente y de perfil	Rampante
Aguada	Vertical	Antropofelino	Horizontal
	De frente	Vertical	De perfil
	De pie	De frente y de perfil	Rampante
		<u>Sentado</u>	

Figura 12. Constantes representativas en los motivos antropomorfos y zoomorfos en los estilos Ciénaga y Aguada, en base a Kusch (1991). Cuadro elaborado por Javier Nastri.

ensaya una comparación entre aquel momento formativo, en torno al primer siglo d. Chr., y el momento posterior en el cual Aguada ya había desarrollado sus características definitorias. Para este autor, quien desarrolló sus investigaciones principalmente en sitios de habitación del valle de Ambato, para el siglo V d. C. la sociedad aguada ya se encontraba consolidada con sus características específicas; entre otras: asentamiento en fondo de valle, rituales públicos comunitarios, ingeniería agrícola, distribución diferencial de especies faunísticas y partes anatómicas, homogeneidad cerámica (Laguens, 2004, p. 153). El contraste entre ambos momentos comparados señala una notoria discontinuidad, que permite considerar al cambio como «de tipo revolucionario» (Laguens, 2004, p. 156). Más allá de las opiniones a este respecto y a muchas otras comentadas en esta sección, podemos afirmar que no quedan dudas acerca de lo revolucionario que fue el planteamiento del «periodo de la alfarería draconiana» desarrollado por Uhle en 1910. Dedicaremos las últimas páginas de esta contribución a profundizar en algunos detalles de los análisis de Uhle sobre la cuestión y a intentar determinar los factores que le condujeron a introducir en la arqueología del noroeste argentina una secuencia que tanta trascendencia tendría en el desarrollo de los estudios especializados sobre el pasado precolombino de la región.

CONCLUSIONES

Si bien hemos destacado la originalidad e importancia de la contribución de Uhle, no podemos dejar de señalar que en torno al desarrollo de la problemática de La Aguada y de la arqueología de la etapa agroalfarera en general, queda de manifiesto el carácter colectivo de la construcción arqueológica del pasado. Uhle estableció su secuencia apoyándose principalmente en datos obtenidos por otros autores, a la vez que estudiosos posteriores le han dado a su planteamiento contundente apoyo empírico. Por otra parte, así como en su momento la secuencia de Uhle no fue objeto de aceptación, su posterior rehabilitación pudo arrastrar sus sesgos de origen; esto es: su falta de inclusión de los componentes «orientales» presantamarianos recuperados por Boman y Ambrosetti (figura 10) y luego documentados más profusamente en tiempos modernos (Scattolín, 2006a).

Al igual que en el resto de sus trabajos, en la propuesta para Argentina, Uhle basó su método sobre tres aspectos: 1) la delimitación de estilos, fundamentalmente en base a rasgos iconográficos, 2) el examen de la distribución de los mismos en términos de asociación (=coetaneidad) y,

3) superposición (=diacronía). No obstante, cabe señalar que:

Uhle desplazó los alcances del principio de superposición por los del principio de recurrencia, en donde cada objeto, en función de sus atributos formales, podía ser segregado como una unidad que por recurrencia se atribuía a conjuntos de coetaneidad, de modo que aquellos que no estaban incursos dentro de los grupos o tipos así constituidos debían ser reconocidos como de distinto tiempo en un mismo territorio (Lumbreras, 2005, p. 186).

Su sensibilidad para el agrupamiento estilístico de rasgos constituyó el punto de partida para su abordaje de la arqueología andina, desde antes de pisar el continente (Rowe, 1998). Muestra de esto es su percepción, en el caso de La Aguada, de la relevancia de las diferentes posiciones de las figuras representadas; diferencia a la cual asignaba valor cronológico, por la predominancia del perfil en Nazca y de la frontalidad en Tiahuanaco (Uhle, 1923, p. 129). Para Uhle:

Un tipo de cultura forma de cierta manera una personalidad, compuesta de varios elementos homogéneos, uno con otro. El tipo trata de conservarse, pero no puede, porque la ley de transformación, bajo influencias de las más diferentes clases, internas, y externas, siempre lo mueven (Uhle, 1924, p. 177).

No concebía Uhle a las épocas históricas como compartimentos estancos, a pesar de ser en su época el autor más explícito en la formulación de periodos. Concebía a los mismos como marcos temporales en los cuales tenían lugar transiciones determinadas por la intensa interacción mantenida por las diferentes sociedades¹¹. La disponibilidad del preciado recurso de los fechados radiométricos, a partir de la segunda mitad del siglo XX, permitió testear, de la misma manera que la excavación estratigráfica (Lyman & O'Brien, 1999), los planteos de secuencias culturales propuestos por Uhle y los autores posteriores¹². Hemos visto como dichos planteamientos constituyeron un requisito para el descubrimiento de nuevos hechos. Uhle señalaba:

Cuando presenté el informe sobre mis primeros estudios hechos en Pachacamac, autoridades de la Universidad americana se quejaron de que había traspasado los límites de mi tarea, el describir solamente el carácter objetivo de los hallazgos y no dejar las conclusiones a ellas mismas. Tan estrecha era en aquel tiempo, todavía, la concepción de la Arqueología [...] Había, a veces, otros que al manifestarles

¹¹ En este último aspecto no estaba muy errado en fijar la atención en una localización trasandina para la determinación del punto geográfico de contacto entre las porciones andinas centrales y meridionales. A su propuesta de Pisagua, le siguió la posterior identificación de San Pedro de Atacama como nodo de articulación de las caravanas aguada con el universo simbólico tiawanakota. La reciente identificación en Moquegua de una placa metálica supuestamente aguada asociada a un contexto Huarí (Moseley *et al.*, 2005) es errada, pues se trata de una placa tardía según la clasificación de González (1992).

¹² Greco ha señalado recientemente este punto en su riguroso estudio del conjunto de fechados de la localidad arqueológica tardía de Rincón Chico, provincia de Catamarca (Greco, 2007).

la necesidad de que el arqueólogo debía saber lo que buscaba dijeron, que esto era una tontería, porque tal empeño falsificaba los resultados [...] Hoy está, generalmente reconocido que el arqueólogo en sus operaciones debe de saber, desde el principio, a que meta va, y esta, al fin, puede ser solo una de carácter histórico (Uhle, 1924, p. 175).

Los desarrollos posteriores a Uhle señalan que los nuevos descubrimientos requieren a su vez interpretaciones cada vez más detalladas que permitan comprender no solo la lógica de los diferentes ordenamientos sociales, sino también los determinantes de su transformación en el tiempo. Por último, los aportes más recientes enseñan que resulta clave atender a las «relaciones» entre La Aguada y las otras sociedades de su tiempo; así como también alertan sobre el peligro arqueológico de subestimar las continuidades temporales a partir de los límites cronológicos establecidos en las secuencias. En este sentido es posible comprender a Aguada no solo como emergente de marcos simbólicos formativos, sino también, según las zonas, como disparadora de las prácticas propias del período de desarrollos regionales. Así, los remanidos argumentos en prehistoria sobre invasiones de pueblos o cambios climáticos para la explicación del cambio cultural, dejan lugar también para contemplar la posibilidad de la emergencia de nuevas formas sociales a partir del devenir de los elementos constituyentes de las formaciones previas.

A partir del recorrido realizado a lo largo de estas páginas, creemos que puede decirse que tras la resolución, a fines del siglo XIX, del primer y más sencillo problema encarado por los estudiosos de la prehistoria del noroeste argentino —la identificación de la cultura material de los aborígenes que entraron en contacto con los europeos (Nastri, 2004)— la problemática de La Aguada en particular y de la cronología de la etapa agroalfarera del área valliserrana en general construida por Uhle, ha constituido hasta el presente uno de los temas más apasionantes y estimulantes para el desarrollo de los estudios arqueológicos en la región.

AGRADECIMIENTOS

A los organizadores del Simposio Max Uhle, por invitarme a compartir tan magnífica experiencia. A Gitty Spengler, por la confección de las figuras. Al personal del Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti, por facilitar la consulta y reproducción del material inédito incluido en el apéndice. A la querida amiga Carlota Romero, por su valiosa contribución a la historia de la disciplina, a partir de su eficiente traducción del material referido y de otros textos arqueológicos antiguos. Al personal de la Biblioteca «Augusto Raúl Cortazar» —y especialmente a Mónica Ferraro—, por su atenta colaboración en la búsqueda de materiales.

ANEXO

Correspondencia de Max Uhle a Eric Boman conservada en el Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico J. B. Ambrosetti (traducciones de Carlota Romero).

Carta n.º 217

The University of California
Archaeological Expedition to Peru
Cuzco, 10 de enero de 1905

Señor E. Boman
París

De mi mayor consideración:

Su amable envío con el gentil recuerdo de nuestro encuentro en Catamarca me ha sido reenviado a este importante centro de antiguos recuerdos. Me ha alegrado mucho que usted haya sido tan gentil de acordarse de mí después de tantos años y ahora tendré doble motivo para seguir de cerca con particular interés los informes sobre sus interesantes años de expediciones posteriores a nuestro encuentro.

Su valioso informe sobre los grupos de túmulos en el valle de Lerma, que recibí ayer, me ha resultado muy interesante. Yo mismo no los llegué a ver, ya que me dirigí desde Salta pasando por Jujuy hacia la Quebrada de Humahuaca. Me parece muy plausible que los tiestos en el sitio a 600 m de distancia también correspondan a la época en que se levantaron los túmulos y su informe definitivo probablemente traerá algunas ilustraciones de tiestos con dibujos. Para la interpretación de estos túmulos me parece importante que el foso (grupo B) se encuentre dentro del muro. Un foso afuera hubiera dificultado el acceso, un foso dentro ¿acaso la salida? Por ello no necesitan haber sido enterratorios subterráneos. (se pregunta que fines puede haber cumplido el foso)

Aquí en Cuzco, donde recién estoy unos pocos días, tengo mucho que hacer, pero espero volver a ver Tiahuanaco, donde usted probablemente también ha estado.

Con muy afectuosos saludos y la esperanza de oír de usted, lo saluda su muy devoto,

Max Uhle

Carta n.º 219

Dr. Max Uhle (contestado 9/1/1918)
Casilla 3997
Arica, 19 de febrero de 1917

Señor Eric Boman
Buenos Aires

Muy estimado Sr. Boman:

En un momento de mi vida no precisamente muy agradable —acababan de asaltar mi habitación robándome algunos de mis más valiosos utensilios científicos, como lentes fotográficas, etc., tuve la gran alegría de recibir su carta tan simpática y estimulante, tanto más valiosa para mí por el hecho de que durante tanto tiempo no había tenido noticias del investigador que aprecio tanto y cuyos trabajos esperaba no perder nunca de vista. Ahora usted no solo me alegró con una señal de vida sino con cuatro trabajos, todos ellos sumamente interesantes, cada uno de ellos peculiar y de especial interés para la valoración general de su múltiple actividad; cómo me alegra su sensatez, frente al afán siempre exagerado de encontrar aspectos fálicos, el respetuoso aprecio que usted brinda al hermoso y sólido trabajo de Torres, los interesantes comentarios sobre un nuevo pucará en el Dpto Sanagasta y las comunicaciones valiosas e interesantes sobre restos de [...], importantes como toda contribución metódica para el conocimiento de las antiguas culturas argentinas y en la que usted tan amablemente menciona mi reconocimiento de la importante comprobación de las culturas atacameñas. Especialmente después de todo esto espero con mucho interés sus estudios sobre la Rioja y espero de esto importantes aclaraciones sobre las antiguas condiciones culturales de esta comarca vecina a Chile. Me alegró particularmente que usted allí evalúe mis teorías, pues puede imaginar el peso que tienen para mí los puntos de vista de un investigador como usted tan experimentado y de temple sueco.

Ahora paso a la segunda pregunta, referida a las separatas. Usted sabe que yo hasta cierto punto me encuentro en el exilio. Todas mis pertenencias están embaladas en 50 cajones en Santiago. Cómo podría haber traído algo aquí. No he recibido ninguna separata de mi breve exposición sobre la cuestión de los tubos para inhalar, debido a una nueva disposición en la redacción de la Revista, de la que yo entonces aún no estaba al tanto, de no entregar separatas. Algunas publicaciones las tendrá usted en el Bull. de la Soc. des Américanistes. Y yo ¿acaso no se la habré enviado? Si no fuera así, por supuesto tendría que recibirla más tarde.

Próximamente aparecerán tres trabajos míos: 1 sobre Conservación de Antigüedades (bajo la tierra, por supuesto) en Washington, 1 sobre Incallacta-Machu Pichu en la Rev. de Hist. y una reseña de Jijon y Caamaño (letra). Le pido que ya cuente con mi muy pronto envío. Desgraciadamente tampoco pude enviarle mis contribuciones al Dr. Torres, lo mismo que en parte me pasó con usted, ya que ahora me faltan tantas de mis separatas. Le prometo que en el futuro lo sorprenderé con más frecuencia con envíos, también estoy pensando en hacer la síntesis de algunos trabajos anteriores, en los que creo haber formulado puntos de vista generales.

Mi estadía en Tacna y Arica me resulta muy productiva —en relación a museos no hay mucho que buscar aquí, pero sí en cuanto a teorías. En Arica, por ejemplo, creo encontrar las momias más antiguas observadas por mí en Sudamérica (más antiguas que el más antiguo Pisagua, Supe, Ancón, etc), muy anteriores a protonazca —todavía sin restos textiles en la vestimenta, etc. Ojalá que más adelante pueda comunicarle más al respecto.

Seguramente usted tendrá a través del señor Oyarzún el cuaderno núm. 1 del Museo Etnogr. de Santiago. De lo contrario se lo haré llegar.

Me despido esperando que se encuentre bien y deseándole un gran éxito en sus estudios. Espero que vuelva a alegrarme con sus noticias.

Con amistosa admiración, su devoto,

(firma) Max Uhle

Carta n.º 220

El Dr. Max Uhle agradece al señor Eric Boman su amable saludo y sentirá siempre una gran satisfacción al recibir sus interesantes comunicaciones a la dirección Quito, a/o Soc. Ecuatoriana de Estud. Hist. Americ., casilla núm. 187.

Loja, 6 de octubre de 1919

Núm. 2 Arqueología de Arica y Tacna con ca. 27 láminas...(letra) II) aparecerá en el próximo Boletín.

Carta n.º 221 (fragmentos)

(pp. 3, 4) Tienen razón cuando dicen que mis informes sobre Moche, Ica, Huamachaco, Chíncha todavía no han aparecido. Mis condiciones de trabajo en California no eran favorables. Yo vivía en San Francisco y las colecciones se encontraban en Berkeley a una hora de distancia sobre el Bay. Tampoco Berkeley fue un lugar de residencia positivo para mí. Los manuscritos existen y ya han sido traducidos al inglés por mi mujer. Pero yo siento la necesidad de darles una forma más concisa y organizarlos unitariamente desde el punto de vista de nuestros conocimientos más recientes sobre desarrollos peruanos. Pachacamac estableció las bases. De Moche, etc. se exigía otra cosa. Creo contar ahora con una visión de conjunto necesaria sobre el antiguo Perú.

Esto me lleva a hablar de Means. El bueno de Means me envía su trabajo con una dedicatoria: «Con gran aplauso para los trabajos, etc., ... de Ud.» (sic). A mí también este trabajo me alegró mucho en un primer momento, hasta que más adelante me di cuenta que era mucho lo que trastrocaba, que simpatizaba con las teorías de Posnansky, González de la Rosa, etc., dejándome insatisfecho en los aspectos más importantes y de mayor envergadura. Casi le hubiera advertido a usted que se cuidara de las teorías de Means, pero reflexioné que su obra sobre La Rioja probablemente ya estuviera demasiado avanzada para ser influida por ellas.

Tenga la amabilidad de tomar nota de las diferencias bien fundamentadas de mis puntos de vista:

1) Tiahuanaco I no existe. Yo nunca lo acepté; una vez escribí al respecto en el «Comercio» de Lima a comienzos de 1910, oponiéndome a González de la Rosa. Por suerte pude salvar un ejemplar que había hecho llegar al Museo de Lima. Imagínese que durante mi ausencia por asistir al Congreso en Bolivia en 1910 mi mujer y mi cuñada, al «ordenar la habitación» tiraron a la basura todos los ejemplares, tomándolos por viejos números del Comercio. O sea que ahora apenas puedo responsabilizarme por la antigüedad de mi punto de vista.

2) No es cierto que Protochimú preceda al de Protonazca. La situación es a la inversa.

3) No es cierto que las esculturas de Chavín sean un fenómeno descendiente de Tiahuanaco; pertenecen más bien al estilo protonazca y constituyen los más antiguos monumentos conocidos de Perú.

(p. 5) De tal modo tengo muchas diferencias que en aspectos de mayor y menor importancia me distancian del señor Means. Tengo redactadas al respecto 80 páginas de un manuscrito en alemán como réplica listo para su publicación, pero no encuentro aquí en Sudamérica un Ambiente [sic] al que pudiera confiar mi crítica y réplica

para su publicación. También la base de la cronología de Means es en parte (¡Montesinos!) equivocada, a pesar de que su fecha de comienzo sea aproximadamente correcta. También sobre este tema cuento con datos mucho más satisfactorios, prácticamente exactos.

Carta n.º 222

Dr. Max Uhle contestado. 7/6 1920
San Lucas (Loja)
13 de enero de 1920

Señor Dr. Eric Boman
Buenos Aires

Muy distinguido Doctor:

Muchas gracias por el interesante artículo relativo a la momia de Salinas Grandes. Sobre todo me resultó interesante encontrar constatados los sacrificios por estrangulación también a través de otros hallazgos arqueológicos. En referencia a [...] en página 10 le recomendaría averiguar en Santiago si entre mis hallazgos de Calama no se encuentra un objeto similar (solo que mucho más fragmentario, sin el mechón de pelo). No pude determinar con certeza cuál era su uso. Por ello lo consideré un recipiente. Incluso no es imposible que un segundo objeto [...] análogo (o parte de uno), solo que más fragmentario se encuentre en Santiago. Debido a la rareza y singularidad de tales objetos depara cierto interés observar la repetición de este poco frecuente tipo atacameño.

Ya le escribí algo relativo al proyecto de trazado de mapas arqueológicos. Los hallazgos descritos por C. Ameghino son interesantes, pero no me satisface el modo en que son tratados, ya que en parte parecen representar en sí técnicas recientes, en parte coinciden incluso formalmente (como núm. 9, 14, 19, 1d) con hallazgos encontrados en el conchero de Taltal, y que allí han de atribuirse a los primeros siglos de nuestra era.

Probablemente habrá recibido mi envío «Arqueología de Arica y Tacna».

Le hago llegar mis saludos, agradeciéndole el interesante envío.

Su muy devoto,

(firma) Max Uhle

Disculpe la estampilla «adicional» faltante (...) Todavía no llegó a Loja y a pesar de ello las cartas son ¡¡multadas?

Carta n.º 450

Dr. Max Uhle
Quito, 11 de setiembre de 1920

Señor Dr. Eric Boman
Buenos Aires

De mi mayor consideración:

La noticia del Señor Dr. Oyarzún de que yo me encontraba en Guayaquil en aquel momento era por supuesto falsa. Sólo tengo mi dirección permanente en lo del Señor Otto von Buchwald G., apart. 206. Yo mismo me encontré durante 6 semanas incomunicado en el valle Jubones y esta circunstancia es en gran parte el motivo de la demora de mi respuesta a su afectuosa carta del 7 de junio. Muchas gracias por sus líneas, así como también por el valioso ensayo que he recibido con fecha anterior sobre tumbas calchaquíes, e igualmente por el amable reconocimiento de mis propuestas para la ampliación de la cartografía arqueológica.

La enfermedad histórica de los compañeros de Pizarro (¡coaque!) me forzó hacia mediados de agosto a viajar por mar a Guayaquil para recuperarme, y aquí en compañía del Señor Jijón pude completar mi recuperación en un clima más fresco. De buena gana respondo a sus interesantes preguntas, en la medida en que estoy en condiciones de hacerlo.

También le envío de vuelta la lista completa de mis publicaciones. Desgraciadamente yo mismo a menudo no sé detalles sobre las separatas en parte no me han sido entregadas (Congr. Amer. 1904 (...), 5 1915, por ej.), en parte están agotadas (por ej., aillu), en parte están en mi equipaje en Santiago, por el momento inalcanzable. Copiando su lista (...) espero, sin embargo, poder lograr después de algún tiempo alguna solución.

Usted me pregunta acerca de una expansión de la civilización diaguita en la costa de Chile. En la cerámica no hay rastro alguno de ello. Por lo demás para una buena respuesta a su pregunta me falta por completo el estudio de Chile Central. Chile en términos generales me ha tratado miserablemente a mí, a mis esfuerzos, a mi intento de organización del museo en los años 1912-16. A consecuencia de ello, no he podido estudiar nunca la región de Chile Central importante y específica para aclarar este tema. Existen muchos objetos extraños de cobre en tumbas de la costa chilena septentrional (comp. Capdevilla Latcham), en realidad todo recién a partir de mi segundo período atacameño. Un hacha de cobre con mango la llevé de Calama a Santiago, donde se encuentra en el museo, si no ha sido víctima de algún otro robo, aparte de los que alguna vez hicieron estragos allí (un Ernesto de la Cruz era el sospechoso). Hachas similares aparecen también en petroglifos (Chinchón). Un topónimo diaguita en Chile sea probablemente Golfin. Por lo demás tengo la impresión de que los atacameños, en parte los de cultura superior, se asentaron hasta la región de Santiago. Y probablemente es fácil que desde allí los objetos de cobre, cuya proto-procedencia aún no conocemos, hayan llegado a la costa chilena septentrional. En un cruce de culturas argentinas a través de la Cordillera creo por otra parte por petroglifos en la Quebrada de Tinguiririca y en la Prov. de Itatá (acerca de la primera, véase Verh. des deutschen wiss. Vereins Santiago I o II); por lo menos desde un punto de vista geográfico la conexión sería fácil. Por lo demás no tengo una idea clara sobre objetos de cobre auténticamente diaguitas en comparación con los encontrados en la costa septentrional chilena.

En lo que se refiere a los chinchas, (individuos altos, delgados) finalmente pienso que a quien más se parecen es a un tipo de mestizos argentinos que encontré en Catamarca (Belén, etc.), por supuesto también en La Serena en Chile, que quizá se extienda también más hacia el sur. La cultura de los chinchas puede haber sido diaguita o acaso en parte atacameña (juzgando por la cerámica, utensilios agrícolas, etc.). Los topónimos de la región me parecieron tener reminiscencias diaguitas. Si usted pudiera aportar un esclarecimiento mayor y definitivo acerca de la relación de diaguitas y atacameños, se haría acreedor a un particular reconocimiento.

Mucho he lamentado el fallecimiento de Samuel Lafone Quevedo con quien mantuve una amistad constante desde 1893. Una figura menos entre los argentinos de la antigua generación, sobresalientes en esta ciencia. ¿Quién seguirá ocupándose en profundizar sus puntos de vista?

¿Advierte usted que el señor Means se retracta de muchos de sus comentarios relacionados conmigo? ¿Se retractará de algunos más! Compare el Boletín 12, mi artículo allí, cuyas separatas todavía no están listas. También entonces tendrá que retractarse más; compare luego mi artículo sobre «El origen de las civilizaciones de la sierra peruana» en el Boletín 13-14 ahora en preparación. El Señor Means se las tiene que ver con una inmadurez intelectual bastante pronunciada. Todo lo que se relaciona con la cronología de Montesinos en su introducción a la traducción de este autor (Haklayt) me parece ser lo más débil de sus escritos (Mercurio Peruano vol. IV, mayo 1920, pág. 354s.). Una agresión vulgar y pueril al ilustre Pietschmann se encuentra *ibid.* en pág. 358 en la nota 1 y dice así: “La interesante Nueva Crónica y Buen Gobierno, obra de Felipe Huamán Poma de Ayulo, magistralmente ilustrada con dibujos a pluma, existió hace algún tiempo, en manuscrito, en la Biblioteca Real de Copenhague, de donde la sacó por los años de 1909 un alemán llamado Pietschmann que ni la publicó ni dió más cuenta de ella. Vid. Markham 1910, pág. 16 a 20 (!).(sic)”.

Usted tiene razón al afirmar que la actual actividad arqueológica de Ecuador es esencial y exclusivamente mérito del Señor Jijón. Es una persona muy laboriosa y ambiciosa, le dedica casi todo su tiempo a la arqueología. Tiene ideas propias y no solo recorre caminos trillados, como suele ocurrir a menudo. Naturalmente a veces todavía se equivoca llevado por su gran entusiasmo, pero está en el mejor camino de adquirir un buen método arqueológico. Lo veo interesado en que finalmente se publique su libro sobre La Rioja. Probablemente encuentre algo disminuidos los errores de imprenta por el cambio ocurrido en la imprenta.

Investigué lo mejor que pude la zona montañosa de Loja hasta Nabon, pero me pareció bastante pobre en cuanto a restos culturales. No obstante, eran bastante interesantes restos incaicos de una oleada indígena (¿similar a otra más hacia el norte?) que atravesaron la Cordillera Oriental en una época relativamente reciente (por eso primitiva), así como ¿extrañas relaciones esporádicas con culturas principales? ecuatorianas. Desde un punto de vista cultural el antiguo Ecuador era bastante complicado. En Loja existió antiguamente un enterratorio Tiahuanaco sumamente valioso que contenía sobre todo utensilios de cobre. Pero ya en 1919 fue completamente saqueado por hacendados incompetentes perdiéndose los últimos restos. Vestigios de influencia Tiahuanaco pueden observarse aquí ocasionalmente en colecciones hasta llegar a la frontera colombiana. La estratificación de las culturas ecuatorianas se esclarece paulatinamente y es probable que aportará resultados interesantes similares a Perú. Mi plan es regresar próximamente al valle Jubones, de allí seguir a Cuenca, que seguramente es una región montañosa más interesante que la región situada más hacia el sur, etc. Luego publicaré en Quito (si no llevo a parar a otra parte). Sobre la Argentina no he publicado recientemente nada especial, exceptuando numerosas notas. Fue en aquel entonces para mí el período de preparación para estudios más metódicos.

También yo lamento mucho el estancamiento actual en el progreso de los estudios arqueológicos sudamericanos en los diferentes países, a excepción de Ecuador. En lo que respecta la solución de la cuestión del carácter de los restos más antiguos en la Argentina coincido completamente con usted. Cuando usted en aquel entonces me envió un artículo sobre Miramar (de otro autor), le expresé al Señor Lehmann Nitsche la imposibilidad de los puntos de

vista allí expuestos. Mucho de lo que allí figura como «terciario» pertenece en Taltal a estratos de concheros medios, etc. Por supuesto debe reformarse la geología de la Argentina. ¡Por amor a la Argentina no podemos reformar toda la arqueología restante!

Disculpe que no le haya escrito antes usando el alfabeto latino por descuido o equivocación, pues domino igualmente ambos alfabetos, el gótico y el latino. En cuanto tenga separatas de mis artículos se las enviaré. Por el momento reciba mis cordiales saludos y los mejores deseos para la prosecución de sus trabajos.

Su sinceramente devoto,

Max Uhle

Acabo de enterarme de la llegada de una nueva publicación que usted tuvo la amabilidad de enviarme a Guayaquil y que le agradezco por adelantado.

Carta n.º 451

Dr. Max Uhle
Academia Nacional de Historia de Quito
Cuenca, 30 de enero 1922

Señor Dr. Eric Boman
Buenos Aires

Muy distinguido Sr. Dr.:

Me alegró mucho que, al recibir el artículo «Los vestigios de industria humana en Miramar» (sic), amablemente enviado por usted, volviera a tener noticias tuyas. Lo que no entiendo es por qué razón no adopta una posición aún mucho más enérgica contra la edad terciaria o incluso solo pleistocena de los hallazgos allí encontrados. De acuerdo a su propia exposición no tengo la impresión de que estos hallazgos fueron introducidos posteriormente en forma artificial en el suelo anteriormente intacto. ¿Qué pasa pues si ahora llega verdaderamente alguien que le demuestra que esto en efecto tampoco sucedió: no establece entonces usted mismo el apoyo más firme de la edad, como mínimo pleistocena de los hallazgos, entre los cuales (véase C. Ameghino, Yacimientos, pág. 25) no faltan los tiestos? En la determinación de la edad de los estratos geológicos tanto la geología como la zoología, tal como parece, han fracasado. ¿Por qué usted, basándose en su convicción arqueológica, no manifiesta simplemente: estratos en los que aparecen tiestos solo pueden ser muy recientes, y de este modo también se descarta definitivamente la edad premoderna —según la suposición de algunos, pero ya más que dudosa de por sí— de boleadoras que se encontraron en el mismo suelo?

Me despido con un saludo cordial entre colegas,

Max Uhle

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ LARRAIN, A.; J. C. BAIGORRIA DI SCALA., J. P. BELLOTTI., S. CARBONELLI, M. S. GRIMOLDI., D. LÓPEZ., V. MAGNÍFICO, R. PALAMARCZUK., G. SPANO, L. SPENGLER, S. GELMAN & F. WEBER (2009). Avances en el estudio de un contexto doméstico formativo en el valle de Yocavil. En Bourlot, T.; D. Bozzuto, C. Crespo, A. C. Hecht & N. Kuperszmit (Eds.), *Entre pasados y presentes II: estudios contemporáneos en ciencias antropológicas*, (pp. 369-382), Buenos Aires: Fundación Azara.
- AMBROSETTI, J. B. (1906). *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande*. Publicaciones de la Sección Antropológica, Facultad de Filosofía y Letras 1, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- BALDINI, M.; J. CARBONARI., G. CIEZA, M. E. DE FEO, M. F. DEL CASTILLO., A. FIGINI, A. R. GONZÁLEZ, R. HUARTE & J. TOGO (2002). Primer análisis de la cronología obtenida en el sitio Choya 68 (Dpto. de Capayan, Provincia de Catamarca, Argentina), *Estudios Atacameños*, 24, 71-82.
- BALDINI, M.; E. I. BAFFI, M. T. SALABERRY & M. F. TORRES (2003). Candelaria: Una aproximación desde un conjunto de sitios localizados entre los cerros de las Pirguas y el Alto del Rodeo (Dpto. de Guachipas, Salta, Argentina). En Ortiz, G. & Ventura, B. (Eds.), *La mitad verde del Mundo Andino. Investigaciones Arqueológicas en la Vertiente Oriental de las Tierras Bajas de Bolivia y Argentina*, (pp. 131-151). San Salvador de Jujuy: Edunju.
- BENNETT, W. C., E. BLEILER & F. SOMMER (1948). *Northwest argentine archaeology*, Yale University Publications in Anthropology, 38.
- BERENQUER, J. (1984). Hallazgos de La Aguada en San Pedro de Atacama, Norte de Chile. *Gaceta Arqueológica Andina* 12, 12-14.
- BOMAN, E. (1905). Migrations précolombiennes dans le nord-ouest de l'Argentine. *Journal de la Société des Américanistes*, 2, (Nouvelle Série), 91-108.
- BOMAN, E. (1908). *Antiquités de la région Andine et du Désert d'Atacama*, 2 vols. Paris: Imprimerie Nationale.
- BOMAN, E. (1923). Los ensayos de establecer una cronología prehispánica en la Región Diaguita (República Argentina). *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 6, 1-31.
- BONOMO, M. (2002). El hombre fósil de Miramar. *Intersecciones en Antropología*, 3, 69-85.
- BORGES, J. L. (1956). *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé.
- CALLEGARI, A. (2004). Las poblaciones precolombinas que habitaron el sector central del valle de Vinchina entre el 900/950 y 1600/1650 d.C. (Dpto. General Lamadrid, La Rioja, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 29, 81-110.
- CALLEGARI, A. & M. E. GONALDI (2005). Análisis de los fechados radiocarbónicos provenientes de sitios aguada de los valles de Vinchina y Antinaco-La Rioja. En *La cultura de La Aguada y sus expresiones regionales*, (pp. 173-182). La Rioja: Eudelar.
- CIGLIANO, E.; R. RAFFINO & H. CALANDRA (1976). La aldea formativa de Las Cuevas (Prov. de Salta), *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*. X.
- DEBENEDETTI, S. (1912a). Excursión del 17 Congreso Internacional de Americanistas a Bolivia y Perú (del diario de viaje), *Actas del 17 Congreso Internacional de Americanistas*, (pp. 627-676), Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, S. (1912b). Influencia de la cultura de Tiahuanaco en la región del Noroeste Argentino. Nota preliminar, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 17, 326-348.
- DEBENEDETTI, S. (1917). Ambrosetti y su obra científica. *Revista de Filosofía*, 5, 211-259.
- DELFINO, D. (2005). Entre la dispersión y la periferia. Sentido de presencias. Lagunización de La Aguada. En *La cultura de La Aguada y sus expresiones regionales*, (pp. 263-292). La Rioja: Eudelar.
- FIGINI, A. J. & J. CARBONARI (1998). Quien sabe lo que busca, interpreta lo que encuentra. Sobre contexto, secuencia y cronología en la obra de Alberto Rex González. En Ceballos, R. (Ed.), *Homenaje a Alberto Rex González. 50 años de aportes al desarrollo y consolidación de la Antropología Argentina*, (pp. 75-82), FADA-Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ, A. R. (1950). Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N.O. argentino. *Anales de Arqueología y Etnología*, XI, 7-32.
- GONZÁLEZ, A. R. (1951). Arqueología del Noroeste Argentino (Northwest Argentine Archaeology) por Wendell Bennett, Everett F. Bleiler y Frank H. Sommer. Comentario. *Ciencia e Investigación*, 7, 366-368.
- GONZÁLEZ, A. R. (1956). La cultura Condorhuasi del Noroeste Argentino (Apuntes preliminares para su estudio). *Runa*, 7, (1), 37-85.
- GONZÁLEZ, A. R. (1957). Max Uhle y la arqueología argentina. *Ciencia e Investigación*, 13, 465-467.
- GONZÁLEZ, A. R. (1964). La Cultura de La Aguada del Noroeste Argentino. *Revista del Instituto de Antropología*, II-III, 205-253.
- GONZÁLEZ, A. R. (1977). *Arte precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural*. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires: Filmediciones Valero.
- GONZÁLEZ, A. R. (1979a). Dinámica cultural del NO argentino. Evolución e historia en las culturas del N.O. argentino. *Antiquitas* 28-29, 1-15.
- GONZÁLEZ, A. R. (1979b). Precolumbian metallurgy of Northwest Argentina. Historical development and cultural process. En Benson, E. (Ed.), *Precolumbian metallurgy of South America*, (pp. 133- 202). Washington: Dumbarton Oaks.
- GONZÁLEZ, A. R. (1992). *Las placas metálicas de los Andes del Sur. Contribución al estudio de las religiones precolombinas*, Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie 46.
- GONZÁLEZ, A. R. (1998). *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Buenos Aires: Filmediciones Valero.
- GONZÁLEZ, A. R. & V. NÚÑEZ REGUEIRO (1960a). Apuntes preliminares sobre la arqueología del Campo del Pucará y alrededores (Dpto. Andalgalá, Prov. Catamarca). *Anales de Arqueología y Etnología*, 14-15, 115-162.
- GONZÁLEZ, A. R. & V. NÚÑEZ REGUEIRO (1960b). Preliminary report on archaeological research in Tafi del Valle, *Akten des 34. Internationalen Amerikanistenkongress, Wien*, (pp.18-25). Wien.
- GONZÁLEZ, A. R., & J. A. PÉREZ (1972). *Argentina indígena. Visperas de la conquista, Historia argentina 1*. Buenos Aires: Paidós.
- GORDILLO, I. (1990). Entre pirámides y jaguares. *Ciencia Hoy*, 2, 18-25.
- GORDILLO, I. (2004). Arquitectos del rito. La construcción del espacio público en La Rinconada, Catamarca. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, 29, 111-136.
- GORDILLO, I. (2005). Dimensión temporal del sitio La Rinconada. Su interpretación y aportes a la historia del Periodo Medio. En *La cultura de La Aguada y sus expresiones regionales*, (pp. 159-172). La Rioja: Eudelar.
- GRECO, C. (2007). Secuencias radiocarbónicas y estilos cerámicos en Rincón Chico, valle de Yocavil, Catamarca. Tesis de licenciatura en Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- GINZBURG, C. (1989). *Morfología e historia*. Barcelona: Gedisa.

- HABER, A. (1999). Caspinchango, la ruptura metafísica y la cuestión colonial en la arqueología sudamericana: el caso del noroeste argentino. En: Funari, P.; E. G. Neves, & I. Podgorny (Eds.), *Anais da I Reuniao Internacional de Teoria Arqueologica na America do Sul*, (pp. 129-142). *Revista do Museu da Arqueologia e Etnologia, Suplemento 3*.
- HEREDIA, O. (1974). Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las selvas occidentales. *Revista del Instituto de Antropología, 5*, 73-118.
- IMBELLONI, J. (1951). Lo andino y lo amazónico en el Noroeste argentino. *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana, XIII*, (1), 166-178.
- KUSCH, F. (1991). Forma, diseño y figuración en la cerámica pintada y grabada de La Aguada. En Podestá, M. M.; M. I. Hernández Llosas & S. Renard de Coquet (Eds.), *El arte rupestre en la arqueología contemporánea*, (pp. 14-24). Buenos Aires: edición privada.
- LAFONE QUEVEDO, S. (1890). Notas arqueológicas: a propósito de un objeto de arte indígena, *Anales del Museo de La Plata 1 (arqueología)*.
- LAFONE QUEVEDO, S. (1893). La expedición Moreno. Ascensión del Aconquija por Huathal. El pabellón argentino de los 5.600 metros de elevación. El doctor Max Uhle y el Museo de Berlín. *La Nación*, 22 de junio.
- LAFONE QUEVEDO, S. (1908). Tipos de alfarería en la región diaguita-calchaquí, *Revista del Museo de La Plata, 15*, 295-396.
- LAGUENS, A. (2004). Arqueología de la diferenciación social en el valle de Ambato, Catamarca, Argentina (s. II-VI d.C.): el actualismo como metodología de análisis. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, 29*, 137-162.
- LEJEAL, L. & E. BOMAN (1907). La question calchaquie. *XV Congrès International des Américanistes tenue a Québec en 1906, II*, (pp.179-186). Québec.
- LEVILLIER, R. (1926). *Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán*, vol. 1. Buenos Aires: Nosotros.
- LLAGOSTERA, A. (1995). El componente cultural Aguada en San Pedro de Atacama. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino, 6*, 9-35.
- LLAMAZARES, A. M. (1999). Arte rupestre de la cueva La Candelaria, Provincia de Catamarca. *Publicaciones del CIFA y H 50*, 1-26.
- LUMBREAS, L. G. (2005). *Arqueología y sociedad*. González Carré, E. & C. del Águila (Compiladores). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- LYMAN, R. L. & M. J. O'BRIEN (1999). Americanist Stratigraphic Excavation and the Measurement of Culture Change. *Journal of Archaeological Method and Theory, 6*, (1), 55-108.
- MOSELEY, M.; D. NASH, P. R. WILLIAMS, S. D. DEFRANCE, A. MIRANDA. & M. RUALES. (2005). Burning down the brewery: Establishing and evacuating an ancient imperial colony at Cerro Baul, Perú. *PNAS, 102*, 17264-17271.
- NASTRI, J. (2004). Los primeros americanistas (1876-1900) y la construcción arqueológica del pasado de los valles Calchaquíes (noroeste argentino). En: Haber, A. (Ed.), *Hacia una arqueología de las arqueologías sudamericanas*, (pp. 91-114). Bogotá: CESO-Uniandes.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V. (1971). La Cultura Alamito de la subárea Valliserrana del Noroeste Argentino. *Journal de la Société des Américanistes, 60*, 7-55.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V. (1974). Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología, 5*, 169-191.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V. & M. TARRAGÓ (1972). Evaluación de datos arqueológicos: ejemplos de aculturación. *Estudios de Arqueología, 1*, 36-62.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V. & M. TARTUSI (1987). Aproximación al estudio del área pedemontana de Sudamérica. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología, 12*, 125-157.
- NÚÑEZ REGUEIRO, V. & M. TARTUSI (1993). Orígenes de la ocupación prehispánica del sitio STucTav 5 (El Pichao), Provincia de Tucumán. *Publicaciones del Instituto de Arqueología, 2* (Investigaciones), 19-30.
- PÉREZ GOLLÁN, J. (1986). Iconografía religiosa andina en el Noroeste argentino. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos, 15*, (3-4), 61-72.
- PÉREZ GOLLÁN, J. (1994). El proceso de integración en el valle de Ambato: complejidad social y sistemas simbólicos. *Rumitacana, 1*, 33-42.
- PÉREZ GOLLÁN, J. & O. HEREDIA (1991). La cultura de la Aguada vista desde el valle de Ambato, *Publicaciones, 46*, 157-173.
- RAFFINO, R. (1988). *Poblaciones Indígenas en Argentina*. Buenos Aires: TEA.
- ROWE, J. H. (1954). Max Uhle, 1856-1944. *A memoir of the father of Peruvian archaeology*. Publications in American Archaeology and Ethnology, 46, 1.
- ROWE, J. H. (1998). Max Uhle y la idea del tiempo en la arqueología americana. En Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, (pp. 25-46). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SCATTOLÍN, M. C. (2004a). Categorías indígenas y ordenaciones arqueológicas en el noroeste argentino. En Haber, A. (Ed.), *Hacia una arqueología de las arqueologías sudamericanas*, (pp. 53- 82). Bogotá: Uniandes
- SCATTOLÍN, M. C. (2004b). Santa María antes del año mil. Fechas y materiales para una historia cultural. En Williams, V. I.; B. N. Ventura, A. B. Callegari & H. D. Jacobaccio (Eds.), *Sociedades Precolombinas Surandinas*, (pp. 203-220), Buenos Aires: edición privada.
- SCATTOLÍN, M. C. (2006a). Contornos y confines del universo iconográfico precalchaquí del valle de Santa María. *Estudios Atacameños, 32*, 119-139.
- SCATTOLÍN, M. C. (2006b). La mujer que carga el cántaro. En Williams, V. & B. Alberti (Eds.), *Género y etnicidad en la arqueología Sudamericana*, (pp. 43-72), Olavarría: Incuapa.
- SHANKS, M. & C. TILLEY (1987). *Social theory and archaeology*. Oxford: Polity Press.
- SEMPÉ, C. (1977). Caracterización de la Cultura Saujil. En *Obra del Centenario del Museo de La Plata* (pp. 211-235). La Plata.
- TARRAGÓ, M. (1980). Los asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del valle Calchaquí, Provincia de Salta, y el desarrollo agrícola posterior. *Estudios Arqueológicos, 5*, 29-53.
- TARRAGÓ, M. (1989). Contribución al conocimiento arqueológico de las poblaciones de los oasis de San Pedro de Atacama en relación con otros pueblos puneños, en especial, el sector septentrional del valle Calchaquí. Tesis de doctorado, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- TARRAGÓ, M. (1999). Las sociedades del Sureste Andino. En *Historia de América Latina, vol. 1, Las sociedades originarias*. México: UNESCO.
- TARRAGÓ, M. & V. NÚÑEZ REGUEIRO (1972). Un diseño de investigación arqueológica sobre el valle Calchaquí: fase exploratoria. *Estudios de Arqueología, 1*, 62-85.
- TARTUSI, M. & V. NÚÑEZ REGUEIRO (2003). Procesos de interacción entre poblaciones de los valles intermontanos del noroeste argentino y las del piedemonte. *Anales, 6*, 43-62.
- UHLE, M. (1894). Von Herrn Dr. Max Uhle über seine Reisen nach Bolivia. La Paz, 16. April 1894. *Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin, 21*, (6), 328-332.
- UHLE, M. (1903). *Pachacamac. Report of the William Pepper, M.D., LL.D., Peruvian Expedition of 1896*. Traducido por C.

- Grosse. Philadelphia: The Department of Archaeology of the University of Pennsylvania.
- UHLE, M. (1909). La esfera de influencia del país de los incas. *Revista Histórica*, 4, 5-40.
- UHLE, M. (1910). Über die Frühkulturen in der Umgebung von Lima, *Internationaler Amerikanistenkongress, Verhandlungen der XVI Session, Wien*, (pp.371-388). Wien & Leipzig: A. Hartleben's Verlag.
- UHLE, M. (1912). Las relaciones prehistóricas entre el Perú y la Argentina. Actas del 17 *Congreso Internacional de Americanistas, Buenos Aires*, (pp.509-540). Buenos Aires: Imprenta de Coni Hermanos.
- UHLE, M. (1923). Cronología y origen de las antiguas civilizaciones argentinas. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 7, 123-130.
- UHLE, M. (1924). Conferencias. *Anales de la Universidad Central*, 32, 162-179.

LA MISIÓN DE MAX UHLE PARA EL MUSEO REAL DE ETNOLOGÍA EN BERLÍN (1892-1895): ENTRE LAS CIENCIAS HUMBOLDTIANAS Y LA ARQUEOLOGÍA AMERICANA

Manuela Fischer¹

En los últimos años la obra pionera de Max Uhle para la arqueología sudamericana ha sido puesta en valor en múltiples publicaciones (para una bibliografía, ver Höflein, 2002, pp. 37-48; Wolff, en este volumen; Rowe, 1954). Su primer trabajo de campo como americanista entre 1892 y 1895 a Argentina y Bolivia en una misión del Museo Real de Etnología de Berlín ha tenido repercusiones. Las cartas escritas en el transcurso de este viaje al director del Museo Etnológico de Berlín, Adolf Bastian (ver Anexo 1) son textos que nos informan sobre diferentes aspectos del viaje: la trayectoria, los encuentros, adquisiciones, datos arqueológicos y etnográficos; pero también sobre las angustias que revelan profundas contradicciones conceptuales debido a las divergencias en los enfoques teóricos que reflejan un momento de transición epistemológica en la historia de la ciencia americanista.

EL CLIENTE: LA AMERICANÍSTICA EN BERLÍN EN EL SIGLO XIX

A finales del siglo XIX, la antropología en Alemania giraba alrededor de Adolf Bastian (1826-1905). Médico de primera profesión, fundador de la antropología en Alemania como «Ciencia del ser humano» para demostrar la «unidad psíquica de la humanidad» (Köpping, 1983). Apoyado por el patólogo Rudolf Virchow (1821-1902) empujó la fundación del Museo Etnológico en 1873 como «asilo de salvación» para la documentación de la cultura material de las culturas en peligro de extinción (Seidensticker, 1969, p. 81).

Entre las nuevas disciplinas, esta [la antropología] tendrá el deber de trasladar los métodos de las ciencias naturales a lo psíquico, a campos de investigación donde hasta ahora se han buscado respuestas bajo el punto de vista histórico-filosófico ... reuniendo disciplinas hasta ahora separadas como la geografía, arqueología, tecnología, antropología, fisiología, psicología ... para formar la etnología. Esta disciplina ha recibido para su introducción y desarrollo sistemático un lugar independiente para el depósito de sus colecciones en el «Museo Etnológico» (Bastian, 1889, pp. 98-99).

Las tareas de este «archivo de la humanidad» están listadas en un orden prioritario, donde siguiendo la etnografía general, aparece como necesidad inmediata la de recoger colecciones arqueológicas americanas con los siguientes objetivos:

1. Representación global (y única) de todos los grupos étnicos, en las emanaciones de su vida social, hasta el punto que haya objetos técnicos-artísticos (que sean visibles y accesibles para la investigación).
2. Las colecciones arqueológicas de los pueblos naturales precolombinos de la América, especialmente el círculo histórico de los Náhuatl (con Totonacas, Tarascos, Zapotecas, Chiapas etc.), los Mayas (con Quichés, Cakchiquel, Chorotegas etc.), los Chibcha (y sus parientes en el valle del Cauca), así como los conquistados por los inca, con las nacionalidades allí incluidas (de Quito al Río Maule).
3. La India.
4. Las culturas de Asia oriental (China, Japón, Corea).
5. Las culturas de Asia con influencia islámica.
6. Folclor europeo (Bastian, 1887, p. 3).

La alta prioridad que Bastian le concedía a las culturas arqueológicas americanas se reflejó de inmediato en el número de las colecciones. Solo siete años después de la fundación del Museo Etnológico, en 1873, 21.000 piezas, de las aproximadamente 40.000 piezas del museo, provenían de las Américas (Voss, 1880, p. 156). En un artículo titulado «Importancia de las colecciones americanas», Bastian explica:

Las colecciones arqueológicas americanas, sobretudo las de Suramérica, ganan su particular significado en la etnología como articulación al interior de las ilustraciones [en la cultura material y la naturaleza], que nos brinda el continente Americano para la teoría de las provincias geográficas (Bastian, 1889, p. 98).

Estas «provincias geográficas» eran para Bastian entidades territoriales donde se detectaban las variaciones del ser humano debido a las condiciones del

¹ Ethnologisches Museum, Staatliche Museen zu Berlin, Alemania.

hábitat. A través del análisis de las causas inmanentes en las representaciones diversas de los artefactos debía de ser posible entender los efectos de los agentes en juego y por consecuencia descubrir los pensamientos elementales comunes en todos los seres humanos (Bastian, 1886, p. 41). Su especial interés en América obedecía a la idea de un continente, que por sus características geográficas, podía servir para entender mejor la historia europea.

De los demás continentes Australia no se ha levantado más allá del nivel natural, en África que no ha sido influenciado por las culturas europeas-asiáticas, muestra solamente leves conjeturas hacia un movimiento histórico en Sudán; en Oceanía se puede observar una limitación insular y América, ahora abierto a nuestros ojos, es en su historia comparable a la nuestra.

Por lo tanto, Bastian considera que, para la documentación de las culturas prehispánicas sin documentos escritos, las «colecciones [son] una «conditio sine qua non» para empezar su estudio» (Bastian, 1889, p. 99).

El subcontinente sudamericano con su diversidad ecológica se volvió así un ejemplo especialmente apto para comprender la influencia que ejerce el medioambiente sobre las culturas correspondientes. Bastian reconoce que en las «provincias geográficas» la historia se desarrolla por influencia externa. Para el área que corresponde al imperio inca había detectado varias entradas de potencial influencia externa como, por ejemplo, desde Tucumán al Gran Chaco (Chiriguano), por el Marañón a Chachapoyas y otras en Tarma y Ayacucho (Huanta). Ya que las colecciones del Museo Real de Etnología a finales del siglo XIX abarcaban sobretodo objetos arqueológicos de la costa peruana², Bastian quería «como tarea siguiente, perseguir a los indicios que hayan podido tener influencia sobre el altiplano» (Bastian, 1889, p. 101). El viaje de Max Uhle en misión del Museo Real de Etnología tiene el propósito explícito de investigar estas áreas de influencia para recoger los datos y la cultura material que corroboren esta teoría.

Bastian mismo había viajado por América entre Mayo de 1875 y Agosto de 1876 con el fin de completar las colecciones berlinesas. El diario de viaje publicado en el primero de los tres tomos de *Países culturales de la América antigua* (1878, 1889) da una noción sobre su estilo de viajar, que en cierta medida se volvió un punto de referencia para los viajeros en misión del Museo Etnológico (ver también Kraus, 2004): de estadías cortas en un lugar, con preferencia en colecciones particulares. Por el don de ganar a los demás para los fines de «su» museo, Karl von den Steinen, por propia experiencia, lo llamaría un «cazador de almas» (1905, p. 236). Esto permitió a Bastian poder recoger aproximadamente 2000 piezas en Colombia, Ecuador, Perú y Guatemala, las cuales en su

mayoría provenían de colecciones particulares ya establecidas. A propósito llama la atención que Bastian no seguía las pautas, que no se cansaba de repetir en sus escritos:

que coleccionando no se debe seguir en primer lugar a criterios estéticos, sino mantener en vista la totalidad de una cultura, la vida cotidiana con sus herramientas de trabajo y todos los detalles correspondientes. De esta manera se evita caer en la trampa de los gabinetes de curiosidades de tiempos anteriores (1885, p. 39).

Inclusive sus escritos rara vez estudian la cultura material que, con el tiempo, llenaba el museo de manera tal que hubo el peligro de que este colapsara. Como lo resume Konrad Theodor Preuss, uno de los curadores de las colecciones Americanas del Museo Etnológico de Berlín, al festejar el centenario del nacimiento de Bastian:

Si se revisa sus escritos, se descubre una preferencia por temas religiosos, costumbres, cosmovisiones y cuestiones de ética, en segundo lugar conceptos de derecho, condiciones sociales y, bien al final, las bases económicas con sus inventos y herramientas. [...] El material de museo propiamente dicho, es el que menos tiene en cuenta (Preuss, 1926, pp. 5-6).

La desproporción entre el afán de Bastian de coleccionar objetos americanos y su interés directo de trabajar con ellos es obvia: de sus aproximadamente 300 publicaciones, solamente veinte están dedicados a temas americanos. En un artículo teórico sobre «Viajes antropológicos», Max Uhle manifiesta con asombro, que para Bastian «la cultura material no significa nada». A pesar de su formación lingüística, Uhle se opone a la primacía de la lengua como expresión de una cultura y enfatiza la importancia de objetos como expresión cultural. «Que gran explicación nos dan los objetos sobre la transformación y el desarrollo de periodos culturales, de los cuales ni la lengua como medio narrativo ni como organismo puede ser tan revelador» (Uhle, 1884, p. 1037). Mientras que los intereses de Uhle giraban alrededor de procesos culturales reflejados en la cultura material, el concepto de materialidad de Bastian tiene sus raíces en las ciencias humboldtianas del inventario del mundo.

EL ENVIADO: PRERREQUISITOS PARA LA MISIÓN BERLINESA DE MAX UHLE

Sin embargo, Max Uhle con su enfoque tanto arqueológico como filológico, su interés en la cultura material y las colecciones de museos y su especialización en temas americanistas, se reveló como un candidato especialmente apto para los propósitos de Adolf Bastian. En los siete años que Max Uhle trabajó en el museo de Dresden (1881-1888) publicó varios ensayos sobre

² Las colecciones de Ancón de Wilhelm Reiss y Alphons Stübel de 1879 (nos. de inventario: V A 5803-7516), la colección de José Mariano Macedo de 1884 (V A 3405-5802, V A 7824-7828, V A 7875-7876, V A 8994) y la colección de María Ana Centeno de 1888 (V A 2955-2970, V A 7889-8993, V A 10379).

cultura material etnográfica y trabajos comparativos sobre diversos grupos étnicos (Höflein, 2002, p. 6). En el Séptimo Congreso Internacional de Americanistas de 1888 que tuvo lugar en Berlín, Uhle participó con una contribución sobre el parentesco y la migración Chibcha (Uhle, 1888), donde reúne un interés arqueológico con su trasfondo filológico. Estos enfoques complementarios también serán el hilo conductor de su misión en Argentina y Bolivia para el museo de Berlín. Entre 1883 y 1887, Uhle visitará sistemáticamente museos europeos: Amsterdam, Haarlem, Leiden, Rotterdam, Amberes, Bruselas y Frankfurt en el verano de 1883; París y Sèvres en 1884; Munich y Florencia en el verano de 1885; Copenhague y varias colecciones italianas en el verano de 1887 (Bankmann, 1998, pp. 11-36). Esta experiencia le permitió, no solamente ampliar sus conocimientos de culturas materiales diversas, sino también darse cuenta de las diversas formas de organización de otros museos y su política de adquisición, lo que resume en una reseña del estudio sobre museos etnográficos del curador del museo de Copenhague, Kristian Bahnson (Bahnson, 1888; Uhle, 1889).

Otra influencia decisiva sobre Uhle en este tiempo proviene de Alphons Stübel (1835-1904) quien viajó casi una década por las Américas con Wilhelm Reiss (1838-1908) entre 1868 y 1877. El propósito de estos geólogos y mineralogos era recoger materiales para sustentar sus teorías sobre el origen plutónico de los fenómenos geológicos. Esta teoría -revolucionaria en su tiempo- se basaba en la idea de que las fuerzas endogénicas de la tierra formaban cordilleras, al igual que procesos tectónicos, que están en una interacción continua con fuerzas exógenas (viento, agua y erosión) causando así un proceso dinámico de transformación de la tierra. Esta teoría se oponía a la teoría neptunista, de la cual también Alexander von Humboldt era partidario, que buscaba el origen de la tierra en un océano primordial (Kilian, 1994, pp. 41-51). Stübel no solo propuso a Uhle para la misión arqueológica berlinesa, sino que lo introdujo en el «Art of travelling» (EMB- Acta Uhle, 1550/91, Dresden, 27 de septiembre 1892). Quince años después de haber regresado a Leipzig, Stübel, pudo afiliar a Max Uhle para la redacción del texto arqueológico de la obra «Tiahuanaco» (1892) con lo cual le infundió el interés en este sitio arqueológico.

UN VIAJE ANACRÓNICO

El viaje de Uhle planeado durante dos años, se inició en Buenos Aires con el propósito de investigar la periferia del Tawantinsuyu, lo que se refleja en la propuesta de seguir con las investigaciones en el altiplano ecuatoriano, donde Uhle esperaba poder aportar nuevos conocimientos con sus investigaciones y recoger más colecciones. De un interés especial serían las provincias de Tucumán, Catamarca, Rioja, Salta, Jujuy, en la vertiente oriental de los Andes cuyos vestigios y extensión incaica todavía no habían sido suficientemente estudiados, debido a la importancia de esta región fronteriza al sur-occidente del imperio inca. Otro objetivo era la recolección de objetos

para « aumentar las pertenencias » del Museo de Berlín. Además le interesa estudiar «la lengua, las costumbres y la nacionalidad» [es decir: el origen] de los grupos quechua hablantes de esta región, aislados por los grupos aymara, hablantes vecinos. Con estos datos, Uhle esperaba poder resolver la pregunta de la influencia de estas provincias al interior del reino incaico.

Desde allá me llevaría retrocediendo por la vía que tomaron los Incas desde Bolivia a Tucumán, quizás por Jujuy, atravesando los Andes hacia Potosí, Chuquisaca, Chayanta, Cochabamba, donde al igual que en Calchaquí se pueden observar grupos aislados de «nacionalidad» quechua. El altiplano boliviano tendría que ser rastreado en diferentes direcciones con el fin de recoger colecciones. También visitar las regiones meridionales de la conquista inca (por ejemplo la de los Chanco en la región de los Chiriguano). Allí sería oportuno una estadía más extensa para recoger colecciones y otro material histórico acerca de la conquista inca. Al norte de Sicasica, en la región de La Paz, en el territorio propio del reino inca podría concluirse el viaje y regresar vía Tacna a Arica o vía Puno y Arequipa por tren.

Este especial interés en la periferia del Tawantinsuyu se refleja en la propuesta de seguir las investigaciones en el altiplano ecuatoriano, donde Uhle esperaba poder aportar con sus investigaciones «nuevos conocimientos y recoger colecciones». Un año después, el 30 de Septiembre 1892, Uhle enviará un plan más detallado para el trayecto argentino de su viaje con un cronograma. En una carta escrita a Bastian el 9 de Septiembre 1891, Uhle da un esbozo del viaje proyectado por dos años a Argentina y Bolivia (EMB-Acta Uhle, 1550/91).

ITINERARIO PLANEADO PARA EL VIAJE POR ARGENTINA

El 14 de Noviembre 1892, Max Uhle se embarca en Amberes y llega a Buenos Aires el 10 de Diciembre del mismo año. La alegría de poder iniciar finalmente su viaje de investigación se refleja en una carta escrita el día de Navidad (25 de Diciembre de 1892) desde Buenos Aires: «Las últimas horas de ocio antes de mi salida mañana al mediodía me dan la oportunidad de recapitular mis impresiones de la ciudad de los «buenos aires» que para mí también es el lugar de las «buenas esperanzas». La expedición de Uhle recibe buena prensa y es anunciada con entusiasmo por el periódico «La Prensa». A través del cuerpo diplomático alemán, el ministro doctor Krauel y el cónsul Streifensand, Uhle pudo conseguir recomendaciones para los gobernadores de los departamentos del noroccidente argentino y los contactos con alemanes establecidos en esta zona. También se entrevistó con el General Julio Argentino Roca (1843-1914), el expresidente y sabio Bartolomé Mitre (1821-1906) y Francisco Moreno (1852-1919). Este último, como director del Museo de La Plata, le asegura su apoyo y ofrece colecciones del noroccidente argentino a cambio de colecciones de otras áreas americanas del Museo de Berlín (EMB, Acta Uhle, 137/93).

Llegada a Buenos Aires	aproximadamente 15 noviembre
Estadía en Buenos Aires y <u>Córdoba</u>	aproximadamente 15 hasta finales de noviembre
De Córdoba a <u>Catamarca</u> y excursiones en el valle entre Catamarca, Chumbicha y la Sierra de Ancasti	principios hasta mediados de diciembre
Los valles de Andagalá y Santa María en la provincia de Catamarca, las partes occidentales de la misma provincia hasta la longitud occ. 68° aproximadamente, además por el río S. María hasta Conchas	mediados de diciembre a finales de febrero
La provincia de <u>Salta</u> especialmente el valle Calchaquí en toda su longitud, el valle Guachipas, el valle de Salta, pero también valles aledaños de esta región, desde Salta recorrer la vertiente oriental de la cordillera, aproximadamente paralelamente a la vía del tren vía Rosario de la Frontera hacia el sur y a través de todo Tucumán	principios de marzo hasta mediados de junio
Excursión a <u>Santiago del Estero</u> en la provincia de los Juris y de la capital por las regiones de habla quechua. Más hacia el sur a través de la sierra de <u>Córdoba</u> hacia las antiguas regiones de los Comenchingones	mediados de junio hasta finales de julio
Además excursiones entre la ciudad de <u>Rioja</u> y <u>Famatina</u> , ya que esta región es aledaña al valle de Andagalá, la cultura probablemente más alta con restos arqueológicos	tres semanas de agosto
Excursiones en Jujuy y Oran, de S. Pedro a lo largo del Río Grande, de Jujuy a Oran y el valle de los viejos Omaguaca, a través del valle del Río Grande (cabecera), al occidente hacia la región de Casabinda, de allí al sur hacia Salta, al final de Jujuy al norte a la frontera boliviana	finales de agosto, septiembre y octubre

El entusiasmo inicial pronto cede frente a la realidad de una expedición para la cual Uhle no se siente preparado:

Para serle sincero, llegué a Argentina enfermo de la cabeza y de los nervios. El viaje marítimo, la estadía en Buenos Aires, el viaje y la estadía en Córdoba no me han curado del malestar en el cual me encontraba en consecuencia de tantos años de mi existencia en el maldito Dresden con el agravante del trabajo agotador del último trimestre. No he podido recuperar la frescura deseada ya que el viaje marítimo no solamente fortalece los nervios, sino que, aunque suene paradójico también vuelve nervioso. La metrópolis de Buenos Aires, con infinitas impresiones nuevas, más bien me inquietó, ya que me falta el manejo del castellano y tengo conciencia de una tarea importante que grava sobre mí (EMB-Acta Uhle, 324a/93, Catamarca, 2 de Febrero de 1893).

Esta preocupación de no poder cumplir con la «tarea importante» otorgada por el director del Museo de Berlín estará siempre presente. Bastian seguirá sus pasos de

cerca y desde Berlín interviene continuamente en el viaje con indicaciones sobre la trayectoria, personas que contactar, el manejo de fondos etc. No sorprende que una carta a Bastian sea firmada: «Su figura de ajedrez, Max Uhle» (EMB-Acta Uhle, 516/94, Oruro, 2 de Marzo de 1894).

Uhle inicia su trayectoria tal como lo había esbozado en su propuesta inicial: partiendo de Buenos Aires a Córdoba en tren. Desde Córdoba sigue su viaje en mula hasta Catamarca para ahorrar fondos. Por la «pobreza de esta región», no logra recoger mayores colecciones arqueológicas, pero no hay variaciones de la tipología ya conocida. Como lo describe en una carta:

Siento una cierta angustia siempre recoger hachas, teniendo que entregarle otras cosas, para que nuestra expedición valga la pena. ... A veces he admirado su valentía de enviarme a una expedición a Argentina y Bolivia, no habiendo hecho un viaje trasatlántico anteriormente, sin haber viajado en mulas y sin conocimientos suficientes del español (EMB-Acta Uhle, 324a/93, Catamarca, 2 de Febrero de 1893).

Las excursiones que Uhle realiza desde Tinogasta hacia el norte, a Fiambalá, Medanitos y Saujil, al este por el Río Abaucán (Río del Inca), dos viajes al sur, a Famatina y Casa de los Incas y Costa de los Reyes tampoco dan resultados arqueológicos satisfactorios (EMB-Acta Uhle, 720/93). Solo dos meses después de haber iniciado la expedición (9 de marzo de 1893) Bastian —en una carta que no se ha conservado pero que se refleja en la reacción de Uhle— se muestra insatisfecho con los resultados y el gasto de los fondos. Con recordarle que fue gracias a Alphons Stübel que fue escogido para esta misión, indirectamente le retira la confianza. Bastian además insiste que no siga perdiendo el tiempo en Argentina y continúe inmediatamente el viaje a Bolivia (EMB-Acta Uhle, 888/93). A pesar de no haber sido muy exitoso en Argentina en lo que se refiere a la recolección de objetos, al llegar a Tupiza, Uhle se muestra satisfecho con las experiencias: «Sí, aquí en Tupiza estoy mucho más en *media res* que en Argentina. Sin embargo me parece útil haber estado en Argentina, media hora antes de las 12, mirando el reloj del desarrollo de la arqueología» (EMB-Acta Uhle, 1621/93). Contra la orden de Bastian y tal como lo había planeado, es medio año después, el 2 de Octubre de 1893, que Uhle anuncia su traspaso a Bolivia: «Adelante a la tierra del Inca!» (EMB-Acta Uhle, 1368/93).

LAS COMPETENCIAS NACIONALISTAS: MAX UHLE Y FRANCISCO MORENO

La frustración en lo que se refiera a la recolección de piezas arqueológicas no solamente se debía a la supuesta «pobreza arqueológica» de ciertas zonas, sino también a la situación de competencia que se genera con Francisco Moreno, director del Museo de La Plata. A pesar que Uhle había tratado de evitar el encuentro, los caminos se vuelven a cruzar el 18 de Abril 1893 en Tinogasta. Moreno ya estaba regresando a Buenos Aires después de haber realizado una expedición de dos meses en la parte septentrional de los valles de Calchaquí. Uhle reporta que en estos valles —al igual que en Belén, Andalgalá y Santa María— Moreno no le había dejado ni una pieza arqueológica que recolectar. Los comentarios de Moreno dejan a Uhle todavía más desmoralizado. A pesar de haber recogido 100 cajas y cargado 18 mulas, el argentino consideraba esta expedición «un mero viaje de orientación». Uhle se siente defraudado: «Con esto no puedo competir. [...] Debo reconocer que tengo el sentimiento de haber sido engañado por el Dr. Moreno» (EMB-Acta Uhle, 720/93, 19 de Abril de 1893). A diferencia del arqueólogo alemán, Moreno pudo recurrir a una red de contactos de personalidades influyentes esperando con colecciones arqueológicas y de historia natural (EMB-Acta Uhle, 1152/93). Además, dispone de

fondos con los cuales puede «pagar buenos precios», lo que obliga a Uhle a pagar precios más altos de lo previsto (EMB-Acta Uhle, 888a/93, Belén, 31 de Mayo de 1893). La simpatía inicial por Moreno cede a un juicio inesperadamente duro. A pesar de que los métodos de hacer colecciones no difieren, Uhle critica sus excavaciones no documentadas. Finalmente llega a la conclusión que:

Moreno no se merece el honor de ser miembro corresponsal de la Sociedad Berlinese de Antropología, Etnología y Prehistoria (BGAEU) ya que su enfoque científico es de un patriotismo limitado y sus méritos científicos no llegan lejos: por ejemplo, sus ideas sobre la cronología de las antigüedades catamarquinas proveniente de una cultura de la glaciación americana o la relación que establece entre objetos etnográficos de Melanesia y mexicanas para construir relaciones interculturales. Además me enteré que avisó a Lavagne [un cura coleccionista] y a otros señores que no me apoyen con colecciones» (EMB-Acta Uhle, 324a/93, 720/93).

La actitud defensiva y temerosa que Uhle muestra frente a los actores del coleccionismo en Argentina fue continua: evita pasar por Andalgalá porque Moreno y Samuel Lafone Quevedo están excavando entierros en esta zona. En Tucumán evita encontrarse con el joven coleccionista, Manuel Zavaleta, quien monopoliza el negocio con antigüedades de esta región. Uhle se espanta de los precios que Zavaleta es capaz de pagar por piezas arqueológicas y sobretodo los precios que consigue por sus colecciones vendiéndolas a universidades y museos argentinos. Con la venta de antigüedades, el joven coleccionista compró una máquina para hacer hielo, cuyas ganancias le facilitaron aún más establecer nuevas colecciones arqueológicas y de historia natural. (EMB-Acta Uhle, 1152/93). Una de ellas de 5000 piezas aproximadamente (EMB-Acta de adquisición, 685/06, V C 4356-9204) le fue comprada por el Museo Etnológico de Berlín en 1906, por el precio de 100.000 marcos, el precio más alto por pieza en toda la historia de la compra de colecciones americanas.

Las cifras que está dispuesto a pagar el Museo Etnológico, le sorprenden comparándolas con la inversión que se hizo en la expedición de Uhle en la cual en total se invirtieron 12.816,60 marcos para cubrir los gastos de tres años completos de viaje y la compra de 2227 objetos: 1711 objetos provenientes de Argentina, 516 objetos provenientes de Bolivia enviados en 15 lotes (ver también Anexo 3). Los argumentos para justificar precios altos en la compra de colección era la exclusividad que se obtenía en relación a otros museos europeos o estadounidenses.³

³ Una colección de 456 objetos arqueológicos provenientes de Ecuador se integraron en dos lotes: una compra en el año 1932 (EMB-Acta de adquisición 739/32; n.º de inventario: V A 63470 – 63889, V A 63890 – 63903) y 25 piezas por intercambio con el Instituto Ibero-Americano de Berlín en el año 1984 (EMB-Acta de adquisición 1/B/84 de 1984, n.º de inventario: V A 65593 – 65617).

LOS ENCARGOS: LAS COLECCIONES DE ANTRPOLOGÍA FÍSICA PARA RUDOLF VIRCHOW

A todos los viajeros en misión del Museo Etnológico también se les encargaba proporcionar materiales de antropología física al patólogo y cofundador del Museo Etnológico y de la Sociedad Berlinesa de Antropología, Etnología y Prehistoria, Rudolf Virchow (1821-1902). Entre 1869 y 1893, Virchow había publicado más de 30 artículos acerca de objetos arqueológicos y temas de antropología física de América. Sin embargo, en la introducción a su obra *Crania Ethnica Americana. Colecciones selectas de tipos de cráneos americanos* (con 26 tablas y 29 ilustraciones) publicada con ocasión de la fiesta de conmemoración de los 400 años del descubrimiento de América, Virchow critica las publicaciones anteriores por tener de base una muestra muy pequeña para establecer una «osteología étnica». En las «Instrucciones para investigaciones científicas en viajes», Virchow dio pautas y criterios para la recolección de muestras (1888, tomo 2, p. 320). Las colecciones de antropología física recogidas en este viaje, por lo tanto, también debían ser transferidas a Rudolf Virchow (EMB-Acta Uhle, 528a/93); por ejemplo la colección antropológica que Uhle pudo recoger en Medanito (siete calaveras en parte deformadas y esqueletos) y las calaveras que fueron compradas en el sitio de Londres (EMB-Acta Uhle, 888a/93, Belén, 21 de Mayo de 1893). En Agua Caliente, cerca de Cochino, y en Pueblo Viejo en la Quebrada de Tucute, Uhle logra hacer

varias excavaciones exitosas, con el resultado de 120 calaveras, 2 momias (más de carácter antropológico que etnológico) y una porción de objetos arqueológicos. Entre estas calaveras se encuentran unas “fantásticamente deformadas”. ... Hubiera podido multiplicar las colecciones cinco veces o más. El problema era el transporte. En esta acumulación de bohíos que es Cochino no había ni cajas para el embalaje (EMB-Acta Uhle, 1621/93).

En el Museo de Historia Natural de Berlín se conservan cráneos de la colección de Bolivia (general) (4), Medanito (4), Barranca (3), Nacimientos (3), Tinogasta (2), Toma (Puerta 1), Cienaga (1), Londres (1) Argentina (general) (1) (Ulrich Creutz, comunicación personal, Anthropologische Rudolf-Virchow-Sammlung, Berlín).

Uhle también logra comprar cuatro momias procedentes de la Quebrada de Humahuaca y 40 piezas asociadas por el precio de 335 pesos —correspondientes a 20 libras inglesas— en diferentes estados de conservación, todas con cráneos deformados. Uhle expresa satisfacción de haberse asegurado esta colección para Berlín —de donde desafortunadamente se perdieron en la Segunda Guerra Mundial— (EMB-Acta Uhle, 1368/93).

LA DERROTA FINANCIERA: MAX UHLE EN LA PAZ

La insistencia de transferir colecciones antropológicas a Rudolf Virchow también se debe a la esperanza de Uhle de conseguir apoyo financiero de la Fundación Virchow. Al final de su trayectoria argentina, Uhle está casi sin fondos.

Mi presupuesto para Argentina se está agotando. De las 100 libras que me quedan para el viaje a La Paz no debo haber gastado una quinta parte para las momias [de Humahuaca]. Pero confío en un arreglo con el Profesor Virchow quien me prometió un apoyo de la Fundación Virchow (EMB-Acta Uhle, 1368/93).

En Bolivia la escasez de medios se agudiza aún más. «El monedero vacío son anteojeras espantosas para mí, referente a las actividades actuales y futuras» (EMB-Acta Uhle, 547/94, La Paz, 13 de Marzo de 1894). A Uhle le queda el valor de 56 libras (45 libras y 120 bolivianos) con obligaciones de pagos vigentes -envíos desde Argentina- y los gastos para su trabajo de campo en Tiahuanaco y las áreas aledañas al lago Titicaca. Le ruega a Bastian que «esta camisa forzada en términos pecuniarios sea aflojada. ... Bolivia es mucho más cara que lo que me esperaba en Argentina y allí nadie supo informarme» (EMB-Acta Uhle, 516/94). Medio año después, la situación no ha cambiado: «Me he visto sin medios por varios meses, no solamente para seguir viajando sino también para mi existencia elemental y me costó trabajo no dañar la imagen de prestigio que los viajeros extranjeros suelen gozar» (EMB-Acta Uhle, 1274/94, La Paz, 3 de Septiembre de 1894). Por falta de recursos, las posibilidades de hacer excursiones desde La Paz eran limitadas, por lo tanto Uhle se dedica al estudio del aymara revisando la gramática de Middendorf (para los itinerarios de Uhle en Bolivia ver Loza, 2004). No sorprende que Uhle en una carta escrita a Bastian el 25 de Junio de 1894 firme: «Le saluda con respeto su atento prisionero (de La Paz) Max Uhle» (EMB-Acta Uhle, 1012/94).

La desgracia de Uhle será completada con la llegada de Adolphe Bandelier (1840-1914) a la Paz: «con varios miles de soles bolivianos, con un sinnúmero de recomendaciones, recomendaciones del Nuncio apostólico de Lima etc. Y ya que yo solo tengo deudas y no recursos, tuve que aguantar, que la semana pasada Bandelier siguiera a Tiahuanaco para estudiarlo» (EMB-Acta Uhle, 1274/94) (ver también Fischer, 2001; Bankmann, 2003). La competencia que tuvo en Argentina con Francisco Moreno, la tendrá en Bolivia con Adolphe Bandelier. Uhle había llegado a La Paz el 7 de Marzo, Bandelier el 11 de Agosto de 1894. Otra colección en la cual Uhle está interesado es la colección de Miguel Garcés de Puno, dueño de la finca Ch'alla en la Isla del Sol. En varias cartas a Bastian, Uhle ruega de enviar fondos para comprarla. La suma de 8000 soles —lo que correspondía a 16.000 marcos en este entonces— ofrecida por el gobierno peruano no fue

aceptada por Garcés (EMB-Acta Uhle, 790/94, Uhle, La Paz, 7 de Mayo de 1894). Es finalmente Adolphe Bandelier quien logra comprar la colección Garcés para el Museo de Historia Natural en Nueva York (EMB-Acta Uhle, 859/96).

En cambio, Uhle logra asegurar la colección Rocha que le fue ofrecida en Oruro a través del Sr. Louis Koch, cónsul alemán en Tacna (EMB-Acta Uhle 547/94, La Paz, 18 de Marzo 1894). Aparte de la colección arqueológica también contenía una sección zoológica (pájaros, mamíferos, y aproximadamente 270 serpientes y otros reptiles, insectos, un muestreo de maderas, cristales, petrificaciones y metales) y dos astrolabios. Esta parte de la colección se ofreció al Museo de Historia Natural de la Universidad de Berlín, pero no será bien recibida por la falta de calidad taxidermista.

Desde finales de 1893, Uhle ya estaba negociando un contrato con la Universidad de Pennsylvania para salir de una situación desesperante.

Si no se llega a un arreglo con Norteamérica, casi no tengo el dinero para regresar, menos para los estudios en Tiahuanaco, las islas y la orilla del lago Titicaca. ¡Una complicación extraña de las circunstancias! [...] y yo me encuentro en cierta manera entre dos sillas, la berlinesa, que me fue retirada y la norteamericana que todavía no ha sido deslizada debajo de mí, aunque Usted ya me imagine cómodamente sentado (EMB-Acta Uhle, 547/95, La Paz, 18 de Marzo de 1894).

Es solamente un año después que Uhle podrá cancelar el contrato con Berlín enviando un telegrama a Bastian: «Omasuyu exitoso. Estoy libre, ¿Filadelfia?»

Los «éxitos de Omasuyu» tampoco fueron facilitados por el museo de Berlín sino por el amigo paternal, Alphons Stübel, quien adelantó 1000 marcos para la compra de colecciones en los alrededores del lago Titicaca (ver Anexo 4). Sin embargo, estos «éxitos» revivieron las esperanzas de Uhle de poder seguir la misión para el museo de Berlín. Es el momento en el cual por primera vez Uhle se aventura a revelar a Bastian sus más profundas añoranzas:

Usted tuvo la bondad de insinuarme que una continuación de mi viaje o una financiación por parte de su museo, estaría dentro de lo posible, con la única condición de no pedir fondos, como se lo pueden permitir los reyes americanos de ferrocarriles. Posiblemente nunca se lo he expresado, aunque siempre ha sido mi modo de verlo, mis exigencias serían más modestas si me mandara Berlín, que mandado por los americanos. ¡Por su puesto! No por la esperanza de enriquecerme con fondos americanos, sino porque me sería un placer, hasta agregándole algo de mis propios recursos, para servirle al empeño científico de mi patria. Hacerles un sacrificio de mi propio bolsillo a los americanos, no sería posible pedírmelo. Quiero decir que preferiría viajar con fondos modestos para la ciencia alemana que con fondos mayores para cualquier instituto norteamericano, bajo la condición que un

puesto vitalicio me sería asegurado en Alemania. Si de las largas negociaciones con Philadelphia algo resulta, un puesto vitalicio me sería muchísimo más importante que una suma anual más alta para viajar. Si esto me fuera ofrecido desde Alemania, lo anterior no sería tentador para mí (EMB-Acta Uhle, 391/95).

COMENTARIOS FINALES: UHLE ENTRE CIENCIAS HUMBOLDTIANAS Y ARQUEOLOGÍA

Los sueños de Max Uhle en La Paz no se realizaron. Regresará a Alemania cuarenta años después, en 1933, con 77 años. Los materiales recogidos en su primer viaje nunca fueron estudiados por él y son pocas las publicaciones que se refieren a este viaje, con excepción de algunas cartas de viaje enviadas por Max Uhle que fueron publicadas por sus colegas editores de revistas antropológicas europeas como *Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte* (Berlín), *Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin* (Berlín), *Globus* (Braunschweig), *Internationales Archiv für Ethnographie* (Leiden) y *Ethnologisches Notizblatt* (Berlín) (ver 1893a,b; 1894a-c; 1895a-c; 1896) (para la bibliografía completa y las traducciones de la obra ver Höflein, 2002).

El viaje de Max Uhle en la última década del siglo XIX se realizó en un momento propicio para la antropología en general y la americanística en especial. Berlín, que disponía de un Museo Etnológico apoyado por el Ministerio de Educación y la Cancillería, y la Universidad con la primera cátedra de Antropología (Universidad Federico-Guillermo, después Universidad Humboldt) constituía el centro de la investigación antropológica en un imperio con anhelos de expansión (Blackbourn *et al.*, 1984; Penny, 2002; Fischer *et al.*, 2007). El interés específico en América fomentado por Adolf Bastian se refleja en el reclutamiento de americanistas como Karl von den Steinen, Theodor Koch-Grünberg, Konrad Theodor Preuss, Max Schmidt y otros (Kraus, 2004). A través de la Sociedad Berlinesa de Antropología, Etnología y Prehistoria se mantiene una red de corresponsales en América, antiguos colegas (como Franz Boas, Herman Ten Kate etc.) y otros investigadores que están estrechamente ligados a Berlín —por ejemplo, Federico Philippi en Santiago de Chile, Hermann Burmeister y otros— (ver también Lewerentz, 2007).

Sin embargo, tal como estaba diseñado el viaje de Max Uhle, fue obstaculizado desde un principio por las exigencias involucradas. Los padres de esta misión, Adolf Bastian, Alphons Stübel y Rudolf Virchow seguían arraigados a las ideas del siglo XIX. Como enviado de este grupo influyente, Uhle tuvo que realizar una misión ajena a sus propios intereses, tanto en la forma del viaje como en sus contenidos prioritarios. La finalidad del viaje, según el criterio de Adolf Bastian, era recoger colecciones importantes de objetos desconocidos en las colecciones de los museos europeos. Siendo así, sorprende la falta de fondos específicamente

dedicados a la compra. Hay una contradicción innata en la política del coleccionismo de los museos a finales del siglo XIX: se promueven viajes científicos de larga duración, que se justifican con el coleccionismo, sin invertir los fondos necesarios para volverlos «exitosos». Esta contradicción se debe a un anacronismo que mantiene residuos de las ciencias humboldtianas hasta bien avanzado el siglo XX (ver también Kraus, 2004; Fischer, 2007).

Otro inconveniente que surge reside en la búsqueda de colecciones exclusivas en competencia con los museos nacionales en Latinoamérica e internacionales que persiguen los mismos propósitos, con redes eficientes y

la conciencia en la protección del patrimonio cultural (para el Museo de la Plata, por ejemplo, ver Podgorni, 1995, p. 89).

Esta expedición también se puede entender como una catarsis científica. Solo medio año después de haber iniciado su viaje, Uhle expresa su frustración sobre lo inadecuado de las exigencias que pesan sobre él, en un sentido programático las resume: «Las colecciones deben basarse en excavaciones, sea excavaciones de tumbas singulares o cementerios prehispánicos. Para estas excavaciones se necesita 1. dinero, 2. tiempo y 3. experiencia» (EMB-Acta Uhle, 1152/93, Cafayate, 25 de Julio de 1893).

ANEXOS

Anexo 1. Cartas de Max Uhle al director del Museo de Berlín.

De los 288 documentos archivados en las Actas del viaje del Dr. Max Uhle (EMB-Acta Uhle) sobresalen 32 cartas escritas en el transcurso de su viaje por Argentina y Bolivia dirigidas al director del Museo de Berlín, Adolf Bastian entre el 25 de diciembre de 1892 y el 25 de Julio de 1895.

	Lugar de expedición	Fecha de expedición	EMB-Acta Uhle
1	Buenos Aires	25. 12. 1892	137/93
2	Buenos Aires	28. 12. 1892	137/93
3	Catamarca	2. 2. 1893	324/93
4	Catamarca	11. 2. 1893	485/93
5	Tinogasta	9. 3. 1893	528/93
6	Tinogasta	18. 4. 1893	720/93
7	Belén	21. 5. 1893	888/93
8	San José Trancas	20. 6. 1893	1032/93
9	Cafayate	25. 7. 1893	1152a/93
10	Jujuy	20. 9. 1893	1368a/93
11	Tilcara	8. 10. 1893	1464a/93
12	Tupiza	14. 11. 1893	1621/93
13	Corque	20. 2. 1894	516/94 (1-7)
14	Curahuaca de Carangas	4. 2. 1894	516/94 (8)
15	Oruro	26. 2. 1894	516/94 (10)
16	Oruro	2. 3. 1894	516/94
17	La Paz	18. 3. 1894	547/94
18	La Paz	9. 4. 1894	694/94
19	La Paz	7. 5. 1894	790/94 (2)
20	La Paz	7. 5. 1894	790/94 (3)
21	La Paz	21. 6. 1894	1012/94
22	La Paz	3. 9. 1894	1274/94
23	La Paz	1. 10. 1894	1411/94
24	Achacache	16. 11. 1894	112/95
25	Carabuco	2. 12. 1894	113/95
26	Escoma	8. 12. 1894	114/95
27	La Paz	6. 2. 1895	391/95
28	Carta no legible		391/95
29	T'iriaska (en la isla Cumaná)	25. 3. 1895	555/95
30	Tiahuanaco	9. 5. 1895	889/95
31	Tiahuanaco	2. 6. 1895	1035/95
32	La Paz	25. 7. 1895	1220/95

Las cartas de viaje son sistemáticas en su forma y contenido. Empiezan por una parte oficial que describe la ruta de viaje realizada o planeada, señalan la cantidad y calidad de las colecciones recogidas, brindan informaciones sobre el itinerario y personas de contacto para los transportes de las colecciones y casi siempre dan un balance de la situación financiera que, en general, es precario. En la segunda parte del informe, Uhle entra en detalles, como descripciones de personas, arqueológicas, etnológicas y lingüísticas y apreciaciones sobre colecciones ofrecidas. Al ser consideradas reportes oficiales, Uhle enfatiza la búsqueda de objetos para el Museo de Berlín, trata el envío de las colecciones y con cierta amargura el tema de los fondos disponibles. Solo de manera discreta, el arqueólogo deja entrever aspectos de su situación personal.

Anexo 2. Libretas de campo referentes al viaje a Argentina/Bolivia 1892-1895, legado Max Uhle en el Instituto Ibero-Americano de Berlín.

N.º de libreta	Numeración interna por Max Uhle	Fecha: inicio	Fecha: final	Lugares de inicio y final del trayecto
29	1	22. 11. 1892	1. 2. 1893	Teneriffa – Catamarca
30	2	2. 2. 1893	30. 4. 1893	Catamarca – Tinogasta
31	3	30. 4. 1893	11. 7. 1893	Tinogasta – Cafayate
32	4	12. 7. 1893	18. 10. 1893	Cafayate – Cochino
33	5	19. 10. 1893	18. 12. 1893	Cochino – Tupiza
34	6	19. 12. 1893	28. 1. 1894	Tupiza – Tortora
35	7	28. 1. 1894	7. 3. 1894	Tortora - La Paz
36	8	8. 3. 1894	13. 9. 1894	Estadía en La Paz – Copacabana
37	9	14. 9. 1894	2. 11. 1894	Copacabana – Titicaca (final)
38	10	3. 11. 1894	6. 3. 1895	Titicaca - La Paz
39	11	8. 3. 1895	3. 6. 1895	La Paz – Tiahuanaco
40	12	4. 6. 1895	28. 8. 1895	Tiahuanaco – Iruitu
41	13	29. 8. 1895	12. 1. 1896	Iruitu - La Paz (final)
42	-	14. 1. 1896	22. 3. 1896	salida La Paz - Lima y parte de Pachacamac

Las libretas de campo 29 – 42 del legado de Max Uhle en el Instituto Ibero-Americano de Berlín, fechadas entre el 22 de Noviembre de 1892 y el 22 de Marzo de 1896, son un complemento útil para conocer diferentes aspectos del interés de Uhle en arqueología, lingüística, etnomedicina, etnomusicología, folclor, organizaciones políticas, artesanías, agricultura etc., y, en menor escala, tener información para contextualizar las colecciones. En el legado de Max Uhle del Instituto Ibero-Américo existen además cinco álbumes fotográficos con imágenes tomadas por Max Uhle y otros fotógrafos en el transcurso de su viaje (ver Wolff en este tomo).

Anexo 3. Colecciones recogidas en Argentina y Bolivia entre 1892 – 1895 en el Museo Etnológico de Berlín según lista de envíos de Max Uhle.

	Nombres de colecciones por Uhle	Áreas de colección: lugares	EMB-Acta Uhle	N.º de objetos	N.º de inventario en el Museo Etnológico de Berlín	Objetos
1	Archaeologica argentina I	Tinogasta: Río del Inca, Costa de los Reyes, Costa de los Reyes: Santa Cruz, Santa Rosa (cerca de Tinogasta), San José, Aniyaco, Aniyaco: Quebrada de la Troya, Medanito: excavación: 1, 2, Chilecito, Aimogasta, Copacabana: Río Colorado, Watungasta, Sunchal (entre Sunchal y Huanchin), Campanas: Poman, Campanas (entre Campanas y Pituil), Famatina: Hualco, Casa de los Incas, Tinogasta: Río del Inca: Copacabana: Puntilla	649/93	1 - 352	V A 11325 - 11338 V C 1327 - 1630	Conjunto del Río del Inca Excavaciones en Medanito (2)
2	Archaeologica argentina II	Tinogasta, Talita, Londres, Puerta, Puerta: La Toma, Ciénaga, Carriza, Gualfin, Gualfin: Nacimientos, Puerta: La Barranca, Puerta: Barranca: Piedra de Sapo	888/93	353 - 463	V C 1631 - 1743	

3	Pucará y norte de Tucumán	Pucará Posta Vipos San José Trancas: Tala San José Trancas	1032/93 (815/94)	463 - 487	V C 1222 - 1243	
4	Valles de Calchaquí	Belén, Tucumán: Trancas, Amaicha, Fuerte Quemado, Fuerte Quemado: Paso, Colalás del Valle, Banado, Cafayate: San Isidro, Colalás del Valle, Tolombón Tolombón: Lorohuasi, Animaná, Angostaco, Angostura, Conchas, Curtimbre, Carril, Cerrillos, Santiago de Estero (Dept.): Copo (Dept.)	1152/93	488 - 554	V C 1247 - 1326	Campanas de bronce
5	Tilcara en la Quebrada de Humahuaca	Tilcara en la Quebrada de Humahuaca	1464/93	555 - 575	V A 11480 - 11511	Excavación
6	Etnografía de Cochinoa, Casabinda, Humahuaca y Tupiza	Humahuaca, Tilcara, Taranta, Casabinda: Río Negro, Cochinoa, Casabinda: Quebrada de Tucute: Pueblo Viejo, Cochinoa: Agua Caliente, Tupiza: Caracoto: excavación	1621/93	577 - 660	V A 11512 - 11523 V A 11339 - 11415	
7	Antropológicas de la región Cochinoa, Casabinda, Humahuaca y Tupiza	Cochinoa: Agua Caliente Casabinda: Quebrada de Tucute: Pueblo Viejo	1621/93	-- (aprox. 130 objetos)	V A 11525 - 11537 V A 11416 - 11419	Calaveras
8	Colección Carangas	Potosí, Totorá, Curahuaca de Pacajes, Huachacalla, Corque, Turco, Chiriscalla (bei Turco), La Joya, Tolopampa (lado oriental del lago Poopo)	516/94	1 - 63	V A 11910 - 11922*1 V A 11971 - 11974 V A 12194 - 12263 V A 12843	Calaveras deformadas Calaveras (11) Bolas Tupus
9	Colección de Tiahuanaco		516/94	64 - 110	V A 12264 - 12320	
10	Colección de Tiahuanaco (sigue)		516/94 889/95	111 - 136	V A 12264 - 12320	
11	Etnografía de Tupiza	Humahuaca, Casabinda: Quebrada de Tucute, Chagua, Esmoraca: Candelaria, Askanti, Toropalca, Talina, Tupiza, Chagua	516/94, 790/94	--	V A 11430 - 11432 V A 11424 - 11425 V A 11538 - 11587	Plantas medicinales Tierras comestibles
12	Arqueológica Copacabana, Coatí		1411/94	1 - 81	V A 11642 - 11749	Kerus
13	Arqueológica Islas Titicaca, Coatí, Sampaya	Islas Titicaca, Santiago de Huata: Qolaki: Turrini, Titiqqa: Qea: Ch'alla, QeaYuumani, Pillkoraima, Puqara, isla Coatí, Sampaya, Titicachi, Sampaya, Copacabana	112/95	1 - 182	V A 11750 - 11909	Figuras de bronce

14	Colección Rocha		859/96	1-?	V A 11970 V A 12770 V A 12778 V A 12781 - 12842 V A 12844 - 12921	Plaqueta de oro Quena de fibra de palma
15	Colección Oma Suyu	(Lado oriental del lago Titicaca), isla Titicaca: Yuumani, Copacabana, Santiago de Huata, Achacache, Chinchaya: Marcalaya, Q'oani, Ancoraimes, Carabuco, Carabuco: Qeasqapa, Escoma		137-836	V A 12326 - 12780	Objetos de piedra Kerus

Anexo 4. Colecciones de Max Uhle de las islas y de la orilla del lago Titicaca.

Fecha	Lugares	EMB-Acta Uhle	Colecciones
Septiembre 1894	Copacabana Isla Coatí	1411/94 1 de Octubre de 1894	85 objetos aprox.
12 de Octubre hasta mediados de Noviembre 1894*	Santiago de Huata Tiquina Copacabana Isla Titicaca (21.10.-3.11.) Isla Coatí (estudio de ruinas) Sampaya Copacabana Achacache Orilla oriental del Lago Titicaca hasta Huaichu	112/95 1 de Enero de 1895	560 objetos Kerus Figura de piedra (de la finca Cusijata) Tres Quipus (finca Challa, Isla Titicaca) Doctrina cristiana Fotos de fiesta en Achacache (Legado Max Uhle, Instituto Ibero-Americano de Berlín)

DOCUMENTOS INÉDITOS

[EMB-Acta Uhle]

Acta betreffend die Reise des Dr. Uhle nach Südamerika. Vol. 1. Vom 22. November 1892 bis Ende December 1894, Pars I B 19.

Acta betreffend die Reise des Dr. Uhle nach Südamerika. Vol. 2. Vom 1. Januar 1895 bis [ohne Angabe: letzte Korrespondenz von 1938]. Pars I B 19.

BIBLIOGRAFÍA

- BAHNSON, K. B. (1888). Ueber ethnographische Museen, *Mittheilungen der Anthropologischen Gesellschaft in Wien*, 18, Wien.
- BANKMANN, U. (1999). Aufbruch und Rückkehr – Die Berliner Zeit im Leben Max Uhles, *Indiana*, 15, 11-36.
- BANKMANN, U. (2003). Unfreiwillige Begegnungen: Adolphe F. Bandelier trifft Eduard Seler und Max Uhle. *Société suisse des Américanistes/Schweizerische Amerikanisten-Gesellschaft*, 66-67, (2002-2003), 85-93.
- BASTIAN, A. (1869). *Alexander von Humboldt. Festrede bei den naturwissenschaftlichen Vereinen Berlins veranstalteten Humboldt-Feier*. Berlin.
- BASTIAN, A. (1878). *Culturländer des alten America*, t. 1. Berlin: Weidmannsche Buchhandlung.
- BASTIAN, A. (1881). *Der Völkergedanke im Aufbau einer Wissenschaft vom Menschen*. Berlin: Ferd. Dümmlersche Verlagsbuchhandlung.
- BASTIAN, A. (1885). Ueber ethnologische Sammlungen. *Zeitschrift für Ethnologie*, 17, 38-42.
- BASTIAN, A. (1886). *Zur Lehre von den geographischen Provinzen*. Berlin: Verlag E. S. Mittler & Sohn.
- BASTIAN, A. (1887). *Betrachtungen über zeitgemäße Förderung der Ethnologie und die darauf bezüglichen Sammlungen der Museen*. Berlin.
- BASTIAN, A. (1889). Bedeutung amerikanischer Sammlungen. *Verhandlungen der Berliner Anthropologischen Gesellschaft*, 21, 98-105.
- BASTIAN, A. (1895). Aus Briefen Herrn Dr. Uhle's, *Ethnologisches Notizblatt*, 5, 80-83.
- BLACKBOURN, D. & G. ELEY (1984). *The Peculiarities of German History. Bourgeois Society and Politics in Nineteenth-Century Germany*. Oxford: Oxford University Press.
- FISCHER, M. (2007). La materialidad de un legado: El viaje de Konrad Theodor Preuss a Colombia. *Baessler-Archiv*, 55, 145-154.
- FISCHER, M.; P. BOLZ & S. KAMEL (Eds.) (2007). *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity. The Origins of German Anthropology*. Hildesheim: Georg Olms Verlag.
- HÖFLEIN, M. (2002). *Leben und Werk Max Uhles. Eine Bibliographie*, Ibero-Bibliographien 1, Berlin.
- KILLIAN, R. (1994). Die geologisch-vulkanologischen Studien von Wilhelm Reiss und Alphons Stübel. En: *Spurensuche. Zwei Erdwissenschaftler im Südamerika des 19. Jahrhunderts*, (pp. 41-51), Schloß Cappenberg, Unna.
- KÖPPING, K.-P. (1983). *Adolf Bastian and the Psychic Unity of Mankind*. Santa Lucia: University of Queensland Press.
- KRAUS, M. (2004). *Bildungsbürger im Urwald. Die deutsche ethnologische Amazonienforschung (1884-1929)*. Marburg: Curupira.
- LEWERENTZ, A. (2007). Adolf Bastian and Rudolf Virchow in the Berlin Society of Anthropology, Ethnology and Prehistory. Changes in Chairmen and Scientific Discourse. En: Fischer, M.; Bolz, P. & Kamel, S. (Eds.), *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity. The Origins of German Anthropology*, (pp. 83-100). Hildesheim: Georg Olms Verlag.
- LOZA, C. B. (2004). Itinerarios de Max Uhle en el Altiplano Boliviano. Sus libretas de expedición e historia cultural (1893-1896). *Indiana, Suplemento 15*.
- PENNY, H. G. (2002). *Objects of culture. Ethnology and Ethnographic Museums in Imperial Germany*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- PODGORNY, I. (1995). De razón a facultad: Ideas acerca de las funciones del Museo de La Plata en el periodo 1890-1918. *Runa*, XXII, 89-104.
- PREUSS, K. Th. (1926). Adolf Bastian und die heutige Völkerkunde. *Baessler-Archiv*, 10, 3-15.
- ROWE, J. H. (1954). *Max Uhle, 1856-1944. A memoir of the father of Peruvian Archaeology*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 46, (1).
- SEIDENSTICKER, W. (1969). *Das Konzept der Ethnologie im Werk Adolf Bastians*. Bremen: Röver Verlag.
- STEINEN, K. v. d. (1905). Gedächtnisrede auf Adolf Bastian. *Zeitschrift für Ethnologie*, 37, 236-248.
- STÜBEL, A., & M. UHLE (1892). *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des alten Perú. Eine kulturgeschichtliche Studie auf Grund selbständiger Aufnahmen*. Leipzig: Hiersemann Verlag.
- UHLE, M. (1884). Ueber ethnologisches Reisen. *Das Ausland*, 57, 1036-1038.
- UHLE, M. (1889). [Reseña] Kristian Bahnson, Ueber ethnographische Museen, *Internationales Archiv für Ethnographie*, II, (1888), 74-75.
- UHLE, M. (1890). Verwandtschaften und Wanderungen der Tschibtscha. En: *Compte-Rendue du Congrès International des Américanistes*, 1888, (pp.466-489), Berlin.
- UHLE, M. (1893a). Auszüge aus einem Brief Max Uhles an Rudolf Virchow, Tinogasta, 26. April 1893, *Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie, Ethnologie und Urgeschichte*, 25, 306.
- UHLE, M. (1893b). Von Dr. Max Uhle über seine Reisen in Südamerika. Tupiza, 16. November 1893, *Verhandlung der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, 20, (10), 521-523.
- UHLE, M. (1894a). Von Herrn Dr. Max Uhle über seine Reisen nach Bolivia. La Paz, 16. April 1894, *Verhandlungen der Gesellschaft der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, 21, (6), 328-332.
- UHLE, M. (1894b). Auszug aus einem Brief von Karl Künne «Dr. Max Uhle bei den Urus in Bolivia», *Globus. Illustrierte Zeitschrift für Länder- und Völkerkunde*, 66, (1), 16.
- UHLE, M. (1894c). Auszug aus einem Brief an Johann Dietrich Eduard Schmeltz, Salta (undatiert), *Internationales Archiv für Ethnographie*, 7, (4), 219-220.
- UHLE, M. (1895a). Aus Briefen Dr. Max Uhles's. Herausgegeben von Adolf Bastian, *Ethnologisches Notizblatt*, 2, 80-83.
- UHLE, M. (1895b). Auszug aus einem Brief Max Uhles an Johann Dietrich Eduard Schmeltz, La Paz, 31. Dezember 1894, *Internationales Archiv für Ethnographie*, 8, (3), 131-132.
- UHLE, M. (1895c). Von Herrn Uhle über seine Reisen in Bolivia. La Paz, 22. Januar 1895, *Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, 22, (4-5), 311-314.
- UHLE, M. (1896). Herr Dr. Max Uhle über seine Reisen in Bolivia und Peru. Lima, 17. Mai 1896, *Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlin*, 23, (7), 357-360.

- VIRCHOW, R. (1892). *Crania ethnica Americana. Sammlung auserlesener amerikanischer Schädeltypen*. Berlin: Asher & Co..
- VIRCHOW, R. (1893). Sein Wirken für die Anthropologie, *Berliner klinische Wochenschrift*, 43a [Zusammenstellung der Beiträge auch Diskussionsbeiträge in der Gesellschaft für BGAEU von 1869-1893].
- VIRCHOW, R. (1975). Anthropologie und prähistorische Forschungen. En: Neumayer, G. von (Ed.), *Anleitung zu wissenschaftlichen Beobachtungen auf Reisen in Einzelabhandlungen*, (pp. 571-590). Berlin: Robert Oppenheim.
- Voss, A. (1880). *Die ethnologische und nordische Sammlung*. En: *Zur Geschichte der Königlichen Museen in Berlin. Festschrift zur Feier ihres fünfzigjährigen Bestehens am 3. August 1880*, 154-160.

REVALORIZANDO A MAX UHLE EN TIWANAKU

Alexei Vranich¹

INTRODUCCIÓN

La breve presencia de Max Uhle en Bolivia suele tomarse como una nota histórica al pie de página, un contratiempo irónico antes del comienzo de la espectacular carrera arqueológica que realizó poco después en el Perú. Habiéndosele negado permiso para excavar en Tiwanaku debido a su protesta pública contra la intencionada destrucción del sitio, salió de Bolivia camino de la costa del Perú donde sus investigaciones se convirtieron en la punta de lanza en el campo de la arqueología en la América del Sur.

No obstante, Uhle permaneció fascinado con Tiwanaku toda la vida, dominio que impulsó importantes logros intelectuales. Es de interés notar que su mayor publicación apareció varios años antes de visitar el sitio (Stübel & Uhle, 1892). Uhle fue uno de los primeros críticos de las fantásticas afirmaciones de Arturo Posnansky con respecto a la naturaleza y antigüedad de Tiwanaku (Uhle & Muelle, 1943); sus conocimientos de los estilos del altiplano le permitieron ubicar a Pachacamac en un tiempo anterior a la llegada de los incas. En efecto, él identificó los motivos huari, aunque los investigadores tardarían medio siglo en identificar el sitio Huari. Sin embargo, Uhle estableció el concepto de un horizonte cultural, y comenzó la difícil obra de clasificar cronológicamente los 10.000 años anteriores al periodo incaico.

Dejando aparte el itinerario de Uhle y el contexto político y social turbulento de Bolivia de la época, me centraré en uno de los objetivos del congreso— «la relevancia del legado importante (material y documentos inéditos) en los diferentes países señalados»—con el propósito de demostrar cómo un aspecto de los materiales de Uhle, en este caso sus fotografías, nos pueden servir de manera provechosa en la actual investigación arqueológica. Brindo una explicación detallada de cómo utilicé las fotografías; me sirvieron para evaluar la autenticidad de las reconstrucciones recientes, señalar detalles oscurecidos o erosionados, determinar la proveniencia de los artefactos, aproximar la ubicación de los que faltan, elaborar un plano de reseña geofísica y excavaciones y para presentar

y establecer las prioridades de los problemas de conservación. Valiéndonos de ideas y materiales de Uhle, es factible realizar este estudio, no tan solo en Tiwanaku, sino también en centenares de otros sitios que Uhle dejó señalados en sus notas, mapas y fotografías de alta calidad.

UBICACIÓN

Anidado en las altas tierras bolivianas a 13.000 pies sobre el nivel del mar, el alto valle altiplano que cobija las ruinas de Tiwanaku está bordeado por cadenas montañosas por tres de sus lados, y el cuarto es bañado por las aguas del lago Titicaca (figura 1). En medio del valle se halla una serie de montículos y pequeñas plataformas que señalan el centro de la ciudad de Tiwanaku, que floreció aproximadamente entre los años 500 hasta 1000 d. C. (Ponce, 1981; Kolata *et al.*, 2003). Los primeros cronistas españoles describían asombrados el tamaño y antigüedad de las estructuras de Tiwanaku (Cobo, 1990 [1653]; Cieza de León, 1984 [1553]; Garcilaso de la Vega, 1991[1609]). Después de la emancipación de Bolivia, un número notable de científicos viajó para visitar, describir, cartografiar y, más tarde, fotografiar las ruinas (Pentland, 1827; Angrand, 1866; Squier, 1877).

Desgraciadamente el emplazamiento en el que estos primeros investigadores llevaron a cabo sus investigaciones, pasó poco después por un periodo de asoladora destrucción. En 1904, Uhle volvió con el Congreso de Americanistas y al bajar del tren en una pequeña estación de Tiwanaku expresó su dolor a los colegas, señalando que casi todo lo que él había visto hacía diez años había desaparecido. Irónicamente, el tren que había llevado a los arqueólogos a las ruinas fue el causante de la destrucción, puesto que los ingenieros habían empleado las piedras desparramadas por el sitio para construir los puentes para las vías férreas. Además, la población local se valió de las ruinas, como lo habían hecho durante siglos, como una cantera conveniente para construir sus módicas casas de adobe. El tren facilitó a la población de La Paz el despojo, lento pero constante, de la arquitectura de la superficie. Además, los coleccionistas

¹ University of California at Los Angeles, Cotsen Institute of Archaeology, Los Angeles, EE.UU.

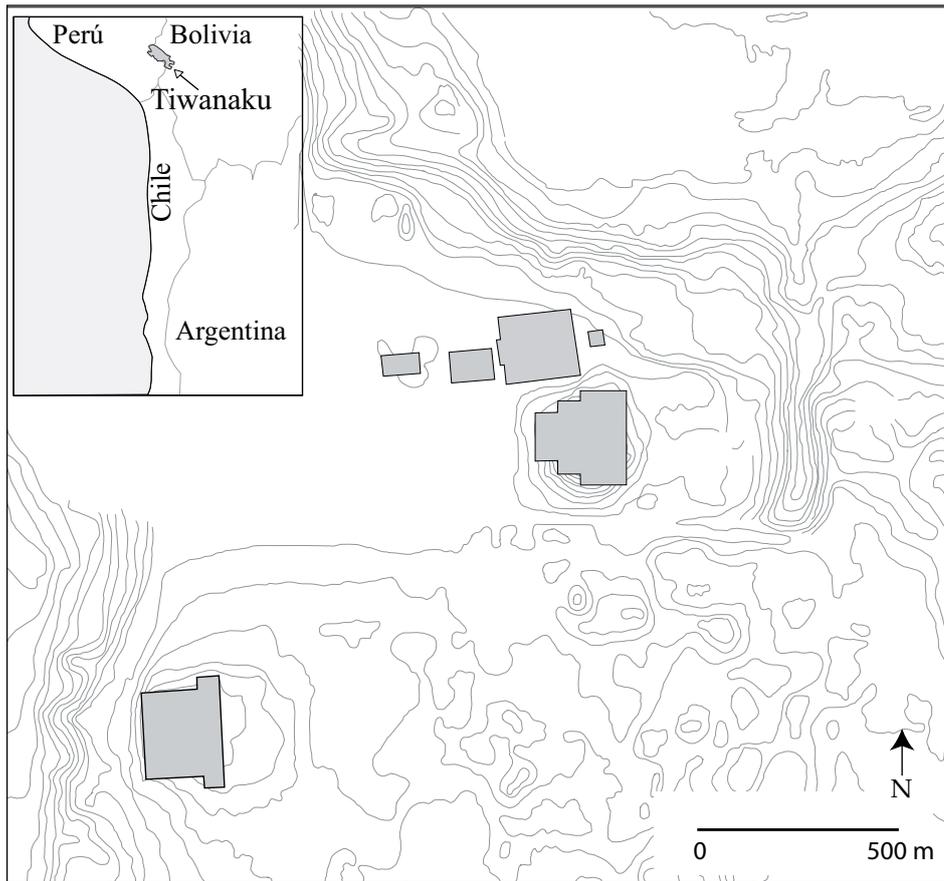


Figura 1. Los monumentos principales de Tiwanaku. Plano elaborado por Alexei Vranich.

frecuentaban el sitio para adquirir piezas escogidas para las colecciones particulares y museos.

Puedo señalar otro incidente que comenzó en los años cincuenta y que rendiría hoy a Tiwanaku poco menos que irreconocible a Uhle. Un empeño de demostrar que Tiwanaku era una ciudad densamente poblada, ubicada en el centro de un imperio expansivo condujo a un ambicioso esfuerzo nacionalista, en nombre del cual se excavaron y reconstruyeron monumentos enteros de manera tal que no se detuvo en eliminar secciones enteras de arquitectura que no concordaban con la idea preconcebida (Gasparini & Margolies, 1980). Se quitaron y se volvieron a colocar monolitos dislocados; secciones enteras de muro, escaleras y otros rasgos efímeros, juzgados demasiado rústicos para ser contemporáneos de los monumentos, fueron eliminados para otorgar más visibilidad y prominencia a los muros y entradas. Durante generaciones se presentaba a Tiwanaku como una unidad simbólica compuesta de monumentos arquitectónicos espectaculares, todos construidos a juego del mismo ideal estructural con respecto a un sitio clavado en un momento imaginario de su apogeo (Ponce Sanginés, 1981). Esta visión idealizada de Tiwanaku se puso de moda durante una serie de intensas excavaciones que empezaron en los últimos años de la década de los cincuenta, período de investigación que llegó a llamarse «monumentalismo» (Alconini, 1995). Aunque se le ha reconocido el mérito

de haber salvado el centro monumental del vandalismo y saqueo, el resultado ha sido una excavación selectiva y una reconstrucción del sitio donde la forma clásica percibida de cada monumento coexiste una al lado de otra. Debido al hecho lamentable de que se han publicado pocos estudios sobre estas excavaciones y que se han reconstruido totalmente algunos de los diversos monumentos, gran parte de los arqueólogos prefieren esquivar cualquier comentario sobre lo poco que se sabe, limitándose a advertir que la mayor parte de los datos conocidos no están disponibles y muy probablemente van a seguir estándolo (Isbell, 1994; 1998; Burkholder, 1997; Protzen & Nair, 2000).

La excavación de los monumentos nacionales es una empresa erizada de problemas logísticos y políticos. No es de sorprenderse que muchos investigadores recomienden encarecidamente que los recursos limitados de tiempo y fondos sean empleados de manera más productiva para conseguir datos primarios. No es de extrañar, por consiguiente, que las interpretaciones recientes sobre Tiwanaku se deriven de las investigaciones no fundadas directamente en datos obtenidos in situ, sino en los alrededores y sitios lejanos (Berman, 1994; Janusek, 2003; Mathews, 2003; Goldstein, 1993; Williams, 2002). La colección de Uhle es uno de los instrumentos que empleo en el trabajo de campo en el curso que dirijo desde 1995 para suplir la pobreza de datos que impide el estudio del centro monumental.

COLECCIÓN Y ELABORACIÓN TÉCNICA

Hay aproximadamente 110 negativos en vidrio de las fotografías tomadas por Max Uhle en el archivo del Museo de la Universidad de Pennsylvania, fichados bajo la sigla de «Tiwanaku», aunque algunas de las fotografías testifican las escapadas de Uhle a las valles vecinos y a lo largo de la orilla del lago. A fin de evitar dañar las placas de vidrio, hice escanear en alta resolución una colección entera que ya existía en papel en el archivo. La descripción relacionada con las fotografías es sumamente breve; sin embargo, con una excepción, me fue posible identificar la colocación aproximada de la cámara empleada por Uhle y descifrar el tema de la fotografía. Sus mapas precisos y notas del campo están bien guardados en el Instituto Ibero-Americano de Berlín donde esperan su transcripción y publicación. Tomando en cuenta lo útil que han sido sus otros mapas, estas notas, sin la menor duda, también darán prueba de su valor extraordinario.

Trajimos las imágenes escaneadas al campo en un laptop, pero pronto constatamos que resultaba mucho más fácil imprimirlas y colocarlas en un pequeño álbum durante las visitas a las ruinas. El método que empleamos fue descrito por el doctor James Deetz, profesor en aquella época de la Universidad de California, Berkeley, y quien lo había empleado en su campo de la arqueología histórica. Su método —puesto en práctica años antes del descubrimiento de las cámaras digitales—

insertaba el negativo de la fotografía histórica dentro de la cámara de 35 milímetros. Mirando a través del localizador de la vista, se le presentaba la imagen superpuesta a la fotografía original encima de la vista actual. Entonces, él giraba la cámara hasta que las dos imágenes se fusionaran sobre cierto rasgo común. En este punto se le presentaba a la vista la arquitectura perdida como un «fantasma» superpuesto sobre el escenario actual. Se dio cuenta de que este método era lo suficiente preciso para permitir que un miembro del equipo diera un repaso y, guiado por la cámara del campo, colocara señales donde antes se hallaban las estructuras desaparecidas. Yo empleé un método algo diferente, no tan solo por la facilidad de la cámara digital y la multitud de fotografías que quería procesar, sino también por las dificultades de replicar el método original. Mi método era, a no dudar, menos preciso, pero resultó más que suficiente para los fines de nuestro proyecto.

En algunos casos el suelo se presentaba en estado de erosión completa, o se había excavado. La superficie de 1893 ya no existía. En otros casos, las estructuras modernas obstruían la vista, y, en un sinnúmero de casos, los antiguos rasgos arquitectónicos simplemente ya no existían. Me esforcé empleando las fotografías durante aproximadamente las mismas horas del día, tal como Uhle las había tomado, basándome en la presencia y la longitud de las sombras. Las cámaras de largo formato



Figura 2. Ubicación y dirección de las fotografías. Los números se refieren a las siguientes figuras presentadas en este artículo. Gráfico elaborado por Alexei Vranich.

de Uhle y los negativos de vidrio brindaron una vista más amplia —sin distorsiones a lo largo de los bordes— que mi cámara digital pero con algunos ensayos y errores, me fue posible lograr aproximaciones bastante cercanas (figura 2). La ventaja de la cámara digital se centraba en el hecho de que yo tenía la posibilidad de tomar fotografías múltiples, examinarlas en la caseta y escoger las que mejor encajaban.

HACIA UNA NUEVA VALORACIÓN DEL TRABAJO DE UHLE EN LA INVESTIGACIÓN ACTUAL

Por sí solas, las imágenes de Uhle ofrecen una embriagadora vista de las ruinas de hace un siglo y una perspectiva nostálgica del período pionero de arqueología. Es más, combinadas con la investigación en curso y un íntimo conocimiento del sitio, pueden convertirse en una nueva cantera para el investigador moderno. Propongo, por ende, una secuencia de métodos con el fin de volver a evaluar el trabajo de Uhle, centrando nuestro interés en algunos de los desafíos investigativos en áreas de las ruinas que han sufrido daños considerables.

La más notable diferencia entre la condición de Tiwanaku en la primera visita de Uhle y el estado actual del sitio es la cantidad de investigación y reconstrucción que se ha realizado. Tanto las fotografías de

antes de la reconstrucción como las posteriores, han sido utilizadas o para criticar o para justificar la reconstrucción (Gasparini & Margolis, 1980; ver Ponce Sanginés, 1971 para la refutación). No voy a entrar en el debate sobre la manera y la técnica de las reconstrucciones de Ponce Sanginés puesto que las excavaciones y reconstrucciones siguen en gran parte sin publicar, y él se ha ido de donde no se vuelve. Necesitamos dejar atrás la crítica y dedicarnos más bien a determinar con cuántos datos brindados por las fotografías de Uhle, una de las pocas las fuentes fidedignas, podemos contar. Por consiguiente, el primer paso en este proceso es determinar qué partes de las ruinas han permanecido auténticas en contraste con las que han sido reconstruidas.

Empecemos con la plataforma de Kalasasaya (figura 3). Se ve que los espacios entre los pilares verticales fueron rellenados con hiladas irregulares de rocas, que la entrada fue completamente reconstruida, y el patio oriental se ha cercado por tres lados. Los indicios prestan apoyo a parte de esta reconstrucción. Por ejemplo, en la siguiente serie de fotografías (figura 4) se puede ver las molduras en el lado del primer pilar de la «Pared Balconera», donde en un tiempo se encontraban sillares horizontales. Las descripciones históricas nos describen con claridad esta parte occidental del muro como una

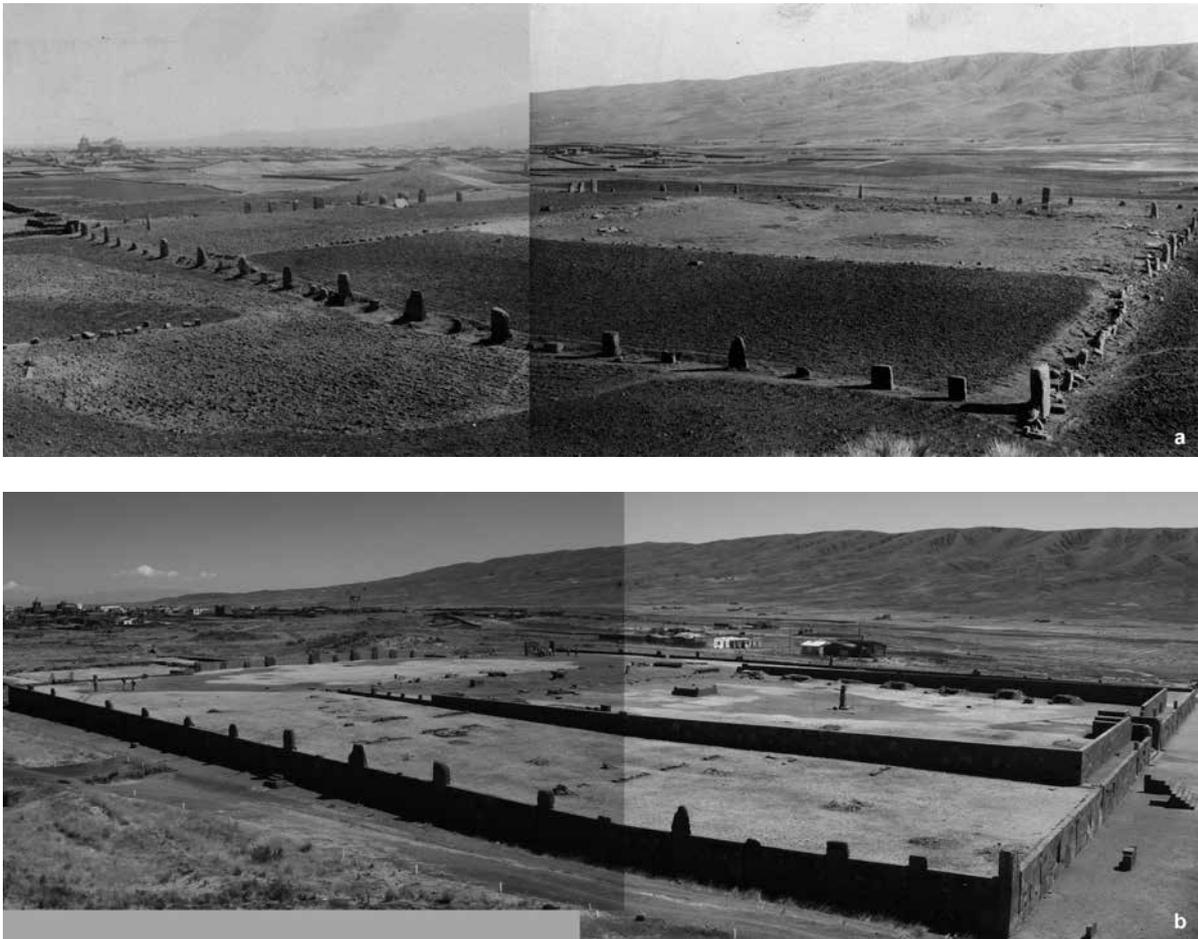


Figura 3. a. Fotografía del Kalasasaya tomada por Max Uhle. Archivo University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology; b. Vista moderna del mismo edificio. Fotografía de Kari Zabler.



Figura 4. a. Fotografía de la Pared Balconera tomada por Max Uhle. Archivo University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology. b. Vista moderna del mismo sector. Fotografía de Kari Zabler.

serie de pilares altos rellenos de bien colocados sillares de andesita (Cobo, 1990 [1653]; Cieza, 1984 [1553]). Las pocas hileras originales que todavía sobreviven indican que cada capa sucesiva estuvo reducida en anchura. A la reconstrucción le falta este importante detalle, y tampoco logró captar el aspecto estético distintivo tiwanaku de ofrecer una vista de superficie única creada por muchas piedras (Protzen & Nair, 1997). Sillares irregulares rellenan intersticios sobre las otras paredes pero, como la «Pared Balconera», su altura reconstruida es hipotética. Además, otros particulares arquitectónicos, tales como los desagües visibles al fondo del muro de la fotografía moderna, nos parecen completamente especulativos.

Esta reconstrucción fue una empresa masiva dirigida por una sola persona, pero el aspecto del sitio fue afectado por años de conservación *ad hoc*. Es decir, varios encargados del sitio colocaban las piedras en las estructuras erguidas porque si se hubieran quedado sueltas habrían desaparecido rápidamente en las construcciones moder-

nas. A veces estos bien intencionados actos afectaron de manera significativa la forma de las estructuras. En la siguiente figura (5) podemos observar la pérdida de dos bloques, y la añadidura y los arreglos de la estructura cuadrilateral en el primer plano. Aunque es un aspecto menor, sin esta información sobre los cambios, reconstrucción sin documentación, se pone en duda toda la forma visible.

Además de permitir que los investigadores abandonemos el aspecto especulativo de las reconstrucciones, las fotografías de Uhle sirven para confirmar la ubicación original de la estructura actual. Podemos nombrar como ejemplo las excavaciones en la superficie de la Kalasasaya, que parecen haber eliminado más que la sobrecarga que cubría el área del piso final de la plataforma. Dividiendo la superficie a lo largo de la línea norte-sur se hallan dos filas de piedras alineadas. Entre estas dos líneas se ven tres bloques distintos colocados en intervalos regulares, ahora precariamente encaramados sobre pedestales de

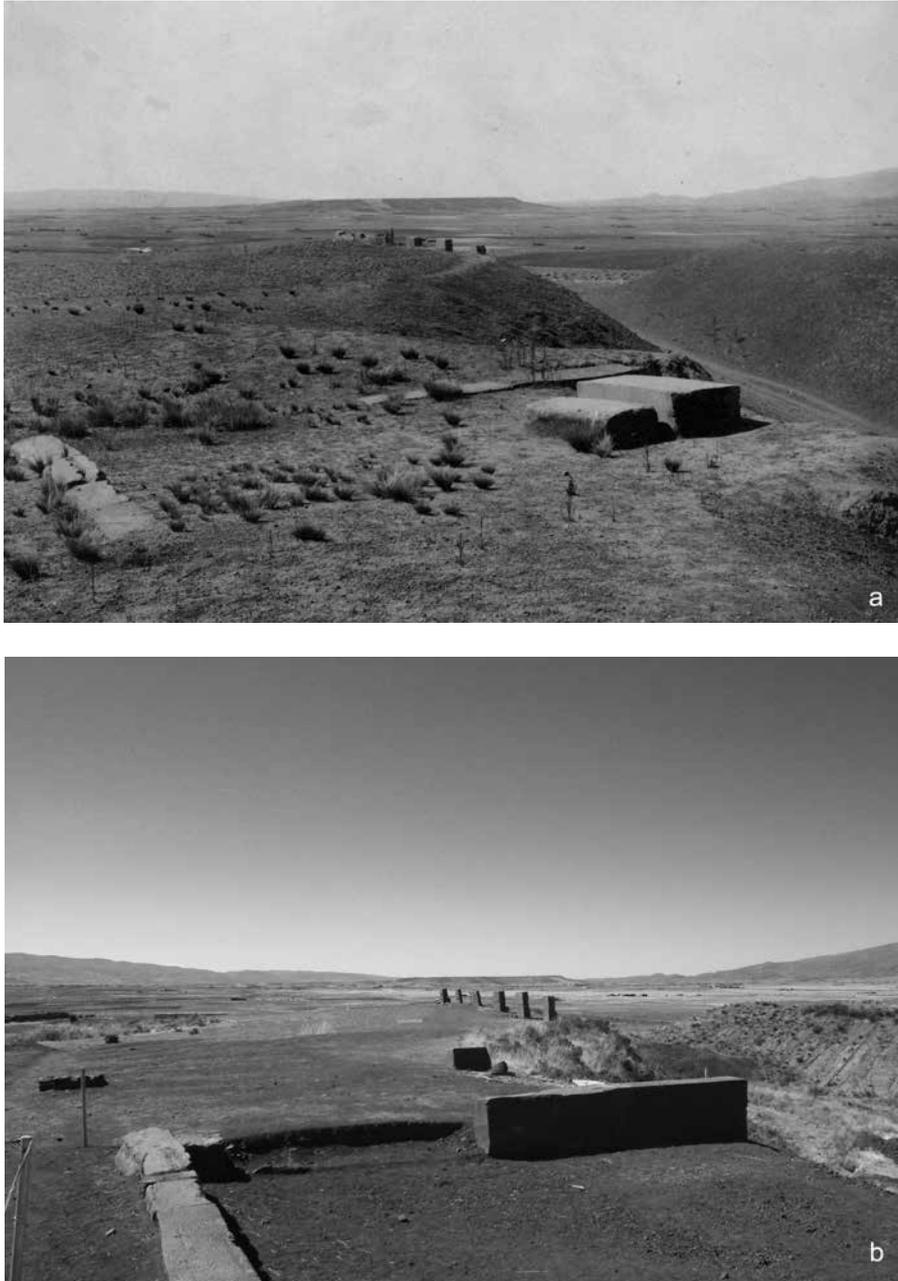


Figura 5. a. Fotografía de la cima de la Akapana tomada por Max Uhle. Archivo University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology; b. Vista moderna de la misma. Fotografía de Kari Zabler.

tierra, el único remanente del suelo que se quitó durante las excavaciones (figura 6). El bloque central ha sido el lugar predilecto durante generaciones de arqueo-astrónomos para observar tanto la salida como la puesta del sol. Conjeturé que las dos alineaciones de piedras eran los restos de revestimientos de las piedras de la plataforma erigida, y que estos bloques estaban justos en su ubicación. Una de las ventajas que nos brindan los negativos de Uhle, de vidrio y de tamaño largo, es su alta resolución; aun las áreas más allá del enfoque central de la imagen pueden ampliarse sin perder muchos detalles. Ampliamos la parte central de la Kalasasaya que vimos en la figura 3, y notamos el bloque central firmemente incrustado en elevación distinta, al menos desde hace

un siglo. Esta plataforma elevada proveería un excelente punto de observación para observar tanto el este como el oeste, y también hubiera separado la parte oculta del patio de la mitad occidental que queda sin excavar. Confiados en que esta plataforma era real, podríamos proceder con el proyecto arqueo-astronómico (Benitez, 2005).

REEMPLAZO DE LA ARQUITECTURA PERDIDA

Después de quitar las añadiduras recientes y confirmar los restos originarios, el próximo paso sería remplazar lo que se ha perdido después de un siglo a todas las luces fue destructivo. En 1610 el jesuita Bernabé Cobo no podía afirmar si el Puma Punku y la Akapana, separados por un largo kilómetro, formaban parte del

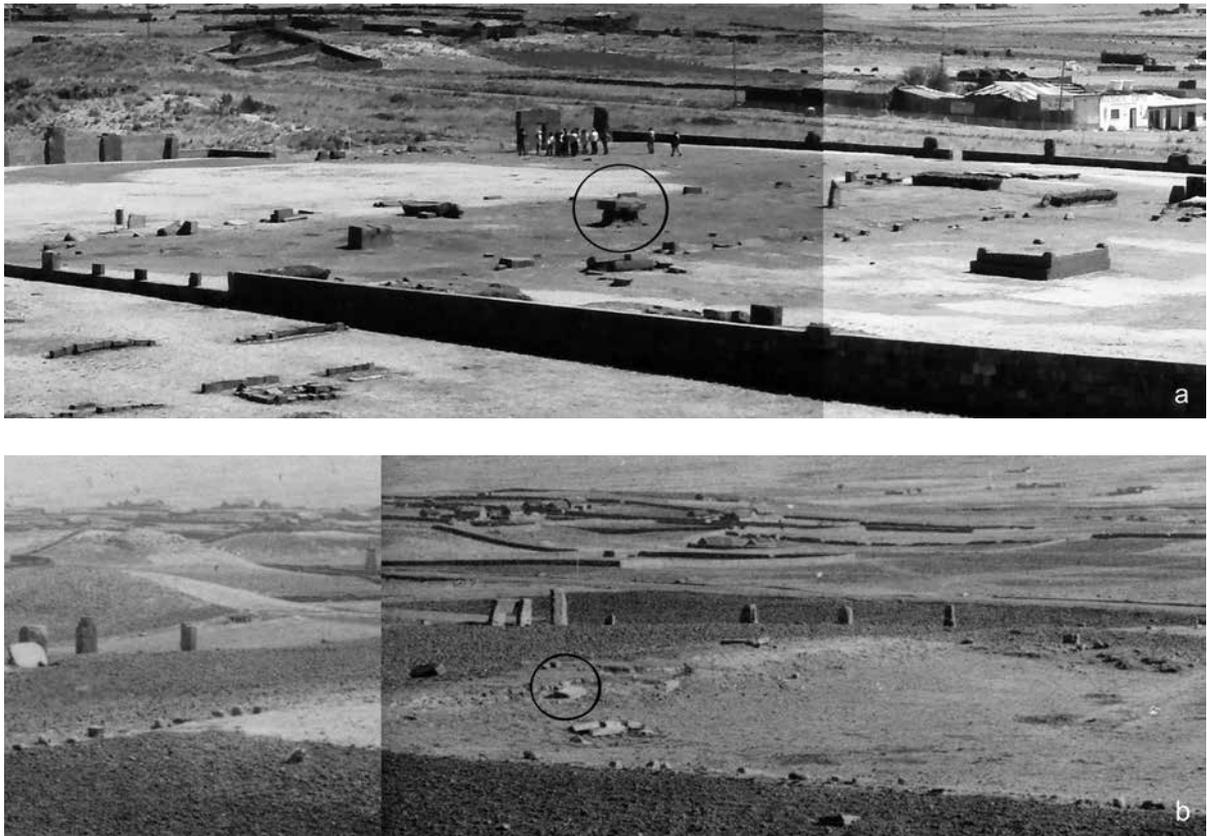


Figura 6. a. Bloques y alineamiento de piedras en la parte central del Kalasasaya. Fotografía de Alexei Vranich; b. Ampliación de la fotografía del Kalasasaya tomada por Max Uhle. Archivo University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology. En ambos casos, el «bloque central» está marcado con un círculo.

mismo complejo debido a la cantidad de piedras desparramadas en medio (Cobo, 1990 [1653]). Cobo menciona que los vecinos residentes empleaban las piedras para construir sus casas y tumbas, y cada viajero desde entonces ha comentado que el sitio servía de cantera para las construcciones en el valle y hasta para la ciudad de La Paz. Como evidencia de este uso se pueden encontrar desparramados alrededor del sitio varios modelos de piedras de molino coloniales, abandonados a mitad hacer cuando una imperfección los rindió inservibles.

Aunque las ruinas siguieron sirviendo de cantera a mano durante casi tres siglos entre la fecha de la descripción de Cobo y el estudio de Uhle, podemos percibir la densidad de los materiales en el sitio comparando las respectivas áreas de la superficie en la siguiente figura (7). Poco después de salir Uhle de Bolivia, los ingenieros que construían la vía férrea entre La Paz y Guaqui a principios del siglo XX, cargaron con la piedra más grande para construir puentes y caballetes. El sitio quedó casi despojado de cualquier resto suelto con la reconstrucción del templo y Kalasasaya plataforma por los años 1960. Cuando resultaron insuficientes las piedras sueltas encontradas en las excavaciones para construir los muros a la altura deseada, se emplearon las piedras de la superficie y hasta la arquitectura de monumentos menores.

La tarea de contrastar las visiones actuales y las del pasado demuestra la tenue relación entre los restos de la superficie y los de la subsuperficie, un fenómeno bien

reconocido por los arqueólogos. También se puede notar cambios en restos menos portátiles. El montículo grande en el fondo de la figura 7 es la pirámide de Akapana. Su forma amorfa es el resultado de siglos de saqueo, vandalismo y las condiciones ambientales extremas del altiplano. Atraídos a la pirámide por los cuentos de tesoros en las pirámides de Moche y Chimú en la costa del Perú, los buscadores de tesoros destriparon casi entera la parte central de la pirámide, y arrojaron la tierra por el lado este. Siglos de pillaje y saqueos de materiales para la construcción han borrado la estructura original de la pirámide que ya hacia los comienzos del siglo XX estaba reducida a un espectro de lo que fue. Su condición erosionada y alterada desafía aún a los investigadores más ambiciosos dispuestos a excavar toneladas de restos dejados por los despojadores.

Las excavaciones de arqueólogos de oficio se iniciaron a comienzos del siglo XX y han seguido hasta el presente, de forma más reciente por Gregorio Cordero en 1978, Linda Manzanilla (1992) en 1989, Oswaldo Rivera en 1995, y las actuales investigaciones bajo la dirección del Departamento de Arqueología de Bolivia, esfuerzos que dieron como fruto un cuadro más completo de Akapana. La pirámide misma se compone de siete terraplenes revestidos de piedra (Manzanilla, 1992), cuya base consiste de un revestimiento de grandes pilares, colocados a intervalos regulares entre las filas niveladas de piedras (figura 8). Protzen llama *Opus Quadratum*



Figura 7. a. Vista de norte a sur del Kalasasaya y el Akapana, tomada por Max Uhle. Archivo University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology; b. Vista moderna de la misma. Fotografía de Kari Zabler.

o la albañilería de piedra labrada hilada entre bloques grandes, técnica de mampostería exclusiva de Tiwanaku (Protzen & Nair, 1997). Un enorme bloque de arenisca tapa estas hileras. La opinión más difundida es que el próximo revestimiento comienza 6 metros más allá del primero (Manzanilla, 1992; Kolata, 1993; Escalante, 1994). Este segundo se diferencia del primero en que la elaboración de piedra es irregular y discontinua. Otras secciones de este revestimiento se han encontrado a lo largo del lado sur y noroeste de la pirámide, igualmente irregulares y distintas una de la otra. Se ha interpretado esta insólita falta de uniformidad como prueba de que Akapana fue construida durante un largo periodo, aserto apoyado en la lógica de que diferentes estilos arquitectónicos representan diferentes periodos de tiempo. Contra este segundo revestimiento, en la primera terraza, se encontró un extenso depósito de la cerámica y huesos que se han interpretado como el abandono de la pirámide (Kolata, 1993).



Figura 8. Vista de la esquina noreste de la pirámide. Fotografía de Alexei Vranich.



Figura 9. a. Fotografía de la parte sur-norte del lado este de la pirámide, tomada por Max Uhle. Los restos de la fachada en la primera terraza están marcados con flechas blancas. Archivo University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology; b. Vista moderna de la misma. Fotografía de Kari Zabler.

En la fotografía de Uhle de la figura 7, se ve, a la base del lado norte de la pirámide, los restos de un revestimiento parcialmente desmontado (figura 7). Se han quitado los sillares portátiles, dejando a un lado por el momento los pilares interpuestos. Este muro se nota más de cerca por la base de la pirámide en la figura 11. Uhle, de pie sobre el montón de tierra resultado del masivo despojo colonial, sacó fotografías de la continuación de este muro por el lado este de la pirámide, de sur a norte (figura 9). En 1978 Cordero Miranda excavó el lado noroeste, y en 2002 mi proyecto volvió a excavar en el mismo lugar. Sin duda, lo que vemos hoy en día como un muro autoestable en la primera terraza (Protzen & Nair, 1997, p. 150) es solamente un fragmento de muro a lo largo de la base norte de la pirámide poco antes de ser desmantelada. Rellenado el espacio de los pilares que quedan con las hiladas regulares y reemplazando los bloques de arenisca roja sobre los pilares—varios ejemplos de los cuales yacen desparramados por la primera terraza—este muro aparece idéntico al primero que define la base

de la pirámide. Lo que debe quedar muy claro, al llegar a este punto, es que un patrón arquitectónico basado en los pilares grandes y bloques hilados de piedra labrada se repite a intervalos regulares a lo largo de este lado de la pirámide. La construcción de la pirámide se fundamenta a base de un sistema de muros dobles: un muro interior —al que se referirá como el muro de contención en adelante—, que, concomitantemente, lleva el peso de la presión del relleno del muro hacia su frente —que se llamará, en adelante, el muro de la fachada— y forma una base estable para la construcción del muro de la fachada del nivel siguiente (figura 10).

El resultado conseguido es que la pirámide está muy sólidamente construida con el sistema de muros de refuerzo, ocultos por fachadas elaboradas de manera primorosa. La comprensión de esta técnica de construcción altera ligeramente la reconstrucción hipotética. Este detalle arquitectural tiene gran importancia para los restos en la primera terraza. Los fechados absolutos de Akapana que se consiguieron del carbón asociado con

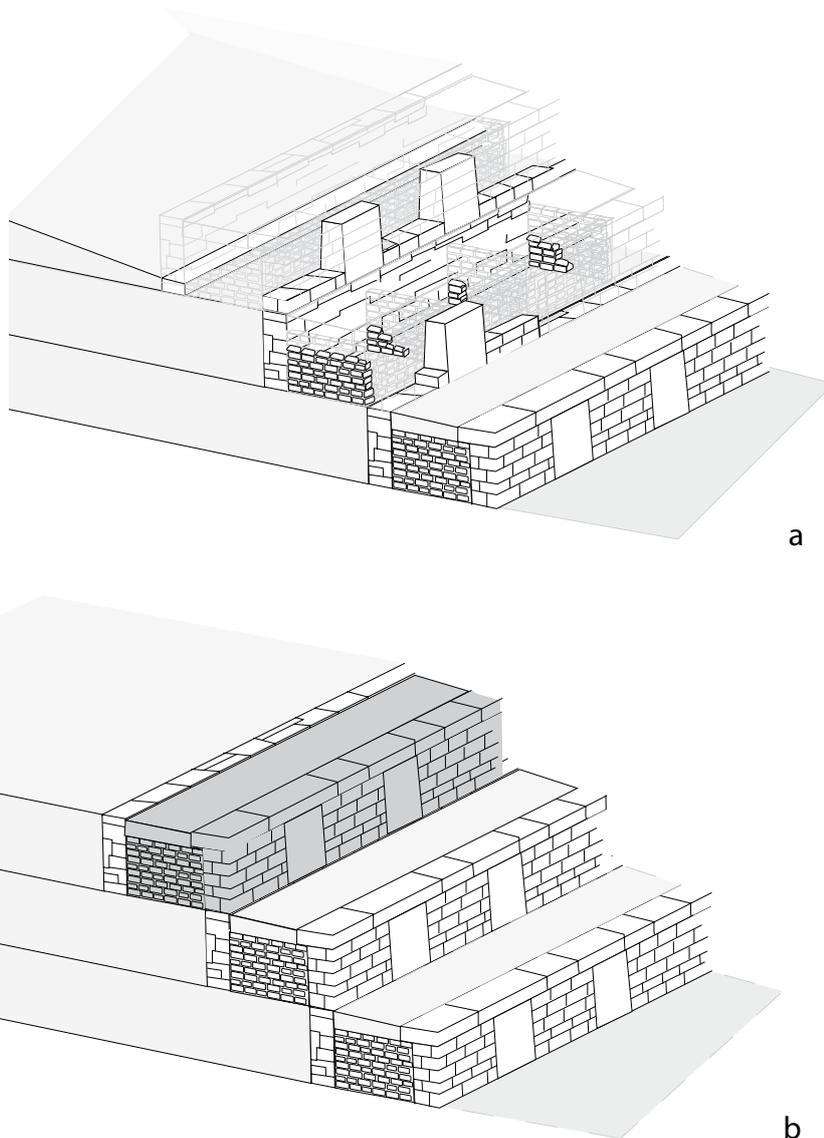


Figura 10. Esquema de la condición actual del lado este de la Akapana; b. Reconstrucción hipotética del doble muro. Dibujos elaborados por Alexei Vranich.

los depósitos de la cerámica, y los huesos en la primera terraza de la pirámide, no representan el abandono de la misma ni una transformación radical de su función, sino su construcción. De ser considerado uno de los primeros monumentos en el sitio, cronológicamente el Akapana resulta ser la última construcción y la más importante.

PLANEAMIENTO, EXCAVACIÓN Y SONDEO

Puede resultar una empresa bastante ingrata y cara el excavar monumentos dañados o erosionados. Frecuentemente, tiene que quitarse del medio una enorme cantidad de sobrecarga, sin valor analítico (escoria de los saqueadores, erosión secundaria), antes de encontrar restos *in situ*. Puede uno dedicarse una temporada entera a «perseguir arquitectura» o a descubrir una superficie que en contextos monumentales suele estar limpia de artefactos. Los arqueólogos mismos tienen sus dudas acerca de tales actividades y se preguntan si excavar los monumentos compensa los gastos políticos y logísticos, especialmente cuando una enorme cantidad de informes están disponibles a flor de tierra en los contextos exentos de complicaciones tales como los basurales. Después de pasar varias temporadas trabajando dentro del centro monumental, he logrado elaborar una estrategia flexible y rentable que envuelve: 1) volver a excavar trincheras cuyos resultados siguen sin publicar; 2) modelar por computadora la arquitectura que queda en pie en tres dimensiones; 3) realizar encuestas geofísicas non-intrusas; y 4) consultar la enorme colección de documentos históricos e imágenes que he recopilado a través de los años, lo que incluye las fotografías de Uhle. Solo después de tomar estas medidas, se considera la posibilidad de realizar excavaciones.

Sorprende, por otra parte, el hecho de que las fotografías de Uhle sean en sumo grado compatibles con los procedimientos más modernos que estamos utilizando. Después de varias temporadas, la encuesta geofísica ha reconocido casi entero el centro monumental casi en su totalidad. Para dicha encuesta, el aspecto que más tiempo consume es el procesamiento de enormes cantidades de datos digitales captadas por los sensores múltiples. Las fotografías de Uhle volvieron el procesamiento de data un poco menos oneroso gracias a la eliminación de ciertos «ruidos» durante el reconocimiento, cuando se identificó en las fotografías la ubicación de los muros de campo modernos, corrales y casas de adobe cuyos restos desintegrados dejaban idéntica firma geofísica a las del periodo tiwanaku. Por ejemplo, véase el cambio en la cantidad y ubicación de muros de campos al fondo de la fotografías en la figura 3. Una vez eliminados estos rasgos de las imágenes subsuperficiales, nuestros limitados recursos pudieron dirigirse hacia la excavación de algunas de las anomalías más enigmáticas de origen precolombino.

Las descripciones más remotas del sitio tiran hacia la vaguedad en lo tocante a nuestros propósitos, pero la mayoría de las crónicas concuerda sobre un punto: dos monolitos grandes permanecieron *in situ* hasta los primeros años de 1600 y, tal como lo interpreto yo, parecen

haber estado ubicados en el área entre la pirámide de Akapana y el templete. Las primeras noticias indican que una fornida cabeza de andesita, conservada ahora bajo la custodia del museo, estaba en este lugar, y en los primeros años del siglo XX, Arthur Posnansky indicó que el cuerpo estaba sepultado aproximadamente en este sitio (Posnansky, 1945). El retrato de Uhle indica un área de hierba cerca de un bloque (figura 11). Conjeturé que esta parcelita sin cultivar se debía a que los agricultores querían evitar doblar el arado encima de un objeto sepultado. Llevamos a cabo una reseña geofísica en esta área y dimos con varias anomalías. Hicimos planes para excavar más la temporada próxima, pero en el interín, otro desafío en la investigación de sitios extensos se nos presentó: un extenso depósito de tierra, resultado de unas excavaciones nacionales en el Akapana. Encontramos una esquina del bloque que aparecía en la fotografía de Uhle, al igual que otros bloques anormalmente desmedidos. En fin, las pretensiones de parte de Posnansky—que la masa de otros monolitos se cobija aquí—quedan por ponerse al examen de una prueba; sin embargo, no dudo que cuando se pueda excavar aquí, alguna estructura substancial saldrá a luz.

RASTREANDO EL ORIGEN DE LOS ARTEFACTOS

El rastrear la proveniencia de los artefactos es un empleo menor y algo oportunista de las fotografías de Uhle. Sus fotografías del sitio del museo (figura 12)—que era poco menos que un mercado para los colectores de paso—brindan una predicción de cuántas piezas quedaban en Tiwanaku y cuántas se desparramaron por las colecciones del mundo. Varios de los Chachapumas antropomorfos están en la actualidad en el museo del sitio; otros los reconozco en colecciones europeas. La figura 13 es una fotografía de dos pequeñas estatuas más dos niños pequeños, sacada en un valle al norte, cerca del sitio de Lukurmata (figura 13). Reconocí inmediatamente estas dos estatuas como dos ejemplos casi olvidados por el tiempo en el sótano del Museo de la Universidad de Pennsylvania. Por cierto, la proveniencia no es que digamos deslumbrantemente exacta, pero al menos nos provee algunos datos básicos tales como la fecha de la colección, el país de origen, y su cercana asociación al sitio secundario de Lukurmata, más bien que a Tiwanaku o cualquiera de la docena de otros sitios en la cuenca que abrigaban esculturas.

Una fotografía interesante me hizo volver al mismo sitio. Uhle había fotografiado un bloque de arenisca que lucía una iconografía especial (figura 14). Ya en el año 1792 se había dibujado esta piedra (Glickhorn, 1970) que aparece entre diferentes colecciones de dibujos y fotografías de otros estudiosos como Leóncé Angrand en su visita de 1848 (Prümers, 1993, pp. 472-473). Creo que Posnansky tenía esta piedra en mente cuando afirmó que los pilares del Kalasasaya habían sido tallados con iconografía. Después de esta referencia, esta célebre pieza desapareció de la literatura y no figuraba en la colección de los museos. Felizmente,



Figura 11. a. Fotografía desde el Kalasasaya hacia el este, tomada por Max Uhle. Archivo University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology; b. Vista moderna de la misma vista. Fotografía de Kari Zabler.

gracias a su forma única, y con la ayuda de Cesar Kalisaya, guardián del sitio de segunda generación, encontramos la pieza boca abajo en un enorme cúmulo de piedras. Para aquel entonces, se había erosionado casi por completo la iconografía y no hubiera reconocido la pieza al no saber qué es lo que buscaba. Inmediatamente la llevamos al museo y la ingresamos bajo su protección; se exhibiría al lado de la fotografía tomada por Uhle.

PRESENTACIÓN Y CONSERVACIÓN

Los turistas de paso no notan los cambios graduales que degradan el sitio; para los burócratas, cuyos nombramientos son a menudo igualmente efímeros, son poco menos que irreconocibles. Una comparación entre las fotografías es una manera poco refinada para medir la erosión y la decadencia, pero es una manera eficaz de traer a luz este proceso gradual. Estas fotografías condensan un



Figura 12. El museo de sitio durante la visita de Uhle. Archivo University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology.



Figura 13. Fotografía de monolitos ubicados cerca del sitio de Lukurmata tomada por Max Uhle. Archivo University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology.

siglo de cambios en una imagen única que fácilmente puede entenderse. Por ejemplo, las imágenes esculpidas en este dintel han sido a todos los efectos casi totalmente obliterados (figura 15). De hecho, para recobrar la parte esculpida hice uso de la capacidad magnificadora y potenciadora sobre la imagen de la fotografía de Uhle para volver a dibujar la iconografía (Vranich, 1999). Sobre una escala más amplia podemos observar el alcance de la erosión de los monumentos integrados a base de tierra. Una vez eliminada la cobertura de piedra, las aplastantes lluvias abren surcos en la parte

expuesta del relleno. Ahora, el pesado tránsito peatonal de los turistas está erosionando rápidamente las cimas de los monumentos. Regresando al ejemplo de la cima de la pirámide de Akapana (figura 5), podemos medir y exponer estos cambios negativos comparando las superficies con un elemento estable tal como los pilares de andesita en el centro de la fotografía. Calculamos que se ha perdido casi un metro de superficie en el último siglo.

El aspecto final de la conservación es mucho más complejo y se relaciona más bien con el *concepto* de



Figura 14. a. Piedra con iconografía en bajorrelieve en 1893. Archivo University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology; b. La misma piedra en la actualidad. Fotografía de Kari Zobler.

Tiwanaku, que con su forma y materiales. Esas fotografías enseñan el sitio anterior a las construcciones modernas. Este contraste entre el escenario y el aparente aislamiento de los monumentos, formaba parte del misterio y atracción que atraía a esos tempranos visitantes al sitio. Regresando a las figuras 3 y 6, vemos ahora que la reducida área protegida del sitio corre peligro de ser devorada o rodeada por edificios modernos de cemento. Esta desafortunada tendencia, fenómeno mundial, desasocia el sitio de su lugar en el escenario. Más que una amenaza visual, estas estructuras modernas anulan el propósito original de los monumentos; es decir, bloquean los alineamientos entre los monumentos y el escenario. Nuestras encuestas recientes indican que el propósito de las plataformas elevadas era proveer puntos de observación del escenario circunvecino. Los pilares erectos ofrecían puntos fijos para medir los movimientos de los cuerpos celestes, y las superficies levantadas brindaban privilegiados lugares de observación de los rasgos de los escenarios sagrados. Estos supuestos no se prestan a una fácil aprobación, aun entre arqueólogos; y para los funcionarios del gobierno, preocupados por los aumentos de fondos generados por las visitas turísticas, pueden parecer problemas estrictamente académicos. Las imágenes de las fotografías de Uhle representan una manera rápida y eficaz de comunicar estos conceptos a la gente encargada del sitio. Recientemente las organizaciones tales como UNESCO han empezado a promocionar la conservación del escenario entero como parte esencial de la conservación. La preocupación de Uhle sobre la condición de la ruina perdura por medio de sus fotografías.

CONCLUSIÓN

El último siglo no se ha mostrado muy cariñoso con Tiwanaku, y aunque actualmente están al descubierto más monumentos, éstos no han sido conservados ni presentados para entenderlos como es debido. Como señaló Rehay Rubin en relación a los mapas, una impresión visual no se despliega fácilmente. «Al surtir una imagen visual, los mapas imponen otra imagen sobre el contenido que representa, que restringe o hasta domina la libertad creadora del lector» (1992, p. 15). Yo he dirigido numerosas giras alrededor de las ruinas de Tiwanaku para amigos e investigadores, y constantemente tengo que explicar que la reconstrucción actual es simplemente una representación entre muchas posibles, y que los restos que se presentan ante nuestros ojos han sobrevivido quinientos años de abuso por pura casualidad. Los testimonios fotográficos de Uhle brindan una oportunidad para romper con el presente y regresar a la época en que el sitio, a pesar de todos los daños que había recibido, permanecía menos afectado por la intrusión moderna.

En casi todas las publicaciones arqueológicas aparece al menos una imagen clásica que nos deja imaginar el mundo de los pioneros arqueólogos, un mundo ya acabado hace mucho tiempo, y que conecta con el deseo de cada uno de ser explorador y vivir en una edad cuando todavía era posible descubrir sitios mayores. Las fotografías de Uhle se prestan a tales fantasías puesto que era un fotógrafo tan prolífico y su método sistemático nos surte con una riqueza de imágenes de alta calidad para elegir a gusto. Reproducir las fotografías



Figura 15. a. Fotografía del dintel ubicado en la cima del Kalasasaya tomada por Max Uhle. Archivo University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology; b. Vista moderna de la misma pieza. Fotografía de Kari Zobler.

y los mapas de Uhle y citar sus publicaciones —en la sección sobre estudios previos le rinde merecido homenaje como persona y reconoce los fundamentos que estableció para las generaciones venideras, pero no hace compatibles sus informes tan meticulosamente recopilados con la investigación en curso de nuestra época. Creo que un sentimiento que podría descubrirse como «cronocéntrico» impone una distancia entre nosotros y estos pioneros, devaluando las ideas de épocas pasadas frente a las de los observadores modernos. Es evidente que algunas ideas son producto de la época, y que muchos de los hallazgos se hicieron antes del advenimiento de nuevas tecnologías, tales como la datación mediante el método

de carbono 14, pero el desafío se centra precisamente en buscar más allá de estas deficiencias comprensibles y emplear esos datos para recuperar la información que no está disponible en la superficie.

Sin duda alguna, los avances del futuro en la tecnología convertirán las imágenes digitales en espacio verdadero. Sólo después de una gran cantidad de trabajo en el laboratorio, nuestros sondeos iniciales en cuestiones de esta nueva tecnología han demostrado resultados limitados pero prometedores. El método que acabo de describir no es caro y conlleva un procedimiento más bien sencillo que podría aplicarse inmediatamente a las extensas colecciones fotográficas de Max Uhle.

AGRADECIMIENTOS

Reconocemos a las personas e instituciones que han posibilitado nuestras investigaciones en Tiwanaku. Agradecemos a todo el personal de la Dirección Nacional de Arqueología (DINAR) por el apoyo que nos ha brindado, en especial al director Lic. Javier Escalante, al jefe de conservación, Eduardo Pareja, Freddy Arce y Cesar Kalisaya. Agradecemos de igual manera la ayuda proporcionada por la Alcaldía y la Junta de Vecinos de Tiahuanaco y los Mallkus de la Central Agraria que representan a las

comunidades de Tiahuanaco. Hacemos extensiva nuestra deuda a la Asociación de Trabajadores en Arqueología de Tiwanaku (A.S.T.A.T), la cual proporcionó el personal necesario para las labores de excavación y conservación. Estos trabajos fueron posibles con fondos de la Fundación Nacional de Ciencia (NSF) de los Estados Unidos (NSF Grant #BCS-0415914). Finalmente, un sincero agradecimiento a Kari Zobler, quien tomó la mayoría de las fotografías y escogió las más compatibles. Esta contribución está dedicada a la memoria del doctor James Deetz.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCONINI MUJICA, S. (1995). *Rito, símbolo e historia en la pirámide de Akapana, Tiwanaku: un análisis de cerámica ceremonial prehispánica*. La Paz: Editorial Acción.
- ANGRAND, L. (1866). Lettre Sur les Antiquités de Tiaguanaco et L'Origine Presumable de la Plus Ancienne Civilisation du Haut-Pérou. Extrait de la *Revue Generale de l'Architecture et des Travaux Publicques*. Paris.
- BENÍTEZ, L. R. (2005). Celestial Calendars at Tiwanaku: The Semi-subterranean Temple and the Kalasasaya Temple. Paper presented at the Society for American Archaeologist 70th Annual Meeting, Salt Lake City, Utah.
- BERMANN, M. (1994). *Lukurmata: Household Archaeology in Prehispanic Bolivia*. New Jersey: Princeton University Press.
- BURKHOLDER, J. E. (1997). Tiwanaku and the Anatomy of Time: A New Ceramic Chronology from the Iwawi site, Department of La Paz, Bolivia. Tesis de doctorado. University of Binghamton.
- CIEZA DE LEÓN, P. (1984) [1553]. *La Crónica del Perú. Historia 16*. Madrid: Hermanos García Noblezas.
- COBO, B. (1990) [1653]. *Inca Religion and Customs*. Traducido por R. Hamilton. Austin: University of Texas Press.
- ESCALANTE, J. F. (1994). *Arquitectura prehispánica en los Andes bolivianos*. La Paz: CIMA.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca (1991) [1609] *Comentarios Reales de los Incas*. Lima: Fondo de Cultura Económica.
- GASPARINI, G. & L. MARGOLIES (1980). *Inca Architecture*. Traducida por P. J. Lyon. Bloomington: Indiana University Press.
- GLICKHORN, R. (1970). Thaddäus Haenke in Tiahuanaco. *Südamerika*, 3, (4), 128-204.
- GOLDSTEIN, P. (1993). Tiwanaku temples and state expansion: a Tiwanaku sunken-court temple in Moquegua, Peru. *Latin American Antiquity*, 4, (1), 22-47.
- GOLDSTEIN, P. (2005). *Andean Diaspora: The Tiwanaku Colonies and the Origins of South American Empire*. Gainesville: University of Florida Press.
- ISELL, W. H. (1994). Review of Alan Kolata, The Tiwanaku: Portrait of an Andean Civilization. *American Anthropologist*, 96, (4), 1030-1031.
- ISELL, W. H. (1998). Review of Alan L. Kolata, (Ed.), *Tiwanaku and its Hinterland: Archaeology and Paleoecology of an Andean Civilization*. *Human Ecology*, 26, (3), 519-523.
- JANUSEK, J. W. & A. L. KOLATA (2003). Pre-Hispanic Rural History in the Katari Basin. En Kolata, A. (Ed.), *Tiwanaku and its Hinterland: Archaeology and Paleoecology of an Andean Civilization*, (pp. 129-174), Smithsonian Series in Archaeological Inquiry, 2. Washington, D.C.: Smithsonian Institution.
- KOLATA, A. L. (Ed.) (2003). *Tiwanaku and its Hinterland: Archaeology and Paleoecology of an Andean Civilization*. 2. Washington, D.C.: Smithsonian Institution.
- KOLATA, A. L. (1993). *The Tiwanaku: Portrait of an Andean civilization*. Cambridge: Blackwell.
- MANZANILLA, L. (1992). *Akapana: una pirámide en el centro del mundo*. Instituto de Investigaciones Antropológicas. México D.F: Universidad Nacional Autónoma de México.
- MATHEWS, J. E. (2003). Prehistoric Settlement Patterns in the Middle Tiwanaku Valley. En: Kolata, A. (Ed.), *Tiwanaku and its Hinterland: Archaeology and Paleoecology of an Andean civilization*, (pp. 129-174). Smithsonian Series in Archaeological Inquiry, 2. Washington, D.C.: Smithsonian Institution.
- PENTLAND, J. B. (1967). [1827] Report on the Bolivian Republic. Lima: Great Britain Consulate General.
- PONCE SANGINÉS, C. (1971). Réplica a Gasparini. *Pumapunku*, 5, 69-83.
- PONCE SANGINÉS, C. (1981). *Tiwanaku, espacio, tiempo y cultura: ensayo de síntesis arqueológica*. La Paz: Los Amigos del Libro.
- POSNANSKY, A. (1945). *Tiwanaku: The cradle of American man*. New York: Augustin,
- PROTZEN, J.-P. & S. NAIR (1997). Who Taught the Inca Stonemasons their Skills: A Comparison of Tiahuanaco and Inca Cut-Stone Masonry. *Journal of the Society of Architectural Historians*, 56, (2), 146-167.
- PROTZEN, J.-P. & S. NAIR (2000). On Reconstructing Tiwanaku Architecture. *Journal of the Society of Architectural Historians*, 59, (3), 358-371.
- PRÜMERS, H. (1993). Die Ruinen von Tiahuanaco im Jahre 1848: Zeichnungen und Notizen von Leonce Angrand. *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 13, 385-406.
- RUBIN, R. (1992). Ideology and Landscape in early printed maps of Jerusalem. En: Baker, A. R. & G. Biger (Eds.), *Ideology and Landscape in historical perspective*, (pp. 15-30). Cambridge: Cambridge University Press.
- SQUIER, E. G. (1877). *Peru: Incidents of Travel and Exploration in the Land of the Incas*. New York: Harper & Brothers.
- STÜBEL, A. & M. UHLE (1892). *Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des alten Perú: eine kulturgeschichtliche Studie auf Grund selbständiger Aufnahmen*. Breslau: C. T. Wiskott.
- UHLE, M. & J. C. MUELLE (1943). Antigüedad y origen de las ruinas de Tiahuanaco. *Revista del Museo Nacional*, 12, (1), 19-23.
- VRANICH, A. (1999). Interpreting the Meaning of Ritual spaces: The Temple Complex of Pumapunku, Tiwanaku, Bolivia. Tesis de doctorado, University of Pennsylvania.
- WILLIAMS, P. R. (2002). Rethinking disaster-induced collapse in the demise of the Andean highland states: Wari and Tiwanaku. *World Archaeology*, 33, (3), 361-374.

MAX UHLE: «DESCUBRIDOR» DEL CHIPAYA

Rodolfo Cerrón-Palomino¹

Hablan [los chipayas] un dialecto talvez desapercibido por la ciencia filológica [...]; pues ni los mismos indígenas aymaras de la comarca han podido aprenderlo, sea por falta de roce social con aquéllos, ó por la pronunciación gutural-aspirada que tiene, diferenciándose, por consiguiente, del kechua y del aymara (Bacarreza 1910).

INTRODUCCIÓN

Una de las primeras preocupaciones de Max Uhle al llegar a Potosí, a fines de 1893, ingresando por Chagua y Talina, era encontrar a los descendientes de los mil indios uros que, según la carta del factor Juan Lozano Machuca al virrey del Perú, vivían en la región de los Lipés (Lozano [1581] 1965). Sus pesquisas, sin embargo, resultaron infructuosas, pues ya no encontró allí ningún rastro de gente que se reclamara uro, ni menos que mantuviera su lengua particular. Prosiguiendo en su periplo, ya en tierras orureñas, concretamente en el cantón de Poopó, tuvo noticias, de labios de un cura, de la existencia de una extraña lengua, distinta del quechua y del aimara (Loza, 2004, p. 253)². No es posible saber con exactitud si la lengua referida era el dialecto murato del uro, que por entonces aún hablarían los pobladores de los contornos del Poopó, o si se trataba del mismo chipaya. Lo más probable es que fuera esta última variedad, ya que el ilustre viajero, sin detenerse mucho en el cercado de Oruro, dirigió sus andanzas hacia el sur de Carangas, esta vez con la idea de ubicar el pueblo cuya habla resultaba hasta entonces enigmática. Su viaje, sin embargo, quedó interrumpido en el pueblo de Huachacalla, a cuarenta y cinco kilómetros de Chipaya, debido a las inundaciones del río Lauca en plena temporada lluviosa, que impidieron el acceso al cantón mencionado. Con todo, como refiere el mismo autor, la «entrada á Carangas, no dejó de tener su importante premio; puesto que [le] cupo la suerte de

encontrar en Huachacalla dos familias de Uros residentes allí, y de poder estudiar su idioma peculiar, también [sic] como [le] fue posible, en el corto término de pocos días, sin más ayuda que la de [un] intérprete aimará» (Uhle [1894] 1900, pp. 161-162). De esta manera, en efecto, el pertinaz viajero lograba ubicar y documentar, por primera vez en la historia de la lengua, una de las últimas variedades sobrevivientes de la familia lingüística uro. Luego de su hallazgo, comenta que «el genuino idioma uro en el interior de Carangas no se habla sinó en la población de Chipaya y aun en ella, solo en el trato familiar». Su opinión, sin embargo, cambiará poco después, al ubicar a los uros de Iruhitu. De todos modos, ahora lo sabemos, las dudas de Bacarreza, formuladas en el epígrafe, carecían de fundamento, y solo podían explicarse como resultado del desconocimiento del trabajo pionero de Uhle.

EL VOCABULARIO CHIPAYA

Tras dos jornadas y media de intenso trabajo (13-15 de febrero de 1894), el sabio germano pudo recoger una lista de alrededor de cuatrocientas entradas léxicas de la lengua, valiéndose para ello de la colaboración de su informante Manuel Lusa (Loza, 2004, pp. 257-258), mediada por un intérprete aimara³. Dicho material, ordenado por el propio autor, se encuentra, en forma inédita, en los fondos del archivo Uhle-Lehmann del Instituto Iberoamericano de Berlín, con el título de «Vorbereitetes Uro-Vocabular» (en adelante VUV) (figura 1)⁴.

¹ Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades, Lima, Perú.

² Una primera versión del presente trabajo apareció en la revista *Lexis* (XXXII: 1, pp. 109-145). La que ahora ofrecemos ha sido ligeramente revisada y retocada en algunos puntos relativos al material empleado y, en menor medida, al contenido.

³ En verdad, el viajero investigador recogió no solo el léxico de la lengua sino también muestras de frases y oraciones; en el presente estudio, sin embargo, solo nos ocuparemos de su registro vocabular.

⁴ Nuestro interés por estudiar este vocabulario data de algunos años atrás. En efecto, gracias al convenio entonces existente entre el Instituto Iberoamericano de Berlín y la Pontificia Universidad Católica del Perú, pudo el autor trabajar en el archivo Uhle-Lehmann del mencionado instituto, entre octubre y noviembre de 2001. En dicha oportunidad preparamos una primera versión del VUV para nuestro uso particular, la misma que ahora, debidamente corregida, ha sido archivada en forma digitalizada. Agradecemos la valiosa ayuda que entonces nos brindaron el Dr. Peter Masson, miembro del equipo científico del Instituto, y el Sr. Norbert Knossalla, encargado del archivo en cuestión, por asistirnos en la traducción del vocabulario básico que sirve de entrada a los léxicos del uro-chipaya. Para la redacción del presente trabajo fue necesario contar con una copia del manuscrito original, la cual nos fue proporcionada paciente y gentilmente por el ilustre colega y amigo Masson.

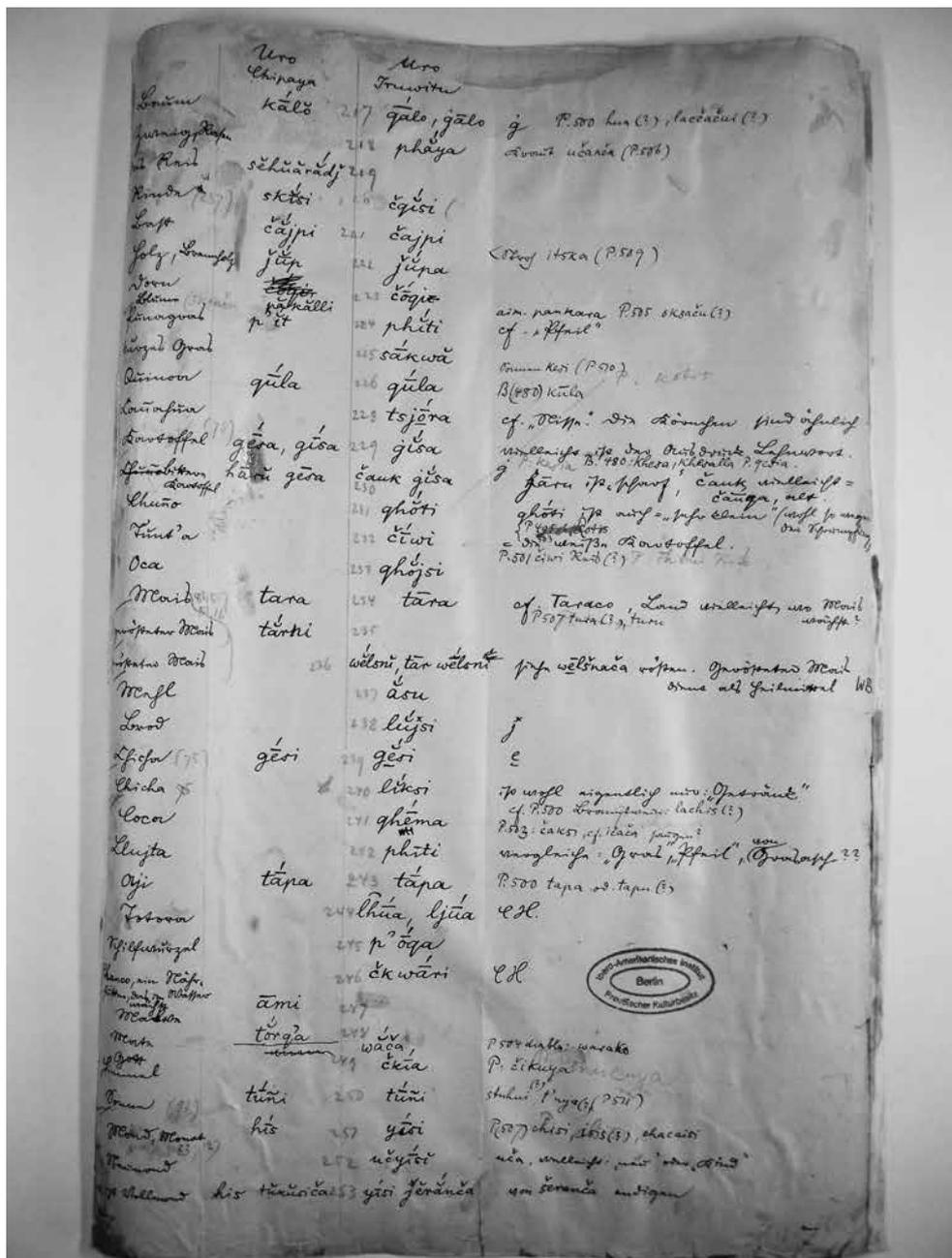


Figura 1. Página del manuscrito Vorbereitetes Uro-Vocabular (archivo Uhle-Lehmann del Instituto Iberoamericano de Berlín).

El VUV es, en verdad, un vocabulario comparado en el que se registra, como equivalentes de la lista léxica elaborada previamente por el autor, el material voca- bular correspondiente a dos variedades de la familia uro: la chipaya y la iruhitu, en dos columnas y en ese orden. Se trata de un material de trabajo recopiado (pasado «en limpio», con correcciones, agregados y tachaduras poste- riores) algún tiempo después de que su autor recolectara, aprovechando su larga permanencia en La Paz, datos del uro de iruhitu, que obtuvo, entre el 23 y el 31 de octu- bre de 1895, en Ancoaque e Iruhitu (cf. Loza, *op. cit.*, 304-305). En una cuarta columna, aparte de introducir esporádicamente algunas indicaciones sobre la natura- leza peculiar de algunos sonidos (vocales y consonantes), identifica aimarismos, sugiere «posibles» cognados (con

el puquina, el mochica y el atacameño), y establece cor- respondencias con otros léxicos consultados después, concretamente con los de Bacarreza (1910), para el chipaya, y Polo (1901) para el uro. En total, el VUV contiene 735 entradas, de las cuales unas 407 (o sea el 55,37%) corresponden al chipaya (incluyendo cinco aimarismos y cuatro hispanismos), descontadas cinco repeticiones, cifra que concuerda con la anunciada por el propio autor (cf. Uhle, *art. cit.*, 162). Por lo que toca a la lista originaria de entradas, es posible que ésta se hiciera en función de la extracción del vocabulario chipaya; poste- riormente, ella habría sido empleada para el recojo del léxico iruhitu. De esta manera, inevitablemente, la lista de entradas creció, generando grandes vacíos para el chi- paya, puesto que el investigador ya no tuvo más acceso a

esta variedad. Con el iruhitu le fue bastante mejor, pues las condiciones de recojo del material respectivo fueron menos apremiantes. Como resultado de ello, el vocabulario iruhitu presenta una cobertura relativamente más amplia y variada que la del chipaya, cosa que se advierte con más claridad en campos semánticos relativos a la cultura local. En cuanto a la estructura interna de las entradas listadas por el autor, cabe señalar que, salvo ligeras rupturas o interrupciones, ellas han sido ordenadas en tres grandes bloques que, grosso modo, corresponden a tres categorías léxicas: nombres (1-369), adjetivos y adverbios (370-473) y verbos (474-735).

Pues bien, en la presente comunicación nos detendremos únicamente en el examen del vocabulario chipaya, dejando para otra oportunidad el correspondiente al del iruhitu, así como el estudio comparativo de ambas listas. Dicho escrutinio se hará a la luz del material léxico y gramatical chipaya que hemos podido recoger en los últimos cinco años, y que se encuentra en su fase final de elaboración (cf. Cerrón-Palomino y Ballón Aguirre 2008), como parte del «Proyecto Chipaya», que venimos conduciendo⁵. A diferencia de lo que ocurre con los materiales de las otras dos variedades de uro registradas —el ch'imu y el iruhitu—, para cuyo examen no contamos con un elemento de «control» semejante, en vista de la extinción de la primera y de la situación terminal por la que atraviesa la segunda, salta a la vista la situación privilegiada del chipaya, cuyo léxico puede ser examinado y comparado, tras un centenar de años transcurridos desde su acopio, con el material moderno que lo sobrevive. En tal sentido, la evaluación propuesta nos permitirá intentar la «restitución» adecuada del material (cf. Constenla 2001), de modo de servirnos de su carácter ostensible de «fuente», por modesto que sea, para, ulteriormente, abordar el estudio diacrónico de la familia lingüística en su conjunto⁶.

EXAMEN DEL VOCABULARIO

Tal como se adelantó, el material chipaya del VUV está contenido en una lista de 407 entradas. De ellas, por lo menos 9 son de difícil identificación, ya que no nos ha sido posible relacionarlas, formal o semánticamente, con el léxico disponible actualmente (cf. Cerrón-Palomino y Ballón Aguirre, *op. cit.*). De otro lado, gracias a este mismo léxico, podemos asegurar que el corpus omite por lo menos 251 entradas (o sea el 34,14% del total), que, en condiciones óptimas de trabajo, pudieron haber sido cubiertas. No de otro modo nos explicamos que en la lista estén ausentes palabras de uso corriente y no necesariamente rebuscadas o propias de la cultura local. Pero, además, podemos detectar por lo menos 34 entradas que responden a significados distintos de los

solicitados (= falsos heterónimos), con lo cual el número de vacíos se incrementa a 289, o sea el 38,76% del total de la lista léxica. No hay duda de que esto último puede explicarse como resultado de las circunstancias nada favorables, en términos de tiempo y de acceso a informantes, en que se recogieron los datos y, de manera no menos importante, como producto de las inevitables interferencias en el circuito comunicativo entre el investigador y el informante, mediado por el traductor aimara.

Pues bien, una vez caracterizado en líneas generales el material léxico chipaya del VUV, en las secciones siguientes procederemos con su examen interno teniendo en cuenta tanto su registro formal, es decir la notación con la que fue registrado, como la glosa a la que responde, o sea la definición heteronímica de la entrada proporcionada por el investigador.

CUESTIONES DE NOTACIÓN

El VUV va precedido de una tabla general de símbolos vocálicos, con ejemplos de realización ilustrativos del alemán, del inglés y del francés, de la cual, a juzgar por su aplicación, se sirvió muy poco, a excepción de algunos diacríticos, como de los que se valió para representar la cantidad de las vocales. No disponemos de lo mismo, sin embargo, para las consonantes, lo cual es ciertamente lamentable. Con todo, no parece aventurado sostener que la notación fonética empleada por Uhle hubiera sido diseñada por él mismo, y ello explicaría también el que su aplicación a lo largo de la lista fuera relativamente coherente y sistemática. En general podemos decir que la suya es una notación más bien «cerrada» antes que libre, con una fuerte propensión a la hiperdiferenciación fonética, lo cual, en estos casos, como veremos, resulta una ventaja antes que un defecto⁷. Dicho todo esto, sin embargo, al margen de los problemas de percepción fónica y articulatoria de los que naturalmente no pudo librarse el ilustre investigador, máxime en las condiciones nada favorables en las que extrajo el material.

En las secciones siguientes ofreceremos un análisis grafémico del corpus chipaya de Uhle, buscando interpretar la fonología que subyace en él, a la luz del conocimiento del que disponemos ahora de la lengua (Cerrón-Palomino 2006, cap. 2). Primeramente nos ocuparemos de las consonantes y luego de las vocales, con la advertencia de que, en ambos casos, nos detendremos especialmente en los aspectos particularmente novedosos, si no privativos, del sistema fonológico de una lengua registrada, además, desde la perspectiva de una experiencia idiomática propia de Occidente, como la de nuestro investigador. Se asume, entonces, que allí donde hubiera coincidencias en los sistemas fonológicos implícitamente comparados, aunque ellas fueran solo superficiales, era de

⁵ El mencionado proyecto, conducido por el autor, se inició en agosto de 2001, contando con el apoyo financiero del «Spinoza Program» (Nijmegen, Holanda), en una primera etapa, y del «Max Planck Institut» (Leipzig, Alemania), en una segunda instancia.

⁶ Véase, ahora, nuestro estudio inicial sobre la reconstrucción de la fonología del proto-uro (Cerrón-Palomino 2007).

⁷ Para las convenciones de notación en boga en Europa, por la época en que Uhle y otros investigadores se interesan por el estudio del uro, ver ahora la discusión de Hanns (2008: cap. 2, § 2.1) y las referencias mencionadas allí.

esperarse que no surgieran dificultades en la notación, como que en efecto acontece.

CONSONANTISMO

Seguidamente pasaremos a examinar el consonantismo chipaya, a partir del análisis fonológico contemporáneo de la lengua, poniendo especial énfasis en la notación de los segmentos que la caracterizan de manera exclusiva. Téngase en cuenta que las formas modernas del chipaya con las que se contrastan los registros del autor (que aparecen entre corchetes angulados⁸), van escritas siguiendo el alfabeto práctico diseñado para la lengua (cf. Cerrón-Palomino, *op. cit.*, cap. 2, § 5).

OCLUSIVAS SIMPLES

En general, con la excepción del tratamiento de la postvelar /q/, el único detalle a tomarse en cuenta en la notación de Uhle es la interpretación de /p, t, k/ como si fueran segmentos sonoros /b, d, g/, respectivamente. Se trata sin duda alguna de una falsa percepción, ya que no solo los segmentos interrumpidos de la lengua no hacen uso del rasgo de sonoridad, sino que los casos en los que el investigador cree percibirlos son contadísimos. En efecto, los ejemplos que ofrecemos agotan la lista respectiva (los dígitos que encabezan los ejemplos, aquí y en adelante, corresponden a la numeración introducida por nosotros en el material del VUV):

(60) <atbǔlu>	at-pulu	'labio'
(23) <andǎl ~ andǎlá>	antala	'hija (fam.)'
(308) <dánda>	tanta	'cobija'
(227) <gěsi>	kezi	'chicha'
(683) <yǎgáča ~ yǎgšínáča>	yak-z	'estirar'

Observemos, fuera de ello, dos cosas más en relación con el segmento velar: su espirantización variable, por un lado, y su interpretación ultracorrecta a favor de la postvelar (el fenómeno inverso del que acabamos de mencionar), por el otro, según se comprueba en los siguientes ejemplos:

(713) <čakšnáča ~ čajnáča>	chaku-z	'cerrar la puerta'
(216) <qǐla>	kula	'quinua'
(692) <gǒnáča>	kon-z	'matar'

En cuanto a /q/, consonante inusitada en los idiomas europeos, pero distintiva del quechua y del aimara, no es de extrañarse que su percepción suscitara problemas de identificación. En el caso del chipaya, además, hay que tener presente que la distancia que separa el punto velar y el postvelar es en realidad más corta que la que existe

entre sus similares del quechumara. En tal sentido, como lo hemos observado en otro lugar, la propensión hacia su confusión es algo de la que nadie escapa, ni siquiera los propios chipayas, según lo prueban algunos de los préstamos aimaras (cf. Cerrón-Palomino, *op. cit.*, cap. 2, § 1.1.1.4). Con todo, hay que resaltar que, si bien Uhle la confunde con /k/ (una docena de veces), siempre da cuenta de ella, aunque sea de manera indirecta (ver vocales largas), cosa que puede verificarse gracias al contraste del léxico en el que aparece con su correspondiente del chipaya moderno. En general, encontramos la siguiente situación (con algunos ejemplos ilustrativos):

(a) se la identifica como tal:

(383) <čǔqa>	trhoqa	'grueso'
(409) <qǒsni>	quzñi	'sano'
(690) <qesača>	qich-z	'luchar'

(b) se la interpreta como una postvelar sonora (con notación variable <g> ~ <ǵ>):

(102) <gǒme ~ kǒme>	qumi	'muslo'
(116) <gǎj> 'lágrima'	qay-z	'llorar'
(218) <gěsa ~ gǐsa>	qiza	'papa'
(350) <ǵaru>	qaru	'soga de paja'
(714) <gǎuǎnáča>	qawan-z	'hilar'

(c) se la percibe como una velar glotal /k'/:

(118) <sk'ǒni>	zhqǒni	'excremento'
(129) <sk'ǐra> 'herida'	zqira	'sarna'
(203) <sk'ǒra>	sqora	'liendres'

(d) se la interpreta también como una velar que induce alargamiento vocálico:

(56) <skěsi> 'parpados'	zqizi	'piel'
(291) <skála> 'campo'	zqala	'sementera'
(303) <škěti>	zhqeti	'humo'
(530) <kǎuača>	qaw-z	'llorar'
(719) <mǒkáča>	muq-z	'atar'

(e) las más de las veces se la hipodiferencia a favor de /k/:

(62) <iski>	izhqi	'diente'
(70) <enke>	inqi	'papada'
(152) <kěti>	qiti	'zorro'

⁸ En general, salvo algunos casos excepcionales (como cuando esporádicamente se recurre al empleo superpuesto, sobre una misma vocal, de diacríticos de cantidad larga y breve más acento, en ese orden, así como cuando se ligan aparentes diptongos), hemos procurado reproducir lo más fielmente posible la notación del autor. Ver, a este respecto, la reproducción de una de las páginas del VUV ofrecida.

(189) <skōra>	zqora	‘serpiente’	(360) <pūkĵna>	phuk-z-na	‘soplador’
(266) <kūtĵni>	qutĵni	‘calor’	(239) <tūĵni>	thuĵni	‘sol’
(f) ocasionalmente, en fin, se la registra como una fricativa postvelar ⁹ :			(627) <tōñáča>	thon-z	‘venir’
(384) <sjúsa>	sqoos(a)	‘delgado’	(687) <tākušnáča>	thaqu-z	‘agregar’
(549) <ĵsnúča>	iqs-n-u-tra	‘temo’	(305) <kūp>	khup	‘ceniza’
(725) <čojšnáča>	chhoq-z	‘esconder’	(d) desde el punto de vista de su notación, por lo menos en tres casos, la alveolar aspirada es representada como <tj>, ilustrándonos de refilón (ver 490) el fenómeno de la preaspiración (cf. Cerrón-Palomino, <i>op. cit.</i> , cap. 2, § 1.1.2.1):		

OCLUSIVAS ASPIRADAS

En general, exceptuada la /q^h/, se presentan tres situaciones: (a) no se las advierte (salvo casos aislados de la aspirada alveolar), confundiéndose las con sus contrapartes simples; (b) en el caso de la bilabial y de la alveolar, se las interpreta como glotalizadas; y (c) se las percibe como un alargamiento vocálico. Veamos cada caso por separado.

• En cuanto a /p^h, t^h, k^h/ se advierte lo siguiente:

(a) se interpretan como simples:

(117) <pállni>	phalĵni	‘sudor’
(274) <pilā>	phila	‘arena’
(337) <pūkĵna>	phuk-z-na	‘tapa de olla’
(132) <tāĵja>	thaji	‘sueño’
(263) <tāmi>	thami	‘viento’
(479) <taksuča>	theku-z	‘salir el sol’
(68) <kunni>	khuĵni	‘oreja’
(76) <kúts>	khuts(a)	‘codo’
(122) <lākĵs>	laa khi-z	‘enfermar(se)’
(716) <ĉkuča>	khoch-z	‘coser’

(b) se las percibe como glotalizadas, y en el caso de la alveolar, con inducción de alargamiento vocálico:

(214) <p’ĵt>	phit	‘paja’
(273) <p’ĉta>	pheta	‘hueco’
(110) <t’ĉks>	thek-z	‘planta del pie’
(289) <wát’a>	watha	‘pueblo’
(543) <t’ĉšnáča>	thew-z	‘esperar’
(181) <t’úra>	thura	‘nido’

(c) frecuentemente se las siente como oclusivas simples que provocan alargamiento vocálico:

(556) <tĵásúča>	thaz-z	‘reír’
(657) <tĵoñšáča>	thoñ-z	‘frotar’
(490) <wajtsikayača>	wath-z	‘despertar’

(e) en una sola instancia, en fin, la velar aspirada es percibida como una postvelar:

(734) <qĉtsná ča>	kheth-z	‘abrir’
-------------------	---------	---------

• La postvelar /q^h/, a su turno, es objeto del siguiente tratamiento:

(a) no se la advierte como tal:

(293) <qóya>	qhuya	‘casa’
(398) <qúni>	qhuĵni	‘seco’
(698) <qölača>	qhol-z	‘quebrar’

(b) como era de esperarse, se la confunde con la velar simple /k/, a veces con un efecto de alargamiento sobre la vocal contigua:

(95) <kiski>	qhizqi	‘pene’
(106) <kúča>	cocha	‘pie’
(260) <kátĵni>	qhatĵni	‘nieve’
(623) <ökača>	oqh-z	‘ir’
(488) <pākúča>	paqh-z	‘crecer’
(531) <kāuškáča>	qhaw-z	‘llamar’

(c) como en el caso de la alveolar, aquí también encontramos un ejemplo de preaspiración:

(374) <pájki>	paqhi	‘grande’
---------------	-------	----------

OCLUSIVAS GLOTALIZADAS

En general, las consonantes glotalizadas apenas son percibidas por Uhle, y, según se pudo apreciar, a menudo las confunde con las aspiradas. En todo el corpus

⁹ Lo cual, por lo menos en el contexto de final de sílaba, puede achacarse a una influencia aimara en los hábitos articulatorios del informante.

solo hemos encontrado un caso de /t'/ y otro de /q'/, tal como se puede apreciar en:

(706) <t'ajnáča>	t'aj-z	'mezclar'
(405) <másk'a>	mazq'a	'dulce'

AFRICADAS SIMPLES

En líneas generales se llegan a consignar las tres africadas de la lengua, es decir /ts, č, č/, aunque fácilmente se confundan entre sí las dos últimas, igualándose en /č/. En lo que sigue, pasaremos a ilustrar el tratamiento de la primera y la última de ellas, ya que la palatal africada, por ser la más familiar, no requiere de mayores comentarios.

• La alveolar /ts/ es registrada sin dificultad, y la podemos apreciar en los siguientes ejemplos, que agotan la lista:

(18) <tsün> 'suegro'	tsuñ	'cuñado'
(115) <tspklá>	zpekla	'cerebro'
(316) <tsāi>	tsayi	'faja'
(393) <tsískü>	tsit-z	'estar de pie'
(447) <tsúk> ~ <tsók>	tsok	'negro'
(457) <tsáyaku>	tseeku	'arriba'
(562) <tsātáča>	tsat-z	'bailar'
(636) <ítsúča> 'palpar'	its-z	'tocar música'

• La palatal retrofleja /č/, a su turno, es percibida como una africada simple sonora, y, consiguientemente, se la representa como <dʒ> (o simplemente como <ɟ>), aunque en verdad ella aparece de manera inambigua solo en los siguientes casos:

(33) <tándʒa>	tan-tra	'él pesca'
(34) <túidʒa>	tuy-tra	'él vende'
(162) <una ladʒa>	(—) lay-tra	'vuela'
(177) <wisláđʒa>	wezhla-tra	'(es) un ave'
(208) <sěhūārādʒ>	zep'a-ra-tra	'(son) raíces'
(253) <küitīs laidʒa>	kuyti zh-lay-tra	'el cohete salta'
(410) <láđʒa>	laa-tra	'está enfermo'
(625) <laidʒa>	lay-tra	'vuela'

Como podrá apreciarse, a través de la glosa, en todos los casos vistos la <dʒ> aparece como parte del morfema declarativo *-tra* (es decir [-ča]), que incluso puede apocopar (cf. 208), tal como ocurre actualmente. Reparemos, sin embargo, que no hemos encontrado un solo ejemplo de raíz que la conlleve (ver, no obstante, <ɟajjúča> 'asquearse'), con ser un segmento de regular frecuencia. Pudimos detectar, en cambio, dos casos de ultracorrección, en los que la africada no retrofleja es identificada como retrofleja, según puede verse en:

(47) <ăđʒa>	acha	'cabeza'
(169) <dʒōma>	choma	'lana'

Por lo demás, fuera de los ejemplos vistos, la africada del morfema declarativo sufre hipodiferenciación a favor de su correlato no retroflejo, es decir corre la misma suerte que en los lexemas que la portan. Tal se puede ver en los siguientes ejemplos:

(244) <tūñi tekskúiča>	thuñi thek-zhki-tra	'el este'
(507) <čērúča>	cher-u-tra	'yo veo'
(531) <kāuškáča>	qhaw-zhki-a-tra	'yo llamaré'
(594) <čojčinča>	traju-chi-n-tra	'yo me enojé'

AFRICADAS ASPIRADAS

En general Uhle no percibe la modificación de aspiración, y, al igual que en el caso de las oclusivas, o se la pasa por alto, o a lo sumo se la interpreta como un alargamiento vocálico. Aquí también téngase en cuenta que la retrofleja es interpretada como no retrofleja. Los bloques de ejemplos ofrecidos ilustran, respectivamente, los casos señalados:

(a) (255) <tsíri>	tshiri	'nube'
(474) <tsírīča>	tshiri-z	'anublarse'
(b) (112) <čšwi>	chhizwi	'carne'
(210) <čájpi>	chhajpi	'corteza'
(385) <čípi>	chhipi	'lleno'
(661) <čunanča>	chhonan-z	'podrirse'
(725) <čojšnáča>	chhoj-z	'esconder'
(c) (55) <čúke>	trhuki	'ojo'
(383) <čúqqa>	trhoqa	'grueso'
(688) <čipáča>	trhip-z	'esquilar'
(133) <čúsa>	trhuw-z	'soñar'
(320) <čātā>	trhata	'sandalia'
(497) <čērišékča>	trheri-zh eek-z	'tener hambre'

Por lo demás, encontramos dos instancias interesantes que no hacen sino ilustrarnos la inseguridad en la notación de los mismos. Por un lado, divisamos la entrada (41) <čundʒits quya> 'jefe de casa', es decir *chhuñ chhit-z qhuya* (lit. 'conducir bien la casa'), en la que se pasa por alto el carácter aspirado de la primera africada, pero al mismo tiempo se interpreta la segunda africada, por ultracorrección, como si fuera una retrofleja. De otro lado, notemos que la entrada (540) <ɟajjúča> 'odiar', es decir *trhaju-z*, es la única en la que encontramos un lexema que porta la africada <ɟ>, aunque desprovista de aspiración.

AFRICADAS GLOTALIZADAS

Por lo regular, estos segmentos son pasados por alto, y en todo el material, fuera de que no encontramos un solo caso de /ts'/, apenas se consignan ejemplos que conlleven las otras dos africadas, aunque previa igualación de la retrofleja con su contraparte no retrofleja:

(527) <čujč̣a>	ch'uju-z	'callarse'
(183) <č'is>	ch'iz	'pez'
(107) <č'ėka>	tr'eka	'talón'
(113) <ljok č'iu>	ljok tr'iwu	'vena'

LABIALIZADAS

No han escapado a la atención del autor las labializadas del chipaya, que a menudo las representa con la consonante de base seguida de <ŷ>, como puede verse en los siguientes ejemplos:

(44) <tjũani>	thanñi	'ladrón'
(69) <gũasi>	qwazi ~ qwaz	'cuello'
(283) <qũas>	qhwarz ~ qhaz	'agua'
(322) <kũėls>	kelz	'bolsa'
(366) <skũari>	zqwari	'v. de planta'
(392) <skũara>	zhqara	'izquierda'
(537) <peũksnáča>	peku-z	'preguntar'
(646) <tjũániča>	thañ-z	'robar'
(137) <juála>	jwala	'llama'
(478) <q'ajũinča>	qhaju-z	'tronar'

Notemos, de paso, que en (537) se registra, en verdad, la forma fonética de la consonante velar, con prelabialización automática (cf. Cerrón-Palomino, *op. cit.*, cap. 3, § 2.1.6). Sobre los casos de delabialización que presenta el material volveremos más adelante.

FRICATIVAS

En este punto nos referiremos tanto a las fricativas sibilantes como a las no sibilantes. Al igual que en el caso de las africadas, conforme se verá, el tratamiento de las sibilantes ha sido más bien errático, aunque sin dejar de advertirlas.

• Sibilantes. Fuera de la alveolar /s/, cuyo registro no ofrece dificultades, Uhle consigna no solo la /s'/ apical, que sin embargo es confundida las más de las veces con la alveolar, sino también la /š/ retrofleja, que a su vez es igualada con las otras dos. Nótese que en este caso no hemos advertido fenómenos de ultracorrección. Dejando de lado /s/, en lo que sigue nos ocuparemos solo de las otras dos sibilantes.

• La sibilante apical es objeto del siguiente tratamiento: (a) aparece registrada con <š> y por lo menos en una

ocasión con <ss>; (b) se la percibe como retrofleja, notándola con <ṣ̌> o <ṣ̌>; y (c), en los demás casos, se la confunde con la alveolar. Seguidamente ofrecemos los grupos de ejemplos respectivos, en los que los del primero agotan el corpus:

(a) (87) <tũssi>	tuzi	'corazón'
(463) <luš>	luz-z	'entrar'
(466) <sėško>	zezku	'ayer'
(537) <peũksnáča>	peku-z-na-	'preguntar'
(590) <kājšnáča>	qaj-z-na-	'prestarse'
(610) <hulšnáča>	hul-z-na-	'sentarse'
(687) <tākũšnáča>	thaqu-z-na-	'agregar'
(725) <čojšnáča>	chhoj-z-na-	'esconder'
(734) <qėtšnáča>	khēt-z-na-	'destapar'
(b) (337) <pũkšna>	phuk-z-na	'tapa'
(360) <pũkšna>	phuj-z-na	'soplador'
(325) <skũkšna>	zhkut-z-n-a	'ata!
(c) (7) <ũsa>	uza	'niño'
(21) <wási>	wazi	'nuera'
(56) <skėsi> 'párpado'	zqizi	'piel'
(57) <ősa>	oza	'nariz'
(61) <lás>	laz	'lengua'
(67) <šíp>	zipz	'barba'
(85) <pīs>	piz	'pezón'
(112) <č'iswi>	chhizwi	'carne'
(148) <ũsa>	uuz	'cordero'
(180) <kũrs>	kurz	'rabo'
(249) <sėsi>	zezi	'tarde'
(418) <sūra>	zura	'ciego'

• La sibilante retrofleja /š/ es consignada de la siguiente manera: (a) se la registra con <ṣ̌>, alternándola con <š>; y (b) se la confunde con la alveolar. Los ejemplos ofrecidos ilustran ambas situaciones:

(a) (30) <ṣ̌ėua ~ ṣ̌ėua>	zhewa	'viudo'
(153) <wėṣ̌la>	wezhla	'ave'
(211) <ṣ̌ũp>	zhup	'leña'
(134) <ṣ̌áta>	zheti	'vida'
(303) <ṣ̌kėti>	zhqeti	'humo'
(391) <ṣ̌iua>	zhewa	'derecha'
(483) <ṣ̌atáča>	zhet-z	'vivir'
(b) (1) <sőni>	zhoñi	'hombre'
(25) <ṣ̌ajmis>	ajmuzh	'suegro'
(62) <iški>	izhqi	'diente'

(118) <sk'oñi>	zhqoñi	'excremento'	(68) <kunni>	khuñi	'oreja'
(449) <kaskin>	azhqin	'lejos'	(73) <nīni>	ñiñi	'hombro'
(450) <skáčin>	zhqati	'cerca'	(82) <isni>	isñi	'uña'
(612) <sășnača>	zhaa-z	'ponerse de pie'	(90) <tōni>	toñi	'ombligo'

NO SIBILANTES

Uhle distingue la aspirada /h/, representada por <h>, de la postvelar /χ/, anotada con <j> (y esporádicamente con la jota doblada); y, entre las labializadas, consigna igualmente la /χ^w/. La primera aparece únicamente en posición inicial absoluta, mientras que la segunda no tiene tal restricción; la labializada, a su turno, apenas es registrada una sola vez. Los ejemplos suministrados ilustran la situación descrita.

/h/

(219) <hāru gēsa>	haru qiza	'papa amarga'
(240) <hīs>	hiiz	'luna'
(290) <hīks>	hikz	'camino'
(609) <hějskáča>	heej-zhki-a-tra	'descansaré'
(610) <húlšnáča>	hul-z-na-	'sentarse'

/χ/

(72) <jōra>	jora	'garganta'
(83) <tāj>	taj	'espalda'
(91) <pājts>	phajs	'hígado'
(125) <jāūr>	jawi	'diarrea'
(132) <tājja>	thaji	'sueño'
(158) <tūjārāka>	tojaraka	'ganso andino'
(257) <čījñi>	chijñi	'lluvia'
(285) <jōči>	joochi	'estanque'
(301) <tūj>	uj	'fuego'
(306) <tājjs(i)>	thajs	'cama'
(585) <pājāča>	paj-z	'conocer'
(706) <t'ajsnāča>	t'aj-z	'mezclar'

/χ^w/

(137) <juāla>	jwala	'llama'
---------------	-------	---------

NASALES

En general, como era de esperarse, no hay problemas con la identificación de las nasales /m, n/. En relación con la palatal /ñ/, de bajo rendimiento funcional en la lengua, aparte de ser registrada en dos entradas de difícil identificación (66 <skāña> y 657 <tjoñsača>), es de notarse que las voces que Uhle transcribe con /n/ portan /ñ/ en sus versiones modernas. Fuera de ello, se consignan dos casos con /ñ/ donde se esperaría una alveolar. Sobre estos problemas volveremos más adelante. Los ejemplos ofrecidos ilustran la situación:

(68) <kunni>	khuñi	'oreja'
(73) <nīni>	ñiñi	'hombro'
(82) <isni>	isñi	'uña'
(90) <tōni>	toñi	'ombligo'
(117) <pállni>	phalñi	'sudor'
(257) <čījñi>	chijñi	'lluvia'
(260) <kátñi>	qhatñi	'nieve'
(327) <kúñni>	kosñi	'peine'
(398) <qúñni>	qhuñi	'seco'
(409) <qóñni>	quzñi	'sano'
(627) <tōñāča>	thon-z	'venir'
(695) <jāuñāča>	jawun-z	'moler'

LATERALES

Uhle distingue tres segmentos laterales, a saber: la alveolar /l/, la palatal /ɭ/ y la velar /ʎ/. Dejando de lado la alveolar, cuya notación no suscita dificultades, y la palatal, cuyo rendimiento funcional es bajísimo (encontramos solo cinco entradas: 92, 117, 213, 503 y 593, de las cuales la segunda es pura realización fonética), interesa destacar el distinguo, si bien vacilante, de la lateral velar. Al respecto, encontramos tres situaciones, registrándosela:

como <lj>

(113) <ljok č'iu>	ljok tr'iwu	'vena'
(445) <ljók>	ljok	'rojo'

como si fuera una labiovelar <ju>

(74) <juá ^h ks>	ljakz(a)	'sobaco'
----------------------------	----------	----------

como si fuera una fricativa postvelar:

(5) <játa>	ljata	'hembra'
(276) <hóki>	ljoki	'barroso'
(366) <jómē>	ljomi	'v. de planta'

SEMIVOCALES

Uhle registra sin mayores complicaciones las dos semivocales /w/ y /y/ del chipaya, aunque transcribiéndolas en forma vacilante. Veamos ambos segmentos por separado.

- En relación con /w/ la lista presenta la siguiente notación: (a) en inicial absoluta siempre se la registra con <w>; (b) en inicial de sílaba intermedia su representación varía entre <w> y <u>; (c) se la elide con alargamiento como compensación; y (d), en los demás contextos, se da como <u>. Los grupos de ejemplos ofrecidos ilustran la situación encontrada:

(a) (21) <wási>	wazi	'nuera'
(64) <wánke>	wanqi	'molar'

(100) <w'iri>	wiri	'trasero'
(153) <we'jla>	wezhla	'pájaro'
(251) <we'ana>	weena	'noche'
(468) <wensin>	weenzi	'mañana'
(715) <wátáča>	wat-z	'tejer'
(731) <wáčača>	watr-z	'hallar'
(b) (8) <tōa>	thowa	'joven'
(30) <ǰé'ua ~ šé'ua>	zhewa	'viudo'
(51) <č'íwi čāra>	chiwi chara	'cana'
(103) <ōua ~ oa>	owa	'rodilla'
(112) <č'iswi>	chhizwi	'carne'
(140) <kětũána>	ketwana	'conejo'
(149) <čái'wa>	chaywa	'avestruz'
(243) <čā'kua>	chakwa	'venus'
(399) <a'ũi>	ajwi	'húmedo'
(530) <kā'wača>	qaw-z	'llorar'
(714) <gā'uanāča>	qawan-z	'hilar'
(c) (133) <č'ūsā>	trhuw-z	'sueño'
(281) <skō>	zqowa	'salitre'
(d) (63) <k'iu>	kiwu	'canino'
(113) <ljok č'iu>	ljok tr'iwu	'vena'
(269) <š'ūs>	ziwz	'sombra'
(439) <č'iu>	chiwi	'blanco'

• La yod aparece registrada de tres modos: (a) se la representa con <y> en inicial absoluta y en posición intervocálica; (b) en final de sílaba se da como <i>; y (c) se la elide antes y después de /i/. Los bloques de ejemplos ofrecidos ilustran la situación descrita:

(a) (52) <yuk>	yuk(i)	'rostro'
(54) <áya>	aya	'frente'
(453) <y'ũki>	yuk-kiz	'delantero'
(587) <māyača>	may-z	'pedir'
(591) <qā'y'ũča ~ qāyača>	qay-z	'comprar'
(593) <t'ũyača>	tuy-z	'vender'
(683) <yā'gāča>	yak-z	'pesar'
(b) (34) <t'ũid'ja>	tuy-tra	'vende'
(149) <čái'wa>	chaywa	'perdiz'
(625) <laid'ja>	lay-tra	'vuela'
(c) (316) <tsāi>	tsayi	'faja'
(525) <č'iča>	chiy-z	'hablar'

VOCALES

En general, no hay problemas con el registro de las vocales de la lengua, que distingue cinco timbres cardinales, los que a su vez se oponen por su duración relativa. En cuanto a las breves, se advierte cierta vacilación en el distinguo entre vocales altas y medias, y ello ocurre en dos contextos específicos: en posición final absoluta y en contacto con una postvelar. Obviamente estamos ante un problema superficial, sin mayores consecuencias para la identificación de las vocales involucradas. De manera más interesante, hay que destacar que Uhle no deja de percibir las vocales largas del chipaya, aunque con frecuencia es víctima de cierta dosis de hiperdiferenciación (= falso alargamiento), conforme se verá. Finalmente, un detalle no menos importante es el registro, si bien de manera indirecta, de vocales sordas, fenómeno llamativo, aunque puramente fonético, de la lengua. Todo ello fue posible, a no dudarlo, gracias a la acuciosidad con que el investigador consignó el material léxico. En lo que sigue nos ocuparemos de los casos mencionados.

CUESTIONES DE TIMBRE

Como se adelantó, Uhle registra a veces vocales medias en lugar de sus correspondientes altas; lo contrario, sin embargo, acontece rara vez. Los ejemplos ofrecidos ilustran el fenómeno:

(56) <ské'si>	zqizi	'piel'
(102) <gōme ~ kōme>	qumi	'muslo'
(152) <kēti>	qiti	'zorro'
(366) <jōme>	ljomi	'v. de pasto'
(218) <gē'sa ~ gī'sa>	qiza	'papa'
(193) <skō'qā>	zquqa	'renacuajo'
(206) <kālō>	qalu	'totora'
(317) <tālō>	talu	'mantilla'
(384) <sjū'sa>	sqos(a)	'delgado'

VOCALES LARGAS

Dejando de lado los casos de hipercorrección en que incurrir el investigador, los siguientes ejemplos ilustran, de manera exhaustiva, el acierto en el registro de vocales largas¹⁰.

(22) <mā>	maa	'madre'
(122) <lāk'is>	laa-khi-z	'enfermarse'
(148) <ūsā>	uuzā	'cordero'
(240) <hīs>	hiiz	'luna'
(258) <kūmārē>	kumaari	'arcoiris'
(278) <pās>	paaz	'dinero'

¹⁰ Incluso encontramos el par mínimo (7) <ūsā> 'niño' versus (148) <ūsā> 'cordero', o sea *uza* frente a *uuzā*; sin embargo, el par (360) <pūk'jna> 'tapa' versus (337) <pūk'jna> 'soplador', es decir *phuk-z-na* frente a *phuj-z-na* no lo es.

(339) <lūs>	luuz	‘plato’	(193) <skōqã>	zquqa	‘renacuajo’
(497) <čeriš ěkča>	trheri eek-z	‘tener hambre’	(203) <sk’ōra>	zqora	‘liendres’
(519) <lāča>	laa-tra	‘está enfermo’	(291) <skāla>	zqala	‘sembrió’
(588) <tāča>	taa-z	‘dar’	(384) <sjūsa>	sqoos(a)	‘delgado’
(691) <pōtača>	poot-z	‘quebrar’	(464) <jāpa>	-japa	‘para’

FALSO ALARGAMIENTO

Como se adelantó, abundan los casos que presentan lo que podríamos llamar falso alargamiento, en la medida en que su consignación no responde a la realidad, por lo menos actual, de la lengua (hemos contabilizado hasta 68 casos). Estamos aquí, sin duda, ante un claro ejemplo de notación ultracorrecta. Por lo demás, en otros casos, como ya se mencionó (ver, por ejemplo, el tratamiento de las vocales largas), la marca de alargamiento parece obedecer a cierto efecto compensatorio que el investigador cree percibir, como una especie de secuela del carácter postvelar o de la naturaleza laringal del segmento que precede a la vocal. Los bloques de ejemplos ofrecidos ilustran la situación descrita.

(a) (30) <ǰ ēūa~šēūa>	zhewa	‘viudo’
(50) <čāra>	chara	‘pelo’
(57) <ōsa>	oza	‘nariz’
(59) <āta>	ata	‘boca’
(67) <sīp>	zipz	‘barba’
(73) <nīni>	ñiñi	‘hombro’
(86) <pāki>	paki	‘costilla’
(100) <wīri>	wiri	‘trасero’
(138) <ōka>	oka	‘vicuña’
(169) <dǰōma>	choma	‘lana’
(202) <sāmi>	sami	‘piojo’
(231) <tāpa>	tapa	‘aji’
(317) <tālō>	talū	‘mantilla’
(418) <sūra>	zura	‘ciego’
(422) <ōñi>	oñi	‘sordo’
(624) <sātača>	zat-z	‘correr’
(b) (56) <skēsi>	zqizi	‘pellejo’
(72) <jōra>	jora	‘garganta’
(102) <gōme ~ kōme>	qumi	‘muslo’
(152) <kēti>	qiti	‘zorro’
(189) <skōra>	zqora	‘serpiente’
(192) <skāra>	zkara	‘sapo’

VOCALES SORDAS

Según se mencionó, gracias a su notación cerrada, Uhle dejó constancia inequívoca del registro fonético de vocales sordas en el chipaya, aunque ello ocurriera solo en contados lexemas (y contextos precisos). Hemos encontrado cinco casos que ilustran esta particularidad saltante de la lengua:

(49) <ts ⁰ pe>	tsij	‘hueso’
(115) <tspklá>	zpheqla	‘cerebro’
(513) <ksinča>	kesin-z	‘escocer’
(654) <sp ^h tāča>	sphit-z	‘lavar’
(671) <sqūča>	soq-z	‘cocer’

CUESTIONES DE GLOSADO

En rigor, el corpus contenido en el VUV, particularmente el correspondiente al chipaya, no constituye —quizás contrariamente a las intenciones de su recopilador— una lista de entradas puramente léxicas. En efecto, si bien la mayor parte del material está formada por raíces o temas propios del vocabulario de la lengua, hay un buen número de entradas (algo más de cuarenta) que constituyen verdaderos enunciados, y no únicamente radicales, y que sin embargo son consignadas como si fueran formas léxicas simples¹¹. De otro lado, tal como se adelantó, la lista se resiente de entradas que no han sido glosadas correctamente (hemos advertido una cincuentena de ellas). Todo esto se explica, sin duda, como resultado de la ausencia de una lengua común entre el entrevistador y el entrevistado a la hora de elicitar los datos. En el tránsito comunicativo de ida, del castellano (= lengua empleada por el compilador) al aimara (= lengua del intermediario), y de éste a la del informante chipaya (bilingüe chipaya-aimara); y de retorno, del chipaya al aimara por cuenta doble (por el informante y el intérprete), para pasar luego al castellano, cerrando el circuito lingüístico de la entrevista, era inescapable que surgieran problemas como los mencionados. Si a ello le agregamos el factor igualmente inevitable del nivel mínimo de objetivación reflectora que supone toda elicitación

¹¹ Obviamente, una vez más, no hace falta insistir en que las inexactitudes mencionadas difícilmente habrían podido ser detectadas si no fuera por el conocimiento que se tiene de la gramática y el vocabulario chipaya modernos.

por parte del informante, entonces podemos entender los entrampos de orden semántico de los que no pudo librarse el investigador. En las secciones siguientes nos ocuparemos de estos aspectos, haciendo la salvedad de que algunas de las observaciones formuladas, pueden no ser acertadas debido a nuestros propios errores de traducción de las glosas alemanas proporcionadas en el texto. Teniendo en cuenta lo señalado, los problemas mencionados pueden ser agrupados en dos categorías: (a) falsos lexemas, y (b) falsa heteronimia.

FALSOS LEXEMAS

Dentro de esta categoría, que comprende entradas que ostentan una estructura interna compleja, identificamos: (a) expresiones vagas e imprecisas, (b) enunciados en general, (c) formas verbales conjugadas en tercera y primera persona; y (d) otras expresiones verbales.

● Entre las expresiones de naturaleza incierta o confusa, por no decir errática, tenemos las siguientes:

(162) <una láidja>	‘ala’	(—) lay-tra	‘vuela’
(177) <wisládjja>	‘cresta’	wezhla- tra	‘(es) un ave’
(370) <táké máně>	‘color’	taqi-mana	‘de todo’
(253) <küütis láidja>	‘trueno’	kuyti zh-lay-tra	‘el cohete salta’

● Enunciados generales, tomados como si fueran lexemas, son las siguientes entradas:

(127) <skäyá-čks>	‘desmayo’	sqaya eek-z-chi	‘caído por hambre’
(208) <sehüärádj>	‘raíz’	zep’a-ra-tra	‘(son) raíces’
(242) <his tüküsiča>	‘luna llena’	hiiz tuku-z-chi-tra	‘acabó la luna’
(244) <tüni teksküča>	‘este’	thuñi teq-zhki-z	‘levantarse el sol’
(245) <tüni taksuča>	‘sol saliente’	thuñi thek-z	‘salir el sol’
(493) <tāja tōča>	‘estoy cansado’	thaja thon-tra	‘viene el sueño’

● Manifestaciones verbales, conjugadas en tercera y primera personas, en lugar de sus formas infinitivas respectivas, son las siguientes:

(33) <tándja>	‘pescador’	tan-tra	‘él pesca’
(34) <túdjja>	‘comerciante’	tuy-tra	‘él vende’
(38) <watsa>	‘tejedor’	wats-tra	‘él teje’
(178) <láidja>	‘ala grande’	lay-tra	‘vuela’
(410) <láidja>	‘enfermo’	laa-tra	‘está enfermo’
(625) <láidja>	‘volar’	lay-tra	‘vuela’
(646) <tjuñiča>	‘robar’	thwan-ñi-tra	‘suele robar’
(505) <müksnūča>	‘oler’	mukh-z-n-u-tra	‘huelo’
(506) <nōnošnūča>	‘oír’	non-z-n-u-tra	‘oigo’
(507) <čērūča>	‘ver’	cher-u-tra	‘veo’
(509) <kēršnūča>	‘eructar’	kher-z-n-u-tra	‘eructo’
(519) <āsnūča>	‘estar enfermo’	az-n-u-tra	‘estoy enfermo’
(549) <ijsnūča>	‘temer’	iqs-n-u-tra	‘temo’

(631) <kěpskūča>	‘regresar’	kep-zhki-u-tra	‘regreso’
(644) <māšnūča>	‘reportar’	maz-n-u-tra	‘reporto’
(537) <pěksnāča>	‘pedir permiso’	peku-z-n-atra	‘pediré permiso’
(543) <t’ěusnāča>	‘esperar’	thew-z-n-a-tra	‘esperaré’
(590) <kājšnača>	‘prestar dinero’	qaj-z-n-a-tra	‘me prestaré’
(610) <hūlšnača>	‘sentarse’	hul-z-n-a-tra	‘me sentaré’
(564) <tějtuča>	‘tropezar’	tej-t-u-tra	‘tropecé’
(565) <ěstūča>	‘caer’	es-t-u-tra	‘me caí’
(594) <čojčinča>	‘enojarse’	traju-chi-n-tra	‘suelo enojarme’

● Otras expresiones verbales se manifiestan en imperativos y gerundios, como en:

(248) <hějsla>	‘mediodía’	hej-z-la	‘descansemos!’
(325) <skūkšna>	‘nudo’	zkut-z-n-a	‘¡ata!’
(393) <tsískū>	‘parado’	tsit-zku	‘parándose’

FALSA HETERONIMIA

Dentro de esta categoría incluimos formas léxicas que no responden exactamente a las entradas de base sugeridas por el investigador, ya sea porque éstas, al ser solicitadas, suscitaron en el informante respuestas vagas, o a lo sumo indirectamente relacionadas con el estímulo, ya porque hubo imprecisiones o malentendidos en la descripción del concepto solicitado, cuanto más tratándose de términos concernientes a la familia y las relaciones de parentesco; o, en fin, como simple descuido en el recopiado de los datos luego del trabajo de campo efectuado. Seguidamente ilustraremos cada una de estas situaciones.

● Lexemas indirectamente relacionados (por simple asociación, relación de causa a efecto, metáfora, etc.) a los solicitados por el autor son:

(5) <játa>	‘mujer’	ljata	‘hembra’
(23) <andála>	‘madre’	antala	‘hija (fam.)’
(28) <turtáka>	‘prostituta’	tur-taqa	‘joven (fem.)’
(43) <čojta>	‘enemigo’	traju-ta	‘odiado’
(105) <pāra>	‘espinilla’	para	‘palo’
(121) <t’ūči>	‘bocio’	thuw-či	‘hinchado’
(123) <sáki>	‘escalofrío’	saki	‘frío’
(129) <sk’íra>	‘herida’	zqira	‘sarna’
(164) <čis>	‘palabra’	chiy-z	‘hablar’
(179) <tsíps>	‘pluma’	tsipz-z	‘suspenderse’
(206) <kálo>	‘árbol’	qalu	‘tola’
(259) <lūiju>	‘nieve suelta’	ljiu	‘centella’
(281) <skó>	‘salado’	zqowa	‘salitre’
(291) <skála>	‘campo’	zqala	‘sembrío’
(409) <qósní>	‘sano’	quz-ñi	‘afortunado’

(429) <tájsi>	‘vivaz’	thaa-j-z-chi	‘entendido’	(139) <qǒlta>	‘alpaca’	qulta	‘pequeño’
(524) <újča>	‘tener pesadilla’	uj-z	‘pecar’	(366) <jóme>	‘ruido’	ljomi	‘v. de hierba’
(540) <jájűča>	‘asquearse’	trhaju-z	‘odiar’	(366) <skuári>	‘bulla’	zqwari	‘v. de hierba’
(541) <átipūča>	‘despreciar’	atip-z	‘vencer’	(489) <wăjtsínča>	‘cuidar’	wath-zhin-z	‘despertar’
(698) <qólača>	‘romper’	qhol-z	‘quebrar’				
(718) <kurača>	‘amarrar’	kur-z	‘trenzar’				

● Casos que reflejan los efectos de una descripción vaga y mal formulada del referente (quizás incluso ostensiva pero imprecisa al fin), al momento de la encuesta, hecho notorio en el dominio de las partes del cuerpo. Los siguientes ejemplos agotan el corpus:

(46) <űjsíča>	‘mago’	uj-z-chiz	‘con fuego’
(56) <skěsi>	‘párpados’	zqizi	‘cutícula’
(63) <kíu>	‘encia’	kiwu	‘diente canino’
(84) <társ>	‘vértebra’	tarz(a)	‘cadera’
(89) <wálo>	‘estómago’	walu	‘intestinos’
(92) <č’illa>	‘ijadas’	ch’illa	‘cintura’
(107) <č’ěka>	‘brazo’	tr’eqa	‘talón’
(109) <’isni>	‘dedos (pie)’	isñi	‘uña’
(192) <skāra>	‘rana’	zkara	‘sapo’
(339) <lūs>	‘plato’	luuz	‘cántaro’
(463) <luš>	‘hacia’	luz-z	‘entrar’
(512) <tăpűča>	‘toser’	thap-z	‘quemar basura’
(576) <čűča>	‘salvarse’	chhu-z	‘cambiar de rumbo’
(635) <tānsnűča>	‘recibir’	tan-z	‘agarrar’
(636) <itsűča>	‘palpar’	its-z	‘tocar instrumento’
(649) <čkáča>	‘peinarse’	sqaw-z	‘rascar’
(671) <sqűča>	‘cocer’	soq-z	‘atizar fuego’
(674) <sōgača>	‘brillar’	soq-z	‘atizar fuego’
(675) <tēsnača>	‘encender’	thez-z	‘apagar’
(678) <ťarnača>	‘mover’	thar-z	‘acuar’
(697) <těknača>	‘rajar’	teq-z	‘ladearse’

● Un tercer tipo de falsa heteronimia, si bien de número reducido, lo proporcionan los términos de parentesco, problema al que debe agregarse la no advertencia de la distinción de género hecha por la lengua. Los ejemplos ofrecidos agotan el material:

(2) <luku>	‘hombre’	luku	‘marido’
(18) <tsūn>	‘suegro’	tsuñ	‘cuñada’
(19) <lűk’u>	‘cuñado’	tsuñi	‘cuñado’
(21) <wási>	‘nuera’	wazi	‘yerno’

● Finalmente, registramos los siguientes casos de simple errata y descuido en el copiado del registro:

IMPORTANCIA DEL VUV

Tal como lo adelantamos, la importancia del material del VUV es invaluable para los estudios de la familia uro, y particularmente del chipaya. Se trata, lo dijimos ya, de la primera fuente lingüística accesible de una de las variedades de la lengua, aunque inédita hasta ahora, como lo está buena parte de la obra multi-temática de su autor. Absorbido por tantos otros proyectos, el investigador no dispuso de la tregua necesaria para darla a conocer públicamente. A diferencia de ello, registros posteriores al realizado por Uhle, han tenido mejor fortuna, habiendo sido publicados a tiempo, y hasta reeditados de cuando en cuando. Y así, para referirnos únicamente a los más cercanos en el tiempo, mencionaremos los de Polo (1901), Bacarreza (1910), y Posnansky (1915), todos ellos aparecidos en el siglo siguiente. De hecho, conforme lo señalamos, Uhle ya se vale de los dos primeros para anotar las concordancias que encuentra entre su vocabulario y los de los otros, más concretamente el del chipaya con el de Bacarreza y el del uro de iruhitu con el de Polo. El hecho de que nuestro autor no recurra al material de Posnansky, aparecido en 1915, puede estar indicándonos que su lista, y los cotejos que la acompañan, datarían de antes de dicho año. Sin embargo, la fecha sugerida es más que tentativa, ya que resulta imposible no asociar tanto el afán recopilador de Posnansky, como la ausencia de toda referencia a éste por parte de Uhle, con la violenta polémica que los enfrentó a raíz del encuentro de ambos estudiosos sobre las ruinas de Tiahuanaco (*cf. Loza, op. cit.*, cap. 5, 158-175). Nada de ello, sin duda, le resta a Uhle el mérito de haber sido el primer viajero en «redescubrir» la variedad chipaya del uro. A más de cien años (exactamente 112) de dicho hallazgo, el hecho seguirá siendo uno de los mejores «premios» que la suerte le deparó, como él mismo lo anunciaba inmediatamente después de tal acontecimiento.

Ahora bien, el material de Uhle, en tanto primer registro de la lengua, nos coloca, como se adelantó, en una situación privilegiada desde el punto de vista del estudio del chipaya. No puede decirse lo mismo del vocabulario del iruhitu, consignado por el mismo investigador poco tiempo después, ya que esta variedad, a diferencia de lo que ocurre con la chipaya, no cuenta con un elemento de «control» actual —la lengua hablada—, debido a que se encuentra en su fase terminal. En estas condiciones, su «restitución» resulta doblemente problemática, pues no habría modo de resolver de manera satisfactoria las imprecisiones y ambigüedades que a menudo observamos en la notación del investigador germano. No ocurre lo propio, afortunadamente, con el chipaya, como hemos tratado de demostrarlo.

Pues bien, una vez ponderadas tanto la primacía cronológica del material chipaya como su plena «recuperabilidad» en vista de la supervivencia de la lengua, conviene llamar la atención ahora sobre sus virtudes desde el punto de vista diacrónico, es decir histórico-evolutivo. Como es obvio, el contar con datos de más de un centenar de años para una misma lengua nos permite, previa restitución de los mismos, ensayar algunos de los tramos evolutivos de aquélla, por lo menos a partir de ciertos indicios puestos de manifiesto en el material examinado. Tales rastros, consignados o apenas sugeridos, directa o indirectamente por el recopilador, nos permitirán trazar algunos de los cambios operados en la lengua tanto desde el punto de vista fonológico como gramatical. En lo que sigue nos ocuparemos de ello.

CUESTIONES DE EVOLUCIÓN FÓNICA

El examen del material chipaya, contrastado con su versión moderna, evidencia por los menos seis fenómenos que inciden en la evolución de la lengua, y que tienen que ver con los siguientes procesos, algunos de ellos consumados ya: a) espirantización de africadas en posición inicial absoluta; b) delabialización de oclusivas labializadas; c) simplificación consonántica; d) surgimiento de oclusivas aspiradas; e) palatalización de la nasal alveolar; y f) delateralización de la /ʃ/ velar. Sobre la base del material registrado, además de los correspondientes al iruhitu, es posible bosquejar con mayor amplitud la cobertura de tales procesos, pero aquí solo nos limitaremos a señalar los fenómenos concretos observados.

a) Para explicar el primero de los cambios, es decir el fenómeno de la deafricación en posición inicial absoluta, es de advertirse que actualmente el chipaya solo registra, en dicho contexto, grupos consonánticos integrados por una sibilante seguida de un segmento de rasgo grave (*cf.* Cerrón-Palomino, *op. cit.*, cap. 2, § 3). Gracias a unos pocos casos registrados en la lista del chipaya, y algo más en la del iruhitu, podemos enterarnos de que, en principio, tales grupos consonánticos formaban haces de africada seguida de oclusiva, llegando incluso a simplificarse a favor del segundo segmento. Tal es lo que indican los dos únicos ejemplos encontrados en el corpus (con sus correspondientes del iruhitu), que no por ser ínfimos en número dejan de ser valiosísimos:

(115) <tspklá> zpheqla ‘cerebro’ *cf.* I: <tspäjli>

(716) <čkūča> khoch-z ‘coser’ *cf.* I: <čkūāča>

b) Uno de los procesos en curso del chipaya es la delabialización de sus segmentos labializados (*cf.* Cerrón-Palomino, *op. cit.*, cap. 2, § 1.1.3). Gracias al material de Uhle ahora podemos saber que dicho fenómeno no solo es de antigua data sino que algunas palabras que hoy muestran consonante no labializada antes registraban abocinamiento obligatorio. Son ejemplos:

(44) <tjuāni> thanñi ‘ladrón’

(283) <qūās> q^haz ‘agua’
 (322) <kūēls> kelz ‘bolsa de coca’
 (392) <skūāra> zqhara ‘izquierda’
 (646) <tjuāniča> thañ-z ‘robar’

c) Que algunos lexemas sufrieron deafricación o simplificación consonántica, sin compensación alguna, o con ella (en este caso por la pérdida de una nasal o de una aproximante), o incluso con la inducción de un fonema marginal (la velar nasal), lo podemos apreciar en los siguientes ejemplos:

(91) <pājts> phajs ‘hígado’
 (465) <tómje> tooje ‘hoy’
 (598) <lānjnáča> la[n̥]-z ‘trabajar’
 (457) <tsāyaku> tseeku ‘arriba’

d) El material examinado sugiere también la emergencia de consonantes aspiradas tras el debilitamiento de grupos consonánticos iniciales cuyo segundo segmento era una velar o postvelar. Son ejemplos:

(6) <tkūn> thun(a) ‘casada’ *cf.* I: <tkun>
 (646) <tjuāniča> thañ-z ‘robar’ *cf.* I: <tjuāniča>

e) Conforme se vio en los ejemplos de las nasales, tal parece que el chipaya cumplió un proceso de palatalización de nasal, en virtud del cual la alveolar /n/ devino /ñ/ en contacto con /i/, incrementando de este modo las ocurrencias de la nasal palatal, de escaso rendimiento funcional en la lengua. Por lo demás, que el mismo fenómeno debió darse en el iruhitu lo podemos apreciar en el material ilustrativo ofrecido a continuación:

(68) <kunni> khuñi ‘oreja’ *cf.* I: <kuñi>
 (73) <nñi> ñiñi ‘hombro’ *cf.* I: <nini>
 (82) <isni> isñi ‘uña’ *cf.* I: <isñi>
 (117) <pállni> phalñi ‘sudor’ *cf.* I: <pallni>
 (260) <kátni> qhatñi ‘nieve’ *cf.* I: <qātni>
 (327) <kūsni> kosñi ‘peine’ *cf.* I: <kusni>
 (398) <qūni> qhuñi ‘seco’ *cf.* I: <qóñi>

f) Finalmente, como se habrá podido apreciar en el acápite de las laterales, se advierte en el corpus la tendencia hacia la delateralización de /ʃ/, que en la notación de Uhle, registrada como <lj>, puede aparecer, unas veces como una velar labializada y otras como una plena velar. Los ejemplos ofrecidos ilustran el fenómeno:

(74) <juá^hks> ljakz(a) ‘sobaco’
 (5) <játa> ljata ‘hembra’
 (276) <hóki> ljoki ‘barroso’
 (366) <jómē> ljomi ‘v. de planta’

CUESTIONES DE EVOLUCIÓN MORFOLÓGICA

El corpus chipaya de Uhle nos permite también, esta vez en el plano morfológico, reconstruir la contextura fónica de dos sufijos derivativos: la del infinitivo *-z(a)* y la del transitivizador *-n(a)* (cf. Cerrón-Palomino, *op. cit.*, cap. V, § 2.2.1, cap. VI, § 2.2.2.1, respectivamente). Tras el cotejo formal de las entradas de la lista con las de sus equivalentes modernos, estamos en condiciones de postular las proto-formas de tales sufijos, que serían: **-ča* y **-na*, respectivamente. Los ejemplos ofrecidos ilustran cada caso:

(474) <tsiríča>	tsir-z	‘anublarse’
(475) <čijínča>	chijin-z	‘lover’
(476) <kátánča>	qhatan-z	‘nevar’
(477) <jórča>	jor-z	‘tronar’
(540) <jajúča>	trhaju-z	‘odiar’
(698) <qóláča>	qhol-z	‘quebrar’
(718) <kurača>	kur-z	‘trenzar’
(648) <skarnača>	skar-na-z	‘colocarse el sombrero’
(675) <tēsnača>	thez-na-z	‘apagar el fuego’
(678) <tárnača>	thar-na-z	‘palanquear’

BALANCE DE CONJUNTO

En las secciones precedentes hemos tenido la oportunidad de examinar detenidamente el material ofrecido por el VUV, en particular el correspondiente al chipaya. El análisis de restitución que acabamos de presentar nos permite concluir que, dejando de lado las imprecisiones propias de su notación así como las inexactitudes advertidas en su glosa, deficiencias todas ellas comprensibles teniendo en cuenta las circunstancias de su recojo, el material chipaya consignado por el ilustre investigador germano asombra por el detalle y el esmero con que fue consignado. En efecto, para referirnos solamente al aspecto fonológico del material, como lo hemos señalado, gracias a la nota-

ción estrecha practicada por Uhle, todos los fonemas de la lengua, incluyendo los más exóticos desde la perspectiva de la experiencia de Occidente, hallaron cabida en él, aun cuando algunos de ellos (especialmente los segmentos laringalizados) fueran registrados no solo de manera vacilante y confusa sino también colateral y esporádicamente.

Semejante justipreciación, insistamos, solo ha sido posible en virtud del examen interno de la lista efectuado a la luz del vocabulario y la gramática del chipaya actual. Sobre decir que, de no contar con este elemento de «control», la evaluación del material habría tenido que ser menos definitiva y más cautelosa. Hecho inevitable, por lo demás, en aquellas situaciones para las cuales carecemos de elementos de contraste, como es el caso, para seguir refiriéndonos únicamente a los registros disponibles de toda la familia lingüística, del material ch'imu de Lehmann (1937) o, en cierta medida también, del mismo iruhitu de Uhle.

La reflexión precedente vale igualmente, esta vez de manera más dramática, para los registros únicos y escuetos de lenguas hoy desaparecidas. En tales casos, inevitablemente, la interpretación de los mismos queda librada, en su mayor parte, a simples hipótesis, cuando no especulaciones difíciles de comprobar.

De otro lado, en términos de la densidad del material registrado, apenas merece subrayarse que el de Uhle confirma hasta qué punto la exhaustividad siempre será una meta difícil, si no imposible, de alcanzar ni remotamente siquiera, al margen ya de las circunstancias materiales y temporales que rodean el recojo de un corpus. Lo cual, a propósito de la lista examinada, constituye, de paso sea dicho también, una gran lección para los practicantes del método glotocronológico, quienes, a veces de manera ingenua, aparte de dar como obvios los elementos léxicos consignados en una lista (cuando, conforme vimos, requieren de un examen interno cuidadoso), asumen al mismo tiempo que los vacíos encontrados en ella debían corresponder al estado de la lengua, cuando sabemos, y precisamente gracias al vocabulario de Uhle, que bien podemos estar ante omisiones dictadas por la circunstancia específica dentro de la cual se procedió con el acopio de datos.

BIBLIOGRAFÍA

- BACARREZA, Z. (1910). Informe [sobre] la provincia de Carangas del Departamento de Oruro. *Boletín de la Oficina Nacional de Estadística*, 447-480.
- CERRÓN-PALOMINO, R. (2006). *El chipaya o la lengua de los hombres del agua*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP.
- CERRÓN-PALOMINO, R. (2007). Reconstrucción del proto-uro: fonología. *Lexis*, XXXI, 1-2, 47-104.
- CERRÓN-PALOMINO, R. y E. BALLÓN AGUIRRE (2008). *Vocabulario chipaya-castellano/castellano-chipaya*. En preparación.
- CONSTENLA, A. (2001). La restitución: un método lingüístico reconstructivo sincrónico. *Filología y Lingüística*, XXVI, (2), 161-180.
- HANSS, K. (2008). *Uchumataqu: The lost language of the Uros of Bolivia*. Leiden: Universiteit Leiden, CNWS Publications.
- LEHMANN, W. (1937). *Vocabular des Uro-dialectes von Tšimu bei Puno*. Berlín: Instituto Iberoamericano. Manuscrito.
- LOZA, C. B. (2004). *Itinerarios de Max Uhle en el altiplano boliviano*. Berlín: Ibero-Amerikanisches Institut. *Indiana Supplemento* 15.
- LOZANO MACHUCA, J. ([1581] 1965). Carta del factor de Potosí [...] donde se describe la provincia de los Lipes. En Jiménez De La Espada, Marcos (Ed.): *Relaciones Geográficas de Indias*, Tomo II, (pp.59-63), Biblioteca de Autores Españoles. Madrid: Ediciones Atlas.
- POLO, J. T. (1901). Indios uros del Perú y Bolivia. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*, Tomo X, 445-482.
- POSNANSKY, A. (1915). *La lengua chipaya*. Memorias presentadas al XIX Congreso Internacional de Americanistas (pp.1-27). La Paz: Imprenta y Litografía Artística.
- UHLE, M. (1894). Relación somera a la Sociedad de Geografía de Berlín. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Sucre*, Año II, 21, 158-163.
- UHLE, M. (1895). *Vorbereitetes Uro Vocabular*. Berlín: Instituto Iberoamericano. Manuscrito.

MAX UHLE EN FILADELFIA (1897-1899)

Clark Erickson¹

INTRODUCCIÓN

Max Uhle es reconocido principalmente por su contribución a los estudios andinos (en lingüística, etnografía, prehistoria, e historia) y a los métodos de investigación empleados en la arqueología contemporánea. Después de un año de intenso trabajo de campo en Pachacamac, aceptó un puesto en el Departamento y Museo de Arqueología y Paleontología de la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia. Aunque a sus cuarenta y un años Uhle ya destacaba como arqueólogo en Bolivia y Perú, entre los investigadores internacionales seguía siendo un desconocido hasta que publicó su monografía sobre Pachacamac, seis años después de su llegada a Filadelfia. Durante los dos años formativos que pasó en esta ciudad, Uhle interactuó con William Pepper, médico, patrocinador de Uhle, rector de la Universidad de Pensilvania y más tarde director del museo; con Daniel Garrison Brinton, arqueólogo, etnógrafo, lingüista y profesor; con Sara Yorke Stevenson, egiptóloga y funcionaria de diversas instituciones; con Frank Cushing, etnógrafo y arqueólogo; con Henry Mercer, arqueólogo, así como con otros reconocidos estudiosos de Filadelfia. Los objetos provenientes de las expediciones de Uhle, junto con aquellos provenientes de Babilonia, Egipto, el Mediterráneo, y Estados Unidos, se convirtieron en el corpus principal de las colecciones del nuevo museo de la Universidad de Pensilvania, que fue diseñado, financiado y construido durante la estadía de Uhle en Filadelfia. Este capítulo es un resumen de las actividades profesionales y personales de Uhle durante este breve, pero formativo, periodo en su carrera como arqueólogo destacado y fundador de museos.

FILADELFIA Y LA INVESTIGACIÓN A FINES DEL SIGLO XIX

El periodo comprendido entre 1897 y 1899 fue muy importante para la transición entre el saber y la ciencia. En los Estados Unidos, la arqueología y la antropología se estaban definiendo como disciplinas académicas y se abrían puestos de trabajo profesional, formal y asalariado en museos y facultades de universidades. Hacia

finis del siglo XIX, la nueva disciplina de antropología norteamericana y su subdisciplina clave, la arqueología antropológica, ya estaban establecidas.

Filadelfia era una ciudad rica en cuanto a museos y sociedades científicas (la Sociedad Filosófica Americana, la Academia de Historia Natural y el Instituto Franklin para la Ciencia), que eran parte del legado de Benjamín Franklin y su cruzada por el conocimiento científico institucional. Algunos visionarios ricos y poderosos de Filadelfia fueron los que colaboraron en la fundación de estas sociedades y en la recolección de fondos. Fueron ellos también quienes despertaron un interés creciente por el campo de la arqueología norteamericana, que en ese tiempo todavía era relativamente nuevo (Fowler & Wilcox, 2003; Kopytoff, 2006; Kuklick, 1996).

Esta actividad alcanzó resultados positivos en su gran mayoría. La arqueología se convirtió en una profesión asalariada y dejó de ser simplemente el entretenimiento de ciertas personalidades estudiosas (Madeira, 1964). En 1899, las colecciones arqueológicas que habían ido acumulándose se trasladaron de su lugar temporal en la biblioteca de la universidad, a un nuevo gran edificio que ocupaba una manzana entera en la esquina de las calles 33 y Spruce, en la parte oeste de Filadelfia (Brownlee, 2005). Tal como algunos museos del mundo dedicados a la arqueología y a la antropología, el Museo Penn ya llevaba dos décadas auspiciando proyectos grandes, costosos y de varios años y patrocinando publicaciones profesionales y otras dedicadas al público en general. En contraste con los museos de arte de esa época, estos museos se enfocaban en la recuperación sistemática de objetos dentro de sus contextos arqueológicos y sociales.

Las investigaciones de Max Uhle en Perú y Bolivia constituyen ejemplos importantes de este nuevo enfoque (figura 1). Este científico es reconocido como uno de los arqueólogos más importantes de América debido a su contribución en la investigación, los métodos de campo, la lingüística, la etnografía, la historia y la arqueología.

¹ University of Pennsylvania, Department of Anthropology, Philadelphia, Pennsylvania, EE.UU.



Figura 1. Max Uhle en el sitio de Pachacamac, Perú, 1896. Fotografía de Max Uhle. University of Pennsylvania Museum, Neg. 18567, 1896.

Los años que Uhle pasó en Penn fueron claves para la etapa formativa de su propia carrera. En la mayoría de los relatos biográficos que hacen referencia a su trabajo de campo y a sus publicaciones, generalmente se ignora esta breve estadía (Kaulicke, 1998; Loza, 2004; Thieme-Sachse *et al.*, 1998; Wurster, 1999). Uhle trabajó para el Departamento y Museo de Arqueología y Paleontología (después, Museo Libre de las Ciencias y Artes y Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania o Museo Penn) entre 1894 y 1899 (tabla 1). Durante este tiempo, Uhle formó grandes colecciones de sitios arqueológicos provenientes de Bolivia y Perú. Después de un año de intenso trabajo de campo en Pachacamac, aceptó un puesto en el Departamento de Arqueología y Paleontología de la Universidad de

Pensilvania, en Filadelfia. Aunque a sus 41 años Uhle ya era bien conocido en Bolivia y Perú, entre los investigadores internacionales seguía siendo un desconocido hasta que publicó su monografía sobre Pachacamac seis años después de su llegada a Filadelfia (Uhle, 1991; Shimada, 1991). Durante los dos años que pasó en Pensilvania, Uhle interactuó con William Pepper, médico patrocinador de Uhle, rector de la Universidad de Pensilvania y más tarde director del museo; con Daniel Garrison Brinton, arqueólogo, etnógrafo, lingüista y profesor; con Sara Yorke Stevenson, egiptóloga y funcionaria de diversas instituciones; con Frank Cushing, etnógrafo y arqueólogo, así como con otros reconocidos estudiosos de Filadelfia. Los objetos provenientes de las expediciones de Uhle, junto con aquellos provenientes de

Tabla 1. Ubicaciones y nombres del Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania a través del tiempo. Elaboración de la tabla: Clark Erickson.

Nombre	Ubicación	Dirección	Fecha
Museum of Archaeology and Paleontology <i>Museo de Arqueología y Paleontología</i>	College Hall	3450 Woodland Walk	1887-1890
Museum of Archaeology and Paleontology <i>Museo de Arqueología y Paleontología</i>	University Library <i>Biblioteca de la Universidad</i> Hoy Fisher Fine Arts Library	220 South 34th Street	1890-1899
Free Museum of Sciences and Arts <i>Museo Libre de las Ciencias y las Artes</i>	University Museum <i>Museo de la Universidad</i>	33rd and Spruce Streets	1899-1903
University Museum <i>Museo de la Universidad</i>			1903-1983
University of Pennsylvania Museum of Anthropology and Archaeology <i>Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania</i>			1983-2002
Penn Museum <i>Museo Penn</i>			2002-presente

Babilonia, Egipto, Mediterráneo, y los Estados Unidos, se convirtieron en el corpus principal de las colecciones del nuevo Museo Penn diseñado y construido durante la estadía de Uhle en Filadelfia.

UHLE Y LA UNIVERSIDAD DE PENNSILVANIA

Luego de ser abandonado por su patrocinador alemán mientras viajaba de Argentina a Bolivia en 1893, Uhle se vio enfrentado a considerables penurias: dejó de coleccionar objetos, restringió su trabajo de campo y tuvo que endeudarse para sobrevivir en La Paz por cerca de un año entero. En 1894, Zelia Nuttall recomendó a Uhle a su colega Sara Yorke Stevenson (Rowe, 1954, p. 4), la curadora de las colecciones egipcia y mediterránea y secretaria de la Asociación Arqueológica Universitaria en Filadelfia (Winegrad, 1993). De esta época he encontrado correspondencia entre Alphons Stübel y Stevenson en la que se elogia a Uhle. Luego de una negociación, Uhle solicita un mínimo de US\$ 2,500 por año para sus «viajes» —sin incluir un salario ni otros gastos—. Penn contrató a Uhle el 18 de junio de 1894 (Archivos del Museo Penn, contrato 18 junio de 1894). El contrato que firmó le asignaba un salario de US\$ 2.500 que Uhle aceptó el 6 de Marzo de 1895, fecha en la que empezó a trabajar en el museo.

La desesperación de Uhle y el posterior alivio que sintió al conseguir un patrocinador es evidente en la correspondencia que mantuvo con Stevenson. En ella, Uhle expresa su agradecimiento reiteradamente, así como su afán por complacer a sus nuevos patrocinadores poniéndolos al día regularmente sobre su colección, investigación, contabilidad y envíos de artefactos. No se escribía con William Pepper, ya que parece que Uhle creía que Stevenson era su benefactora y la fuente de su financiamiento. Más tarde, Uhle se dio cuenta de que William Pepper era su principal auspiciador y, por lo tanto, lo reconoce en la introducción de su trabajo sobre Pachacamac. El debió ser quien le pagaba directa y mensualmente. En una carta fechada cuando Uhle ya se encontraba en Penn, le recuerda a Pepper que está esperando que le envíe un cheque por su salario mensual. En esta época, ningún curador del museo y departamento recibía un sueldo, con la excepción de Charles Conrad Abbott de la sección americana, que fue contratado por \$1.000 por año y renunció en 1893. La mayoría de ellos pertenecían a la elite de Filadelfia y no necesitaban fondos para vivir y realizar trabajo de campo.

Luego de un intenso año de trabajo de campo en Pachacamac y otros lugares, en 1896 le ofrecen a Max Uhle un puesto en el Museo de Arqueología y Paleontología de Filadelfia como curador de los objetos que él había coleccionado y para que preparara una monografía sobre Pachacamac ya que durante los trabajos de campo entre 1895 y 1897, Uhle había ido acumulando una gran colección de objetos, fotografías, planos, entrevistas etnográficas y restos óseos.

Uhle llegó a Filadelfia el 22 de abril de 1897 (Rowe, 1954; Masson, 1999). La mayoría de sus colecciones ya

estaban en Filadelfia, pero algunas cajas llegaron más tarde, como queda documentado en una carta al director Steward Culin (Uhle, 1897a). Luego de tan solo un mes, partió de Nueva York el 9 de mayo de 1897 y llegó a Dresden, Alemania, el 29 de mayo, para visitar a su padre enfermo en Sajonia y al arqueólogo y mentor Alphons Stübel (Rowe, 1954; Masson, 1999, pp. 29; Bankmann, 1998, pp. 26-27).

EL MUSEO Y LA UNIVERSIDAD

Cuando Uhle llegó a Filadelfia, el museo había pasado por muchos cambios y estaba a punto de mudarse a su nuevo edificio. Las excavaciones de Egipto, Nippur en Irak, Key Marco en Florida, al sudoeste de los Estados Unidos y de Yucatán, en conjunto con donaciones de artefactos y adquisiciones de otros lugares crearon el corpus central del Museo de Arqueología y Paleontología (figura 2). Fundados en 1887, el museo y departamento muy pronto necesitaron más espacio que el que tenían en su ubicación original en College Hall. Entonces, en 1890, el museo se mudó a la nueva biblioteca de la universidad diseñada por Frank Furness con 12.000 objetos (ahora la Biblioteca de Bellas Artes Fisher o Edificio Furness) (figura 3) (Madeira, 1964). Un requisito contractual para la colección de Babilonia era que estuviera alojada en un edificio protegido contra el fuego. Este edificio y su espectacular interior se hizo conocido a través de la película «Philadelphia» protagonizada por Tom Hanks y filmada en 1993. Sin embargo, al poco tiempo, los objetos arqueológicos y etnográficos ya desbordaban estos espacios.

En 1892, William Pepper y algunos amigos decidieron crear un espacio permanente dedicado solo a la arqueología y la etnografía. El Departamento de Arqueología y Paleontología fundado por Pepper y Stevenson y dedicado a la enseñanza y la investigación, estableció un museo y una biblioteca, organizó conferencias y auspició expediciones. Por otro lado, la Asociación de Arqueología Universitaria se concentró en la recolección de fondos de ciudadanos privados en Filadelfia (Madeira, 1964, p.19). Ellos contrataron al arquitecto Wilson Eyre, Jr. para que construyera el Museo Libre (Free Museum) de las Ciencias y las Artes en un terreno desocupado que se encontraba entre las calles 33 y Spruce. Fue llamado de esta manera debido a que el terreno pertenecía a la ciudad y a sus contribuyentes y fue inaugurado en 1899 (figura 4). En 1903, los ciudadanos dejaron de lado este nombre y el edificio empezó a conocerse como «Museo de la Universidad», y más tarde, en 1983, se le llamó «Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania», nombre que, finalmente, en el 2002 se redujo al de «Museo Penn» (tabla 1).

LOS COLEGAS INTELECTUALES DE UHLE EN PENN

Uhle conoció a una variedad de colegas, la mayoría personalidades intelectuales, algunos académicos profesionales, políticos y miembros de la alta sociedad en Filadelfia. Brevemente mencionaré a los más importantes: Pepper, Brinton, Hilprecht, Cushing, Stevenson, Mercer y Culin.

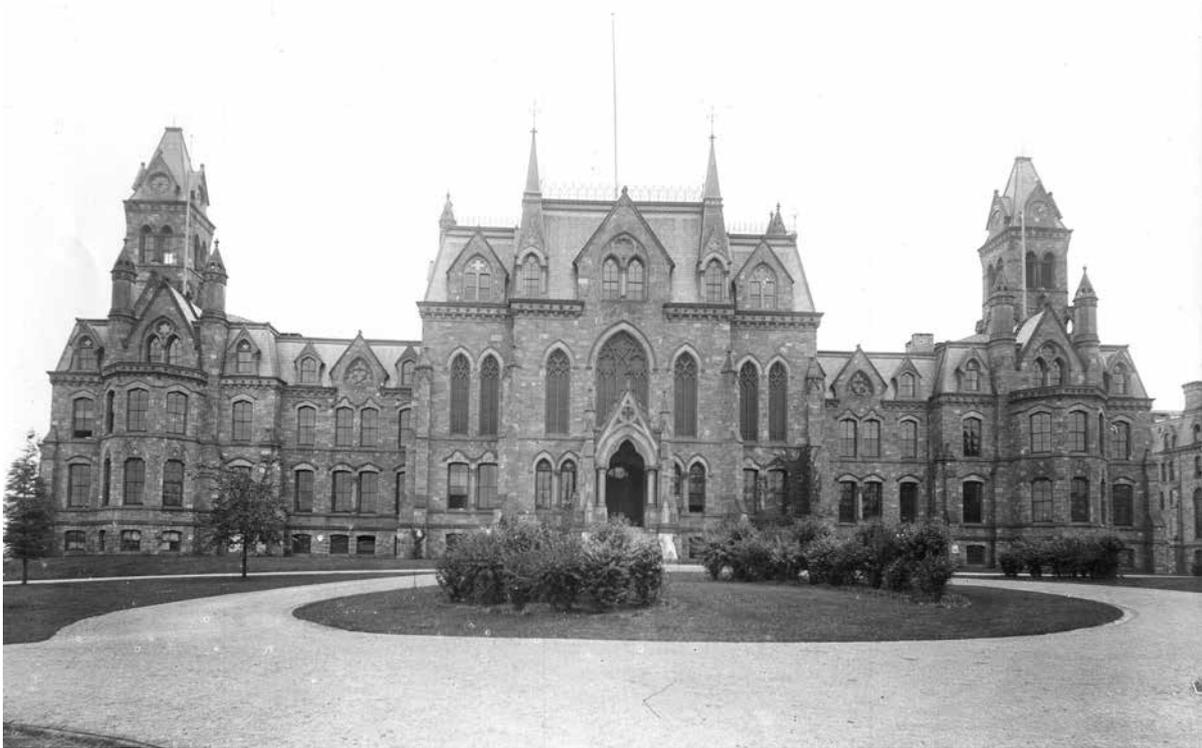


Figura 2. Primer Museo de Arqueología y Paleontología en College Hall entre 1887 y 1890, ubicado en el último piso. Fotografía de R. Newell and Sons. University Archives Digital Image Collection, University of Pennsylvania, n.º 20010411004, 1892.



Figura 3. Segundo Museo de Arqueología y Paleontología entre 1890-1899 en la biblioteca de la universidad diseñado por el arquitecto Frank Furness, ahora, Biblioteca de Bellas Artes Fisher. El museo ocupó el último piso de la parte central, la torre, y los pasillos. Fotografía de C. M. Gilbert. University Archives Digital Image Collection, University of Pennsylvania, n.º 20030407001, 1899.



Figura 4. Construcción final del Museo Libre de las Ciencias y las Artes en 1899 (ahora, Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania). El fotógrafo, William Witte, era el asistente de Uhle. University of Pennsylvania Museum, UM Neg. G11-30837, 1896.

William Pepper fue médico de formación, rector de la Universidad de Pensilvania (1881-1894), presidente de la Asociación Arqueológica Universitaria y del Departamento de Arqueología y Paleontología, y fundador del Museo de Arqueología y Paleontología en 1887 (figura 5) (Rowe, 1954; Skuchas, 2002; Thorpe, 1904). Durante su gestión, la Universidad de Pensilvania fue elevada a un alto nivel académico y financiero (Haller, 1999). A Pepper se le atribuye una intensa campaña entre 1892 y 1899 para la construcción del edificio que incluía un nuevo museo. Pepper y Sara Yorke Stevenson fueron apasionados promotores de la arqueología como ciencia. A pesar de ser el principal auspiciador, Pepper tuvo poca interacción con Uhle debido a sus numerosas actividades y obligaciones para con la universidad, la sociedad y las campañas de recolección de fondos (Madeira, 1964; Winegrad, 1993).

Daniel Garrison Brinton era el investigador más distinguido del museo y de la universidad (figura 6). Médico de formación, Brinton era famoso por sus publicaciones sobre arqueología, etnografía, historia y lingüística de América (Weeks, 2002). En 1886 fue asignado como profesor de Arqueología y Lingüística, el primer puesto académico profesional en estos campos en Norteamérica. Cuando Uhle llegó, las nociones victorianas que tenía Brinton acerca del progreso humano eran consideradas obsoletas, especialmente por Franz Boas (Madeira, 1964; Winegrad, 1993). Probablemente Brinton dominara alemán luego de

pasar un año de estudios en Heidelberg (Weeks, 2002, p. 13). Muchos de los arqueólogos con experiencia de campo como Frank Cushing y Uhle pudieron haber evitado a este «arqueólogo de gabinete.» Sin embargo, tanto Uhle como Brinton se citaban mutuamente en sus publicaciones (Weeks, 2002).

Hermann Hilprecht, arqueólogo alemán, era el curador de la sección de Babilonia y profesor de Estudios Asirios (figura 7) (Madeira, 1963; Winegard, 1993; Kuklick, 1996). Tuvo mucho éxito en la campaña de recolección de fondos para tres grandes expediciones a Nippur, en las que recuperó una serie de textos cuneiformes que conforman el corpus principal de la colección sumeria. Uhle debió conocer a Hilprecht y probablemente hablaba en alemán con él. Durante la mayor parte del tiempo que Uhle pasó en Filadelfia, Hilprecht estuvo en el campo, haciendo campaña para recolectar fondos, dando conferencias o viajando. A pesar de los muchos años que Hilprecht pasó haciendo trabajo de campo, fue más conocido como una persona controversial, con un gran ego y un arqueólogo «de gabinete».

No es solamente una historia de hombres. Sara York Stevenson era amiga de Uhle y con él intercambió correspondencia mientras este se encontraba en Bolivia antes de llegar a Filadelfia (figura 8). Ella era integrante de la alta sociedad y esposa de Cornelius Stevenson, un poderoso abogado y recolector de arte en Filadelfia. Trabajó como curadora en las secciones egipcia y mediterránea,



Figura 5. William Pepper, Jr. (1843-1898). University Archives Digital Image Collection, University of Pennsylvania, n.º 20040812001.

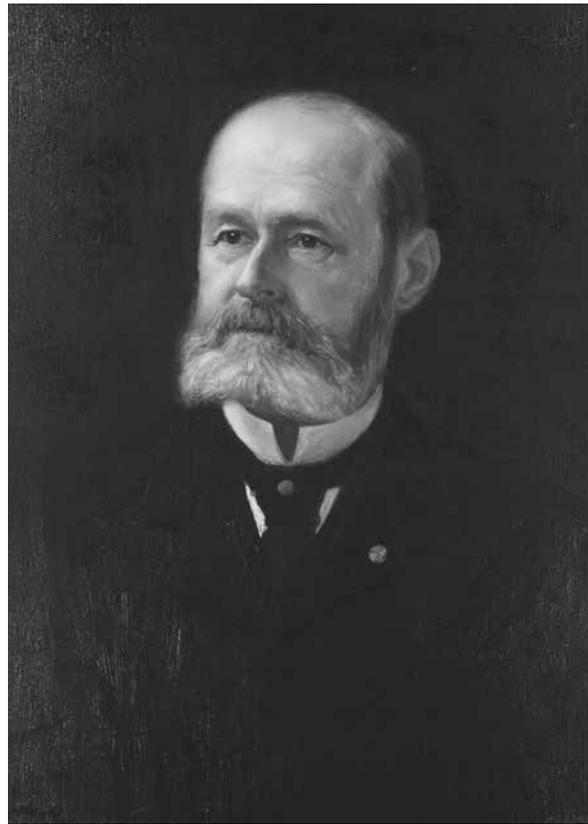


Figura 6. Retrato al óleo de Daniel Garrison Brinton (1837-1899), por M. Dantzig. UPM Neg. #150246. [Kopytoff article] color.



Figura 7. Hermann Hilprecht (1859-1925). UM neg. S4-140746.



Figura 8. Sara Yorke Stevenson (1847-1921) retratada por Leopold Seyfert. University of Pennsylvania Museum, UM Neg. G11-30837 [Neg. #151005.], 1917. Penn Archives n.º 20040226001.

hizo campañas de recolección de fondos y además fue una entusiasta promotora de la arqueología. Ganó premios internacionales por sus exposiciones con Steward Culin (Winegrad, 1993) y fue la primera mujer en recibir un doctorado honorario de la Universidad de Pensilvania en 1894.

Frank Hamilton Cushing era muy reconocido como arqueólogo y etnógrafo. Se le describe como un autodidacta extravagante y rebelde, un «hombre blanco convertido en nativo» (Winegrad, 1993; Madeira, 1964). Se hizo famoso por sus excavaciones en 1897 en el sitio arqueológico de la cultura Calusa en Key Marco, Florida, financiadas por William Pepper y Phoebe Hearst. Cushing excavó una increíble colección de objetos orgánicos conservados en condiciones de terrenos saturados de humedad, que incluye ocho elaboradas máscaras de madera que están entre los objetos más famosos del mundo en la colección del museo. El afable Cushing tenía un laboratorio en el mismo edificio que Uhle, y probablemente compartía su estrategia de combinar la investigación con la arqueología de campo, la historia y la etnografía (Winegrad, 1993, Madeira, 1964).

Henry Chapman Mercer era el curador de la sección americana, un puesto a medio tiempo y ad honorem (Mason & Witte, 1953, p. 2; Weeks, 2003). Su investigación se concentró en los sitios tempranos paleoindios en Nueva Jersey y Delaware y otros sitios en Maine, Indiana, Ohio, Virginia, y Tennessee. También, dirigió

una fallida expedición a Yucatán. Mercer compartía el entusiasmo de Uhle por la recolección de muchos ejemplos de cada categoría de objetos en vez de recolectar muestras o tratar de definir un tipo de espécimen.

Stewart Culin fue director de la mayoría de secciones del museo y curador de la sección oriental (figura 9). Culin promovió exposiciones accesibles y ganó dos premios durante el Aniversario del Descubrimiento de América en Madrid y otro premio en Chicago. Esta publicidad atrajo patrocinadores de todo el mundo. Existen numerosas historias en las que se da cuenta de que era un director y curador difícil y que pasaba la mayor parte del tiempo malhumorado (Kopytoff, 2006; Mason & Witte, 1953, p. 3, Winegrad, 1993). La relación entre Culin y la curadora Stevenson se deterioró en los años en que Uhle estaba en Filadelfia.

LAS ACTIVIDADES DE UHLE EN PENN

A pesar de residir dos años enteros en Filadelfia, hay poca información sobre su vida y actividades en los documentos de los archivos del museo, la universidad, y el resto del mundo. Muy pocas de las actividades de Uhle en Filadelfia están registradas en cartas, libretas de apuntes, fotografías, relaciones públicas, y publicaciones del periodo tan importante en el desarrollo de la arqueología moderna en Filadelfia. Fue un científico casi invisible.

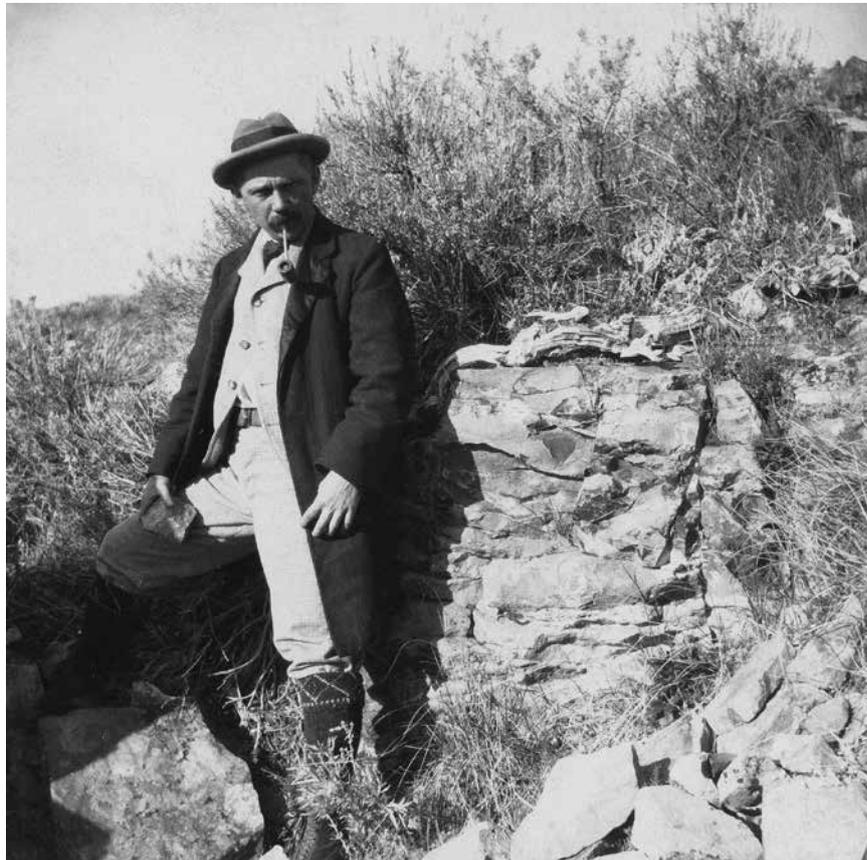


Figura 9. Stewart Culin (1858-1929) en una de sus exploraciones en California, Estados Unidos, 1901. UPM Neg. n.º 140826.

LABORATORIO

Los artefactos objetos que llegaban eran enviados para ser catalogados y estudiados en el Laboratorio de Medicina Clínica «William Pepper» ubicado a mitad de la cuadra 34 de la Calle Spruce, cerca del hospital de la Universidad (figura 10) (Mason & Witte, 1953, pp. 3-4). La mayoría de colecciones se almacenaban fuera del campus. Uhle y otros estudiosos tenían a su disposición amplios espacios para sus laboratorios en el edificio «William Pepper». La espectacular colección de Frank Cushing de objetos provenientes del sitio Key Marco estaba en los pisos tercero

y/o cuarto. Sobre la base de fotografías del interior del laboratorio de Uhle, se puede deducir que probablemente ocupó el primer o segundo piso para su investigación sobre Pachacamac.

Uhle tomó una extraordinaria fotografía panorámica que muestra una parte de la colección de Pachacamac distribuida sobre mesas, alféizares de ventanas y estantes (figuras 11-14). La vasta colección Uhle de Bolivia y la mayor parte de la colección de Pachacamac y de la costa peruana podrían haber estado almacenadas en otro piso del mismo edificio o lugar.



Figura 10. Laboratorio de medicina clínica William Pepper del Hospital de la Universidad de Pensilvania. El laboratorio de Max Uhle estaba ubicado en el segundo o tercer piso sobre el laboratorio de Frank Cushing. University Archives Digital Image Collection, University of Pennsylvania, n.º 20040812004.



Figura 11. Panorama del laboratorio de Max Uhle en el Laboratorio de Medicina Clínica William Pepper con la colección de objetos, momias, y huesos humanos del sitio Pachacamac. Fotografía de Max Uhle, Legado Uhle, Ibero-Amerikanisches Institut, NOO 35 S 69, PER CD 496,1 o Per CD 496.1 N-0035 S68, 1887-1899.



Figura 12. Detalle del laboratorio de Max Uhle. La persona al fondo es probablemente William Witte, asistente de Uhle. La persona sentada con máquina de escribir (centro) probablemente sea un estudiante. Fotografía de Max Uhle. Legado Uhle, Ibero-Amerikanisches Institut, NOO 35 S 69. PER CD 496,1 o Per CD 496.1 N-0035 S68, 1887-1899.



Figura 13. Detalle del laboratorio de Max Uhle. Se puede ver mucha cerámica y los frascos de farmacia («bell jars») que utiliza Uhle para guardar y mostrar objetos orgánicos y frágiles. Fotografía de Max Uhle. Legado Uhle, Ibero-Amerikanisches Institut, NOO 35 S 69, PER CD 496,1 o Per CD 496.1 N-0035 S68, 1887-1899.

EXPOSICIONES

Cuando Uhle estaba en Filadelfia, las exposiciones del Museo de Arqueología y Paleontología ocupaban todos los espacios disponibles del edificio de la biblioteca de la universidad (1890-1899) (hoy en día, el Edificio Furness, donde está la Biblioteca de Arte y de Historia de Arte) (figura 3). Las estelas mayas y egipcias estaban instaladas entre los estantes de libros en el principal salón de lectura (Mason & Witte, 1953, p. 2). Las colecciones

egipcias, babilónica, y Cliff Dweller del suroeste de los Estados Unidos, de mayor prioridad, estaban expuestas en sus propios cuartos en diferentes pisos (Mason & Witte, 1953; Haller, 1999).

No he podido encontrar información acerca de las responsabilidades y la participación de Uhle en las exposiciones del museo. Una fotografía de 1898 muestra las exposiciones desplegadas en varios niveles del espacio vertical ocupado por la escalera principal (figura 15).



Figura 14. Detalle del laboratorio de Max Uhle. Se puede ver cabezas falsas de momias al fondo y mucha cerámica y tejidos de Pachacamac en las mesas. Fotografía de Max Uhle. Legado Uhle, Ibero-Amerikanisches Institut, NOO 35 S 69, PER CD 496,1 o Per CD 496.1 N-0035 S68, 1887-1899.



Figura 15. Vitrinas de exhibición de objetos arqueológicos y etnográficos del Museo de Arqueología y Paleontología en la escalera central de la torre de la Biblioteca de la Universidad. Se puede ver cerámica andina en la vitrina al fondo y concha de spondylus en la vitrina a la derecha (University Archives Digital Image Collection University of Pennsylvania, no. 20060302002, 1898).

Una gran vitrina con cerámica andina se ubica en el descanso al centro superior izquierdo. Pocos de estos objetos parecen ser de la colección Uhle. En la vitrina plana abajo a la derecha podemos apreciar alguna evidencia de Uhle: una presentación de conchas de *spondylus* procedentes de sus excavaciones en Pachacamac con textos en blanco sobre etiquetas negras. Uhle debió haber preparado otras vitrinas en los descansos más abajo y arriba y en las escaleras.

CURADURÍA

Uhle trabajó y volvió a trabajar sus listas de objetos. El museo convirtió su numeración de artefactos a un sistema de registro formal. Por las múltiples versiones de listas de registro de objetos que Uhle utilizó sabemos que pasó gran parte de su tiempo en organizar sus colecciones de artefactos y fotografías. La escritura a mano de Uhle puede verse en muchas de las entradas escritas a máquina con datos de los objetos en las que se indican numerosas anotaciones, correcciones y marcas de verificación en las listas del registrador en los libros contables que se utilizaban entonces.

EL PROCESO DE ESCRIBIR

Las libretas de apuntes de Uhle en Berlín están llenas de referencias bibliográficas y de tarjetas del Sistema Decimal Dewey para entradas de datos de catálogo y notas sobre libros y artículos que indican que Uhle utilizaba regularmente la biblioteca de la Universidad de Pensilvania para sus investigaciones y para la preparación de sus publicaciones. El profesor Daniel Brinton tenía la mejor biblioteca personal de la universidad en su casa con más de 4.000 tomos y 2.000 separatas sobre historia, etnología, y arqueología (Weeks, 2000, 2002); pero no hay evidencia que fuera utilizada por Uhle durante la preparación de su monografía sobre Pachacamac.

Uhle no tenía espacio para escribir en su abarrotado laboratorio. Supongo que preparó los diversos artículos y la monografía sobre Pachacamac en una oficina aparte o en su casa. Probablemente se reunía con frecuencia en su oficina con Charlotte Dorothee Grosse, «Lotty», quien primero fue su traductora, luego, su secretaria y, finalmente, su esposa. No tenemos detalles de su vida ni fotografías de ella.

William Witte describe las reuniones que tenía durante las noches con Uhle para ayudarlo con el inglés y para traducir sus artículos sobre khipus (Uhle, 1897b) y la tableta de rapé de Tiwanaku (Uhle, 1898). Generalmente se reunían en la pensión que Uhle tenía en la Avenida Woodland cruzando la calle desde el museo y a dos cuadras de su laboratorio (Mason & Witte, 1953).

El objetivo principal de Uhle fue escribir su monografía sobre Pachacamac. Había preparado una serie de informes preliminares en el campo, algunos de los cuales ya se encontraban escritos en inglés. Tenemos dos borradores de la monografía de Pachacamac. Asumimos

que Charlotte Grosse tipeó y tradujo el documento. Las correcciones a mano y las notas al margen escritas por Uhle aparecen en la mayoría de páginas. Es curioso que William Pepper fuera la única persona que Uhle reconoció en su prefacio del libro Pachacamac (Uhle, 1991, xi) cuando sabemos que también otras apoyaron en la preparación de texto, tipografía, fotografías, y bibliografía.

En la Asociación Arqueológica y en el museo se realizaron numerosos eventos para hacer presentaciones públicas y recolectar fondos. No he encontrado ninguna evidencia de que Uhle asistiera o diera alguna conferencia en estas oportunidades. Debido al pobre inglés que manejaba, dudo mucho que Uhle dictara clases en la universidad. Por lo general, los curadores del museo, ni siquiera el destacado profesor de Antropología Brinton, enseñaron cursos hasta que se formó el Departamento de Antropología en 1903.

La mayoría de residencias cercanas al campus en Filadelfia eran casas habitación para estudiantes y nuevas residencias tipo «row house» para familias de la clase trabajadora. En la década 1890-1900, la población del barrio era diversa en términos de etnicidad y estrato social. Antiguas grandes casas fueron compradas y divididas en cuartos y apartamentos pequeños para estudiantes, inmigrantes de Irlanda, Inglaterra, Escocia, y Alemania, y negros que migraban de otras partes de los Estados Unidos (Preservation Planning Studio, 2001).

Uhle vivió en, por lo menos, tres lugares diferentes. En 1897, una de sus direcciones fue Calle Locust 3731 (libreta de apuntes n.º 48, 3 de mayo a junio de 1897), que actualmente se encuentra en medio del campus. Esta casa fue demolida hace un año debido a renovaciones en el campus. William Witte sostiene que Uhle también vivió en una pensión en la Avenida Woodland al frente de College Hall (Mason & Witte, 1953, p. 4) (figura 16). Según Witte, Uhle no tenía comida incluida en su pensión. La rica colección de fotografías de los archivos Penn incluye fotografías panorámicas (figura 17) desde la torre de College Hall que muestran la calle y la casa de Uhle, pero no sabemos exactamente cuál de las tres casas era la de él. En una carta a Pepper, la dirección del remitente es Calle Walnut 3429.

UHLE COMO PERSONA

William Witte recuerda a Uhle cuando trabajó con él en la colección Pachacamac y en su breve autobiografía nos ofrece interesantes comentarios sobre este personaje (Mason & Witte, 1953, pp. 3-4). Anota que «Uhle tenía un pobre conocimiento del inglés» y describe un curioso incidente:

Un día, cuando Witte y Uhle se encontraban trabajando en la colección, en un cierto momento Witte hizo algo que incomodó a Uhle quien respondió, distraídamente, gritándole en alemán. Witte reaccionó inmediatamente y le respondió también en alemán, a lo que Uhle le contestó: «Nunca más voy a hablar inglés contigo».



Figura 16. Apartamentos y pensiones en casas típicas de Filadelfia, en la Avenida Woodland, en frente del Museo de Arqueología y Paleontología. Max Uhle vivió por un periodo en una de las casas en el centro de la fotografía. University Archives Digital Image Collection, University of Pennsylvania, n.º 20040713013, 1891.



Figura 17. El primer Museo de Arqueología y Paleontología en College Hall (1887-1890) —edificio alto a la derecha— y el segundo, (1890-1899) en la biblioteca de la universidad —edificio alto a la izquierda— dentro del campus de la Universidad de Pensilvania. Uhle probablemente tomó esta fotografía desde el techo de su pensión en calle Walnut n.º 3429. Fotografía de Max Uhle. Legado Uhle, Ibero-Amerikanisches Institut, 1887-1899.

En ese tiempo, Uhle vivía en una pensión en la Avenida Woodland, al frente de College Hall, y a partir de entonces, Witte solía ir casi todas las noches al cuarto de Uhle para ayudarlo con el inglés. Lo ayudó a escribir los dos cortos artículos en inglés que fueron publicados en nuestro antiguo Boletín, uno acerca del quipu boliviano y el otro sobre el artefacto en forma de tubo utilizado para inhalar procedente de Tiahuanaco. Uhle decía que solo tomaba café en el desayuno y que no comía nada más hasta las siete de la noche cuando solía ir al centro de la ciudad a un restaurante alemán donde se despachaba una enorme cena (Mason & Witte, 1953, pp. 3-4).

El tema del inglés de Uhle es particularmente interesante. Las cartas y los informes que él hacía para Stevenson y otros demuestran un manejo adecuado del inglés escrito. Sin embargo, William Witte afirma que el inglés hablado y escrito de Uhle era pobre.

Es probable que Uhle interactuara con la comunidad alemana en Filadelfia. Además de Charlotte Grosse, conoció también a sus padres: el inmigrante alemán Johannes Bernhard Grosse, médico, y a su esposa, Luise Sophie Wulkop.

Una serie de fotografías y postales en los álbumes de Uhle en el Instituto Ibero-Americano en Berlín muestra que tomaba vacaciones en las playas de Atlantic City en Nueva Jersey. Fotografió una rueda de Chicago en un parque de diversiones. Otras fotografías muestran su particular interés por los muelles y los barcos de vela del río Delaware, así como el puente de la calle South sobre el río Schuylkill y las actividades que se desarrollaban

en las calles cerca del campus y el museo. Pero para alguien tan aficionado a la cámara, Uhle tomó muy pocas fotografías durante su estadía en Filadelfia.

Una carta que Uhle escribió varios años después de dejar Filadelfia indica que su experiencia en Filadelfia no lo hizo feliz y que siempre ansió volver al campo en América Latina.

CONCLUSIÓN: LOS IMPACTOS DE SUS COLEGAS EN LA CARRERA ACADÉMICA DE UHLE Y VICEVERSA

El resultado más importante de los dos años que Uhle pasó en Filadelfia fue su monografía sobre Pachacamac. Después de su publicación en 1903, finalmente empezó a recibir la atención académica y pública que merecía.

Uhle debe haber prestado mucha atención a la compleja planificación del nuevo Museo de Arqueología y Antropología entre 1893 y 1899, cuya construcción ya estaba muy avanzada y que se terminó al final de su estadía en Filadelfia (figura 18). Debió haber tenido conocimiento de los arquitectos y sus diseños, de las actividades de recolección de fondos, de los eventos promocionales, de las licitaciones del contrato así como de las negociaciones políticas con los gobiernos municipal y estatal. En base a esta experiencia, Uhle fue designado director de la sección arqueológica en el Museo Nacional de Historia de Lima en 1905 y en el Museo de Etnología y Antropología de Santiago de Chile entre 1912 y 1919. También ayudó a fundar un museo en Quito entre 1925 y 1933 que desgraciadamente fue arrasado por un incendio (Uhle, 1930).

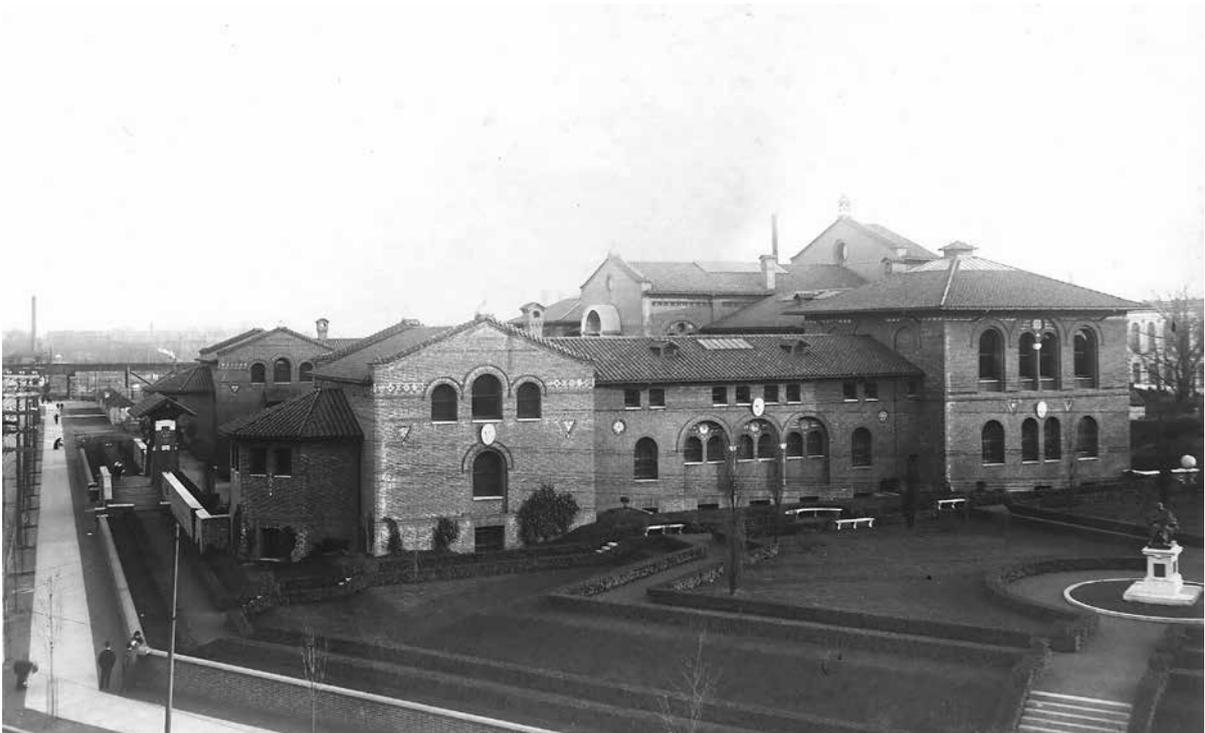


Figura 18. Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania en 1910 en la primera fase de construcción. Fotografía de Walter Rogers. University Archives Digital Image Collection, University of Pennsylvania, n.º 20051025002, 1910.

¿Tuvo Uhle alguna influencia en otros académicos de esa época en Filadelfia? Según una limitada evidencia, parece ser que su influencia fue mínima. Debido a su precario inglés, a su natural timidez, a ser extranjero y a su soltería, la interacción con sus colegas debió ser muy restringida. En los diversos relatos acerca de la historia del museo se le menciona rara vez o muy brevemente.

Uhle se dedicó a integrar datos históricos, etnográficos y arqueológicos y al uso apropiado de la analogía en la interpretación arqueológica desde antes de su llegada a la Universidad de Pensilvania. En Pachacamac, trató el registro arqueológico por separado y como una verificación independiente de la documentación histórica. Además, él era un dedicado arqueólogo de campo. Es probable que Uhle, Frank Cushing, Henry Mercer y otros académicos del museo que estaban orientados al trabajo de campo se hayan influenciado mutuamente —desgraciadamente Cushing murió poco tiempo después debido a su delicado estado de salud—. Steward Culin probablemente introdujo a Uhle en las exhibiciones más modernas del museo. Mercer pudo haber aprendido de Uhle el estilo de recolectar múltiples ejemplos de tipos de objetos, que él aplicó a su propia forma de coleccionar para un museo privado de artesanías coloniales y objetos utilitarios (Mercer Museum de Downingtown, Pensilvania). Uhle también interactuó con arqueólogos que dirigieron grandes excavaciones durante varios años y en muchas partes del mundo (Irak, Egipto, y el Mediterráneo), aunque él ya había

tenido experiencia con un gran proyecto como fue el de Pachacamac.

Las colecciones de Uhle procedentes de Bolivia y Perú se combinaron con nuevas adquisiciones de todas partes del mundo, lo que estimuló la planificación de un nuevo museo permanente en la década 1890-1900. Estas colecciones conforman el corpus principal de los bienes del museo (figura 19).

Uhle también fue testigo de un cambio radical. La formación de la antropología moderna norteamericana —y lo que se convirtió en la arqueología antropológica— empezó en la Universidad de Pensilvania con la designación de Daniel Brinton como el primer profesor de antropología lingüística —dos años antes que Franz Boas fuera designado profesor de Antropología de la Universidad Columbia en Nueva York— mediante los esfuerzos de Pepper, Stevenson y otros (Kopytoff, 2006; Weeks, 2002; Winegrad, 1993). En 1903 se creó el Departamento de Antropología, justo cuando Uhle dejó la Universidad de Pensilvania. Mientras estuvo allí, probablemente fue testigo de algunas de las desagradables luchas internas y debates mezquinos entre poderosas y variopintas personalidades con respecto a los fondos, espacios, relaciones públicas y poder.

Estoy convencido de que Uhle tuvo planes mucho más ambiciosos para el análisis, interpretación y publicación de las excavaciones en Pachacamac. En sus publicaciones solo se concentró en un pequeño número de miles de objetos procedentes de Pachacamac y de Bolivia. Desafortunadamente, la relación de Uhle con



Figura 19. Edificio «Mainwaring» del Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania en 2006. La mayoría de la colección andina de Max Uhle está guardada en este edificio. Fotografía de Clark Erickson (2006).

esta increíble colección terminó con su viaje al Perú al ser contratado por Hearst.

Es probable que Uhle se decidiera a dejar Penn cuando murió William Pepper, su patrocinador y mentor que falleció en 1898 a la edad de 55 años (Rowe, 1954). Cuando se quedó sin patrocinador y sin salario, Uhle buscó otras posibilidades. La mayoría de fondos que habían estado dedicados a salarios y expediciones, en ese momento estaban concentrados en la construcción e implementación del nuevo Museo. Phoebe Hearst, una amiga de William Pepper y de Sara Yorke Stevenson, se las arregló para contratar a Uhle para que hiciera colecciones en Perú para el Museo Hearst de la Universidad de California en Berkeley (Rowe, 1954). Uhle dejó Filadelfia con destino a la ciudad de Nueva York y el 19 de junio de 1899 zarpó para el Perú (Masson, 1999).

El 10 de junio de 1903, después de dos años en el Perú, Uhle volvió a Filadelfia para casarse con su secretaria y traductora Charlotte Dortohee Grosse (Rowe, 1954, pp. 6, 9). Al poco tiempo ambos viajaron a Berkeley, California. En 1936, Uhle fue invitado a asistir a una conferencia internacional, la «Conferencia del Hombre Temprano» auspiciada por la Universidad de Pensilvania en Filadelfia, pero no encontré evidencia de su asistencia. Y así es como más o menos termina la breve historia de Max Uhle en Filadelfia.

AGRADECIMIENTOS

Este estudio es parte de un proyecto más grande de organizar, conservar, documentar, analizar, y publicar la vasta

colección de objetos recolectada por Max Uhle en la sección americana del Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania en Filadelfia. Agradezco al personal del Ibero-Amerikanisches Institut en Berlín, doctor Gregor Wolff y doctor Peter Masson, por haberme admitido acceder al legado de Max Uhle y a Manuela Fischer, del Ethnologisches Museum Berlín por permitirme una visita a la Colección Uhle. Norbert Knossalla fue mi traductor del alemán antiguo a inglés y guía para entender las percepciones y personalidad de Uhle desde sus libretas de apuntes del 15 al 21 junio de 2003. Fui becario de la Sociedad Americana de Filosofía (Filadelfia) para transporte y viáticos durante mi estadía en Berlín. Quisiera agradecer a los Drs. Peter Kaulicke (Pontificia Universidad Católica del Perú), Gregor Wolff (IAI), Peter Masson (IAI), Manuela Fischer (Ethnologisches Museum), y Norbert Knossalla quienes organizaron el simposio sobre Max Uhle en Lima (2006), cuyas ponencias y discusiones ampliaron mi conocimiento sobre Max Uhle. El doctor Kaulicke, doctor Krzysztof Makowski y el ingeniero Ignacio Garaycochea fueron excelentes anfitriones durante mi estadía en Lima. La señora Adriana Soldi fue la traductora de la ponencia del inglés al español. Alessandro Pezzati, archivista del Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad de Pensilvania, me ayudó mucho en la investigación de documentos y fotografías relacionados con Uhle. Agradezco también a los Archivos de la Universidad de Pensilvania, especialmente la colección digital de fotografías históricas y la colección Furness.

DOCUMENTOS INÉDITOS

- MASON, J. A. & W. H. WITTE (1953). Reminiscence of Early Days in the University Museum and of other Scientists of that Era. Manuscrito, Museum Archives, University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia.
- UHLE, M. (1897a). Letter to Steward Culin, Director of the Department of Archaeology and Paleontology of the University of Pennsylvania (1897). Museum Archives, University of Pennsylvania, Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia.
- UHLE, M. (1930). Letter to J. Alden Mason (Quito, 23 de enero de 1930). Philadelphia: Archives, American Philosophical Society.
- UHLE, M. n.d. Letter to [nombre] [fecha]. Berkeley: Archives, Hearst Museum, University of California.

BIBLIOGRAFÍA

- BANKMANN, U. (1998). Aufbruch und Rückkehr - Die Berliner Zeit im Leben Max Uhles., *Indiana*, 15, 11-36.
- BROWNLEE, A. (2005). What was there before the Museum? *Expedition*, 47, (1), 32-37.
- FOWLER, D. & D. WILCOX (Eds.) (2003). *Philadelphia and the Development of Americanist Archaeology*. Tuscaloosa: University of Alabama Press.
- HALLER, D. (1999). Architectural Archaeology: A Centennial View of the Museum Buildings. *Expedition*, 41,(1), 31-46.
- KAULICKE, P. (Ed.) (1998). *Max Uhle y el Perú antiguo*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KOPYTOFF, I. (2006). A Short History of Anthropology at Penn. *Expedition*, 48, (1), 26-29.
- KUKLICK, B. (1996). *Puritans in Babylon: The ancient Near East and American Intellectual Life, 1880-1930*. Princeton: Princeton University Press.
- LOZA, C. B. (2004). Itinerarios de Max Uhle en el Altiplano Boliviano: sus libretas de expedición e historia cultural (1893-1896), *Indiana, Suplemento* 15.
- MADEIRA, P. (1964). *Men in search of man: the first seventy-five years of the University Museum of the University of Pennsylvania*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- MASSON, P. & G. KRAUSE (1999). Max Uhle (1895-1944): Arqueología e historia cultural del área andina como obra vitalicia. En Wurster, W. W. (Ed.), *Max Uhle (1856-1944): Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Max Uhle (1856-1944): planos de sitios arqueológicos en el área Andina*, (pp. 24-41), *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 56.
- PRESERVATION PLANNING STUDIO. (2001). *Powelton Village*, documento digital, Penn Design, University of Pennsylvania, Philadelphia. http://www.design.upenn.edu/his_pres/student/powelton_village/powelton_home.htm
- ROWE, J. H. (1954). *Max Uhle, 1856-1944. A memoir of the father of Peruvian archaeology*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 46, (1).
- SHIMADA, I. (1991). Pachacamac archaeology, retrospect and prospect: an introduction. En: *Max Uhle, Pachacamac: Report of the William Pepper, M.D., LL.D, Peruvian expedition of 1896, XVI-LXVI*. Philadelphia: University Museum of Archaeology and Anthropology, University of Pennsylvania.
- SKUCHAS, E. A. (2002). Guide to the Office of the Provost William Pepper, Jr. (1843-1898), 1881-1894. Records, 1887-1892. University Archives and Record Center, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- THIEMER-SACHSE, U. & P. MASSON (Eds.) (1999). *Estudios Andinos: Max Uhle, su obra y su repercusión, Indiana*, 15.
- THORPE, F. N. (1904). *William Pepper, M.D., LL.D. (1843-1898): Provost of the University of Pennsylvania*. Philadelphia: J. B. Lippincott.
- UHLE, M. (1897b). A modern kipu from Cutusuma, Bolivia. *Bulletin of the Museum of Science and Art, University of Pennsylvania*, 1, (2), 51-63.
- UHLE, M. (1898). A snuffing tube from Tiahuanaco. *Bulletin of the Museum of Science and Art, University of Pennsylvania*, 1, (4), 159-177.
- UHLE, M. (1991). *Pachacamac: Report of the William Pepper, M.D., LL.D, Peruvian expedition of 1896*. (A reprint of the 1903 edition). University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia.
- WEEKS, J. M. (2000). The Daniel Garrison Brinton Collection. En: The Penn Library Collection at 250, documento digital, University of Pennsylvania Library, <http://www.library.upenn.edu/exhibits/rbm/at250/anthropology/jw.pdf>
- WEEKS, J. M. (2002). The Library of Daniel Garrison Brinton. University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, Philadelphia.
- WINEGRAD, D. P. (1993). *Through time, across continents: a hundred years of archaeology and anthropology at the University Museum*. Philadelphia: University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology.
- Wurster, W. W. (Ed.) (1999) *Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Max Uhle (1856-1944): Planos de sitios arqueológicos en el área Andina*, *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*. 56.

UN SIGLO DESPUÉS DE UHLE: REFLEXIONES SOBRE LA ARQUEOLOGÍA DE PACHACAMAC Y PERÚ

Izumi Shimada¹, Rafael Segura Llanos¹, David J. Goldstein², Kelly J. Knudson³
Melody J. Shimada¹, Ken-ichi Shinoda⁴, Mai Takigami⁵ & Ursel Wagner⁶

INTRODUCCIÓN

El pionero trabajo de campo de Max Uhle en Pachacamac en 1896-97 y su subsecuente publicación (1903) tuvo un profundo y duradero efecto en la arqueología andina, al establecer una serie de temas de investigación, enfoques, conceptos y marcos interpretativos (Kaulicke, 1998; Menzel, 1977; Ravines, 1989; Rowe, 1954; Shimada, 1991; Willey & Sabloff, 1993). Así por ejemplo, todavía continúan en uso los conceptos de horizonte y estilos regionales alternantes que él formulara como base de la cronología cultural para buena parte de los Andes.

Sin embargo, la utilidad del concepto de horizonte (Willey, 1945, 1948) ha sido reevaluada a la luz de las modernas técnicas de datación, fácilmente accesibles, precisas y confiables —particularmente el uso de la datación por Espectroscopía de Acelerador de Masa, y tal vez, en un futuro próximo, mediante la dendrocronología—, y de la comprensión más precisa y dinámica que tenemos actualmente de los procesos culturales (Rice, 1993).

El concepto de horizonte sugiere, además, el prejuicio inherente de que las culturas «intermedias» son menos distinguidas que aquellas que dieron lugar a los horizontes estilísticos, tal como se desprende del término «epigonal» empleado por Uhle (Shimada, 1999). El significado relativo de una cultura dentro de la civilización andina ha sido distorsionado por este énfasis sobredimensionado en el estilo artístico. Culturas como Sicán Medio (900-1100 d.C.; Lambayeque Clásico) pueden ser juzgadas como artísticamente «menos distinguidas» (pues no son originales) ya que muchos de sus elementos y temas han derivado de los estilos anteriores Moche (Mochica) y Wari (Huari). Sin embargo, sobre la base de los logros tecnológicos, productividad económica, nivel e intensidad de comercio, y complejidad de la

organización socioeconómica, Sicán Medio no solo es comparable, sino incluso superior, a los horizontes culturales Wari y Tiwanaku (Shimada, 2000). De hecho, la rápida distribución de la cerámica negra distintiva de Sicán Medio, desde Tumbes por el Norte hasta Ica por el Sur, brinda una base adecuada para argumentar que el estilo Sicán Medio constituye un estilo horizonte *sensu stricto* (Willey, 1948).

El legado arqueológico más perdurable y generalizado de Uhle es, sin lugar a dudas, el establecimiento de la primacía de la cronología en la investigación, así como el marco cronológico básico para los Andes Centrales (Uhle, 1903; también Menzel, 1977; Rowe, 1954; Willey & Sabloff, 1993). Este logro y la identificación de tipos estilísticos fueron conseguidos gracias a la confiabilidad concedida al análisis de lotes de tumbas, lo que ha llevado a un énfasis correspondiente en excavaciones de entierros en la arqueología peruana (Shimada & Vega-Centeno, s.f.). En su búsqueda de lotes de tumbas no disturbadas, Uhle (1903, 1906, 1910, 1913a, 1913b; Menzel, 1977) excavó, entre 1896 y 1905, una serie de cementerios —en sentido estricto, «complejos funerarios» (Kaulicke, 1997, p. 27)— a lo largo de la costa, incluyendo los grandes centros ceremoniales y/o sitios funerarios (de Sur a Norte) de Ocucaje, Tambo Colorado, Huaytará, Tambo de Mora, Pachacamac, Ancón, Cerro Trinidad, Chimú Cápac y Moche.

Con el tiempo, lo que empezó como un medio para definir la variabilidad cronológica y estilística a través de los artefactos preservados, cobró autonomía y se convirtió en un fin en sí mismo. En el caso de la arqueología Moche —en menor grado Nasca—, que cuenta con cerámica decorada con detalladas y diversas clases de representaciones, la excavación de entierros funerarios ha sido empleada para incrementar el corpus iconográfico, y así elaborar reconstrucciones culturales (Shimada, 1994,

¹ Southern Illinois University, Carbondale, Department of Anthropology, Illinois, EE.UU.

² University of South Carolina, Columbia, South Carolina Institute of Archaeology and Anthropology, South Carolina, EE.UU.

³ Arizona State University, Tempe, Center for Bioarchaeological Research, School of Human Evolution and Social Change, Arizona, EE.UU.

⁴ National Museum of Nature and Science, Department of Anthropology, Tokyo, Japón.

⁵ The University of Tokyo, Department of Integrated Biosciences, Graduate School of Frontier Sciences, Kashiwa, Japón.

⁶ Technische Universität München, Physik-Department E15, Garching, Alemania.

pp. 16-27) y, de esta manera, afirmar la historicidad de las representaciones artísticas (Alva & Donnan, 1993; Bourget, 2001; Castillo, 2000; Donnan, 1985; Donnan & Castillo, 1994; Proulx, 2006). Frecuentemente, la excavación de entierros con tales objetivos ha sido conducida sin una necesaria concomitante o previa elucidación de la dinámica y paisaje sociales —por ejemplo, distribución, extensión y organización de asentamientos habitacionales— en los que tales contextos se inscriben (Shimada & Vega-Centeno, s.f.).

La aproximación de Uhle, que sostuvo el concepto de tipo estilístico, también ayudó a crear otra característica constante de la arqueología andina: un fuerte énfasis en sitios «tipo» o primarios para caracterizar determinadas culturas —por ejemplo, el sitio de Moche (Huacas de Moche o Cerro Blanco) para la cultura Moche— (Shimada & Vega-Centeno, s.f.).

A pesar de la temprana introducción de los estudios de patrones de asentamiento por parte del Proyecto Valle de Virú (Wiley, 1953, 1974), y de la reconocida importancia de este tipo de investigación (Billman & Feinman, 1999), ha sido un reto continuo complementar de manera balanceada los estudios centrados en uno o algunos pocos sitios principales con aquellos estudios de alcance regional y provincial, particularmente en la costa del Perú. Muy a menudo, una investigación que ha comenzado enfatizando uno de estos enfoques no ha conseguido desarrollar el enfoque complementario (Shimada, 1990). Más aún, este énfasis en los sitios tipo o primarios ha ido frecuentemente de la mano con la búsqueda de entierros intactos de élite, hasta el punto de distorsionar nuestra visión de la realidad cultural prehispánica.

Otro aspecto importante del legado intelectual de Uhle fue la comprobación del potencial de la información etnohistórica como guía del trabajo de campo arqueológico, así como su interpretación. Efectivamente, su trabajo en Pachacamac estuvo basado no solamente en su previo conocimiento de los estilos Inka y Tiwanaku, sino también en la información proporcionada por los escritos españoles de los siglos XVI y XVII.

Antes de su llegada a Pachacamac en 1896, Uhle, como curador del Museo de Dresden, ya había colaborado con Alphons Stübel en el estudio de sus notas de campo y fotografías de Tiwanaku (Wiley & Sabloff, 1993, pp. 76-77). Como resultado, Uhle se encontraba familiarizado con los estilos «Inka» y «Tiahuanacoide» y con muchos documentos de los siglos XVI y XVII que describían la época anterior a la conquista. La bibliografía de su informe de 1903 (Uhle, 1903, pp. ix-x) contiene 29 de tales documentos. De hecho, la información que Uhle reunió de estas fuentes coloniales acerca de cómo el santuario de Pachacamac gozó de fama y respeto únicos en el Tawantinsuyu, lo persuadió de trabajar en Pachacamac (Uhle, 1903, p. xi).

Hacia el final de la década de los 70, la información histórica y un mejor entendimiento de los temas bajo estudio en el diseño de la investigación de los periodos

tardíos prehispánicos en arqueología andina, ya habían sido firmemente integrados años antes que en su contraparte mesoamericana (Burger, 1989; Murra, 1962, 1970; Salomon, 1985; Schaedel & Shimada, 1982; Shimada & Vega-Centeno, s.f.).

Nuestra contribución revisa dos de los legados intelectuales de Uhle que hemos descrito brevemente. Estos son: el uso de la etnohistoria en la investigación arqueológica y el énfasis en la excavación de entierros y análisis de lotes de tumbas, todo ello a la luz de los nuevos datos y de un entendimiento más profundo conseguidos durante las primeras tres temporadas (2003-05) de nuestro Proyecto Arqueológico Pachacamac. No es ninguna sorpresa que hayamos encontrado que algunos de los aportes e interpretaciones de Uhle necesiten una seria reconsideración y modificación.

CAMBIANDO LAS VISIONES DE PACHACAMAC

Idealmente, como Dymond (1974) y otros han argumentado, la etnohistoria y la arqueología interactúan de manera dialéctica por estimulación y verificación mutua, sin que una predetermine a la otra. Este es un balance difícil de lograr a pesar de todas las buenas intenciones, ya que la arqueología depende inherentemente de la evidencia material preservada, a la vez que se encuentra sujeta a una base interpretativa determinada culturalmente. Si bien los documentos coloniales tienen sus propias limitaciones, tales como una serie de prejuicios inherentes y una agenda implícita acerca del informante nativo y el escritor europeo (Murra & Morris, 1976; Rowe, 1946; Salomon, 1985, 1999), también pueden ofrecer información detallada y sugerente sobre aspectos de difícil acceso para los arqueólogos, como por ejemplo, creencias, actividades recreacionales y relaciones sociales. El desafío al que los arqueólogos se enfrentan, entonces, es el de evitar el uso ingenuo y desprovisto de toda crítica de la información etnohistórica.

En general, los arqueólogos del siglo XX que investigaron en Pachacamac siguieron los pasos de Uhle, trabajando desde lo conocido (periodos históricos) hacia lo no conocido (periodos prehistóricos). Aún cuando este enfoque es provechoso, tiene una importante consecuencia negativa ya que privilegia invariablemente las construcciones monumentales prehispánicas tardías (figura 1), sobre las cuales existe información documentada, especialmente si dicha información puede ser extrapolada hacia tiempos anteriores. Estos monumentos incluyen aquellos de origen inkaico, como el Templo del Sol y el Convento de las Mamaconas, y aquellos que estaban en uso cuando los inkas llegaron a Pachacamac alrededor de 1460, especialmente el Templo de Pachacamac (Templo Pintado, figura 2), las Pirámides con Rampa y las calles Norte-Sur y Este-Oeste, principales rutas de movimiento dentro del sitio.

De hecho, estas construcciones monumentales prehispánicas tardías altamente visibles, acapararon la atención arqueológica a lo largo del siglo XX (Daggett,

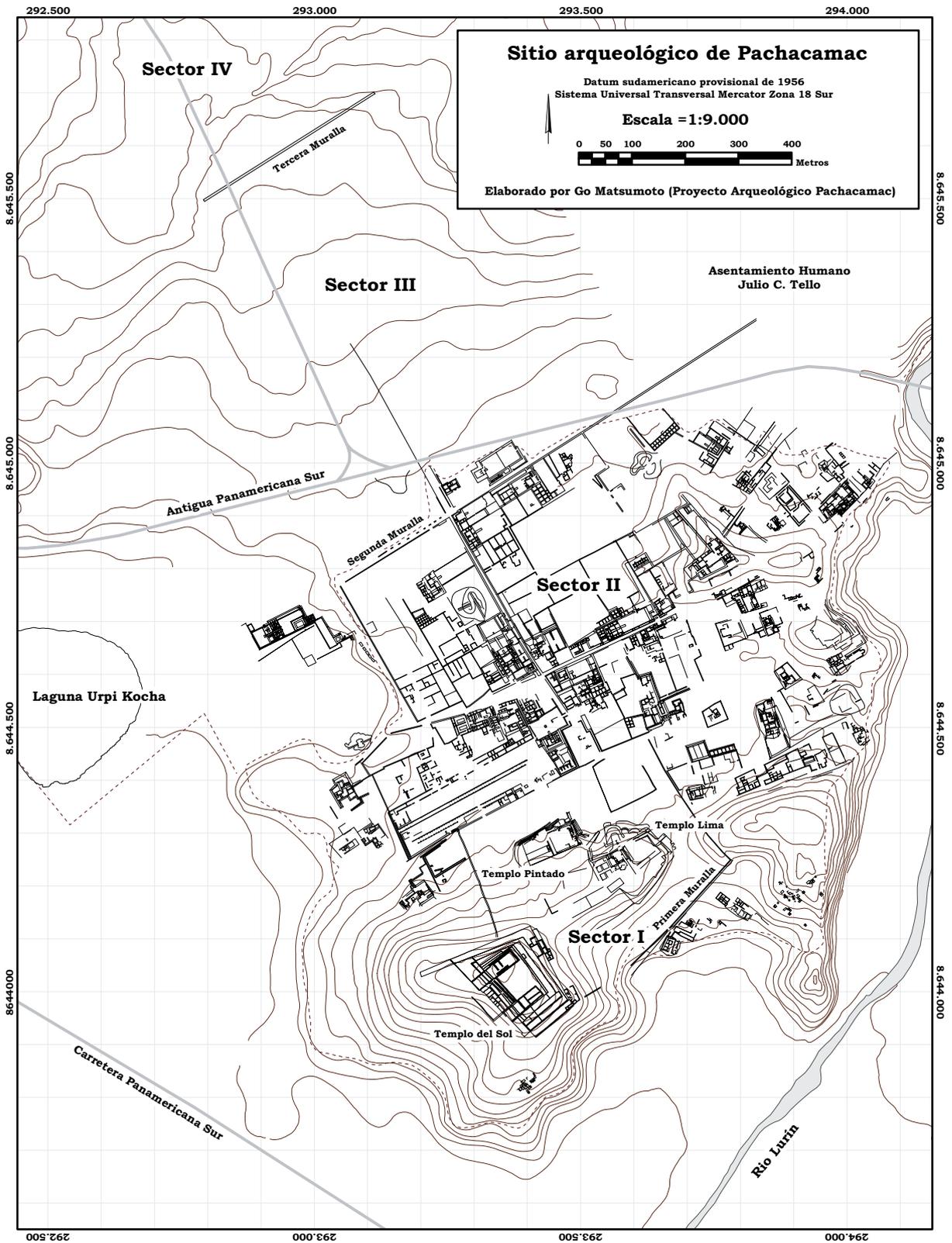


Figura 1. Mapa digitalizado de la arquitectura y topografía del sitio de Pachacamac, elaborado por Go Matsumoto.



Figura 2. Vista frontal del Templo de Pachacamac (aka Templo Pintado) con el Templo Inkaico del Sol al fondo. La excavación al frente corresponde a la Trinchera 7-’05. Las escaleras de abobe fueron construidas por el proyecto para ser usadas temporalmente. Vista al suroeste. Fotografía de Izumi Shimada.

1988; Shimada, 1991 para revisiones históricas). El último cuarto de siglo fue testigo de proyectos que estuvieron enfocados en excavaciones en la cima del Templo de Pachacamac y Templo Viejo de Pachacamac (Templo Lima o Templo Viejo) (Paredes, 1985; Paredes & Franco, 1985; Franco, 1993, 2004; Franco & Paredes 2000), mientras que otros centraron su interés en las Pirámides con Rampa (Eeckhout, 1995, 1999a, b, 2000, 2003, 2004; Farfán, 2004; Franco, 1998; Paredes, 1988; Paredes & Franco, 1987). En general, estos estudios clarificaron mucho la arquitectura de elite y religiosa, así como las actividades durante el Horizonte Medio y el Periodo Intermedio Tardío. Pero, al mismo tiempo, no consideraron en profundidad cómo dichas estructuras monumentales se articularon funcional y socialmente con otras áreas del sitio, particularmente aquellas sin arquitectura monumental. Se entiende, por lo tanto, que en relación al estado de la arqueología de Pachacamac en los años 80, Bonavia (1985, p. 137; también Shimada, 1991, LV) lamentara que

es una gran pena que el trabajo se haya concentrado en un solo sector [el céntrico, «sagrado» o «monumental» Sector I] de Pachacamac, en tanto que el resto permanece cubierto de arena, parcialmente destruido para siempre y ahora deformado por reconstrucciones pobremente concebidas.

A pesar de los avances en nuestra comprensión de una serie de edificios monumentales desde el trabajo

pionero de Uhle, es necesario enfatizar que, a comienzos del siglo XXI, aún no tenemos una imagen de Pachacamac como un todo dinámico e integrado, o una comprensión cabal de sus bases sociales, particularmente para periodos preinka (Shimada *et al.*, 2004a). En consecuencia, nuestro proyecto, iniciado en el año 2003, ha intentado definir la identidad social, organización, roles y dinámica de los habitantes preinkaicos —permanentes o no— que contribuyeron en el manejo y mantenimiento del sitio. Así, hemos empezado nuestro trabajo formulándonos las siguientes preguntas básicas: ¿qué hizo la gente en Pachacamac en tiempos preinkaicos y cuál fue el significado de sus actividades?, ¿fueron los residentes permanentes o temporales?, ¿cambió su composición y organización a lo largo del tiempo?, ¿de dónde vinieron sus habitantes?

Creemos que la clarificación de los fundamentos sociales del sitio es crucial para comprender la notable importancia religiosa y longevidad de Pachacamac, aspectos que originalmente atrajeron a Uhle al sitio (Shimada *et al.*, 2004a). Asimismo, nuestra investigación está orientada a complementar recientes investigaciones arqueológicas que se vienen llevando a cabo en otros sitios regionales contemporáneos —esto es, Armatambo (Díaz, 2004), Cajamarquilla (Segura, 2001), Pampa de las Flores (Eeckhout, 1999a), Panquilma y Cieneguilla (Marccone, 2004; Marccone & López-Hurtado, 2002)—.

A la luz de lo dicho, nuestros intereses de investigación plantean una serie de preguntas acerca de las

continuidades y cambios en el paisaje físico, social y simbólico del sitio. Uhle especuló acerca de las edades relativas de las diferentes áreas del sitio (crecimiento horizontal) —por ejemplo, el Área B al noreste del Templo Pintado y al este de la Plaza de los Peregrinos fue considerada por él como una de las más antiguas— pero no exploró suficientemente la superposición arquitectónica (crecimiento vertical). Nosotros, en cambio, proponemos que (1) el Sector I de carácter monumental a lo largo de los límites sur y oeste del sitio es el área más antigua y fue el punto de inicio para el crecimiento horizontal de Pachacamac. Creemos que al menos tres templos Lima —Urpi Wachak, un templo sin nombre bajo el Templo del Sol (Patterson, 1966, p. 114), y el Templo Viejo o Templo Lima— fueron construidos sobre los promontorios al Oeste y al Sur desde donde se domina visualmente la laguna de Urpi Kocha, el Océano Pacífico y la desembocadura del río Lurín respectivamente, para simbolizar la importancia de estas fuentes de agua. Pensamos que la forma peculiar del Templo Viejo de Pachacamac,

cuyo trazo y estructura muestra seis esquinas o protuberancias angulosas, representa un *Spondylus princeps* estilizado, reforzando de esta manera la relación con el agua (Shimada *et al.*, 2003). Adicionalmente, planteamos que (2) buena parte de lo que hoy se observa en el Sector I —particularmente la Plaza de los Peregrinos— fue consecuencia de un esfuerzo inka a gran escala por crear una nueva geografía sagrada con el Templo del Sol como edificio central (Shimada *et al.*, 2003, 2004a, 2005a; Bueno, 1982, 1983; Paredes, 1990; Patterson, 1996).

De acuerdo con nuestro interés principal en el origen social de Pachacamac, las tres primeras temporadas de nuestro trabajo de campo se enfocaron en áreas no monumentales del sitio. Nuestra prospección en superficie, excavaciones de prueba y prospección mediante Radar de Penetración de Suelos (GPR) a gran escala, revelaron, en el 2003, que el Sector III (850 x 1100 m), un área extensa cubierta de arena (figura 3) presentaba vestigios habitacionales superficiales correspondientes al Horizonte Tardío (Shimada *et al.*, 2003, 2004a).



Figura 3. Prospección a gran escala con Radar de Penetración de Suelos en el extenso Sector III en el 2003. Vista al sureste. Fotografía de Izumi Shimada.

En la mitad este de la Plaza de los Peregrinos, cerca al Templo de Pachacamac (figura 4), la prospección con radar y excavaciones de prueba revelaron más de dos metros de depósitos estratificados preinkas, ricos en materiales orgánicos y artefactos, junto con superficies ocupacionales superpuestas y restos arquitectónicos. La prospección con radar (GPR) indicó una densidad considerablemente menor de restos así como una estratigrafía más simple en la mitad oeste de la Plaza. Por esta razón, las temporadas 2004 y 2005 tuvieron por objeto conseguir una caracterización detallada de

la naturaleza y organización de los restos preinkas de la Plaza de los Peregrinos (figuras 5, 6) mediante una prospección adicional y excavación de seis unidades que variaron entre 5x5 a 10x10 m.

Contrariamente a nuestra impresión inicial de una extensa e intensiva ocupación doméstica, parece ser ahora que desde fines del Horizonte Medio, circa 900-1000 d.C., hasta antes de la llegada inka alrededor de 1460 d.C., la mitad este de la Plaza fue escenario de numerosas construcciones periódicas, de eventos de renovación de estructuras rituales, y de colocación de diversas ofrendas



Figura 4. Prospección intensiva con Radar de Penetración de Suelos en la mitad este de la Plaza de los Peregrinos, plaza ubicada justo al norte del Templo de Pachacamac. Vista al norte. Fotografía de Izumi Shimada.



Figura 5. Excavación de la Trinchera 1-Ampliación-‘04 en la mitad este de la Plaza de los Peregrinos, ubicada justo al norte del llamado ushnu o Plataforma inkaica, mostrando la profundidad y complejidad de los restos culturales. Vista al noreste. Fotografía de Izumi Shimada.

asociadas con ocupaciones temporales de varios grupos sociales de la costa y del interior de la costa central. Es ahora evidente que la intensidad y forma en la que estas actividades fueron conducidas, variaron considerablemente entre áreas contiguas separadas por 10 a 15 metros.

Una idea de la intensidad, complejidad y continuidad de estas construcciones y actividades rituales puede

ser obtenida a partir de la figura 7a-e, donde se muestra la densa distribución vertical y horizontal de cerca de 800 rasgos en la Trinchera 1 —Ampliación— ‘04 (T-1) registrados en un área de 10 x 10 metros y cerca de 2 metros de profundidad. Estas construcciones y rasgos se extienden por 500 años al menos, desde *circa* 900-1000 d.C., hasta la llegada de los inkas alrededor de 1460 d.C. (tabla 1). Los rasgos más tempranos (figura 7e, 8)

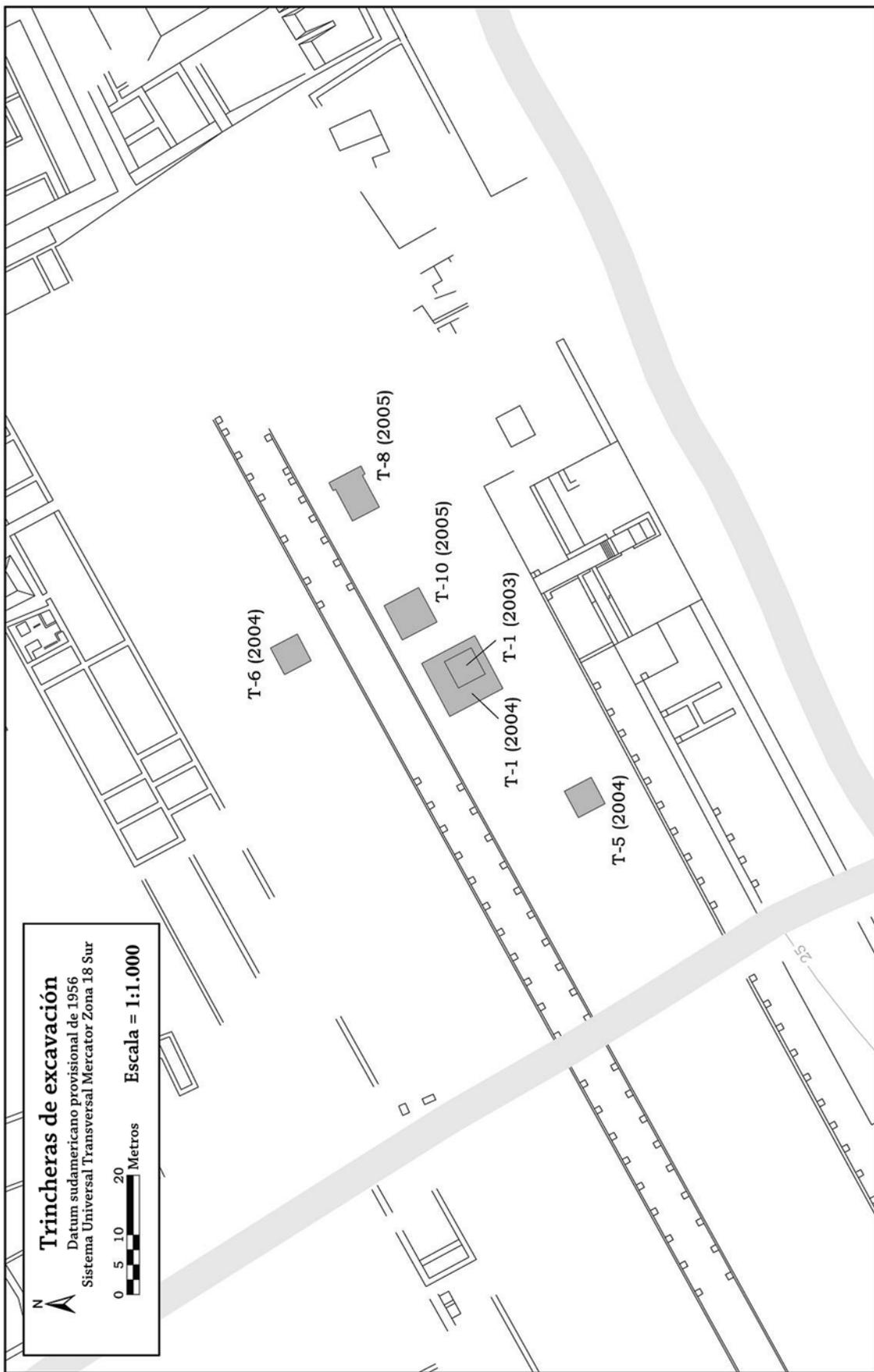
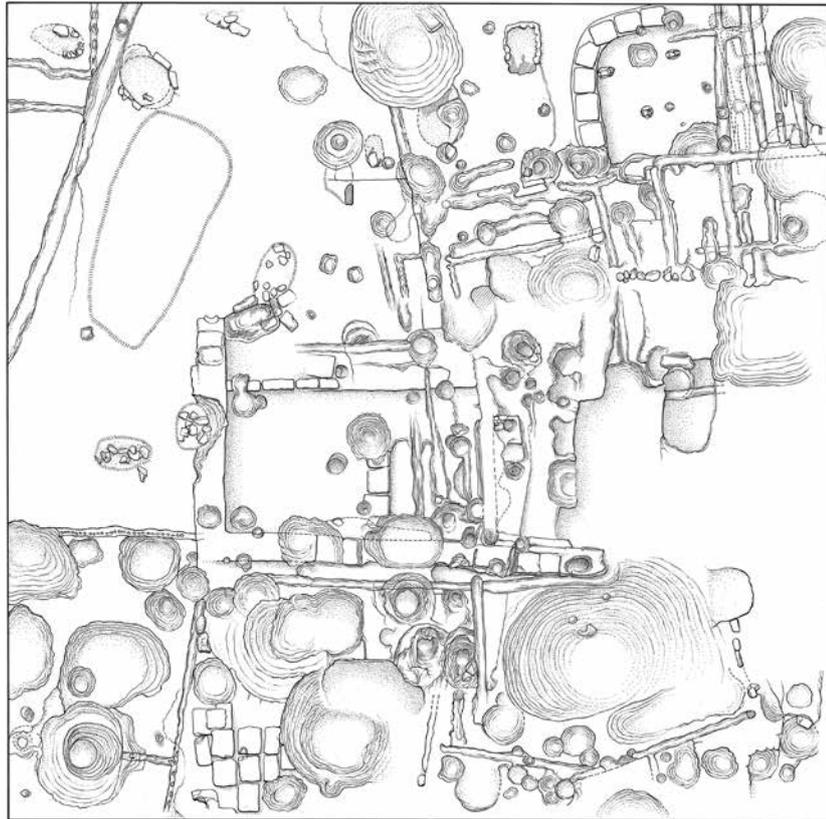
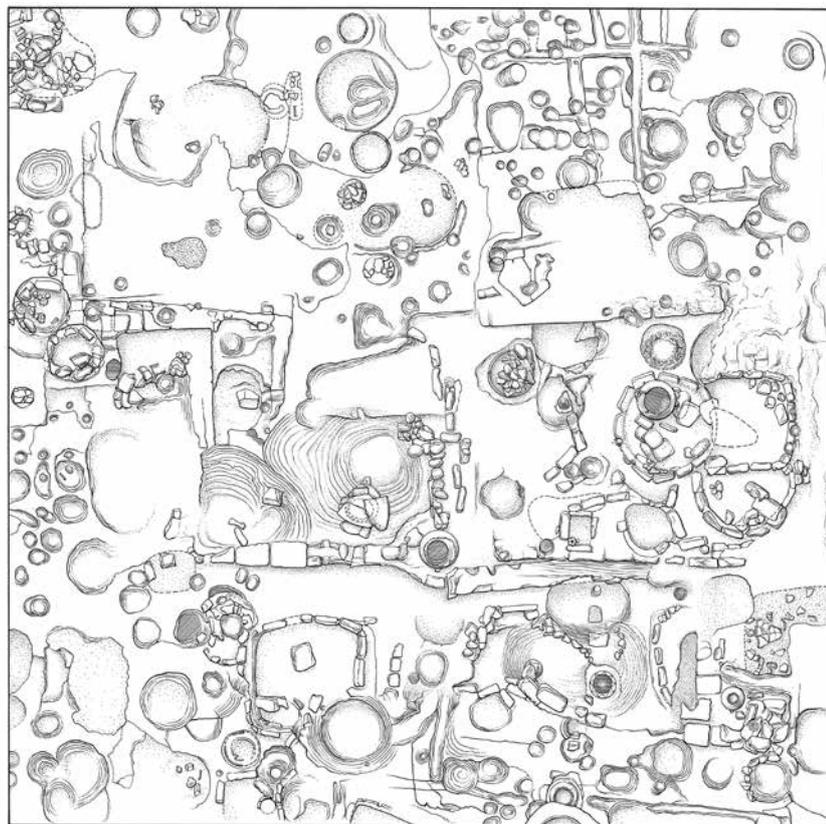


Figura 6. Ubicación de las trincheras excavadas en la mitad este de la Plaza de los Peregrinos por el Proyecto Arqueológico Pachacamac. Plano elaborado por Go Matsumoto.



a



b

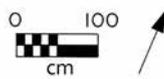
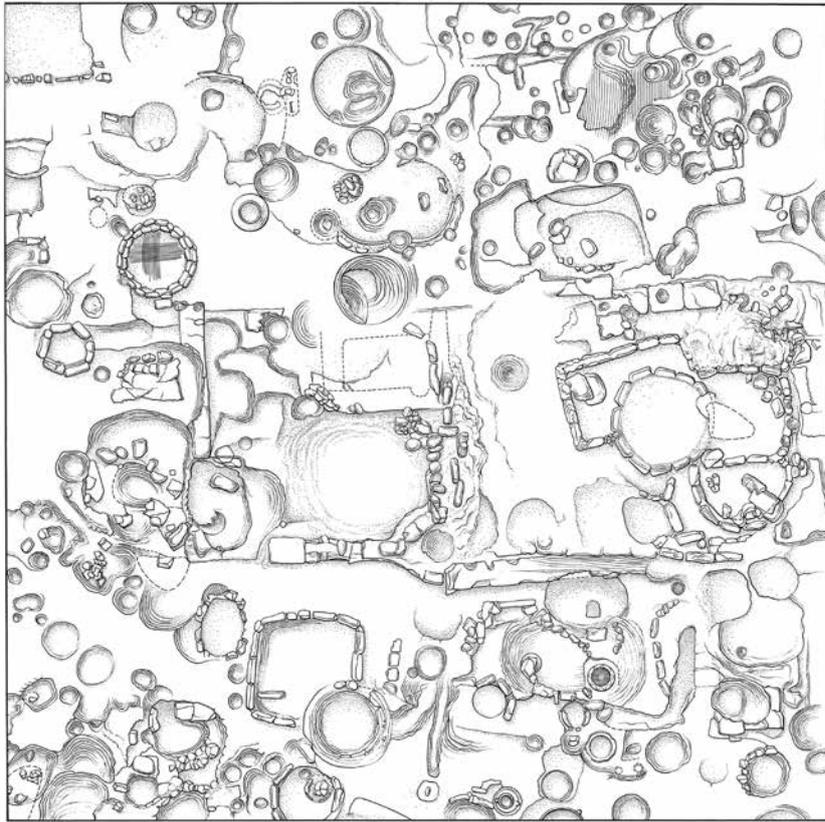
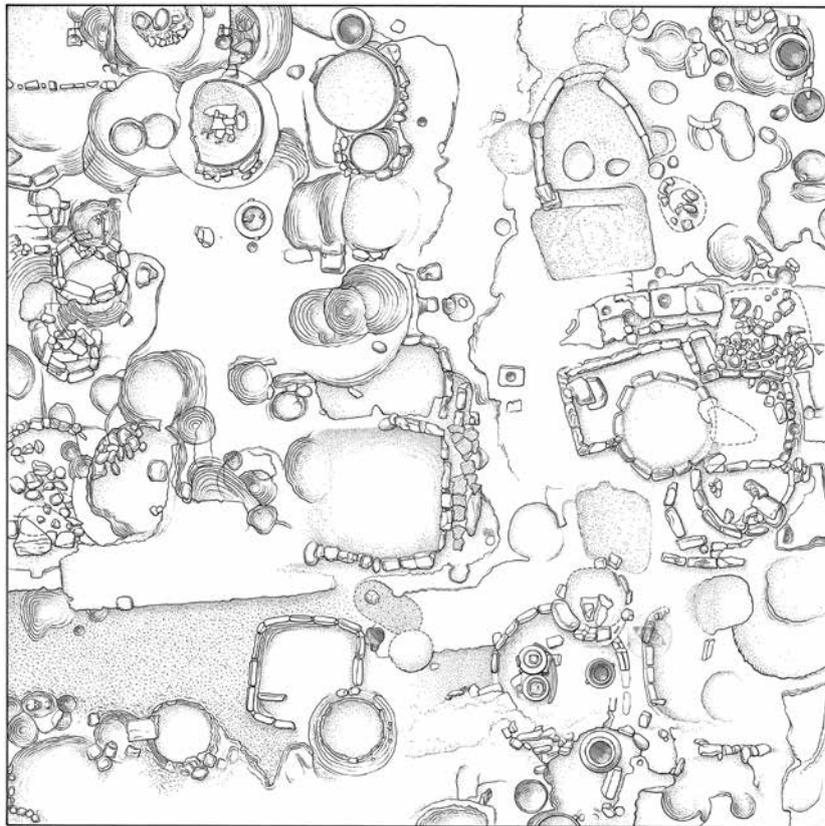


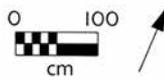
Figura 7. Secuencia de cinco planos detallados (a-e) de los rasgos expuestos en la Trinchera 1-Ampliación-'04 en la Plaza de los Peregrinos, Pachacamac. Dibujado por César Samillán e Izumi Shimada.



c



d



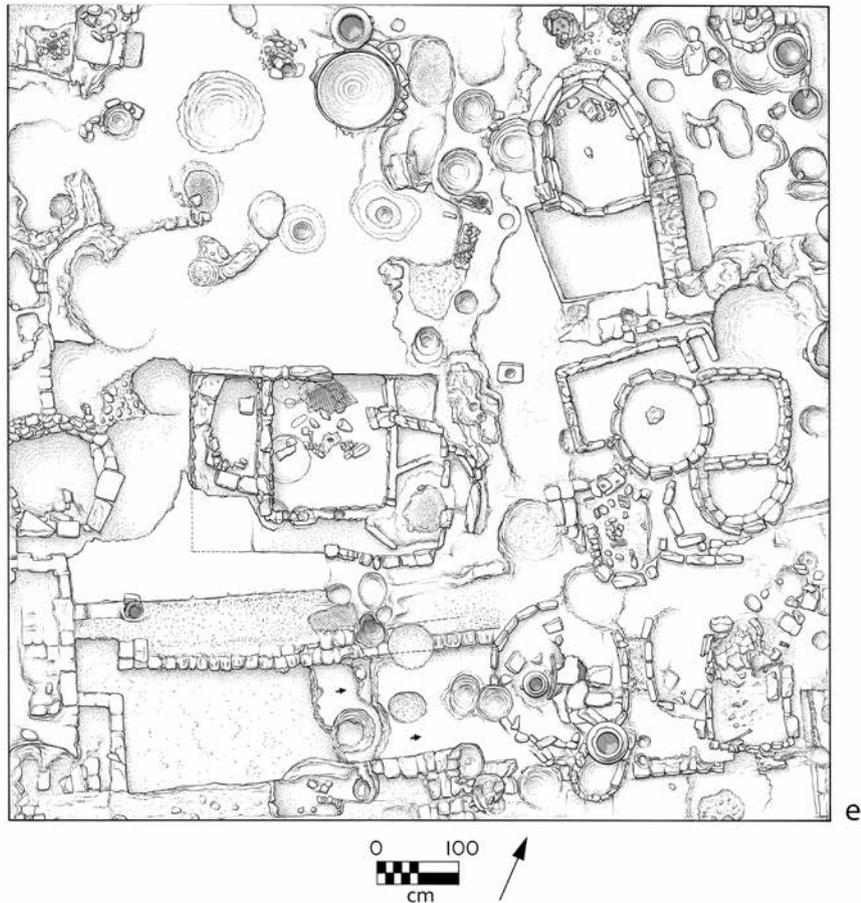


Figura 8. Cámaras subterráneas más profundas expuestas en la Trinchera 1-Ampliación-'04 en la Plaza de los Peregrinos, Pachacamac. La superficie plana en la margen derecha corresponde a un piso en la cima de una plataforma de adobitos Lima Tardío. Vista al este. Fotografía de Izumi Shimada.

han sido documentados directamente sobre o intruyendo las estructuras de «adobitos» Lima Tardío (circa 550-650 d.C.), o sobre los pisos y rasgos superpuestos pertenecientes a la primera mitad del Horizonte Medio (figura 9). La Trinchera 8-'05, ubicada 30 metros al este de la T-1, proporcionó 465 rasgos de similar naturaleza y escala en un área de 7 x 5,5 metros y con menos de 1,5 metros de profundidad (figuras 6, 10). Literalmente miles de ofrendas y estructuras asociadas se concentraron en la mitad este de la Plaza.

Nuestra inferencia de que al menos varios grupos sociales utilizaron el área expuesta por la T-1, está basada en varias líneas de evidencia. Por ejemplo, hemos podido recuperar una buena cantidad de figurinas de cerámica (figura 11), la gran mayoría de ellas modeladas a mano, que exhiben un amplio rango de variación en tamaño, estilo, ornamentos personales representados—incluyendo tocados—, pasta y técnicas de manufactura—incluyendo el tipo (reducida y oxidada) e intensidad de la quema—. Es notable al mismo tiempo, que no se observe ningún ejemplar de cerámica Chancay, Chimú e Ica, estilos distintivos que fueron contemporáneos con el estilo Ychsma.

Tabla 1. Fechados de las muestras de la Plaza de los Peregrinos y del Cementerio al frente del Templo de Pachacamac (Templo Pintado) determinadas mediante Espectroscopía de Acelerador de Masa en el NSF Arizona AMS Facility, University of Arizona, Tucson, EE.UU. $\delta^{13}\text{C}$ indica el valor de corrección por fraccionamiento de Carbono-13. Todas las fechas son calibradas por medio de OxCal Radiocarbon Calibration Program versión 4.1.

Número de identificación del laboratorio	Naturaleza de la muestra fechada	Contexto arqueológico de la muestra	$\delta^{13}\text{C}$	Fecha ^{14}C (AP)	Fecha calibrada (2 sigma) OxCal 4.1 IntCal09	Probabilidad al 95,4 %
AA65269	Carbón de leña	Carbón de fogón (Rasgo 700B) sobre una plataforma de adobitos Lima; asociado con Entierro 1, Cuadrante SO, T-1-'04 Ampliación, Plaza de los Peregrinos.	-19,1	1,277 ± 41	658 – 826 d.C. 840 – 864 d.C.	91,7 3,7
AA65270	Madera	Hoyo (Rasgo 715) debajo de Piso 12 (Nivel 3), Zona C Sur, Cuadrante NO, T-1-'04 Ampliación, Plaza de los Peregrinos	-25,3	924 ± 39	1025 – 1186 d.C. 1200 – 1206 d.C.	94,1 1,3
AA65271	Maíz quemado	Rasgo 766, restos de una quema de ofrenda, Capa 10 (Nivel 3), Cuadrante NE, T-1-'04 Ampliación, Plaza de los Peregrinos	-10,4	894 ± 34	1040 – 1215 d.C.	95,4
AA65272	Madera	Rasgo 222, poste de madera, Piso 2 (Nivel 8), cuadrante SO, T-1-'04 Ampliación, Plaza de los Peregrinos	-25,5	608 ± 33	1295 – 1406 d.C.	95,4
AA65273	Fibras de gras (¿caña?)	Fibras adheridas a la máscara de madera de un fardo disturbado; Cuadrante SO, T-5-'04, Plaza de los Peregrinos	-26,9	708 ± 34	1243 – 1246 d.C. 1251 – 1312 d.C. 1358 – 1388 d.C.	0,3 78,6 16,5
AA65274	Maíz quemado	Rasgo 34, ofrenda de maíz en Capa 7a, Cuadrante SE, T-6-'04, Plaza de los Peregrinos	-10,1	594 ± 34	1296 – 1412 d.C.	95,4
AA70602	Caña	Cañas del muro de quinchá (Muro 4) asociado al Piso 5, Cuadrante NE, T-8-'05, Plaza de los Peregrinos	-24,3	599 ± 59	1284 – 1424 d.C.	95,4
AA70603	Tallo de maíz	Rasgo 197 en Piso 10B, Cuadrante NO, T-8-'04, Plaza de los Peregrinos	-24,8	651 ± 34	1278 – 1328 d.C. 1340 – 1396 d.C.	44,4 51,0
AA70604	Grano de maíz	Rasgo 381 debajo de Recinto 14, Piso 3, Ampliación Norte de T-8-'05, Plaza de los Peregrinos	-9,3	610 ± 34	1294 – 1405 d.C.	95,4

AA70605	Caña	Una parte del techo de Recinto 13 en la Ampliación Sureste de T-8-'05, Plaza de los Peregrinos	-25,3	567 ± 34	1302 – 1366 d.C. 1382 – 1427 d.C.	55,6 39,8
AA70606	Carbón de leña	Fogón (Rasgo 81) en Piso 3, Capa 8, T-9-'05, Sector occidental de la Plaza de los Peregrinos	-26,5	1331 ± 37	644 – 730 d.C. 735 – 772 d.C.	73,8 21,6
AA70607	Corteza	Poste de madera en Capa 1 dentro de la Cercadura 2, T-9-'05, Sector occidental de la Plaza de los Peregrinos	-29	808 ± 37	1165 – 1275 d.C.	95,4
AA70608	Madera	Viga de madera del techo de una cámara subterránea (Rasgo 100) en Piso 2, Zona A, T-10-'05, Plaza de los Peregrinos	-25	643 ± 34	1281 – 1330 d.C. 1338 – 1397 d.C.	42,2 53,2
AA70609	Madera	Poste de madera en un muro separando Estructuras 1 y 2 (Rasgo 104) en Zona E, T-10-'05, Plaza de los Peregrinos	-27,3	1294 ± 35	655 – 779 d.C. 794 – 800 d.C.	94,8 0,6
AA70610	Caña	Caña del muro de quincha (Rasgo 98) en Zona C, Superficie de Ocupación A, T-10-'05, Plaza de los Peregrinos	-22,9	617 ± 34	1290 – 1404 d.C.	95,4
AA70599	Mazorca de maíz	Al costado del vaso Wari Provincial tardío, Entierro AG, T-7-'05, Cementerio al frente del Templo de Pachacamac [Pintado]	-10,3	994 ± 52	898 – 919 d.C. 952 – 1167 d.C.	2,5 92,9
AA70600	Carbón de leña	Carbón encima de la cabeza del fardo, Entierro AE, T-7-'05, Cementerio al frente del Templo de Pachacamac [Templo Pintado]	-10	1769 ± 35	136 – 350 d.C. 368 – 378 d.C.	93,8 1,6
AA70601	Carbón de leña	Restos de un pequeño fogón debajo de Piso 4, Cuadrante SO, T-7-'05, Cementerio al frente del Templo de Pachacamac [Templo Pintado]	-10,8	1696 ± 35	255 – 417 d.C.	95,4



Figura 9. Fragmentos de cerámica Wari Provincial (Horizonte Medio Época 2) provenientes de estratos superpuestos sobre las construcciones de adobito Lima Tardío. Fotografía de Izumi Shimada.

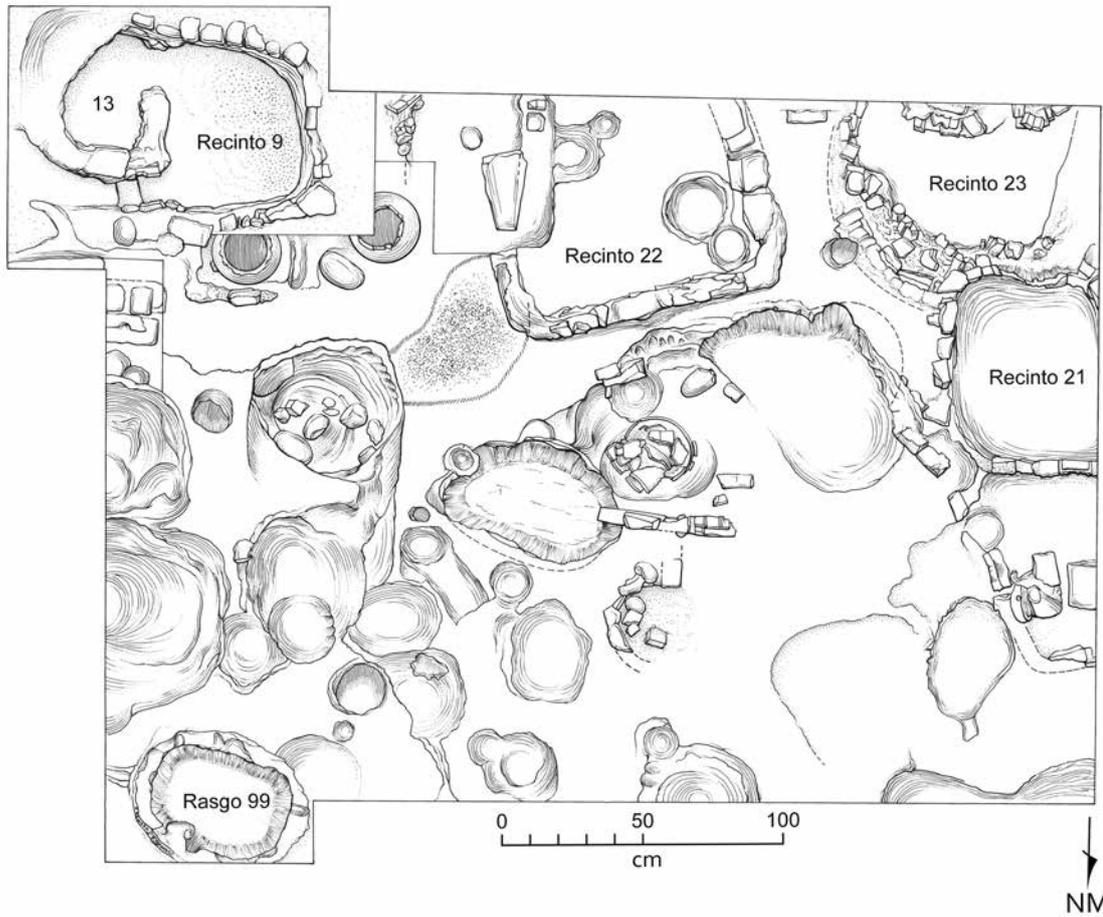


Figura 10. Cámaras subterráneas y otros rasgos que ocuparon buena parte de los niveles ychsma de la Trinchera -8-Ampliación-'05 en la mitad este de la Plaza de los Peregrinos, Pachacamac. Dibujo de César Samillán e Izumi Shimada.

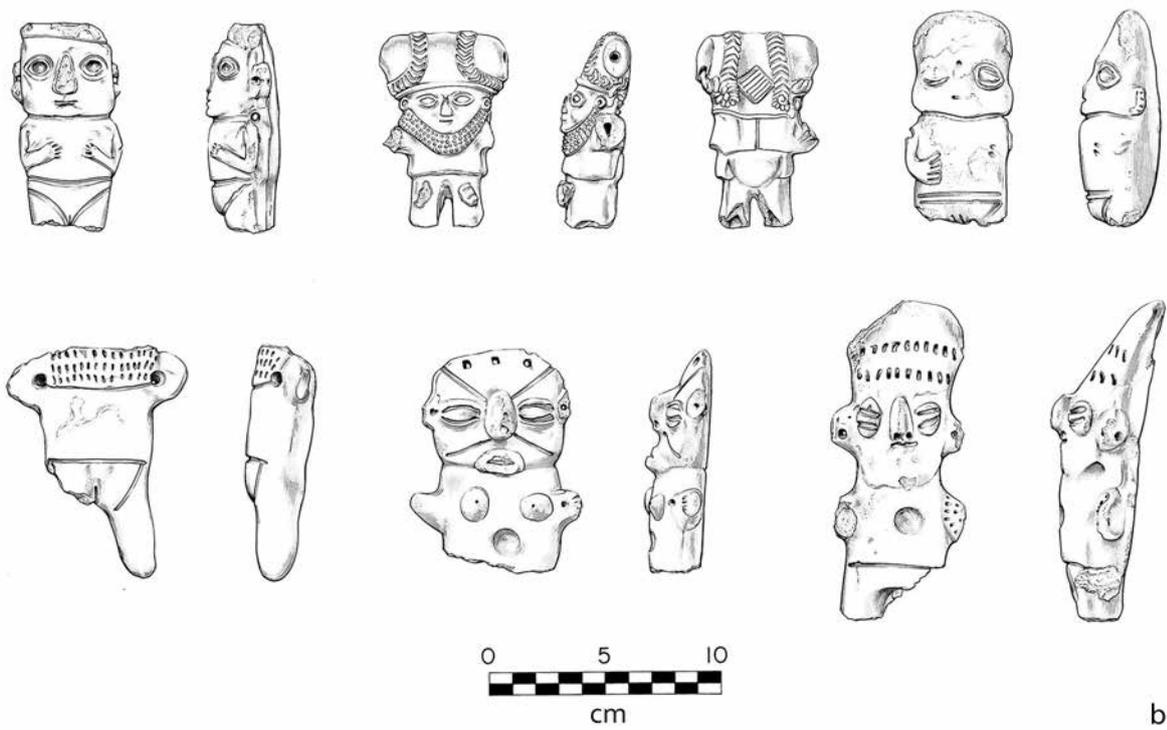


Figura 11. Figurinas de cerámica modeladas a mano provenientes de (a) Trinchera-8-'05 y (b) Trinchera 1—Ampliación—'04 en la Plaza de los Peregrinos, Pachacamac. Dibujo de César Samillán.

Otra línea de evidencia deriva del análisis arqueométrico de 54 muestras de cerámica —tomadas predominantemente de cántaros— excavada en la T-1 (figura 12). Las muestras son predominantemente homogéneas en forma, técnica de manufactura y pasta, la mayoría de ellas es de una pasta gruesa con muchas inclusiones de cuarzo. Las muestras han sido estudiadas por análisis de activación de neutrones, por difracción de rayos x y por espectroscopia Mössbauer. Nuestros

análisis de activación de neutrones dieron como resultado un ordenamiento en tres grupos (A-C, figura 13), con la mayoría (i.e., $n=45$) perteneciendo a dos grupos muy similares (A y B). Inferimos que estas muestras tienen origen local. Tres muestras adicionales parecen periféricas a los grupos principales A-C. Las cinco muestras restantes, sin embargo, no son locales, incluyendo una tomada de un cántaro estilo Ychsma altamente diagnóstico (figuras 14, 15) y otra de un tortero.



Figura 12. Ejemplo de cántaros (Rasgo 56) excavados en la Trinchera 1-Ampliación -'04 en la Plaza de los Peregrinos, Pachacamac. La mayor parte de los cántaros excavados en esta trinchera fueron encontrados dentro o sobre las cámaras hundidas. Vista al oeste. Fotografía de Izumi Shimada.

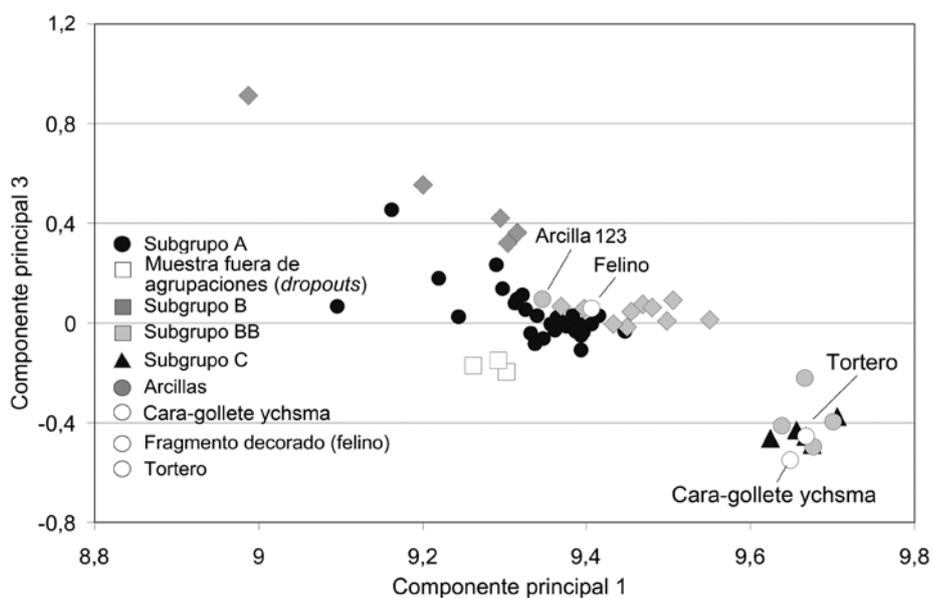


Figura 13. Análisis de componentes principales de los datos proporcionados sobre las concentraciones de elementos en la cerámica, determinados por activación de neutrones. Se puede distinguir tres grupos principales de composición (A-C) y tres muestras que parecen ser periféricas a estos grupos (datos atípicos). Elaborado por Ursel Wagner.

El hecho de que el grupo principal y los grupos «no locales» contengan muestras provenientes de «cántaros» decorados de estilo Ychsma, implica que hubo más de un taller produciendo este estilo de cerámica, una inferencia que no sorprende, ya que el estilo se encuentra presente en buena parte de la costa central. Una de nuestras muestras no locales tiene una pasta distintiva y engobe rojizo que es relativamente común en las secciones media y alta del valle de Lurín (Feltham & Eeckhout, 2004; Marcone & López-Hurtado, 2002; Sánchez, 2000; Vallejo, 2004). Esta vasija fue parte del contexto de una tumba que excavamos frente al

Templo de Pachacamac (Templo Pintado). Como se puede observar en las figuras 16 y 17, esta tumba incluyó vasijas que en varios aspectos se distinguían de aquellas asociadas a los entierros Ychsma hallados en las cercanías (T-7-'05 en el cementerio al frente del Templo de Pachacamac). La difracción de rayos x y la espectroscopia Mössbauer proporcionan informaciones sobre la composición de las muestras cuanto a minerales en general y a minerales de hierro, respectivamente. Los resultados muestran que hay varios tipos de espectros Mössbauer (figura 14) que representan condiciones de cocción diferentes.

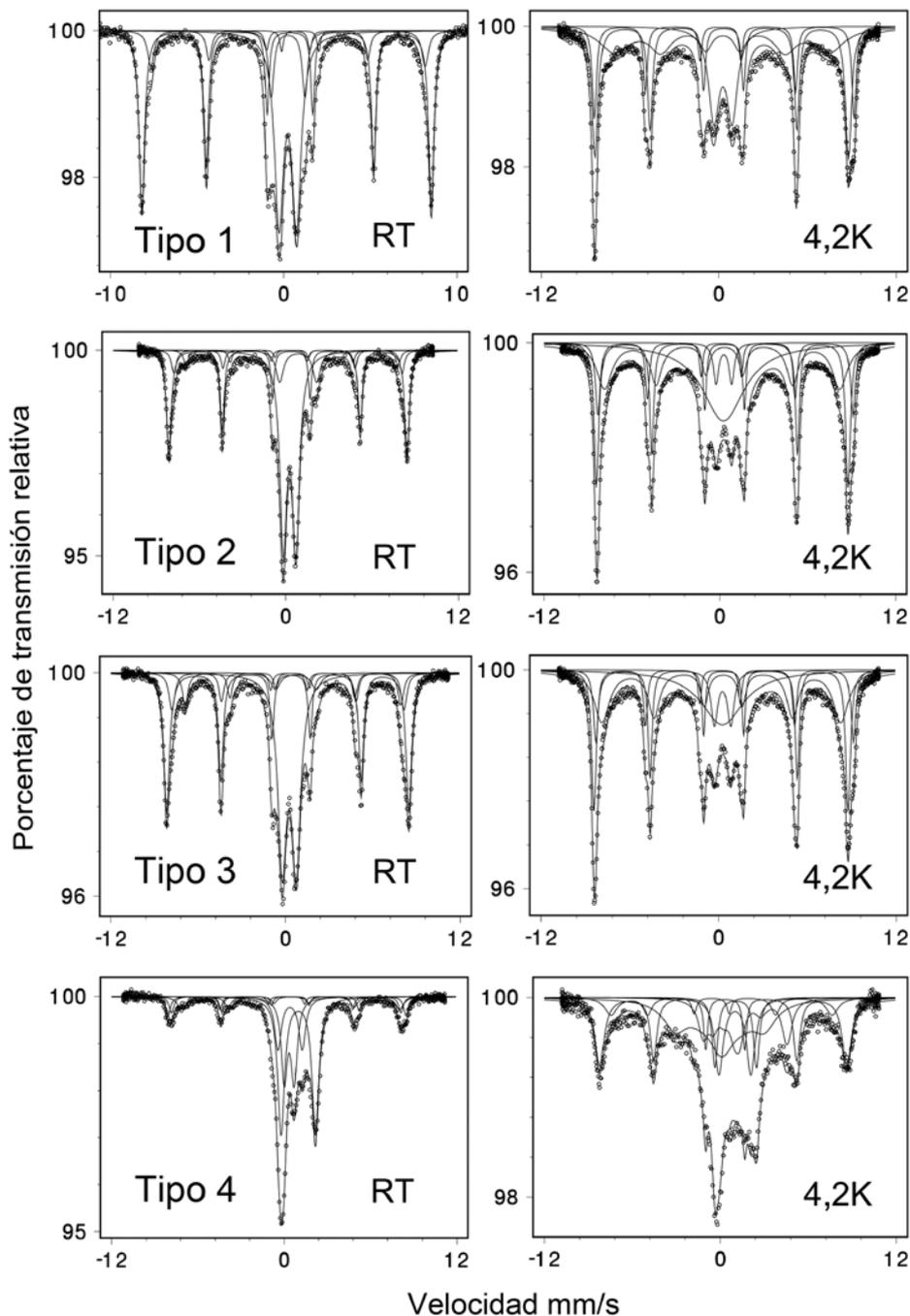
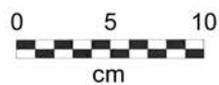
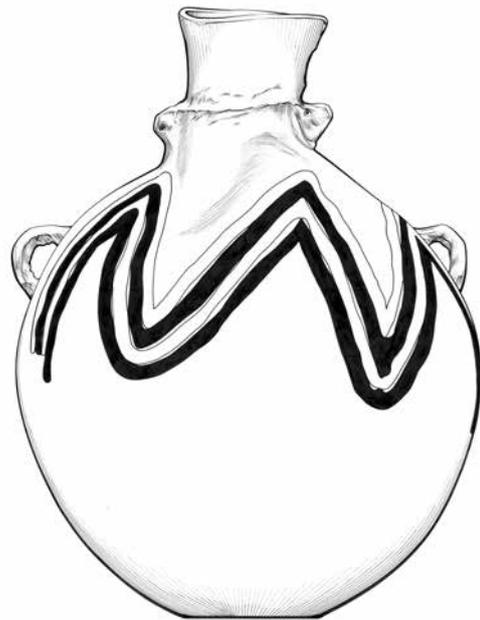


Figura 14. Espectros Mössbauer tomados a temperatura ambiente y a la temperatura de helio líquido (4.2 K). Se puede distinguir 4 tipos diferentes de espectros, que representan diferentes temperaturas y atmósferas de cocción. Elaborado por Ursel Wagner.



Figura 15. Cuello de un cántaro de estilo Ychsma no local con la cara pintada, para algunos autores estilo Puerto Viejo (Bonavía, 1959). Fotografía de Izumi Shimada.



b

Figura 16. Vasijas de la Trinchera-7, tumba 3, cuya procedencia foránea ha sido inferida: (a) tiene un engobe rojizo distintivo (fardo B) y (b) está decorado con una imagen peculiar (fardo A), única en nuestra colección del cementerio. Fotografía de Izumi Shimada.



Figura 17. Trincheras-7, tumba 3. Contexto original de donde provienen las dos vasijas ilustradas en la Figura 16. Vista al norte. Fotografía de Izumi Shimada.

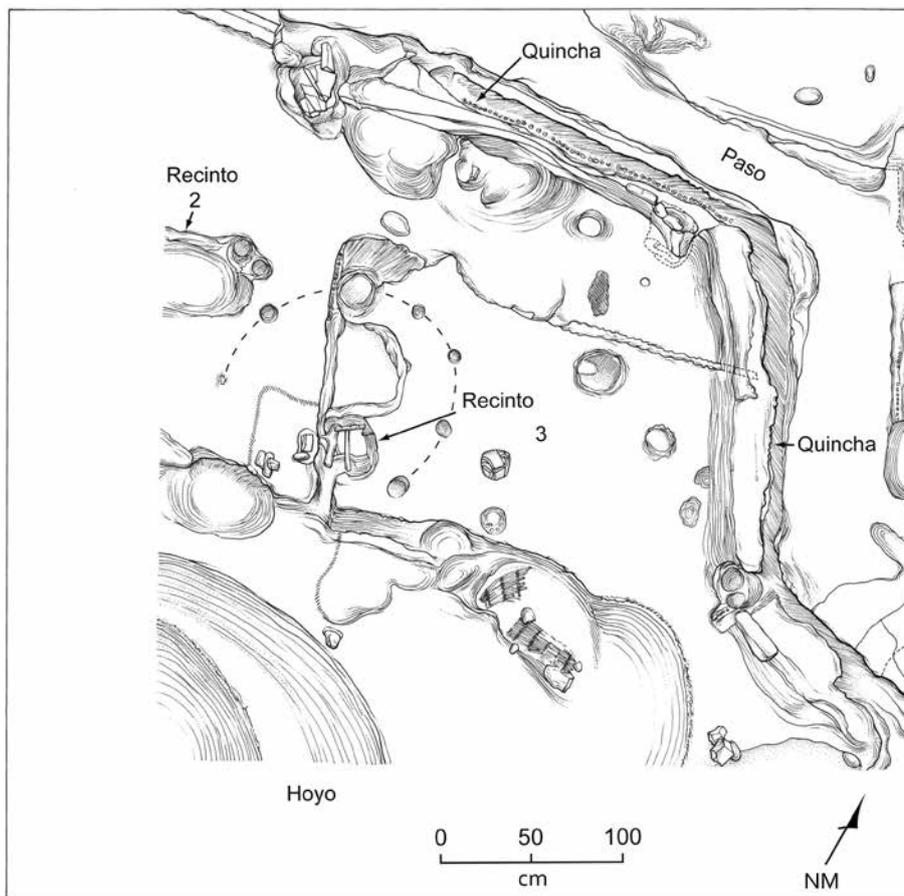


Figura 18. Trincheras 10-'05 que revela un área cercada por una pared con un acceso demarcado y restringido, así como pisos relativamente preparados. Dibujado por César Samillán e Izumi Shimada.

Una fuerte evidencia sobre la coexistencia de diferentes grupos sociales en la Plaza es la diferenciación espacial de actividades rituales y la variación en la construcción y uso de estructuras asociadas. La T-10-'05 (figura 18) reveló que buena parte de sus 6,5 x 6,5 metros de área estuvo cercada con una pared de quincha, lo que implica claramente un acceso restringido, así como varios pisos relativamente bien preparados.

Al interior del área cercada registramos tres pequeñas cámaras techadas, cada una de ellas asociada a implementos de madera elaborados cuidadosamente (figuras 19a, b, 20). Estos implementos fueron incorporados como parte de los techos de las cámaras, o yacían cuidadosamente al interior de ellas. En un caso, una serie de postes equidistantes demarcaban en superficie el perímetro circular de una cámara (figura 18). Las otras cámaras se hallaban definidas por paredes delgadas de quincha. No es claro si la cámara que tenía un implemento de madera bien preservado sobre el piso en la T-10-'05 es una variante de lo que Díaz (2004, p. 588) interpreta como un «entierro simbólico» Ychsma Medio al interior de una cámara rectangular de adobes alineados en Armatambo, el sitio ubicado en la ladera este del Morro Solar, en el distrito de Chorrillos y a unos 15 kilómetros al noroeste de Pachacamac. En el caso de Armatambo, el hallazgo consistió en dos báculos de madera echados en paralelo en el centro del recinto, como representando un cuerpo humano. Seis vasijas de cerámica se hallaban colocadas sobre los extremos aguzados de los báculos en el lado este de la cámara.

En el extremo este de la T-8-'05 —situada alrededor de 27 metros al este de la T-10-'05— hallamos otras dos cámaras subterráneas sin ninguna asociación de implementos de madera. Una cámara bien preservada de adobe y piedra (figura 21) medía aproximadamente 2 x 1,3 metros y un metro de profundidad. Tenía una pequeña escalera de piedra cuidadosamente construida y enlucida, demasiado estrecha para uso humano. El hecho de que los escalones de piedra estuvieran inclinados hacia abajo y que el piso tuviera al menos cinco capas delgadas de barro fino superpuestas, cada una cubriendo excrementos de cuy (*Cavia porcellus*) o de alguna variedad de rata (*Rattus* sp.) compactado, sugiere que agua u otro líquido discurrió por la escalera. La presencia de capas alternantes de barro y excrementos de roedores es un rasgo que es compartido con algunas cámaras de la T-10-'05. Al oeste de la T-8-'05 registramos también dos áreas construidas con piedra local canteada (figura 22), que exhiben pisos cubiertos parcial o totalmente con pequeños peces completos del tamaño de las anchovetas y sardinas. Esta área de la trinchera presentó igualmente segmentos de muros de piedra bien preservados, provenientes de un recinto anterior casi completamente destruido por las cámaras posteriores. La T-1 proporcionó todavía otro tipo de recinto subterráneo (Shimada *et al.*, 2004a, figura 23). Se trata de estructuras abiertas circulares y ovaladas con paredes inclinadas al exterior, construidas con adobes cuidadosamente cortados. Los mejores ejemplos tenían uno o más cántaros

al centro y algunos restos de estructuras similares más antiguas en sus inmediaciones. Uno de estos recintos estuvo superpuesto por otros cinco recintos construidos uno sobre el otro, una secuencia de eventos que, ahora sabemos, se extendió por más de 400 años.

La mitad oeste de la Plaza tuvo un uso limitado y breve comparado con la intensidad, variabilidad y continuidad de las actividades rituales documentadas en la mitad este cerca al Templo de Pachacamac. La Trinchera 9-'05, de aproximadamente 5x5 metros y 2 metros de profundidad, (figura 24) ubicada casi al centro de la mitad oeste de la Plaza, reveló que el único uso preinkaico fue representado por 8 recintos de forma oval y rectangular en distintos estados de preservación, hallados a más de 1,5 metros debajo de la superficie. Estos recintos fueron construidos en la arena estéril y se usaron durante el Horizonte Medio (véase tabla 1). Asimismo, en el proceso de construcción de la Plaza inka de los Peregrinos, fueron enterrados con aproximadamente un metro de relleno de arena. Esta es la única área dentro de la Plaza donde se ha encontrado estructuras de quincha del periodo inka, así como ocupaciones domésticas.

Nuestros resultados nos llevan a sostener, también, que el uso preinka del área de la Plaza tuvo un fuerte carácter estacional. Por ejemplo, porciones de superficies ocupacionales preservadas y pisos bien preparados en todas las trincheras, excepto una, revelaron numerosos nidos de avispas y escorpiones, una fauna común durante los meses calurosos, lo que sugiere que buena parte de la Plaza no fue utilizada durante el verano (tabla 2).

Los restos arqueobotánicos son excelentes indicadores del uso estacional del sitio. La tabla 2 resume la amplia variedad de plantas silvestres y domesticadas recuperadas de diversos contextos excavados durante las temporadas 2003, 2004 y 2005. Estos contextos representan ocupaciones de corto tiempo y actividades rituales documentadas en la mitad este de la Plaza de los Peregrinos, el cementerio al frente del Templo Pintado y una serie de residencias y basurales en el Sector III. Todos los restos arqueobotánicos analizados indican que las deposiciones ocurrieron desde fines del invierno hasta comienzos de la primavera, cuando las neblinas invernales empiezan a retirarse del paisaje costero. Algunas de las plantas silvestres correspondieron especialmente a un medioambiente de lomas, un ecosistema que fue más extenso en el pasado y que cubría los flancos de los cerros al este y al norte de Pachacamac (Mujica, 1987, 1997; Rostworowski, 1981, 1992). Durante la época prehispánica tardía, los pueblos de lomas fueron integrantes del señorío de Ychsma y Pachacamac (Rostworowski, 1992, p. 95-99).

Los patrones documentados del uso de plantas también apoyan nuestra propuesta sobre la ocupación intermitente de la Plaza de los Peregrinos. La mayoría de las plantas identificadas provienen de las cuatro principales familias de plantas de subsistencia andina: Poaceae (maíz), Fabaceae (frejol), Cucurbitaceae (calabaza), y Solanaceae (papa). Sus restos indican no solo

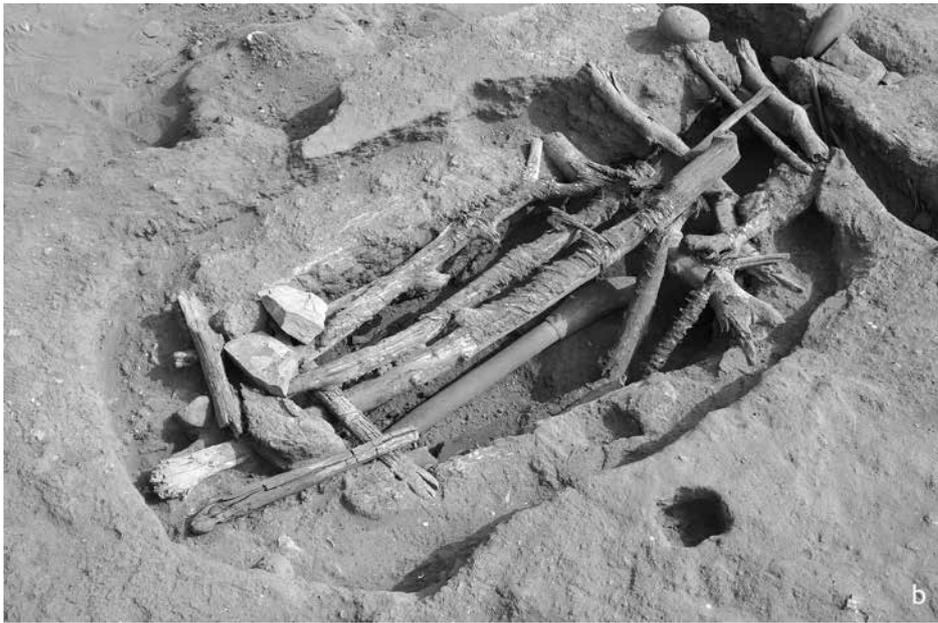
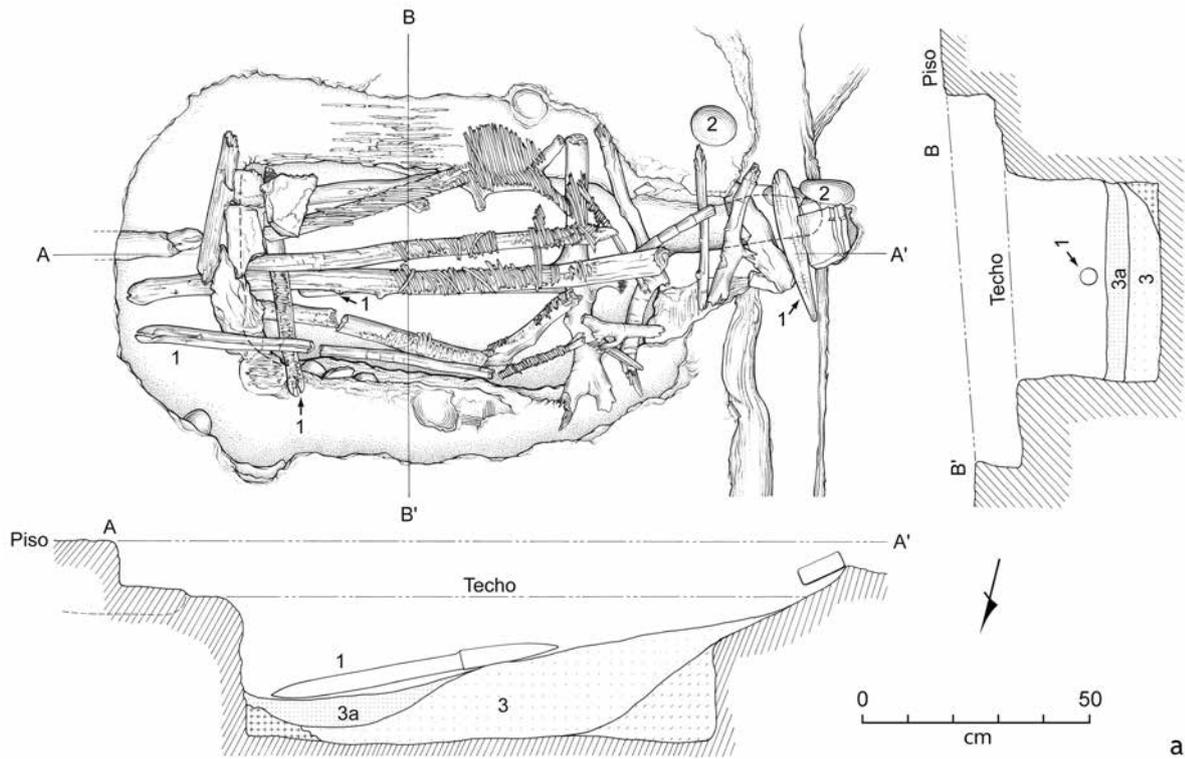


Figura 19. (a) Vistas de planta y sección de una cámara hundida oval, Recinto 3 (T-10-'05). La cámara tenía un techo elaborado y un implemento de madera cuidadosamente colocado al interior. Dibujado por César Samillán e Izumi Shimada. (b) Vista oblicua de la misma cámara hundida dibujada en la figura 19a. Vista al suroeste. Fotografía de Izumi Shimada.

su procesamiento y consumo limitado, sino también su empleo en contextos de consumo ritual y/o espontáneamente realizados. Por ejemplo, mientras que los restos de papa (*Solanum tuberosum*), yuca (*Manihot esculenta*), y camote (*Ipomoea batatas*) fueron encontrados en la mayoría de nuestras excavaciones, sus semillas y restos de procesamiento resultaron muy escasos, lo que indica que los tubérculos ya procesados fueron traídos al sitio probablemente más para un

ritual de enterramiento que para su consumo. Esta conclusión concuerda con la información palinológica proveniente de una muestra de sedimento de 2,8 metros de largo extraída cerca de la parte central de lo que aún queda de la Laguna de Urpi Kocha, en el extremo suroeste del sitio. Mientras que el polen de maíz aparece con relativa abundancia desde el periodo Lima Medio —con fechado calibrado AMS (Beta-185162) 1720 BP; 2 sigmas 230-410 d.C.— en



Figura 20. Cámara hundida (recinto 2) al interior de la Trinchera-10'05. Nótese que un implemento de madera parecido al del Recinto 3 (figura 19a, b) ha sido utilizado como parte del techo. Vista al oeste. Fotografía de Izumi Shimada.

adelante, no hay polen o restos macrobotánicos que indiquen el cultivo intensivo de tubérculos o de otras plantas importantes (Jones, 2005; Winsborough *et al.*, 2005). En general, aparte de comer maní, pacay, lúcuma (*Pouteria lucuma*), del descascamiento ocasional de maíz, y del consumo de calabaza de tiempo en tiempo, la inversión de trabajo en la preparación y consumo de comida constituyeron actividades limitadas al área que posteriormente se convirtió en la Plaza de los Peregrinos durante el periodo inka. Este descubrimiento no solo demuestra la importancia de

la investigación interdisciplinaria que invocamos y empleamos, sino que también invalida conclusiones precipitadas como, por ejemplo, que la Plaza de los Peregrinos tuvo ocupaciones domésticas intensas, una inferencia basada únicamente en los restos más visibles de la Plaza, tales como los cántaros y las estructuras de quincha.

Los datos zooarqueológicos de las trincheras en la Plaza de los Peregrinos complementan los datos paleobotánicos mencionados, tanto en el rango como en la procedencia de los recursos obtenidos.



Figura 21. Doble cámara subterránea (Recintos 9 y 13), de construcción compleja y bien preservada, ubicada en la esquina sureste de la T-8'05. Vista al norte. Fotografía de Izumi Shimada.



Figura 22. Restos preservados de numerosos peces ubicados sobre el piso enlucido de una cámara hundida de piedra (rasgo 338 en el Recinto 21) al extremo oeste de la Trinchera-8-'05. Vista al este. Fotografía de Izumi Shimada.



Figura 23. Conjunto de recintos subterráneos circulares colocados uno al lado del otro y superpuestos (rasgo 45), construidos de adobes cuidadosamente trabajados. Fueron hallados en el área noreste de la T-1-Ampliación-'04. Vista al sur. Fotografía de Izumi Shimada.



Figura 24. Restos de cámaras hundidas encontradas en el fondo la Trinchera-9-'05 en la mitad oeste de la Plaza de los Peregrinos. Vista al este. Fotografía de Izumi Shimada.

Tabla 2. Plantas cultivadas y no cultivadas identificadas en muestras de varios contextos en el sitio de Pachacamac excavado por el Proyecto Arqueológico Pachacamac (2003-05). Entre otros aspectos, se indica su procedencia ecológica y estacional. Elaborado por David J. Goldstein.

Identificación taxonómica	Contexto(s)	Parte de planta recuperada	Hábitat	Indicaciones ecológicas (valle de Lurín)	Estación
<i>Phragmites sp.</i>	Divisiones espaciales/ Muros temporales	Tallo/Semilla	Pantano	Flores post-neblina/ Post-inundación	Invierno final/ Comienzos de Primavera
<i>Scirpus sp.</i>	Entierro/Áreas de actividad	Tallo/Semilla	Pantano	Flores post-neblina/ Post-inundación	Invierno final/ Comienzos de Primavera
<i>Typha sp.</i>	Entierro/Áreas de actividad	Tallo/Semilla	Pantano	Flores post-neblina/ Post-inundación	Invierno final/ Comienzos de Primavera
<i>Nolana sp.</i>	Todos los pisos	Semilla	Desierto/ Lomas	Flores post-neblina	Invierno final/ Comienzos de Primavera
<i>Rudbeckia sp.</i>	Pisos de ocupación temporales	Fruto/Semilla	Áreas disturbadas	Flores post-neblina	Invierno final/ Comienzos de Primavera
<i>Cf. Helianthus sp.</i>	Pisos de ocupación temporales	Fruto/Semilla	Áreas disturbadas	Flores post-neblina	Invierno final/ Comienzos de Primavera
<i>Gossypium sp.</i>	Pisos/En rasgos de pisos	Fruto/Semilla	Áreas agrícolas	Flores post-neblina	Invierno final/ Comienzos de Primavera
<i>Passiflora sp.</i>	Pisos	Flor	Jardines	Flores post-neblina	Invierno final/ Comienzos de Primavera
<i>Zea mays</i>	Entierro/En rasgos de pisos/ Basura	Flor	Áreas agrícolas	Después de cada 40 días	Invierno final/ Comienzos de Primavera
<i>Tillandsia sp.</i>	Hoyos de basura	Flor	Desierto/ Lomas	Flores post-neblina	Invierno final/ Comienzos de Primavera
<i>Heliotropum sp.</i>	Pisos/En rasgos de pisos	Semilla/Flor	Orillas de canales/ Áreas disturbadas	Flores que aparecen anualmente o con la inundación de canales	Invierno final/ Comienzos de Primavera

Una selección impresionante de fauna terrestre y marina ha sido identificada, la misma que incluye desde llama, cuy, perro y una variedad de roedores y venados, hasta focas y peces grandes y pequeños, tales como anchovetas y sardinas. La observación de Pedro Pizarro (1978[1571]) hecha en 1533 que grandes cantidades de anchovetas y sardinas eran ofrendadas diariamente a los «buitres, gallinazos y cóndores» en una de las plazas del sitio, sugiere que la práctica preinka que hemos documentado en nuestras excavaciones tuvo una antigüedad considerable. Además se ha identificado tentativamente otras especies como cóndor (*Vultur gryphus*), pingüino de Humboldt (*Spheniscus humboldti*), nutria de mar (*Lontra felina*), cachalote (*Physester macrocephalus*; dientes) y león marino (Pinnipedia, Otariidae; probablemente *Otaria byronia*). Con la carne de estas ofrendas dejadas expuestas para su descomposición, es muy probable que

Pachacamac haya atraído precisamente aves carroñeras como cóndor, buitre (*Cathartes aura*), y gaviota gris (*Larus moestus*), todas especies conocidas en y cerca del sitio. Rostworowski (1992, p. 47) considera que estas aves carnívoras «...confirman un aspecto tenebroso de la divinidad [de Pachacamac]...» y que «...quizá cumplieron un papel en los sacrificios de animales o en los castigos humanos». Cabe considerar también la impresionante cantidad de pupas de moscas en numerosos contextos. Su presencia en algunos huesos sugiere que, si bien se mató a los animales en el sitio u otro lugar, algunas partes fueron dejadas expuestas, por lo menos por dos a tres semanas, el lapso de tiempo requerido para la metamorfosis de huevos a pupas. Aun cuando el tamaño de nuestra muestra es relativamente reducido, el análisis zooarqueológico sugiere que el procesamiento y consumo de fauna, incluyendo llamas, fue algo limitado.

En general, a pesar del aspecto aparentemente caótico de los restos que atestiguan las actividades rituales, hubo un patrón ordenado que trascendió tiempo y espacio. Buena parte de la mitad este del área ocupada por la Plaza de los Peregrinos fue intensamente utilizada para actividades que se centraron en recintos y cámaras subterráneas. Es ampliamente reconocido que la esencia de las ofrendas y la ejecución o participación en los rituales son interdependientes y cruciales para definir el significado de las ofrendas (Turner, 1969, 1974; Pfaffenberger, 2001). En este sentido, ya que muchas de las ofrendas están relacionadas con la subsistencia básica, pesca y agricultura, inferimos que deben haber sido realizadas por agricultores y pescadores relativamente humildes y con el fin de propiciar su éxito productivo. El uso persistente de objetos mundanos como herramientas para tejer y trabajar metales, de agrupaciones ordenadas de piedras naturales y fragmentos de vasijas domésticas, de objetos de subsistencia diaria y de ofrendas, refuerzan la conclusión de que los actores de estas actividades rituales fueron predominantemente gente común y no elites sociales (Shimada *et al.*, 2005a, 2006a). Esta novedosa imagen de la Plaza de los Peregrinos varía significativamente del sentido que, como área sagrada solo accesible a las elites, le dieran Cieza de León (1932[1554]) y otros cronistas españoles. En cambio, argumentamos que, en tiempos preinkaicos, un rango más amplio de segmentos sociales participó en las actividades rituales y en el mantenimiento de Pachacamac, y que las normas sociales que gobernaron el sitio bajo los inkas no deben ser extrapoladas a épocas más tempranas sin previo análisis crítico.

En conjunto, las ofrendas y los materiales orgánicos recuperados en la Plaza de los Peregrinos parecen haber sido colocados mayoritariamente en el comienzo de la primavera austral, cuando el nuevo ciclo agrícola comenzaba, a la par que su intensidad y formalidad parece correlacionarse inversamente con la distancia al Templo de Pachacamac (Templo Pintado) y al Templo Viejo de Pachacamac (Templo Lima). De manera semejante, al caso del cementerio ubicado frente al Templo de Pachacamac (ver más adelante), la competencia por el acceso y retención de espacios rituales fue aparentemente intensa y solo culminada con éxito mediante visitas y ofrendas regulares. Las variaciones espaciales en la forma y esencia de las ofrendas, junto con el estilo, pasta y composición química de la cerámica asociada, apuntan a la coexistencia de múltiples grupos provenientes de diferentes áreas de la costa central. Al mismo tiempo, existen algunas similitudes que sugieren que todos los grupos que utilizaron el área de la plaza compartieron creencias básicas. Ejemplos de estas similitudes son la extensa incidencia de ofrendas de cuy, de piedras tabulares con concavidades talladas colocadas verticalmente (figura 25), y del uso de cámaras subterráneas, probablemente techadas, que fueron renovadas o reconstruidas periódicamente y que recibían ofrendas. La evidencia descrita nos permite proponer la hipótesis

de que los recintos, al menos aquellos sin techo, sirvieron como «tumbas temporales» para los fardos funerarios que fueron extraídos periódicamente de sus tumbas para su veneración, colocación de ofrendas y/o mantenimiento. Una hipótesis colateral sería que las cámaras subterráneas techadas sirvieron como tumbas simbólicas para recordar y venerar a los muertos que, por algunas razones, no fueron asequibles (ver abajo).

NUEVAS VISIONES DE LA ARQUEOLOGÍA MORTUORIA

La excavación de contextos funerarios y artefactos asociados fue crucial para el trabajo de Uhle en los Andes. Uhle (1903, p. 12) estimó que había entre 60.000 y 80.000 entierros en Pachacamac, con una mayor concentración en la periferia sur, «la sección más antigua» del sitio. De cualquier modo, la mayor parte, si no la gran mayoría, de estos entierros, fueron dañados por las actividades de huaqueo que comenzaron poco después de la Conquista española, tal como declara Cieza de León y otros visitantes posteriores al sitio. En nuestra excavación del 2005 en el cementerio frente al Templo de Pachacamac (T-7-'05), designado Cementerio I por Uhle (1903, p. 12), observamos al menos cuatro diferentes episodios de huaqueo. Incluso recuperamos la envoltura de un cigarrillo peruano de 1893, justo tres años antes del inicio del trabajo de campo de Uhle.

Uhle (1903, p. 12) «exploró extensivamente los cementerios N° I y N° VI» y estimó que el Cementerio I cubría un área de alrededor de 60 metros N-S y 230 metros E-O, con aproximadamente 30.000 entierros. Citando a Cieza (Crónica I, Cap. 10) y Zarate, Uhle (1903, p. 16) explicó esta extraordinaria densidad de entierros como reflejo del «gran deseo» de los indígenas prehispánicos de ser enterrados cerca del «templo de su deidad», a la vez que señaló que el privilegio de ser enterrado ahí era «reservado a príncipes, sacerdotes y a aquellos peregrinos que podían traer ricas ofrendas al santuario».

Uhle (1903, p. 16) enfatizó la importancia de la excavación de entierros y análisis de los objetos asociados, afirmando que «...ha llegado el tiempo de un estudio y clasificación más serio y académico de los objetos de las tumbas peruanas que el que se ha dedicado a este tema anteriormente». Sin embargo, el objetivo de estudio que él reclamó fue básicamente la determinación de la ubicación temporal y las conexiones históricas de las culturas representadas mediante la excavación cuidadosa de las asociaciones de las tumbas (Uhle, 1903, p. 16).

En contraste a la preocupación cronológica de Uhle, la premisa básica fundamental de nuestra excavación conducida el 2005 (T-7-'05) en un área de 7 x 5,5 metros en el Cementerio I, fue que la muerte, los entierros y las prácticas mortuorias asociadas son fenómenos multidimensionales modelados por factores biológicos, sociales, ideológicos y tafonómicos, que pueden ofrecer un rango amplio de información y entendimiento de las culturas, poblaciones y sus ambientes, que dependen de la perspectiva analítica que uno adopte. Los contextos y las prácticas funerarias

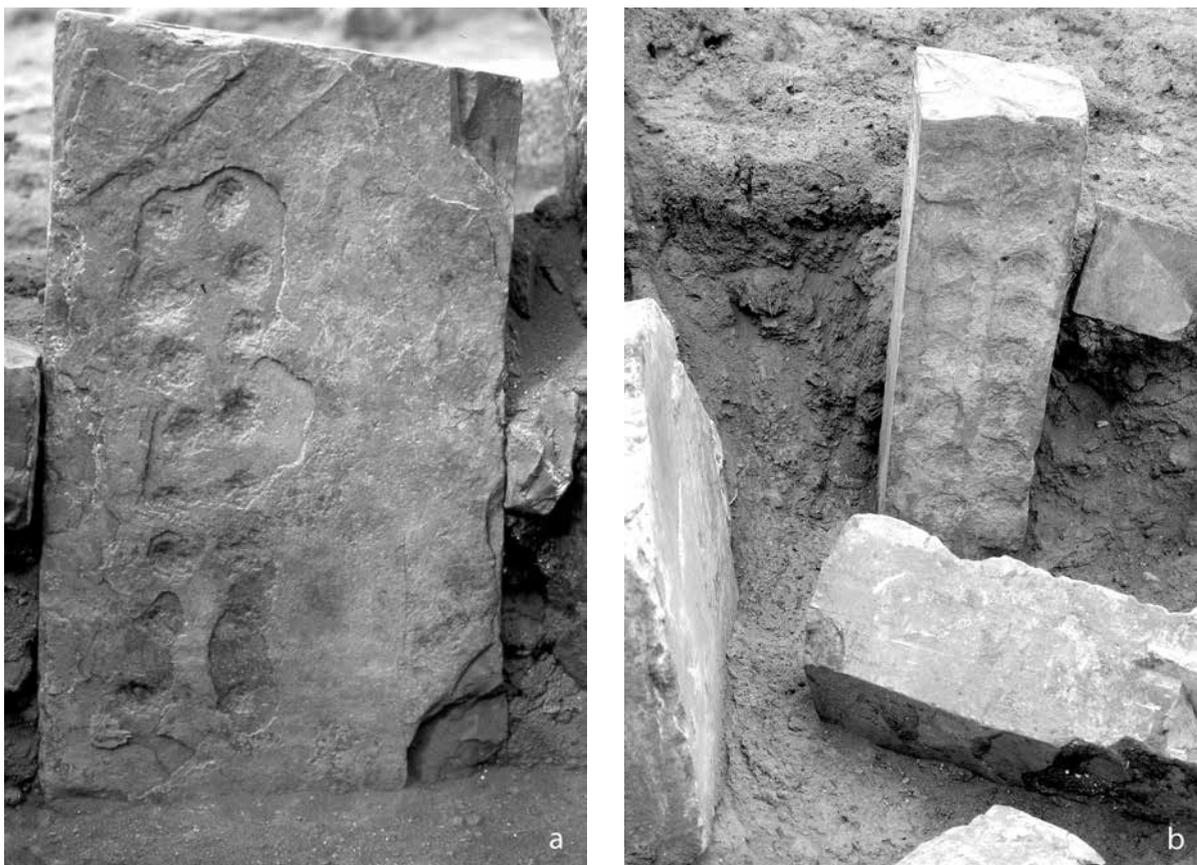


Figura 25. Dos piedras tabulares con alineamientos de pequeñas concavidades talladas: (a) correspondiente al Rasgo 43 en la T-1-'03 y (b) correspondiente al Rasgo 89 en la T-8-'05. Ambas piedras y otras similares han sido halladas plantadas verticalmente. La piedra utilizada parece ser idéntica a la observada en afloraciones tabulares de piedra caliza en diferentes lugares dentro y a lo largo del límite sureste del sitio. Fotografía de Izumi Shimada.

pueden ser vistos como un microcosmos representativo de la cultura y la población, entendidos en términos más amplios. Por esta razón, decidimos desarrollar un enfoque interdisciplinario (tabla 3) en nuestro análisis, a fin de extraer el mayor rango de información posible. Específicamente, además de las excavaciones en la Plaza de los Peregrinos, nuestro estudio de contextos funerarios constituye otro enfoque útil para dilucidar los fundamentos sociales de Pachacamac (Segura *et al.*, 2006; Shimada *et al.*, 2006a).

Uhle tuvo el crédito de examinar deformaciones craneanas para determinar los orígenes geográficos/étnicos de los individuos enterrados en el Cementerio I, pero encontró una variabilidad mínima en contraste con aquellos que excavó a lo largo del borde sur del Templo del Sol.

La elección del área a excavar en el Cementerio I se basó en los resultados de nuestra prospección intensiva del Sector I empleando un Radar de Penetración de Suelos (GPR) en el año 2003 y en las excavaciones realizadas en la Plaza de los Peregrinos durante el 2003, 2004 y 2005. Con la esperanza de que el actual camino pedestre a lo largo del límite norte del sector monumental del sitio, el mismo que ya Uhle había registrado en su mapa, hubiera protegido algunos entierros de la actividad de los huaqueros, decidimos conducir nuestra

prospección en un área alargada a lo largo del camino. Efectivamente, el radar detectó lo que tentativamente fue identificado como una cámara funeraria intacta (estimada en 3 metros de diámetro), a casi 1,5 metros debajo de la superficie (figura 26), y solo a unos cuantos metros al sur del camino, esto es, cerca del eje N-S que se extiende entre el centro del Templo de Pachacamac y la edificación que ha sido denominada «Ushnu inka» (Hyslop, 1990, pp. 258-259), localizada en el lado sur de la mitad este de la Plaza de los Peregrinos.

Nuestras anteriores excavaciones en la Plaza de los Peregrinos habían revelado la presencia de deposiciones culturales disturbadas del Horizonte Medio (Wari Provincial y Pachacamac), y debajo de ellas, construcciones Lima de adobitos del Periodo Intermedio Temprano, cerca de 1,5 a 2 metros debajo de la superficie (Shimada *et al.*, 2004a, 2005a, 2006a). Dado que la superficie actual del cementerio ubicado alrededor del Templo de Pachacamac se encuentra cuatro metros por encima de la superficie de la Plaza de los Peregrinos, deducimos que era posible exponer la presunta tumba intacta y una serie de depósitos pre-ychsma —desde Lima Temprano; (ver tabla 1)— al excavar el lugar antes mencionado.

La consiguiente excavación reveló que el hallazgo indicado por nuestra prospección con GPR era, en efecto, una tumba en forma de «ojo de cerradura» (tumba 1/2),

Tabla 3. Algunos análisis especializados y especialistas colaboradores del Proyecto Arqueológico Pachacamac.

Método analítico	Materiales analizados	Información esperada	Colaboradores
Isótopos estables (C & N)	Cabello (intervalo 1 cm)	Composición de dieta y su variación estacional	Mai Takigami y Minoru Yoneda, Department of Integrated Biosciences, Graduate School of Frontier Sciences, University of Tokyo, Japón
Isótopos estables (C & N)	Piel, músculos, dientes	Composición de dieta (particularmente marina <i>vs.</i> productos agrícolas)	Mai Takigami y Minoru Yoneda, Department of Integrated Biosciences, Graduate School of Frontier Sciences, University of Tokyo, Japón
Isótopos estables (O, Pb, & Sr)	Esmalte dental y huesos	Origen geográfico de los individuos y sus movimientos en el espacio	Kelly J. Knudson, Arizona State University, Tempe, AZ, E.E.U.U.
Atributos dentales heredados (distancia biológica)	Moldes de dientes preservados	Afinidad genética relativa de los individuos muestreados	Robert Corruccini, Southern Illinois University, Carbondale, IL., E.E.U.U.
ADN mitocondrial	Materiales genéticos extraídos de dientes	Relaciones de parentesco a lo largo de la línea materna	Ken-ichi Shinoda, National Museum of Nature and Science, Tokyo, Japón
Análisis osteológico	Todos los elementos del esqueleto presentes	Desarrollo de la salud, patologías, traumas, deformaciones craneanas, edad, sexo, etc.	Sarah Muno, Southern Illinois University, Carbondale, IL, E.E.U.U.
Paleo-etnobotánica	Restos de plantas	Manejo de recursos, estacionalidad, dieta y reconstrucción ambiental, etc.	David J. Goldstein, Institute of Archaeology and Anthropology, University of South Carolina, Columbia, SC, E.E.U.U.
Zoo-arqueología	Restos de fauna	Manejo de recursos, estacionalidad, dieta y reconstrucción ambiental, etc.	Melody J. Shimada, Southern Illinois University, Carbondale, IL., E.E.U.U.
Datación por espectroscopia de acelerador de masa	Tejido blando de los cuerpos y tela u otra sustancia orgánica de sus fardos funerarios	Determinación de las fechas de muerte de los individuos excavados, duración y secuencia de su enterramiento, modificación de los fardos post enterramiento	Mai Takigami y Minoru Yoneda, Department of Integrated Biosciences, Graduate School of Frontier Sciences, University of Tokyo, Japón
Análisis de Materiales (TSM, XRD, NAA, Mössbauer, etc.)	Cerámica, arcillas	Definición de tecnología de producción, características químicas y físicas para la identificación de los productores y sus orígenes	Equipo multi-universitario dirigido por Ursel Wagner, Technical Univ., München, Alemania; Jeffrey Speakman, MURR, Columbia, MO, E.E.U.U.
Detallado análisis técnico y estilístico	Textiles	Variabilidad individual y social/ étnica en la tecnología de producción, estilo y materiales; identidades sociales y/o étnicas de los artesanos	Patricia Landa, investigadora independiente, Lima

en gran medida intacta y que contenía más de 34 fardos funerarios colocados en dos niveles separados por esteras de junco tejido (Segura *et al.*, 2006; figura 27a-c). Con tres excepciones claras, los fardos adultos fueron preparados de manera similar a partir de la posición fuertemente flexionada de los individuos. Casi todos los fardos funerarios ychsmas excavados tenían dos palos de madera o caña colocados verticalmente a ambos lados del cuerpo (figura 28), lo que se asemeja a lo que Díaz y Vallejo (2005, pp. 297-300, tablas 1-3, figura 36) clasifican como

Fardo Ychisma, tipo 4. El uso de estos soportes laterales parece estar restringido a los fardos funerarios ychsmas, y habrían proporcionado estabilidad al cuerpo, asegurando que este se mantenga erguido y facilitando el transporte del fardo antes y después del entierro primario.

Una discusión detallada sobre la variación en técnicas y materiales utilizados para la preparación de los fardos de la tumba, se encuentra fuera del objetivo del presente artículo. Es suficiente anotar que los siete tipos de fardos ychsmas que Díaz y Vallejo (2005) definieron, incluyen

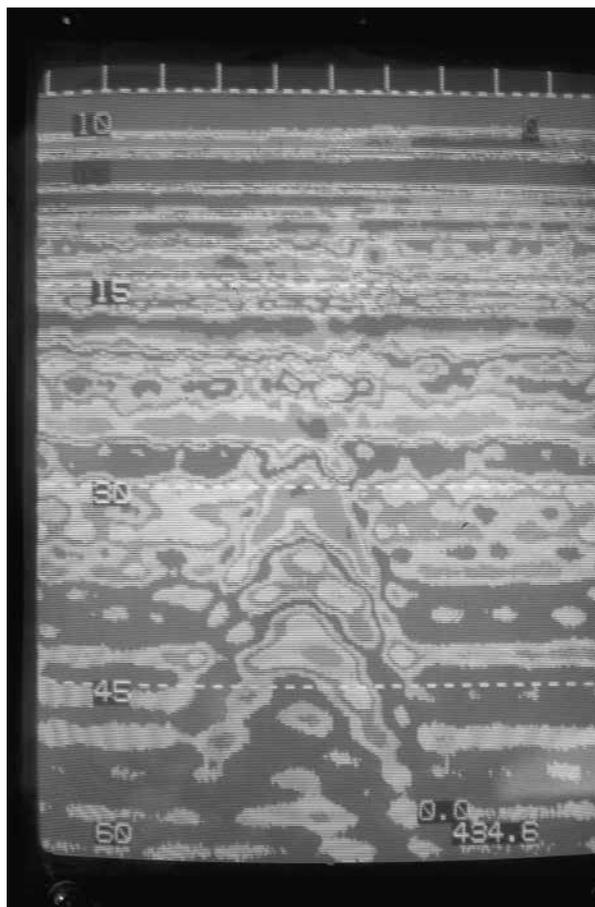


Figura 26. Imagen de una tumba de cámara detectada mediante Radar de Penetración de Suelos (GPR) cerca del límite norte del cementerio al frente del Templo de Pachacamac. Fotografía cortesía de Hirokatsu Watanabe.

buena parte de la variación que hemos registrado dentro de la tumba. Sin embargo, el fardo principal de la tumba 1/2, el más grande y más elaborado, no concuerda con ninguno de esos siete tipos. Dicho fardo presentaba una máscara de madera pintada con cinabrio, la cual se hallaba insertada en la cima del fardo y estaba sujeta a la parte delantera de la cabeza falsa hecha de paja recubierta con tela (Segura *et al.*, 2006; figura 29).

El análisis osteológico de 15 fardos muy deteriorados reveló la presencia de ocho individuos adultos masculinos y siete femeninos. Diecisiete de los restantes diecinueve fardos varían desde fetos/neonatos a infantes. Dos fardos grandes bien preservados no fueron abiertos.

El lapso de uso de la tumba 1/2 parece coincidir aproximadamente con la duración total de la cultura Ychsma, esto es, desde finales del Horizonte Medio, circa 1.000 d.C., hasta el Horizonte Tardío, circa 1460 a 1533 d.C. La tumba estuvo orientada NE-SO y medía 2,25 metros de ancho interior máximo en el eje Norte-Sur, al menos 3,27 metros de largo en el eje Este-Oeste —el límite este no pudo ser definido por hallarse fuera del área de excavación— y 1,53 metros de profundidad desde el techo hasta el piso. Sus paredes fueron construidas predominantemente de adobes de diversos tamaños mezclados con grandes cantos rodados y bloques de piedra

caliza. En realidad, la tumba fue una estructura soterrada construida a partir de un gran hoyo previamente excavado en los depósitos poco consolidados de arena estéril, donde habían existido al menos cuatro tumbas anteriores Lima Medio —quizás a partir de Lima Temprano— y Wari Provincial (ver tabla 1, figura 30). Así, los muros de la tumba no se sostenían por sí mismos, a excepción del lado norte, sino que más bien se apoyaban sobre las paredes del hoyo, con una inclinación hacia fuera, hacia el lado sur. El muro norte, el único con mortero de barro y sin apoyo de ninguna clase, aunque curvado, resultó ser el muro sur de una tumba grande, más antigua y adyacente, localizada exactamente debajo del camino moderno.

La tumba se hallaba cubierta por un techo conformado por varias capas de esteras superpuestas de totora, sostenidas por doce troncos (postes y vigas) de madera de lúcumo (*Pouteria lucuma*). El extremo este fue aparentemente destruido durante la última etapa de uso de la tumba, cuando fue vaciado al interior un relleno de piedras que contenía abundante cerámica fragmentada, huesos humanos y otros restos de fardos funerarios disturbados o descompuestos, con el fin de cubrir al menos ocho fardos funerarios que habrían sido arrojados dentro de la tumba sin ningún cuidado especial (figura 31).

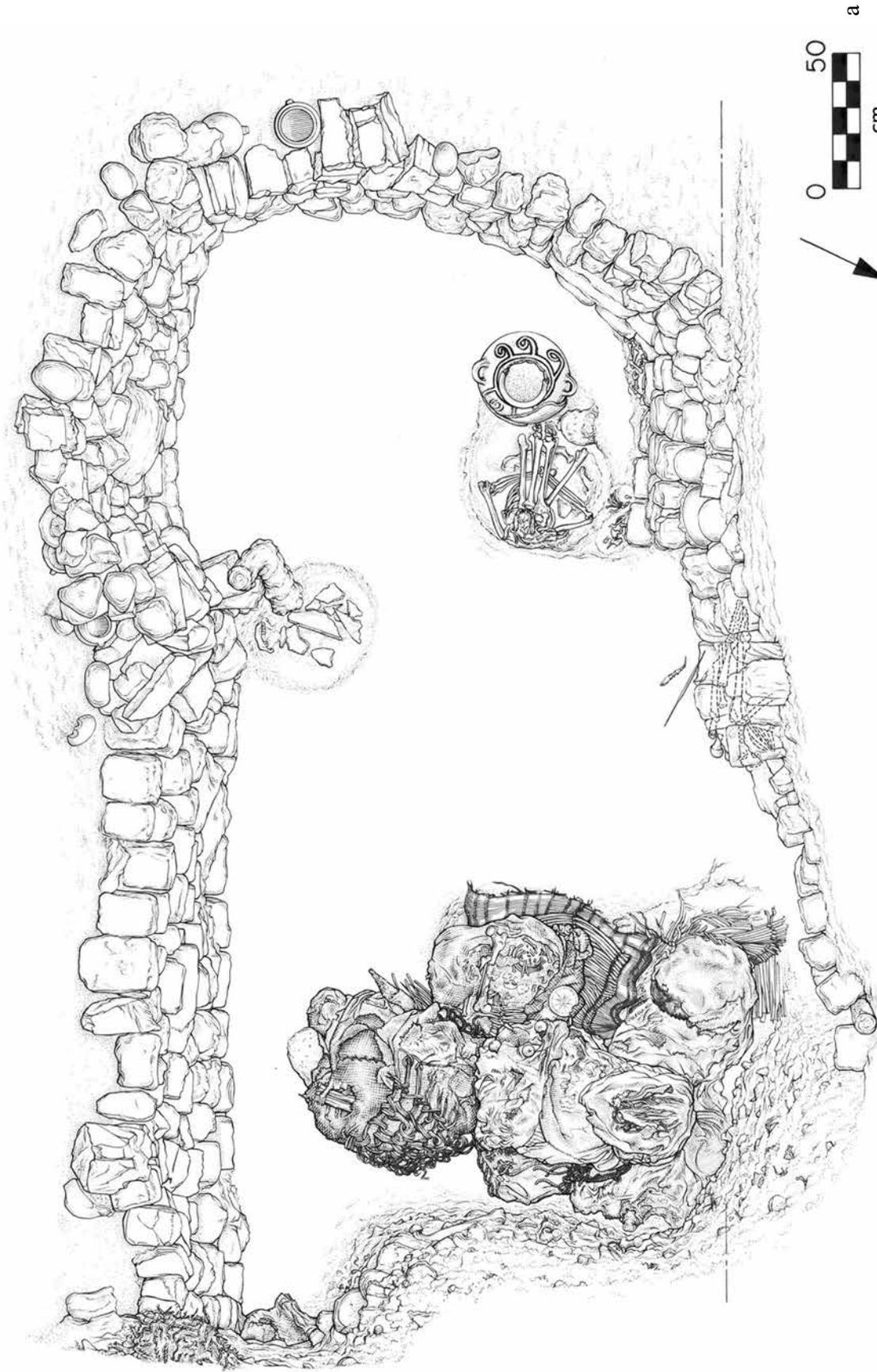
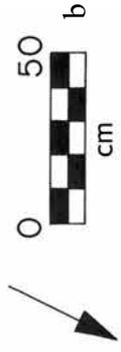
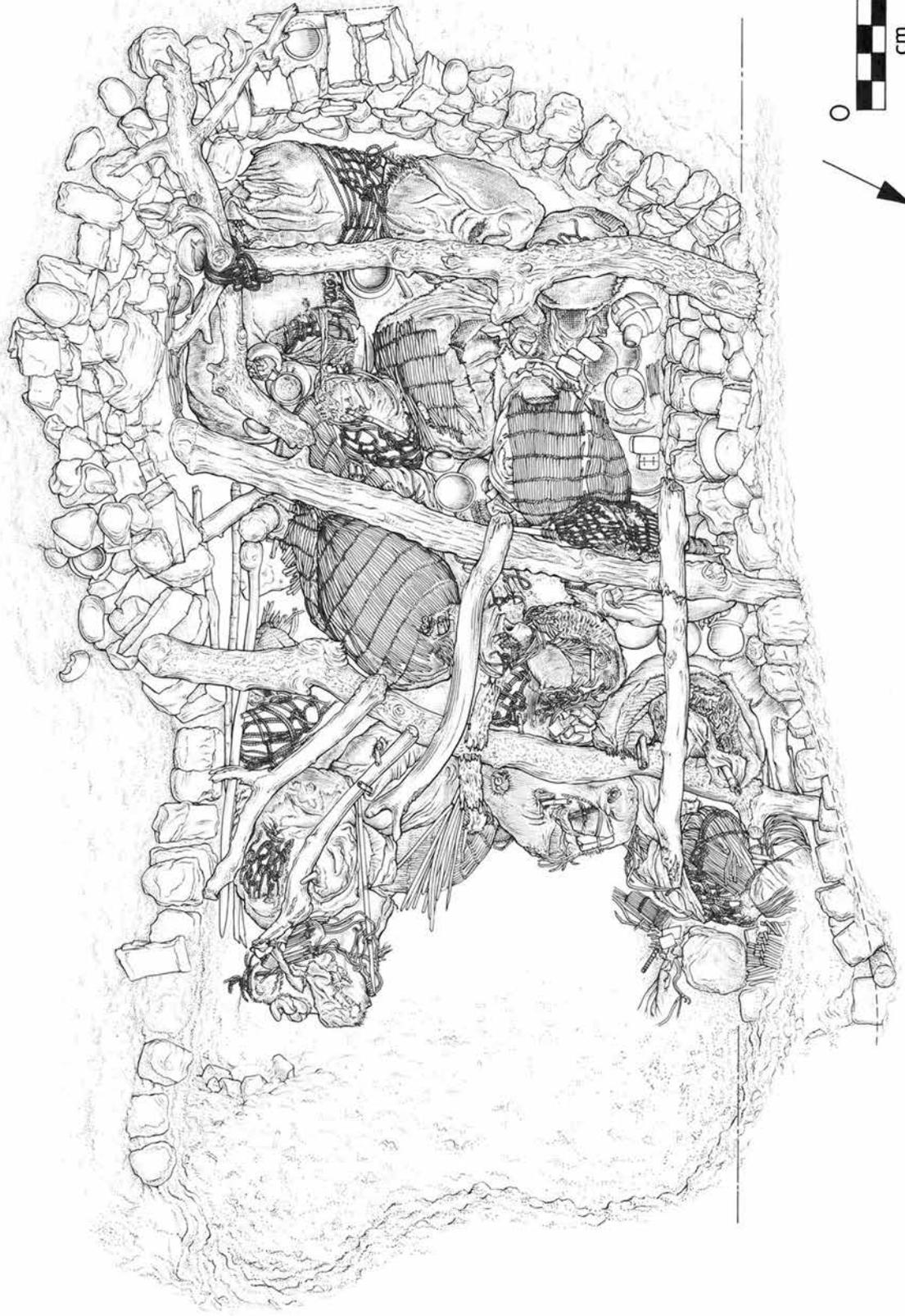


Figura 27. Secuencia de tres dibujos (a-c) mostrando las cuatro fases principales de la «historia de vida» de la tumba de cámara excavada por el Proyecto Arqueológico Pachacamac en el 2005; (a) muestra los cuatro entierros Lima preexistentes que fueron severamente dañados por la tumba de cámara intrusiva; nótese también los fardos funerarios que fueron arrojados en el extremo este de la tumba en algún momento tardío de su «historia de vida» (ver también figura 32); (b) y (c) muestran los fardos ubicados en los niveles inferior y superior de la tumba, respectivamente. Dibujo de César Samillán e Izumi Shimada.



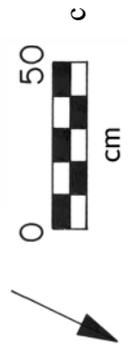
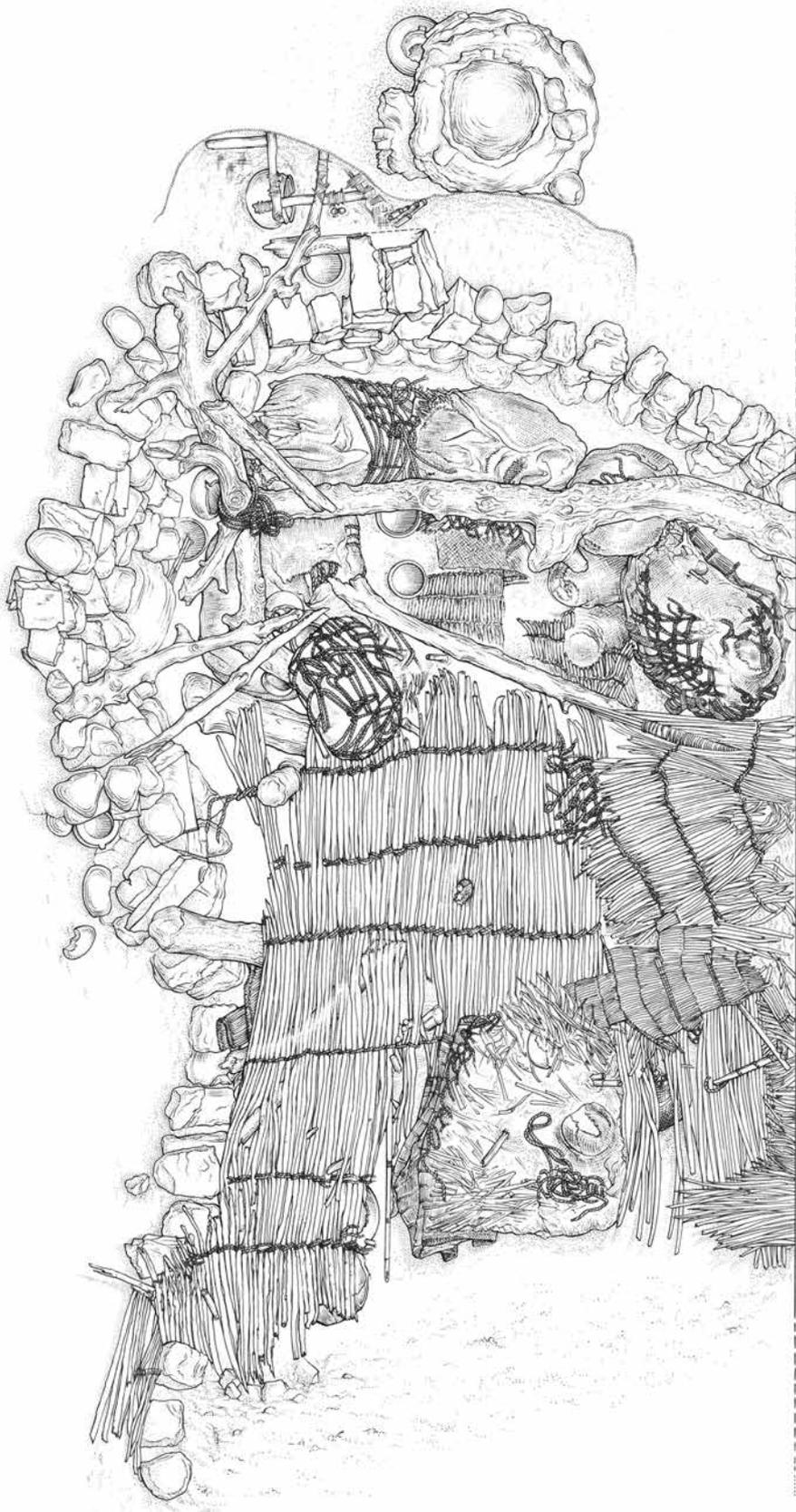




Figura 28. Fardo U proveniente del nivel inferior de la tumba de cámara mostrando claramente un par de palos de caña ubicados verticalmente a ambos lados del cuerpo para brindar apoyo. Fotografía de Izumi Shimada.



Figura 29. Fardo principal ubicado en el nivel inferior y en la parte más interna de la tumba. Nótese su cabeza falsa con la máscara de madera pintada con cinabrio. Fue hallado mirando al sur, en dirección opuesta al Templo de Pachacamac. Vista al sur. Fotografía de Izumi Shimada.

La tumba 1/2 y los entierros completos y parciales circundantes, muchos de los cuales se superponen en el tiempo —en términos de los fechados estilísticos de la cerámica asociada—muestran las diferentes formas en que los muertos y los vivos interactuaron a lo largo de un gran periodo de tiempo (Segura *et al.*, 2006), y la intensidad del uso funerario de esta área ubicada frente al Templo de Pachacamac (Templo Pintado).

El análisis estratigráfico sugiere, sorprendentemente, que la cima del techo de la tumba, y lo que, inferimos, fue su entrada, estuvo a tan solo 15 o 20 centímetros por debajo de la superficie actual, por lo que muy probablemente la tumba fue visible y fácilmente accesible durante el largo periodo de su uso. Su ubicación superficial coincide con el extremo superior de un poste de madera plantado verticalmente dentro la tumba, y con

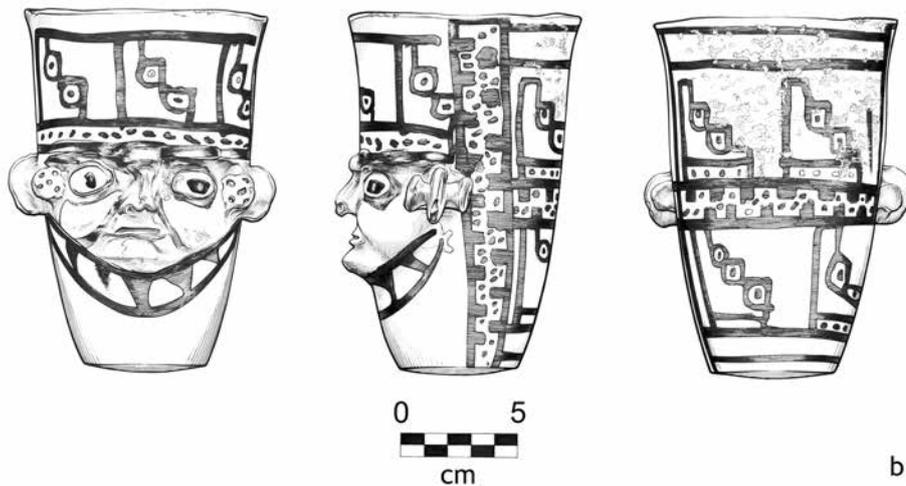


Figura 30. (a) Restos del entierro (T-7, Entierro AG) asociado a un vaso Wari Provincial. El entierro se encontraba seriamente dañado por la construcción del muro sur de la tumba de cámara (tumba 1/2). Vista al norte. Fotografía de Izumi Shimada; (b) Vaso Wari Provincial del Entierro AG. Dibujado por César Samillán.

dos estructuras cercanas, hechas de barro, que habrían servido como recipientes para ofrendas de comida o como contenedores para libaciones en honor a los muertos (figura 32). Cada una de estas estructuras tuvo la forma de un recipiente cóncavo, recubierto con una serie de sucesivas capas delgadas de arcilla, superpuesto sobre una base cilíndrica. Los restos bien preservados de excrementos de lechuzas, así como abundantes fragmentos pequeños de huesos, piel y carcasas de roedores en los intersticios de los fardos funerarios, sugieren también que la tumba estuvo relativamente cerca de la superficie y que fue fácilmente accesible. Es importante recordar que Kaulicke (2000b, p. 315) ha apuntado que «...la presencia de varios fardos [en las estructuras funerarias en el área funeraria de Ancón], sugiere un uso prolongado y repetido, que se hace más evidente a fines del Horizonte Medio cuando se trata de *estructuras*

con techos móviles y se observa un número elevado de individuos dentro de las mismas» (énfasis agregado).

El acceso presuntamente fácil al interior de la tumba se apoya además, en otras líneas de evidencia. La disposición de fardos funerarios, particularmente aquellos en el nivel inferior, nos *parecían que fueron sistemáticamente agrupados alrededor del fardo más grande y elaborado*. Una hipótesis lógica sería que la tumba, como un todo, simbolizaba una comunidad de linaje que compartía un ancestro, presumiblemente el individuo en el fardo más grande y elaborado, similar a la situación propuesta para las tumbas de fardos múltiples en Paracas Necrópolis de Wari Kayan (Dwyer & Dwyer, 1975; Tello & Mejía, 1979). Dicho fardo se hallaba colocado en la esquina sureste de la tumba (figuras 27b, 29), en el lado más alejado del ingreso ubicado en el extremo este. Lógicamente, entonces, el



Figura 31. Relleno de piedras con numerosos fragmentos de cerámica, huesos humanos y otros restos de fardos funerarios descompuestos o disturbados que rellenaron el extremo este de la tumba 1/2. Vista al este. Fotografía de Izumi Shimada.



Figura 32. Receptáculo cuya probable función habría sido la de recibir ofrendas de comida o servir como fuente para libaciones a los muertos. Fue encontrado cerca y al oeste de la tumba 1/2. Vista al este. Fotografía de Izumi Shimada.

fardo principal *debió ser el primero en ser colocado en la tumba*. Estilísticamente, su cara de madera pintada con cinabrio y decorada con plumas se fecha comunamente hacia fines del Horizonte Medio, circa 900-1.000 d.C. Las cabezas falsas estilísticamente más simples encontradas en los fardos circundantes, básicamente consistentes de rasgos faciales pintados y/o cosidos sobre tela, deberían ser posteriores.

Al mismo tiempo, el fardo principal, al menos en sus capas exteriores, se encuentra mejor preservado. Esta aparente anacronía con la presunta antigüedad de la máscara de madera merece una explicación. Una posibilidad es que, dado su probable alto estatus, el fardo habría sido bien cuidado luego de su inhumación original en la tumba. Así, sus envoltorios pudieron haber sido ocasionalmente reemplazados y reparados, tal

como Dwyer y Dwyer (1975) anotan para los fardos Paracas Necrópolis. O también, el fardo pudo haber sido reubicado de su entierro original dentro o fuera del sitio de Pachacamac y en este proceso habría sido renovado. Como se ha sugerido anteriormente a este respecto, se debe considerar la posibilidad de que al menos algunas, si no la mayoría, de las cámaras subterráneas circulares y rectangulares de adobe y piedra, documentadas en la Plaza de los Peregrinos unos metros más al norte, fueron usadas para preparar o albergar temporalmente a los fardos funerarios que se enterrarían en el Cementerio I, o a los fardos que fueron removidos de algún lugar primario para recibir ofrendas, ser renovados y vueltos a enterrar. Es más, sugerimos que las agujas de coser, los retazos de tela a manera de muestrarios, las herramientas de piedra para tallar metal, los fragmentos de láminas de metal de aleación de cobre y las conchas con pintura de cinabrio al interior (Shimada *et al.*, 2004a, 2005a) que hemos encontrado

en nuestras excavaciones de la Plaza, fueron utilizados o resultaron de esta preparación y arreglo de fardos.

Igualmente, hemos registrado casos muy claros de alteraciones post-enterramiento en otros fardos de la tumba. Por ejemplo, hemos constatado que la porción superior de uno de los fardos fue cortada y abierta para remover la cabeza del individuo. El corte intencional de los tejidos prehispánicos se observa muy raramente (Patricia Landa, comunicación personal, 2005), lo que nos sugiere que ciertas circunstancias inusuales impusieron la necesidad de remover el cráneo. Otros dos fardos tampoco presentaron cráneos a pesar de que el resto de los esqueletos se hallaban completos y articulados. No obstante, en estos casos no hemos logrado reconocer signos claros de una apertura intencional.

Cerca de la tumba 1/2, se encontró el cuerpo completo de una mujer adulta enfardada junto con un infante y un adulto (figura 33). Además, documentamos una serie de



Figura 33. Fardo funerario (Fardo A, Tumba 3) que contiene los cuerpos completos de una mujer adulta, un infante y otro adulto. Además, nótese la presencia de dos palos plantados verticalmente a cada lado del fardo. Vista al noreste. Fotografía de Izumi Shimada.

deposiciones circulares u ovaladas de aproximadamente 30 a 35 centímetros de diámetro, con una sustancia polvorienta gris que hubiera podido ser identificada como ceniza. Un análisis más detallado, sin embargo, indicó que la sustancia contenía fragmentos de tela de algodón y motas de algodón natural en diferente grado de descomposición, mezclados con huesos del pie y otros restos que son encontrados frecuentemente en los fardos funerarios (figura 34) —signos, todos ellos, que revelan que se trata de los restos en descomposición dejados por los fardos removidos— (Segura *et al.*, 2006). De manera idéntica, las bases de muchos fardos de la tumba 1/2 muestran cómo el proceso natural de degradación resulta en dicha sustancia gris. A donde sea que estos fardos fueron conducidos, es probable que, debido a su pobre estado de preservación, tuvieran que ser reparados o envueltos nuevamente, a menos que hayan sido definitivamente descartados. Mediante su excavación en el Complejo Adobitos del periodo Lima, cerca del Museo de Sitio, Giancarlo Marcone (comunicación personal, 2006) encontró una serie de «individuos articulados en posiciones anatómicas «extrañas» o que carecían de algunas partes del esqueleto. Junto a estos individuos, hubo «bolsas» de huesos removidos que podrían corresponder a fardos disturbados, junto con fragmentería de cerámica tardía. Parece así, que la manipulación y re-localización de fardos fue una costumbre muy extendida en el sitio al menos durante las épocas tardías prehispánicas.

Los datos y observaciones que presentamos aquí permiten ofrecer algunas interpretaciones preliminares concernientes a las actitudes prehispánicas hacia la muerte y la identidad social de aquellos enterrados frente al Templo de Pachacamac. Es obvio que *muchos de los fardos funerarios recuperados, ya sea dentro o fuera*

de la tumba 1/2, tienen una historia muy compleja, tal vez anterior y seguramente posterior al enterramiento primario, de manera que su coexistencia en la misma tumba no puede ser usada de manera irreflexiva para determinar la fecha de la muerte o el enterramiento primario de los individuos. La suposición de Uhle, posteriormente reiterado por Rowe (1962; también Isbell, 1997), de que la tumba representa un contexto sellado y de que sus contenidos, artefactos y restos humanos, son sincrónicos, no puede ser fácilmente asumida. En consecuencia, hemos optado por fechar sistemáticamente una variedad de muestras por Espectroscopía de Acelerador de Masa del tejido blando de los cuerpos y de sus envoltorios textiles, a fin de determinar no solo la correlación entre estos fechados, sino también entre éstos y la ubicación relativa y estado de preservación de los fardos (tabla 4; Takigami *et al.*, 2009, s.f.).

Los fechados de la Tabla 4 apoyan firmemente nuestra inferencia de que la “historia de vida” de la tumba 1/2 fue larga, quizá desde 900 d.C. hasta el tiempo de la conquista española o incluso después. Los fardos A, D y F son los más recientes, pero es difícil afirmar si ellos pertenecen al periodo de la dominación inka de Pachacamac o a los primeros años de la Colonia, ya que las curvas de calibración son tenues de 1460 a 1600 d.C.

En forma preliminar, habíamos planteado la hipótesis de que el fardo B, el más grande y más elaborado, situado en la porción más interior de la tumba, perteneció a un “ancestro” importante, quien fue localizado primero para servir como el punto focal del ordenamiento de los fardos siguientes dentro de la tumba. Los cuatro fechados obtenidos para el fardo, sin embargo, no confirman esta hipótesis (i.e. ellos no son suficientemente antiguos). Para examinar la posibilidad de que este fardo



Figura 34. Improntas circulares y restos de una serie de fardos funerarios deteriorados (T-7, de izquierda a derecha, Entierro AI, AJ y AK) que fueron removidos antiguamente. Estos restos fueron hallados al sur de la tumba 1/2. Vista al oeste. Fotografía de Izumi Shimada.

Tabla 4. Fechas de las muestras de los fardos funerarios recuperados de la tumba 1/2 del Cementerio al frente del Templo Pintado determinadas mediante Espectroscopía de Acelerador de Masa en el Graduate School of Frontier Sciences, The University of Tokyo, Tokyo, Japón. Todas las fechas fueron calibradas usando OxCal Radiocarbon Calibration Program versión 4.1.

Fardo	Naturaleza de la muestra	Número de identificación del laboratorio	Fecha ¹⁴ C (AP)	Fecha calibrada (2 sigma) OxCal 4.1 IntCal09	Probabilidad al 95,4%
A	Relleno de algodón debajo de primera capa de tela	MTC-11004	454 ± 99	1299 – 1370 d.C. 1380 – 1647 d.C.	12,6 82,8
B	Primera a cuarta capa de tela	Promedio de cuatro fechados*	652 ± 25	1282 – 1321 d.C. 1350 – 1392 d.C.	43,8 51,6
D	Cuerda de fibra vegetal debajo de primera capa de tela	MTC-12547	386 ± 51	1437 – 1636 d.C.	95,4
E	Primera capa de tela	MTC-12545	664 ± 49	1269 – 1400 d.C.	95,4
F	Red exterior de fibra vegetal	MTC-12548	387 ± 54	1436 – 1637 d.C.	95,4
J	Tela	MTC-13177	541 ± 67	1287 – 1454 d.C.	95,4
K	Relleno de algodón	MTC-11005	533 ± 29	1320 – 1351 d.C. 1390 – 1439 d.C.	21,2 74,2
L	Cuerda de fibra vegetal	MTC-12549	570 ± 46	1297 – 1431 d.C.	95,4
O	Tercera capa de tela	MTC-11006	579 ± 30	1300 – 1369 d.C. 1381 – 1419 d.C.	63,0 32,4
P	Cuerda de fibra vegetal	MTC-12550	546 ± 52	1299 – 1370 d.C. 1380 – 1444 d.C.	45,4 50,0
Q	Primera capa de tela	MTC-11787	896 ± 53	1024 – 1225 d.C.	95,4
R	Tercera capa de tela	MTC-11007	725 ± 29	1225 – 1299 d.C. 1371 – 1379 d.C.	93,3 2,1
T	Cuerda de fibra vegetal	MTC-12551	779 ± 52	1155 – 1299 d.C. 1371 – 1379 d.C.	94,9 0,5
U	Tercera capa de tela	MTC-11008	570 ± 28	1306 – 1364 d.C. 1385 – 1422 d.C.	57,5 37,9
V	Tercera capa de tela	MTC-11009	517 ± 27	1328 – 1341 d.C. 1395 – 1443 d.C.	5,2 90,2
W	Tela	MTC-11788	915 ± 55	1019 – 1221 d.C.	95,4
X	Relleno vegetal	MTC-12552	544 ± 44	1304 – 1365 d.C. 1384 – 1441 d.C.	41,7 53,7
Y	Tela	MTC-11010	801 ± 27	1185 – 1274 d.C.	95,4
Z	Primera capa de tela	MTC-11011	598 ± 27	1298 – 1370 d.C. 1379 – 1408 d.C.	71,3 24,1
AA	Cuerda de fibra vegetal	MTC-12553	534 ± 50	1302 – 1367 d.C. 1382 – 1447 d.C.	38,0 57,4
E Intrusivo	Segunda capa de tela	MTC-11789	744 ± 53	1176 – 1310 d.C. 1360 – 1387 d.C.	88,7 6,7

*Beta-244629, 760 ± 140 BP; Beta-244628, 690 ± 40 BP; MTC-12440, 574 ± 29 BP; MTC-12546, 699 ± 47 BP

hubiera sido reenfundado en algún momento después de su inicial enterramiento, procedimos a fechar radiométricamente la tela exterior (dos muestras) y las segunda y cuarta de las capas textiles en Beta Analytic y la Universidad de Tokio. Los análisis estadísticos de estos fechados (Beta-244629: 760 ± 140 BP, Beta-244628: 690 ± 40 BP, MTC-12440: 574 ± 29 BP, MTC-12546: 699 ± 47 BP) confirman que ellos pueden ser considerados contemporáneos (Takigami *et al.*, 2009, s.f.). Los cuatro fechados proporcionan una edad C^{14} media de 652 ± 25 BP con correspondientes fechados calendáricos calibrados de 1282-1321 d.C. y 1350-1392 d.C. (rango de dos sigma). Esta media no es solo relativamente tardía entre los fardos fechados de la tumba, sino que nos fuerza a reevaluar la práctica común de fechar fardos con máscaras de madera (como el fardo B) en el Horizonte Medio tardío. Nuestros fechados de tales fardos de Pachacamac indican que ellos más bien pertenecen al Periodo Intermedio Tardío (Shimada *et al.*, 2004a; Takigami *et al.*, s.f.).

Los fechados presentados en la Tabla 4 tampoco apoyan la hipótesis cololaria de que a más grande la distancia entre el fardo B y un fardo dado, más reciente resultará la deposición del segundo fardo. Aunque los fardos en el segundo nivel y al interior de la tumba tienden a ser más antiguos que aquellos hallados en el primer nivel y en las secciones más externas de la tumba, no hay un orden cronológico definitivo en la localización de los fardos en ambos niveles. Más bien, parece que los fardos ya existentes fueron relocalizados cada vez que un nuevo fardo fue añadido a la tumba.

Merece señalarse que los resultados de los análisis de isótopos estables de nitrógeno y carbono del cabello preservado de 10 individuos de la tumba llevados a cabo por Takigami (Takigami *et al.*, 2009, s.f.), revelaron una considerable variación en sus dietas, desde aquellos con un alto consumo de productos marinos hasta aquellos con una dieta más balanceada con componentes marinos y agrícolas (Takigami *et al.*, 2009, s.f.). Una implicación importante de estos resultados es que estos individuos habrían tenido probablemente dos distintos estilos de vida y/o orígenes geográficos; i.e. unos basados en una economía marina cerca de la costa del Pacífico y los otros en una economía agrícola tierra de los valles de la costa.

Nuestra interpretación de que los fardos de la tumba 1/2 contuvieron individuos que crecieron, si acaso no vivieron gran parte de sus vidas en distintas áreas de la costa central, se encuentra respaldada por los resultados de los análisis de isótopos de estroncio efectuados por Knudson (Knudson *et al.*, 2008) y de DNA mitocondrial (ADNmt) realizado por Shinoda.

Los análisis de Shinoda, de muestras de dientes extraídas de fardos diferentes, indican que no existe

parentesco maternal entre ellos (Shimada *et al.*, 2005b, 2006b para explicaciones sobre análisis de ADN mitocondrial). De hecho, la presencia de haplogrupos A, B y D en las muestras sugiere una amplia variabilidad genética, es decir, las muestras parecen incluir miembros de distintos grupos sociales. Un haplogrupo corresponde a un agrupamiento hereditario de haplotipos similares, y un haplotipo puede ser entendido como una secuencia distintiva de ADN. El porcentaje relativamente alto del haplogrupo B —41,7% (5 de los 12 individuos que han proporcionado la suficiente cantidad de materiales genéticos de los 26 individuos analizados de la T-7-'05), 25% (3 de los 12) en haplogrupo A y 33,3% (4 de los 12) en haplogrupo D— presenta una buena posibilidad que al menos algunos de los individuos analizados provengan de la sierra central o las partes altas de los valles de la costa central. Este haplogrupo predomina en las poblaciones actuales y antiguas en la sierra peruana, con unos 50% o más; (Lewis *et al.*, 2005; Merriwether *et al.*, 1995; Rodríguez-Delfin *et al.*, 1999; Shinoda *et al.*, 2006). Tal posibilidad es razonable considerando que el fardo de la figura 16 estaba asociado con vasijas de cerámica que, como ya se mencionó, parecen tener procedencia serrana y que los documentos coloniales (Rostworowski, 1978, 1992; Taylor, 1987) mencionan estrechas relaciones entre Pachacamac y la sierra central. Adicionalmente, la presencia de dos fardos (R y Q) que difieren marcadamente de otros en la tumba en cuanto al material y estilo utilizado en su elaboración⁷, así como en cuanto a los objetos que contienen al interior, cuestionan la noción de culto al ancestro, e identidad y unidad de una comunidad determinada.

La variabilidad de los ratios Sr^{87}/Sr^{86} definidos por Knudson (Knudson *et al.*, 2008) en las muestras de esmalte dental de los individuos de la tumba 1/2 sugiere que ellos procedían de al menos tres áreas geográficas distintas aún no identificadas, quizá lugares donde vivieron su juventud o gran parte de su vida.

Se mantienen muchas preguntas acerca de los contextos funerarios excavados que por ahora no podemos resolver. Lo que es probable, sin embargo, es que la tumba de cámara 1/2 que contenía muchos individuos de diferentes generaciones, edad, sexo, rol y estatus, fue un «contexto en constante modificación». Junto con estas transformaciones físicas, la memoria e identidad asociadas fueron «periódicamente redefinidas» durante 550 años o más. ¿Por qué estos fardos, diferentes entre ellos, fueron depositados juntos en la misma tumba que nosotros llamamos tumba 1/2? Una explicación posible, sugerida por Eeckhout (2005), es que las personas que sufrieron de graves enfermedades fueron enterradas junto al Templo de Pachacamac por su presunto poder sanador. Sin embargo, la orientación

⁷ Estos dos fardos carecen de cráneos. Como en el caso de las alteraciones post enterramiento documentadas en la costa norte (Hecker & Hecker, 1992a,b; Klaus, 2003; Millaire, 2002, 2004; Nelson, 1998; Nelson & Castillo, 1999; Shimada *et al.*, 2004b), en Pachacamac, el cráneo también fue el elemento más frecuentemente removido de los cuerpos o añadido a los entierros.

de los fardos en tumba 1/2 mirando hacia el norte (en vez de al sur donde se ubica el Templo) y su distribución dentro de la tumba sugieren otros factores.

Aunque la tumba 1/2 puede haber contenido individuos de diferente origen geográfico y étnico, y distinto estatus, ésta fue mantenida activamente, en tanto que otros contextos funerarios fueron ignorados y destruidos por entierros intrusivos posteriores. De hecho, la alta densidad de entierros y sus diversos estados de preservación en el área excavada, sugieren que, sin importar la presencia o ausencia de entierros más tempranos, sus ubicaciones pudieron ser usurpadas si los entierros no eran regularmente cuidados. Dicha competencia por el acceso a la presunta tierra sagrada es, en efecto, lo que hemos documentado en la Plaza de los Peregrinos. Claramente la santidad de los entierros existentes fue respetada siempre y cuando los muertos se mantuviesen en la conciencia de los descendientes y parientes vivos, y consecuentemente recibiesen cuidados de éstos. Adicionalmente, los resultados de nuestra excavación en el Cementerio I concuerdan con la aguda observación de Uhle (1903, p. 16) de que el cementerio tuvo un periodo de uso extenso, pero que los individuos enterrados «no provenían de todas partes del Perú» —es decir, variación limitada en la deformación craneana, fardos y cerámica asociada—, ni que se trataba uniformemente de individuos de alto estatus, tal como sugieren las fuentes coloniales.

CONCLUSIONES

Pachacamac es probablemente el sitio citado más frecuentemente por casi cualquier estudio sobre religión andina, antigua o moderna (ver Bauer & Stanish, 2001; Burger, 1988; MacCormack, 1991; Sallnow, 1987; Topic *et al.*, 2002), pero también ha sido amplia y largamente malentendido. Además de su fama como primer centro religioso, ha sido descrito varias veces como un gran centro urbano durante el Horizonte Medio luego de la llegada de la «influencia wari». Esta impresión es comprensible en términos de extensión física, organización y complejidad arquitectónica —alrededor de 2,5 kilómetros cuadrados de área nuclear—; y también debido a la abundancia de documentos históricos relevantes, muchos de los cuales se han vuelto asequibles gracias a los años de incansable esfuerzo de María Rostworowski (1977, 1978, 1989, 1992, 1999).

El trabajo de campo y el informe pionero de Uhle en 1903, contribuyeron claramente a establecer la reputación y percepción del sitio que hemos descrito en la primera parte de este artículo. Sin embargo, el conocimiento arqueológico así como una cabal comprensión de Pachacamac, es en realidad aún limitado, sesgado y tenue, básicamente debido al persistente énfasis en la arquitectura monumental inka o prehispánica tardía para las que existe documentación histórica. La arquitectura altamente visible e imponente, así como la información histórica detallada, dominan nuestra atención, pero la concentración en este tipo de evidencia solamente ha conducido a una visión y comprensión

estática, deshumanizada e incompleta del sitio. La documentación de las construcciones, de los eventos de remodelación y abandono de las principales estructuras, así como de las ofrendas asociadas, ha refinado la cronología alfarera de Uhle, pero no nos ha brindado una visión del sitio como un todo dinámico, integrado y operativo. A pesar de la caracterización de Pachacamac como un centro religioso y político, de gran poder e influencia durante el Horizonte Medio (Menzel, 1977; Lumbreras, 1999), aún no conocemos sus fundamentos sociales, o los procesos y mecanismos mediante los cuales las ideologías y rituales fueron traducidos en poder y riqueza social, económica y política en el mundo real. Tampoco sabemos por quién o dónde fue hecho el estilo de cerámica Pachacamac con el famoso «Grifo de Pachacamac» (Shimada, 1991, XXVI; Knobloch, 1989, 2000; Kaulicke, 2000a; Menzel, 1977). En realidad, a la fecha no hay evidencia de que dicha cerámica haya sido producida en el sitio que da nombre al estilo.

Este artículo ha intentado demostrar la necesidad de emprender investigaciones interdisciplinarias de largo plazo que (1) se hallen provistas de la más completa información histórica disponible, sin renunciar a examinarla crítica e independientemente, y (2) que sean capaces de otorgar una imagen detallada y precisa de la «gente y sus actividades», sin las cuales no se podría entender por qué Pachacamac fue un lugar único, duradero e importante. A pesar del huaqueo prolongado e intensivo que ha destruido o dañado muchos contextos funerarios, creemos con optimismo que el enfoque interdisciplinario puede recuperar un rango amplio de información necesaria para la reconstrucción social del sitio. Asimismo, nuestra concepción de los contextos funerarios necesita ser modificada para incluir los efectos de las diversas y persistentes relaciones entre vivos y muertos. Es posible que se haya concebido que los muertos mismos experimentaban su propia transmutación —nacer o llegar a ser un ancestro venerable— en el otro mundo (Parker-Pearson, 2000, p. 143; Hertz, 1960[1907]; Kaulicke, 2000b; Metcalf & Huntington, 1991, entre otros).

Más aún, no podemos seguir asumiendo que estos contextos son el resultado inalterado de sentimientos y elecciones de un solo grupo social en un solo momento en el tiempo, tal como hizo Uhle. Por el contrario, son el resultado frecuente de una serie de transformaciones intencionales y no intencionales ocurridas a través de generaciones dentro del mismo grupo social en el ámbito de grupos sociales más amplios. El trabajo de campo en la Plaza de los Peregrinos no solo complementa nuestro actual análisis mortuario, sino que también proporciona datos que necesitan un replanteamiento de la naturaleza de los actores y de las actividades llevadas a cabo en esta zona sagrada, previamente interpretada en base a la información histórica.

Dada la escala y complejidad del sitio, tenemos un largo camino por delante para clarificar los orígenes sociales de Pachacamac. La alta calidad y amplia cobertura del trabajo de Uhle, pese a ello, continúan siendo una fuente de inspiración para futuras investigaciones.

AGRADECIMIENTOS

Este artículo se basa en la información, datos y observaciones obtenidos por los miembros multinacionales del Proyecto Arqueológico Pachacamac codirigido por I. Shimada, R. Segura y M. Rostworowski. Quisiéramos expresar nuestra gratitud sincera a todos ellos, en particular a Hirokatsu Watanabe, especialista en Radar de Penetración de Suelos y jefe de Terra Information Engineering (Yokohama, Japón) y Jeff Speakman, especialista en arqueometría —en el momento de los análisis— del Research Reactor Facility of the University of Missouri (MURR). También agradecemos a Giancarlo Marcone y Patricia Landa por compartir sus valiosas

observaciones. Nuestro proyecto recibió el generoso apoyo de National Science Foundation (grant n.º BCS-0313964, 0411625), National Geographic Society (grant n.º 7472-03, 7668-04, 7724-04), y John Heinz III Foundation. Nuestros sucesivos trabajos de campo fueron autorizados por las Resoluciones Directoriales n.º 166-2003, 622-2004, y 919-2005 del Instituto Nacional de Cultura del Perú. El detallado mapa digitalizado del sitio de Pachacamac utilizado aquí fue hábilmente elaborado por Go Matsumoto, miembro del proyecto. Agradecemos igualmente a Gabriela Cervantes, también miembro de nuestro proyecto, por la cuidadosa traducción de este manuscrito al español.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVA, W. & C. B. DONNAN (1993). *Royal Tombs of Sipán*. Los Angeles: The Fowler Museum of Cultural History, University of California
- BAUER, B. S. & C. STANISH (2001). *Ritual and Pilgrimage in the Ancient Andes: The Islands of the Sun and the Moon*. Austin: University of Texas Press.
- BILLMAN, B. R. & G. M. FEINMAN (Eds.). (1999). *Settlement Pattern Studies in the Americas Fifty Years Since Virú*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- BONAVIA, D. (1959). Cerámica de Puerto Viejo (Chilca). En *Actas del II Congreso Nacional de Historia del Perú (época prehispánica)*, (pp.137-168). Lima: Centro de Estudios Históricos y Militares del Perú.
- BONAVIA, D. (1985). *Mural Painting in Ancient Peru*. Traducido del español por P. Lyon. Bloomington: Indiana University Press.
- BOURGET, S. (2001). Rituals of Sacrifice: Its Practice at Huaca de la Luna and Its Representation in Moche Iconography. En Pillsbury, J. (Ed.), *Moche: Art and Archaeology in Ancient Peru*, (pp. 88-109). Washington, D.C.: National Gallery of Art, Studies in History of Art 63.
- BUENO, A. (1982). El Antiguo Valle de Pachacamac: Espacio, Tiempo y Cultura, Primera Parte. *Boletín de Lima, Año 4, 24, 10-29*.
- BUENO, A. (1983). El Antiguo Valle de Pachacamac: Espacio, Tiempo y Cultura, Segunda Parte. *Boletín de Lima, Año 5, 25, 5-27*.
- BURGER, R. L. (1988). Unity and heterogeneity within the Chavín Horizon. En Keatinge, R. W. (Ed.), *Peruvian Prehistory*, (pp. 99-144). Cambridge: Cambridge University Press.
- BURGER, R. L. (1989). An Overview of Peruvian Archaeology (1976-1986). *Annual Review of Anthropology, 18, 37-69*.
- CASTILLO, L. J. (2000). Los Rituales Mochica de la Muerte. En Makowski, K. (Ed.), *Los Dioses del Antiguo Perú*, (pp. 102-135). Lima: Banco de Crédito del Perú.
- CIEZA DE LEÓN, P. (1932[1554]). *La Crónica del Perú*. Madrid: Espasa-Calpe, S.A.
- DAGGETT, R. E. (1988). The Pachacamac Studies: 1938-1941. En Vitzthum, V. J. (Ed.), *Multidisciplinary Studies in Andean Anthropology* (pp. 13-21). *Michigan Discussions in Anthropology, 8*, University of Michigan, Ann Arbor.
- DÍAZ, L. E. (2004). Armatambo y la Sociedad Ychsma. En Eeckhout, P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos*. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines, 33(3), 425-448*.
- DÍAZ, L. E. & F. VALLEJO (2005). Clasificación del patrón funerario ychsma identificado en Armatambo y La Rinconada Alta. En Olaya, C. C. & M. A. Romero (Ed.), *Muerte y evidencias funerarias en los Andes Centrales: Avances y perspectivas*. *Corriente Arqueológica 1, 223-322*.
- DONNAN, C. B. (1985). Archaeological Confirmation of a Moche Ceremony. En *Gedenkschrift Gert Kutscher, Teil 2. Indiana, 10, 371-381*.
- DONNAN, C. B. & L. J. CASTILLO (1994). Excavaciones de tumbas de Sacerdotistas Moche en San José de Moro, Jequetepeque. En Uceda, S. & E. Mujica (Eds.), *Moche: Propuestas y Perspectivas*, (pp. 415-424). Trujillo: Universidad Nacional de La Libertad.
- DWYER, E. B. & J. P. DWYER (1975). The Paracas Cemeteries: Mortuary Patterns in a Peruvian South Coastal Tradition. En Benson, E. P. (Ed.), *Death and Afterlife in Pre-Columbian America*, (pp. 145-161). Washington, D.C.: Dumbarton Oaks.
- DYMOND, D. P. (1974). *Archaeology and History: A Plea for Reconciliation*. London: Thames and Hudson.
- EECKHOUT, P. (1995). Pirámide con Rampa No. 3, Pachacamac: Resultados Preliminares de la Primera Temporada de Excavaciones (Zonas 1 & 2). *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines, 24 (2), 102-156*.
- EECKHOUT, P. (1999a). *Pachacamac durant l'Intermédiaire récent: Étude d'un site monumental préhispanique de la Côte centrale du Pérou*. Oxford: BAR International Series 747.
- EECKHOUT, P. (1999b). Pirámide con Rampa No. III, Pachacamac. Nuevos Datos, Nuevas Perspectivas. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines, 28 (2), 169-214*.
- EECKHOUT, P. (2000). The Palaces of the Lords of Ychsma. An Archaeological Reappraisal of the Function of Pyramids with Ramps at Pachacamac, Central Coast of Peru. *Journal of American Archaeology, 17-19, 217-254*.
- EECKHOUT, P. (2003). Ancient Monuments and Patterns of Power at Pachacamac, Central Coast of Peru. *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 23, 139-182*.
- EECKHOUT, P. (2004). Pachacamac y el Proyecto Ychsma (1999-2003). En Eeckhout, P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos*. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines, 33(3), 425-448*.

- EECKHOUT, P. (2005). Ancient Peru's Power Elite. *National Geographic Magazine*, 207 (3), 52-57.
- FARFÁN, L. C. (2004). Aspectos Simbólicos de las Pirámides con Rampa: Ensayo Interpretativo. En Eeckhout, P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos*. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 33(3), 449-464.
- FELTHAM, J. & P. EECKHOUT (2004). Hacia una Definición del Estilo Ychsma: Aportes Preliminares sobre la Cerámica Ychsma Tardía de la Pirámide III de Pachacamac. En Eeckhout, P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos*, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 33(3), 643-679.
- FRANCO J., R. (1993). El Centro Ceremonial de Pachacamac: Nuevas Evidencias en el Templo Viejo. *Boletín de Lima*, 86, 45-62.
- FRANCO J., R. (1998). *La Pirámide con Rampa No. 2 de Pachacamac: Excavaciones y Nuevas Interpretaciones*. Trujillo.
- FRANCO J., R. (2004). Poder Religioso, Crisis y Prosperidad en Pachacamac: Del Horizonte Medio al Intermedio Tardío. En Eeckhout, P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos*. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 33 (3), 465-506.
- FRANCO J., R. & P. PAREDES B. (2000). El Templo Viejo de Pachacamac: Nuevos Aportes al Estudio del Horizonte Medio. En Kaulicke, P. & W. H. Isbell (Eds.), *Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias, Primera Parte*. *Boletín de Arqueología PUCP*, 4, 607-630.
- HECKER, G. & W. HECKER (1992a). Ofrendas de Huesos Humanos y Uso Repetido de Vasijas en el Culto Funerario de la Costa Norperuana. *Gaceta Arqueológica Andina*, 6 (21), 33-53.
- HECKER, G. & W. HECKER (1992b). Huesos Humanos como Ofrendas Mortuorias y Uso Repetido de Vasijas: Detalles sobre la Tradición Funeraria Prehispánica de la Región Norperuana. *Baessler-Archiv n.s.*, 40, 171-195.
- HERTZ, R. (1960[1907]). A Contribution to the Study of the Collective Representation of Death. En *Death and the Right Hand* (pp. 27-171). Traducido del francés por R. Needham & C. Needham. New York: Cohen & West.
- HYSLOP, J. (1990). *Inca Settlement Planning*. Austin: University of Texas Press.
- ISELL, W. H. (1997). *Mummies and Mortuary Monuments: A Postprocessual Prehistory of Central Andean Organization*. Austin: University of Texas Press.
- JONES, J. G. (2005). Analysis of Pollen from Pachacamac, Peru. Informe técnico presentado al Proyecto Arqueológico Pachacamac. Carbondale, IL.
- KAULICKE, P. (1997). La Muerte en el Antiguo Perú. Contextos y Conceptos Funerarios: una Introducción. En Kaulicke, P. (Ed.), *La Muerte en el Antiguo Perú. Contextos y Conceptos Funerarios*. *Boletín de Arqueología PUCP*, 1, 7-54.
- KAULICKE, P. (Ed.) (1998). *Max Uhle y el Perú Antiguo*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (2000a). La Sombra de Pachacamac: Huari en la Costa Central. En Kaulicke, P. & W. H. Isbell (Eds.), *Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias, Primera Parte*. *Boletín de Arqueología PUCP*, 4, 313-358.
- KAULICKE, P. (2000b). *Memoria y Muerte en el Perú Antiguo*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KLAUS, H. (2003). Life and Death at Huaca Sialupe: The Mortuary Archaeology of a Middle Sicán Community, North Coast of Peru. Tesis de maestría en Antropología, Universidad del Sur de Illinois, Carbondale, IL.
- KNOBLOCH, P. J. (1989). Artisans of the Realm: Art of the Wari Empire and Its Contemporaries. En Masuda, S. & I. Shimada (Eds.), *Ancient Art of the Andean World*, (pp. 107-123). Tokyo: Iwanami Shoten.
- KNOBLOCH, P. J. (2000). La Cronología del Contacto y Encuentros Cercanos de Wari. En Kaulicke P. & W. H. Isbell (Eds.), *Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias, Primera Parte*. *Boletín de Arqueología PUCP*, 4, 69-87.
- KNUDSON, K. J.; M. PALMA, I. SHIMADA & R. A. SEGURA (2008). Geographic Origins and Residential Mobility at the Pilgrimage Center of Pachacamac, Peru. Ponencia presentada en la Reunion Anual de la Asociación Americana de Antropología Física, 9-12 Abril. Columbus, Ohio.
- LEWIS C. M., R. Y.; T. LIZÁRRAGA & A. C. STONE (2005). Land, Language, and Loci: MtDNA in Native Americans and the Genetic History of Peru. *American Journal of Physical Anthropology*, 127, 351-360.
- LUMBRERAS, L. G. (1999). Andean Urbanism and Statecraft (C.E. 550-1450). En Salomon, F. & S. Schwartz (Eds.), *Cambridge History of Native Peoples of the Americas*, (pp. 518-576). Cambridge: Cambridge University Press.
- MARCONI FLORES, G. (2004). Cieneguilla a la Llegada de los Incas: Aproximaciones desde la Historia Ecológica y la Arqueológica. En Eeckhout P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos*. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 33(3), 715-734.
- MARCONI FLORES, G. & E. LÓPEZ-HURTADO (2002). Panquilma y Cieneguilla en la Discusión Arqueológica del Horizonte Tardío de la Costa Central., En Kaulicke, P., G. Urton & I. Farrington (Eds.), *Identidad y Transformación en el Tahuantinsuyu y en los Andes Coloniales. Perspectivas Arqueológicas y Etnohistóricas, Primera Parte*. *Boletín de Arqueología PUCP*, 6, 375-394.
- MACCORMACK, S. (1991). *Religion in the Andes: Vision and Imagination in Early Colonial Peru*. Princeton: Princeton University Press.
- MENZEL, D. (1977). *The archaeology of ancient Peru and the work of Max Uhle*. Berkeley: R.H. Lowie Museum of Anthropology, University of California.
- MERRIWETHER, D. A.; F. ROTHAMMER & R. E. FERRELL (1995). Distribution of the Four Founding Lineage Haplotypes in Native Americans Suggests a Single Wave of Migration for the New World. *American Journal of Physical Anthropology*, 98, (4), 411-430.
- METCALF, P. & R. HUNTINGTON (1991). *Celebrations of Death: The Anthropology of Mortuary Ritual*. 2a edición. Cambridge: Cambridge University Press.
- MILLAIRE, J. (2002). *Moche Burial Patterns: An Investigation into Prehispanic Social Structure*. Oxford: BAR International Series 1066. Archaeopress.
- MILLAIRE, J. (2004). The Manipulation of Human Remains in Moche Society: Delayed Burials, Grave Reopening, and Secondary Offerings of Human Bones on the Peruvian North Coast. *Latin American Antiquity*, 15, (4), 371-388.
- MUJICA B., E. (1987). Malanche 1: Un Poblado Complejo en Medioambiente de Lomas. DAU, *Documentos de Arquitectura y Urbanismo*, 1, (2-3), 7-19.
- MUJICA B., E. (1997). Malanche: Poblaciones Precoloniales Permanentes en las Lomas de la Costa Central del Perú. R. Varón & J. Flores (Eds.), *Arqueología, Antropología e Historia en los Andes: Homenaje a María Rostworowski*, (pp. 199-222). Lima: Instituto de Estudios Peruanos—Banco Central de Reserva del Perú.
- MURRA, J. V. (1962). An Archaeological Re-study of an Andean Ethno-Historical Account. *American Antiquity*, 28,(1), 1-4.
- MURRA, J. V. (1970). Current Research and Prospect in Andean Ethnohistory. *Latin American Research Review*, 5, 3-36.
- MURRA, J. V. & C. MORRIS (1976). Dynastic Oral Tradition, Administrative Records and Archaeology in the Andes. *World Archaeology*, 7, (3), 269-279.
- NELSON, A. (1998). Wandering Bones: Archaeology, Forensic Science and Moche Burial Practices. *International Journal of Osteoarchaeology*, 8, 191-212.
- NELSON, A. J. & L. J. CASTILLO (1999). Huesos a la Deriva. Tafonomía y Tratamiento Funerario en Entierros Mochica Tardíos de San José de Moro. En Kaulicke, P. (Ed.), *La Muerte en el Antiguo Perú: Contextos y*

- Conceptos Funerarios. *Boletín de Arqueología PUCP*, 1, 137-163.
- PAREDES, P. (1985). La Huaca Pintada o El Templo de Pachacamac. *Boletín de Lima*, 41, 70-77.
- PAREDES, P. (1988). Pachacamac - Pirámide con Rampa No. 2. *Boletín de Lima*, 55, 41-58.
- PAREDES, P. (1990). Pachacamac. En *Inca-Perú: 3000 Ans d'Histoire. Catalogue de l'exposition présentée aux Musées Royaux d'Art et d'Histoire de Bruxelles*, 178-195. Gand: Im Schoot Uitgevers.
- PAREDES, P. & R. FRANCO J., (1985). Excavaciones en La Huaca Pintada o El Templo de Pachacamac. *Boletín de Lima*, 7, (41), 78-84.
- PAREDES, P. & R. FRANCO J. (1987). Pachacamac: Las Pirámides con Rampa, Cronología y Función. *Gaceta Arqueológica Andina*, 4,(13), 5-7.
- PARKER-PEARSON, M. (2000). *The Archaeology of Death and Burial*. Texas: Texas A&M University Press.
- PATTERSON, T. C. (1966). *Pattern and Process in the Early Intermediate Period Pottery of the Central Coast of Peru*. University of California Publications in Anthropology, 3, Berkeley.
- PFaffenberger, B. (2001). Symbols Do Not Create Meanings — Activities Do Or, Why Symbolic Anthropology Needs the Anthropology of Technology. En Schiffer, M. B. (Ed.), *Anthropological Perspectives on Technology*, (pp. 77-86). Albuquerque: University of New Mexico Press.
- PIZARRO, P. (1978[1571]). *Relación del Descubrimiento y Conquista de los Reinos del Perú*. Lohmann V., G. (Ed.), Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- PROULX, D. A. (2006). *A Sourcebook of Nasca Ceramic Iconography: Reading a Culture through Its Art*. Iowa City: University of Iowa Press.
- RAVINES, R. (1989). *Introducción a una Bibliografía General de la Arqueología del Perú (1860-1988)*. Lima: Editorial Los Pinos E.I.R.L.
- RICE, D. S. (Ed.) (1993). *Latin American Horizons*. Washington, D.C.: Dumbarton Oaks.
- RODRÍGUEZ-DELFIN, L. A.; V. E. RUBIN-DE-CELIS & M. A. ZAGO (1999). Genetic Diversity in an Andean Population from Peru and Regional Migration Patterns of Amerindians in South America: Data from Y Chromosome and Mitochondrial DNA. *Human Heredity*, 51, 97-106.
- ROSTWOROWSKI, M. (1977). *Etnia y Sociedad: Ensayos sobre la Costa Central Prehispánica*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ROSTWOROWSKI, M. (1978). *Señoríos Indígenas de Lima y Canta*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ROSTWOROWSKI, M. (1981). *Recursos Naturales Renovables y Pesca, Siglos XVI y XVII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ROSTWOROWSKI, M. (1989). *Costa Peruana Prehispánica*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ROSTWOROWSKI, M. (1992). *Pachacamac y el Señor de los Milagros: Una Trayectoria Milenaria*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ROSTWOROWSKI, M. (1999). *El Señorío de Pachacamac: El Informe de Rodrigo Cantos de Andrade de 1573*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ROWE, J. H. (1946). Inca Culture at the Time of the Spanish Conquest. En Steward, J. H. (Ed.), *Handbook of South American Indians, Vol. 2: Andean Civilization* (pp. 183-330), Washington, D.C.: Bureau of Ethnology.
- ROWE, J. H. (1954). *Max Uhle, 1856-1944, A memoir of the father of Peruvian archaeology*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 46 (1).
- ROWE, J. H. (1962). Worsaae's Law and the Use of Grave Lots for Archaeological Dating. *American Antiquity*, 28, (2), 129-137
- SALLNOW, M. J. (1987). *Pilgrims of the Andes: Regional Cults in Cusco*. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press.
- SALOMON, F. (1985). The Historical Development of Andean Ethnology. *Mountain Research and Development*, 5, 79-98.
- SALOMON, F. (1999). Testimonies: the Making and Reading of Native South American Historical Sources. En Salomon, F. & S. Schwartz (Eds.), *Cambridge History of Native Peoples of the Americas, Vol. III, Part 1*, (pp. 19-95). Cambridge: Cambridge University Press.
- SÁNCHEZ BORJA, A. E. (2000). Relaciones Sociales Serrano-Costeñas durante el Intermedio Tardío en el Valle del Río Lurín. *Arqueológicas*, 24, 129-147.
- SCHAEDEL, R. P. & I. SHIMADA (1982). Peruvian Archaeology, 1946-1980: An Analytic Overview. *World Archaeology*, 13, 358-370.
- SEGURA LL., R. A. (2001). *Rito y Economía en Cajamarquilla. Investigaciones Arqueológicas en el Conjunto Arquitectónico Julio C. Tello*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SEGURA LL., R. A.; I. SHIMADA & G. MATSUMOTO (2006). Living with the Dead: Conception and Treatment of the Dead at Pachacamac. Ponencia presentada en la 34ta Reunión Anual de la Midwest Conference on Andean and Amazonian Archaeology and Ethnohistory, Nashville, TN.
- SHIMADA, I. (1990). Peruvian Prehistory: An Overview of Pre-Inca and Inca Society. *Journal of Field Archaeology*, 17, 221-229.
- SHIMADA, I. (1991). *Pachacamac Archaeology: Retrospect and Prospect*. Philadelphia: University Museum Press, University of Pennsylvania.
- SHIMADA, I. (1994). *Pampa Grande and the Mochica Culture*. Austin: University of Texas Press.
- SHIMADA, I. (1999). The Evolution of Andean Diversity: Regional Formations, ca. 500 B.C. - A.D. 600. En Salomon, F. & S. Schwartz (Eds.), *Cambridge History of Native Peoples of the Americas, Vol. III, Part 1*, (pp. 350-517). Cambridge: Cambridge University Press.
- SHIMADA, I. (2000). Late Prehispanic Coastal States. En Laurencich Minelli, L. (Ed.), *The Inca World: The Development of Pre-Columbian Peru, A.D. 1000-1534*, (pp. 49-110). Norman: University of Oklahoma Press.
- SHIMADA, I.; R. A. SEGURA LL., D. J. GOLDSTEIN, M. J. SHIMADA, R. J. SPEAKMAN, U. WAGNER & H. WATANABE (2006a). What Did People Do at Pachacamac: Identity, Form, Timing, and Meaning of Offerings. Ponencia presentada en la 34ta Reunión Anual de la Midwest Conference on Andean and Amazonian Archaeology and Ethnohistory, Nashville, TN.
- SHIMADA, I.; R. A. SEGURA LL., J. JONES, M. ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO & H. WATANABE (2003). Pachacamac Archaeological Project: Results of the First Season and Their Implications. Ponencia presentada en la 22da Reunión Anual de la Northeast Conference on Andean Archaeology and Ethnohistory, Cambridge, MA.
- SHIMADA, I.; R. A. SEGURA LL. & M. ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO (2005a). A New Perspective on Offerings and Pilgrimage in Pre-Hispanic Peru: Excavations at the Pilgrims' Plaza at Pachacamac. Ponencia presentada en la 33ra Reunión Anual de la Midwest Conference on Andean and Amazonian Archaeology and Ethnohistory, Columbia, MO.
- SHIMADA, I.; R. A. SEGURA LL., M. ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO & W. WATANABE (2004a). Una Nueva Evaluación de la Plaza de los Peregrinos de Pachacamac: Aportes de la Primera Campaña 2003 del Proyecto Arqueológico Pachacamac. En Eeckhout, P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos. Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 33,(3), 507-538.
- SHIMADA, I.; K. SHINODA, J. FARNUM, R. S. CORRUCINI & W. WATANABE (2004b). An Integrated Analysis of Pre-Hispanic Mortuary Practices: A Middle Sicán Case Study. *Current Anthropology*, 45,(3), 369-402.
- SHIMADA, I.; K. SHINODA, W. ALVA ALVA, S. BOURGET & S. UCEDA C. (2006b). Estudios Arqueogenéticos de las

- Poblaciones Prehispánicas Mochica y Sicán: Resultados e Implicancias. *Arqueología y Sociedad*, 17, 223-254.
- SHIMADA, I.; K. SHINODA, S. BOURGET, W., ALVA ALVA & S. UCEDA C. (2005b). MtDNA Analysis of Mochica and Sicán Populations of Pre-Hispanic Peru. En Reed, D. (Ed.), *Biomolecular Archaeology Genetic Approaches to the Past*, (pp. 61-92). Occasional Paper No. 32, Carbondale: Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University.
- SHIMADA, I. & R. VEGA-CENTENO (s.f.). Peruvian Archaeology: Its Growth, Characteristics, Practice and Challenges. En Lozny, L. (Ed.), *World Archaeologies, A Comparative Perspective*. New York: Springer-Verlag.
- SHINODA, K.; N. ADACHI, S. GUILLEN & I. SHIMADA (2006). Mitochondrial DNA Analysis of Ancient Peruvian Highlanders. *American Journal of Physical Anthropology*, 131, 98-107.
- SHIMADA, I.; K. SHINODA, J. FARNUM, R. S. CORRUCINI & W. WATANABE (2004b). An Integrated Analysis of Pre-Hispanic Mortuary Practices: A Middle Sicán Case Study. *Current Anthropology*, 45,(3), 369-402.
- SHIMADA, I.; R. A. SEGURA LL., H. MATSUZAKI, H. MUKAI & M. YONEDA (2009). Evaluation of Marine Reservoir Effect and Re-Wrapping on the Chronological Position of Funerary Bundles from the Pachacamac Site, Peru. Afiche presentado en la 20th Conferencia Internacional de Radiocarbono, 31 Mayo-5 Junio, 2009, Big Island, Hawaii.
- TAKIGAMI, M.; I. SHIMADA, R. A. SEGURA LL., H. MATSUZAKI, H. MUKAI & M. YONEDA (n.d.). Evaluation of Marine Reservoir Effect and Re-Wrapping of Funerary Bundles from Pachacamac, Peru. Manuscrito inédito para Radiocarbon.
- TAYLOR, G. (1987). *Ritos y Tradiciones de Huarochiri del Siglo XVII*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- TELLO, J. C. & T. MEJÍA XESSPE (1979). *Paracas, II Parte: Cavernas y Necrópolis*. Publicación Antropológica del Archivo Julio C. Tello de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y el Institute of Andean Research. Lima.
- TOPIC, J.; T. L. TOPIC & A. MELLY (2002). Catequil: The Archaeology, Ethnohistory, and Ethnography of a Major Provincial Huaca. En Isbell, W. H. & H. Silverman (Ed.), *Andean Archaeology I: Variations in Sociopolitical Organization* (pp. 303-336) New York: Kluwer Academic/Plenum.
- TURNER, V. (1969). *The Ritual Process: Structure and Anti-Structure*. New York: Aldine Publishing.
- TURNER, V. (1974). *Dramas, Fields, and Metaphors: Symbolic Action in Human Society*. New York: Cornell University Press.
- UHLE, M. (1903). *Pachacamac: Report of the William Pepper, M. D., LL. D., Peruvian Expedition of 1896*. Traducido por C. Grosse. Philadelphia: Department of Archaeology, The University of Pennsylvania.
- Uhle, M. (1906). Aus meinen Bericht über die Ergebnisse meiner Reise nach Südamerika 1899-1901. Ueber die historische Stellung der feinen bunten Gefässe von Ica unter den übrigen prähistorischen Resten von Peru. *Verhandlungen des XV Internationalen Amerikanisten-Kongresses*, Stuttgart, 1904, zweite Hälfte, (pp. 581-592). Stuttgart.
- UHLE, M. (1910). Über die Frühkulturen in der Umgebung von Lima. *Verhandlungen des XVI Internationalen Amerikanisten-Kongress*, Wien, 9-14 September, 1908, zweite Hälfte, (pp. 347-370). Wien/Leipzig.
- UHLE, M. (1913a). Die Ruinen von Moche. *Journal de la Société des Américanistes*, n.s. tome X, 95-117.
- UHLE, M. (1913b). Die Muschelhügel von Ancon, Peru. *Proceedings of the XVIII International Congress of Americanists*, London, 1912, Part 1, (pp.22-45). London.
- VALLEJO, F. (2004). El Estilo Ychsma: Características Generales, Secuencia y Distribución Geográfica. En Eeckhout, P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos*. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 33, (3), 595-642.
- WILLEY, G. R. (1945). Horizon Styles and Pottery Traditions in Peruvian Archaeology. *American Antiquity*, 11, 49-56.
- WILLEY, G. R. (1948). Functional Analysis of "Horizon Styles" in Peruvian Archaeology. En Bennett, W. C. (ed.) *A Reappraisal of Peruvian Archaeology*, (pp. 8-15). *Memoirs of the Society for American Archaeology*, 4.
- WILLEY, G. R. (1953). *Prehistoric Settlement Patterns in the Viru Valley, Northern Peru*. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 155, Washington, D.C.
- WILLEY, G. R. (1974). The Viru Valley Settlement Pattern Study. En Willey, G. R. (Ed.), *Archaeological Researches in Retrospect*, (pp. 149-179) Cambridge, MA: Winthrop.
- WILLEY, G. R. & J. A. SABLOFF (1993). *A History of American Archaeology*. 3a edición. San Francisco: W. H. Freeman.
- WINSBOROUGH, B.; J. JONES, L. NEWSOM, I. SHIMADA, R. A. SEGURA LL. & M. ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO (2005). Paleoenvironmental Reconstruction at Pachacamac: Integrating Diatom, Pollen, Macrobotanical, and Archaeological Data. Ponencia presentada en la 33ra Reunión Anual de la Midwest Conference on Andean and Amazonian Archaeology and Ethnohistory, Columbia, MO.

NUEVAS EVIDENCIAS SOBRE COSTUMBRES FUNERARIAS EN PACHACAMAC

Peter Eeckhout¹

Los casos que establecen secuencias no se encuentran con frecuencia y se han hallado pocas después de las excavaciones de Uhle; en conclusión, nos apoyamos todavía en sus datos (John H. Rowe, 1998, p. 17).

INTRODUCCIÓN

Mucho se ha comentado sobre la obra de Uhle en Perú, y el carácter pionero de sus trabajos le valió el merecido calificativo de «Padre de la Arqueología Peruana» (Rowe, 1954). Desde los casi 15 años que investigo el sitio de Pachacamac, los planteamientos y reflexiones de Uhle al respecto me parecen cada vez más sagaces y siguen estimulando mis propias contribuciones modestas. Me acuerdo, siendo estudiante en Bruselas, de tardes enteras pasadas en leer y tomar notas en la biblioteca de los Museos Reales de Arte e Historia, donde se conserva uno de los escasos ejemplares originales de su «Pachacamac» (1903)². Hasta ahora no pasan seis meses sin que por uno u otro motivo me ponga a releer tal o cual parte de esta obra monumental. La vigencia de Uhle, especialmente en términos de cronología, es un indicio indiscutible de la extraordinaria calidad de su trabajo y su talento para la arqueología.

Sin embargo, como todos nosotros, Uhle fue un producto de su época, y por más que sus aportes deben ser reconocidos, aún quedan interrogantes que se deben investigar. La metodología de excavaciones y registro en América, sufría todavía de muchas debilidades en aquel entonces, así que quedan en el corpus de datos que él colectó y publicó, zonas mal definidas, incógnitas y aspectos que carecen de la precisión requerida según los criterios de la arqueología actual.

Un ejemplo muy concreto de este tipo de problemas en la obra de Uhle es la falta de detalles respecto a las relaciones entre los ajuares funerarios que él encontró con las famosísimas momias halladas en el cementerio ubicado al pie del Templo de Pachacamac (Uhle, 1903, pp. 18-45, láminas 4-8). En efecto, Uhle clasificó las vasijas y otros artefactos, y argumentó su secuencia cronológica en base de la superposición estratigráfica de los entierros, pero no publicó las tumbas como ahora se suele hacer, es decir, cada

una con su respectivo ajuar —lo que obviamente proporciona una base de datos que permite evaluar el análisis propuesto y utilizar los datos para otros fines—. Además, se debe constatar que la cronología sigue siendo el punto débil de nuestro conocimiento del sitio (Eeckhout, 2004a; Kaulicke, 2000; Marcone, 2005), y, por lo tanto, se erige en uno de los objetivos principales del proyecto Ychsma a cargo de la Universidad Libre de Bruselas en Pachacamac desde 1999 (Eeckhout, 2004b).

En efecto, los hallazgos espectaculares e importantísimos de Uhle resultan algo frustrantes para los arqueólogos interesados en la cronología de Pachacamac, así como en las supuestas relaciones que tuvo el sitio con regiones lejanas en diferentes periodos de su historia. Como lo subraya Rowe, citado al inicio del presente ensayo, se debe reconocer que desde Uhle, nunca se han encontrado contextos semejantes a lo que él excavó. Por otro lado, el estado vergonzoso en el cual se hallaba el cementerio I por causa de saqueos masivos y repetidos dejaba pocas esperanzas de poder encontrar partes no saqueadas que permitieran complementar y actualizar su obra de 1903. Por lo tanto, la zona intacta del cementerio I que descubrimos en 2004 demuestra un interés singular. En este artículo, se presenta una síntesis preliminar de las excavaciones en curso en este lugar.

Empezaré por describir brevemente el lugar y las circunstancias que llevaron al hallazgo de las tumbas, así como la estratigrafía muy específica con la cual están asociadas.

Luego se describirán los entierros y la clasificación cronológica y tipológica que se puede ya sugerir en base a los datos disponibles, tanto contextuales como materiales. También se propondrá una comparación con los hallazgos de Uhle encontrados a poca distancia de nuestra excavación.

¹ Université Libre de Bruxelles, Section Histoire de l'Art et Archéologie, Bruselas, Bélgica.

² Este libro acaba de ser publicado en castellano (Uhle, 2003). Usaré alternativamente el original y su traducción, específicamente para lo que concierne a las citas de Uhle.

PACHACAMAC Y EL CEMENTERIO I

El sitio prehispánico de Pachacamac abarca una superficie de casi 600 hectáreas en la margen derecha del río Lurín, cerca de su desembocadura (figura 1). Se puede dividir en tres sectores concéntricos, de sur a norte: la primera muralla o recinto sagrado con los templos; la segunda muralla con las pirámides con rampa, plazas, calles, y otras estructuras de varios tamaños; y la tercera muralla que se presenta como un espacio casi vacío cubierto por arena. Descripciones detalladas se encuentran en numerosas publicaciones (Bueno Mendoza, 1982; Eeckhout, 1999; 2004b; Paredes Botoni, 1990; Shimada, 1991; Uhle, 1903).

Uhle (1903, p. 12; 2003, p. 95) distinguía tres tipos de entierros en Pachacamac: en templos, en edificios y en cementerios. Estos últimos son los más comunes y corresponden a la mayoría de los difuntos; él identificó

seis cementerios dentro del perímetro arqueológico, enumerados del 1 a 6 (Uhle, 1903: mapa general). El cementerio I se ubica al pie del Templo de Pachacamac (o Templo Pintado, o Edificio Pintado), extendiéndose por el norte, noroeste y noreste, que cubre una superficie estimada de 14.000 metros cuadrados (Uhle, 1903, p. 12; 2003, p. 96). La trinchera abierta por Uhle le permitió encontrar un poco más de 30 momias intactas y su relación estratigráfica con dos fases constructivas del Templo y la fase final de ocupación inca (Rowe, 1998, pp. 8-11; Uhle, 1903, pp. 13-45). Sin embargo, ya en 1896, esta zona se hallaba muy disturbada por los saqueos (Uhle, 1903, p. 12). Las cifras que Uhle proporciona respecto a la superficie total del cementerio así como las indicaciones en su mapa muestran que, en su opinión, el cementerio estuvo delimitado por el muro que separa el recinto sagrado de la segunda muralla



Figura 1. Vista aérea del sitio de Pachacamac (Servicio Aerofotográfico Nacional [S.A.N.] 1970-1031).

(Uhle, 1903, p. 41; 2003, p. 195). Esta opinión nunca ha sido debatida por lo que se considera que por el Cementerio I se encuentra totalmente agotado. Paredes Botoni (1991, p. 87) por ejemplo, opina que el Templo Pintado, el cementerio I y el muro mencionado corresponden más o menos a las mismas fases constructivas, probablemente a fines del Horizonte Medio.

En el marco de las investigaciones que hemos llevado a cabo respecto al sistema de flujo interno del sitio y su evolución a lo largo del tiempo, excavamos en 2003, una zona ubicada cerca al muro, en la esquina sur de la sala central (figura 2). Estas excavaciones pusieron al descubierto una columna estratigráfica intacta de 5 metros de profundidad, lo que indicaba la sucesión de las ocupaciones en el sitio desde sus inicios hasta la época incaica y moderna. Varios indicios permitieron sugerir que el muro no fue tan antiguo como se pensaba, y que por causa del derrumbe de las estructuras vecinas, buena parte de la zona podría haber escapado a los saqueos. Esta hipótesis se verificó en 2004, con la ampliación de las excavaciones que llevaron al hallazgo de una parte intacta del cementerio I, el cual fue cubierto por el muro del recinto sagrado pero se prolonga hacia el Norte, en el patio posterior de la pirámide con rampa n.º 13. La cantidad de vestigios, especialmente de contextos funerarios, nos obligó a seguir con las excavaciones en 2005. En el total, se ha excavado a la fecha alrededor de 54 metros cuadrados.

CONTEXTO Y DATOS ESTRATIGRÁFICOS

Con fines de entender el contexto algo especial en el cual se encontraron los hallazgos funerarios, objetos del presente ensayo, resulta necesario dedicar unas líneas a su ubicación en el marco general del sitio (figura 2). La entrada principal de la segunda muralla se ubica en el extremo norte de la calle Norte, la que cruza la calle Este-Oeste en el punto formado por las esquinas de las pirámides con rampa n.º 1, 2, 12 y estructuras derrumbadas. Luego del cruce sigue la calle hacia el sur, en dirección al recinto sagrado y, por lo tanto, se le ha denominado calle Sur. Esta lleva a la sala central, un canchón ortogonal hundido cercado por muros masivos de 1,70 metros de altura mínima. Además, la calle Sur se divide en dos a la altura de la entrada en la sala central, pues dos corredores anchos —de 3 metros siguen el perímetro exterior de sala por el lado este y por el lado oeste. El corredor oeste conforma una esquina y sigue el muro del recinto sagrado hasta llegar a la Plaza de los Peregrinos. Varias unidades de excavación han sido abiertas a lo largo del camino que acabamos de describir. Una de estas (la U58') se ubica en el corredor oeste cerca al muro que separa la segunda muralla del recinto Sagrado, frente al Templo de Pachacamac. En este lugar se encontró la parte intacta del cementerio I que se va a describir en seguida (figura 3).

El muro oeste, junto con los muros 6, 7, y 8, forma un pasaje que voltea hacia el sur (vano 1). Este pasaje es paralelo al corredor entre los muros este y oeste, a lo largo del recinto sagrado, y sigue en dirección a la

Plaza de Peregrinos. El vano 2, ubicado entre los muros 6 y 8, da acceso a un espacio, parcialmente excavado, delimitado por los muros 6 y 9 y dividido en dos partes por el muro 10, una especie de banqueta baja de una sola hilera de altura. Otra banqueta baja —muro 11— se encuentra al pie del muro 9, paralela a este último. Sondeos llevados más al noroeste de la unidad de excavación permiten determinar que solo hemos excavado 40% de este ambiente con subdivisiones y que otro más se encuentra a su lado. Ambos pasajes —es decir, los muros este, y oeste (8) siguen en dirección a la Plaza de Peregrinos. La mayor parte de la arquitectura descrita pertenece a un mismo momento constructivo que se puede ubicar en el Horizonte Tardío. Todas las estructuras se ubican encima del cementerio, lo que ocasionó que tuvimos que adaptar la estrategia de excavación, pues entre muros y banquetas los espacios son muy reducidos. Además, la alta concentración de restos funerarios nos obligó a usar andamios de madera especialmente diseñados para evitar aplastar los vestigios a medida que se excavaban (figura 4). Esto, junto con el carácter sumamente complejo de la estratigrafía y las numerosas perturbaciones, implica un proceso de excavación especialmente minucioso y bastante lento.

La secuencia relacionada con los alrededores de la Sala central (tabla 1) empieza pues en el Horizonte Medio (HM), en la Fase I, con un cementerio cerca al Templo de Pachacamac y, a su lado, una zona cuya arquitectura no está definida con precisión, pero que no tiene muros de piedras, en el lugar luego ocupado por la sala central. El material encontrado en el cementerio incluye vasijas fechadas del HM y Periodo Intermedio Tardío (PIT). Se tiene que precisar que tanto en las excavaciones del 2003 como del 2004 se encontraron vasijas o tiestos HM2 decorados. Ahora bien, tenemos un fechado que nos proporciona un terminus post quem para la construcción de muros del recinto sagrado, es decir el muro este y el muro norte de piedras canteadas: $990 \pm 40\text{BP}$, o sea entre 980 y 1160 d. Chr. (calibrado 95,4%). Resulta pues que los muros del cementerio, es decir del recinto sagrado, son más tardíos que el Templo de Pachacamac —el único fechado absoluto relacionado con el Templo Polícromo es $1180 \pm 70\text{BP}$ (corregido de Paredes Botoni 1985, p. 80)— y que se ubican en el PIT, sin que se pueda precisar ahora exactamente la época. Por lo tanto, considerando que la mayor parte del cementerio se ubica dentro de los muros, podemos pensar que el cementerio se desplegaba de manera extendida frente al Templo en dirección norte, este y oeste, y que solo después de cierto tiempo, en el PIT, se decidió formalizar la zona construyendo muros de piedras canteadas con argamasa y cabecera de adobes (muros norte y este). Esta división muy importante del espacio del sitio que marca la Fase II podría corresponder a una división funcional, pues de pronto parece que el cementerio en los exteriores del recinto sagrado hubiera sido abandonado (Fase III), en algún momento del Periodo Intermedio Tardío (comp. Uhle 1903, pp. 46). En otras palabras, dentro del recinto

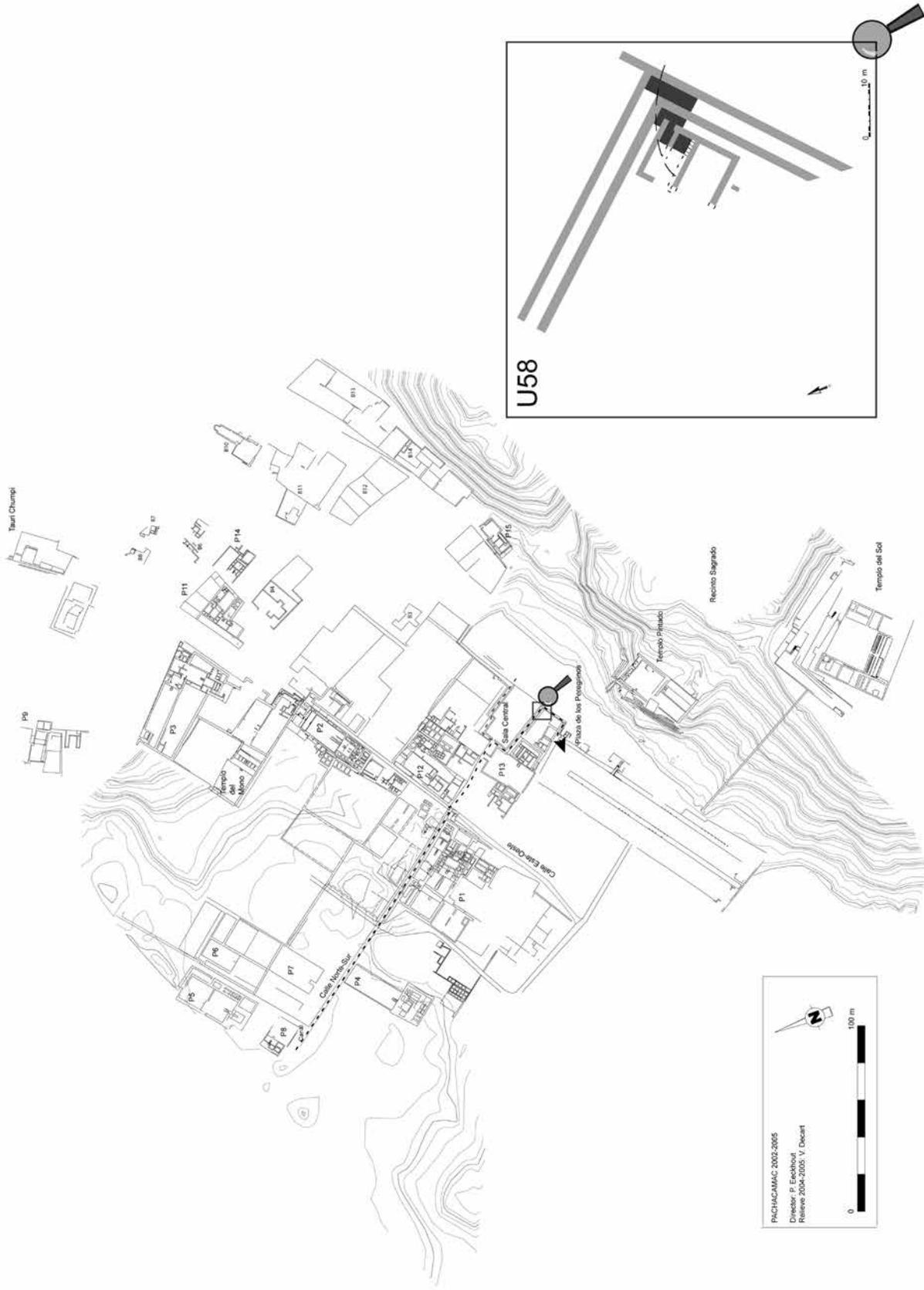


Figura 2. Circuito de tránsito en la segunda muralla (© proyecto Ychisma).



Figura 3. Plano de la zona excavada (© proyecto Ychsma).

sagrado siguen los entierros mientras que afuera se observan ocupaciones domésticas. Notamos también que el muro norte sigue los contornos de la sala central, que tal vez se construyó en este entonces, junto con su plataforma perimétrica interna, cuya excavación comprobó que el lugar estuvo dedicado a fines ceremoniales. El cambio funcional de lo que a partir de este momento se debe llamar segunda muralla, quizás tenga que ver con el desarrollo de la tradición de las pirámides con rampa, cuyos ejemplos hasta ahora fechados se ubican todos en el PIT (Michczincky *et al.*, 2003; 2007).

La llegada de los Incas se distingue primero por unas ocupaciones domésticas, que probablemente se remontan a los inicios de la incorporación del sitio al

Tahuantinsuyu (Fase IV). Esta fase solo se aprecia cerca al muro del recinto sagrado, pues en todas las otras unidades, el material inca está asociado a remodelaciones arquitectónicas profundas en el diseño del sitio (Fase V). En este momento, se crean los pasajes perimétricos a la Sala Central, los cuales están pintados de rojo con motivos polícromos, como la sala misma. El fechado absoluto que se tiene al respecto es 480 ± 45 BP (cal. 90,9%: 1390-1500 d. Chr.). Se considera tradicionalmente que Pachacamac ha sido conquistada entre 1470 y 1476 (Rowe, 1946). Por lo tanto, visto que la edificación de los muros mencionados es de antes de 1500, nos proporciona una fecha bastante precisa —en el último cuarto del siglo 15— para dicha construcción. Como lo



Figura 4. Excavaciones en curso en la U58' (© proyecto Ychsma).

Tabla 1. Correlación de las fases y eventos alrededor de la sala central (© proyecto Ychsma).

Periodo	Fecha	Fase	Capas	Evento
PIT temprano	1300 ± 45BP ref:GDS-293	0	¿-11?	Ocupación doméstica
HM/PITardío	990 ± 40BP ref:GDS-288	I	10-8	Cementerio
PIT		II	8	Construcción recinto sagrado
		III	7-6	Abandono cementerio
HT	480 ± 45BP ref: GDS-285	IV	5	Ocupación doméstica
		V		Constr. pasajes
		VI	5-2	Uso de pasajes
¿HT?	VII	Abandono pasajes		
Per. Col -s. XXI		VIII	1-0	Abandono definitivo

he subrayado, se trata de un gran programa de remodelación del sitio, incluyendo el diseño de un nuevo circuito de tránsito interno que distribuye el flujo desde la calle Norte-Sur. Es más probable que la Plaza de Peregrinos, que constituye el punto de llegada del pasaje oeste, haya sido también construida en este momento. Esto significa que los Incas empezaron casi inmediatamente a acondicionar el sitio para fines de peregrinaje a larga escala, con tránsito controlado. Juzgando por las fechas, es más probable que se haya realizado bajo el mando de Topa Inca Yupanqui, cuyo reinado está fechado entre 1471 y 1493 (Rowe, 1946, p. 203). No queda claro si

la sala central funcionaba todavía en este entonces, pues ningún material diagnóstico del Horizonte Tardío ha sido hallado en las excavaciones.

La Fase VII está marcada por ofrendas y posibles sellos que corresponden al abandono de los pasajes en el Horizonte Tardío, tal vez por consecuencia de la llegada de los españoles y del desplazamiento forzado de los habitantes en el valle del Rímac en 1535 (Cobo 1956, II, p. 286).

Luego (Fase VIII) el sitio ya no es ocupado y cae en ruinas, con saqueos ocasionales y destrucciones diversas hasta el siglo veinte.

Ahora bien, ¿cómo se presentaba la zona antes del Horizonte Tardío? Al parecer, existió una serie de muros bajos de adobes y tapia que conformaban recintos y/o pasajes estrechos de 1 a 2 metros de ancho. Por causa del tamaño algo reducido de nuestras excavaciones, resulta difícil reconstituir de manera precisa el trazo de estas estructuras. Tal vez tengan relación con la pirámide 13, cuyo patio posterior se extiende a este lugar en el PIT (figura 2). Una capa salitrada (capa 7) que, al parecer, corresponde a un momento de abandono en el PIT se encuentra en la base de los muros divisorios. Debajo de esta capa, tenemos hasta ahora tres capas sucesivas con restos funerarios.

La capa 8 es un apisonado de tierra granulosa de color marrón claro compacto con partes más blandas, mezclado con piedras angulosas y cantos rodados. La capa 8 mide de 32 a 104 centímetros según los lugares. Contiene muchos restos óseos humanos y animales revueltos, así como cantos rodados, artefactos líticos fragmentados y desechados, tiestos y restos de madera. La deposición estratigráfica es producto de tierra removida para agregar más entierros de los ya existentes. Es por esto que la capa muestra un relleno de material revuelto y removido de su lugar original. Las evidencias sugieren que contiene material de fines del HM hasta PIT. Por lo expuesto, pareciera que la capa 8 correspondiera a una fase larga de uso intenso del cementerio; sin embargo, la superposición de disturbaciones y rellenos así como la profundidad relativa de las matrices de entierros, a veces intruyendo hasta las capas 9 y 10, proporcionan indicios para clasificar a modo general los contextos funerarios en varios grupos, desde los más tardíos hasta los más tempranos.

Un primer grupo abarca un grupo de individuos jóvenes probablemente sacrificados (Eeckhout & Owens 2008). Luego vienen los entierros de la capa 8 superior (tabla 2), los cuales se superponen a los de la capa 8-mediana (tabla 3). Los entierros más profundos en la capa 8 aparecen en la tabla 4.

También se debe mencionar lechos de entierros desaparecidos así como cistas vacías de individuos removidos para hacer sitio a otros. En ciertos lugares se aprecian acumulaciones de vasijas que probablemente procedan de estos entierros removidos, pero obviamente muy difíciles de atribuir a uno u otro de los grupos antes mencionados.

La capa 9 es un apisonado de tierra de limo beige amarillento a marrón oscura con manchas blanquecinas, al parecer producto de ocupación doméstica. Es de consistencia compacta a semicompacta, mezclada, en la mayor parte de la zona excavada, con piedras angulosas plomizas. La capa mide de 16 a 34 centímetros de profundidad y consta de regular cantidad de material disperso, como cerámica, lítico, así como todo tipo de material orgánico (malacológico, vegetal, carbón, huesos de animales y huesos humanos). La capa presenta disturbaciones en los lugares donde se hicieron entierros intrusivos desde la capa 8. Por lo expuesto, la capa 9 aparece como un horizonte de ocupación quizás doméstica

Tabla 2. Entierros de la Capa 8 superior (© proyecto Ychsma).

Entierro	Sexo	Edad	Posición	Orientación
C1	nd	nd	E	na
C3	nd	nd	Fe	na
E07	nd	nd	F	E
E08	M	nd	F	na
E09	nd	adulto	na	na
E10	nd	nd	na	na
E12	na	na	E	N
E22	M?	25-30	S	na
E23	nd	8	E	E
E24	F	60	S	cara abajo
E27	nd	4	E	SE
E30	nd	niño	E	cara abajo
E51	nd	7	nd	na
E52	nd	1	F	SO
E59	M	25-30	S	na
E62	nd	0,1	nd	S
E63	nd	0,1	nd	Na
E64	nd	1	E	NE

Tabla 3. Entierros de la Capa 8 mediana (© proyecto Ychsma).

Entierro	Sexo	Edad	Posición	Orientación
E13	F	adulto	F	nd
E14	nd	4	F	nd
E15	F	20-25	S	nd
E16	nd	38-42	S	SE
E17	nd	16-18	F	E
E18	nd	20	F	E
E19	M	40	S	S
E25	F	20-22	S	nd
E26	nd	nd	S	nd
E31	nd	7,1-8	F	N
E32	F	35-40	F	N
E36	nd	0,1	S	E
E40A	nd	niño	E	na
E40B	nd	niño	E	na
E40C	nd	niño	E	na

Tabla 4. Entierros de la Capa 8 inferior (© proyecto Ychsma).

Entierro	Sexo	Edad	Posición	Orientación
E20	M	35-40	F	E
E21	nd	0,25	F	nd
E28	m	25-30	S	E
E29A	M	35-40	S	NE
E29B	M	45	S	nd
E34	M	35-40	S	E
E39A	nd	5,1-6	F	S
E39B	M	20-22	F	S
E39C	nd	1-1,5	F	S

que fue seguido por un momento de abandono (lente de color grisáceo de característica eólica). Luego de este abandono, es decir en el proceso de formación de la capa 8, se cortó la capa 9 en varios lugares para colocar entierros. Por lo tanto, los entierros asociados a la capa 9 son intrusivos pero anteriores a los asociados a la capa 8, por más que correspondan en términos de comportamiento humano a la misma fase de uso intenso de la zona como cementerio. Sin embargo, se nota que los entierros de la capa 9 han sido mucho menos tocados por este fenómeno y se pudo identificar de manera más clara los lotes funerarios (tabla 5).

La capa 10 es un apisonado de tierra marrón grisácea, arena fina grisácea, piedras planas pequeñas plomizas y azules, de consistencia general semicompacta a suelta, de 5 a 31 centímetros de espesor, con promedio de unos 20 centímetros. En el conjunto de la zona excavada se aprecia la presencia regular hasta abundante de restos malacológicos (Donax), a veces concentrados con valvas casi enteras, o desintegrados formando manchas blanquecinas. El material cultural disperso consta de regular cantidad de tiestos —muchos de pasta naranja con huellas de hollín; a veces decorados con líneas negras sobre fondo rojo, otros con diseños tricolores— así como líticos. El material orgánico consta de los ya mencionados malacológicos, así como vegetales, de mínimo a regular cantidad, y huesos humanos, animales y de peces que corresponden a entierros intrusivos disturbados o actividad en la capa cuando se formó. Se nota la presencia de regular cantidad de carbón en todas las cuadrículas. Las disturbaciones son todas asociadas con entierros colocados desde las capas superiores.

Por la naturaleza de la deposición de la capa y los elementos culturales encontrados se puede decir que corresponde a ocupación de vivienda o área de actividad de trabajo con desechos compuestos por concentración de conchas y cenizas que definen una actividad de basurero. La capa conformaba un horizonte que se prolongaba desde el pasaje en dirección a la pirámide 13. Posteriormente fue cortada para colocar los entierros, es por eso que solo quedan pequeños testigos de ella. Este momento de ocupación

Tabla 5. Entierros de la Capa 9 (© proyecto Ychsma).

Entierro	Sexo	Edad	Posición	Orientación
E33	nd	0,5	E	na
E37A	nd	1,5-2	F	E
E37B	M	45	F	nd
E37C	F	35	F	nd
E38	M	45-50	S	nd
E41	nd	0,9	F	nd
E42	nd	8,1-10	Fi	nd
E43	M	22-24	S	SO
E44	nd	6,1-7	S	nd
E45A	M	28-35	S	NE
E45B	nd	0,1	nd	nd
E45C	nd	0,1	nd	nd
E46A	¿F?	20-23	S	SE
E46B	nd	1,1-2	F	E
E49	M	28-30	F	¿E?
E50	F	20-25	F	NE
E53	nd	1,1-2	E	
E58	F	40-45	S	SO
E66	nd	0,5-1	S	NO
E70	nd	16	F	SE
E71	nd	5	F	nd
E72	En proceso			
E73	F	42-46	F	SE
E74	nd	0,75-1	F	nd
E75	F	15-16	F	E
E76	M	23-25	F	SE
E85	nd	1-1,25	F	NE

corresponde probablemente al Periodo Intermedio Temprano pues el material asociado a la capa pertenece a Lima Tardío. Por lo tanto, los entierros incluidos en la tabla 6 son posteriores (HM 3-4 si nos referimos al análisis preliminar de los ajuares).

La capa 11 solo ha sido excavada a nivel de superficie. Se compone de tierra fina marrón oscura semicompacta con manchas negras de cenizas, algunos restos de malacológicos y restos de soportes de madera y unos tiestos diagnósticos de estilo Lima. Por comparación con el sondeo llevado a cabo en 2003 y los fechados absolutos relacionados (tabla 1) se podría ubicar entre los siglos 7 a 9 d. C.

Tabla 6. Entierros de la Capa 10 (© proyecto Ychsma).

Entierro	Sexo	Edad	Posición	Orientación
E54	En proceso			
E55	F	25-30	E/F	SE
E56	En proceso			
E57	nd	6,1-8	S	E
E61	nd	0,1	E	NO
E68	En proceso			
E69	En proceso			

DESCRIPCIÓN Y ANÁLISIS DE LOS ENTIERROS

A la fecha hemos encontrado 96 entierros en la zona excavada, pero 18 todavía no han sido extraídos, así que el corpus útil es de 78 entierros. El conjunto de las matrices de los contextos funerarios se ubica en un intervalo de 1,65 metros de alto, lo que significa una alta concentración de restos. En términos generales, cuanto más bajamos en la estratigrafía, menos numerosos son los entierros, a pesar de que el cementerio está muy poblado. Las perturbaciones también se vuelven menos importantes conforme a la profundidad. Esto sugiere un crecimiento de la popularidad del cementerio conforme al avance del tiempo. Más de la mitad del corpus (N=46) se compone de bebés, niños y subadultos cuyo sexo no se pudo determinar. Entre los jóvenes y adultos (N=32), se identificaron 12 mujeres, 17 hombres y 3 no determinados. Por lo que concierne a la posición y orientación de los restos, se debe subrayar que no ha sido siempre fácil de precisar, por las perturbaciones que sufrieron muchos entierros, especialmente en la capa 8. Sin embargo, se puede distinguir tres posiciones básicas, con unas variaciones. Los individuos extendidos, generalmente de espalda, conciernen todos a niños y jóvenes, mientras los individuos sentados en posición fetal «clásica» son casi todos adultos de más de 20 años —con pocas excepciones—. Los individuos flexionados corresponden a todas clases de edad. De los 42 entierros de los cuales se pudo determinar la orientación, 25 están dirigidos hacia el Este, Noreste o Sudeste, los demás están orientados de manera diversa, sin preferencia marcada hacia el Templo de Pachacamac (al sur de la zona excavada), por ejemplo. No hay recurrencia obvia entre edad, sexo, posición y orientación, pero se debe considerar que nos encontramos todavía en una etapa preliminar del análisis.

Casi la mitad de los entierros excavados (35 de 78) constan de un ajuar que incluye por lo menos una vasija. La mayoría de los hombres adultos (N:13) tienen ajuar con cerámica. Más de la mitad (40 de 78) de los entierros excavados hasta la fecha pertenecen a grupos de dos o más individuos, lo que refleja una cierta tendencia a favor de entierros múltiples. Volveré sobre este aspecto más adelante.

En el marco de un artículo como este, resulta obviamente imposible describir todos los contextos encontrados. Sin embargo, con fines de ilustrar de manera concreta lo que acabo de explicar, he seleccionado unos ejemplos representativos de cada capa y nivel que voy a describir en seguida más detalladamente.

Los sacrificados relacionados con el muro este están detalladamente descritos y comentados en otro lugar (Eeckhout & Owens, 2008), así que no voy a describirlos aquí.

EL ENTIERRO E62 (CAPA 8-SUPERIOR)

No se observa matriz formal para este entierro. Se trata de un individuo neonato casi completo —faltan los pies—. Estuvo cubierto por un tejido de cestería en forma de cintas (figura 5). Fragmentos de textil se asimilan con restos óseos, mejor conservados a la altura del cráneo. La pelvis se encuentra sobre la boca del artefacto 93 (A93) y la cabeza sobre el artefacto 94 (A94), los cuales, pues, conforman el ajuar del entierro 62.

El A93 es un cántaro de cuerpo globular y cuello divergente de tipo cara-gollete y estilo «punteado-en-zona». Está completo, pero fragmentado. El A94 es otro cántaro de cuerpo globular, gollete abombado y asas laterales; está completo y bien conservado. Ambos se pueden relacionar con el estilo Ychsma Temprano a Medio, o sea la primera mitad del PIT (Feltham & Eeckhout, 2004, p. 661, etc.; Vallejo, 2004, pp. 606-620).

EL ENTIERRO E19 (CAPA 8-MEDIANA)

La matriz del entierro se presenta como una base cóncava de adobes reusados y barro. Se trata de un hombre robusto de unos 40 años en posición sentada dentro de un fardo, mirando hacia el Sur/Sudeste (figura 6). A su lado se encontraron palos, probablemente para sostener el fardo. La envoltura muy gastada consta de un tejido rayado marrón y blanco y fibra vegetal trenzada, muy parcial y pegada al cuerpo. A la altura del rostro se aprecian pepas de algodón pegadas a la piel, lo que sugiere que el fardo contenía motas de algodón. El personaje estuvo sentado en una posición algo forzada. El análisis antropológico preliminar puso en evidencia una fractura de parada bien curada en la ulna del brazo izquierdo así como huellas sintomáticas de sífilis en el cráneo (frontal derecho) y sobre una de las costillas izquierdas. Dos vasijas (A3 y A4) están asociadas al entierro, ambas se encuentran hacia el este del fardo.

La vasija A3 es una botella globular llana de tipo cara gollete, con dos pequeñas asas verticales y decoración «punteado-en-zona» en el cuello. La vasija A4 tiene un cuerpo globular afinado hacia su base plana. Cuenta con dos asas verticales. El cuello casi recto está decorado con líneas negras sobre fondo blanco y el cuerpo, con un diseño de rombos trazados en negro sobre fondo blanco con puntitos dentro, alternando con bandas marrón sobre fondo de engobe naranja. Jane Feltham (2005) ubica ambas vasijas a fines del HM4, y las relaciona con el estilo Ychsma Temprano A (Vallejo, 2004).

EL ENTIERRO E34 (CAPA 8-INFERIOR)

La matriz del entierro es una cavidad de forma circular acondicionada con adobes reutilizados hacia el lado norte, para colocar al individuo en posición sentada, mirando hacia el este. La base del entierro muestra cremación con cenizas formando una pequeña elevación con cantos rodados y piedras angulosas. En el proceso de excavación se encontró el cráneo del individuo asociado con dos adobes hacia el lado norte. Huellas diversas de textiles fragmentados y algodón sugieren que el personaje estuvo enfardelado pero las evidencias se han mal conservado (figura 7). Se pudo definir que se trata de un hombre de unos 35 a 40 años de edad, que sufría de espondilitis anquilososis (3ª, 4ª y 5ª vértebras lumbares) y de artritis (brazo derecho y mano izquierda). El ajuar consta de doce componentes (Aj.1 hasta Aj.12) que se van a detallar en seguida.

Aj.1: pequeña vasija decorada (artefacto 46) encontrado a la altura del cráneo, lado derecho. Se trata de un kero miniatura con diseños policromados del ser radiante Huari-Tiahuanaco en estilo epigonal, del HM3-4 (Feltham 2005).

Aj.2: balanza de madera tallada de forma rectangular con figuraciones de monos esquemáticos (hallazgo 9). Fue encontrada a la altura del cráneo, lado izquierdo, con evidencias de restos de textiles y material orgánico vegetal.

Aj.3: lámina de metal verdoso en la muñeca de la mano derecha.

Aj.4: lámina de metal verdoso en la muñeca de la mano izquierda.

Aj.5: hueso tallado alargado y apuntado (9 x 1,5 cm), encontrado entre el brazo izquierdo y el pecho.

Aj.6: paquete de semillas de algodón, restos textiles y pigmento rojo rosado, encontrado pegado a la cara.

Aj.7: garra entera de felino (A) y lámina de metal verdoso (B), encontrados a la altura del pecho.

Aj.8: lámina de metal verdoso a la altura de la mandíbula, lado izquierdo.

Aj.9: paquete de textil con restos de algodón y soguillas vegetales encontrado entre las piernas.

Aj.10: botella cara-gollete carenada decorada con motivos blancos y negros sobre fondo de engobe naranja (artefacto 105). Se encontró encima del Ajuar 9, entre las piernas y el pecho del individuo. Corresponde estilísticamente al HM3-4 (Feltham, 2005).

Aj.11: mate grande fragmentado con restos de cremación, encontrado cerca de la cadera derecha, a los pies del individuo.

Aj.12: soportes de madera formando parte del fardo.

Por sus características y el ajuar asociado, el entierro 34 podría corresponder a fines del HM3 hasta HM4.

EL ENTIERRO E37 (CAPA 9)

La matriz es una fosa semicircular ovalada rodeada por cantos rodados y piedras angulosas, cavada para colocar a 3 individuos: E37A (niño), E37B (hombre adulto) y E37C (mujer adulta) (figura 8).

El entierro E37A contiene un niño no mayor de dos años recostado hacia el lado izquierdo, mirando al Este, con el brazo derecho flexionado a la altura del abdomen. Se observan concentraciones de material orgánico en las piernas, una concha abanico a la altura de la rótula izquierda y restos de un mate deteriorado debajo de las vértebras lumbares, así como restos de textiles deteriorados y tierra marrón oscura. Este conjunto de evidencias sugiere que fue enfardelado y que el fardo contenía varias ofrendas. El ajuar que se puede asociar específicamente al E37A que consta de tres elementos:

Aj.1: lámina de metal verdoso en la mano izquierda.

Aj.2: un par de quenás de huesos de camélido (10 x 2 centímetros) con tres perforaciones.

Aj.3: aguja de madera apuntada de 6 centímetros de largo, encontrada debajo de la pelvis.

El hombre E37B, de unos 45 años de edad, fue colocado en posición flexionada —manos entre las piernas—, volteado hacia la izquierda. En contacto con los pies se encuentran semillas de algodón, cáscaras de maní y huellas de una cremación de ceniza. Se observan restos del envoltorio (textiles muy deteriorados y petate de junco) en diferentes partes.

El ajuar que se puede asociar específicamente al E37B consta de dos elementos:

Aj.1: restos de un cuy (*Cavia porcellus*) encontrado fuera del envoltorio a la altura de la cadera derecha.

Aj.2: dos cuentas de *Spondylus* a la altura del pelvis.

La mujer E37C, de unos 35 años de edad, está también en posición flexionada. Al igual que su compañero, tenía cremación en los pies, en la cadera, y restos de semillas de algodón mezclados con restos vegetales en regular cantidad a la altura del pecho y cadera, lo que sugiere un envoltorio deteriorado. El ajuar que se puede asociar específicamente al E37C consta de 9 elementos:

Aj.1: lámina de metal verdoso adentro de la mandíbula.

Aj.2: pequeña botella tosca con cara-gollete decorada en el cuerpo con motivo policromo zoomorfo-fantástico (artefacto 100). Está ubicado entre las piernas y el pecho. Se puede atribuir al HM2B-3 (Kaulicke, 1997, figuras 53G, 55C, f.63-4; Uhle, 1903, pl. 7-1).

Aj.3: concentración de algodón mezclado con hierbas, a la altura de la cadera.

Aj.4: lámina de metal verdoso hacia el codo izquierdo.

Aj.5: lámina de metal verdoso embolsada en textil, a la altura del esternón, en la base de la vasija Aj.2.

Aj.6: cuarzo lechoso de 3x4 centímetros cerca al pie derecho.

Aj.7: lámina de metal verdoso doblada en forma de pinza, a la altura de la cadera.

Aj.8: lámina de metal verdoso a la altura de la cuarta vértebra lumbar.

Aj.9: lámina de metal verdoso a la altura de las costillas del lado derecho.

Al sur del entierro E37 se encontró un conjunto de pedazos de *Spondylus* tallado (hallazgo 11) a manera de ofrenda, así como tres vasijas (A61, A62, A63).

El artefacto 61 es una vasija llana con cuerpo globular de unos 25 centímetros de diámetro, asas verticales

fragmentadas a la altura del ecuador, cuello recto divergente de labio biselado y engobe rojo. Esta vasija todavía no ha sido restaurada al momento de escribir estas líneas, razón por la cual no se ilustra.

El artefacto 62 es una vasija llana de cuerpo globular (23 centímetros de diámetro) con ancho cuello recto evertido asociado con resto de un mate a manera de tapa. Según Jane Feltham (2005), corresponde al HM3.

El artefacto 63 es una botella esférica de 30 centímetros de alto y 26 centímetros de diámetro mayor, con cuello estrecho recto divergente, labio redondo y dos asas cintadas verticales dispuestas simétricamente en el hombro. A la altura de la boca se encontró un mate que corresponde a restos de una tapa. La vasija tiene un hoyo en la parte inferior del cuerpo, tal vez para verter líquido. Jane Feltham (2005) la ubica en el HM3-4, pero con más probabilidad en el HM3.

Por sus características y el ajuar asociado, el entierro 37 podría corresponder a un grupo familiar sepultado durante el HM3.

EL ENTIERRO E55 (CAPA 10)

La matriz se presenta como una cavidad alargada para acoger el individuo E55, un hombre de 25 a 30 años de edad, en posición extendida, piernas flexionadas, acondicionado con pequeños adobes reutilizados hacia el lado derecho (figura 9). El individuo se encuentra mirando hacia el oeste. Debajo del cráneo y del cuerpo se encuentran restos de textil y de petate de junco, que sugiere una envoltura de un mínimo de tres vueltas. El entierro se ubica bajo un grupo que consta de varios otros entierros asociados con la capa 9.

El ajuar adjunto al E55 consta de cinco elementos:

Aj.1: mate ovalado junto al cráneo, lado derecho.

Aj.2: dos mates medianos a la altura de la cadera.

Aj.3: lítico de forma alargada (9 x 2,5 centímetros) con dos puntas en los extremos, y tallado como para sujetar un cordel. Se encontró al lado izquierdo, cerca a las costillas.

Aj.4: molusco tipo caracol, junto al ajuar 3.

Aj.5: restos de dos cuyes colocados hacia el lado izquierdo del individuo, uno dirigido al norte y el otro al sur.

También forman parte del ajuar funerario dos vasijas: A85 y A86.

La vasija A85 es llana y está muy fragmentada. Se encontró boca abajo. Presenta cuerpo carenado, base plana, cuello recto mediano y labio redondeado. Se observan pequeñas agarraderas a la altura del ecuador y huellas de hollín.

La vasija A86 es del mismo tipo, también fragmentaria, y contenía un pulidor negro (4,5 x 2 centímetros) y restos de un cuy (*Cavia porcellus*). Ninguna de estas vasijas ha sido restaurada al momento de escribir estas líneas.

OBSERVACIONES SOBRE COSTUMBRES FUNERARIAS EN PACHACAMAC

Considerando que estamos todavía en proceso de investigación, sería prematuro sacar conclusiones respecto a los resultados logrados a la fecha. Por lo tanto, las observaciones presentadas a continuación deben ser consideradas como preliminares.

En términos de patrones funerarios vemos que el fardo clásico —con el individuo dispuesto en posición flexionada sentada o acostada— es el más difundido, aunque la posición extendida para los niños y bebés también es muy frecuente. La proporción importante de individuos muy jóvenes encaja con las normas de mortalidad infantil en sociedades tradicionales preindustriales pero no se puede rechazar la posibilidad de que algunos de estos niños hayan sido acompañantes de individuos de mayor edad e importancia social. Así, por ejemplo, los entierros múltiples que se encontraron en la capa 8 inferior y en la capa 9 pueden corresponder a sepulturas familiares producto de alguna epidemia o tal vez relacionadas con costumbres funerarias que quedan por precisar. A la inversa, el hecho que ciertos niños estén enterrados con su propio ajuar sugiere, tal vez, que hayan tenido un rango social específico heredado por parentesco. En el ajuar asociado con los individuos, se nota la presencia recurrente de láminas de metal (más probablemente cobre) dispuestas de manera simétrica en diferentes partes del cuerpo, algo que ya hemos notado en otros contextos ychsma de Pachacamac (Eeckhout, 2002) y del valle de Lurín (Eeckhout, 1999, pp. 342-369).

En términos de fechados, tenemos contextos funerarios cuyo ajuar se remonta desde el HM3 hasta el PIT, lo que a nivel estilístico corresponde al Epigonal e Ychsma Temprano a Medio (Feltham, 2005; Feltham & Eeckhout, 2004; Uhle, 1903; Vallejo, 2004). Se debe subrayar que se encontraron también vasijas o fragmentos aislados más tempranos (figura 10), procedentes de entierros disturbados, como por ejemplo, un cuenco decorado con la cabeza de «grifo» del estilo Pachacamac B (HM2B) o fragmentos de otro cuenco, también con motivo de una cabeza de rapaz, probablemente importado desde la costa sur o de Huarí mismo en el HM2 (Patricia Knobloch, comunicación personal, 2004). Una serie de fechados radiocarbónicos está en proceso al momento de escribir estas líneas, lo que permitirá precisar este tema en el futuro.

Los entierros encontrados a la fecha corresponden a los que Uhle (1903, pp. 21, 41) encontró en «la parte descubierta del Cementerio I» y en su capa A, o sea tumbas «del último periodo pre-inca» y del «estilo Epigonal». En términos estratigráficos, estamos todavía relativamente cerca de la superficie; además, varias evidencias en el campo atestiguan que tumbas más tempranas quedan por excavar en niveles más profundos³. Esto también

³ Se debe agregar que según el sondeo llevado en 2003, quedan todavía unos 150 centímetros de restos culturales abajo de la capa 11 hasta la roca madre.

encaja muy bien con la presencia de cerámica diagnosticada del HM2 relacionada con los estilos Huari y Pachacamac: probablemente procede de tumbas antiguas disturbadas del tipo que Uhle (1903, pp. 21,41) encontró en «el suelo original del cementerio».

La alta concentración de las tumbas así como las disturbaciones que se observan en muchas de ellas, las cistas vacías y los amontonamientos de vasijas aisladas y restos de cuerpos sugieren que el lugar ha sido intensamente usado y que la gente no dudó en retirar las tumbas antiguas con el fin de enterrar a sus propios muertos. Este comportamiento ya había sido identificado por Uhle (1903, p. 41) en su propia excavación:

Mientras se destruían paulatinamente las tumbas antiguas haciendo nuevas, el carácter general del cementerio se modificó continuamente hasta paralizarse en el periodo del cual el cementerio conserva el sello hasta hoy [...] No se excluye la posibilidad del hallazgo de tumbas más antiguas, que por casualidad u ocultamiento cuidadoso se libraron de la destrucción. Explica la inmensa acumulación de tumbas y el estado del propio suelo, que es un conglomerado de restos de momias, de toda clase de huesos, fragmentos de telas, trozos de sogas, cabello humano, etc. Todo esto fue acarreado por el uso muy prolongado del cementerio [...] (Uhle, 2003, pp. 195-196).

Tal actitud va en contra de la tradición andina de ancestralidad y, por lo tanto, sugiere que no hubo relación sistemática de tipo étnico o familiar entre los que usaron el cementerio I. La presencia de ciertos artefactos importados como los ilustrados por Uhle (1903, pl. 8-7, 8-10) podría sugerir que se trata de peregrinos procedentes de lugares diversos, aunque debemos enfatizar que la gran mayoría de las vasijas encontradas hasta ahora en la zona donde hemos excavado, son locales. La motivación del peregrinaje, atestiguado en la época de los Incas (Eeckhout, 1998, 2004c, 2008; Rostworowski, 1992) probablemente tiene que ver con los beneficios que los fieles esperaban sacar de la divinidad. Al respecto, es interesante mencionar que una proporción anormal de los entierros tardíos que hemos excavado en Pachacamac

—tanto en el Cementerio I como en otras partes del sitio— presentan huellas de patologías graves como sífilis, cáncer, raquitismo, y otros, las que provocaron sin duda su muerte (Owens, 2005, 2006). Esto tal vez pueda explicar uno de los atributos del dios Pachacamac que es la facultad de curar a los enfermos, tal como le respondieron los sacerdotes del culto cuando Hernando Pizarro, el primer conquistador al entrar en el sitio en enero de 1533, les preguntó por los motivos de su veneración al ídolo (Estete, 1924, p. 39). Aunque esto todavía queda por esclarecerse a través de análisis bioarqueológicos, la posibilidad que el sitio se hubiera vuelto una especie de Lourdes prehispánico durante el PIT y, más que todo bajo el Incanato, resulta ser una hipótesis plausible y una explicación lógica para la popularidad del peregrinaje y de los cementerios del sitio en este entonces.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al INC por haber expedido las autorizaciones de investigación en Pachacamac. El proyecto Ychsma recibió ayuda financiera de la Université Libre de Bruselas, del Fonds National de la Recherche Scientifique y del Fonds de la Recherche Fondamentale Collective (Bélgica), y de la Curtiss T. and Mary G. Brennan Foundation (Santa Fe). También recibimos apoyo logístico de parte del Museo de Sitio de Pachacamac y de la Embajada de Bélgica en Perú. Quiero agradecer a todo el equipo de excavación, y especialmente a Carlos Farfán, codirector nacional del proyecto Ychsma, Victoria Arranguren, Ronal Ayala, Anderson Chamorro, Manuel Perales, José Ramirez y Luis Alberto Sanchez, asistentes de campo, así como a Kusi Colona-Pretti —restauración y conservación—, Jane Feltham —cerámica—, Larry Owens —antropología física—, Valérie Decart —topografía— y Vincent Thieren —reconstituciones 3D—. Las figuras que ilustran este ensayo han sido preparadas por Nathalie Bloch y François Degesve, infografistas del Centre de Recherches Archéologiques de la ULB. Asumo la total responsabilidad del contenido del presente artículo, así como de los errores que podrían existir.

BIBLIOGRAFÍA

- BUENO MENDOZA, A. (1982). *El Antiguo Valle de Pachacamac: Espacio, Tiempo y Cultura*. Lima: Editorial Los Pinos.
- COBO, B. (1956 [1653]). *Historia del Nuevo Mundo* (2 vol.). Biblioteca de Autores Españoles, XLI-XLII. Madrid : Ediciones Atlas.
- ECKHOUT, P. (1998). Le temple de Pachacamac sous l'Empire inca. *Journal de la Société des Américanistes*, 84, 9-44.
- ECKHOUT, P. (1999). *Pachacamac durant l'Intermédiaire récent. Etude d'un site monumental préhispanique de la Côte centrale du Pérou*. British Archaeological Reports International Series, 747. Oxford: Hadrian Books Ltd.
- ECKHOUT, P. (2002). Hallazgo y desentierro de un bulto funerario de Pachacamac. En: Solanilla Demestre, V. (Ed.), *Actas de las II Jornadas Internacionales sobre Textiles Precolombinos*, (pp. 135-152), Universitat Autònoma, Barcelona.
- ECKHOUT, P. (2004a). La sombra de Ychsma. Ensayo introductorio sobre la arqueología de la costa central del Perú en los periodos tardíos. En: Eckhout, P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos*, *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 33, (3), 403-425.
- ECKHOUT, P. (2004b). Pachacamac y el proyecto Ychsma (1999-2003). En: Eckhout, P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos*, *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 33, (3), 425-448.
- ECKHOUT, P. (2004c). Reyes del Sol y Señores de la Luna: Incas e Ychsma en Pachacamac. *Chungara*, 36, (2), 495-503.
- ECKHOUT, P. (2008). El santuario del Oráculo de Pachacamac y los peregrinajes a larga escala en los Andes prehispanicos. En: Curatola P., M. & M. Ziolkowski (Eds.), *Adivinación y oráculos en el mundo andino*, (pp. 161-180). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú /Instituto Francés de Estudios Andinos.
- ECKHOUT, P. & L. S. OWENS (2008). Human Sacrifice at Pachacamac. *Latin American Antiquity*, 19, (4), 375-398.
- ESTETE, M. de (1924 [1533]). *Relación de la Conquista del Perú*. En: Historia de los Incas y Conquista del Perú, (pp. 3-56), Colección de Libros y Documentos Referentes a la Historia del Perú, t. 8, 2a Serie. Lima: Sanmartí y Ca..
- FELTHAM, P. J. (2005). Proyecto Ychsma-Informe sobre la cerámica analizada durante 2005. Ms en posesión del autor.
- FELTHAM, P. J. & P. ECKHOUT (2004). Hacia una definición del estilo Ychsma: aportes preliminares sobre la cerámica Tardía de la pirámide III de Pachacamac. En: Eckhout, P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos*, *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 33, (3), 643-680.
- KAULICKE, P. (1997). *Contextos funerarios de Ancón. Esbozo de una síntesis analítica*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (2000). La sombra de Pachacamac: Huari en la costa central. En Kaulicke, P. & W. H. Isbell (Eds.), *Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias*, Primera Parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, 4, 313-359.
- MARCONI, G. (2005). La rivalidad en la prehistoria de la Costa Central Peruana, vista a través de los templos de Pachacamac. ¿Existen los horizontes Pan Andinos o la tiranía de las cronologías? En Eckhout, P. & G. Le Fort (Eds.), *Wars and Conflicts in Prehispanic Mesoamerica and the Andes*, (pp. 99-109). British Archaeological Reports International Series, 1385. Oxford: Hadrian Books Ltd..
- MICHZINCKY, A.; P. ECKHOUT & A. PAZDUR (2003). ¹⁴C absolute chronology of the Pyramid III and the Dynastic Model at Pachacamac, Peru. *Radiocarbon*, 45, (1), 59-73.
- MICHZINCKY, A.; P. ECKHOUT, A. PAZDUR & J. PAWLYTA (2007). Radiocarbon Dating of the Temple of the Monkey. The Next Step Towards Comprehensive Absolute Chronology of Pachacamac, Peru. *Radiocarbon*, 49, (2), 565-578.
- OWENS, L. S. (2005). Un informe provisional sobre los restos humanos de Pachacamac, Costa Central, Perú. Ms. en posesión del autor.
- OWENS, L. S. (2006). La antropología física de los entierros excavados en Pachacamac por el Proyecto Ychsma. Ms en posesión del autor.
- PAREDES B., P. (1985). La Huaca Pintada o El Templo de Pachacamac. *Boletín de Lima*, 41, 70-85.
- PAREDES B., P. (1990). Pachacamac. En *Inca-Peru. 3000 Ans d'Histoire. Catalogue de l'exposition présentée aux Musées Royaux d'Art et d'Histoire de Bruxelles*, (pp. 178-95). Gand: Imschoot Uitgevers.
- PAREDES B., P. (1991). Pachacamac: Murallas y Caminos Epimurales. *Boletín de Lima*, 74, 85-95.
- ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, M. (1992). *Pachacamac y el Señor de los Milagros: una trayectoria milenaria*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ROWE, J. H. (1946). Inca Culture at the time of the Spanish Conquest. En Steward, J. H. (Ed.), *Handbook of South American Indians, Vol. II*, (pp. 183-330), Bureau of American Ethnology, Bulletin 143.
- ROWE, J. H. (1954). *Max Uhle, 1856-1944. A memoir of the father of Peruvian archaeology*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, Vol. 46, (1).
- ROWE, J. H. (1998). Max Uhle y la idea del tiempo en la arqueología americana. En Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú antiguo*, (pp. 5-24). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SHIMADA, I. (1991). Pachacamac Archaeology. Retrospect and Prospect. En: Shimada, I. (Ed.), *Pachacamac. A Reprint of the 1903 Edition by Max Uhle*, (pp.XVI-LXVI). Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- UHLE, M. (1903). Pachacamac. *Report of The William Pepper, M.D., LL.D. Peruvian Expedition of 1896*. Traducido por C. Grosse. Philadelphia: The Department of Archaeology of the University of Pennsylvania.
- UHLE, M. (2003). *Pachacamac. Informe de la expedición peruana William Pepper de 1896*. Traducido por M. Beltray V. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- VALLEJO, F. (2004). El estilo Ychsma: características generales, secuencia y distribución geográfica. En: Eckhout, P. (Ed.), *Arqueología de la Costa Central del Perú en los Periodos Tardíos*, *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 33, (3), 595-642.

MAX UHLE, EL SITIO F DE MOCHE Y LA LLAMADA PLATAFORMA UHLE

Claude Chauchat¹ & Belkys Gutiérrez León²

En 1899-1900 Max Uhle excavó al pie de la Huaca de la Luna de Moche un conjunto de tumbas que llamó más tarde el sitio F, donde encontró por primera vez cerámica del estilo que ahora se llama Moche. El plano de la distribución espacial de las tumbas publicado en su artículo de 1913, comparado con el plano de la «plataforma Uhle», ubicada en el mismo lugar, muestra algunos rasgos similares, pero otros no permiten ubicar precisamente el emplazamiento de las tumbas. El material conservado en el Museo de Antropología Phoebe A. Hearst de la Universidad de Berkeley presenta algunos errores de catalogación y ausencias debidas a la fecha temprana de las excavaciones pero, en general, constituye una buena muestra de material funerario Moche. Las nuevas excavaciones llevadas a cabo desde 1999 han descubierto otras tumbas que presentan algunas diferencias interesantes con el material de Max Uhle, cuyo significado se discute en el curso del artículo.

Durante el verano de 1899-1900, Max Uhle practicó varias excavaciones importantes en el sitio de las Huacas de Moche, cerca de la ciudad de Trujillo. En pocas semanas, excavó sobre la plataforma sur de la Huaca del Sol, al pie de la Huaca de la Luna, en varios puntos de la llanura entre las dos huacas, en la ladera de Cerro Blanco y, por último, en la cumbre de este cerro. Estas primeras excavaciones constituyen los fundamentos de nuestros conocimientos sobre la arqueología de la costa norte y, en particular, sobre lo que hoy en día se llama la cultura Moche o Mochica (Uhle, 1913, 1998; Kroeber, 1925). De estas excavaciones, la que nos interesa actualmente es la del sitio F, llamado así aparentemente por el propio Uhle (aunque no aparece en su artículo de 1913) según Kroeber.

En efecto, a partir de 1999, un siglo después, emprendimos un programa de excavaciones al pie de la fachada oeste de la Huaca de la Luna, en una zona intermedia entre la Huaca y la zona urbana que ocupa la planicie, en el marco del gran proyecto de investigación y restauración que es el proyecto Huaca de La Luna, dirigido por Santiago Uceda y Ricardo Morales,

siguiendo a varios sondeos del equipo peruano del proyecto Huaca de la Luna (Esquerre *et al.*, 2000; Pimentel & Alvarez, 2000; Tello, 1998). Durante este programa de excavaciones, que se encuentra todavía en curso, el equipo peruano ha encontrado una plataforma baja, muy cercana a la fachada oeste de la Huaca, que ha llamado «Plataforma Uhle».

Hasta la fecha, se han encontrado 47 tumbas y una arquitectura compleja en el espacio definido como plataforma Uhle, las cuales se suman a las 34 a 37 tumbas encontradas por Max Uhle.

La plataforma es un espacio rectangular de 47 m en sentido este-oeste y 25 m en sentido norte-sur (figuras 1, 2); probablemente no superó 1,5 m de altura. En el medio, se encuentra un edificio alargado, con muros de un metro de grosor y varios cuartos. Está separada de la Huaca de la Luna por un espacio prácticamente desprovisto de arquitectura, de una decena de metros de ancho, que fue rellenado en varias oportunidades, y en otros tiempos se llenó naturalmente de arena eólica. Esta zona llamamos «el pie de la Huaca». En los lados oeste y sur, la plataforma está rodeada por espacios aparentemente vacíos y por un muro perimétrico. La esquina suroeste del complejo está ocupada por un conjunto de ambientes y patios aglutinados (C. A. n.º 8), muy semejantes a los de la zona urbana, que fueron excavados por el equipo peruano antes del descubrimiento de la plataforma, como si fueran parte de la zona urbana. Estas exploraciones demostraron que aquellos ambientes pertenecen al complejo de la plataforma Uhle y que este está claramente separado de la zona urbana por murallas y por una avenida ancha. En el lado norte, los cateos del equipo peruano pusieron en evidencia una plaza amplia que, por el extremo sur terminaba en un muro decorado de serpientes —«el muro de las boas»— (Pimentel & Alvarez, 2000), detrás del cual se pasa a un corredor que se dirige a una rampa de acceso a la plataforma. Otros restos de relieves policromados fueron igualmente encontrados en el muro perimétrico norte, resaltando aún más la identidad del

¹ Université Paris 10, Nanterre, Maison de l'Archéologie, Francia.

² Universidad Nacional de Trujillo, Departamento de Arqueología y Antropología, Perú.

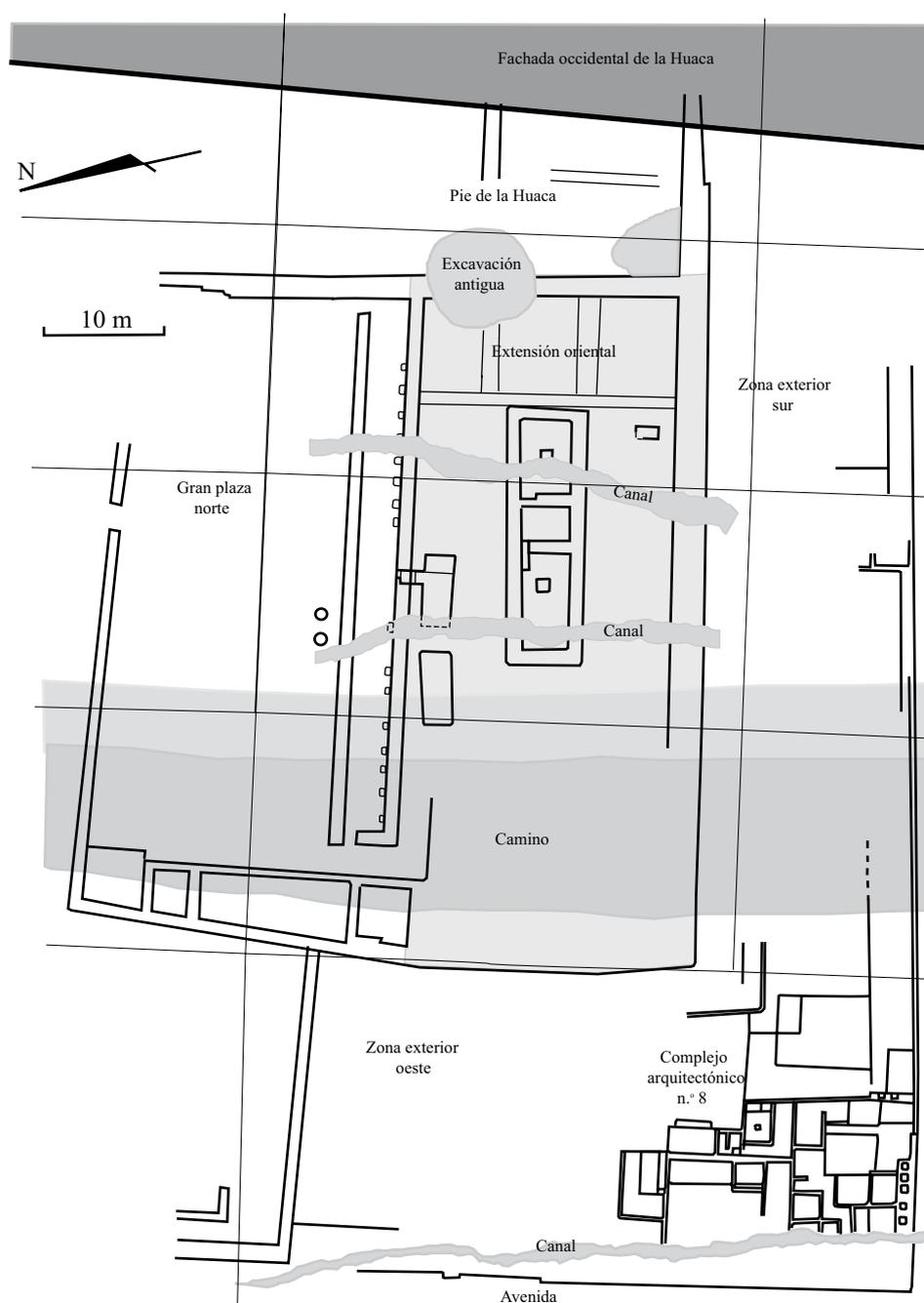


Figura 1. Plano general del complejo de la plataforma Uhle compilado a partir de los planos del proyecto Huaca del Sol y de la Luna y los planos obtenidos a partir de nuestras excavaciones. Arriba, la fachada oeste de la Huaca de la Luna. La cuadrícula mide 20 metros. Dibujo de Claude Chauchat y Belkys Gutiérrez.

complejo como espacio de otra naturaleza que la zona urbana pues es el único lugar, en Moche, fuera de la Huaca de la Luna, donde existen decoraciones murales polícromas. La mayor parte de estas áreas marginales no han sido aún exploradas completamente.

Las superestructuras de los edificios y muros fueron arrasadas hasta el nivel del suelo por los trabajos de habilitación agrícola del sitio por parte de los chimús, quienes excavaron también los canales cruzando la plataforma. Después, en la época colonial, se estableció un camino entre el pueblo de Moche y la Hacienda Laredo, que cruza la parte oeste de la plataforma y que

erosionó el depósito arqueológico y las tumbas en un espesor de aproximadamente un metro. Este camino está dibujado en uno de los mapas de Max Uhle (1913, figura 1) y es mencionado como «Road to haciendas and Santa Catalina Valley».

Se nota que la estructura general de la plataforma es muy similar a la del complejo de la Huaca de la Luna. Ambos complejos se despliegan de norte a sur y cuentan con una gran plaza al norte y un acceso guardado por figuras de serpientes (representación que existe también en las portadas del Cusco). En la parte retirada al este, al pie de la Huaca, se ubica un espacio donde se

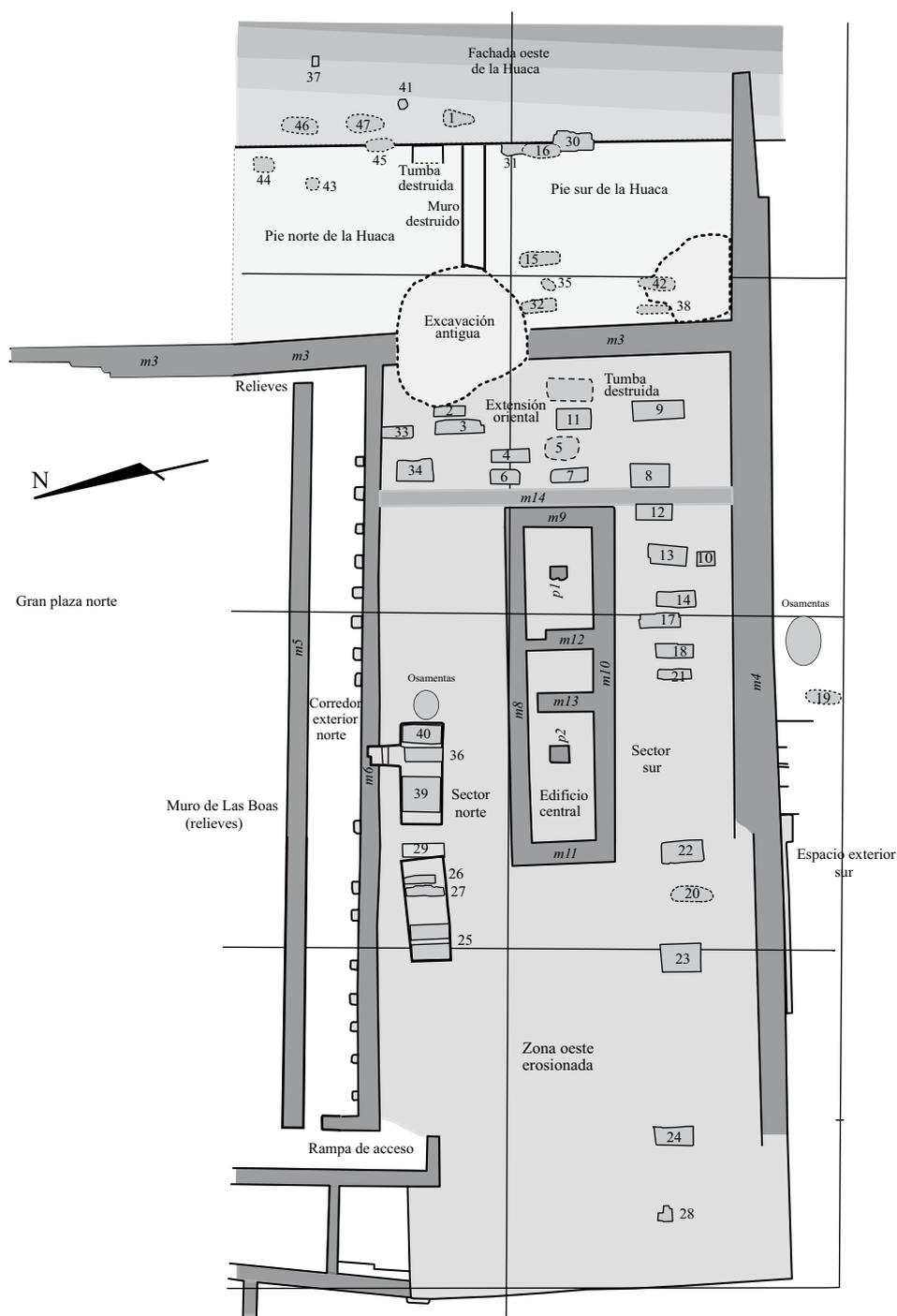


Figura 2. La plataforma Uhle y la zona al pie de la Huaca; cuadrícula de 20 metros; distribución espacial de las tumbas en relación con la arquitectura. La nomenclatura de los elementos arquitectónicos está en *italico*. Dibujo de Claude Chauchat y Belkys Gutiérrez.

practicaron sacrificios humanos al igual que en la parte este (la plaza 3A) de la Huaca de la Luna (Bourget, 1997). Posiblemente, el espacio habitacional al suroeste correspondía a edificios al suroeste de la plataforma I de la Huaca, donde parece que hubo también un conjunto de habitaciones compuesto por una casa con techo a doble agua y ventanas (Uceda *et al.*, 1994, p. 256, figura 8.4; 1997, p. 18, figura 1; Uceda & Tufinio, 2003, p. 207). Por lo tanto, se podría también atribuirle una función similar a la de la Huaca pero en una situación de subordinación o avasallamiento en relación a esta.

A partir de la plaza, el acceso a la plataforma es por el corredor que hay detrás del muro decorado con boas y una rampa que asciende por la extremidad oeste. Cerca de esta rampa, existen, en la parte norte, dos cuartos semisubterráneos. El cuarto oeste no tiene acceso visible y se debió entrar a él por el techo; es decir desde la superficie de la plataforma. En cambio, el cuarto este tenía un acceso desde un vano que daba al corredor norte, vano que fue primero restringido y después cerrado por adobes. A él se bajaba mediante una escalera de dos peldaños de 45 centímetros de alto. Este cuarto

es más amplio que el anterior y tiene una banqueta de un metro de ancho y 35 centímetros de alto a lo largo de su pared este. Hemos distinguido también, en la parte este de la plataforma, una extensión oriental, separada por un muro que ya existía antes de la edificación de la plataforma, zona que se distingue también por su relleno de arena eólica.

El segundo mapa muestra la ubicación de las 47 tumbas encontradas durante nuestras excavaciones entre 1999 y 2006 (ver figura 2). Estas se disponen, en su gran mayoría, alrededor del edificio central y consisten generalmente en cámaras de adobe construidas luego de desmontar la masa de adobes de la plataforma. Al pie de la Huaca, las tumbas son, en general, en fosas excavadas en el relleno, salvo una excepción que es una cámara edificada a expensas del escalón inferior de la Huaca (tumba n.º 30).

Después de su construcción, la plataforma ha sido remodelada en varias oportunidades. La última de estas consistió en rodearla completamente de muros. Parece que esto se realizó antes de poner las primeras tumbas aunque no tengamos, hasta ahora, pruebas fehacientes de esta hipótesis. Entonces, según esta hipótesis, la plataforma habría conocido dos períodos de uso:

- a) un primer período que calificamos como “público” a falta de más precisión, y
- b) un segundo período que fue principalmente funerario.

Las tumbas se empezaron a colocar sobre la plataforma después de que los dos cuartos semisubterráneos en la parte norte fueran rellenos. Durante el período funerario, no se llevó a cabo remodelación arquitectónica alguna y más bien se nota un cierto descuido en la acumulación de arena en los espacios alrededor de la plataforma. Las primeras tumbas sobre la plataforma son las que se colocaron en el relleno de ambos cuartos semisubterráneos y pueden fecharse en la transición II-III según la secuencia estilística de Rafael Larco Hoyle (Larco, 1948).

Uno de nuestros objetivos en este proyecto de investigación era encontrar los vestigios de la excavación

de Max Uhle con la meta de adecuar sus datos a los que recolectamos en el momento y poder sintetizar así los dos conjuntos de datos en uno solo. Para eso, hemos redibujado el plano a partir del libro de facsímiles y fotografías publicado recientemente (Uhle, 1999), lo que permitió, además, calcular la escala, que no aparece en las versiones publicadas (figura 3). Los números de las tumbas han sido añadidos y corresponden a los números de Uhle 1913, figura 11.

Primero, se pone en evidencia la proximidad inmediata de ambas zonas de excavación por ser ambas al pie de la fachada oeste de la Huaca y aproximadamente en el medio de esta. El plano de Max Uhle abarca aparentemente el largo total de la fachada oeste de la Huaca y entonces debería poder sobreponerse al plano moderno para darnos con exactitud la ubicación del campo excavado por Max Uhle. Para lograr este objetivo, nos hemos enfrentado con varias posibilidades, las cuales arrojan resultados diferentes.

Los únicos puntos de referencia comunes entre el plano de Uhle y el nuestro, y valederos para verificar la ubicación de la excavación, son los ángulos noroeste y suroeste de la Huaca, pues la base está cubierta de escombros y no se puede saber ahora qué zona pudo ver Max Uhle en su tiempo.

Se puede tomar como referencia el escalón más alto de la Huaca o los ángulos de los edificios todavía visibles en la cima. La segunda posibilidad parece la más correcta porque si no, existe un escalón de sobra en el plano de Uhle en relación al plano moderno. Pero, en ningún caso, la escala corresponde a la que habíamos calculado, aun teniendo en cuenta que, en Uhle 1999, el plano está reducido en relación a su tamaño original. Pero esta diferencia de escala puede ser un detalle sin importancia.

Max Uhle ha exagerado el ancho de cada escalón con el resultado que el escalón más bajo se encontraría 3,50 metros más adelante, hacia el oeste del lugar donde se encuentra realmente si sobreponemos la parte alta en su plano con el plano moderno.

Si suponemos que Max Uhle ha hecho su plano a partir de abajo, de manera que el escalón más bajo

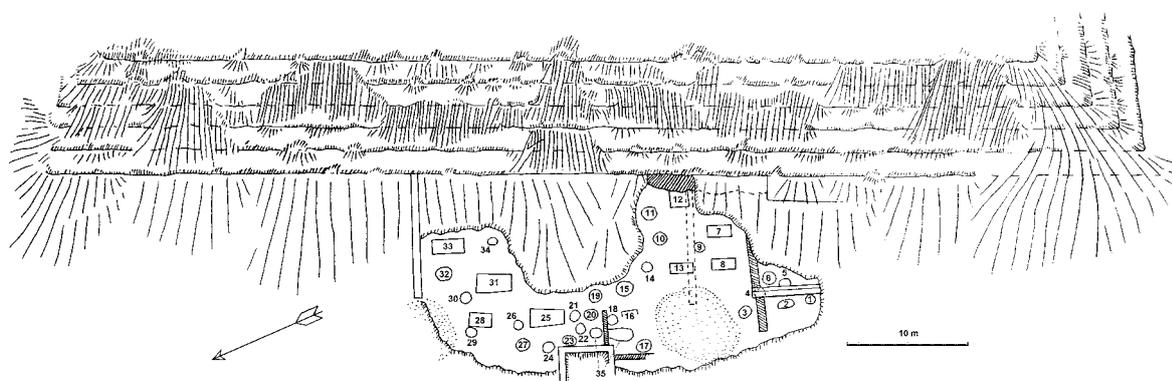


Figura 3. Plano de la excavación de Max Uhle en su sitio F, al pie de la fachada oeste de la Huaca de la Luna (Uhle, 1999). La escala gráfica es la que hemos obtenido, basándonos en las anotaciones manuscritas en el facsímil del plano original. Sin embargo, la comparación con el largo real de la plataforma de la Huaca muestra que no es exacta (redibujado de Uhle 1913, figura 11).

coincida con su homólogo en el plano moderno, entonces podemos concluir que toda la parte excavada por Max Uhle se encuentra en la zona que nosotros hemos llamado el pie de la Huaca.

Pero si suponemos que Max Uhle ubicó la posición exacta de los ángulos de la plataforma desde abajo con la ayuda de un teodolito, entonces la arquitectura dibujada por él coincide aproximadamente con el plano moderno, pero la fachada de la Huaca está adelantada hacia el oeste unos 3,5 m. Esto quiere decir que no se habrán tomado distancias a la parte inferior de la fachada, quizás porque estaba cubierta de escombros, como hoy día.

Por lo tanto, es difícil escoger entre las distintas hipótesis y, por lo tanto, el campo de excavación de Max Uhle no se puede ubicar precisamente, pues queda una diferencia de tres o cuatro metros.

Si comparamos ahora las formas de los rasgos arquitectónicos en su plano con la arquitectura despejada en nuestras excavaciones, encontramos similitudes pero también diferencias importantes. Es muy probable que el muro doble que se despliega de norte a sur, dibujado por Uhle en el extremo sur de su excavación, sea el muro M3 encontrado por nosotros (ver figura 2), el cual tiene dos fases de edificación bien claras. Este muro está interrumpido por una excavación antigua y también en el plano de Uhle aparece así. Cerca del corte, Max Uhle dibuja el contorno de una tumba encima del muro mismo (tumba n.º 4), lo que corresponde con una excavación que hemos encontrado en este punto de M3.

El muro este-oeste indicado en trazo interrumpido en el plano de Max Uhle debe ser el muro semidestruido encontrado por nosotros al pie de la Huaca y que pertenece a una fase arquitectónica anterior a la plataforma, quizá anterior a la misma Huaca de la Luna. Sin embargo, en nuestras excavaciones, lo encontramos más al sur y a menos de dos metros del extremo de M3 (ver figura 2, figura 4). Por otro lado, el contorno de una cámara rectangular está dibujado como pegado a una zona plumbeada que podría ser un escalón de la Huaca inferior al que se podía apreciar en superficie. Esta cámara aparece en el dibujo de Uhle prácticamente encima del trazo de este muro semidestruido (ver figura 3, tumba n.º 12 y figura 4). En realidad, existe todavía en el terreno un resto de cámara con paredes enlucidas, pegado al último escalón, pero se ubica a una distancia de cerca de un metro al norte del muro semidestruido. Otra tumba (n.º 9) al lado sur del muro dibujado en trazo interrumpido (ver figura 3) podría representar a una excavación ovalada que se nota al pie de la cara sur del muro semidestruido (ver figura 4).

En nuestra excavación, hemos comprobado que la zona punteada ovalada ubicada entre el muro doble y el muro en trazo interrumpido corresponde a un gran pozo hecho por un huaquero que destruyó el muro M3 en una distancia de varios metros. Este pozo se encontró relleno de arena y, en su superficie, encontramos una estructura rectangular de adobes reutilizados abierta hacia el oeste (ver figura 5). Alrededor y al interior de esta,



Figura 4. La zona sur al pie de la Huaca; al centro, el muro semidestruido que parece ser el mismo dibujado por Max Uhle; a la extrema derecha, la destrucción del escalón inferior de la Huaca para acomodar la tumba n.º 30 de nuestras excavaciones; a la izquierda del muro semidestruido, se notan los restos de una cámara de paredes enlucidas que podría ser la tumba n.º 12 de Max Uhle; también aparece la excavación ovalada que podría ser su tumba n.º 9, a la derecha del muro semidestruido. Fotografía de Claude Chauchat.



Figura 5. Estructura de adobes re-utilizados que pudo ser parte del refugio de campo de Max Uhle durante sus excavaciones, descubierta en nuestra primera temporada en 1999. Fotografía de Claude Chauchat.

encontramos varios objetos modernos: un fragmento de un sombrero de paja, algunas páginas de periódicos alemanes de 1899 y un tazón de porcelana con un sello de fábrica de Mons, en Bélgica (ver figura 6). Por ellos, concluimos que la estructura pudo ser parte de los cimientos del refugio—posiblemente una choza de esteras— de Max Uhle en el curso de sus excavaciones. Aparte de estas piezas y un tumi de cobre posiblemente perdido por sus obreros, en el mismo nivel, el relleno de arena eólica de este pozo está totalmente estéril.

Hacia el norte, la situación es aún más complicada. En la temporada de 2005, hemos explorado esta zona, donde aparentemente Max Uhle dejó sin excavar—siempre según su plano de 1913, figura 11— una zona semicircular al pie de la Huaca. Hemos comprobado que esta zona ha sido extensivamente saqueada por los huaqueros, poco tiempo después de su partida, gracias al hallazgo de un pedazo del periódico «La Prensa» de 1907 en el relleno disturbado. La estructura arquitectónica existente en el borde oeste de la excavación de



Figura 6. Tazón de porcelana hecho en Bélgica. La inscripción en el sello de la base dice: Sté Anonyme de la faiencerie de Nimy lez-Mons. Anct Mouzin, Lecat & Cie o Sociedad Anónima de la fábrica de porcelana de Nimy lez-Mons, antiguamente Mouzin, Lecat y Compañía. Fotografía de Claude Chauchat.

Uhle (ver figura 3) no ha sido encontrada por nosotros. En su lugar, el muro doble destruido en tres o cuatro metros por el pozo de huaquero, sigue en la misma dirección, prolongándose hacia el norte. Más aún, en la zona cercana a este muro, supuestamente excavada por Max Uhle, hemos encontrado un resto de relleno estratificado semejante al que habíamos observado en años anteriores en la zona sur del pie de la Huaca. Este relleno no parece haber sido excavado en ninguna forma.

Una hipótesis que todavía no hemos verificado es que las excavaciones de Uhle en esta zona norte podrían ubicarse todavía más al oeste de lo que pensábamos. En este caso, la estructura arquitectónica dibujada en su plano se encontraría más al oeste, en la Plaza Norte, una zona que no hemos tocado hasta ahora. Asimismo, Max Uhle no habría visto el muro doble en la parte norte por encontrarse cubierto bajo la zona semicircular que él dejó sin excavar.

Se desprende de todo lo dicho que, al contrario de otros planos topográficos que el dibujó, el plano de Max Uhle resulta muy impreciso, no solamente por la ubicación con referencia a la Huaca sino también por la escala del dibujo y la ubicación relativa de los elementos que lo componen. En estas condiciones, es muy difícil tratar de reubicar la mayoría de las tumbas encontradas por Max Uhle. Lo único que podemos adelantar es que seguramente excavó muy poco en la plataforma que ahora lleva su nombre, solo en una pequeña área donde se encuentran las tumbas 1, 2, 3 y 4 de su plano. Gran parte de su excavación se encuentra entre la plataforma y la fachada oeste de la Huaca y, quizás, en la Plaza Norte. También el número de tumbas parece impreciso: Max Uhle señala que encontró 37 tumbas pero su plano muestra solamente 35 (Uhle, 1913) y el registro del Museo de Antropología de Berkeley contiene solamente 33. Sin embargo, sabemos que hay una buena cantidad de piezas sin asignación de número de tumbas

y algunas fichas originales de registro mencionan una tumba n.º 34.

En el mes de Enero de 2006, hemos emprendido, el estudio del material del sitio F conservado en el Phoebe A. Hearst Museum of Anthropology, en Berkeley. Se ha podido registrar tan solo el material de las 26 primeras tumbas; no se ha examinado sistemáticamente las fichas de registro por falta de tiempo y, por tanto, una síntesis de esta colección es aún prematura. Esta evidencia algunas ausencias normales en el registro y la metodología, dada la fecha temprana en que se hizo la excavación. Se debe recordar que, hasta una época muy reciente, la calidad de las excavaciones era muy variada, aun en Europa. Nos parece normal para la época —sobre todo tratándose de una cultura hasta entonces desconocida y de los problemas de ubicación cronológica que Max Uhle intentaba resolver— que otros aspectos hayan sido descuidados, como, por ejemplo, la organización interna de cada tumba o la recolección de los restos humanos.

En Berkeley, hemos tratado de encontrar fotografías de la excavación. Existen fotos del material tomadas antes que él lo mandara a EEUU, pero la única foto de trabajo de campo muestra una excavación bajo un gran bloque de piedra en la ladera del Cerro Blanco.

También, posiblemente a causa de la historia accidentada de esta colección, hay algunos problemas de catalogación que merecen una atención especial. Por ejemplo, la tumba n.º 10 es netamente Moche 3, según la secuencia de Rafael Larco Hoyle. Pero tiene también una serie de objetos metálicos que son probablemente de una aleación de plata. El diseño repujado no es Moche y más bien parece, o Chimú, o de otra cultura tardía de otra parte de la costa peruana (ver figura 7). Desafortunadamente, uno de estos objetos fue utilizado en un artículo famoso de Clair Patterson sobre la metalurgia del Nuevo Mundo como perteneciente a la cultura Moche (Patterson, 1971, pp. 309, table 11; 311).



Figura 7. Una de las placas de plata de la tumba n.º 10 de la colección Max Uhle. Cortesía del Phoebe A. Hearst Museum of Anthropology, Berkeley. Fotografía de Claude Chauchat.

En la tumba n.º 20, tres objetos son de estilo moche. El resto está constituido por dos ceramios claramente de estilo chimú (ver figura 8), varios objetos de materia vegetal, mate, cañas etc. Sobre estos objetos, inserta Uhle en el inventario conservado en Berkeley, una anotación *in the loose soil* que significa seguramente que han sido encontrados en capas más altas del depósito. Estas vasijas figuran en el artículo de Kroeber (plate 59: c, d).

No hay nada, en el material de Max Uhle o en el nuestro, que contradiga la secuencia de Rafael Larco Hoyle. Concordamos con lo que escribiera John Rowe, quien estudió la colección, tratando de verificar esta secuencia (Rowe, 1962, pp. 135-136):

Muchos de los lotes de cerámica son de una sola fase de Larco y cuando hay dos fases, son fases que se siguen en la secuencia. Si contamos que una mayoría de los objetos perteneció a la persona enterrada durante su vida, el objeto más tardío es de la fase más próxima al enterramiento y los otros reflejan la historia del estilo cerámico a lo largo de la vida de la persona.

Sin embargo, en los lotes de nuestra excavación, la ocurrencia de varias fases en una sola tumba es excepcional, mientras parece más frecuente en los lotes excavados por Max Uhle. También podemos percibir en el material de Max Uhle unos indicios de una micro-evolución morfológica de la cerámica que indicaría un cambio continuo más que una serie de saltos morfológicos de una fase a otra, lo que hemos sospechado también basándonos en el material de nuestra excavación. Esta hipótesis que permitiría llegar a subfases más precisas que las fases de Larco, merece un estudio más detenido.

Hay algunas diferencias entre las dos colecciones. Nos parece que hay una mayor abundancia de cobre, en particular en objetos pesados, fragmentos de porras por ejemplo, o simples lingotes de cobre que son netamente más numerosos que en nuestro material. Entre las formas de cerámica, hemos podido identificar piezas hechas con el mismo molde en ambas colecciones, lo que no constituye una novedad pues conocemos piezas de nuestra colección idénticas a otras que existen en museos o colecciones y, a veces, procedentes de sitios o valles diferentes, hecho que ya fue notado por ejemplo

por Donnan para las vasijas-retrato (Donnan, 2004, p. 164). Pero hay una diferencia en la cerámica de las dos colecciones que resalta con mucha claridad: es la abundancia de cántaros escultóricos en forma de prisioneros desnudos, raras veces semivestidos y las manos atadas en la espalda. Estas piezas —un total de 43— han sido halladas en tumbas o como piezas aisladas en la plataforma, mientras en la colección Uhle, hay tan solo dos piezas, una de un molde representado también en nuestra colección (figura 9), la otra bastante diferente de las representaciones que tenemos. La pieza de la figura 9 pertenece a nuestro tipo D —(comprendiendo la colección los tipos de A a T) representada en nuestra tumba 7 con los dos cántaros que se ilustran, y también en nuestra tumba n.º 24 con otros dos sobre un total de siete en esta tumba. En la plataforma Uhle, los cántaros en forma de prisioneros no aparecen en todas las tumbas y, cuando se encuentran, suelen ser varios. Se deberá examinar en el futuro a qué otros rasgos están asociados.

La ubicación de las tumbas excavadas por Max Uhle al pie de la Huaca podría resultar interesante porque, hasta el momento, la plataforma contiene tumbas de varones, con una sola excepción, mientras el pie de la Huaca encierra tumbas de mujeres, con una sola excepción también. Si esto se confirma, Max Uhle habría excavado mayormente tumbas de mujeres de alto rango en la sociedad mochica. Para confirmarlo, sería necesario examinar los restos humanos de estas tumbas, lo que no es posible, puesto que no han sido recuperados. No se debe olvidar esta posible diferencia al momento de evaluar las ofrendas de las tumbas de la colección de Max Uhle y compararlas con las ofrendas de nuestra colección. Es muy probable que haya ciertas diferencias entre el ajuar funerario según el sexo de la persona enterrada.

No sabemos si las diferencias ya mencionadas remiten a la diferencia de sexos que existiría entre los dos conjuntos de tumbas o a otra variable. Lo único que está a nuestro alcance actualmente es comprobar el sexo de los individuos de nuestras excavaciones. Los rituales complejos que emprendieron los moches, después del enterramiento propiamente dicho, no ayudan en esto pues varias tumbas han sido reabiertas, y los esqueletos disturbados; se han removido huesos, no siempre los mismos, se han puesto huesos ajenos,



Figura 8. Las dos vasijas de estilo chimú de la tumba n.º 20 de la colección Max Uhle, a la misma escala. Cortesía del Phoebe A. Hearst Museum of Anthropology, Berkeley. Fotografía de Claude Chauchat.



Figura 9. Cántaros escultóricos en forma de prisioneros, tipo D. A la izquierda, el cántaro de la tumba n.º 22 de la colección Max Uhle; a la derecha, los dos cántaros encontrados en la tumba n.º 7 de la plataforma, a la misma escala. Cortesía del Phoebe A. Hearst Museum of Anthropology, Berkeley. Fotografía de Claude Chachat.

a veces ha desaparecido el cadáver entero y se han dejado solamente las ofrendas, etc. Es así que las muestras disponibles para la determinación del sexo es todavía muy pequeña pero tendremos más datos sobre esta importante variable en los años que vienen.

Es posible que se pueda asociar a las tumbas de mujeres la presencia de piruros basándonos en esta asociación en nuestras tumbas n.º 30 y 31, respectivamente con 57 y un piruro. Sin embargo, otras tumbas con esqueletos de mujer no tienen piruros y, en la plataforma misma, dos tumbas, la n.º 7 y la n.º 24 tienen respectivamente dos y un piruro. Ambas son contextos bastante difíciles de interpretar. La tumba n.º 7 tiene la apariencia de haber sido destruida y se presenta como una mezcla de tiestos y de fragmentos óseos donde se ha podido reconstruir varias vasijas, además de los cántaros de la figura 8, y evaluar la presencia de varios individuos. La tumba n.º 24 tiene pocos huesos y una gran cantidad de cerámica, entre los cuales hay siete cántaros en forma de prisioneros ya mencionados, y un fragmento de aguja de hueso quemada cuyo otro fragmento fue encontrado al pie de la Huaca, en un depósito de textiles quemados. Se nota, pues, cierta semejanza entre las dos tumbas: la única presencia de piruros en comparación con el conjunto de tumbas de la plataforma, la presencia de cántaros del mismo tipo y un contexto muy disturbado por los moches mismos. Pero, aparte de una posible proximidad cronológica de ambas tumbas, la interpretación de estos hechos parece fuera de nuestro alcance. Además, la erosión de la tumba n.º 24 por el camino colonial dificulta llegar a una conclusión. En la colección Uhle, algunas tumbas contienen piruros, a veces en cantidad importante: la tumba n.º 14 con 16, la tumba n.º 19 con uno, la tumba n.º 26 con 78.

Otra diferencia entre los dos conjuntos de datos reside en la forma de las sepulturas y el número de individuos que contienen. Max Uhle indica que, en las

tumbas en forma de «sarcófago», es decir de cámara construida, hay varios individuos colocados en posición sentada, cráneos aislados, etc. No solamente no hemos encontrado este tipo de depósito en las tumbas, ni al pie de la Huaca, ni en la plataforma misma, sino que los individuos enterrados yacen cara arriba y hay un solo individuo por tumba. La única excepción a esta descripción es nuestra tumba n.º 30, construida en una cámara a expensas del escalón de base de la Huaca como hemos aludido más arriba y que contenía un individuo principal, una mujer joven, acompañada de dos niños y con un ajuar excepcional: cántaros de gran capacidad, numerosos piruros de varios materiales y formas, collares de piedra y de concha, y una máscara discoidal de cobre. En esta reseña, no hemos considerado los huesos o partes de esqueletos que se encuentran a veces en las tumbas, sobre todo en las hornacinas construidas en las paredes laterales, huesos que incluyen a veces cráneos. Los únicos individuos enterrados doblados, a veces en posición vertical, son niños de menos de un año de edad. Estas características son tan generales en nuestras tumbas que no nos explicamos la ocurrencia de tumbas múltiples y de individuos doblados o sentados únicamente como señala haber encontrado Max Uhle.

Este estudio se encuentra en un principio: solamente podemos adelantar unas conclusiones provisionales y a veces impresionistas. Una parte de las dificultades de evaluación apuntan a posibles circunstancias especiales que produjeron cierto descuido en el registro, circunstancias que Uhle no menciona en absoluto en las cartas a Mrs. Stevenson que acompañan sus inventarios. Otra parte podría consistir en errores de catalogación o mezcla no intencional durante o después del traslado de las piezas a EEUU. Las comparaciones que se proyectan ahora entre ambos conjuntos de materiales necesitarán un estudio detallado de todas las fuentes disponibles para evaluar los contextos de las tumbas encontradas por Uhle.

Los problemas planteados por la excavación de Max Uhle no significan que se deba escatimar su aporte en el campo de la arqueología norperuana. Las excavaciones modernas forzosamente aprovechan la larga experiencia de los arqueólogos del pasado, entre los cuales Max Uhle jugó el papel preponderante que se conoce. Él se enfrentaba a sitios nunca antes excavados científicamente y a culturas desconocidas. Es sobre sus fundamentos que ahora nosotros podemos plantear preguntas más sofisticadas sobre la sociedad y la cultura moche.

AGRADECIMIENTOS

El Programa Internacional Moche, financiado por el Ministerio de Asuntos Extranjeros y el Centro Nacional

de Investigación Científica (C. N. R. S.) de Francia, está administrativamente integrado al proyecto Huacas del Sol y de la Luna, dirigido por los profesores de la Universidad Nacional de Trujillo Santiago Uceda y Ricardo Morales. Se agradece especialmente a los miembros de la Universidad de Berkeley y al Phoebe A. Hearst Museum of Anthropology por su permiso y ayuda en el estudio de la colección de Max Uhle procedente de Moche y además por permitirnos el acceso a documentos de archivos referentes a esta colección: el entonces director del museo, Douglas Sharon y su equipo, particularmente Madeleine Fang, Leslie Freund y Joan Knudsen, y el Profesor Jean-Pierre Protzen.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURGET, S. (1997). Las excavaciones en la plaza 3A de la Huaca de la Luna. En Uceda, S.; E. Mujica & R. Morales (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1995*, (pp. 51-66). Proyecto Arqueológico Huaca del Sol y de la Luna, Universidad Nacional de la Libertad, Trujillo.
- BOURGET, S. (1998). Las excavaciones en la plaza III y en la plataforma II de la Huaca de la Luna durante 1996. En Uceda, S.; E. Mujica & R. Morales (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*, (pp. 43-64). Proyecto Arqueológico Huaca del Sol y de la Luna, Universidad Nacional de la Libertad, Trujillo.
- DONNAN, C. B. (2004). *Moche portraits from ancient Peru*. Austin: University of Texas Press.
- ESQUERRE, F.; M. GUERRERO, R. PELTROCHE, M. ESPINOZA. & G. RIVERA (2000). Investigaciones en el conjunto arquitectónico 18, centro Urbano Moche. En: Uceda, S.; E. Mujica y R. Morales (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1997*, (pp. 131-158). Proyecto Arqueológico Huaca del Sol y de la Luna, Universidad Nacional de Trujillo.
- KROEBER, A. L. (1925). *The Uhle pottery collections from Moche*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 21, (5), 191-234.
- LARCO HOYLE, R. (1948). *Cronología Arqueológica del Norte del Perú*. Biblioteca del Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera, Hacienda Chiclín, Trujillo. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.
- PATTERSON, C. T. (1971). Native copper, silver, and gold accessible to early metallurgists. *American Antiquity*, 36, (3), 286-321.
- PIMENTEL, V. & G. ALVAREZ (2000). Relieves policromos en la plataforma funeraria Uhle. En S. Uceda, E. Mujica & R. Morales (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1997*, (pp. 181-203). Proyecto Arqueológico Huaca del Sol y de la Luna, Universidad Nacional de la Libertad, Trujillo.
- ROWE, J. H. (1962). Worsaae's Law and the use of grave lots for archaeological dating. *American Antiquity*, 28, (2), 129-137.
- TELLO, R. (1998). Los conjuntos arquitectónicos 8, 17, 18 y 19 del centro urbano Moche. En Uceda, S.; E. Mujica & R. Morales (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*. (pp.117-135). Proyecto Arqueológico Huaca del Sol y de la Luna, Universidad Nacional de la Libertad, Trujillo.
- UCEDA, S.; S. MORALES, J. CANZIANI & M. MONTOYA (1994). Investigaciones sobre la arquitectura y los relieves policromos de la Huaca de la Luna, valle de Moche. En Uceda, S. & E. Mujica (Eds.) *Moche, propuestas y perspectivas*. Actas sobre el primer coloquio sobre la Cultura Moche 12 a 16 de Abril 1993, (pp. 251-303), Lima.
- UCEDA, S.; E. MUJICA & R. MORALES (Eds.). (1997). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1995*. Proyecto Arqueológico Huaca del Sol y de la Luna, Universidad Nacional de la Libertad, Trujillo.
- UCEDA, S.; E. MUJICA & R. MORALES (Eds.). (1998). *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*. Proyecto Arqueológico Huaca del Sol y de la Luna, Universidad Nacional de la Libertad, Trujillo.
- UCEDA, S. & M. TUFINIO (2003). El complejo arquitectónico religioso Moche de Huaca de la Luna: una aproximación a su dinámica ocupacional. En Uceda, S. & E. Mujica (Eds.), *Moche: hacia el final del Milenio*. Actas del segundo coloquio sobre la cultura Moche (Trujillo, 1 al 7 de Agosto de 1999), T. II, (pp. 179-228). Universidad Nacional de Trujillo y Pontificia Universidad Católica del Perú.
- UHLE, M. (1913). Die Ruinen von Moche, *Journal de la Société des Américanistes de Paris*, t. X, (1), 95-117.
- UHLE, M. (1998). Las Ruinas de Moche. En P. Kaulicke (Ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*. (pp. 205-227). (Traducción de Uhle 1913). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- UHLE, M. (1999). *Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet / Planos de sitios arqueológicos en el área andina*. Herausgeber / (Ed.) W. W. Wurster, mit Beiträgen von / con contribuciones de V. Liebscher, P. Masson, unter Mitarbeit von G. Krause, H. Prümers und W.W. Wurster. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie 56.

HUACAS DEL SOL Y DE LA LUNA: CIEN AÑOS DESPUÉS DE LOS TRABAJOS DE MAX UHLE

Santiago Uceda Castillo¹

INTRODUCCIÓN

Los trabajos que realizó Max Uhle en este complejo, hace más de cien años, nos brindaron la primera visión científica de este sitio descrito desde la llegada de los españoles. Consideramos que los aportes principales de Uhle fueron tres: el primero fue la secuencia ocupacional del sitio y la ubicación en el tiempo del componente cultural más importante en el sitio, la ocupación moche, que él denominó proto-Chimú. El segundo fue haber advertido sobre la presencia de un centro poblado que formaba parte de las dos imponentes construcciones, las huacas del Sol y de la Luna. El tercero fue la descripción de un grupo de tumbas moche al pie de Huaca de la Luna.

En esta oportunidad vamos a presentar la nueva evidencia y los cambios que tenemos con relación a dos de los aportes de Uhle: la secuencia ocupacional y la presencia de un centro poblado.

La secuencia que estableció Uhle para el sitio se componía de la ocupación proto-Chimú con cerámica bicroma, una reocupación tiahuanaco de la Huaca del Sol y una ocupación chimú en la cima de Cerro Blanco. Ahora, nuestras investigaciones nos permiten establecer una secuencia ocupacional en el sitio de la presencia moche y de la presencia chimú. Para la ocupación moche existen dos momentos responsables de la edificación de las denominadas Huacas del Sol y Huaca de la Luna y del núcleo urbano adyacente a ambas. Luego la presencia chimú reocupó diversos espacios en Huaca de la Luna y determinó la transformación del núcleo urbano en campos de cultivo.

Una de las observaciones más agudas que hizo Uhle en este complejo, fue la referente al poblado Moche, aunque no lo haya excavado ni puesto en evidencia. Estas observaciones no fueron tomadas en cuenta en la literatura arqueológica hasta los trabajos del proyecto Chan-Chan, valle de Moche, en la década de los 70 del siglo XX; sin embargo, estos primeros hallazgos no cambiaron la teoría de Schaedel sobre el origen del urbanismo andino. Sólo a partir de nuestras excavaciones

sistemáticas desde 1995 a la fecha hemos podido poner en evidencia un centro urbano con una planificación muy compleja y de vieja data. La información acumulada nos permite proponer que este centro urbano era una ciudad y que ella fue la capital política y administrativa del estado territorial moche sureño.

El sitio Huacas del Sol y de la Luna se ubica en la margen izquierda del valle bajo de Moche, entre las faldas de la zona oeste de un cerro aislado, denominado Cerro Blanco, y el río Moche. Ocupa una extensión aproximada de 50 hectáreas, donde destacan por su volumen y belleza arquitectónica dos edificaciones monumentales: Huaca de la Luna, al pie del Cerro Blanco, y Huaca del Sol, ubicada unos 500 metros al oeste de la primera. Entre ellas, y rodeándolas, identificamos un complejo asentamiento urbano compuesto por viviendas, áreas de producción y administración, delimitadas por grandes avenidas y callejones, el denominado núcleo urbano. Dentro de este existen espacios abiertos de unos 20 metros cuadrados, a manera de plazas que sirven tanto para la circulación como áreas de distribución de bienes.

En esta ocasión quisiéramos hacer un balance de los aportes de Uhle para la comprensión del complejo arqueológico Huacas del Sol y de la Luna. Lamentablemente, Uhle solo nos dejó un breve artículo donde expuso algunas de sus ideas y los datos registrados en su corta temporada de trabajo.

Los estudios pioneros de Uhle permitieron ubicar cronológicamente la ocupación responsable de las dos grandes edificaciones, que la identificó como anterior a Chimú y Tiahuanaco (hoy Wari) y la denominó Proto-Chimú, hoy conocida como Moche o Mochica.

En este trabajo vamos a presentar de una manera resumida los principales aportes de Uhle para la comprensión y cronología del sitio. En una segunda parte haremos una breve historiografía de los estudios posteriores realizados tanto en el sitio, como en la comprensión de la cultura Moche. Finalmente, presentaremos los aportes más significativos de nuestros estudios en más de quince años de trabajo. Vamos a concentrarnos en dos aspectos

¹ Universidad Nacional de Trujillo, Departamento de Arqueología y Antropología, Perú.

básicos: el primero es la secuencia ocupacional del sitio y el segundo es el carácter y funcionalidad del mismo.

Los estudios realizados, aunque fraccionarios para algunos sectores del sitio, nos han permitido separar la ocupación humana en dos grandes momentos de ocupación moche y una posterior ocupación post-moche. Refiriéndonos a la ocupación moche, nuestro conocimiento sobre el primer momento de ocupación es más exhaustivo respecto a la Huaca de la Luna; es menor respecto al núcleo urbano y la Huaca del Sol. El conocimiento que tenemos sobre el segundo momento es mucho mayor para el caso del núcleo urbano y menor para la plataforma III de Huaca de la Luna y Huaca del Sol. El estudio del carácter del sitio se ha hecho desde la perspectiva de esta secuencia de dos momentos para el sitio.

Somos conscientes de que nuestra comprensión es aún limitada si tenemos en cuenta la complejidad que este sitio muestra. Nuestra intención al presentar esta información es hacer un primer balance y a partir de él plantearnos nuevos problemas e hipótesis de trabajo para los próximos años.

LOS APORTES DE UHLE: LA SECUENCIA OCUPACIONAL Y LA CARACTERIZACIÓN DEL SITIO

La primera visión científica de este sitio, descrito desde la llegada de los españoles, se traduce en los trabajos que realizara Uhle hace más de cien años. Sus resultados pueden ser resumidos en tres aportes fundamentales. El primero fue la elaboración de la secuencia ocupacional así como la ubicación en el tiempo del componente cultural más importante en el sitio, es decir, la presencia moche que él denominó Proto-Chimú. El segundo aporte fue la observación de la existencia de un centro poblado ubicado entre sus dos imponentes construcciones, Huaca del Sol y Huaca de la Luna. El tercer aporte fue la descripción de un grupo de tumbas moche al pie de la Huaca de la Luna. En esta oportunidad vamos a presentar las nuevas interpretaciones que se tienen para dos de los logros de Uhle: la secuencia ocupacional y la presencia de un centro poblado. El tercer aspecto ha sido presentado por Claude Chauchat, quien colabora en el proyecto Huacas de Moche dentro de una cooperación internacional entre el Perú y Francia.

LA SECUENCIA OCUPACIONAL

Sin lugar a dudas, el principal aporte de las excavaciones de Uhle en el sitio fue la ubicación cronológica relativa frente a las culturas Inca y Tiahuanaco, tanto de las dos grandes edificaciones conocidas como huacas del Sol y de la Luna, así como de la cerámica bicroma que se les asocia. Resumimos el aporte de Uhle con sus propias palabras:

En el periódico 'La Industria' de Trujillo del 12 de mayo de 1900 resumí los resultados de mis excavaciones en Moche que comprueban que las conocidas ruinas de Moche, el 'Templo del Sol' y la 'Huaca de la Luna', no eran obras de los incas como se creía hasta ahora, sino que son mucho más tempranas que la instalación de los

monumentos de Tiahuanaco; las vasijas policromas, por tratarse de productos de la misma cultura que produjo estas construcciones, igualmente tienen que ser anteriores al periodo Tiahuanaco (Uhle, 1998, p. 206).

Dentro de su propia reflexión, si las evidencias que encontró indicaban que las edificaciones y la cerámica bicroma asociada eran anteriores a los chimús, no existían pruebas fehacientes que documenten que hace más de mil años atrás los gobernantes en este sitio deberían llamarse Chimú. Por ello propuso el término Proto-Chimú, para referirse a un grupo cultural diferente pero que «guardaba una unidad local y una ascendencia cultural con los últimos Chimú» (Uhle, 1998, p. 206).

Uhle encontró las pruebas sobre la antigüedad de las edificaciones al realizar excavaciones en tres sectores específicos: al pie oeste de la Huaca de la Luna, en la parte superior de la plataforma sur de Huaca del Sol y en la parte septentrional de esta última edificación.

Durante sus excavaciones al pie de la Huaca de la Luna, una tumba en particular, por encontrarse en la base la edificación, resultó clave para determinar la antigüedad del monumento y su filiación con la cerámica bicroma, tal como lo expone el mismo Uhle:

En la base frontal de la Huaca de la Luna (figura 1) el terreno baja ligeramente hasta alcanzar el nivel de la superficie de la llanura [c.f. el perfil de la figura 10]. Los rellenos más recientes que existen ahí tienen de 2 a 3 metros de espesor, cubren un antiguo cementerio (a), cuya superficie tampoco es plana sino ligeramente inclinada hacia el frente del templo y allí se hallaron los entierros intactos que descubrí por vez primera, ubicados a casi dos metros por debajo de la superficie del suelo original y a 4 o 5 metros por debajo del actual... Como se muestra en el perfil de la base de la huaca, esta se proyecta algo hacia adelante. Ahí se ubica adjunto (véase cuarto debajo de a) un recinto tipo cámara en el cual se halló un número de sonajeras y hermosos muñecos de cerámica, algunos de los cuales tenían silbadores (lámina. V, figura e) que apuntan a una relación directa entre estas ofrendas y los fundamentos del templo (Uhle, 1998, p. 216).

Las excavaciones en la terraza meridional de Huaca del Sol, le permitieron comprobar que el cementerio que allí existía no era contemporáneo con el monumento y que en él, los entierros tiahuanaco —no son ni Tiahuanaco ni Wari clásico, sino lo que más tarde Rafael Larco denominó Wari norteño B o cerámica tricolor— eran anteriores a los entierros intactos registrados que corresponden a la época Chimú.

Cabe resaltar que ninguna de estas estructuras funerarias [aquellas que encontró intactas] fechan en el inicio de la ocupación del cementerio, sino que por el contrario, son del periodo final y debido a ello escaparon a la destrucción. Una evidencia que lo comprueba es la tierra mezclada con restos variados en las estructuras construidas o selladas, la que es el resultado de la ocupación de varios estilos y

la continua destrucción del cementerio en su totalidad. El tipo de los objetos asociados en estas pocas estructuras construidas son cántaros, botellas y ollas de color negro con decoración en relieve, algunos con motivos figurativos, como se aprecia en la lám. VI, figs. 1-4, 6, 7, un par de vasos pintados en algunos casos (lám. VI, figura 5), cuya decoración pintada recuerda al periodo de Tiahuanaco y unas sencillas figurinas de cerámica como en la lám. VI, figura 8 etc. (Uhle, 1998, p. 221-223).

La posición cronológica anterior de los objetos de afiliación «tiahuanaco» hallados en los rellenos de las tumbas fue confirmada con el hallazgo de dos fragmentos de este estilo alfarero entre el relleno de los entierros y la masa de un adobe de estas cámaras:

Dos vasos del mismo estilo fueron rearmados en base a fragmentos (figura 16,2 y lám. V, figura b). Estuvieron dispersos a distancias de unos 20 metros en todas direcciones. En esta ocasión me percaté que tales fragmentos no forman parte de contextos funerarios ya que uno de los dos vasos se halló dentro del mortero de los adobes en un muro que sellaba uno de ellos, lo cual comprueba la posterioridad de los contextos intactos en referencia al periodo de Tiahuanaco, sino posteriores a la destrucción de ellos (Uhle, 1998, p. 224).

Las excavaciones en el área septentrional de Huaca del Sol, al parecer presentaron una secuencia ocupacional muy interesante, pero lamentablemente de ella no nos presenta perfiles o mayor documentación, salvo algunos materiales cerámicos diagnósticos:

El suelo estaba completamente mezclado con tiestos de la cerámica polícroma, uno de los cuales aparece en la figura 20.1. A cuatro metros de profundidad se encontró una estructura funeraria cuya forma recuerda a la de un nido de golondrina (figura 20.2). Lamentablemente los objetos asociados de este contexto de infante eran escasos y poco relevantes, pero el tipo de la estructura correspondía al de la última época de utilización del cementerio de Huaca del Sol (ver arriba figura 14, a). Un metro más arriba encontré contextos razonablemente intactos con piezas que llevan decoración tricolor blanco, rojo y negro (figura 20, 3-5), la cual correspondería a la de los cementerios del segundo periodo de Pachacamac. A un metro más arriba se encontró un contexto con cerámica chimú ordinaria, entre otras la vasija de la figura 20, 6. De este modo vemos que al periodo de la cerámica polícroma le siguen por lo menos otros tres, el último de los cuales debe estar separado del primero por un espacio de tiempo considerable (Uhle, 1998, p. 226-227).

Quizás una de las propuestas más perspicaces, en el aspecto cronológico, sea la de establecer un orden de construcción de las dos edificaciones:

Sería osado suponer que Huaca del Sol, tan parecida en su construcción, si bien de proporciones mayores y

vistosa por la pirámide en la plataforma más grande, perteneciera a una época distinta a la de Huaca de la Luna. Si se supone que ambas construcciones se realizaron una tras otra y no al mismo tiempo, sería razonable ver en la Huaca de la Luna, el monumento más temprano y no más reciente debido a sus pequeñas proporciones, a su ubicación debajo del enigmático Cerro Blanco y por el culto relacionado (Uhle, 1998, p. 219).

CARACTERIZACIÓN DEL SITIO

Fue Uhle quien señaló con toda claridad que las dos edificaciones formaban una unidad arquitectónica y que entre ambas se erigía una antigua ciudad. Esta afirmación no fue discutida ni desmentida a partir de la evidencia arqueológica por los investigadores subsiguientes, sino mediante modelos teóricos como el que planteó Richard Schaedel sobre los centros ceremoniales vacíos, como un paso previo a la aparición de las ciudades. Uhle exponía sus ideas de la siguiente manera:

Las fachadas de ambas construcciones monumentales se miran como confirmando su unidad arquitectónica. Entre ellas debe haberse extendido la antigua ciudad de cazas y chozas, de la cual aún existen testimonios en forma de elevaciones que esconden muros de casas. (Uhle, 1998, pp. 208-209).

La función de estas edificaciones como lugares de culto también les fue asignada por Uhle, aunque sin mayores datos que la presencia de entierros:

la función de los monumentos era la del culto, el cual se interrumpió en tiempo más temprano de la Huaca de la Luna, pero siguió en vigencia largamente en la Huaca del Sol. Por el contrario ninguno de estos monumentos fue utilizado para el culto en tiempo propiamente Chimú ... y menos aún en el tiempo de los Incas (Uhle, 1998, p. 214).

Como veremos al final y durante la presentación de algunos de los resultados de nuestras excavaciones en el sitio, algunas de las conclusiones y afirmaciones de Uhle han sido plenamente confirmadas; otras en cambio, no concuerdan con la nueva información recuperada. Esto no es nada extraño, pues entre los estudios pioneros de Uhle y nuestras excavaciones hay casi un siglo de estudios, mejoras de las técnicas y métodos de excavación, así como análisis de los materiales.

LOS ESTUDIOS POSTERIORES A UHLE

Los estudios en el sitio fueron retomados por el discípulo de Uhle, Alfred Kroeber, quien revisó y analizó los materiales que Uhle recuperó de sus excavaciones, y que por esas fechas se encontraban ya en el Museo de la Universidad de California, en Berkeley. A partir del análisis de estos materiales, Kroeber introdujo cambios metodológicos importantes en la arqueología, reemplazando la tradicional seriación por la frecuencia de tiestos; por la seriación de lotes de tumbas y análisis estilísticos, gracias a la manera como Uhle había registrado y almacenado

sus colecciones. Sus estudios confirmaron básicamente lo dicho por Uhle, dividiendo los materiales en tres unidades estilísticas: «Early Chimú» o «Chimú Temprano» —a lo que Julio C. Tello (1929) prefirió denominar «Muchik» o simplemente «Moche»—, «Tiahuanaco» y «Chimú» (Kroeber, 1925).

Las primeras cuatro décadas de investigaciones que siguieron a los trabajos de Uhle en las huacas del Sol y de la Luna, se caracterizaron por ser los primeros intentos de poner un orden cronológico a los materiales culturales, de definir sus implicancias territoriales y construir propuestas explicativas sobre la evolución de las sociedades andinas.

Es muy conocida la polémica que sostuvieron Uhle y Tello sobre este tema. Uhle (1930) propuso seis grandes periodos de desarrollo de las culturas andinas: 1) de los pescadores primitivos del litoral; 2) culturas protoideas (Proto Chimú, Proto Lima y Proto Nasca); 3) Tiahuanaco; 4) derivados de Tiahuanaco o epigonales; 5) culturas locales del litoral (Chimú, Chancay, Ica o Chincha y Atacameña) y 6) Imperio Incaico. La base de su secuencia estuvo determinada por el estudio de los estilos alfareros y una observación acuciosa de la estratigrafía de sus excavaciones pero, y esto es importante subrayarlo, desde una perspectiva costeña.

Por su parte, Tello (1923, 1929, 1942) propuso cuatro grandes épocas: 1) Megalítica o Arcaica andina; 2) Desarrollo y diferenciación de las culturas del litoral; 3) Confederaciones Tribales; y 4) la Civilización del Tawantinsuyo. La primera época la dividió en dos periodos: el primero compuesto por las culturas del Callejón del Huaylas, Wari, Pukara y el primer periodo Tiahuanaco; y el segundo comprende a Chavín, Chongoyape, Paracas. En la segunda época existe una división más geográfica: las culturas costeñas (Muchik, Nasca) y las serranas (Tiahuanaco).

Al margen de las propuestas divergentes entre Uhle y Tello, producto de la época, es importante reconocer que el mérito de estas primeras propuestas reside en que conformaron un primer orden geográfico y cronológico para la costa norte peruana, distinguiéndose con precisión lo Moche como una cultura local claramente caracterizable a través de su estilo cerámico, y entendiéndola como una entidad anterior a lo Chimú e Inca.

Los siguientes aportes, sin lugar a dudas, corresponden a aquellos efectuados por don Rafael Larco y el proyecto Virú.

La gran contribución de Larco puede resumirse en el cúmulo de información registrada, la definición material y temporal de las culturas costeñas (Cupisnique, Salinar, Virú, etc.), la profundización del conocimiento de la cultura Moche, y, en especial, su cronología estilística interna (Larco, 1938, 1939, 1941, 1944, 1945, 1948).

Los estudios del proyecto Virú, por otro lado, confirmaron en gran medida la cronología de Larco, aunque utilizaron un sistema de periodos con diferente denominación. En este nuevo esquema, el estilo cerámico denominado Huancaco corresponde al estilo moche, estudiado por Uhle, Kroeber y Larco en los valles de Moche y Chicama.

La importancia del aporte del proyecto Virú fue mucho mayor que la presentación de un nuevo y más completo cuadro cronológico: significó una verdadera innovación conceptual y metodológica sobre como debía abordarse el proceso histórico. En este proyecto participaron diversas instituciones e investigadores de disciplinas heterogéneas. En lo que a la arqueología se refiere, James Ford y Gordon Willey (1949) realizaron la prospección general del valle; Junius Bird (1948, 1952) se centró en los grupos de los primeros cultivadores y pescadores del litoral; William Strong y Clifford Evans (Strong & Evans, 1952; Strong, 1947, 1948) concentraron sus estudios en el establecimiento de una cronología estratigráfica; Willey (1953, 1974), por su parte, inició el estudio de los patrones de asentamientos —que significó una revolución metodológica de primer orden— como una manera de ver el desarrollo social y cultural con relación al espacio geográfico usado por el hombre andino; Donald Collier (1955a, 1955b) estudió la cerámica de los contextos estratigráficos, mientras que Ford (1949) aquella de superficie a través de su método de seriación de frecuencias. Sin duda, el proyecto Valle de Virú marcó el inicio de una nueva era en la arqueología, por su carácter interdisciplinario y multi-institucional, por el enfoque utilizado y las metodologías desarrolladas, al margen de los resultados concretos que enriquecieron nuestro conocimiento de la costa norte peruana prehispánica.

En las décadas de los 30' y 40' tuvimos la presencia de otros investigadores alemanes en la costa norte del Perú. Henrich Ubbelohde-Doering, estudió diversos sitios de la costa norte, pero sus mayores esfuerzos los centró en los valles de Moche, Chicama y Jequetepeque, particularmente en el sitio de Pacatnamú. Su interés estaba en estudiar la arquitectura monumental en adobe y a él debemos la primera secuencia de adobes para la costa norte. La mayoría de sus publicaciones desafortunadamente están en alemán (Ubbelohde-Doering, 1941, 1952a, 1952b, 1957, 1959, 1959b, 1960, 1966, 1983).

Con este investigador vinieron un joven estudiante, Hans Disselhoff, y sus asistentes, los esposos Wolfgang y Gisela Hecker. Disselhoff estudió diversos sitios en la costa norte como Huaca Negra, San José de Moro y Virú, además de las excavaciones que hiciera junto con Ubbelohde-Doering (Disselhoff 1939, 1950, 1951, 1956b, 1957, 1972). La labor de los Hecker fue aún más importante, pues continuaron publicando mucho del material inédito de Ubbelohde-Doering (G. & W. Hecker, 1982, 1985, 1990; W. & G. Hecker, 1977; 1984), además de sus propias contribuciones (G. & W. Hecker, 1991, 1992, 1992b; W. & G. Hecker 1987, 1988, 1990).

A fines de los años 40, otro alemán, Gerdt Kutscher, estudió la iconografía moche desde una perspectiva diferente a la propuesta por Larco. Realizó el análisis de la cerámica moche para identificar tanto los elementos iconográficos como las escenas representadas dentro de un marco temático (Kutscher, 1946, 1948, 1950, 1959b, 1951, 1954, 1955a, 1955b, 1956, 1958, 1983). A él le debemos este nuevo tipo de aproximación al entendimiento de la sociedad mochica, y sus

publicaciones permitieron divulgar la existencia de objetos moche en museos europeos y siguen siendo una importante fuente de consulta.

A finales de los 60', Christopher Donnan, discípulo de John Rowe, realizó estudios sobre la ocupación moche en el valle de Santa como parte de su tesis doctoral (Donnan, 1968, 1973a). Si bien su enfoque estuvo dirigido a la cerámica, presenta una visión global del conjunto de las evidencias arqueológicas de dicha ocupación, con lo que fortalece nuestros conocimientos de la sociedad moche en un valle alejado del centro moche tradicional (valles de Moche-Chicama). Sin embargo, el mayor aporte de Donnan al conocimiento de la sociedad moche ha sido el estudio iconográfico de su arte (Donnan, 1975a, 1976, 1977a, 1978a, 1982a, 1982b, 1982c, 1990a, 1990b, 1991), así como de los patrones funerarios (Donnan & Mackey, 1978; Donnan & McClelland, 1979). Finalmente, los trabajos de Donnan sirvieron para afinar la secuencia de Larco (Donnan & Mackey, 1978) y permitieron comprender la tecnología de la cerámica moche (Donnan, 1965, 1971, 1973b, 1992).

En la década de los 70', dos proyectos internacionales se desarrollaron en la costa norte del Perú: el proyecto Chan Chan-valle de Moche y el de Pampa Grande.

El proyecto Chan Chan-valle de Moche fue dirigido por Michael Moseley —Universidad de Harvard— y Carol Mackey —Universidad de California en Los Ángeles—. Este proyecto tuvo por finalidad reconstruir la historia precolonial del valle, desde su ocupación más temprana hasta la Inca, y ser a la vez un centro de entrenamiento de campo para estudiantes, tanto norteamericanos como nacionales. En este proyecto se formaron directa e indirectamente muchos de los arqueólogos egresados de la Universidad Nacional de Trujillo en las décadas de los 70' y 80'.

Si bien la mayoría de las investigaciones del proyecto se concentraron en la época Chimú, principalmente a partir de los estudios de Chan-Chan, varios investigadores trabajaron sobre aspectos de la cultura Moche: Theresa Lange Topic (1977) estudió un sector de viviendas y tumbas en la parte suroeste de la planicie entre las Huacas del Sol y de la Luna; Sheila Pozorski (1976) realizó excavaciones en la sección 2 de Huaca del Sol, para estudiar los patrones de subsistencia en el valle de Moche; y Garth Bawden (1977) efectuó excavaciones en el sitio de Galindo. Por otro lado, Michael Moseley, Carol Mackey, Christopher Donnan y Charles Hastings, emprendieron diversos estudios en el sitio Moche que abarcan aspectos constructivos (Hastings & Moseley, 1975), patrones funerarios (Donnan & Mackey, 1978) y estudios de las pinturas murales en Huaca de la Luna (Mackey & Hastings, 1982).

En el valle de Chancay Reque, casi simultáneamente al proyecto de Chan-Chan valle de Moche, Kent Day y Jonathan Hass iniciaron un programa de investigaciones en el sitio de Pampa Grande, donde participaron Martha Anders e Izumi Shimada. De estos trabajos solo

fueron publicados algunos artículos (Anders, 1977, 1981; Hass, 1985; Shimada, 1978, 1982 y Shimada & Shimada, 1981). La tesis doctoral de Izumi Shimada (1978), años más tarde se transformó en un libro, en el que incorporó información sobre el manejo de los recursos naturales, una exhaustiva descripción del complejo y los resultados de la mayoría de las excavaciones realizadas por otros miembros del proyecto. Esta obra es por ahora la fuente de información más completa que se tiene de un sitio mochica (Shimada, 1994).

El lapso que se marca a partir de la década de los 80' hasta nuestros días se define por el desarrollo de proyectos nacionales de gran envergadura. Ellos se caracterizan por el estudio exhaustivo de un sitio y programas de largo aliento. Entre ellos destacan el proyecto de Rescate Arqueológico Chavimochic, Sipán, Túcume, El Brujo y Huaca de la Luna, cuyos aportes se presentan en este evento de homenaje a Max Uhle.

LOS RESULTADOS DEL PROYECTO HUACAS DEL SOL Y DE LA LUNA

Las investigaciones en Huacas del Sol y de la Luna se han centrado en tres aspectos generales. El primero fue establecer una secuencia de ocupación en el sitio; el segundo está referido al estudio de la urbanística y el tercero pretende ubicar las actividades sociales en sus diversos componentes. Estos tres aspectos no han sido realizados de manera homogénea para todos los componentes del sitio, los resultados tampoco son totalmente comparables entre sí. Estas limitaciones, por ahora, restringen la comprensión del sitio en todas sus aristas y complejidad. Esperaremos que las futuras investigaciones nos ayuden a resolver muchas de las actuales interrogantes.

EL CENTRO URBANO MOCHE: PLANIFICACIÓN Y ACTIVIDADES

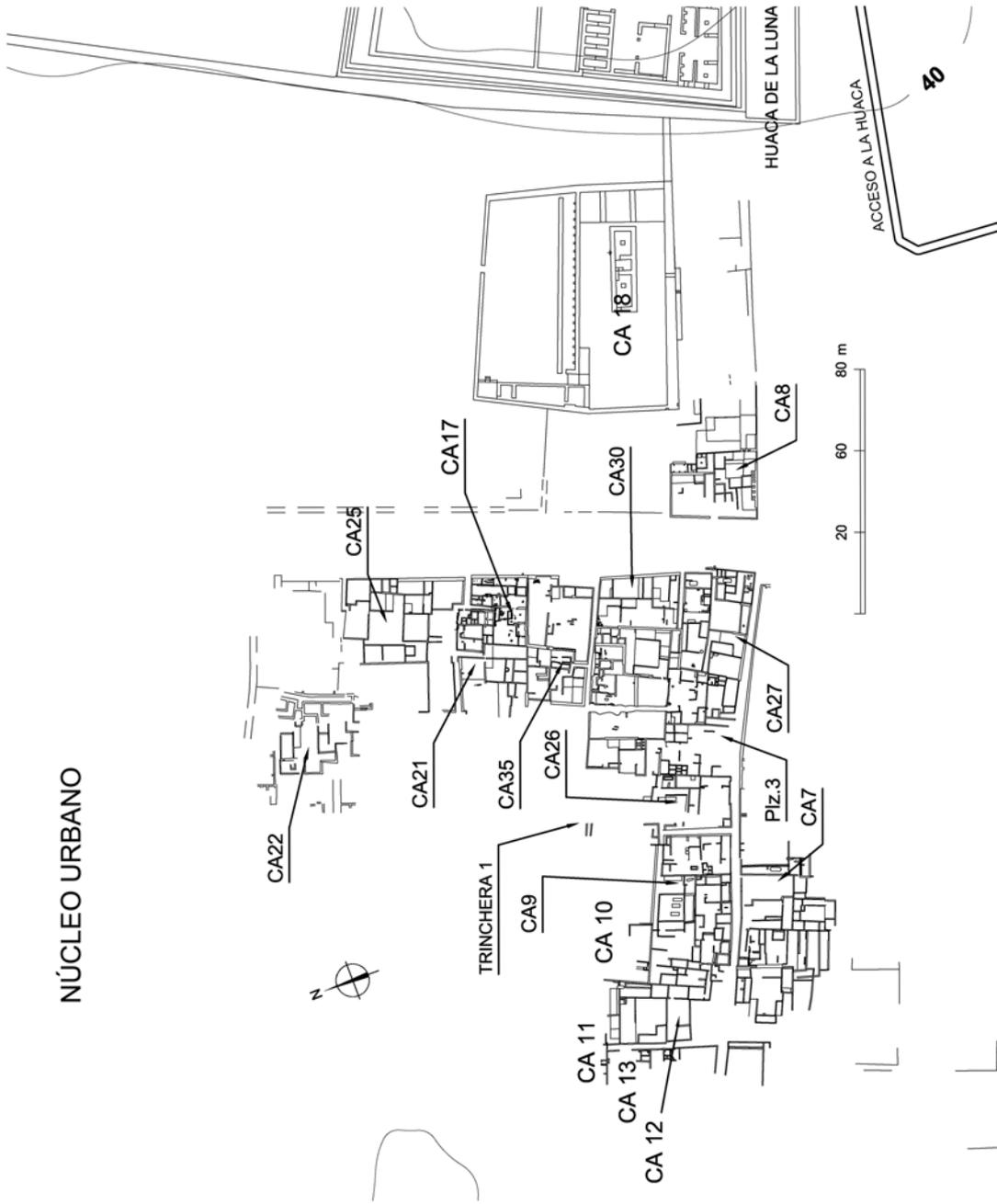
La imagen que tenemos actualmente del sitio es diferente a aquella que supuso Uhle luego de sus investigaciones, y más aún, de lo que propuso Schaedel. Esta visión corresponde a las últimas edificaciones que se observan en superficie o al primer piso descubierto luego de las excavaciones (figura 1). Se trata de un complejo urbano compuesto de dos grandes edificios públicos, asentados, uno al pie de las faldas oeste del cerro Blanco (Huaca de la Luna) y otro a unos 500 metros al oeste del primero y cerca del río Moche (Huaca del Sol). Entre ellos, y en las faldas del Cerro Blanco, se desarrolló un conjunto de residencias con carácter multifuncional que hemos denominado núcleo urbano (Uceda, 2005).

Una gran calzada que corre de sur a norte y a unos 100 metros al oeste de la Huaca de la Luna, divide al sitio entre un área sacra y otra civil, donde se desarrollan actividades domésticas, productivas y administrativas. Por ahora desconocemos si otra calzada separa la Huaca del Sol del núcleo urbano.

La parte del núcleo urbano que se ubica entre las dos huacas presenta un diseño ortogonal (figura 2). Un conjunto de callejones casi paralelos, a una distancia



Figura 1. Plano general del sitio. Dibujo de Juan Carlos Beltrán. Proyecto Huaca de la Luna.



NÚCLEO URBANO

Figura 2. Plano detalle de la parte central del núcleo urbano. Dibujo de Juan Carlos Beltrán. Proyecto Huaca de la Luna.

entre 30 a 35 metros entre sí, parten de la calzada principal que separa este núcleo del área sacra de Huaca de la Luna; penetran al interior del núcleo urbano, a distancias no homogéneas, estos callejones se conectan con espacios abiertos de unos 20 metros cuadrados que hemos denominado plazas. Estos espacios habrían servido como áreas de articulación entre los primeros callejones con un segundo grupo que corren de sur a norte y relacionan plazas con plazas; o plazas con callejones. De este modo se conforman bloques a manera de manzanas urbanas. Una plaza presenta evidencia de depósitos y bien puede tratarse de un área de distribución de productos como carne de camélido, pescado, entre los principales productos (Chiguala, 2004; Uceda, 2005).

Cada bloque está compuesto de dos o tres conjuntos. Uno de los dos bloques ya estudiados corresponde a los conjuntos 27 y 30, que se ubican cerca de la calzada principal y en la parte central del complejo. En este bloque los investigadores que realizaron las excavaciones (Chiguala *et al.*, 2004) definieron cuatro sectores con funciones bien diferentes (figura 3): uno destinado a la residencia principal de una persona de la elite moche, y anexa a ella, otra de residencia administrativa. Posiblemente se trata de dos sectores complementarios; la tercera era un área administrativa; la cuarta, corresponde a un área productiva

—en este caso a un taller de orfebrería— (Chiguala *et al.*, 2004; Uceda & Rengifo, 2006).

Esta forma de organización del espacio urbano corresponde a los dos últimos pisos, según las excavaciones hechas en el conjunto 35. Los pisos inferiores presentan cambios sustanciales, entre los que destacan los siguientes (figura 4): (1) en los pisos tardíos existe una mayor densidad de espacios, donde hay una fuerte tendencia a la especialización funcional arquitectónica, en el sentido de que ciertos ambientes estaban destinados a actividades domésticas (cocina), otros para reposo (dormitorios), otros para recepción, depósitos, etc.; (2) en los pisos tempranos dominan los ambientes para las recepciones, descanso y actividad doméstica; (3) a esta diferencia del diseño arquitectónico se debe agregar que para los pisos tardíos existe una mayor variedad de productos consumidos, así como una mayor y más diversificada presencia de productos artesanales o industriales de la época (Tello *et al.*, 2003). Todo ello nos indica que la gente de las dos últimas ocupaciones concentró mayor poder económico, a expensas de la elite religiosa, así como tiende a concentrar los rituales y ceremoniales, tal como se puede observar en la mayor uniformidad de los entierros y ofrendas que le acompañan. En definitiva es obvio que existe un cambio en el sistema económico y quizás político entre estos dos momentos de la historia del núcleo



Figura 3. Plano del bloque 1. Conjuntos arquitectónicos 27 y 30. Dibujo de Juan Carlos Beltrán. Proyecto Huaca de la Luna

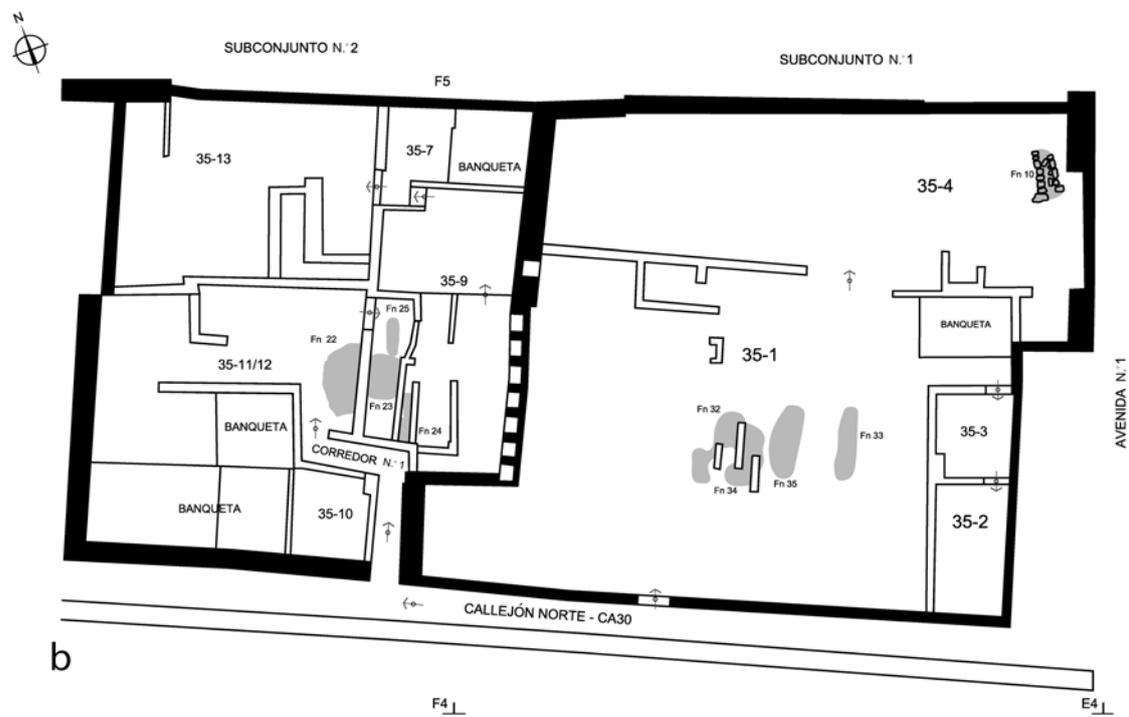
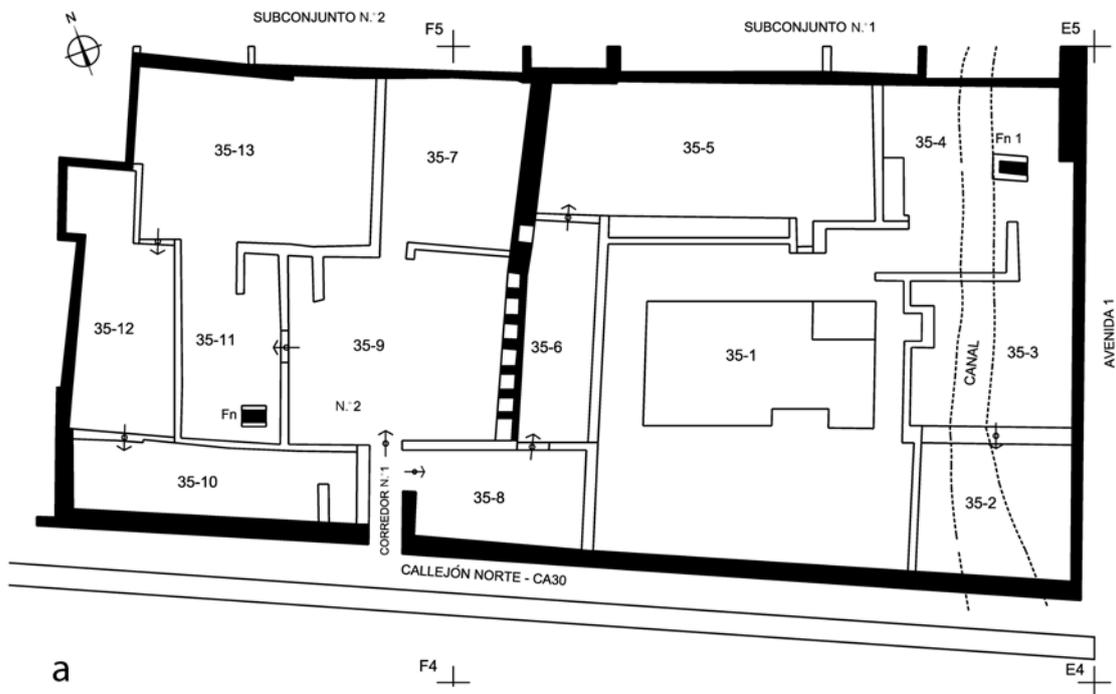


Figura 4. Plano de los pisos y 3 del conjunto arquitectónico 35. Dibujo de Juan Carlos Beltrán. Proyecto Huaca de la Luna.

urbano (Uceda, 2005). Volveremos más adelante sobre este mismo tema.

LA SECUENCIA OCUPACIONAL

Este tema es complejo debido al hecho de que en algunos sitios existen varios componentes que han tenido una dinámica de crecimiento o desarrollo diferente y, que además, se encuentran separados en el espacio. Obviamente, una secuencia individual de cada uno de los componentes es imprescindible antes de intentar establecer una correlación entre ellos y de allí establecer una propuesta de secuencia general. Aquí vamos a presentar información sobre este tema para la Huaca de la Luna, el núcleo urbano y la Huaca del Sol. Los criterios usados para establecer las correlaciones son los estilos cerámicos, tipos de adobes, estilos de arte mural y fechados radiocarbónicos.

LOS ESTUDIOS EN EL COMPLEJO DE HUACA DE LA LUNA

Comprender la evolución arquitectónica de este complejo arquitectónico ha sido posible luego de varios años de estudio y del empleo de diversas estrategias de investigación. En un primer momento estudiamos la secuencia de la plataforma I, que corresponde al edificio principal. Tal como se aprecia en la actualidad, se trata de una plataforma de unos 100 metros de lado y más de una veintena de metros de altitud sobre la llanura actual.

Rápidamente nos percatamos de que esta construcción no era el producto de un solo proyecto arquitectónico, sino una serie de edificios superpuestos, el más reciente construido sobre el relleno que cubría el precedente. En este sentido la única manera de conocer la secuencia constructiva de estos edificios era a través de un corte estratigráfico; la presencia de grandes forados en la cima de la plataforma nos permitió obtener dos cortes estratigráficos, en los que se observaron un mínimo de cuatro edificios superpuestos, donde cada nuevo piso asociado a un nuevo edificio estaba en promedio, a 3,5 metros más de altura y unos 5 metros por cada lado del viejo edificio (figura 5). Ambos crecimientos, sin embargo, varían en algunos de los edificios.

La secuencia establecida hasta la fecha de cinco edificios, denominados con letras del alfabeto de A al F², donde el edificio A es el más tardío (Uceda & Canziani, 1998), se estableció con el estudio de uno de los socavones laterales hechos en la plataforma por saqueadores. En esta publicación se indicó que en la secuencia establecida previamente, el edificio B no era sino una gran remodelación que afectó solo el nivel alto y la ampliación de algunos otros sectores. De este modo se conformaron dos grandes cortes de sección que reunían toda la información recabada hasta la fecha sobre la secuencia arquitectónica (Uceda & Canziani, 1998, p. 149).

Esta secuencia ha sido correlacionada, usando el principio de asociación directa de los elementos arquitectónicos con la secuencia de las plazas. Para la plaza 3 existe una primera correlación con la secuencia de las plazas 3b y 3c y la plataforma II; el edificio D con el relleno de las plazas 3b y 3c; el edificio C, con los pisos de ocupación de las plazas 3b y 3c; los edificios A y B con la Plaza 3a y 3b y la construcción de la plataforma II. Durante la vigencia de estos edificios, la plaza 3c fue cubierta con un relleno de arena y sellada por dos hileras de adobes para formar una plataforma que se extendía desde la parte media de la plaza 2 hasta el muro límite de las plazas 3c y 3b (figura 6, Tufinio, 2004a, p. 106).

Por ahora no tenemos evidencia de una secuencia de la plaza 1. Es probable que en la medida que el edificio principal iba creciendo lateralmente, los muros de cierre de esta plaza, asociados a los edificios previos, fueran desmontados o enterrados de acuerdo al crecimiento de la plataforma principal. La comparación de la secuencia arquitectónica con la asociación de las tumbas y sus estilos cerámicos es uno de los mayores desafíos que aún tenemos.

En el edificio principal, en el relleno que cubre el edificio B-C, se asocian tumbas mayoritariamente del estilo Moche IV; solo la tumba 3-4 presenta ceramios del estilo Moche III con dos cántaros Moche IV, que fue interpretada como un reentierro (Cárdenas, 1994). En el relleno que cubre el edificio D, las dos únicas tumbas excavadas (Tufinio, 2004b) habían sido saqueadas y solo quedó un ceramio en la tumba 18, que corresponde al estilo Moche III (Tufinio, 2004b, figura 43). Contemporáneo con este relleno es aquel que sirve de sustento al piso de la plaza 3c; allí se recuperaron dos tumbas, una sin ofrendas cerámicas y la otra con un rico ajuar de este material. Todas estas piezas corresponden al estilo Moche III (figura 7a. Tufinio 2006a, figuras 62 al 72).

El relleno que cubre el sector sur de la plaza 2b y que corresponde al mismo evento de relleno de la plaza 3c, se asocia a la edificación y uso del edificio A. En este relleno se han registrado 22 tumbas, la gran mayoría saqueadas total o parcialmente; el poco material cerámico recuperado corresponde al estilo Moche III temprano o una transición II/III (Tufinio, 2006b). Este conjunto funerario con un estilo que no corresponde a la secuencia arquitectónica es una de las mayores dificultades de interpretación (figura 7b). Más adelante discutiremos este problema.

Finalmente, hay que señalar que esta secuencia arquitectónica se debe ampliar con la secuencia ocupacional del sitio. Tenemos tres tipos de evidencia de ocupación posterior a la moche, las que describiremos siguiendo su orden cronológico. La primera es la reocupación de los espacios arquitectónicos ubicados

² Años después nos percatamos que, en esta secuencia, el edificio B era una remodelación del edificio C. Por ello, en la actual secuencia se denomina esta construcción, el edificio B/C



Figura 7. Fotos de las piezas: a) Tumba 2, plaza 3c. b) Tumba 32, plaza 2b. Fotos Proyecto Huaca de la Luna.



Figura 8. Foto del altar y la tumba Chimú. Fotografía Proyecto Huaca de la Luna.

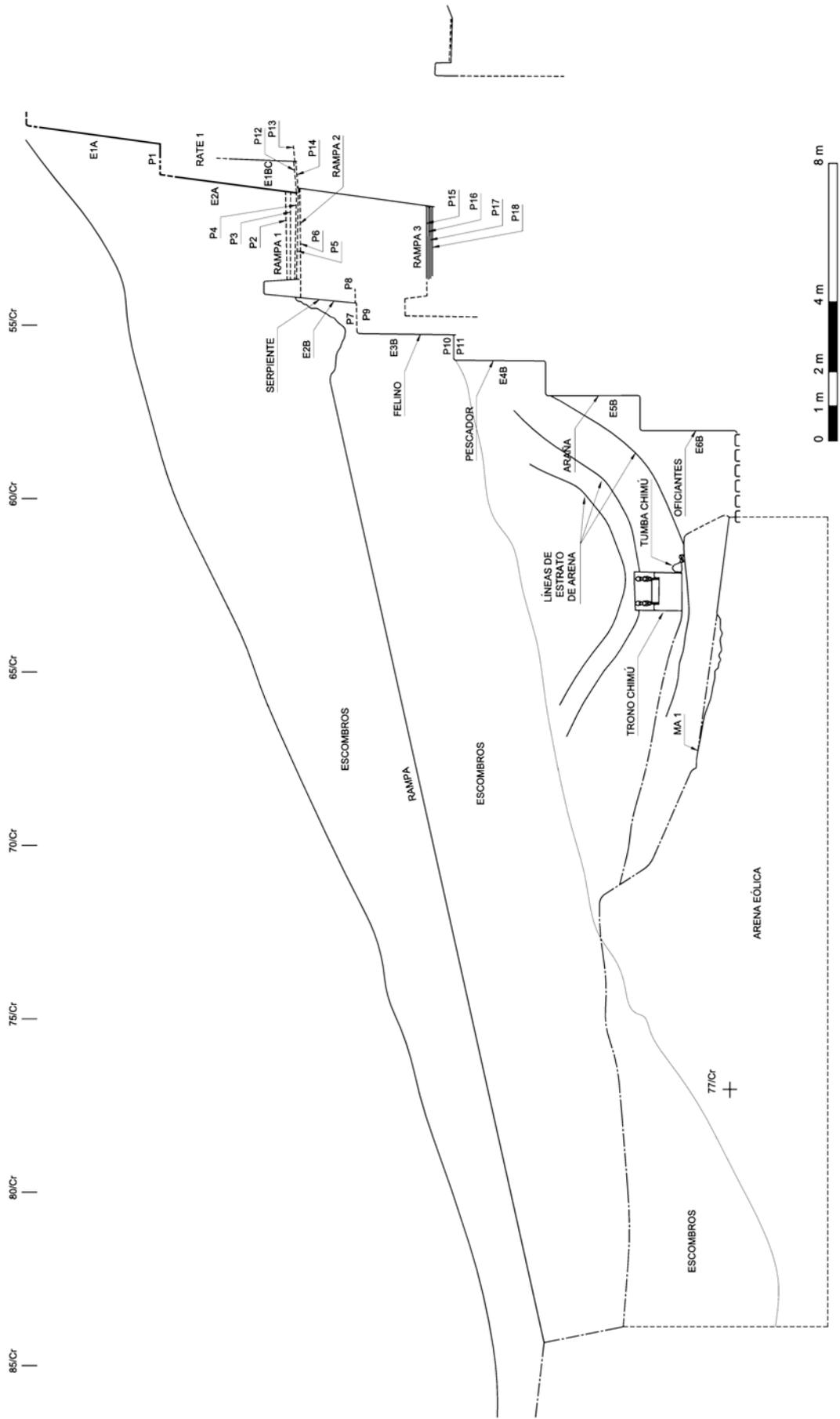


Figura 9. Corte de los sedimentos que cubre la plaza y frontis principal del templo. Dibujo de Moisés Tufinio y Juan Carlos Beltrán. Proyecto Huaca de la Luna.

en la esquina sureste de la plaza principal (Tufinio, 2006c, figuras, 83, 84 y 85): al interior del recinto esquinero de la plaza 1 se ha registrado un altar con ofrendas cerámicas Chimú Medio, nectandras, textiles y manchas de cinabrio (figura 8) y una tumba tipo fosa, con ofrendas donde se destaca un ceramio de estilo Chimú Medio (Tufinio, 2006c, figura 88). Sobre el piso de la plaza se ha registrado dos estructuras, una adosada al recinto esquinero y otra a unos 10 metros de este, sin ningún elemento cultural asociado. En la segunda estructura, de forma rectangular y hecha con dos filas de adobes, se ha registrado un cuenco con agarradera lateral.

Luego se produce el recubrimiento de los pisos y estructuras moche por arena eólica. Esta capa de arena cubre los tres primeros escalones y es evidente que este proceso es lento, pues en diferentes niveles de esta capa de arena se han recuperado tumbas y ofrendas diversas, en las que destacan textiles, un trono con ídolos de madera y una tumba chimú (Tufinio, 2004c y 2005) tal como se puede observar en el corte de sección del frontis norte (figura 9).

El segundo tipo de evidencia se registró dentro de la capa de arenación que cubrió la arquitectura moche, hasta el tercer escalón de la fachada. Dos tumbas brindan información contextual que nos permiten ubicar cronológicamente estos eventos. La primera tumba se recuperó dentro de la arena que cubría el recinto esquinero, casi sobre el muro norte de dicho recinto; dentro de las ofrendas cabe destacar la presencia de un ceramio del estilo Chimú Imperial (figura 10). La segunda se localizó sobre la arena que cubría parte del segundo



Figura 10. Foto del altar Chimú y entierro asociado. Fotografía Proyecto Huaca de la Luna.

escalón, al cual se encontró adosado un trono y una tumba de época Chimú. Entre los múltiples tipos de ofrendas recuperadas se encontraron textiles, metales, etc. (figura 11, Tufinio, 2004c).

La tercera evidencia de ocupación postmoche es la presencia de entierros chimúes hechos en el último relleno de la plataforma I. Una de las tumbas chimúes registradas en la plataforma principal brindó un conjunto de maquetas de madera, textiles, *Conus fergusonii* y *Spondylus princeps* trabajados, piezas en metal (Habetler, 1998; Uceda, 1997). Esta tumba había sido parcialmente saqueada en época virreinal, pues los buscadores de tesoros solo se interesaban en las ofrendas de metal —oro y plata— (figura 12).

En resumen, la secuencia ocupacional en este edificio se inicia con la secuencia constructiva de cinco edificios superpuestos correspondientes a la época moche. Una segunda etapa de ocupación correspondería a Chimú. Durante este tiempo se ha registrado la reocupación de algunos espacios arquitectónicos del edificio moche por los chimúes, en época temprana, pues aún la fachada no había sido cubierta por la arenación natural y, siguiendo el estilo alfarero, corresponde hasta el Chimú Medio. Cuando se produce el recubrimiento de la plaza y de la fachada principal por arena eólica se observa evidencia de reocupación, con la presencia de tronos, tumbas de la época y ofrendas diversas; estas reocupaciones corresponderían al periodo Chimú Imperial. Finalmente, en diversos momentos los chimúes usaron los rellenos de la última edificación para enterrar algunos individuos de alto estatus, por la presencia de un ajuar funerario muy rico.

LOS FECHADOS RADIOCARBÓNICOS

De las cuatro muestras (tabla 1) que fechan la construcción o uso del edificio A, una de ellas, Gif-9529 ha sido ya discutida en otras ocasiones (Uceda *et al.*, 1994; Uceda & Canziani, 1998). El hecho de que proceda de un tronco de algarrobo puede explicar su relativa antigüedad. El fechado estaría dando la edad del algarrobo y no de la de su uso como poste. Los otros tres fechados se encuentran en el intervalo 419-785 d.C., considerando dos sigmas de desviación. Este intervalo se reduce si solo consideramos los promedios o puntos de intersección del fechado y la corrección del mismo. En este caso el lapso es de 550 a 650 d.C. De todos modos debemos indicar que este es un valor estadístico y no necesariamente nos indica que el abandono del edificio duró este tiempo. Dos de las muestras están asociadas a cerámica Moche IV, pero en la medida que la construcción misma está asociada a este estilo cerámico, se puede deducir que todas se asocian al estilo Moche IV. Podemos asumir que la construcción y uso del edificio A, el último de este complejo, empieza tan temprano como el siglo V y está en vigencia o uso hasta el VIII, siglo contemporáneo con las últimas ocupaciones en la zona urbana. Sin embargo, esta fecha tardía no concuerda con otros elementos del contexto general en el sitio.



Figura 11. Foto ceramio asociado al entierro chimú ubicado junto al altar con ídolos. Fotografía Proyecto Huaca de la Luna.



Figura 12. Foto de la excavación de la tumba 6 o de la maqueta chimú. Fotografía Proyecto Huaca de la Luna.

Las actuales investigaciones han permitido establecer que el conjunto de Huaca de la Luna, no funcionó simultáneamente. Varios argumentos permiten sostener (Uceda & Tufinio, 2003) que hacia fines del siglo VI el complejo de Huaca de la Luna se constituía -en plena vigencia del edificio A- de las plazas 1, 2 y 3, y de las plataformas I y II. La plataforma III y plaza 4 no habían sido aún construidas. Además, entre ellos existen rasgos que los distinguen, en particular por la presencia mayoritaria en la plataforma III, de adobes lisos con marcas de fabricantes en un 95%, mientras que en la

plataforma I y II aún en el edificio más tardío no llegan los adobes marcados a alcanzar el 10% y dominan aún los adobes hechos en gavera de caña. En este sentido se puede establecer que el abandono o cierre del viejo complejo Huaca de la Luna (plataformas I y II, plazas 1, 2 y 3) es anterior al otro complejo de Huaca de la Luna (plataforma III y plaza 4).

Dos fechados, por las asociaciones registradas (sacrificios sobre una capa de arena eólica ubicada sobre el piso de la plaza 3c) indican claramente que deben corresponder a finales de la vigencia del edificio C o

Tabla 1. Fechados radiocarbónicos del núcleo urbano. Elaboración de la tabla: proyecto Huaca de la Luna.

N.º	Laboratorio	Fecha BP	Calibración 2 sigmas	Curva Calibración	Material	Contexto			Estilo Cerámica
						Piso	Profundidad Superficie	Procedencia	
1	Beta-96027	1280 ± 60	650 - 885	760	Carbón	Piso 1	15 cm	Fogón. CA # 15-3	Moche IV
2	Beta-96029	1400 ± 60	560 - 720 735 - 760	650	Carbón	Piso 1	20 cm	Fogón sin adobes. CA # 9-10	Moche IV
3	Beta-124995	1290 ± 60	650 - 885	705	Carbón	Piso 1	20 cm	CA # 8-1	Moche IV
4	Beta-84846	1500 ± 60	465 - 480 520 - 675	620	Carbón	Piso 1	30 cm	Capa de ceniza. CA # 6-1	Moche IV
5	Beta-84845	1370 ± 50	640 - 790	680	Carbón	Piso 1	40 cm	Capa de ceniza. CA # 7-13	Moche IV
6	Beta-96032	1640 ± 60	465 - 475 515 - 675	620	Carbón	Piso 1	30-40 cm	Capa de ceniza. CA # 9-13	Moche IV
7	Beta-84843	1410 ± 60	600-780	665	Carbón	Piso 1	60 cm	Ceniza pos abandono. CA # 7-10	Moche IV
8	Beta-111544	1360 ± 60	605 - 785	665	Carbón	Piso 1	70 cm	Fogón con adobes. CA # 9-28	Moche IV
9	Beta-108281	1790 ± 40	145 - 370	245	Hueso	Piso 1	80 cm	Tumba en CA # 16-3	Moche IV
10	Beta-111545	1360 ± 70	590 - 800	665	Carbón	Piso 1	80 cm	Fogón con adobes. CA # 9-35	Moche IV
11	Beta-124996	1360 ± 60	605 - 785	665	Carbón	Relleno Piso 1	35 cm	CA # 25-1	Moche IV
12	Beta-108279	1330 ± 60	630 - 855	680	Carbón	Entre Piso 1 y 2	30 cm	Fogón. CA # 12-2	Moche IV
13	Beta-108280	1510 ± 60	425 - 655	575	Carbón	Entre Piso 1 y 2	50 cm	Fogón. CA # 12-4	Moche IV
14	Beta-96030	1480 ± 60	440 - 665	605	Carbón	Base Chimenea	104 cm	Interior chimenea. CA # 7-14	Moche IV
15	Beta-96031	1490 ± 60	435 - 665	600	Carbón	Entre Piso 1 y 2	140 cm	Exterior chimenea CA # 7-14	Moche IV
16	Beta-96028	1530 ± 60	415 - 650	555	Carbón	Piso 2	40 cm	Fogón. CA # 9-10	Moche IV
17	Beta-96026	1430 ± 50	555 - 680	640	Carbón	Piso 2	60 cm	Poste dentro de piso CA # 14-1	Moche IV
18	Beta-96033	1520 ± 50	430 - 645	560	Carbón	Piso 3	¿70 cm?	Banqueta. CA # 8 Patio	Moche IV
19	Beta-121761	1630 ± 40	250 - 600	425	Carbón	Entre Pisos 3a y 3b	550 cm	Entierro. CA # 15	Moche III
20	Beta-134086	1520 ± 60	415-650	550	Carbón	Debajo piso 5	310 cm	Por encima entierro. CA # 5-24	Moche III
21	Beta-121764	1490 ± 60	435 - 655	600	Carbón	Debajo piso 7	180 cm	Por debajo tumba. CA # 12-5	Moche III ?
22	Beta-121763	1500 ± 70	420 - 665	590	Carbón	Debajo piso 6	200 cm	Por debajo tumba. CA # 5-2	Moche III
23	Beta-121762	1680 ± 60	240 - 535	395	Carbón	Debajo piso 7	205 cm	Capa de ceniza. CA # 12-4	Moche III

bien B). Estos fechados son inmediatamente anteriores a los tres antes discutidos y, abarcan un periodo del 410 al 680 d.C.; las muestras fueron tomadas de cuerdas de sogas vegetales (posible Eneá) de dos cuerpos sacrificados; mientras que sus curvas de calibración se ubican entre el 530 y el 580 d.C., las muestras que fechan la construcción del edificio C, o parte final del uso del edificio D, provienen de contextos de sacrificios. Ambos fechados están asociados a cerámica Moche III y son los más antiguos del conjunto de fechados obtenidos para el sitio. Comparando con otras secuencias propuestas para la cultura Moche estos fechados ocuparían las fases Moche II y III. Curiosamente se esperaría que, de existir un error, este se daría con materiales de las pupas de mosca. Adicionalmente estos fechados tan tempranos, asociados a la parte final del edificio D, nos llevan a la expectativa de que los de los edificios E y F —los más tempranos— deberían ser anteriores a la era cristiana, si mantenemos los promedios que darían los fechados más antiguos y más tardíos para el edificio D; esos valores extremos nos dan un intervalo de 735 años. Obviamente estos fechados son muy tempranos, en cualquiera de los casos, y debemos esperar otros antes de establecer una secuencia más fina para Huaca de la Luna. Mientras tanto no deben ser consideradas en una discusión para establecer un cuadro cronológico.

El único fechado para las ocupaciones chimúes en el sitio es aquel obtenido para la tumba 7, y corresponde a una muestra de los cabellos de un individuo joven, que podría considerarse el personaje principal de este entierro, analizada en BETA Analytic Inc, y que dio como resultado 380 ± 60 BP (Beta-84849). La calibración correspondiente a 2 sigmas (95% de probabilidad) está entre 1440 a 1665 d.C. Adicionalmente hay que indicar que el fechado radiocarbónico se cruza en tres puntos con la curva de calibración (1520, 1570 y 1630 d.C.). A primera vista este fechado parecería muy lejos de la realidad, pues el desarrollo Chimú abarca entre 1100 a 1470 d.C. A partir de esta fecha empezó la ocupación Inca y desde 1532, la ocupación española. Tanto los materiales cerámicos como textiles recuperados corresponden al estilo tardío Chimú, que se encuentra también asociado a la ocupación Inca y española temprana. Un argumento que permitiría aceptar los resultados de este fechado sería el hecho que la tumba se encuentra en la Huaca de la Luna y no en Chan-Chan. Es conocido que desde la ocupación Inca, Chan-Chan empezó a ser saqueado, lo que llevaría a algunos dignatarios o descendientes de ellos, a buscar lugares seguros para enterrar a sus difuntos.

LA SECUENCIA EN EL NÚCLEO URBANO

Vamos a tratar el estudio de la secuencia en el núcleo urbano a partir de una de las excavaciones que ha llegado a más de ocho metros de profundidad. Esta fue realizada en uno de los ambientes del conjunto arquitectónico 35. En el ambiente 35-5, desde

el primer año (2000) de las excavaciones (Tello *et al.*, 2006), se registraron las primeras tumbas y se observó que ellas se concentraban en este ambiente; en las dos subsiguientes temporadas se registraron 16 tumbas y de ellas, 9 procedieron del ambiente 5. Estos hallazgos permitieron ampliar la denominada trinchera 9 a toda la extensión del ambiente 5, así como en la temporada 2002 alcanzar el suelo estéril. Con ello ahora tenemos el primer perfil con una secuencia estratigráfica y ocupacional para el núcleo urbano desde las primeras ocupaciones en el sitio hasta la última. A este hecho debemos agregar que las tumbas se han correlacionado con la estratigrafía y, usando la tipología de las botellas asa estribo propuesta por Larco (1948), se puede correlacionar las tumbas por estilos y la secuencia estratigráfica.

El perfil este de la trinchera 9 (figura 13) muestra la secuencia completa en esta parte del núcleo urbano. Aquí se observan 13 pisos en unos 5,5 metros de espesor. Por debajo del último piso se excavó casi tres metros hasta alcanzar el nivel de suelo estéril. Los últimos 11 pisos constan de una secuencia de pisos y rellenos que les sirven de basamento y que a su vez cubren parcialmente la vieja arquitectura. Por otro lado, los pisos 11 al 13 están separados por una capa de arena eólica. Entre el piso 11 y 12, dicha capa de arena tiene un espesor de poco más de 1 metro, mientras que entre los pisos 12 y 13 la capa de arena eólica alcanza unos 80 centímetros de espesor. Por otro lado, los muros límites sur y norte del ambiente 35-5 son los mismos para los siete últimos pisos, indicando que no hubo cambios mayores en la planificación del conjunto arquitectónico. Esta apreciación es mucho más contundente con las excavaciones de los siete primeros pisos para este conjunto. Allí se observó que los límites del conjunto y del callejón sur no habían sido modificados durante este periodo, pero sí hubo cambios en la organización del espacio interno del conjunto en los diferentes pisos, que son más complejos y especializados para los dos últimos pisos (Tello *et al.*, 2003, 2005; Seoane *et al.*, 2006).

Las asociaciones de cerámica fina en los diversos pisos y rellenos nos indican que el estilo Moche IV está asociado a los dos últimos pisos; fragmentos del estilo Moche III aparecen asociados al piso 3 y se le registra hasta el piso 7. El estilo Moche II solo se ha registrado asociado al piso 11. Para los pisos inferiores no hay asociación de cerámica fina diagnóstica relacionada con la secuencia de Larco.

Finalmente, la superposición de tumbas (Tello & Delabarde, 2002 y Tello, 2003), tal como se grafican en la figura 14 (Tello 2003, figura 227). Antes de hacer una evaluación de la superposición de las tumbas según los estilos alfareros, debemos hacer algunas observaciones generales: en primer lugar, solo se han registrado tumbas de los estilos Moche IV y III; en segundo término, no existen mezclas de estilos en una misma tumba. En cuanto a la asociación de

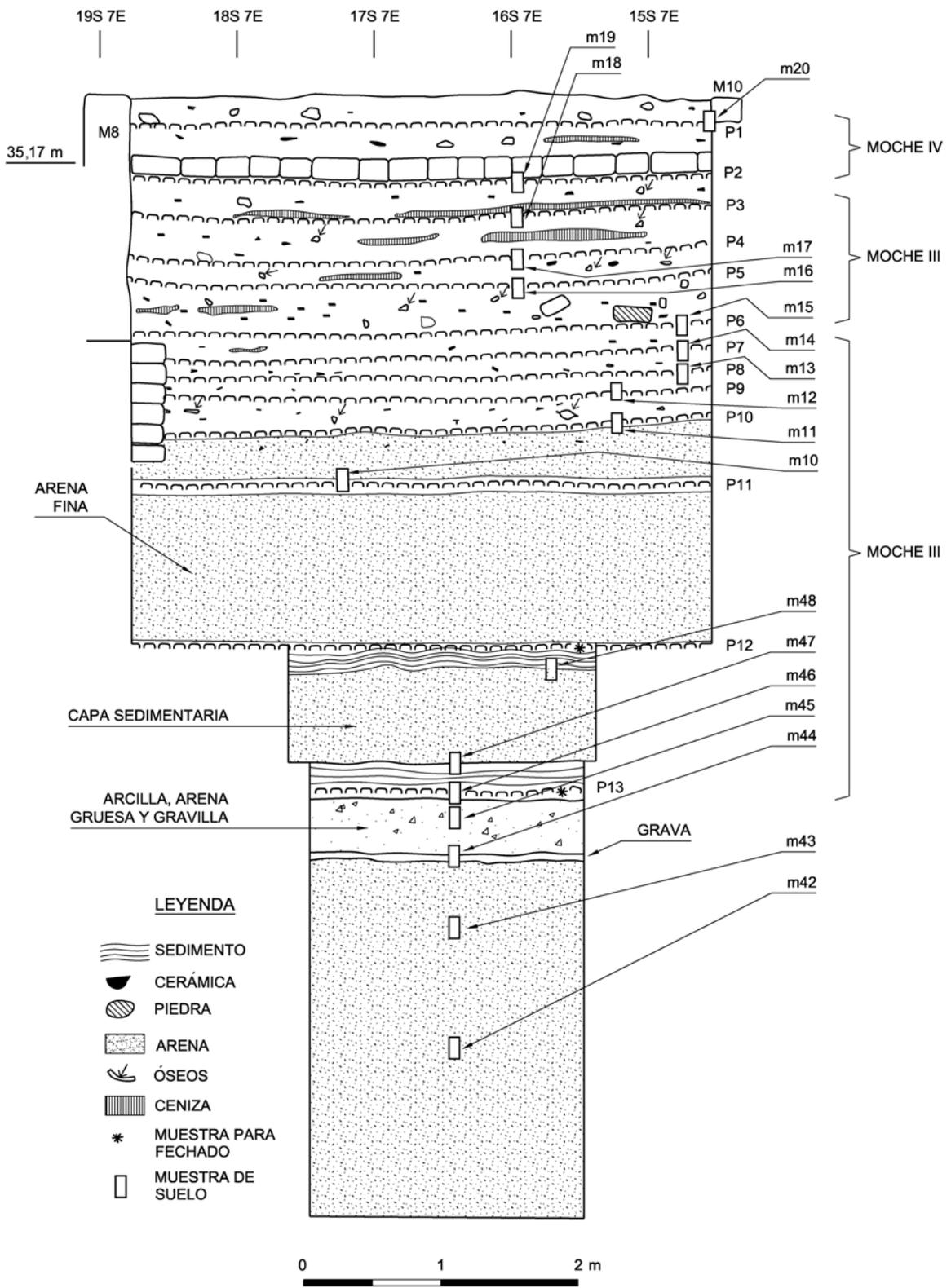


Figura 13. Perfil oeste de trinchera 9 (Tello *et al.*, 2002). Dibujo Ricardo Tello. Proyecto Huaca de la Luna.

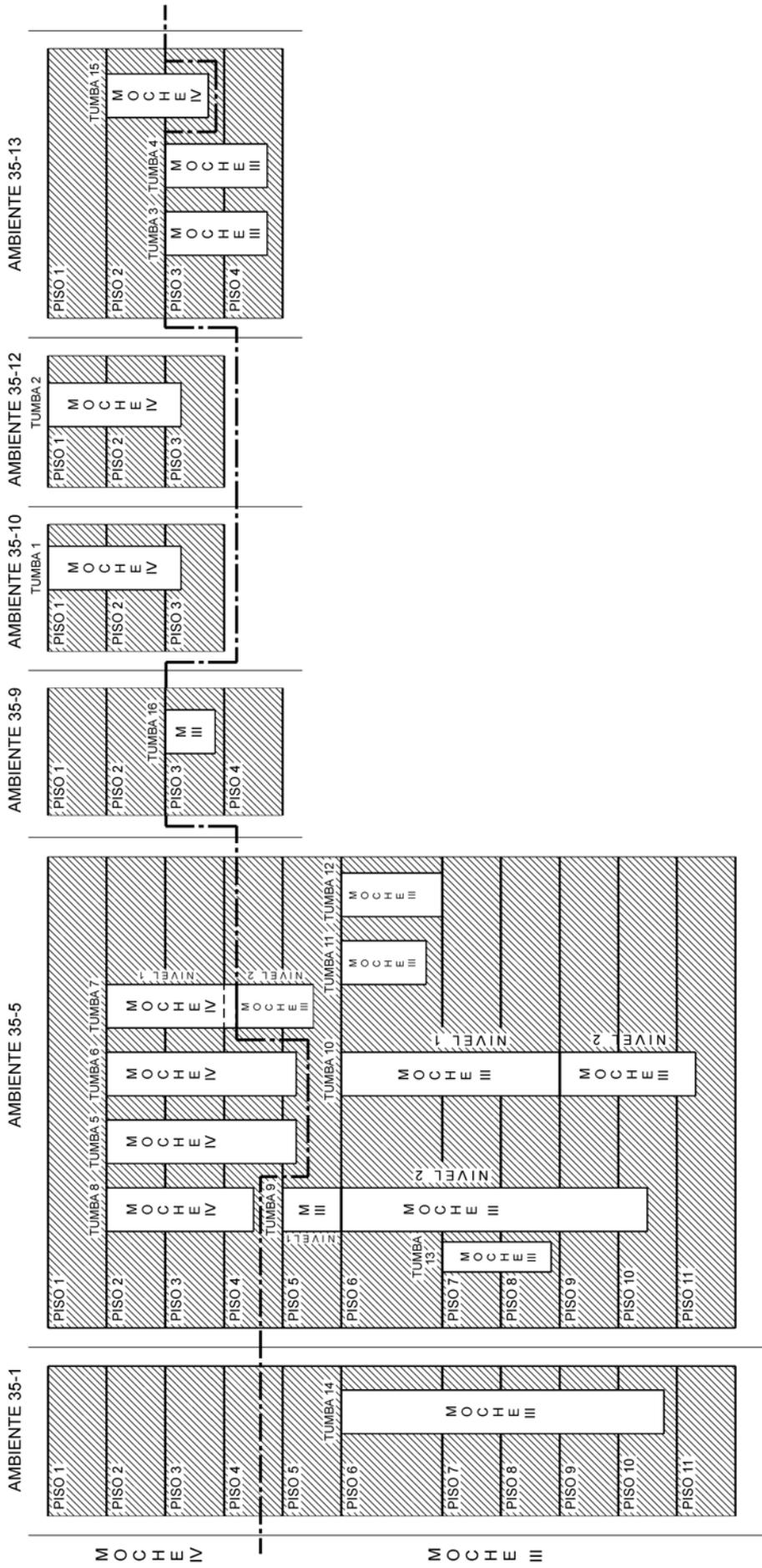


Figura 14. Gráfico de superposición de tumbas según estratigrafía en el Conjunto Arquitectónico 35. Dibujo Ricardo Tello. Proyecto Huaca de la Luna.

los estilos cerámicos de las tumbas y la estratigrafía del conjunto existe una plena coincidencia con el material registrado y asociado a los pisos y rellenos. De las tumbas Moche IV, dos se asocian al piso 1 y dos al piso 2; para las tumbas del estilo Moche III, dos corresponden al piso 3, una al piso 4, tres al piso 6 y una al piso 9.

LOS FECHADOS RADIOCARBÓNICOS

Vistas en su conjunto, los fechados tomados (tabla 2) abarcan un lapso del 145 al 885 d.C. Este lapso cubre casi toda la historia cultural de la sociedad moche, hasta donde la conocemos actualmente. Si esta fecha se correlaciona con los estilos alfareros, este lapso cubre dos de los cinco estilos definidos para la cerámica moche. Si hacemos un examen de estos fechados en términos de coherencia interna y asociación, se puede proponer la supresión de uno de ellos, que por su antigüedad no corresponde al conjunto de fechados examinados; se trata de la muestra Beta-108281 que procede de una tumba asociada al piso 1 y cuya edad calibrada es de 145-370 d.C. Una posible explicación, muy sugestiva, dada por Claude Chapdelaine y coautores (1998) consiste en pensar que los huesos provienen de una tumba más antigua reenterrada. Como la muestra ha sido tomada de material óseo, no fecha la posición actual estratigráfica. Este fechado comparado con el conjunto de fechados correspondientes para los dos primeros pisos de la zona urbana está por debajo del límite inferior. Si consideramos un posible error en este fechado, los dos primeros pisos se ubicarían entre 415-885 d.C.

El piso 3 coincide en muchos conjuntos con una trama urbana distinta, pero siempre asociada al estilo cerámico Moche IV y III; puede corresponder a un momento de transición de estos dos estilos en el sitio. El rango de tiempo que dan los dos fechados obtenidos oscila entre 250 y 645 d.C. Aunque estadísticamente no son significativas, concuerdan con los fechados asociados a los dos primeros pisos y guardan una cierta coherencia.

Todas los fechados asociados a los pisos más tempranos 5, 6 y 7 están claramente asociadas al estilo cerámico Moche III. Los intervalos de estos fechados son el 240 y el 665 d.C., sin embargo, solo la muestra Beta-121762 es la más temprana, mientras que las otras se ubican más en el rango inferior de los fechados asociados a los dos primeros pisos (415-665 d.C.). Esto nos lleva a la conclusión que el estilo moche en el núcleo urbano más temprano y quizás sea el fechado más antiguo es el que nos brinde una mejor imagen de la antigüedad de este estilo cerámico.

LA SECUENCIA EN LAS SECCIONES 1, 2 Y 3 DE HUACA DEL SOL

En este edificio se han realizado dos estudios parciales de la secuencia constructiva. La primera fue hecha durante el proyecto Chan Chan-Valle de Moche en la década de los 70 en el siglo pasado y fue realizada por Claude Chauchat y reestudiada por Chauchat y Bertha Herrera en 1999 (Herrera & Chauchat, 2004). Los otros dos estudios corresponden a los realizados por dos grupos de estudiantes en el marco de sus prácticas preprofesionales y del proyecto Huaca de la Luna

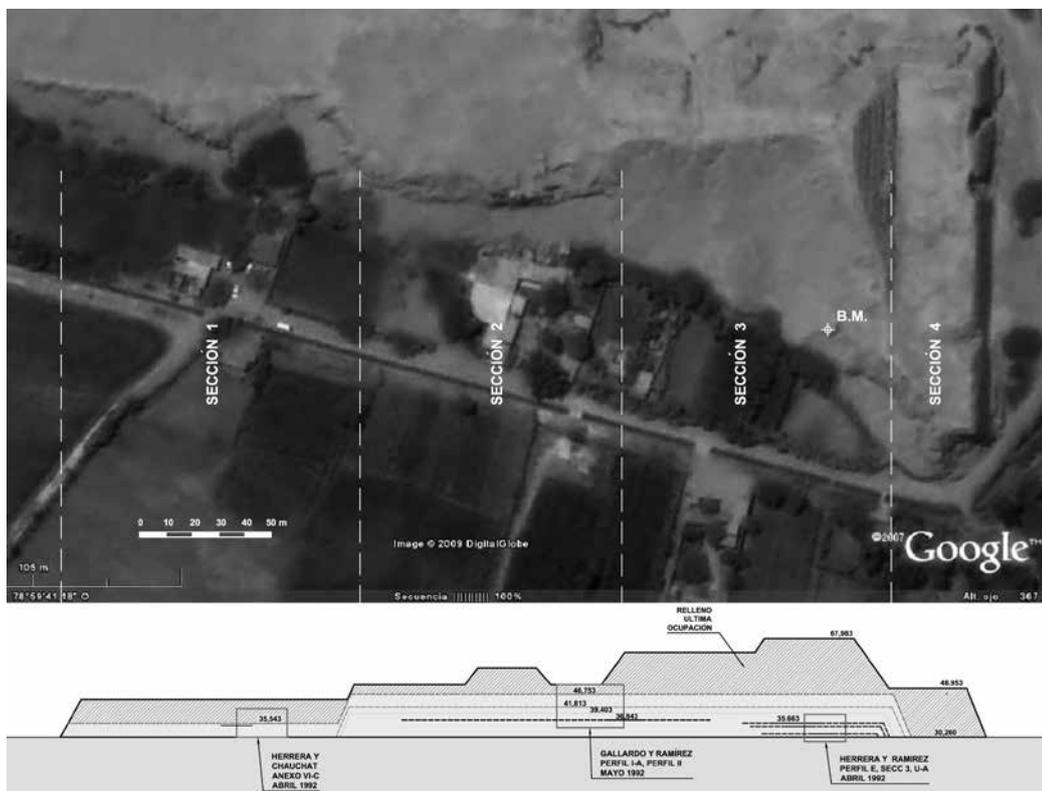


Figura 15. Corte de sección sur norte de Huaca del Sol, lado oeste con ubicación de los perfiles estudiados. Composición de Juan Carlos Bertrán sobre fotografía de Google Earth 2009. Proyecto Huaca de la Luna.

Tabla 2. Fechados radiocarbónicos de Huaca de la Luna: Plataforma I, Plataforma II y Plaza 3c. Elaboración de la tabla: proyecto Huaca de la Luna.

N.º	Laboratorio	Fecha		Calibración		Curva		Material	Contexto		Edificio	Estilo
		BP		2 sigmas		Calibración			Procedencia			
24	Gif-9530	1540 ± 50		419 - 610				Carrizo	Ataúd de la Tumba II. Dentro del relleno de adobes que cubre los edificios B - C	A		Cerámica
25	Gif-9529	1640 ± 40		271 - 522				Madera	Poste de algarrobo del patio con relieves	A		
26	Beta-96034	1380 ± 70		540 - 785		660		Carrizo	Relleno que cubre los edificios B-C	A		
27	Beta-96035	1470 ± 80		425 - 690		615		Madera	Madera. Viga de algarrobo de una tumba de la Plataforma II.	A		Moche IV
28	Beta-146464	1560 ± 40		410 - 600		530		Vegetal ¿eneá?	Soga para amarrar a los prisioneros por encima del piso de la Plaza 3C	C		Moche IV
29	Beta-146465	1570 ± 40		460 - 680		580		Vegetal ¿eneá?	Soga para amarrar a los prisioneros por encima del piso de la Plaza 3C	C		Moche IV
30	Beta-158974	1880 ± 40		50 - 230		120		Enea o Totorá	Soga para amarrar a los prisioneros por debajo del piso Plaza 3C	C o D		Moche III
31	Beta-158975	1810 ± 40		110 - 330		230		<i>Papirus</i> de mosca	Elementos asociados a restos de sacrificados por debajo del piso Plaza 3C	C o D		Moche III

(Gallardo & Narro, 1992; Herrera & Ramírez, 1992). Todos los estudios se realizaron en el lado oeste de la Huaca del Sol, que fue destruida probablemente en el siglo XVII, por compañías buscadoras de tesoros (Zevallos, 1994). Ello ha dejado un perfil expuesto a todo lo largo del edificio. Los estudios de Ramírez y Herrera se efectuaron en la sección 3; Gallardo y Narro lo hicieron en la sección 3 y, Herrera y Chauchat en la sección 1 (figura 15).

El perfil en la sección 1, reestudiado por Herrera y Chauchat (2003, encarte 6.1), muestra una secuencia que se puede dividir en dos partes: la primera en su sección inferior es una sucesión de 22 pisos y rellenos. Estos investigadores dividen este perfil en tres ocupaciones, las tempranas de 1 al 17 corresponden a pisos poco formales con muros posiblemente de quincha. En esta ocupación un elemento importante hallado es una tumba del estilo Moche II. La arquitectura correspondería a viviendas domésticas y proponen que corresponden, por su altura, al área urbana circundante al edificio principal. Las ocupaciones medias comprenden los pisos 18 al 24; aquí se observa una arquitectura más elaborada, muros con enlucidos y pisos mejor acabados. Por los rellenos que separan los pisos, corresponden muy bien a las ocupaciones residenciales del núcleo urbano, que se excavan entre las dos huacas. Las ocupaciones tardías corresponden a la parte superior del perfil y comprenden un relleno de adobes tramados en forma de bloques constructivos; se trata de lo que se conoce como la sección 1 o rampa de Huaca del Sol (Herrera & Chauchat, 2003, pp. 191-209). El piso 18 está a una altura de 32,55 metros y el piso 23 a una altura de 35,66 metros (figura 16).

Los estudios de Gallardo y Navarro (1992) corresponden a la sección 2, cerca de la unión con la sección 3. Los varios perfiles estudiados en diversos segmentos y altitudes pusieron en evidencia tres grandes eventos constructivos. En el perfil 1-A, lámina 3 (Gallardo & Narro, 1992), el piso 4 corresponde a una altura de 41,81 metros; por debajo de él hay dos pisos. Sobre el piso 4 hemos registrado otro piso a una altura de 46,75 metros (figura 17).

La sección 3 fue estudiada por Herrera y Ramírez (1992) en el extremo sur, casi justo con la unión con la sección 4. En uno de ellos (Anexo VI-A), registraron tres edificaciones con sus remodelaciones una arquitectura por debajo de los pisos 1, 2 y 3 (la altura del piso 3 es de 31,51 metros); estos pisos corresponden a diversos ambientes, sobre ellos existe un relleno de adobes tramados y material suelto, que sirve de basamento al piso 6, 7 y 8 (la altura del piso 6 es de 34,39 metros); también correspondiendo a otros ambientes. Sobre estos pisos existen unas capas de material suelto donde se registró restos de alimentos y objetos que demuestra una actividad doméstica en estos espacios (figura 18). Sobre ellos se erigió los otros edificios registrados por Gallardo y Navarro, para finalmente construir un relleno de adobes tramados de más de 20 metros de espesor que constituye la última edificación en este sitio (figura 15).

En suma, podemos decir que Huaca del Sol en sus inicios no debió sobrepasar más de 14 metros, y debió existir una serie de reedificaciones cuya naturaleza no es bien conocida por ahora. Esta vieja edificación solo abarcaba las secciones 2 y 3. En un último proyecto constructivo fueron añadidas las secciones 1 y 4; y la forma y el diseño de este edificio adquirió su configuración final, que es visible por su lado este.

DISCUSIÓN

UN ENSAYO DE SECUENCIA GENERAL DEL SITIO

La información que hemos presentado nos permite considerar tres grandes momentos en la historia ocupacional del sitio. La primera desde sus orígenes que por ahora no son claros hasta el año 600 o 650 d.C.: es el momento de dominio de la sociedad por un modelo teocrático que tuvo sus inicios en la época de Chavín o antes y que culminó con los moche. La segunda, desde los 600 o 650 hasta los 850 o 900 d.C., es el momento del colapso de la sociedad teocrática y la búsqueda de un nuevo modelo de organización social y política, una sociedad de poder civil, hasta que al final el sitio es abandonado y lo que ahora denominamos cultura Moche desaparece, y la tercera, corresponde después del 900 hasta la llegada de los españoles. Es el momento de abandono del sitio y su reutilización por los chimúes, tanto en algunos de sus espacios sagrados para usarlos como lugares de culto, entierro o transformando el núcleo urbano moche en campos de cultivo.

EL PRIMER MOMENTO MOCHE: LA VIEJA CIUDAD Y EL ROL DEL TEMPLO

Los cinco edificios registrados en Huaca de la Luna corresponden a los pisos 4 al 12 registrados en el núcleo urbano, así como a la secuencia de las remodelaciones de las plataformas II y III de Huaca del Sol y la secuencia de pisos y remodelaciones que están por debajo de los rellenos de adobes tramados de la sección 1 de Huaca del Sol.

Durante este periodo de 100 a 600-650 d.C., el componente más importante del sitio era, sin duda, el viejo templo de Huaca de la Luna (plataformas I y II y las plazas 1, 2 y 3). Tanto en los contextos arqueológicos como arquitectónicos (Uceda & Tufinio, 2003), se puede leer que el templo era el centro del poder político. Los ceremoniales y rituales que allí se realizaban eran destinados a legitimar el poder político de la élite moche; por ello, en este periodo se califica su forma de gobierno como teocrático. Es claro que el templo tuvo el control de los bienes y mano de obra de los diversos grupos y estamentos de la sociedad; la clase urbana, siendo parte de la élite moche, no gozó del poder y la riqueza que ostentaron los grupos ligados al templo. Para comprobar lo dicho basta observar que las tumbas más ricas recuperadas de la sociedad moche, ostentan los símbolos y vestimentas que presentan los personajes representados en las escenas

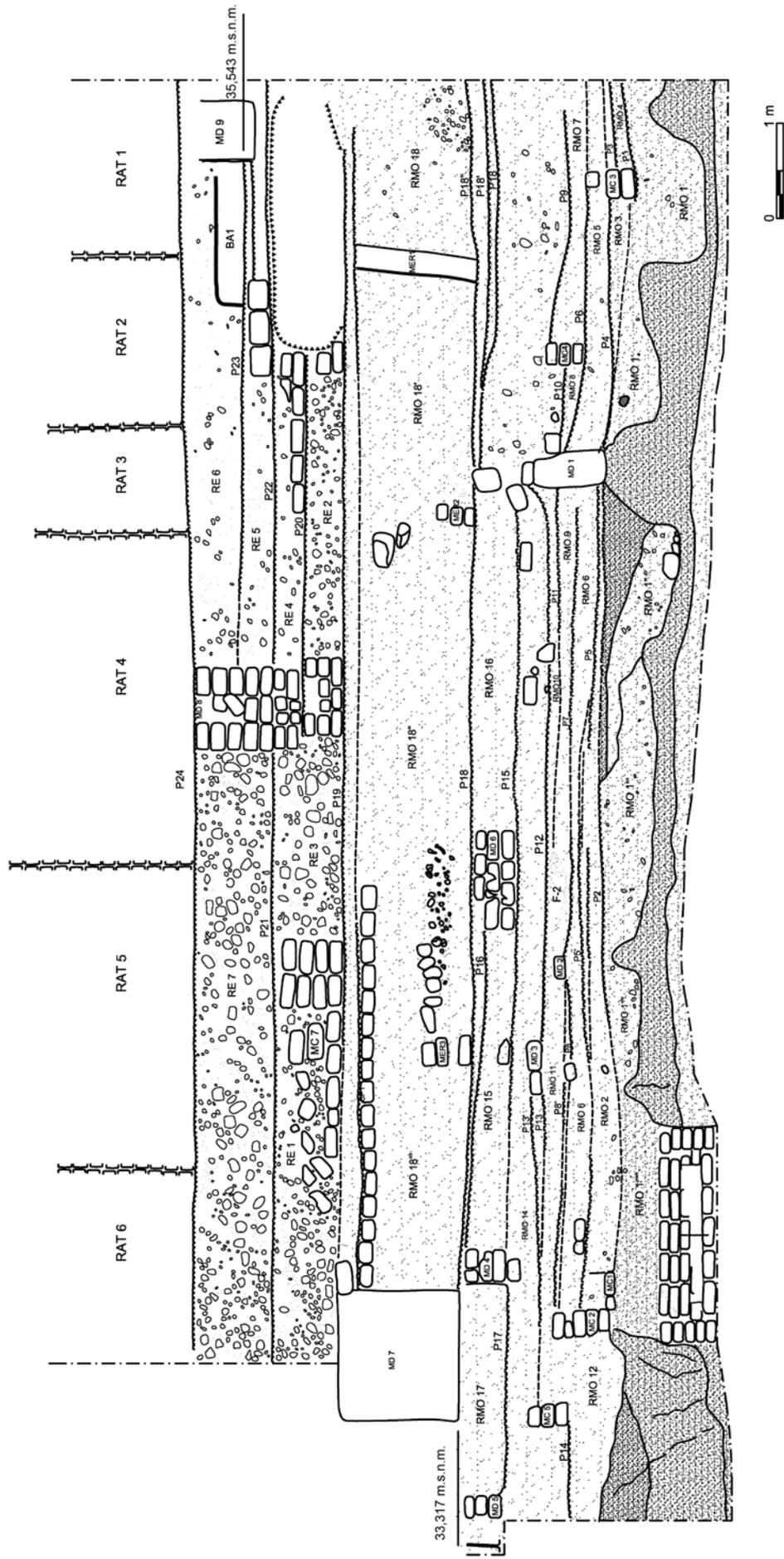


Figura 16. Perfil sección 1. Dibujo de Bertha Herrera. Proyecto Huaca de la Luna.

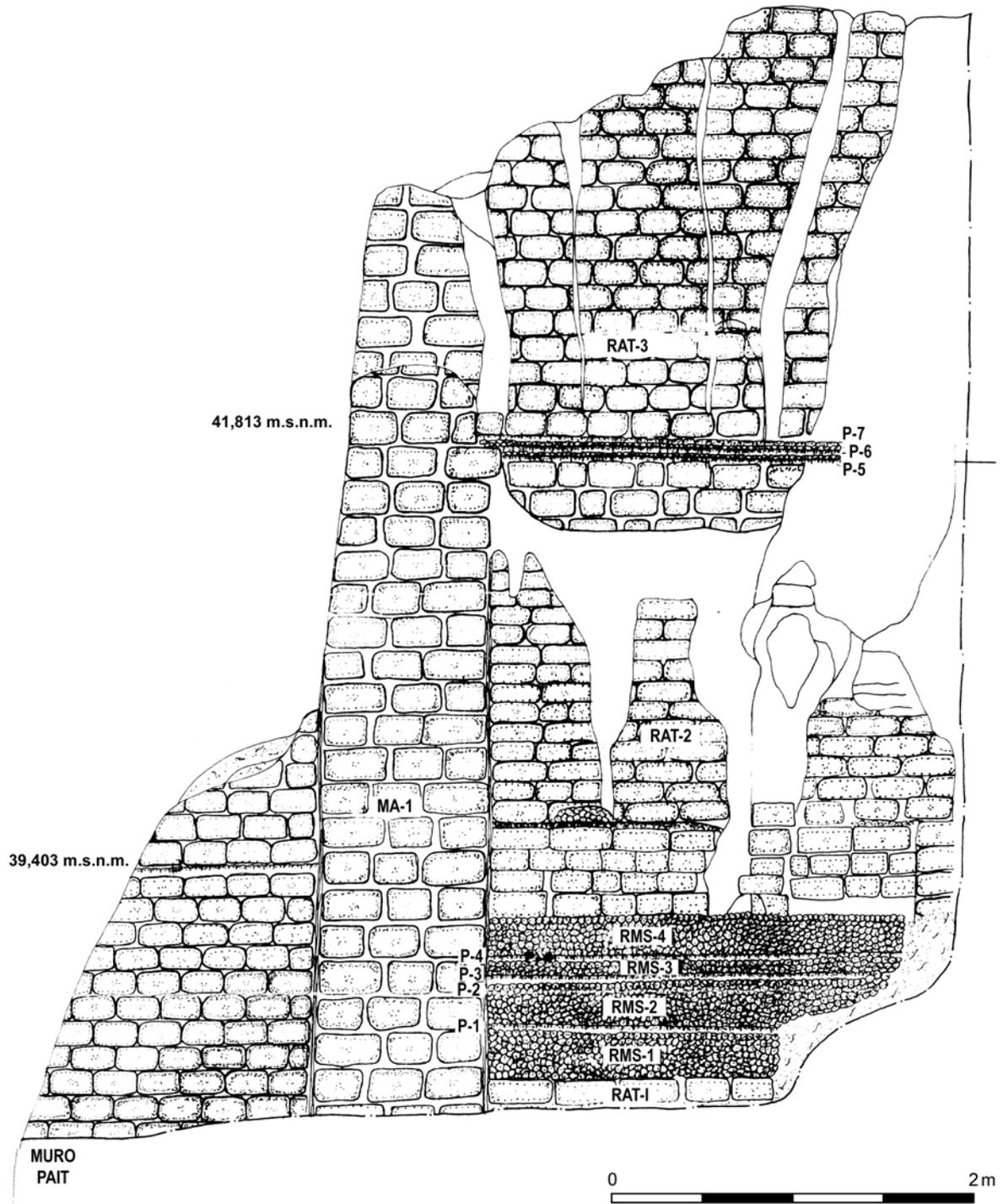


Figura 17. Perfil 1-A sección 2. Dibujo de Ruth Gallardo y Jorge Narro. Proyecto Huaca de la Luna (1992)

iconográficas de las ceremonias y rituales de aquella época (Alva, 1994).

Aunque por ahora solo tenemos una mínima información de la clase urbana de la época, podemos afirmar que las viviendas son simples y no tienden a formar grupos complementarios. Domina un espacio amplio (patio), raramente con banquetas formales, pocos depósitos. Estos elementos asociados a la poca diversidad de recursos con los que cuentan, nos indican que, si bien

esta élite urbana gozó de privilegios, estos estaban directamente controlados por el poder del templo. Siguiendo las ideas de Bawden (1994), durante este periodo de desarrollo del estado moche se impulsó una ideología individualista, donde los gobernantes asumieron roles de las divinidades o las encarnaron en los principales ceremoniales y rituales, como aquel del sacrificio humano. Para ser más precisos, este modelo individualizante y la conformación del estado territorial se puede observar

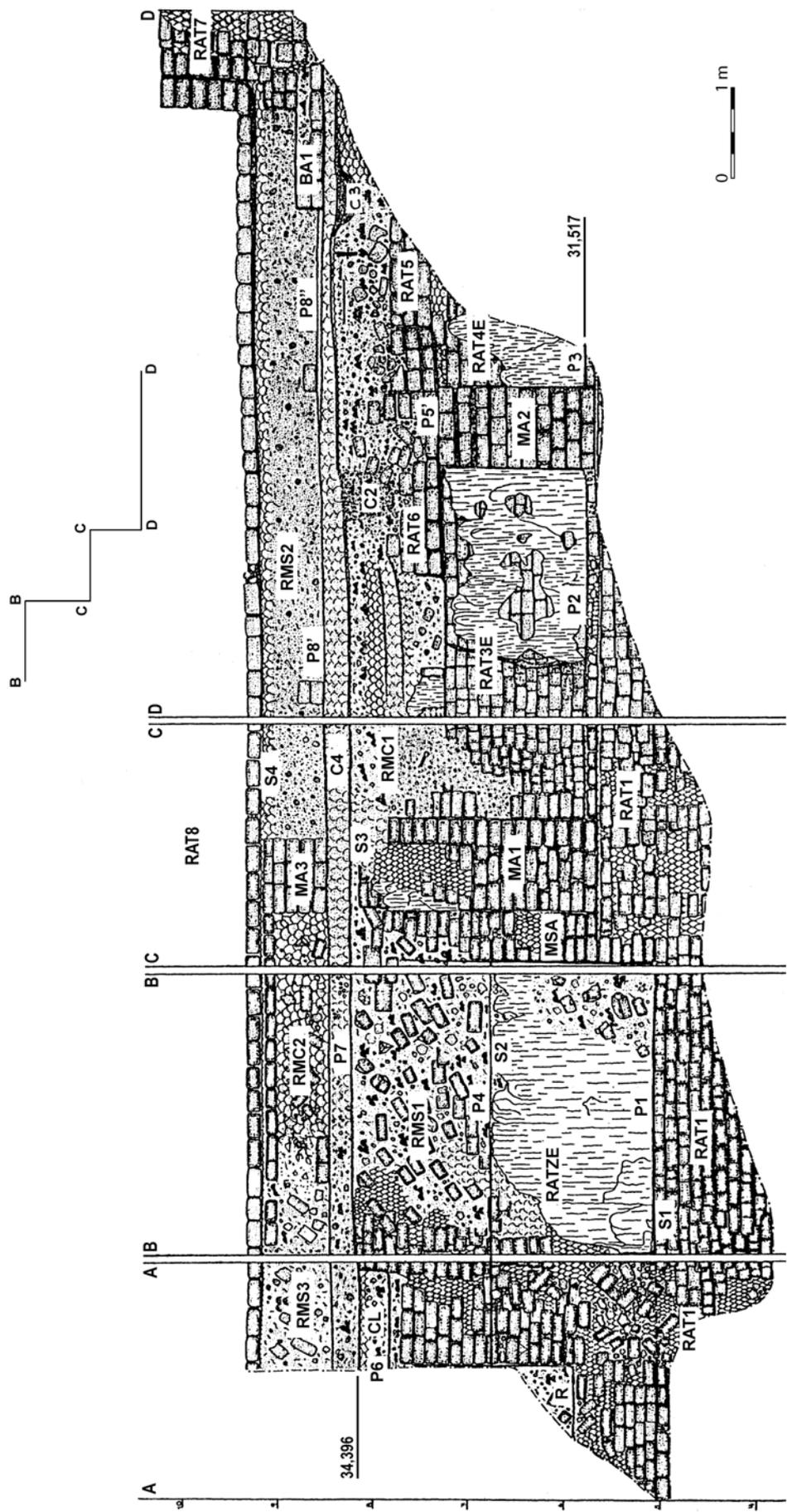


Figura 18. Perfil este, sección 3. Dibujo de Bertha Herrera y Carlos Ramírez. Proyecto Huaca de la Luna.

cuando el discurso iconográfico se formaliza en los diversos espacios arquitectónicos en los templos: patio con relieves, terraza del nivel alto y el frontis del templo. La evidencia apunta que ello sucedió a partir de la construcción del edificio D, pues para el edificio E no se ha registrado el recinto esquinero ni los relieves en el patio del nivel bajo.

En este sentido, es plausible suponer que los productos manufacturados en los talleres del núcleo urbano, aparte de estar casi exclusivamente destinados a estos rituales y ceremoniales, como signos o emblemas de distinción social o política, también fueron dedicados a otros rituales relacionados con el mundo de los muertos o la elaboración de las identidades de los individuos en sus entierros. Desde esta perspectiva es explicable que en este momento de la historia del sitio, los talleres estén más localizados en ciertos espacios y que no todos los conjuntos residenciales posean áreas destinadas a actividades productivas, como sí es visible en los momentos finales de la ocupación moche del sitio.

SEGUNDO MOMENTO MOCHE: EL ABANDONO DEL TEMPLO VIEJO Y LA BÚSQUEDA DE NUEVOS MODELOS

En el periodo del 600-650 al 900 d.C., se erigió la plataforma III y se completó la construcción de la Huaca del Sol. Ambas comparten los mismos tipos de adobes y las marcas de fabricantes en su construcción fueron dominantes y se encuentran por bloques constructivos (Hastings & Moseley, 1975; García *et al.*, 1994). Además, a esta misma época corresponde la vigencia de los dos o, en algunos lugares, tres últimos pisos del núcleo urbano. Es el momento del colapso del sistema político teocrático moche.

Fue en este momento cuando la Huaca del Sol adquirió mayor importancia, si tomamos en consideración su volumen. De este hecho surge la pregunta: ¿para este momento el rol de la ideología religiosa había sufrido cambios sustantivos?, o ¿nuevos dioses tomaron importancia frente a los viejos dioses que gobernaron el «Olimpo moche»? Para ensayar una respuesta notamos que en el viejo templo de la Huaca de la Luna, las divinidades representadas, en casi todas sus etapas constructivas, tuvieron una fuerte afiliación con las divinidades cupisniques. En cambio, en el nuevo templo (Plataforma III), el único mural que se conoce es el del tema de la Rebelión de los Artefactos, donde dominan los símbolos emblemáticos relacionados con la divinidad femenina (Makowski, 2003, p. 373). Esta secuencia temporal de la aparición de nuevos dioses en el arte moche ha sido ya advertido por Elizabeth Benson (2003) en el arte cerámico.

Estas evidencias y preguntas nos plantean la necesidad de repensar el modelo de organización política que adquirió la sociedad mochica tardía, y el rol que cumplió este sitio con relación a Galindo y Pampa Grande, por citar a los complejos arqueológicos más conocidos.

Hemos discutido en otras ocasiones (Uceda & Tufinio, 2003) que el abandono del viejo templo debió

ocurrir entre el 550 o el 600 d.C., según fechados radiocarbónicos, y estuvo relacionado con fuertes lluvias (mega fenómeno El Niño). Sin embargo, el abandono del templo y la presencia de El Niño no llevaron al abandono del sitio, pues la ocupación moche continuó hasta el año 800 o 850 d.C.

¿Cuál es el real significado del abandono de este templo? Desde nuestra perspectiva de análisis, el viejo templo encarnó un modelo político que sustentó la emergencia del estado territorial Moche sur, con su centro de poder o capital: las huacas del Sol y de la Luna. En este momento la Huaca de la Luna era el centro del poder político. Su abandono debe ser entendido como el colapso del modelo político teocrático moche, el desmembramiento del territorio estatal.

En segundo lugar, la pérdida de un poder central que acumuló la riqueza para sí, debió motivar que este patrimonio se transfiriera de alguna manera a la clase urbana, con los respectivos cambios en sus patrones de vida. Finalmente, el colapso del modelo político teocrático moche significó la búsqueda de nuevas formas de organización social, con las disputas y conflictos entre grupos menores de la misma élite moche. Vamos a revisar brevemente cada una de estas tres implicancias.

Así pues, luego del colapso político siguió un largo periodo, que debió durar más de 150 años, en el cual la sociedad moche buscó afanosamente un nuevo orden social; y en el que el poder civil empezó a tener más importancia en la sociedad y en la estructura del estado. Este proceso posiblemente se produjo con flujos y reflujos. La causa interna era el modelo teocrático que no respondió a las tensiones internas, esto es a los conflictos entre las élites dominadas no-moche (por ejemplo los Gallinazo), así como aquellos conflictos surgidos por los intereses entre la clase urbana emergente y los dirigentes sacerdotales mochos. Pero también debieron influir factores externos como la influencia Wari o Pachacamac, y las presiones de grupos serranos como los cajamarcas o los huamachucos. En este sentido la ocurrencia de catástrofes naturales debió acelerar estos procesos en marcha.

Uno de los primeros efectos de estas contradicciones, fue sin duda, la pérdida del control de territorios conquistados (Nepaña, Santa, Chao y quizás Virú). El estado territorial se desintegraba, la sociedad moche debió retroceder a un modelo organizacional tipo jefatura: en cada valle aparecieron uno o más centros de poder, que compitieron entre sí, formando alianzas con unos y otros, sin lograr que uno de ellos se imponga en forma definitiva.

Un segundo efecto fue el incremento del poder político y económico de la clase urbana. El incremento del poder económico es observable por el hecho de que durante los últimos pisos ocupacionales, que corresponden a este momento de colapso de la sociedad moche, la clase urbana tuvo un mayor acceso a diversos productos, en particular a aquellos que se generaron por especialistas u otros grupos no urbanos.

Los ajuares funerarios muestran un fuerte incremento en la cantidad de ofrendas, así como mayor presencia de objetos de metal, tumbas de cámara, etc. Los cambios políticos se pueden observar a través del cambio de estructuras del núcleo urbano: la presencia de bloques constructivos que agrupan varios conjuntos arquitectónicos especializados en torno a una residencia principal, nos señala un nuevo cambio de la organización social moche. Los señores de la élite urbana moche empezaron a controlar especialistas, organizar actividades ceremoniales y rituales dentro de sus residencias, como se deduce del incremento de entierros y de la presencia de ciertos objetos rituales en las residencias, como figurinas, floreros e instrumentos musicales.

Este incremento del poder en la clase urbana fue el inicio de una secularización del poder, proceso que culminó con la aparición del estado Chimú. Esta nueva clase urbana se comportaría como un grupo corporativo y de él se desprende el poder central que debió ser frágil y quizás efímero.

Existe un inconveniente respecto a esta línea de conjeturas, y es el de explicar cómo una sociedad en plena crisis logró edificar uno de los monumentos moches más grandes: la Huaca del Sol. Una primera explicación es la presencia dominante de adobes marcados correspondientes a este momento, este es un indicativo de los cambios en la estructura administrativa, donde el control de los tributos en mano de obra para las construcciones públicas fue una innovación traída, quizás desde el norte. En Sipán fue notable el uso temprano de adobes marcados (Meneses & Chero, 1994, láminas 234-235), por ello no sería descabellado que esta nueva forma de control pudiera provenir del moche norteño.

A pesar de lo limitado de nuestro conocimiento sobre la forma que tuvo la Huaca del Sol, una cosa es clara: no presenta el diseño del templo moche clásico. Las huacas lambayecanas presentan plataformas de lados lisos y no escalonados, el acceso se hace a través de una rampa central o lateral que llega directamente a la parte alta de la plataforma. En el caso de las huacas moches sureñas, estas presentan fachadas escalonadas, las rampas son laterales y en «L» y frente a la plataforma existe una plaza amurallada en su lado norte. Por ello, no es tampoco absurdo proponer como hipótesis de trabajo que la última edificación de esta huaca tiene un diseño más cercano a las huacas lambayecanas, cuya función de centros de residencia del poder central está bien documentada (Narváez, 1996). En este sentido, bien podemos asumir que este edificio no era un templo como la Huaca de la Luna sino un palacio-templo, como se observa en las huacas lambayecanas tardías.

Una segunda explicación viene de otras culturas que en su ocaso iniciaron obras majestuosas como el caso de la arquitectura de Puuc, en las tierras altas mayas, a finales del periodo clásico e inicios del post clásico (Dunning, 2000). Se trata, pues, de una respuesta de la sociedad y de su élite ante la crisis. Este proyecto faraónico se convirtió en el símbolo de unidad para los

grupos corporativos de la clase urbana, pero su ejecución en lugar de cumplir el objetivo perseguido debió empobrecer paulatinamente a la clase urbana, hasta que agotó sus propios esfuerzos y con ello motivó la desaparición de una de las sociedades más brillantes de los andes centrales de esa época.

Finalmente, debemos señalar que este proceso de cambio de una sociedad teocrática a una civil no culminó exitosamente en el sitio de las huacas del Sol y de la Luna. Otros grupos mochicas de menor jerarquía que los que vivían en esta urbe, sí lograron dar el paso exitoso; me refiero a aquellos que construyeron Chan-Chan, a los que se les conoce como los chimúes.

LAS OCUPACIONES POST MOCHE: LA PRESENCIA CHIMÚ

Desde el periodo del 900 o 1000 hasta la época Chimú hay evidencia de que el sitio fue totalmente abandonado y fue reocupado posiblemente en forma continua, pero no como un centro urbano ceremonial. Ciertos espacios arquitectónicos del templo viejo fueron reocupados por gente chimú para construir altares o colocar ofrendas, ello nos indica la clara continuidad cultural entre los moches y chimúes; estos últimos siguieron reconociendo a este templo como un lugar sagrado, pues las actividades que ellos realizaron fueron de este carácter. No ocurrió lo mismo con el núcleo urbano donde fueron destruidas las viviendas, fue nivelado el terreno y transformado en campos de cultivo. La ciudad moche fue abandonada y sus artesanos y elite fueron a ocupar Chan-Chan u otros centros urbanos Chimú.

COLOFÓN

Casi cien años después de los trabajos pioneros de Uhle, con las posteriores labores de excavación más exhaustivas realizadas en el sitio, es obvio que sus apreciaciones no correspondan con los datos que hemos presentado. Los desacuerdos son mayores en los detalles que en los grandes lineamientos. Sus aportes, por otro lado, no fueron realmente considerados por las subsiguientes investigaciones, si no casi olvidados.

Al inicio de este artículo he tratado de resumir sus observaciones, intuiciones y los datos que pudo reunir en el corto periodo que trabajó en este sitio. Para culminar este documento discutiremos algunos de sus principales puntos de vista, a partir de nuestra propia experiencia e información:

La secuencia básica sigue en pie: la primera ocupación es la moche y la Huaca de la Luna es más antigua que la del Sol. En efecto, la ocupación moche es la más antigua, pero ella tiene una larga historia ocupacional y esta ocupación en el sitio no ha sido homogénea en todos sus componentes; la evidencia actual no nos permite sostener que la Huaca de la Luna sea la más antigua, aunque sí fue el edificio más importante al inicio de la ocupación. Luego existe una reocupación chimú temprana con cerámica tricolor que Uhle llamó tiahucanoide, solo presente en tumbas, una ocupación chimú

de algunos espacios públicos como patios del templo y tumbas en la plataforma principal. Durante este periodo, el sitio dejó de funcionar como la capital moche, esto explica que los chimú aplanaran las viviendas del núcleo urbano y lo transformaran en campos de cultivo.

La función del sitio como un centro urbano es una afirmación que ahora tiene plena vigencia, e incluso podemos manifestar que no solo se trata de un centro urbano ceremonial y administrativo, sino que es una de las primeras manifestaciones claras y contundentes de una ciudad en el mundo andino.

AGRADECIMIENTOS

Los estudios de la secuencia ocupacional del sitio forman parte del Proyecto Arqueológico Huaca de la

Luna, ejecutado por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Trujillo y el Patronato Huacas del Valle de Moche, con el apoyo financiero de la Fundación Backus., la Municipalidad Provincial de Trujillo y la World Monuments Fund y el Instituto Nacional de Cultura. Este trabajo se ha podido realizar gracias al apoyo del personal profesional y técnico del proyecto a quienes deseo expresar mi gratitud: a Ricardo Tello y Moisés Tufino, arqueólogos encargados de la excavación y Juan Carlos Beltrán, dibujante; al codirector del proyecto, Ricardo Morales por su apoyo y compañerismo. Finalmente, a Henry Ganoso y Vania Tavara, quienes leyeron y comentaron juiciosamente el manuscrito, así como a Nadia Gamarra que ayudó a compaginar y revisar la bibliografía.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVA ALVA, W. (1994). Sipán. *Colección Cultura y Artes del Perú*. Lima: Cervecería Backus & Johnston S. A.
- ANDERS, M. (1977). Sistema de depósitos en Pampa Grande, Lambayeque. *Revista del Museo Nacional*, 43, 243-279.
- ANDERS, M. (1981). Investigation of state storage facilities in Pampa Grande, Peru. *Journal of Field Archaeology*, 8 (4), 391-404.
- BAWDEN, G. (1977). Galindo and the Nature of the Middle Horizon in the Northern Coastal Peru. Tesis de doctorado, Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.
- BAWDEN, G. (1994). La paradoja estructural: la cultura Moche como ideología política. En S. Uceda y E. Mujica (Eds.), *Moche: propuestas y perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 12 al 16 de abril de 1993, pp.389-412)*, Travaux de l'Institut Français d'Études Andines, 79. Lima: Universidad de La Libertad - Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales.
- BENSON, E. (2003). Cambios de temas y motivos en la cerámica moche. En S. Uceda & E. Mujica (Eds.), *Moche: hacia el final del milenio*, t. I, (pp. 477-495). Universidad Nacional de Trujillo y Pontificia Universidad Católica del Perú. Lima.
- BIRD, J. (1948). Pre-ceramic cultures in Chicama and Viru. *American Antiquity*, 13 (4): 21-28. Reimpreso en: *Peruvian Archaeology. Selected Readings*, J. H. Rowe & D. Menzel, (Eds.), (pp. 54-61). Palo Alto: Peek Publications. 1967. Publicado en castellano como *Culturas precerámicas en Chicama y Virú*. En R. Ravines, (Compilador), *100 años de arqueología en el Perú*, (pp. 111-121). Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Petróleos del Perú.
- BIRD, J. (1952). Appendix 3. Textile notes. En Strong, W. D. & C. Evans, Jr (Eds.) *Cultural Stratigraphy in the Viru Valley: the Formative and Florescent Epochs*, (pp.357-360). Columbia Studies in Archaeology and Ethnology, 4, 357-360.
- CÁRDENAS GARCÍA, G. (1994). Tumbas de oficiantes religiosos en Huaca de la Luna. Informe de prácticas pre-profesionales (Tesina). Trujillo, Escuela de Arqueología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Trujillo.
- CHAPDELAINE, C., M. I. PAREDES, F. BRACAMONTE & V. PIMENTEL (1998). Un tipo particular de entierro en la zona urbana del sitio Moche, costa norte del Perú. *Boletín del Instituto Francés de Estudios Andinos*, 27, (2), 241-264.
- CHIGUALA, J. (2004). La Plaza 3. En Uceda S. & R. Morales (Eds.), Informe Técnico 2003, Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna, (pp. 153-173). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad - Trujillo.
- COLLIER, D. (1955a). *Cultural Chronology and Change as Reflected in the Ceramics of the Viru Valley, Peru*. Fieldiana Anthropology, 43.
- COLLIER, D. (1955b). Development of civilization on the coast of Peru. En J. H. Steward, (comp.), *Irrigation Civilizations: A Comparative Study*, (pp. 19-27). Washington, D.C.: Pan American Union, Social Science Monograph 1.
- DISSELHOFF, H. D. (1939). Zur Frage eines "Mittel-Chimú-Stiles". *Zeitschrift für Ethnologie*, 71, (1-3), 129-138. [Reeditado en castellano, 1941].
- DISSELHOFF, H. D. (1950). *Frühe Kunst Amerikas*, Aus den Sammlungen des Staatlichen Museums für Völkerkunde München und Privatbesitz. München: Amerika Haus.
- DISSELHOFF, H. D. (1951). Über die Bedeutung der anthropomorphen Grabkeramik der Mochica. *Ethnos*, 16, (1-2), 45-58.
- DISSELHOFF, H. D. (1956). Notizen zu einem Moche-Gefäß des Berliner Völkerkunde-Museums. *Baessler-Archiv n.s.*, 4, 33-35.
- DISSELHOFF, H. D. (1957). Polychrome Keramik in der nord-peruanischen Küstenzone. *Baessler-Archiv n.s.*, 5, (2), 203-207.
- DISSELHOFF, H. D. (1972). Metallschmuck aus der Loma Negra, Vicús (Nord-Peru). *Antike Welt*, 3, (2), 43-53.
- DONNAN, C. B. (1965). Moche ceramic technology. *Nawpa Pacha*, 3, 115-138.
- DONNAN, C. B. (1971). Ancient Peruvian potter's marks and their interpretation through ethnographic analogy. *American Antiquity*, 36(4):460-466. [Reimpreso en castellano como Antiguas marcas de alfarero y su interpretación a través de la analogía etnográfica. En Ravines, R. (comp.), *Tecnología*

- Andina*, (pp. 439-446). Instituto de Estudios Peruanos e Instituto de Investigación Tecnológica Industrial y de Normas Técnicas. Lima, 1978].
- DONNAN, C. B. (1973). A precolumbian smelter from northern Peru. *Archaeology*, 26 (4), 289-297.
- DONNAN, C. B. (1975). The thematic approach to Moche iconography. *Journal of Latin American Lore*, 1, (2), 147-162.
- DONNAN, C. B. (1976). *Moche Art and Iconography*. Los Angeles: UCLA Latin American Center Publications, University of California.
- DONNAN, C. B. (1977). The thematic approach to iconography. En Cordy-Collins, A. & J. Stern, (Eds.), *Pre-Columbian Art History, Selected Readings*, (pp. 407-420). Palo Alto: Peek Publication.
- DONNAN, C. B. (1978). *Moche Art of Peru. Pre-Columbian Symbolic Communication*. Los Angeles: Museum of Cultural History, University of California.
- DONNAN, C. B. (1982a). The identification of a Moche fake through iconographic analysis. En Benson, E. & E. Boone (Eds.), *Falsifications and Misreconstructions of Pre-Columbian Art*, (pp.37-50). Washington, D.C.: Dumbarton Oaks.
- DONNAN, C. B. (1982b). Dance in Moche art. *Nawpa Pacha*, 20, 97-120.
- DONNAN, C. B. (1990a). L'iconographie Mochica. En Purin, S. (comp.) *Inca-Perú. 3000 ans d'histoire*, (pp. 370-383). Musées Royaux d'Art et d'Histoire. Bruselas: Imschoot Uitgevers.
- DONNAN, C. B. (1990b). Masterworks of art reveal a remarkable Pre-Inca World. *National Geographic Magazine*, 177, (6), 16-33.
- DONNAN, C. B. (1991). *La iconografía Mochica en Los Incas y el antiguo Perú. 3000 años de historia*, 1, 258-270. Madrid: Sociedad Estatal Quinto Centenario.
- DONNAN, C. B. (1992). *Ceramics of Ancient Peru*. Fowler Museum of Cultural History. Los Angeles: University of California.
- DONNAN, C. B. & C. J. MACKAY (1978). *Ancient Burial Patterns of the Moche Valley, Peru*. Austin: University of Texas Press.
- DONNAN, C. B. & D. MCCLELLAND (1979). *The Burial Theme in Moche Iconography*. Studies in Pre-Columbian Art and Archaeology, 21. Washington, D.C: Dumbarton Oaks.
- DUNNING, N. (2000). ¿Lento declive o nuevo comienzo? El cambio de la civilización Maya clásica en la región de Puuc. En Grube, N. (Ed.), *Los Mayas: Una civilización milenaria*, (pp. 323-337). Colonia: Könnemann Verlagsgesellschaft mbH.
- FORD, J. A. (1949). Cultural dating of prehistoric sites in Viru Valley, Peru. En Ford, J. A. & G. R. Willey (eds.) *Surface survey of the Viru Valley, Peru*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, 43, (1), 29-87.
- FORD, J. A. & WILLEY, G. R. (1949). *Surface Survey of the Viru Valley, Peru*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, 43, (1).
- GARCÍA C., E., W. MARINO G. & M. TUFINIO (1994). Secuencia constructiva de la Plataforma III de Huaca de la Luna. Informe de prácticas pre-profesionales (Tesina). Trujillo, Escuela de Arqueología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Trujillo
- GALLARDO C., R. & J. NARRO C. (1992). Revisión de la Arquitectura de la Huaca del Sol en la Sección 2. Informe de prácticas pre-profesionales (Tesina). Trujillo, Escuela de Arqueología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Trujillo.
- HAAS, J. (1985). Excavations on Huaca Grande: An initial view of the elite at Pampa Grande, Peru. *Journal of Field Archaeology*, 12, (4), 391-409.
- HABETLER, P. (1998). Excavación de una tumba Chimú en la Plataforma I de la Huaca de la Luna. En Uceda, S.; E. Mujica & R. Morales (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*, (pp. 29-41). Trujillo: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad.
- HASTINGS, C. & M. E. MOSELEY (1975). The adobes of Huaca del Sol and Huaca de la Luna. *American Antiquity*, 40, (2) 196-203.
- HECKER, G. & W. HECKER (1982). *Pacatnamu. Vorspanische Stadt in Nordperu*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 5.
- HECKER, G. & W. HECKER (1985). *Pacatnamu y sus construcciones. Centro religioso prehispánico en la costa norte peruana*. Publicaciones dentro del Proyecto de ediciones del legado científico de Heinrich Ubbelohde-Doering. Frankfurt y Main: Verlag Klaus Dieter Vervuert.
- HECKER, G. & W. HECKER (1990). Bestattete und Beigaben aus der nordperuanischen Ruinenstadt Pacatnamú. Ergänzungen zu den 1937-38 von H.Ubbelohde-Doering vor der Huaca 31 freigelegten vorinkaischen Gräbern. *Baessler-Archiv*, 38, 117-260.
- HECKER, G. & W. HECKER (1991). *Die Huaca 16 in Pacatnamú. Eine Ausgrabung an der nordperuanischen Küste*. Berlín: Dietrich Reimer Verlag.
- HECKER, G. & W. HECKER (1992). Ofrendas de huesos humanos y uso repetido de vasijas en el culto funerario de la costa norperuana. *Gaceta Arqueológica Andina*, 6, (21), 33-53.
- HECKER, W. & G. HECKER (1977). Archäologische Untersuchungen in Pacatnamú, Nord-Peru. *Indiana, Suplemento 9*.
- HECKER, W. & G. HECKER (1984). Erläuterungen von Beigaben und Zeitstellung vorspanischer Gräber von Pacatnamú, Nordperu. Auswertung der Grabungsunterlagen der von Heinrich Ubbelohde-Doering 1937-38 freigelegten Bestattungen. *Baessler-Archiv*, 32, 159-212.
- HECKER, W. & G. HECKER (1987). Pacanga. Eine Keramik der nordperuanischen Küstenregion aus der Zeit des Mittleren Horizontes. *Baessler-Archiv*, 35, 45-107.
- HECKER, W. & G. HECKER (1988). Keramik des Späten Horizontes und der frühen Kolonialzeit aus der Region des unteren Jequetepequetales, nordperuanische Küste. *Baessler-Archiv*, 36, 149-252.
- HECKER, W. & G. HECKER (1990). *Ruinas, caminos y sistemas de irrigación prehispánicos en la provincia de Pacasmayo, Perú*. Serie Patrimonio Arqueológico Zona Norte, 3. Trujillo, Instituto Departamental de Cultura, La Libertad.
- HERRERA, B. & C. CHAUCHAT (2003). La presencia moche temprano en la sección 1 de la Huaca del Sol, valle de Moche. En Uceda, S. & E. Elías (Eds.), *Moche: hacia el final del milenio*. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 1 al 7 de agosto de 1999) t. I, (pp. 189-216). Universidad Nacional de Trujillo y Pontificia Universidad Católica del Perú.
- HERRERA MEJÍA, B. & C. RAMÍREZ GAMONAL (1992). Secuencia constructiva de la sección 3 de la Huaca del Sol, valle de Moche. Informe de prácticas pre-profesionales (Tesina). Trujillo, Escuela de Arqueología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Trujillo.
- KROEBER, A. L. (1925). *The Uhle pottery collections from Moche*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 21, (5), 191-234.
- KUTSCHER, G. (1946). Die figürlichen Vasenmalereien der frühen Chimú (Alt-Peru). Tesis de doctora, Friedrich-Wilhelms-Universität, Berlín.
- KUTSCHER, G. (1948). Religion und Mythologie der frühen Chimú (Nord-Peru). *Actes du 28 Congrès Internationale des Américanistes (Paris, 1947)*, t.1, (pp.621-631). Paris.
- KUTSCHER, G. (1950a). *Chimú. Eine altindianische Hochkultur*. Berlín: Gebrüder Mann.
- KUTSCHER, G. (1950b). Sakrale Wertläufe bei den frühen Chimú (Nordperu). En Tönnies, I. (Ed.), *Beiträge zur Gesellungs- und Völkerwissenschaft: Professor Dr. Richard Thurnwald zu seinem achtzigsten Geburtstag gewidmet*, (pp. 209-226). Berlín: Gebrüder Mann.
- KUTSCHER, G. (1951). Ritual races among early Chimú. En Tax, S. (Ed.), *The Civilizations of Ancient America. Selected*

- Papers of the 29 International Congress of Americanists*, (pp. 224-251). Chicago: University of Chicago Press.
- KUTSCHER, G. (1954). *Nordperuanische Keramik. Figürlich verzierte Gefäße der Früh-Chimu. Cerámica del Perú septentrional. Figuras ornamentales en vasijas de los Chimués antiguos*. Monumenta Americana, 1.
- KUTSCHER, G. (1955a). *Arte antiguo de la costa norte del Perú. Ancient art of the Peruvian North Coast*. Berlín, Gebrüder Mann. (Reimpreso en Ravines, R. (comp.). *100 años de arqueología en el Perú*, [pp. 285-307]. Instituto de Estudios Peruanos y Petróleos del Perú. Lima, 1970).
- KUTSCHER, G. (1955b). Sacrifices et prières dans l'ancienne civilisation de Moche (Pérou du Nord). *Anais do 31 Congresso Internacional de Americanistas*, (pp. 763-776). Sao Paulo : Editorial Anhemí.
- KUTSCHER, G. (1956). Das Federballspiel in der alten Kultur von Moche (Nord-Peru). *Baessler-Archiv*, 4, (2), 173-184.
- KUTSCHER, G. (1958). Ceremonial 'badminton' in the ancient culture of Moche (North Peru). *Proceedings of the 32th International Congress of Americanists* (Copenhagen, 1956), (pp.422-432). Copenhagen: Munks Gaard.
- KUTSCHER, G. (1983). *Nordperuanische Gefäßmalereien des Moche-Stils*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 18.
- LARCO HOYLE, R. (1938). *Los Mochicas*. Tomo 1. Lima: Casa editora La Crónica y Variedades S.A.
- LARCO HOYLE, R. (1939). *Los Mochicas*. Tomo 2. Lima: Casa editora La Crónica y Variedades S.A.
- LARCO HOYLE, R. (1941). *Los Cupisniqués*. Lima: Casa editora La Crónica y Variedades S.A.
- LARCO HOYLE, R. (1944). *Cultura Salinar. Síntesis monográfica*. Chiclín: Museo Rafael Larco Herrera.
- LARCO HOYLE, R. (1945). *Los Mochicas (Pre-Chimú de Uhle y Early Chimú de Kroeber)*. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.
- LARCO HOYLE, R. (1948). *Cronología arqueológica del norte del Perú*. Biblioteca del Museo de Arqueología Rafael Larco Herrera, Hacienda Chiclín. Buenos Aires: Sociedad Geográfica Americana.
- MACKEY, C. J. & C. M. HASTING (1982). Moche murals from the Huaca de la Luna. En A. Cordy-Collins (Ed.), *Pre-Columbian Art History, Selected Readings*, (pp. 293-312). Palo Alto: Peek Publications.
- MAKOWSKI, K. (2003). La deidad suprema en la iconografía mochica: ¿Cómo definirla? En Uceda, S. & E. Mujica (Eds.), *Moche: hacia el final del milenio*. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 1 al 7 de agosto de 1999), t. I, (pp. 343-381). Universidad Nacional de Trujillo y Pontificia Universidad Católica del Perú.
- MENESES, S. & L. CHERO (1994). La arquitectura. En Alva, W. Sipán, (pp. 248-257). Colección de Cultura y Artes del Perú. Lima: Cervecería Backus & Johnston S.A.
- NARVÁEZ, A. (1996). Las Pirámides de Túcume: sector monumental. En *Túcume*, (pp. 83-151). Colección Arte y Tesoros del Perú. Lima: Banco de Crédito del Perú.
- POZORSKI, S. (1976). Prehistoric Subsistence Patterns and Site Economics in the Moche Valley, Peru. Tesis de doctorado, Anthropology Department, University of Texas, Austin.
- SEOANE, F.; C. ESLAVA, C. GALLARDO, A. PALOMINO, I. RENGIFO & R. SUSAYA (2006). La distribución y consumo de recursos alimenticios en relación a la organización espacial del Conjunto Arquitectónico 35 del complejo arqueológico Huacas del Sol y la Luna. En Uceda, S.; E. Mujica & R. Morales (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 2005*, (pp. 207-272). Trujillo: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Trujillo.
- SHIMADA, I. (1978). Economy of a prehistoric urban context: Commodity and labor flow at Moche V Pampa Grande, Peru. *American Antiquity*, 43,(4), 569-592.
- SHIMADA, I. (1982). Horizontal archipelago and coast-highland interaction in north Peru: archaeological models. En Millones, L. & H. Tomoeda (Eds.), *El hombre y su ambiente en los Andes Centrales*, Senri Ethnological Studies, 10, 137-210. Osaka: National Museum of Ethnology.
- SHIMADA, I. (1994). *Pampa Grande and the Mochica Culture*. Austin: University of Texas Press.
- SHIMADA, M. J. & I. SHIMADA (1981). Explotación y manejo de los recursos naturales en Pampa Grande, sitio Moche V. Significado del análisis orgánico. *Revista del Museo Nacional*, 45, 19-73.
- STRONG, W. D. (1947). Archaeological exploration in the Viru Valley, Peru by the Columbia University Expedition of 1946. *Newsletter of the Archeological Society of New Jersey*, 16, 13-14.
- STRONG, W. D. (1948). Cultural epochs and refuse stratigraphy in Peruvian Archaeology. En W. C. Bennett (comp.), *A Reappraisal of Peruvian Archeology*. Memoirs of the Society for American Archaeology, 4, 93-102.
- STRONG, W. D. & EVANS, C., JR. (1952). *Cultural Stratigraphy in the Viru Valley, Northern Peru: The Formative and Florescent Epoch*. Columbia Studies in Archaeology and Ethnology, 4.
- TELLO, J. C. (1923). Wira Kocho. *Inka*, 1, 93-320.
- TELLO, J. C. (1929). *Antiguo Perú. Primera Época*. Lima. Comisión Organizadora del 2do Congreso Sudamericano de Turismo.
- TELLO, J. C. (1942). Origen y desarrollo de las civilizaciones prehistóricas andinas. *Actas y Trabajos Científicos, 27 Congreso internacional de Americanistas, t. 1*, (pp. 589-720). Lima.
- TELLO, R. (2002). Las tumbas del Conjunto Arquitectónico N° 35 - 2002, Huacas del Sol y de la Luna. En Uceda, S. & R. Morales (Eds.), Informe Técnico 2002, Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna, (pp.177-196). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- TELLO, R. & T. DELABARDE (2002). Las tumbas del Conjunto Arquitectónico N° 35 de las Huacas del Sol y de la Luna. En Uceda, S. & R. Morales (Eds.) Informe Técnico 2002, Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- TELLO, R.; A. ENCOMENDEROS., M. GUTIÉRREZ, J. SICCHA., C. MERCADO., M. RODRÍGUEZ, F. GARCÍA, D. GONZÁLEZ & M. VERA (2006). Investigaciones en el Conjunto Arquitectónico 35, Centro Urbano Moche. En Uceda, S.; E. Mujica & R. Morales (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 2000*, (pp. 149-183). Trujillo: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Trujillo.
- TELLO, R.; F. SEOANE, K. SMITH, J. CHIGUALA, A. BARRIGA & J. PALOMINO (2003). El conjunto Arquitectónico 35 de las Huacas del Sol y de la Luna. En Uceda, S. & R. Morales (Eds.), Informe Técnico 2002, Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna, (pp. 83-132). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- TELLO, R.; F. SEOANE, N. M. GARCÍA, W. CHIGUALA, M. I. ANGULO, J. V. OTINIANO & D. GONZÁLEZ (2005). Cambios en la dieta con relación a las fases de ocupación del Conjunto Arquitectónico 35 de las Huacas del Sol y de la Luna. En Uceda, S. & R. Morales, (Eds.), Informe Técnico 2004, Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna, (pp. 205-257). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- TOPIC, T. L. (1977). Excavations at Moche. Tesis de doctorado, Department of Anthropology, Harvard University. Cambridge.
- TUFINIO C., M. (2004a). Excavaciones en la Plaza 3c de la Huaca de la Luna (1998/1999). En Uceda, S.; R. Morales & E. Mujica (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1998-1999*, (pp. 99-117). Trujillo: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Trujillo.
- TUFINIO C., M. (2004b). Excavaciones en la Unidad 12a (ampliación norte), Plataforma I, Huaca de la Luna.

- En Uceda, S.; R. Morales & E. Mujica (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1998-1999*, (pp. 21-39). Trujillo: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Trujillo.
- TUFINIO C., M. (2004c). Excavaciones en el Frontis Norte y Plaza 1 de Huaca de la Luna. En Uceda, S. & R. Morales (Eds.), Informe Técnico 2003, Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna, (pp. 27-50). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- TUFINIO C., M. (2005). Excavaciones en el Frontis Norte y Plaza 1 de Huaca de la Luna. En Uceda, S. & R. Morales (Eds.), Informe Técnico 2004, Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna, (pp. 57-89). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- TUFINIO C., M. (2006a). Excavaciones en la Plaza 3C y sacrificios humanos en Huaca de la Luna. En Uceda, S.; R. Morales & E. Mujica (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 2000*, (pp. 47-63). Trujillo: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- TUFINIO C., M. (2006b). Excavaciones en la Plaza 2B de Huaca de la Luna. En Uceda, S.; R. Morales & E. Mujica (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 2000*, (pp. 33-45). Trujillo: Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad.
- TUFINIO C. M. (2006c). Excavaciones en el Frontis Norte y Plaza 1 de Huaca de la Luna. En Uceda, S. & R. Morales (Eds.), Informe Técnico 2005, Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna, (pp. 41-77). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- UBBELOHDE-DOERING, H. (1941). *Auf den Königstrassen der Inka. Reisen und Forschungen in Peru*. Berlín: Verlag Ernst Wasmuth.
- UBBELOHDE-DOERING, H. (1952a). *Kunst in Reiche der Inca*. Tübingen: Ernst Wasmuth.
- UBBELOHDE-DOERING, H. (1952b). Untersuchungen zur Baukunst der nordperuanischen Küstentäler. *Baessler-Archiv*, 1, 23-47.
- UBBELOHDE-DOERING, H. (1957). Der Gallinazo-Stil und die Chronologie der altperuanischen Frühkulturen. *Bayerische Akademie der Wissenschaften. Philosophisch-Historische Klasse, Sitzungsberichte*, 9, 1-8. München.
- UBBELOHDE-DOERING, H. (1959a). Bericht über archäologische Feldarbeiten in Peru, II. *Ethnos*, 24, (1-2), 1-32.
- UBBELOHDE-DOERING, H. (1959b). *Altmexikanische und peruanische Malerei. Meisterwerke ausereuropäischer Malerei*, Berlín.
- UBBELOHDE-DOERING, H. (1960). Bericht über archäologische Feldarbeiten in Peru, III. *Ethnos*, 25, (3-4), 153-182.
- UBBELOHDE-DOERING, H. (1966). *Kulturen Alt-Perus. Reisen und archäologische Forschungen in den Anden Südamerikas*. Tübingen: Verlag Ernst Wasmuth.
- UBBELOHDE-DOERING, H. (1983). *Vorspanische Gräber von Pacatnamú, Nordperu*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 26.
- UCEDA, S. (1997). Esculturas en miniatura y una maqueta en madera. En Uceda, S.; R. Morales & E. Mujica (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1995*, (pp. 151-176). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- UCEDA, S. (2005). Los de Arriba y los de Abajo: Relaciones sociales, políticas y económicas entre el templo y los habitantes en el centro urbano de las Huacas de Moche. En Uceda, S. & R. Morales (Eds.), Informe Técnico 2004, Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna, (pp. 283-317). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- UCEDA, S. & J. CANZIANI (1998). Análisis de la secuencia arquitectónica y nuevas perspectivas de investigación en la Huaca de la Luna». En Uceda, S.; R. Morales & E. Mujica (Eds.), *Investigaciones en la Huaca de la Luna 1996*, (pp. 139-158). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- UCEDA, S.; R. MORALES., J. CANZIANI & M. MONTOYA VERA (1994). Investigaciones sobre la arquitectura y relieves policromos en la Huaca de la Luna, valle de Moche. En Uceda, S. & E. Mujica (Eds.), *Moche: propuestas y perspectivas. Actas del Primer Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 12 al 16 de abril de 1993)*, (pp.251-303). Lima: Universidad de La Libertad, Trujillo, Instituto Francés de Estudios Andinos y Asociación Peruana para el Fomento de las Ciencias Sociales.
- UCEDA, S. & C. RENGIFO (2006). La especialización del trabajo: teoría y arqueología. El caso de los orfebres mochicas. En Uceda, S. & R. Morales (Eds.), Informe Técnico 2005, Proyecto Arqueológico Huaca de la Luna, (pp. 303-319). Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de La Libertad, Trujillo.
- UCEDA, S. & M. TUFINIO C. (2003). El complejo arquitectónico religioso Moche de Huaca de la Luna: una aproximación a su dinámica ocupacional. En Uceda, S. & E. Mujica (Eds.), *Moche: hacia el final del milenio*. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 1 al 7 de agosto de 1999), t. II, (pp. 179-228). Universidad Nacional de Trujillo y Pontificia Universidad Católica del Perú.
- UHLE, M. (1930). Desarrollo y origen de las civilizaciones americanas. *XXIII International Congress of Americanists* (1928), (pp.31-43). Lancaster/ New York.
- UHLE, M (1998). Las ruinas de Moche. En Kaulicke, P. (Ed), *Max Uhle y el Perú antiguo*, (pp. 205-227). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- WILLEY, G. (1953). *Prehistoric Settlement Patterns in the Viru Valley, Peru*. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 155.
- WILLEY, G. (1974). The Viru Valley settlement pattern study. En Willey, G. R. (Ed.), *Archaeological Researches in Retrospect*, (pp. 149-176). Cambridge: Winthrop Publishers, Co.
- ZEVALLS QUIÑONES, J. (1994). *Huacas y Huaqueros en Trujillo durante el Virreynato (1535-1835)*. Trujillo: Editora Normas Legales S. A.

MARKAHUAMACHUCO Y LA SIERRA DEL DEPARTAMENTO LA LIBERTAD, NORTE DEL PERÚ: LA CONTRIBUCIÓN DE UHLE

Jesús Briceño Rosario¹

INTRODUCCIÓN

Los trabajos pioneros de Max Uhle en el norte de Perú, pueden sintetizarse en dos grandes contribuciones para la arqueología peruana. La primera, que ha sido reconocida ampliamente, es el uso, por primera vez, del método estratigráfico en las excavaciones realizadas en las huacas del Sol y de La Luna, valle de Moche, que le permitió a Uhle establecer una cronología relativa, la primera cronología arqueológica que se construye para todo el continente americano (Rowe, 1998). La segunda gran contribución de Uhle a la arqueología peruana y que muy pocas veces ha sido resaltada, es la propuesta metodológica de realizar un reconocimiento completo de la cuenca hidrográfica de un valle costero, como fue su viaje desde Trujillo a la sierra de Huamachuco, con el propósito de conocer las relaciones transversales de las sociedades prehispánicas del área andina, tema sobre el cual vamos a enfatizar en el presente trabajo.

Cuando Uhle sale de la ciudad de Trujillo para dirigirse a Huamachuco, siguiendo el curso del río Moche y ríos tributarios, dejando de lado la «ruta de los Incas» que los españoles y grandes viajeros siempre siguieron (Cajamarca-valle de Condebamba-Huamachuco-Conchucos), el arqueólogo alemán estaba muy consciente de la importancia de conocer primero y de manera integral la configuración de un valle desde sus orígenes en las partes altas, antes de seguir excavando tumbas o construcciones monumentales en la costa.

Los trabajos de Uhle en Marcahuamachuco, cuyo máximo apogeo se dio entre los 400-600 años d. C., contemporáneo con el desarrollo de la cultura Moche en la costa, sirvieron más tarde para llamar la atención a diversos investigadores que la parte alta de la cuenca hidrográfica del valle de Moche y el área de Huamachuco, eran de vital importancia para explicar mejor la naturaleza de los asentamientos prehispánicos de la costa. Esta es una de las razones por la que Kroeber, quien tenía muy claro la importancia de reconocer los factores geográficos y ecológicos en materia de adaptación cultural (Ravines, 1982), años más tarde, motivara a

McCown (1945) para ampliar las investigaciones en el área de Huamachuco.

Las excavaciones arqueológicas que Uhle realizó en Marcahuamachuco y otros sitios cercanos, han constituido el soporte para construir la primera secuencia cultural para el área de Huamachuco por parte de Thatcher, un estudiante de la Universidad de Pensilvania, institución académica a la que estuvo ligado Max Uhle entre 1895 y 1898.

Luego de permanecer casi tres meses en Huamachuco, trabajando sin financiamiento económico de alguna institución, Uhle inicia el regreso a Trujillo, tomando una nueva ruta: el curso del río Chicama. Es un reconocimiento muy rápido el que realiza a su cuenca hidrográfica; sin embargo muy pocas veces, o probablemente nunca, se ha llamado la atención sobre la importancia que esta ruta representa para comprender mejor las interrelaciones transversales costa-sierra de las ocupaciones humanas prehispánicas en el valle de Chicama, uno de los valles más grandes de la costa peruana.

Han transcurrido 107 años desde que Uhle «viaja» a la sierra de La Libertad y todavía muchos de los lugares que exploró no han vuelto a ser visitados y menos estudiados arqueológicamente. Sirva pues esta oportunidad para establecer un «diálogo renovado» (Kaulicke, 1998, p. 25) sobre la obra de Max Uhle y reflexionar de manera conjunta sobre la pertinencia de continuar con las investigaciones arqueológicas, principalmente en las partes altas de los valles de Moche y Chicama, abordando las interacciones entre los espacios culturales y los factores geográficos, en las que podemos sintetizar una de las contribuciones más importantes de Uhle para esta parte del área andina.

ALGUNOS ANTECEDENTES A LA LLEGADA DE UHLE A HUAMACHUCO

En el sentido estricto de la palabra, Uhle es el primer arqueólogo que realiza investigaciones arqueológicas en la sierra del departamento La Libertad, principalmente en la parte alta del valle de Moche, el área de Otuzco, Quiruvilca, Huamachuco, y la parte alta del río Chicama.

¹ Instituto Nacional de Cultura, La Libertad, Trujillo, Perú.

Las primeras referencias que tenemos del área de Huamachuco, son los planos y dibujos realizados por el obispo Martínez Compañón, durante su visita pastoral a la Diócesis de Trujillo entre 1782 y 1785, a la que pertenecía la provincia de Huamachuco. Hay un plano que, «demuestra los fragmentos de una población del tiempo de los Yncas del Perú nombrado Malca Guamachuco sito a 2 leguas de distancia del pueblo de Guamachuco Diócesis de Trujillo hacia el medio día» (Martínez Compañón, 1785).

Los planos de Marcahuamachuco levantados por Martínez Compañón han sido tomados en cuenta por Jiménez (1996), cuando se refiere a «las primeras excavaciones arqueológicas en América durante el siglo XVIII», aunque lo cita con el nombre de «Molca Guamanchuco».

Después tenemos las referencias de Wiener (1993 [1880]) quien da cuenta del viaje que realiza desde el valle de Chicama hacia Cajamarca, para luego dirigirse a Huamachuco siguiendo el curso del río de Condebamba y continuar su viaje hacia el Callejón de Conchucos. Se trata de un itinerario que describieron los conquistadores españoles y cronistas. Uhle haría varias observaciones sobre la información que presenta Wiener.

Pero, antes de Wiener, Raimondi (1900) ya había recorrido ampliamente el Perú. Hacia 1860, lo encontramos saliendo de Trujillo con dirección al área de Otuzco (visita Salpo), sigue por el Alto Chicama, llega a Huamachuco (describe Viracochapampa, Marcahuamachuco, entre otros lugares), pasa por la Hacienda Llaray, regresa a Huamachuco y continúa su viaje hacia el oriente. Las descripciones del paisaje natural y social que hace Raimondi, ayudan a precisar el recorrido que siguió Uhle.

LA RUTA DE UHLE A HUAMACHUCO

Dentro del esfuerzo de muchas personas e instituciones por dar a conocer toda la obra de Uhle en el Perú y el continente americano en general, Liebscher (1999), a partir de la revisión de las libretas de campo, cartas y manuscritos de Uhle que se encuentran en el Instituto Ibero-Americano de Berlín, ha presentado el itinerario del viaje de Uhle a Huamachuco (15 de marzo al 2 de julio de 1900), sobre el cual vamos a desarrollar nuestro trabajo (figura 1)

A pesar de que Liebscher (1999, p. 58), ha señalado que la ruta de viaje de Uhle, ha sido «...representada lo más detalladamente posible», hay una cierta confusión en algunos tramos, que vamos a tratar con detenimiento más adelante.

Asimismo, si revisamos solo el listado de los lugares que presenta Liebscher (1999, pp. 76-77), es difícil llegar a comprender el gran aporte que significa este «viaje» de Uhle a Huamachuco. Pero, si analizamos brevemente cada tramo de esta ruta, podemos observar la cantidad de sitios arqueológicos que existen en ella, muchos de los cuales con características excepcionales. Por su carácter intuitivo, estamos seguros de que Uhle

buscó registrar las huellas que expresen las interrelaciones costa-sierra, de los diversos asentamientos prehispánicos que se encuentran en esta parte norte del Perú. A pesar que el viaje fue muy apurado, de tan solo 108 días para reconocer la mayor parte de la sierra de La Libertad, incluyendo excavaciones en algunos sitios, consideramos que Uhle sí llegó a demostrar esta interrelación transversal costa-sierra.

A partir de la información que nos han presentado Liebscher (1999) y Würster (Ed.) (1999), los trabajos posteriores de otros investigadores y el conocimiento arqueológico y geográfico que tiene el autor de esta parte del norte del Perú, incluyendo la experiencia de la caminata que realizamos desde las Huacas del Sol y La Luna, hasta el sitio arqueológico El Abiseo (Briceño, 1997; Briceño & Pillsbury, 1997), presentamos, en un contexto más amplio, cada uno de los lugares por donde recorrió Uhle en su viaje desde Trujillo hasta Huamachuco regresando por el valle de Chicama y su importancia que tienen en la actualidad para la arqueología andina.

«PARTIDA DE TRUJILLO A OTUZCO, PASANDO POR LAS HACIENDAS DE LAREDO, GALINDO Y PEDREGAL VIEJO» (15 Y 16 DE MARZO)

Después de sus trabajos en las huacas del Sol y La Luna, el 15 de marzo, Uhle deja la ciudad de Trujillo para iniciar su viaje a Huamachuco, con una primera parada en el pueblo de Otuzco que se encuentra a 74 kilómetros de Trujillo. Este tramo de Trujillo-Otuzco generalmente se hacía en veinte horas por lo que siempre se tomaba un descanso para pasar la noche. No se tiene conocimiento del lugar donde se quedó Uhle, pero este podría haber sido entre Poroto y Samne que es un poco más de la mitad del camino a Otuzco. Las haciendas de Laredo, Galindo y Pedregal Viejo a las que hace referencia Liebscher (1999), debieron ser recorridas en el primer día. No tenemos información de los lugares que recorrió el segundo día, pero todo hace pensar que siguió el curso del río Moche (figura 2).

a) Trujillo-Laredo. Es un tramo que Uhle ya había recorrido el 30 de agosto de 1897, cuando estuvo por primera vez en el valle de Moche (Liebscher, 1999, p. 75) y visita la hacienda Sacachique. En 1900, Laredo se encontraba bajo la administración de Hans Heinrich Brüning (Schädel, 1988). Los sitios arqueológicos que se encuentran en este tramo son Cerro Pesqueda, llamado antiguamente Cerro Trapiche —destruido casi totalmente— y Huaca Sacachique, también conocida como Huaca Caña (Watanabe, 1976; Pozorski, 1976), ambos sitios del Período Formativo. Berrocal (2003, pp. 44-45), hace referencia que en 1909, junto a Cerro Trapiche (Cerro Pesqueda), se encontraba la Hacienda Trapiche, en cuyas tierras existían dos huacas que fueron demolidas posteriormente. Esta información de Berrocal es importante porque demuestra que el «paisaje arqueológico» que observó Uhle fue otro al actual. No solamente los sitios arqueológicos estaban mejor conservados sino que su número era mayor al que conocemos en la actualidad.

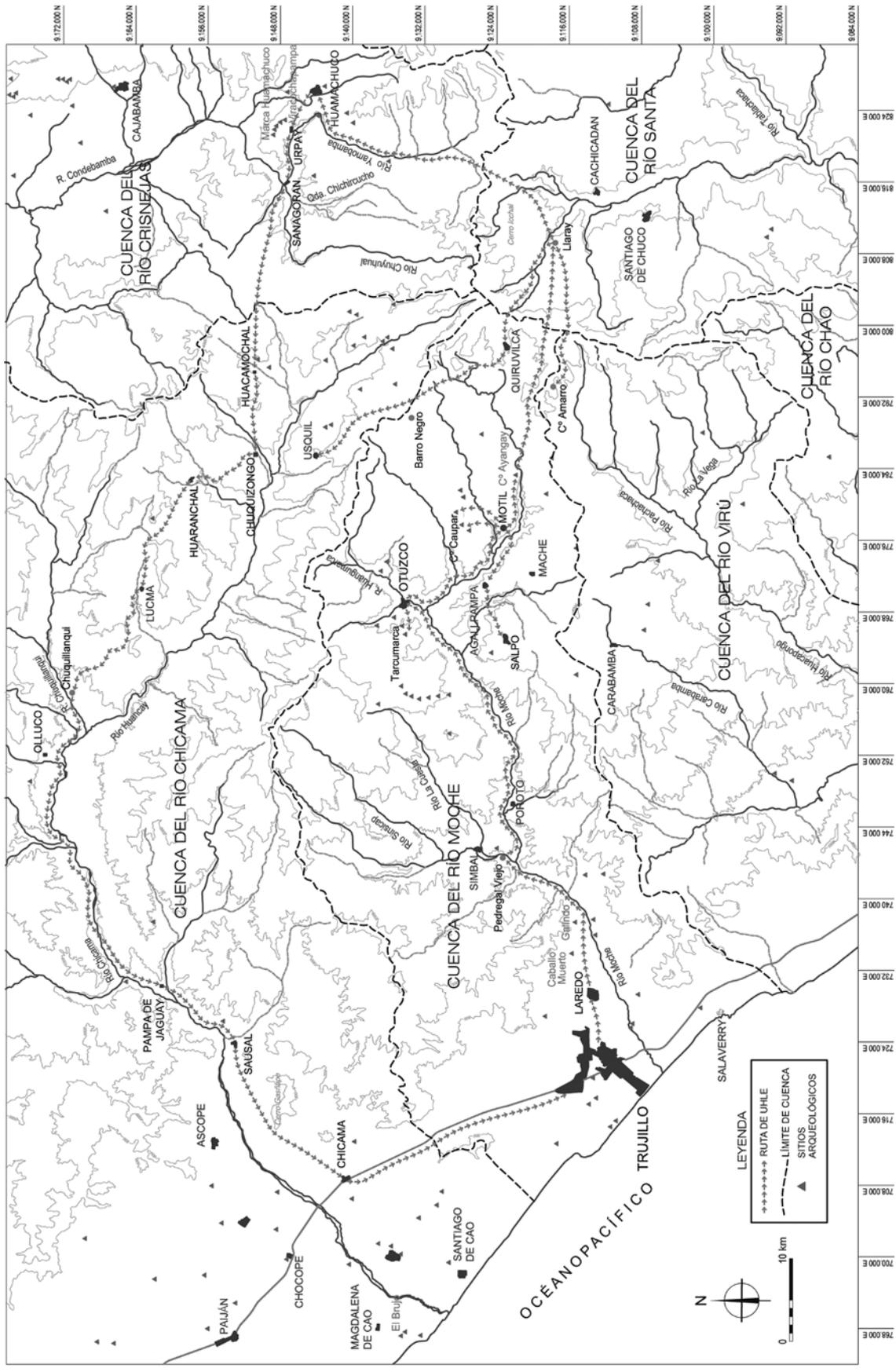


Figura 1. Plano general de la ruta de Max Uhle de Trujillo a Huamachuco y el regreso por el valle Chicama. Plano elaborado por Jesús Briceño.

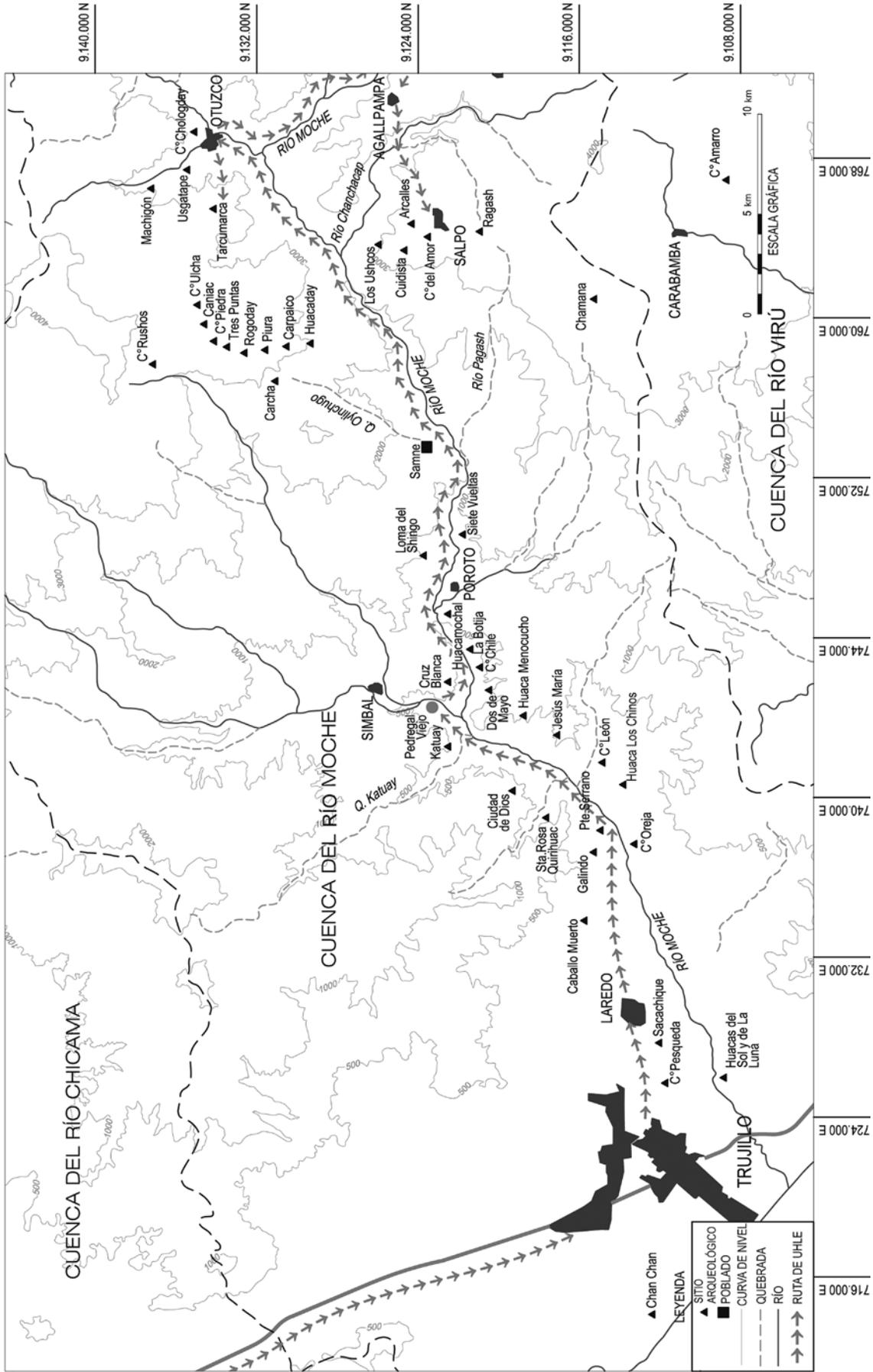


Figura 2. Plano de la ruta de Max Uhlé, tramo Trujillo-Otuzco. Plano elaborado por Jesús Briceño.

b) Laredo-Galindo. Es casi seguro que Uhle observó todo el Complejo Arqueológico de Caballo Muerto (Watanabe, 1976; Pozorski, 1976). Luego, pasaría al pie del canal prehispánico de Vichansao, cuya construcción tuvo como finalidad hacer llegar las aguas del río Moche hasta Chan-Chan (Rodríguez Suy Suy, 1971, 1973). Pasando por la «hermosa hacienda de Galindo» (Raimondi, 1900, p. 10), debió haber observado al norte, la gran muralla que encierra parte de Galindo (Pozorski, 1976; Bawden 1977, 1982).

c) Galindo-Pedregal Viejo. Antes de llegar al río Moche, Uhle habría observado al norte, muy cerca del camino, Puente Serrano (Watanabe, 1976; Pozorski, 1976; Billman, 1996), un asentamiento de la época formativa con grandes plataformas. En el camino a Pedregal Viejo y siguiendo ya el curso del río Moche aguas arriba, Uhle debió observar a la distancia y al sur, en la margen izquierda del río Moche, Cerro Oreja (Watanabe, 1976; Topic & Topic 1977, Topic *et al.*, 1981; Billman, 1996; Briceño *et al.*, 2006), el asentamiento más importante del Período Gallinazo en asociación con evidencias precedentes de la sierra. También, a poca distancia de su camino, y siempre en la margen izquierda del río, Uhle habría observado Huaca Los Chinos, Cerro León, Jesús María y Huaca Menocucho (Watanabe, 1976; Billman, 1996). Cerro León es el que presenta actualmente las mejores evidencias de poblaciones de la sierra que se establecieron en la parte baja-media del valle (Billman, 1996; Briceño *et al.*, 2006).

Por la margen derecha del río Moche, siguiendo su viaje a Pedregal Viejo, Uhle debió haber observado no muy distantes, los sitios arqueológicos de Santa Rosa-Quirihuac (Billman, 1996; Billman *et al.*, 1999; Gumerman & Briceño, 2003), Ciudad de Dios (Billman, 1996; Billman & Briceño, 1999) y la Quebrada Katuay, donde se encuentra el centro administrativo rural Chimú de Katuay (Keating, 1980), además de ser un corredor

natural para comunicarse, de manera directa, con la parte media del valle de Chicama.

d) Pedregal Viejo-Otuzco. Uhle debió cruzar el río Simbal, retomar el curso del río Moche por su margen derecha y pasar por los terrenos de la Hacienda Cruz Blanca, donde se encuentra el complejo arqueológico del mismo nombre, con una larga secuencia ocupacional y la presencia de cerámica serrana (Topic & Topic, 1980, 1987; Billman, 1996). Desde Cruz Blanca, al otro lado del río Moche, se puede observar la hacienda Dos de Mayo, en cuyos terrenos se encuentra también el sitio arqueológico del mismo nombre, La Botija y Chile (Topic & Topic, 1980). Siempre siguiendo por la margen derecha del río Moche, Uhle pasó por la hacienda de Puente Larco hasta Shirán, observando al otro lado del río, Huacamochal, uno de los sitios Moche III y IV más grandes que se conoce en esta parte del valle (Topic & Topic 1980, p. 11; 1987, p. 52).

De Shiran a Otuzco hay una distancia aproximada de 40 kilómetros. Liebscher (1999) no ofrece referencia alguna de los lugares por donde habría pasado Uhle. Sin embargo, pensamos que la ruta fue el curso del río Moche. Muy cerca de Shiran se encuentra el sitio arqueológico Loma El Shingo (Topic & Topic 1980, p. 10). Avanzando, y a menos de dos kilómetros de distancia, Uhle debió haber observado en la margen izquierda del río Moche el cerro Siete Vueltas (Topic & Topic 1980, p. 9; 1987, p. 53) y, también, las tomas de agua de los canales prehispánicos que van a irrigar las tierras de la margen izquierda del valle de Moche. Pasando por Cerro San Bartolo, Uhle debió haber observado el curso del río de Pagash, un corredor natural, que además de presentar varios sitios arqueológicos, comunica directamente a la sierra de Salpo. Al llegar a Samne, donde el valle es más estrecho (figura 3), seguro que Uhle observó por el norte la quebrada de Oylinchugo, un corredor natural, denominado «la ruta Huacaday», que comunica, de manera



Figura 3. Parte alta del valle de Moche, camino a Otuzco.

directa a los sitios arqueológicos de Huacaday, Cerro Carpaico, Carcha, Piura, Rogoday, Tres Puntas, Caniac, Cerro Ulcha (Topic & Topic, 1977; Topic & Topic, 1978; Mackenzie, 1980; Coupland, 1979; Krzanowski, 1986). Por estos sitios arqueológicos, durante el Período Intermedio Tardío y posiblemente antes, se observa un fuerte tráfico entre poblaciones más altas y la parte baja del valle de Moche (Topic & Topic, 1978; Mackenzie, 1980). Siempre en Samne, por el sur, Uhle debió haber observado el otro corredor natural que, subiendo los cerros, conduce a Cuidista, uno de los sitios más grandes del área de Salpo (Topic & Topic, 1978, p. 4).

1) «Otuzco» (16-18 de marzo)

Uhle debió haber llegado a Otuzco por la tarde o noche del día 16 de marzo. El pueblo, fundado en 1572 con las reducciones de Francisco Toledo, tiene en sus alrededores varios sitios arqueológicos como Cerro Chologday del que seguramente Uhle tuvo conocimiento.

2) «Excursión a los restos de asentamientos en el Cerro Tarcumarca» (19 de marzo)

Luego de permanecer dos días en el pueblo de Otuzco, Uhle subió a las partes altas de Otuzco y se dirigió hacia Cerro Tarcumarca, un sitio arqueológico de 20 kilómetros cuadrados, llamado por Uhle Tarcumarca (Liebscher, 1999, p. 76). Un conjunto de estructuras dispersas del Período Intermedio Tardío caracterizan el sitio (Topic & Topic 1978, p. 17; Mackenzie, 1980, pp. 107-110, 155; Krzanowski, 1986, p. 232). Por su arquitectura y su relación con los sitios arqueológicos de Cerro Usgatape y Machigón, localizados a poca distancia, Mackenzie (1980, p. 107), ha propuesto que Tarcumarca fue la capital de un «centro regional» durante el Período Intermedio Tardío para el área de Otuzco (figura 2).

3) «Excursión a la hacienda Motil y a las minas cercanas» (20 de marzo)

Uhle deja Otuzco para dirigirse a la hacienda Motil, cruza el río Otuzco, volviendo a retomar el curso del río Moche, pasa por las faldas oeste y suroeste del cerro Huangarrape, atraviesa el río Chota, pasa por el caserío de Carata, cruza el río Motil y llega a la Hacienda Motil, donde no realiza una excursión sino que permanece nueve días y es su centro de operaciones para visitar varios lugares (figura 4).

4) «De Motil a Salpo» (21 de marzo)

En Motil, Uhle debió haber observado al frente el área de Salpo y ser informado sobre la presencia de importantes sitios arqueológicos, por lo que había suficientes razones para cruzar el río Moche, llegar al pueblo de Agallpampa, seguir por las partes altas, bajar al río Chanchacap y volver a subir hasta el pueblo de Salpo, conocido por su ubicación como el «Balcón infinito, mirador de Dios» (figura 4).

Entre los sitios arqueológicos más conocidos en el área de Salpo podemos citar Cerro Los Arcalles, Cerro

Ragash, también conocido como Ragache, Cerro del Amor, Los Ushcos, Pampa del Shingo, Cuidista, Salpito, Chamana, Llagamasha, Cerro Shulgón, Cerro Capilla (Topic & Topic 1977, p. 6; 1978, pp. 2-8).

5) «Excursión de Motil a Yamobamba»

(22 al 23 de marzo)

Yamobamba es el área inmediata a Motil. Desde Yamobamba, Uhle seguramente quiso conocer con mayor precisión el nacimiento del río Moche, el mismo que, luego de seguir aproximadamente cuatro kilómetros con dirección sureste, cambia de curso hacia el este para recibir las aguas del río Constancia y formar el río Moche (figura 4). En su caminata de Motil a Yamobamba, Uhle debió haber tenido noticias del sitio arqueológico de Muchulle, que actualmente ha sido destruido casi totalmente. Asimismo, habría sido informado de la presencia de Cerro Ayangay, el que fue reconocido inmediatamente al día siguiente.

6) «Excursión a las ruinas del cerro de Ayangay»

(24 de marzo)

Cerro Ayangay se encuentra a poca distancia del margen derecho del nacimiento del río Moche, (figura 5). Según Zevallos Quiñones (1992, p. 195), Ayangay, en 1611, era una de las pachaquías de la Guaranga donde se estableció el pueblo de Nuestra Señora de la Concepción de Otusco, convertida en una reducción por González de Cuenca, en los primeros años del siglo XVII.

En la parte superior del cerro de Ayangay se ha reportado por lo menos tres tipos de arquitectura (figura 6). Uno de los ambientes presentaba nueve cabezas clavadas —de las cuales se conservan solo algunas en la actualidad—. Zaki (citado por Krzanowski, 1986, p. 238), obtuvo un fechado radiocarbónico de 210 ± 710 d. C. Topic & Topic (1978, pp. 13-14, 17; 1987), consideran que Cerro Ayangay es un sitio clave para entender el Período Intermedio Temprano en el área de Motil, y, en general, en esta parte de la sierra de La Libertad. Para nosotros, cerro Ayangay es uno de los primeros sitios Recuay reconocidos en la cuenca del valle de Moche.

7) «Excursión al cerro Caupar; descubrimiento de residuos de una antigua población de nombre Qoiqoche»

(25 de marzo)

Cerro Caupar, denominado por Uhle como «Qampar» (Liebscher, 1999, p. 76), se encuentra en la margen derecha del río Motil y es uno de los cerros más sobresalientes de toda el área de Otuzco-Motil (figura 4). Por su gran extensión la parte más próxima al actual caserío de Carata, es conocido como Cerro San Francisco, nombre con el que lo cita McCown (1945, p. 225). Krzanowski (1986, p. 238), basándose en los datos de Zaki, presenta un fechado radiocarbónico para Cerro Caupar de $1370 \pm?$ d. C., lo que correspondería a una ocupación del Período del Intermedio Tardío. Sin embargo Topic & Topic (1987, p. 52), ubican a Cerro Caupar en las fases medio y tardío del Período Intermedio Temprano. En nuestro

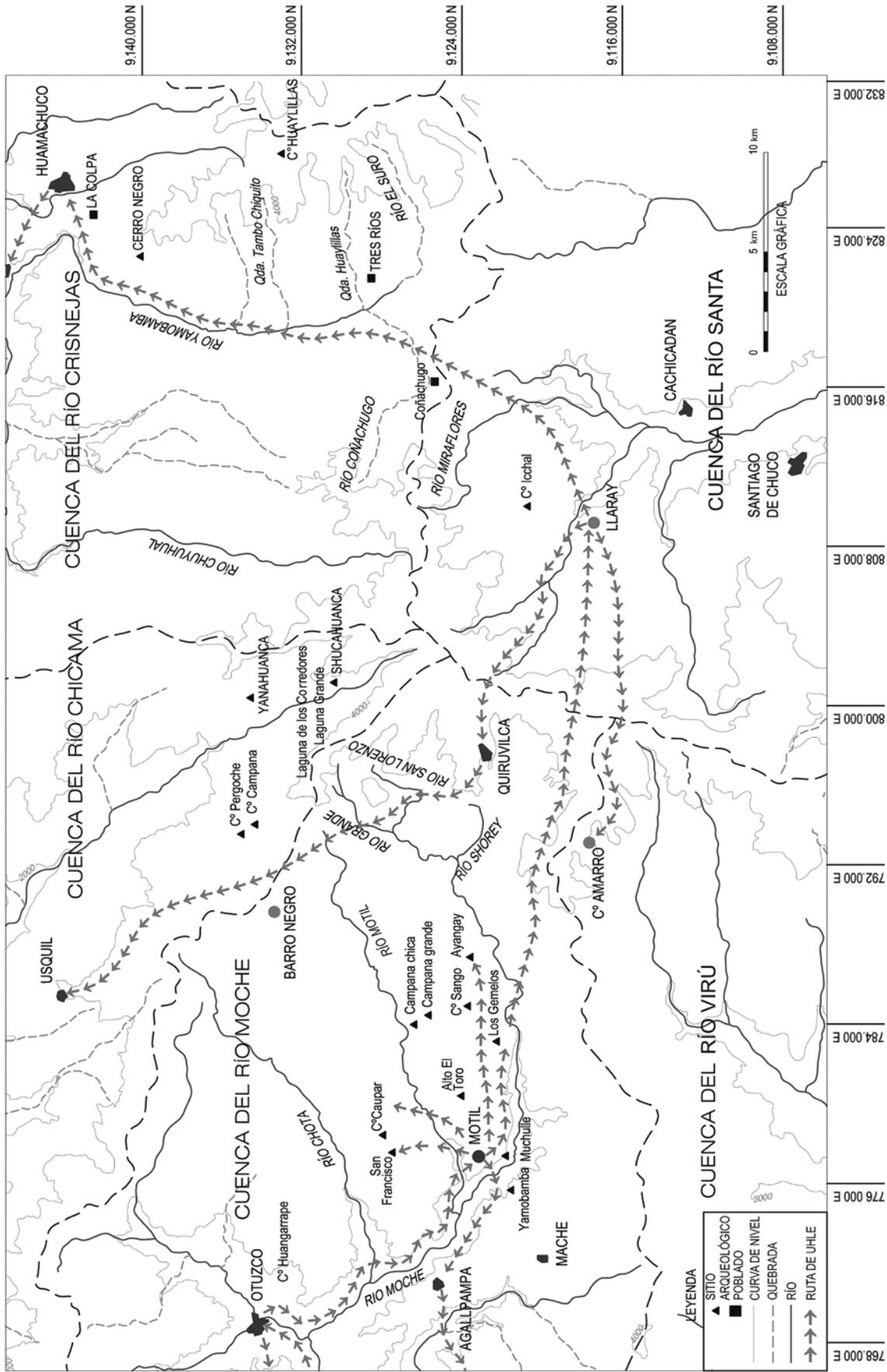


Figura 4. Plano de la ruta de Max Uhle, tramo Otuzco-Huamachuco. Plano elaborado por Jesús Briceño.



Figura 5. Vista panorámica de Cerro Ayangay. Fotografía de Jesús Briceño.



Figura 6. Detalle de la arquitectura de Cerro Ayangay. Fotografía de Jesús Briceño.

reconocimiento de este sitio, hemos observado una arquitectura de carácter monumental, con características del Período Intermedio Temprano. No tenemos información del porqué Uhle llama a este asentamiento prehispánico una «...población de nombre Qoiqoche». Nosotros hemos preguntado a muchas personas de esta zona si conocen esta palabra, pero nadie ha dado una respuesta afirmativa. En el centro poblado de Barro Negro, no muy distante de

Cerro Caupar, hay un sitio arqueológico conocido como Cerro Pergoche, que tiene la terminación muy parecida a Qoiqoche, que sería la única referencia para decir que, probablemente, este vocablo sí existió en la zona. Hay dos planos elaborados por Uhle sin leyenda, que se ha sugerido pueden corresponder a los sitios de «...el norte de los Andes Peruanos» (Wurster, [Ed.] 1999, p. 112). Es posible que puedan tratarse de Ayangay o Cerro Caupar.

8) «Excursión desde Motil a Qoiqoche y a dos cimas de roca» (27 de marzo)

No sabemos la razón por qué Uhle se refiere a Qoiqoche como un lugar, cuando con este nombre se refería a la población que se estableció en Cerro Caupar. Consideramos que Qoiqoche y Caupar, se refieren a un mismo lugar. Desde Cerro Caupar, que es uno de los cerros más altos del área de Motil, se pueden observar «las dos cimas de rocas», al que hace referencia Uhle (figura 7), conocidas por los actuales lugareños como

«las peñas de Huamán», ubicadas en el actual caserío de San Agustín, distrito de Agallpampa, y donde se encuentra también un sitio arqueológico (figura 8).

Desde Cerro Caupar, Uhle debió observar, a la distancia, los sitios arqueológicos de Cerro Alto el Toro; Cerro Campana Grande, Cerro Campana Chica, Cerro Los Gemelos y Cerro Sango, que se encuentran en el área de la margen izquierda del río Motil (Topic & Topic 1977, pp. 5, 9; 1978, pp. 14-15; Krzanowski, 1986, p. 232).



Figura 7. Vista panorámica de río Motil y las «dos cimas de roca». Fotografía de Jesús Briceño.



Figura 8. Detalle de las «dos cimas de rocas», Motil. Fotografía de Jesús Briceño.

9) «De Motil a la Hacienda de Llaray y luego a Quiruvilca» (28 de marzo)

Luego de su estadía en la Hacienda de Motil, Uhle se traslada a Llaray, otra importante hacienda de la sierra de La Libertad, en la cuenca del río Santa, distrito de Cachicadán, provincia de Santiago de Chuco. Raimondi (1900, pp. 27-28), visita esta hacienda en 1860 y presenta una buena descripción del lugar (figura 4).

No se puede precisar la ruta que Uhle siguió para llegar a la hacienda de Llaray. El viaje de 35 kilómetros aproximadamente debió significar todo un día. Una probable ruta que pudo haber tomado Uhle, es el curso del río Moche hasta la unión con el río o quebrada de Escalón, seguir por esta quebrada, pasar por Cerro San Juan y Cerro Amarro, al sur de Shorey y Quiruvilca, y luego bajar con dirección a la hacienda de Llaray, al norte del pueblo de Santiago de Chuco.

Parece existir un error cuando Liebscher (1999, p. 77) dice: «De Motil a la Hacienda de Llaray y luego a Quiruvilca». La ruta debió ser de Motil a la hacienda de Llaray pasando por Quiruvilca. En un solo día no se podría caminar de Motil a Llaray y luego a Quiruvilca, porque es una distancia larga y estamos sobre los 4.200 m de altura.

La hacienda de Llaray, se localiza al suroeste de Cerro Icchal, uno de los sitios arqueológicos más importantes de toda el área de Santiago de Chuco y Huamachuco, registrado por primera vez por Pérez (1994, p. 272), con un área de 10 hectáreas aproximadamente y considerado como el sitio más grande del distrito de Cachicadán. Pérez (1994, pp. 251-252), registra en la antigua hacienda de Llaray «...una piedra grande labrada con figuras de serpientes, el cual debe provenir de algún sitio arqueológico cercano».

El proyecto Catequil, dirigido por John Topic, —siguiendo la descripción de Juan de San Pedro (1992 [1560] p. 176) que hace referencia a tres peñas grandes en un cerro alto con un pueblo al servicio del adoratorio e ídolo de Catequil— ha determinado que esta descripción corresponde al cerro Icchal, que sobrepasa los 4.150 metros sobre el nivel del mar (Topic *et al.*, 2001; Nesbitt & Castillo, 2003).

10) «Excursión al cerro Amarro» (29 de marzo) (Liebscher, 1999, p. 77)

Cerro Amarro se encuentra al sur del actual pueblo de Shorey (figura 4). Es el único lugar de toda la ruta de Uhle a Huamachuco, en el que no hemos podido estar. Por el interés que tuvo Uhle de visitar Cerro Amarro, pensamos que se trata de un sitio arqueológico. Sin embargo, hemos revisado toda la literatura relacionada con la arqueología de esta parte de la sierra de La Libertad, y no existe ninguna referencia. De haber pasado Uhle por Cerro Amarro, este lugar podría ser un punto de comunicación entre la parte alta de la cuenca del río Moche y la parte alta de la cuenca del río Santa y el área de Santiago de Chuco. Haley (1979, p. 144), hace referencia de un sitio arqueológico con el nombre de

«Cerro Amarro», pero este se encuentra en el área de Carabamba.

11) «Excursión de Quiruvilca a Mache, pasando por Usquil» (30 de marzo)

Tramo que, tal como lo presenta Liebscher (1999, p. 77), es el más difícil de entender, por las siguientes razones: 1. Mache se encuentra al frente de Motil y si Uhle tenía interés en conocer este lugar pudo hacerlo desde Motil, que se encuentra más cerca con relación a Quiruvilca; 2. Mache se encuentra a menos de 8 kilómetros de distancia en línea recta de Salpo, que Uhle había conocido estando en Motil; 3. Desde Quiruvilca, dirigirse a Mache pasando por Usquil, es dar mucha vuelta, pues significa seguir por el Alto Chicama, llegar a Usquil, bajar a Otuzco, pasar nuevamente por Motil y después dirigirse a Mache; 4. Se trata de un tramo muy largo y no es posible hacerlo en un solo día, y menos hacer el viaje de regreso a Quiruvilca pasando por Barro Negro ese mismo día como señala Liebscher; 5. No existe otro pueblo con el nombre de Mache en el Alto Chicama. Sin embargo, debemos decir que Mache y Usquil, son dos áreas importantes desde el punto de vista arqueológico (figura 9).

12) De Mache a Barro Negro (ubicación desconocida); regreso a Quiruvilca (30 de marzo)

Como ya se explicó líneas arriba, este tramo es el que también está en cuestionamiento. Barro Negro, un centro poblado menor del distrito de Usquil, cuyo nombre Liebscher (1999, p. 77) considera como «ubicación desconocida», está estrechamente relacionado y comunicado con Quiruvilca. En los alrededores de Barro Negro se han registrado tres sitios arqueológicos: Cerro Pergoche, Cerro Campana y Cerro Coshuro (Krzanowski, 2006, p. 189; Briceño, 1997, pp. 13-14; Briceño & Pillsbury, 1997; Cruzado, 2000).

13) De Quiruvilca a Llaray (ubicación desconocida) (1 de abril)

A pesar de que hasta en cuatro oportunidades se afirmó que Uhle estuvo en Quiruvilca, no sabemos si solamente estuvo de paso, se quedó en el pueblo minero o realizó algún tipo de «excursión» por el área de Quiruvilca, sobre todo por la parte alta, donde se encuentra un conjunto de lagunas (figura 10), que asociadas a las «huacas» de Shulcahuanca (4.222 metros sobre el nivel del mar) y Yanahuanca (4.050 metros sobre el nivel del mar) y que pueden ser divisadas desde diversas partes, debieron constituir en tiempos prehispánicos un espacio sagrado-ceremonial (figura 11). En los alrededores de estos dos imponentes cerros asociados a lagunas, considerados por los primeros cronistas que llegan al área de Huamachuco como «huacas» importantes durante el periodo prehispánico (Topic, 1992), se ha registrado evidencias del periodo lítico (León *et al.*, 2004) y la ocupación más compleja del Formativo para el área de Quiruvilca-Huamachuco en Cerro Pelón (Krzanowski, 1983, 2006).

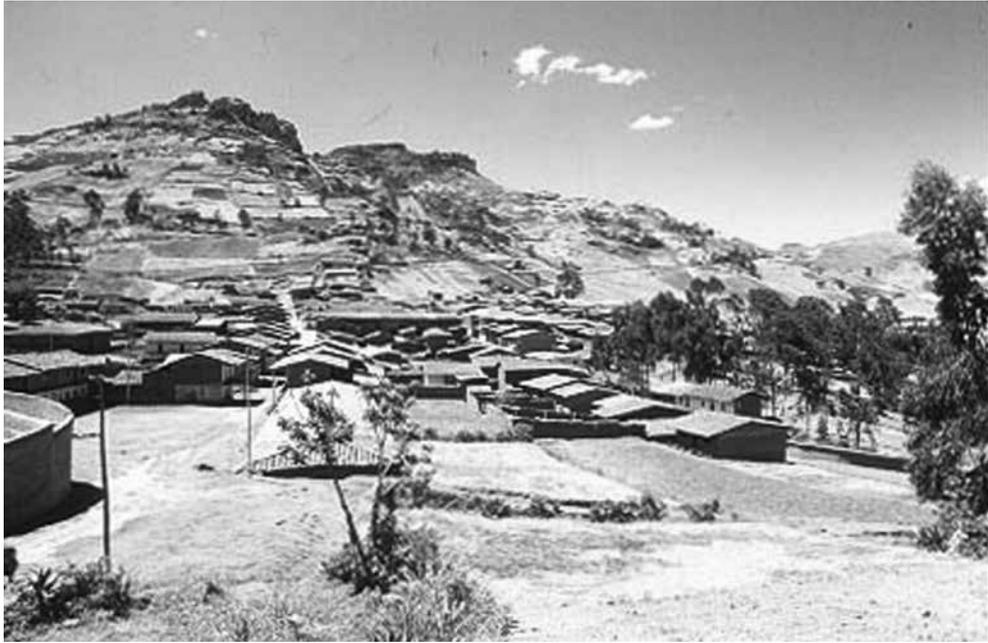


Figura 9. Mache y el sitio arqueológico de Cerro Miramar. Fotografía de Jesús Briceño.



Figura 10. Vista panorámica del área de Quiruvilca: Cerro Shulcahuanca y Laguna Los Ángeles. Fotografía de Jesús Briceño.

La parte alta de Quiruvilca es el punto más elevado de la sierra del departamento de La Libertad y en un radio de cinco kilómetros aproximadamente van a tener su nacimiento las cuencas de los ríos Chicama, Moche, Virú y Santa, cuyas aguas llegan al Océano Pacífico por el oeste y los ríos de Chuyugual y Yamobamba, que al unirse, forman el río Sanagoran perteneciente a la cuenca del Atlántico por el este.

Liebscher (1999, p. 77), se refiere a «Llaray» como un sitio de «ubicación desconocida», pero es el mismo lugar que «Llarai», solo que hay un ligero cambio en su escritura.

14) «Legada a Huamachuco» (2 de abril)

No tenemos conocimiento sobre la ruta que siguió Uhle desde la Hacienda Llaray a Huamachuco. Sin embargo, tomando como referencia el viaje que hace Raimondi (1900, pp. 26-28), desde Huamachuco a Llaray en 1860 y nuestro conocimiento del área, todo hace sugerir que pasó junto al cerro Icchal -por el sur- con dirección a los terrenos de la hacienda de San José de Porcón, cruzó el río Miraflores y subió hasta Cochañugo, el punto de división de aguas del Pacífico y Atlántico (figura 12). De Coñachuco, Uhle debió bajar hasta Tres Ríos y tomar el curso del río



Figura 11. Shulcahuanca, Quiruvilca. Fotografía de Jesús Briceño.



Figura 12. Cerro Icchal y camino hacia Coñachugo. Fotografía de Jesús Briceño.

Yamobamba, también conocido como río Vado, pasar al suroeste y oeste de «cerro nevado Huaylillas llamado también cerro de la Nieve» (Raimondi 1900, p. 27), seguir al noroeste y norte de Cerro Negro, cruzar las tierras de La Colpa y llegar a Huamachuco, punto obligado para pasar con dirección a la región de ceja de selva o selva alta por el oriente. La ruta Huamachuco-el curso del río Yamobamba-Tres Ríos y seguir con dirección al Callejón de Conchucos, fue «la ruta inca», que siguieron varios viajeros, cuando visitaron esta parte de la sierra de La Libertad, como es el caso de Charles Wiener (1983).

15) «Excursión desde Huamachuco a las ruinas de Viracochapampa» (3 de abril)

Al día siguiente de su llegada a Huamachuco, Uhle va directamente a Viracochapampa (figura 13). Es su primer contacto con este sitio, considerado como «capital secundaria para toda la sierra norte» del Imperio Huari y «la piedra angular para la interpretación de la conquista Huari» a esta parte de la sierra del Perú (Topic & Topic 1983-1985, p. 35). Posteriormente, Uhle regresa a Viracochapampa hasta en dos oportunidades, elaborando un plano donde se observa todo el rigor y dedicación que le puso a este trabajo (figura 14). El plano es tan bueno que muy poco ha variado con relación a los planos que se han levantado posteriormente (figura 15).

Durante sus investigaciones en Viracochapampa, es muy posible que Uhle hubiera tenido información o también haya observado a Cerro Sazón (Topic & Topic 1983-1985, pp. 35), que se encuentra a un kilómetro aproximadamente de Huamachuco, cerca del camino a Viracochapampa.

16) «Excursión al cerro Desmontes (sinónimo: Paredones) y a la Pampa cerca de Purumarca» (4 de abril)

No conocemos el lugar descrito como Cerro Desmontes o Paredones, que al parecer estaría cerca de Huamachuco. En cambio, La Pampa sí es un lugar muy conocido que se encuentra en las afueras de Huamachuco —lado este— camino a Cerro El Toro y a la Laguna de Sausacocha, en el sector conocido como Purubamba o Purupampa (Uhle lo denomina Purumarca). Por La Pampa cruza un mampuesto prehispánico conocido como «La Cuchilla» (McCown, 1945, pp. 226-259.).

17) «En Huamachuco» (5-8 de abril)

Uhle pasó varios días en el pueblo de Huamachuco, seguramente organizando la información que ya disponía así como planificando el trabajo a realizar en esta área, además de hacer el reconocimiento del pueblo mismo, donde se ha registrado evidencias de «huacas», como la Huaca San José, localizada muy cerca de la actual Plaza de Armas (McCown, 1945, pp. 226-256).

18) «Excursión al Cerro Cahuadan (Uhle Cacañan) y al Cerro Huangaval» (9 de abril)

Según Liebscher (1999, p. 77) Uhle debió hacer la «excursión» al Cerro Cahuadan, el que aparece en sus notas como «Cacañan». Pero, Cacañan y Cahuadan, son los nombres de dos lugares diferentes en Huamachuco. Cerro Cacañan se encuentra a un kilómetro al oeste de Huamachuco, cerca de los caseríos Cuesta Colorada y Los Esclavos. Se trata de un sitio arqueológico de más de una hectárea de extensión, del que sobresalen terrazas sobre las cuales se observa recintos de planta rectangular.



Figura 13. Camino principal de Viracochapampa. Fotografía de Jesús Briceño.

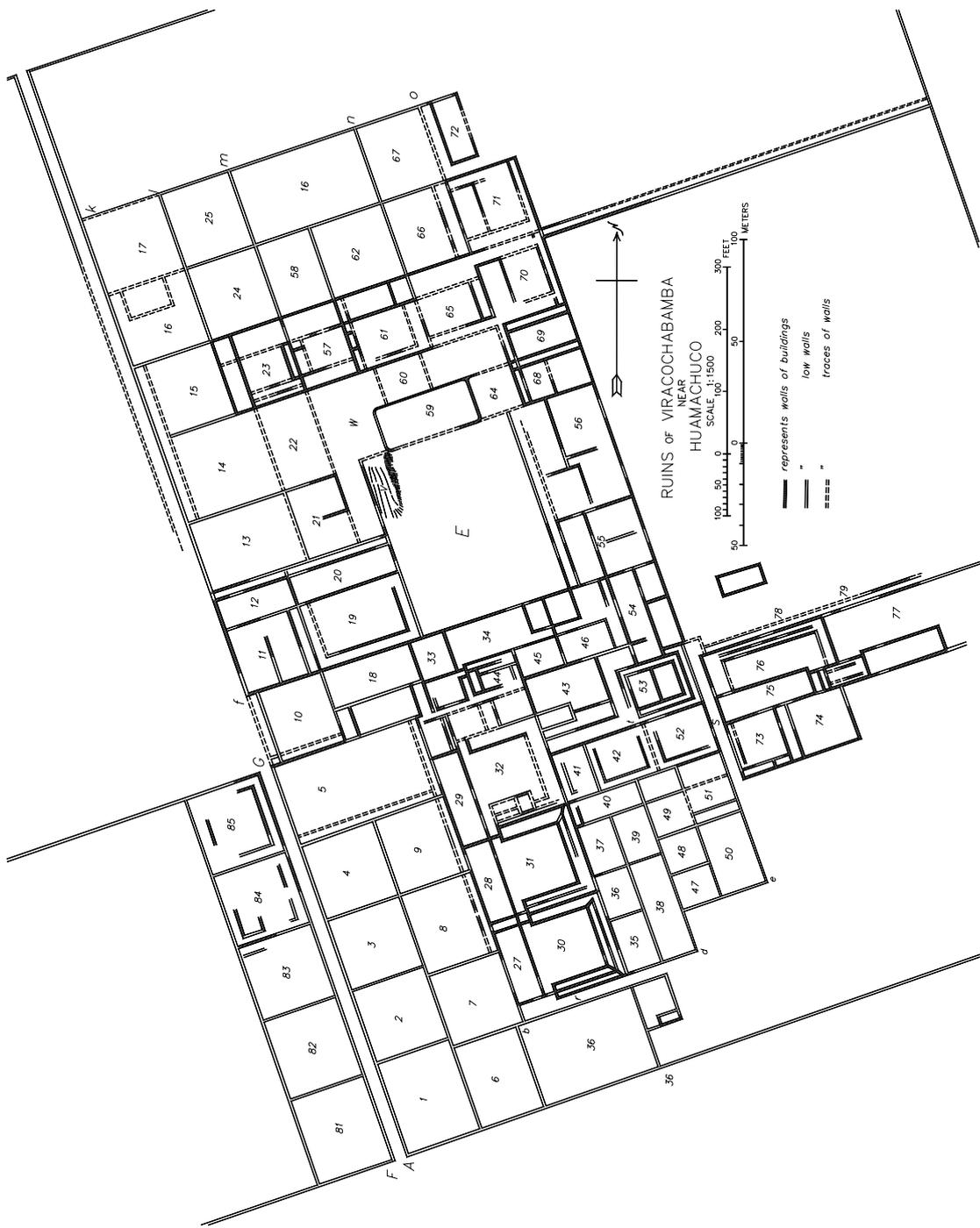


Figura 14. Dibujo de planta de Viracochampampa, levantado por Max Uhle. Redibujado de Jesús Briceño. Legado Uhle Instituto Ibero-Americano de Berlín.

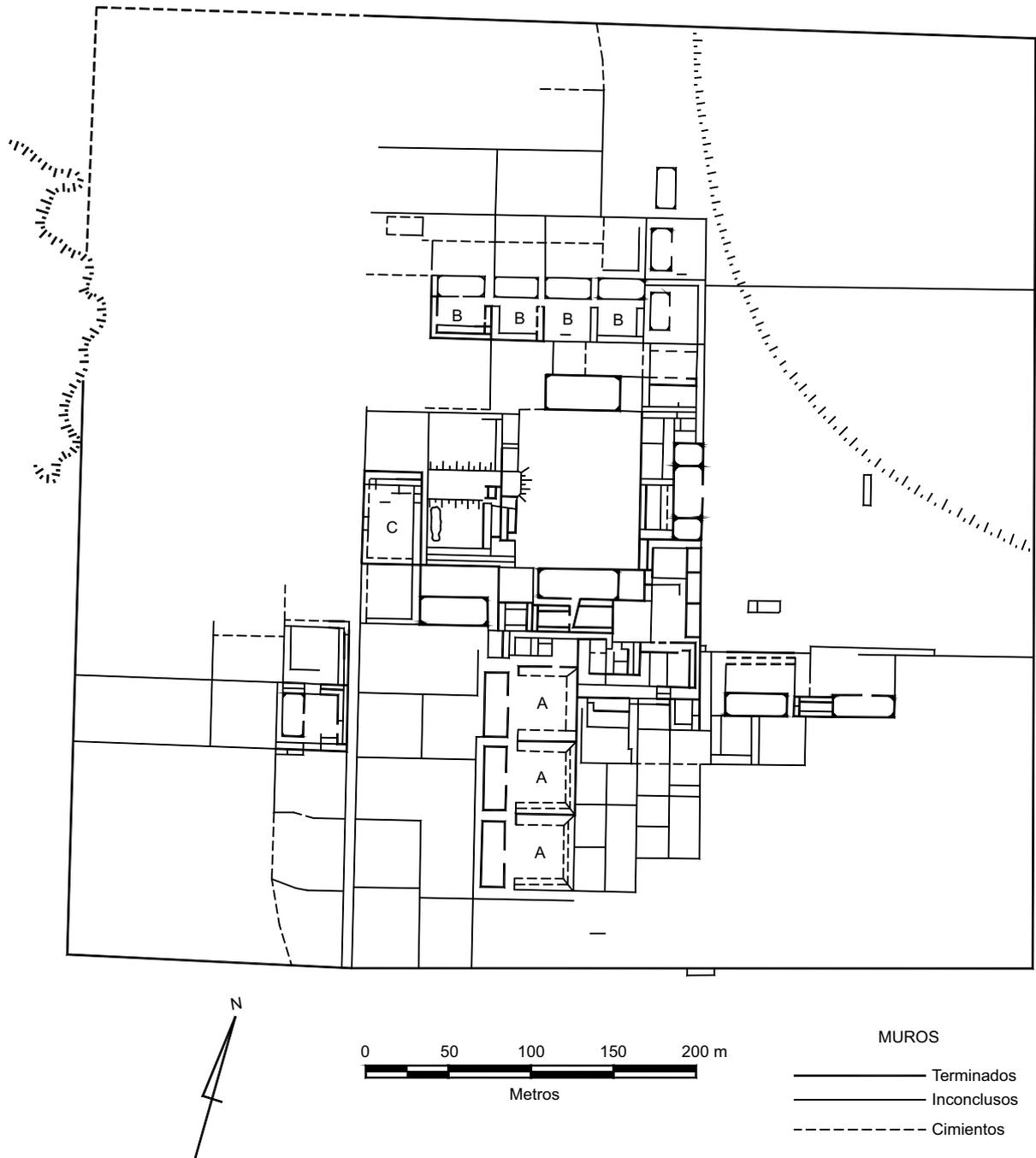


Figura 15. Dibujo de planta de Viracochapampa, levantado por John y Theresa Topic (tomado de Topic & Topic, 1986).

Con relación a Cerro Cahuadan, este se encuentra al noroeste de la Laguna de Sausacochoa (McCown, 1945, p. 262) y se trata de un sitio muy grande, donde se ha llegado a establecer una larga secuencia cultural que comprende desde el Período Inicial hasta el Horizonte Tardío. Yamamoto y Peña (2004), reportan con el nombre de Cerro Grande de Cahuadan hasta cuatro sectores, además de Cahuadan.

Cerro Huangaval, se encuentra al noroeste de Huamachuco, entre Viracochapampa y Marcahuamachuco. Es uno de los lugares que no ha sido reportado

como un sitio arqueológico por quienes han trabajado en el área de Huamachuco.

19) «En Huamachuco» (15-17 de abril)

Uhle vuelve a pasar varios días en Huamachuco, seguramente arreglando su información y los materiales de Viracochapampa. Como vamos a ver más adelante, al salir de Huamachuco, Uhle ya tiene consigo un manuscrito de los trabajos realizados, el cual debió prepararlo durante estos días que pasa en el pueblo. Asimismo, Uhle necesitó tiempo para arreglar su salida a Marcahuamachuco,

el sitio más importante de Huamachuco y donde permanece catorce días.

20) «Traslado del alojamiento al Cerro Marcahuamachuco» (18 de abril)

Uhle dedica un día para trasladarse desde Huamachuco e instalarse en Marcahuamachuco. El camino desde el pueblo de Huamachuco, caminando generalmente se hace entre tres y cuatro horas, porque todo es pendiente. El retorno es más rápido.

**21) «En Marca Huamachuco» (19 de abril).
Comienzo de excavaciones...» (26 de abril)**

Marcahuamachuco es el complejo arqueológico más grande e impresionante de toda la sierra norte del Perú (figura 16). Tiene cinco kilómetros de largo por 500 metros de ancho y está localizado en una gran meseta aislada, a la que es difícil de acceder por sus escarpadas laderas. Los únicos accesos se presentan por el lado sureste y noroeste donde la pendiente es menos abrupta pudiéndose acceder con relativa facilidad. Desde la meseta donde se levantó Marcahuamachuco se domina todos los alrededores, incluyendo la cuenca del río Condebamba que corre hacia el norte.

Cuatro sectores han sido definidos en Marcahuamachuco: Cerro El Castillo (figura 17), Las Monjas (figura 18), Cerro Viejo y Cerro Corrales (figura 19). Las construcciones perimetrales consideradas en un primer momento como las evidencias de fortificaciones,

en la actualidad han sido definidas como grandes edificaciones (Topic & Topic, 2000) (figura 20). Según McCown, (1945, p. 237), Uhle excavó en las paredes de las galerías, cerca de la gran plaza del sector El Castillo, registrando entierros humanos —entre tres a ocho individuos—.

Cerro Amaru también se encuentra asociado a Marcahuamachuco, pero siempre ha sido descrito de manera separada. Pocas evidencias arquitectónicas han sido registradas en este sitio, porque en su mayor parte estas fueron destruidas. Sin embargo, la particularidad de este sitio es la presencia de tres «chilis» o pozos que cumplieron una función ceremonial, dieciocho colcas de planta circular (figura 21), mausoleos y muchos materiales como cerámica decorada, obsidiana, cristal de cuarzo y lapislázuli. Uhle excavó uno de los «chilis» recuperando miles de piedras pequeñas, cuentas de conchas y cerámica, materiales que más tarde serían utilizados para ubicar a Cerro Amaru en la Época 1 B del Horizonte Medio en el área de Huamachuco (Topic & Topic 1986, p. 23) (figura 22).

**22) «Excursión a Huamachuco» (3 de mayo)
(Liebscher 1999, p. 77)**

No se tiene información sobre las actividades que Uhle realiza entre el 3 de mayo y 22 de junio que vuelve a visitar Viracochapampa. Es posible que durante este tiempo, se dedicara a preparar los materiales recuperados para su posterior traslado y escribir el manuscrito sobre los trabajos en Marcahuamachuco. Este periodo



Figura 16. Detalle de la arquitectura de Marcahuamachuco, sector El Castillo. Fotografía de Jesús Briceño.



Figura 17. Detalle constructivo de Marcahuamachuco, sector El Castillo. Fotografía de Jesús Briceño.



Figura 18. Sector Las Monjas, Marcahuamachuco. Fotografía de Jesús Briceño.

de tiempo de casi dos meses en el que Uhle permanece en Huamachuco, habría sido suficiente para escribir el borrador del manuscrito, que para McCown (1945, p. 249), fue escrito durante su viaje por el mar de Trujillo a Lima sin el apoyo de sus notas, por el cual habría ciertas dudas en la información que presenta.

**23) «Excursión a Paranshique» (Uhle Baranchique)
(23 de junio)**

Un día antes de salir del área de Huamachuco, Uhle vuelve a cruzar La Pampa para dirigirse hasta

Paranshique, una antigua hacienda al oeste de Cerro El Toro, donde McCown (1945, p. 226) registra los sitios arqueológicos 26 y 27, localizados en la parte norte y noreste del cerro del mismo nombre, cuyos materiales recuperados han permitido establecer la fase Toro para el área de Huamachuco —Período Intermedio Tardío—.

Revisando el trabajo de McCown (1945, p. 266), encontramos que Uhle visita otros sitios arqueológicos en el área de Huamachuco, como Coipín, no citados por Liebscher (1999).



Figura 19. Sector Pueblo Viejo-Los Corrales, Marcahuamachuco. Fotografía de Jesús Briceño.

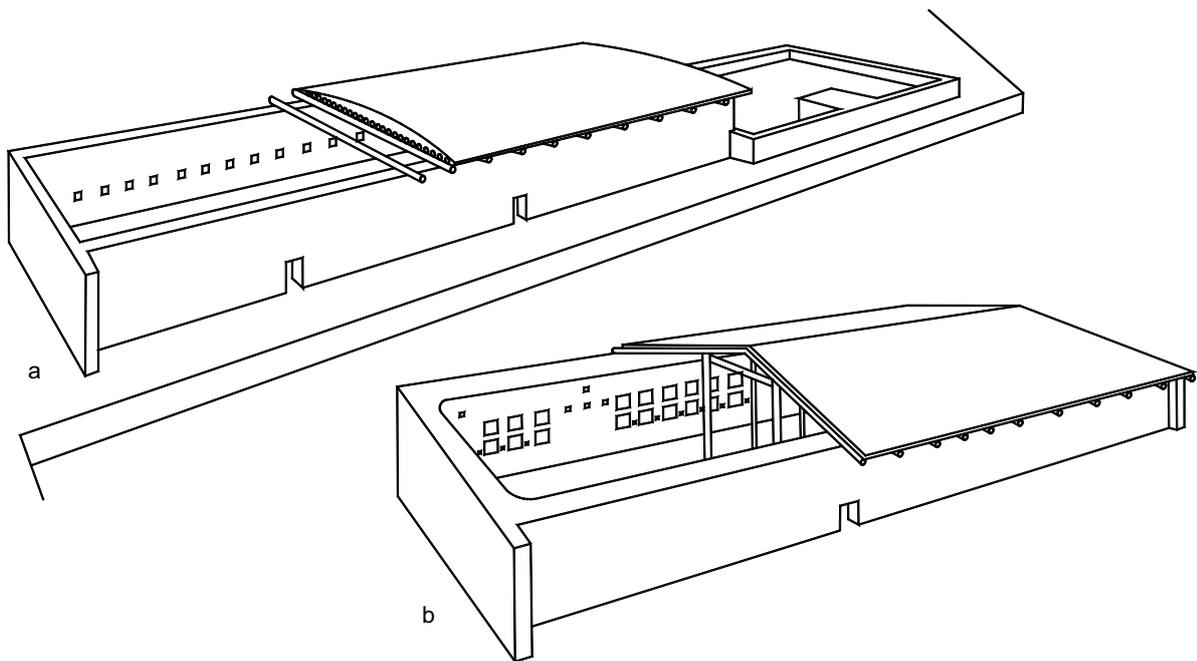


Figura 20. Reconstrucción hipotética (a y b) de un muro con hornacinas en la gran plaza y Unidad A, sector El Castillo, Marcahuamachuco. Redibujado de Topic & Topic 2000, figura 3 y Topic & Topic 1986, p. 44, figura 15.

24) De Marca Huamachuco a Sanagorán, pasando por Viracochapampa, Cerro Cahuadan y Urpay (24 de junio)

El 24 de junio de 1900, Uhle deja Huamachuco para regresar a Trujillo (figura 23). En su primer día de viaje llega hasta Sanagorán, a 15 kilómetros aproximadamente al noroeste de Huamachuco. Sigue el curso del río Yamobamba,

pasando por la hacienda de Urpay hasta llegar a Sanagorán, donde se juntan los ríos de Yamobamba (figura 24), Suchuquino y Caracmaca, formando el río Sanagorán, que luego de recorrer aproximadamente nueve kilómetros, se junta con el río Grande o Huamachuco dando nacimiento al río Condebamba. El área de Sanagorán presenta varios sitios arqueológicos, como Cerro Shilona en el caserío de Caracmaca, aún no reportado.

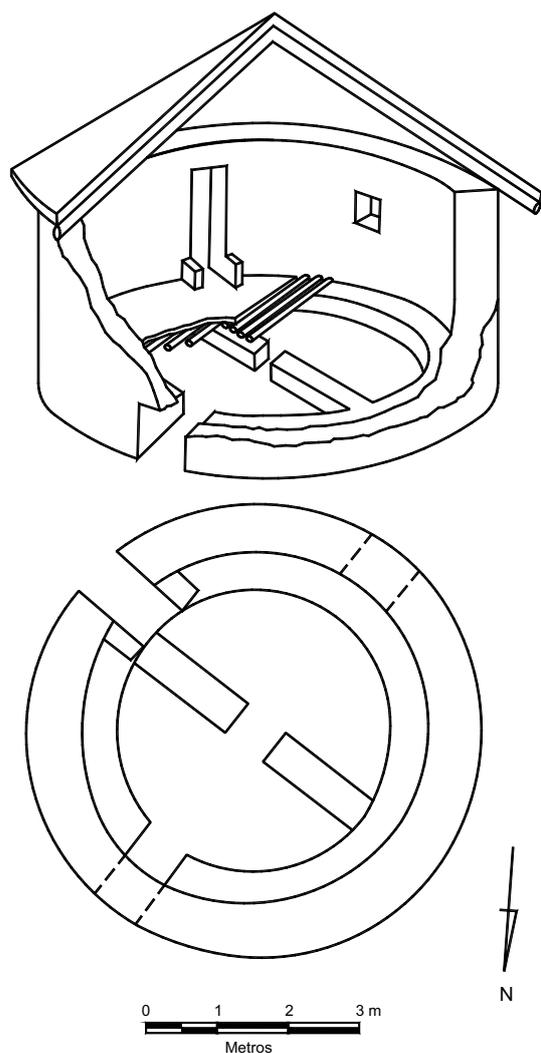


Figura 21. Dibujo de planta y reconstrucción de una colca en Cerro Amaru. Redibujado de Topic & Topic 2000, figura 15.

25) De Sanagoran a Huacamochal (26 de junio)

En su segundo día de viaje de regreso a Trujillo, Uhle debió retomar el curso del río Suchuquino, para luego tomar un desvío y pasar por el suroeste y oeste de Cerro Cahuinsha. Sigue su viaje por el norte de cerro Calero y el caserío de Casgabamba, cruza el cerro Cañihuara, pasa al norte de Cerro Negro (límite de la división de aguas de las cuencas del Pacífico y Atlántico), para luego empezar a bajar por el actual caserío de Chichipampa, cruzar la quebrada Namaday, llegar al «Callejón», un paso natural que comunica directamente hasta Huacamochal, terrenos pertenecientes a la Hacienda Chuquisongo.

Huacamochal, se encuentra ya en la cuenca del Alto Chicama. Este lugar es muy conocido por el gran complejo arqueológico, del mismo nombre, que se encuentra al sureste del pueblo de Huacamochal, muy cerca del caserío el Carmelo (lado este), del que seguramente Uhle tuvo información y hasta podría haber sido uno de los motivos para llegar hasta este lugar.



Figura 22. Un «chili» de Cerro Amaru. Fotografía de Jesús Briceño.

El Complejo Arqueológico de Huacamochal registrado por Krzanowski (1985, 2006, pp. 53-60), como AC-1, ha sido considerado como una de las aldeas más grandes del Alto Chicama durante el Período del Intermedio Tardío. Al sur y suroeste de Huacamochal se encuentran tres sitios más (AC-2; AC-3 y AC-4) (Krzanowski 1984, p. 174; 2006, pp. 61-67).

Uhle, siguiendo esta ruta del Alto Chicama, por Huacamochal, tuvo la gran capacidad de adelantarse a lo que, 70 años después, con intensos trabajos de campo Krzanowski y Szeminski (1978, p. 36), señalarían:

la cuenca del valle de Chicama estuvo bajo la influencia de dos fuertes centros político-culturales: el costero Moche-Lambayeque y el serrano Cajamarca. Ambos centros se caracterizan por una extraordinaria continuidad y durabilidad que data ininterrumpidamente desde los siglos V-IV a.n.e. por lo menos.

26) De Huacamochal a Chuquisongo (27 de junio)

Es muy probable que Uhle en este tramo, siguiera por el curso del río Huacamochal, y tomara un desvío por la Loma Cavildillo, pasara al sur de Cerro Tierra Amarilla, siguiera por el caserío Aliso, cruzara la quebrada de Parangurán que Raimondi (1900, p. 153), cita como «Parangarán» y llegara finalmente a la Hacienda Chuquisongo (figura 23).

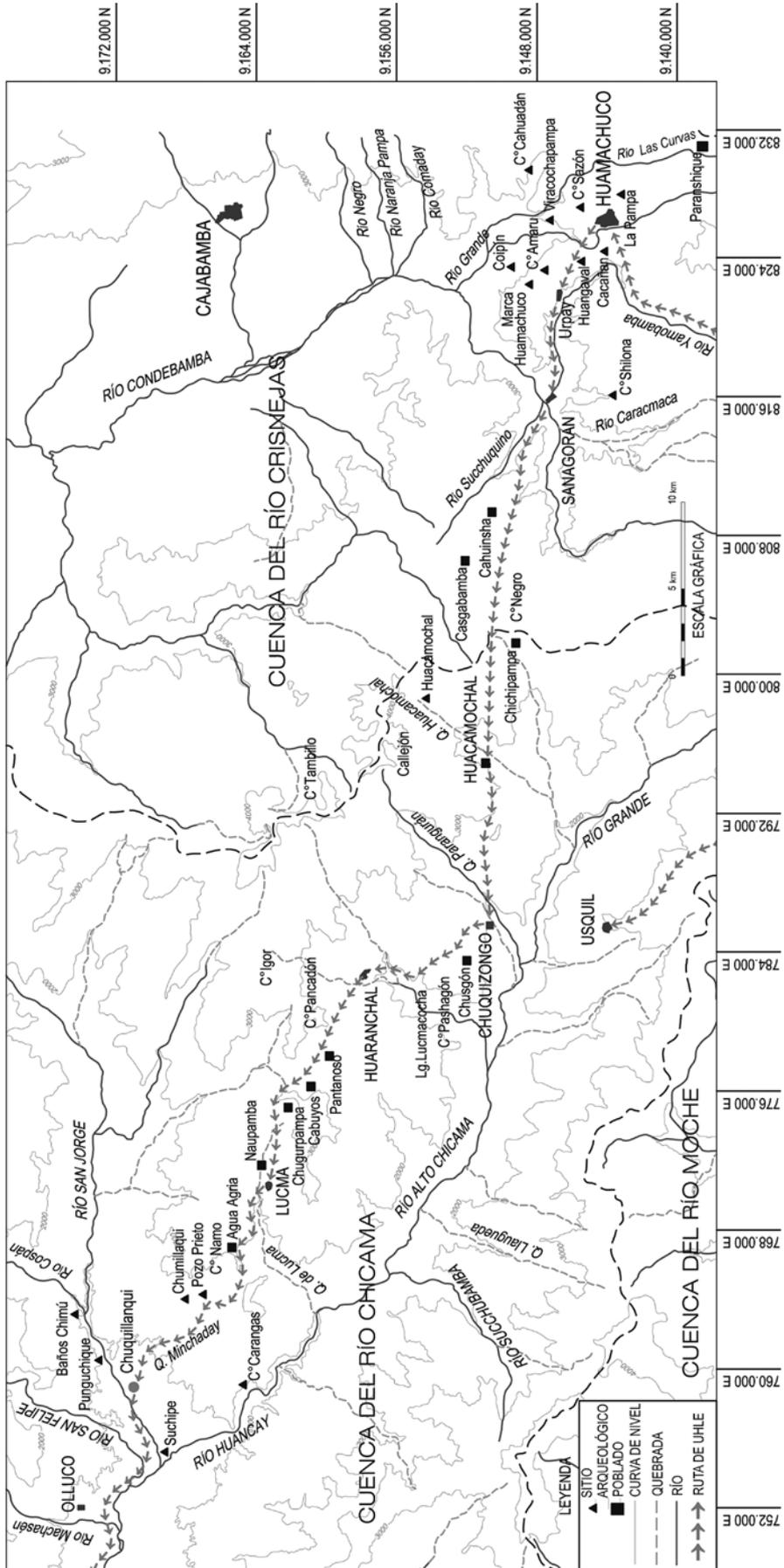


Figura 23. Plano de la ruta de Max Uhle, tramo Huamachuco-Chuquillanqui, elaborado por Jesús Briceño.



Figura 24. Río de Yamobamba y pueblo de Sanagorán. Fotografía de Jesús Briceño.

Chuquisongo, a fines de la colonia, era una hacienda importante de la familia de don Bartolomé de Orbegoso-Isasi y Garrón de Urrutia (Rizo-Patrón & Aljovín, 1998, p. 261) que presentaba todos los climas que favorecían el cultivo de diversos productos como la coca (*Erythroxylum coca*), así como la crianza de ganado vacuno, lanar, yegüerizo y mular. En 1860, Raimondi (1900, p. 14) piensa que en esta hacienda se podía mantener cómodamente 100.000 cabezas de ganado.

27) De Chuquisongo a Lucma pasando Huaranchal (28 de junio)

Saliendo de Chuquisongo, Uhle debió tomar el camino que lleva al caserío de Chusgón, pasar al este del cerro Pashagón, bordear la laguna de Lucmacocha, con dirección a la Tranca Vieja y llegar a Huaranchal, un área arqueológicamente muy importante pero casi totalmente desconocida (figura 25). Como resultado de la organización de un Seminario Taller sobre el patrimonio arqueológico en el distrito de Huaranchal (Briceño & Gutiérrez 2003, 2004), hemos obtenido información de la presencia de 45 sitios arqueológicos. Raimondi (1900, p. 13) llega a Huaranchal en 1860 y menciona a los cerros minerales de Tambillo y de Igor, localizados en la quebrada de Huaranchal.

De Huaranchal, Uhle debió seguir por la quebrada Lirios, pasar al sur del cerro Pancadón, llegar al caserío Pantanoso, cruzar la quebrada Sacamaca, continuar por los caseríos de Cabuyos, Churgumpampa, Naupamba, entre el corredor que definen los cerros Alto Tambo y Cerro Ichur hasta llegar a Lucma, un distrito con varios sitios arqueológicos que requieren ser registrados por sus buenos campos de cultivo, dedicados principalmente al cultivo de coca, Chicama y áreas más distantes.

28) En Lucma (sinónimo Tambillo, según Uhle) y en la Hacienda Chuquillanqui (Uhle Choquellanki) (29 de junio)

Continuando su viaje, Uhle debió tomar la Quebrada de Lucma con dirección al este y luego de recorrer casi cuatro kilómetros, cambiar de rumbo hacia el norte para llegar al caserío de Agua Agria, continuar por el sur del Cerro Namó, hasta el sector conocido como Pozo Prieto, donde se inicia la Quebrada Pinchaday que tiene un recorrido aproximado de nueve kilómetros hasta llegar al río Chuquillanqui, que se forma 4 kilómetros aguas arriba, por la unión de los ríos Cospán y San Jorge y la Quebrada de Chacapunta, en el sector conocido como Los Baños Chimú. De Pozo Prieto, Uhle debió seguir por el camino que pasa al sur y oeste de Cerro Churuhual, pasando por el sector conocido como Chumillaqui, seguir casi paralelo a la quebrada Pinchaday y a dos kilómetros antes de llegar al río Chuquillanqui, tomar el desvío para llegar a la hacienda Chuquillanqui.

La Hacienda Chuquillanqui se encuentra en la margen izquierda del río del mismo nombre, dentro de la zona de Chaupi-Yunga (figura 26). Al sur y suroeste de la hacienda Chuquillanqui, entre las quebradas del Viejo y del Cardonal que nacen al norte de Cerro Carangas, se encuentran dos zonas de petroglifos conocidos como «Cerro Banderas» o «Sánchez Cerro» y «Quebrada de Los Algarrobos», por donde se encuentra «Cerro Chichero» (Rodríguez, 1976, 1991). En las dos zonas se observan aproximadamente 300 petroglifos, que representan diversos motivos, probablemente pertenecientes al periodo Formativo.

Al norte de Chuquillanqui y margen derecha del río del mismo nombre se encuentra el sitio arqueológico de Punguchique, presentando una ocupación humana correspondiente al Período Intermedio Temprano.



Figura 25. Río Alto Chicama, camino a Huaranchal. Fotografía de Jesús Briceño.

29) De Chuquillanqui a la hacienda Pampas (ubicación desconocida) pasando por Olluco (30 de junio)

Uhle deja Chuquillanqui, para continuar su viaje siguiendo el curso del río del mismo nombre hasta unirse al río Huancay que no viene a ser sino el río Grande o Alto Chicama. En este punto donde se forma el río Chicama se encuentra también el sitio arqueológico Suchipe. Uhle debió seguir por la margen derecha del río y, después de recorrer cinco kilómetros, llegar a Olluco, también conocido como «Jolluco». Lechtman (1976), ha reportado en Olluco la presencia de restos de fundición de metales, lo que indica que este sitio fue un lugar de procesamiento de minerales durante el periodo prehispánico o colonial: habría sido el lugar donde se fundió el mineral de la plata que se encuentra en Cerro Carangas (Lechtman, 1976, p. 14). También se ha llamado la atención que a pocos kilómetros de Olluco, se encuentra el sitio arqueológico Pueblo Viejo, uno de los asentamientos prehispánicos más grandes que se conoce para esta parte del Chicama (Lechtman, 1976, p.14).

De Olluco, Uhle continuó su viaje por la margen derecha del río Chicama, recorriendo nueve kilómetros hasta llegar al sector conocido como el Cruce, al sur del sitio arqueológico Cerro Cojitambo, donde el río Cascas se une al río Chicaza (figura 26). Siempre siguiendo por la margen derecha del río Chicama y luego de recorrer diez kilómetros aproximadamente, Uhle llegó a Punta Moreno, por donde llegan a unirse al río Chicama las quebradas de Casa Quemada y del Limo. En la actualidad, a la altura de Punta Moreno se tiene que cruzar el río Chicama para seguir el recorrido por la margen izquierda. Uhle después de recorrer seis kilómetros desde Punta Moreno debió pasar por el sector

conocido como «Compartición», donde llega a unirse por la margen derecha el río Santanero, y observar el famoso petroglifo aislado conocido como «la firma del diablo» (Zevallos Quiñones, 1990; Nuñez, 1985, p. 323). Uhle avanzó cuatro kilómetros más hasta llegar a Pampa de Jaguey, lugar que ya fuera visitado el 6 de enero de 1900 (Liebscher 1999, p. 76).

Pampas de Jaguey es un área muy importante y Uhle ya la conocía, aunque Liebscher (1999, p. 76) cuando se refiere a la «excursión a la hacienda Pampas, al norte de Sausal» lo describe como «ubicación exacta desconocida». Pampas de Jaguey es importante por dos razones principales: 1. Muy cerca se encuentra el complejo arqueológico del mismo nombre donde sobresale una construcción monumental mochica, la más grande que se conoce en la parte media del valle de Chicama (Gálvez & Briceño, 2001); 2. A la altura de Pampas de Jaguey, por el lado este se une el río Quirripango al río Chicama, lo que constituye un corredor natural ocupado intensamente desde la llegada de los primeros grupos humanos, (Briceño, 1995, 2001)

30) De Pampas a Trujillo pasando por Sausal, Gasñape así como probablemente por Chicama (1 de julio)

En el último tramo de su viaje, Uhle deja Pampa de Jaguey para seguir en dirección a Trujillo (figura 26). En este tramo pasa por el sector de Barbacoa, muy conocido por los cementerios donde Larco (1963, 2001), a partir de la cerámica, define el estilo Salinar.

El tramo Sausal-Cerro Gasñape-Trujillo ya era conocido por Uhle, que lo recorre entre el 9 y 10 de setiembre de 1899 (Liebscher, 1999, p. 76). Entre Sausal y Cerro

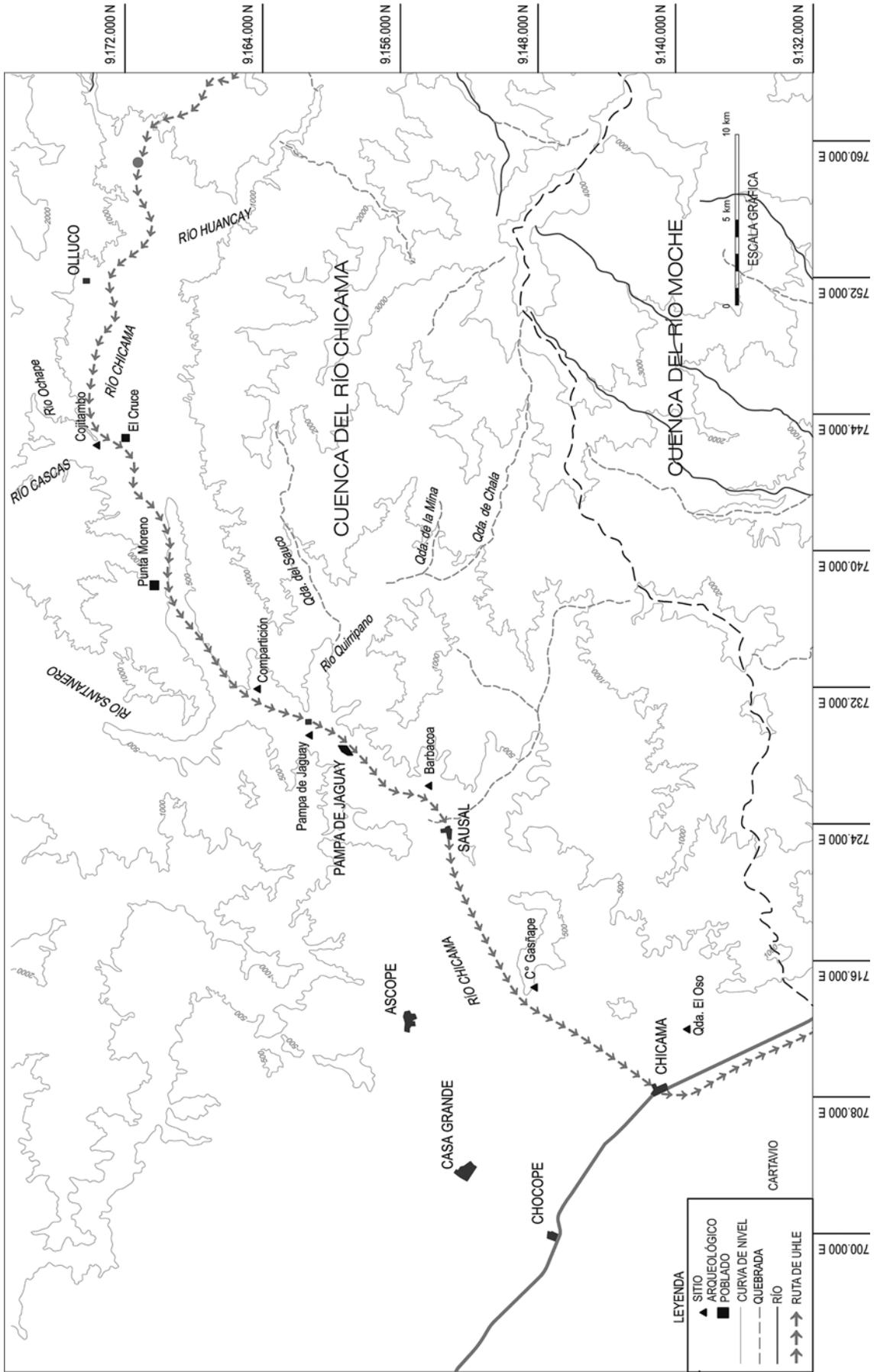


Figura 26. Plano de la ruta de Max Uhle, tramo Chuquillanqui-Chicama Plano elaborado por Jesús Briceño.

Gasñape, Leonard & Russell (1992) han registrado 55 sitios arqueológicos correspondientes a diferentes períodos culturales. La presencia de cerámica del estilo Layzón de Cajamarca en Piedra Molino (Topic & Topic 1987, p. 50), ha puesto en evidencia la interacción con poblaciones de la sierra ya desde fines del Período Formativo. Es en este tramo donde también se inicia el canal intervalle La Cumbre, que luego de recorrer 74 kilómetros se une con el canal Vichansao, al norte de Chan-Chan.

Siguiendo el recorrido del canal de La Cumbre, que se encuentra asociado en varios tramos a extensos campos de cultivo, se puede llegar con más facilidad a Trujillo, por lo que Uhle debió pasar al norte del pueblo de Chicama, muy cerca del sitio arqueológico de Chicamita (Gálvez & Briceño, 2001) y el sitio Quebrada del Oso, ubicado a menos de 320 metros al sur del canal La Cumbre y asociado a campos de cultivo del periodo Chimú (Pozorski, 1987, p. 115-116).

Uhle debió arribar por la noche a la ciudad de Trujillo, donde se quedaría doce días antes de salir a Lima desde el puerto de Salaverry el 15 de julio de 1900, después de haber permanecido diez meses y veinte días en el valle de Moche y la sierra de La Libertad.

PALABRAS FINALES SOBRE UN LARGO RECORRIDO

De lo expuesto, es evidente que la salida de Uhle desde Trujillo hasta Huamachuco no fue un simple viaje, sino un reconocimiento arqueológico, en algunos casos con excavaciones, en casi toda el área que comprende la cuenca del valle de Moche y la parte de la sierra de Huamachuco relacionada directamente con este valle. Estos trabajos forman parte de los inicios de la investigación arqueológica en el norte de Perú, con un registro «extraordinariamente exacto» (Masson, 1999, p. 37), de las evidencias arqueológicas procedentes de numerosos sitios y de regiones geográficas diferentes. A pesar de no contar con un financiamiento, Uhle supo aprovechar la ayuda que le brindaron los diversos hacendados que existieron a principios del siglo XX en la sierra norte del Perú. Además, siempre mostró un «...incesante trasladarse, cual nómada del investigador a siempre nuevos sitios de investigación...» (Wurster [Ed.]1999, p. 117).

A la intuición (o poder de análisis) que tuvo Uhle (1998) al proponer que la Huaca de La Luna fue construida antes que la Huaca del Sol y que la primera construcción tuvo un carácter principalmente religioso mientras que la segunda un carácter político-religioso, con el reconocimiento arqueológico que realiza al área de Huamachuco, se puede observar que su intuición fue todavía más grande al considerar que, tanto las Huacas del Sol y La Luna y la zona de Huamachuco, debieron estar de alguna manera relacionados. Es decir que, para entender mejor la ocupación Moche en la parte baja del valle, se debería conocer las características que presentaba la parte alta del mismo —región de la sierra— y Huamachuco. Uhle, al estudiar un sitio arqueológico, siempre buscó localizarlo dentro de una región y no tratarlo de manera aislada (Bermex de Falen, 1998). Su constante interés por tratar de entender grandes espacios, sin quedarse en

un solo sitio, es una de las contribuciones más grandes que ha dejado para las nuevas generaciones de arqueólogos. No se intimidó por las dificultades que presentan los desplazamientos en nuestro territorio, tan heterogéneo y cambiante entre un metro y otro.

Con este viaje desde la parte baja del valle de Moche hasta Huamachuco, Uhle concluye que las ocupaciones humanas de la costa no podían haber existido sin las de la sierra. Sin embargo, estos contactos entre más de una región, no están representando la simple «colonización» o «migración», sino que Uhle tiene claro una «independencia» de las sociedades (llámese costeña, serrana o selvática) que reciben «impulsos» que van a originar un impacto en la adquisición de un grado mayor de complejidad cultural entre ellos (Kaulicke, 1998).

No vamos a entrar en mayores detalles sobre el trabajo que realizó Uhle en todo el Complejo de Marcahuamachuco, que puede conocerse revisando su manuscrito. Solo diremos que de los 14 días que pasó en este lugar, levantando planos y realizando excavaciones, podemos señalar cuatro aportes principales: 1. Es el primer arqueólogo en considerar la construcción de Marcahuamachuco como una obra correspondiente a la ocupación Pre-Inca en el área de Huamachuco. 2. Es también el primer arqueólogo en considerar que Marcahuamachuco, y el área de Huamachuco en general, desde por lo menos del Período Intermedio Temprano ya se encontraba muy relacionado con poblaciones —no solamente de la sierra como Cajamarca por el norte y el Callejón de Huaylas, Callejón de Conchucos e incluso el área de Ayacucho más al sur— sino también con las poblaciones de la costa como el valle de Moche. 3. La ruta que sigue Uhle se encuentra también directamente relacionada con la ubicación de las huacas y divinidades más importantes para el área de Huamachuco. 4. No existe la menor duda en la actualidad del rol ceremonial que Marcahuamachuco desempeñó en el área de Huamachuco. Marcahuamachuco fue un centro ceremonial y político donde se celebraron fiestas y ceremonias con el objetivo de reafirmar el parentesco y rendir homenaje a los antepasados del linaje (Topic, 1986; Topic & Topic, 2000).

Los trabajos arqueológicos realizados por Uhle en la sierra de Huamachuco, no solamente sirvieron para llamar la atención de un área arqueológicamente importante, sino que fueron la base para continuar con nuevas investigaciones como las realizadas por McCown (1945), quien principalmente aporta con más datos en los diferentes sitios intervenidos por Uhle; Thatcher (1972, 1975, 1977, 1980), con su estudio de la cerámica establece la primera secuencia cultural para el área de Huamachuco; Topic & Topic (1982, 1983/85, 2000), con sus trabajos en Marcahuamachuco y Viracochapampa, han explicado mejor la naturaleza del Horizonte Medio y el Imperio Huari en Huamachuco. También debemos mencionar el trabajo de Pineda (1989) y su propuesta del patrón de asentamiento del valle del Condebamba donde se incluye el área de Huamachuco y el reconocimiento más detallado realizado recientemente por Yamamoto y Peña (2004).

Es interesante resaltar que, a pesar que Julio C. Tello también llegó a Huamachuco, no le prestó mucha importancia a esta área. En realidad Tello permanece en Huamachuco solamente dos días, como parte de la ruta que tiene que seguir para llegar a Chilia, margen derecha del río Marañón, donde tenía información de la existencia de un importante sitio con piedras grabadas. Cuando Tello regresa a Huamachuco, después de su visita a Chilia, recibe la mala noticia de la muerte de su hija Rosa, por lo que tiene que dejar rápidamente Huamachuco para viajar a Lima. La única referencia que hace Tello de Huamachuco es en relación a la Iglesia San José, sin señalar si se trata de un sitio arqueológico (Tello, 2004, pp. 330-331).

Esta metodología de realizar un reconocimiento integral de toda una cuenca hidrográfica para conocer mejor la naturaleza de los diversos asentamientos arqueológicos que se establecieron, como fue el caso de su reconocimiento de la cuenca del valle de Moche y la sierra de Huamachuco, Uhle la volvería a utilizar un año después en el valle de Pisco. Después de sus trabajos en el sitio Inca de Tambo Colorado (Wurster, 1999; Protzen, 2006; Protzen & Morris, 2004), Uhle seguiría el curso del río Pisco hasta su nacimiento, en el río Huaytará, uno de sus afluyentes, donde también se registra ocupación Inca (Wurster, 1999). Según nuestras observaciones, el curso del río Huaytará no solo habría sido uno de los corredores naturales transversales de comunicación entre el área de Ayacucho y la parte baja del valle de Pisco durante la época Inca, sino incluso desde los primeros cazadores recolectores. Con la experiencia de sus trabajos en el norte del Perú, para Uhle era de mucha importancia explorar el área total de un valle

como unidad topográfica y no ocuparse solamente de un solo sitio arqueológico de manera aislada.

A partir de este reconocimiento arqueológico en el valle de Moche y la sierra de Huamachuco y posteriormente en el valle de Pisco y las partes altas del río Huaytará, es muy probable pensar también que Uhle estuviera intuyendo sobre la verticalidad andina o «archipiélago vertical», modelo que años más tarde desarrollaría mejor John Murra (1975, 2004).

Es seguro que muchos planes y proyectos en el área de Huamachuco y la sierra norte del Perú se quedaron sin ser ejecutados por Uhle. Sea esta la oportunidad para volver a retomar sus pasos y ampliar nuestro conocimiento de esta importante área del norte del Perú.

AGRADECIMIENTOS

Quiero expresar mi profundo agradecimiento al doctor Jürgen Golte de la Universidad Libre de Berlín, quien me invitó para una estadía de investigación en Alemania, tiempo en el cual, tuve la oportunidad de tener contacto directo con los manuscritos de Max Uhle. Al Deutscher Akademischer Austauschdienst (DAAD) que me ofreció la beca para mi estadía en este país. A Gregor Wolff y Peter Masson del Instituto Ibero-Americano, quienes me permitieron ver las libretas de Max Uhle. A Peter Fuchs del Landesdenkmalamt Berlín y Manuela Fischer del Ethnologisches Museum Berlín por todo el apoyo que me ofrecieron durante mi permanencia allí. Asimismo, a Norbert Knossalla con quien hemos intercambiado diversos puntos de vista sobre la presencia de Max Uhle en Perú. Finalmente a María del Sol, María José y Belsy por todo lo que me brindan cada día.

BIBLIOGRAFÍA

- BAWDEN, G. (1977). Galindo and the Nature of the Middle Horizon in the Northern Coastal Peru. Tesis de doctorado. Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.
- BAWDEN, G. (1982). Galindo. A Study in cultural transition during the Middle Horizon. En Moseley, M. E. & K. Day (Eds.), *Chan Chan. Andean Desert City*, (pp. 285-320). Albuquerque: The University of New Mexico Press.
- BERNEX DE FALEN, N. (1998). La percepción geográfica en Max Uhle. En: Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, (pp. 169-176). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- BERROCAL, L. (2003). *Laredo de Hacienda a Ciudad (enfoque Etno-Histórico y Social)*. Trujillo: Desarrollo y Vida Editores S.A..
- BILLMAN, B. (1996). The Evolution of Prehistoric Political Organization in the Moche Valley, Peru. Tesis de Doctorado. Department of Anthropology, University of California, Santa Barbara.
- BILLMAN, B. & J. BRICEÑO (1999). Informe Preliminar: Proyecto Arqueológico Interacción Costa-Sierra y la Formación del Estado Moche, Temporada 1998. Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura.
- BILLMAN, B., G. GUMERMAN IV & J. BRICEÑO (1999). Dos asentamientos Moche en la parte media del valle de Moche: Santa Rosa-Quirihuaac y Ciudad de Dios. *Sian*, 7, 3-8.
- BRICEÑO, J. (1995). Investigaciones recientes sobre el paleolítico superior en la parte media alta del valle de Chicaza. *Investigar*, 1, 5-18.
- BRICEÑO, J. (1997). Apuntes sobre una caminata del valle de Moche al Parque Nacional Río Abiseo. *Sian*, 3, 12-15.
- BRICEÑO, J. & J. PILLSBURY (1997). Chan Chan y el intercambio en la época Chimú: Relaciones longitudinales y transversales en los Andes Centrales. En *Libro Resumen 49 Congreso Internacional de Americanistas*, t. 1, (p. 347). Quito: Pontificia Universidad Católica del Ecuador.
- BRICEÑO, J. & B. GUTIÉRREZ (2003). Seminario Taller sobre el Patrimonio Cultural en el distrito de Huaranchal, provincia de Otuzco. Informe Instituto Nacional de Cultura-La Libertad, Trujillo
- BRICEÑO, J. & B. GUTIÉRREZ (2004). El patrimonio cultural y natural: reflexiones y propuestas en torno a la participación de la comunidad. En *Libro de Resúmenes I Congreso Internacional Diversidad Biológica y Cultural Andina*, (p.75).
- BRICEÑO, J., B. BILLMAN & J. RINGBERG (2006). Proyecto Arqueológico Cerro Oreja, valle de Moche Temporada 2005. Informe Final presentado al Instituto Nacional de Cultura.
- COUPLAND, G. (1979). A survey of prehistoric fortified sites in the north highlands of Peru. Tesis de maestría. Department of Anthropology, Trent University, Peterborough, Ontario, Canada.
- CRUZADO, M. (2000). Inventario y reconocimiento en el Distrito de Usquil. Informe de Investigación Arqueológica. Municipalidad Distrital de Usquil.
- GÁLVEZ, C. & J. BRICEÑO (2001). The Moche in the Chicama Valley. En Pillsbury, J. (Ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Peru*, (pp. 141-157), Studies in the History of Art 63, Center for Advanced Study in the Visual Arts, Symposium Papers XL, National Gallery Art, Washington, D.C.
- GUMERMAN IV, G. & J. BRICEÑO (2003). Santa Rosa-Quirihuaac y Ciudad de Dios: Asentamientos Rurales en la parte media del valle de Moche. En: Uceda, S. & E. Mujica (Eds.), *Moche: hacia el final del milenio*, (pp.27-243). Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche, Universidad Nacional de Trujillo y Pontificia Universidad Católica del Perú.
- HALEY, S. (1979). Late Intermediate Period Settlement Patterns on the Carabamba Plateau, Northern Peru. Tesis de maestría, Department of Anthropology, Trent University, Peterborough, Ontario, Canada.
- JIMÉNEZ, F. (1996). Las Primeras Excavaciones arqueológicas en América durante el siglo XVIII. Antonio del Río y Baltasar Martínez Compañón, *Andes. Boletín de la Misión Arqueológica Andina*, 1, 25-136.
- KAULICKE, P. (1998). Max Uhle y el Perú antiguo: una introducción. En: Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, (pp. 25-44). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KEATINGE, R. (1980). Centro Administrativos rurales. En Ravines, R. (Ed.), *Chan Chan Metrópoli Chimú*, (pp. 283-298). Lima: Instituto de Estudios Peruanos/ Instituto de Investigación Tecnológica Industrial y de Normas Técnicas.
- KRZANOWSKI, A. (1983). Ecología de asentamientos tempranos en los Andes septentrionales del Perú. *Acta Archaeologica Carpathica*, 22, (1982-83), 245-266.
- KRZANOWSKI, A. (1984). *Prabistoria andyjskiej doliny. Studium przedhiszpańskiego osadnictwa w dorzeczu Alto Chicamy w północnych Andach, Peru*. Zakład Narodowy im. Ossolinskih. Wrocław-Warszawa-Kraków-Gdańsk-Lódz.
- KRZANOWSKI, A. (1986). The Cultural Chronology of Northern Andes of Peru (The Huamachuco-Quiruvilca-Otuzco Region). *Acta Archaeologica Carpathica*, XXV, 231-264.
- KRZANOWSKI, A. (2006). Sitios arqueológicos en la región de Alto Chicama, Perú. *Corpus Antiquitatum Americanensium Pologne III*. Académie Polonaise des Sciences et des Lettres. Kraków.
- KRZANOWSKI, A. & J. SZEMINSKI (1978). La toponimia indígena en la cuenca del río Chicama (Perú), *Estudios Latinoamericanos*, 4, 11-51.
- LARCO, R. (1963). *Las Épocas Peruanas*. Lima: Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera.
- LARCO, R. (2001). Cronología Arqueológica del norte del Perú. *Arqueológicas*, 25, 11-19. (Reedición de Larco 1948).
- LECHTMAN, H. (1976). A metallurgical site survey in the Peruvian Andes. *Journal of Field Archaeology*, 3, 1-40.
- LEÓN, E.; J. ALCALDE, C. TOLEDO, J. YATACO & L. VALENZUELA (2004). New Possible Paleoamerican Fish-tail Point Finds at Laguna Negra, Northern Peru, *CRP*, 21, 11-13.
- LEONARD, B. & G. RUSSELL (1992). Proyecto de Reconocimiento Arqueológico de Chicama. Resultados de la primera temporada de campo, 1989. Informe Preliminar presentado al Instituto Nacional de Cultura.
- LIEBSCHER, V. (1999). Viajes y obra de Max Uhle de 1892-1911. En: Wurster, W. W. (Ed.), *Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Max Uhle (1856-1944). Planos de sitios arqueológicos en el área andina*, (pp. 51-87), Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 56.
- MACKENZIE, J. (1980). Coast to Highland trade in Precolumbian Peru: Dencritic Economic Organisation in the North Sierra. Tesis de maestría, Department of Anthropology, Trent University, Peterborough, Ontario, Canada.
- MARTINEZ COMPAÑÓN, B. (1785). *Trujillo del Perú en el siglo XVIII*, Volumen IX. Madrid: Biblioteca de Palacio.
- MASSON, P. & G. KRAUSE (1999). Max Uhle (1856-1944). Arqueología e historia cultural del área andina como obra vitalicia. En: Wurster, W. W. (Ed.), *Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Max Uhle (1856-1944). Planos de sitios arqueológicos en el área andina*, (pp. 22-41), Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 56.
- MCCOWN, T. (1945). *Pre-Incaic Huamachuco. Survey and Excavations in the Region of Huamachuco and Cajabamba*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 39, (4), 223-400.
- MURRA, J. (1975). *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Andinos.
- NESBITT, J. & D. CASTILLO (2003). Peregrinación y veneración a los Apus. Cerro Icchal, San José de Porcón, Período Intermedio Tardío y Horizonte Tardío. *Sian*, 14, 26-29.

- NÚÑEZ, A. (1985). *Petroglifos del Perú. Panorama Mundial del arte rupestre*. Volumen 1. La Habana: Edición Científico-Técnica.
- PÉREZ, I. (1994). Monumentos Arqueológicos de Santiago de Chuco, La Libertad. *Boletín de Lima*, XVI, (91-96), 225-274.
- PINEDA, J. (1989). *Patrones de asentamiento pre-hispánicos en el valle de Condebamba*. Lima: Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- POZORSKI, T. (1976). Caballo Muerto: A complex of Early Ceramic Sites in the Moche Valley, Peru. Tesis de doctorado, University of Texas, Austin.
- POZORSKI, T. (1987). Changing priorities within the Chimú state: the role of irrigation agriculture. En: Haas, J., S. Pozorski & T. Pozorski (Eds.), *The origins and development of the Andean state*, (pp. 111-120). Cambridge: Cambridge University Press.
- PROTZEN, J. (2006). Max Uhle and Tambo Colorado: a century later. *Nawpa Pacha*, 28, 11-40.
- PROTZEN, J. & C. MORRIS (2004). Los colores de Tambo Colorado: Una reevaluación. En Kaulicke, P., G. Urton & I. Farrington (Eds.), *Identidad y Transformación en el Tahuantinsuyu y en los Andes Coloniales. Perspectivas Arqueológicas y Etnohistóricas*, Tercera parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, 8, 267-276.
- RAIMONDI, A. (1900). De Cajamarca a Hualgayoc-San Pablo-San Pedro-Talambo-Trujillo-Huanchaco-Chuquisongocajabamba-Huamachuco-Cajamarquilla y Bambamarca (1860). *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima, Tomo X* (1-3), 1-40.
- RAVINES, R. (1982). *Panorama de la Arqueología Andina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- RIZO-PATRÓN, P. & C. ALJOVÍN (1998). La elite nobiliaria de Trujillo de 1700-1830. En O'Phelan, S. & Y. Saint-Geours (Comp.), *El Norte en la Historia Regional Siglos XVIII-XIX*, (pp. 241-294). Lima: Institut Français d'Études Andines/CIPCA.
- RODRÍGUEZ, L. (1976). *Los Petroglifos de Chuquillanqui*. Departamento de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Trujillo.
- RODRÍGUEZ, L. (1991). Los Petroglifos de Chuquillanqui. *Revista del Museo de Arqueología*, 2, 65-84.
- RODRÍGUEZ SUY SUY, V. (1971). Chan Chan. Ciudad de adobe, consideraciones sobre su base ecológica, *Revista Antropología*, 89-113.
- RODRÍGUEZ SUY SUY, V. (1973). Irrigación Prehispánica en el valle de Moche, *Boletín del Museo de Sitio Chavimochic*, 1-26. Trujillo, Cooperativa de Producción Cartavio Ltda. (Ponencia presentada al Congreso Internacional de Americanistas de Lima, 1970).
- ROWE, J. H. (1998). Max Uhle y la idea del tiempo en la arqueología americana. En: Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, (pp. 5-21). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SAN PEDRO, FRAY JUAN DE (1992). *La persecución del demonio. Crónica de los primeros agustinos en el norte del Perú (1560)*. Manuscrito del Archivo de Indias transcrito por Eric E. Beeeds, ALGAZAR/ C.A.M.E.I, Málaga/México.
- SCHAEDEL, R. (1988). *La Etnografía Muchik en las fotografías de H. Brüning 1886-1925*. Lima: Ediciones COFIDE.
- TELLO, J. (2004). Arqueología de Cajamarca: Expedición al Maraón-1937. *Obras Completas* Vol. I. Serie Clásicos San Marquinos. Lima: COFIDE/Fondo Editorial U.N.M.S.M/ Centro Cultural de San Marcos y Museo de Arqueología y Antropología U.N.M.S.M.
- THATCHER, J. P. Jr. (1972). Continuity and Change in the Ceramics of Huamachuco, North Highlands, Peru. Tesis de doctorado, Faculty of the Graduate School of the University of Pennsylvania, Philadelphia.
- THATCHER, J. P. Jr. (1975). Early Intermediate Period and Middle Horizon 1B Ceramic Assemblages of Huamachuco, North Highlands, Peru. *Nawpa Pacha*, 10-12, (1972-74), 109-127.
- THATCHER, J. P. Jr. (1977). A Middle Horizon 1B Cache from Huamachuco, North Highlands, Peru. *Nawpa Pacha*, 15, 101-110.
- THATCHER, J. P. Jr. (1980). Early Ceramic Assemblages from Huamachuco, North Highlands, Peru. *Nawpa Pacha*, 17, (1979), 91-106.
- TOPIC, J. (1992). Las Huacas de Huamachuco: Precisiones en torno a una imagen indígena de un paisaje andino, En *La persecución del demonio. Crónica de los primeros agustinos en el norte del Perú (1560)*, (pp.39-99), L. Millones, J. Topic y J. Gonzales (estudios preliminares). México: ALGAZAR/C.A.M.E.I.
- TOPIC, J. & T. TOPIC (1977). Proyecto arqueológico de fortificaciones prehistóricas del norte del Perú. Informe preliminar sobre la primera temporada de investigación, junio-agosto 1977 presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- TOPIC, J. & T. TOPIC (1978). Proyecto arqueológico de fortificaciones prehistóricas del norte del Perú. Informe preliminar sobre la segunda temporada de investigación, junio-agosto 1978 presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- TOPIC, J. & T. TOPIC (1980). Proyecto arqueológico de fortificaciones prehistóricas del norte del Perú. Cuarto Informe preliminar, enero-marzo 1980, presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima
- TOPIC, J. & T. TOPIC (1982). Coast highland relation in northern Peru: some observations on routes, networks and scales of information. En: Leventhal R. & A. Kolata. (Eds.), *Civilizations in ancient America: Essays in Honor of Gordon Willey*, (pp. 237-259). Albuquerque, University of New Mexico Press.
- TOPIC, J. & T. TOPIC (1986). El Horizonte Medio en Huamachuco. *Revista del Museo Nacional*, XLVII, (1983-1985), 13-53.
- TOPIC, J. & T. TOPIC (1987). The archaeological investigation of Andean militarism: some cautionary observations. En: Haas, J., S. Pozorski & T. Pozorski (Eds.), *The origins and development of the Andean state*, (pp. 47-55). Cambridge: Cambridge University Press.
- TOPIC, J. & T. TOPIC (2000). Hacia la Comprensión del Fenómeno Huari: Una perspectiva norteña. En Kaulicke P. & W. H. Isbell (Eds.), *Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias*, Primera Parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, 4, 181-217.
- TOPIC, J., A. MELLY & T. TOPIC (2001). Las Investigaciones en Namanchugo. El Santuario del Oráculo «Catequil», San José de Porcón, Santiago de Chuco, La Libertad. Julio-Agosto 1998. Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- TOPIC, T., J. TOPIC & J. MACKENZIE (1981). Proyecto arqueológico de fortificaciones prehistóricas del norte del Perú. Informe preliminar sobre la temporada Abril-Diciembre 1980 presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- UHLE, M. (1998). Las ruinas de Moche (1913). En: Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, (pp. 205-227). Lima: Fondo Editorial Pontificia Universidad Católica del Perú.
- WATANABE, L. (1976). Sitios tempranos en el valle de Moche (costa norte del Perú). Tesis de doctorado. Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- WIENER, C. (1993 [1880]). *Perú y Bolivia. Relato de Viaje. Seguido de Estudios Arqueológicos y Etnográficos y de Notas sobre la Escritura y los Idiomas de las Poblaciones Indígenas*. Traducido al Castellano por Edgardo Rivera Martínez. Travaux de l'Institut Français d'Études Andines, 56. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos y Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- WURSTER, W. W. (Ed.) (1999). Max Uhle (1856-1944). *Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Planos de sitios arqueológicos en el área andina*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 56.
- YAMAMOTO, A. & J. PEÑA (2004). Informe Preliminar del Proyecto de Investigación Arqueológica en la Zona de Huamachuco, Perú (Temporada 2004). Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- ZEVALLOS QUIÑONES, J. (1990). Petroglifos en la zona costera de Trujillo. *Revista del Museo de Arqueología*, 1, 7-23.
- ZEVALLOS QUIÑONES, J. (1992). *Los Cacicazgos de Trujillo*. Trujillo: Fundación Alfredo Pinillos Goicochea.

EL TRABAJO DE UHLE EN TAMBO COLORADO: UNA EVALUACIÓN

Jean-Pierre Protzen¹
En memoria de Craig Morris

INTRODUCCIÓN

Tambo Colorado, indudablemente el sitio inca mejor conservado de la región costera del Perú, se ubica a 35 kilómetros tierra adentro desde la ciudad portuaria de Pisco y a cerca de 250 kilómetros al sur de Lima (figura 1)². Al observar las ruinas, Uhle exclamó:

incásicas, nada sino solo incásicas. Quienquiera que haya tenido una impresión acerca de qué es la arquitectura incásica no vacilará un momento al declarar que estas ruinas son puramente incásicas, que son unas de las más interesantes y, por su carácter, constituyen el más marcado de los monumentos que los incas nos han dejado (11/9/1901, p. 6)³.

Si, por un lado, Uhle estaba profundamente impresionado con las ruinas inca, también reconoció que había otros restos en el sitio que no parecían tener el mismo origen, pero que pudieron haber sido construidas bajo su influencia (11/9/1901, pp. 21-29). Los restos inca ocupan el centro del sitio y están dispuestos alrededor de una plaza trapezoidal muy grande, por el centro de la cual discurre el importante camino inca que conecta el Cuzco, la capital inca, con Chíncha y la costa del Pacífico. Otras muchas estructuras flanquean el complejo inca hacia el oeste y el este (figura 2).

Varios estudiosos han investigado y levantado planos del sitio en el pasado, pero el trabajo de Max Uhle es el más importante y exhaustivo. Uhle se alojó en la hacienda Pallasca (figura 3), en cuyos terrenos estaba el complejo de Tambo Colorado, desde el 23 de agosto al 7 de octubre de 1901. Durante esta época, y entre

otras cosas, exploró y trazó un mapa de las ruinas y sus alrededores, y tomó numerosas fotografías. Él informó acerca de su trabajo en el valle de Pisco en cinco cartas a su mecenas, Phoebe Apperson Hearst, en la University of California de Berkeley⁴. En estas cartas, Uhle no solo contaba acerca de sus actividades y observaciones, sino que también exponía su percepción y desarrolló su interpretación del sitio y sus alrededores.

Las investigaciones de Uhle en el valle de Pisco están relacionadas con su trabajo más temprano en los adyacentes valles de Ica, al sur, y el de Chíncha, al norte. Uhle manejaba un plan impresionante, el cual describió como sigue en su introducción al manuscrito «Das Thal von Chíncha»⁵:

Era parte del plan del autor, comenzando con la exploración del valle de Chíncha, el hacer un amplio transepto a través de las regiones del sur del Perú que fueron cultivadas en tiempos antiguos. En ese sentido, los valles de Pisco e Ica, que nunca han sido estudiados, serán los primeros en ser tratados. ... Luego, avanzando hacia el Cuzco, se abordarán las interesantes regiones de Lucana y el departamento de Ayacucho, los antiguos hogares de los chancas, famosos a lo largo de la historia antigua. Y más aún, podría esperarse encontrar en el camino una clave para el desarrollo de la cultura histórica de los incas y el estilo del Cuzco por medio del estudio de sus culturas vecinas.

Este programa, bastante grande en su concepción, solo podría realizarse en su primera parte en relación con los valles de Chíncha, Pisco e Ica. Después de un año de trabajo en

¹ University of California at Berkeley, Department of Architecture, California, EE.UU.

² El texto original en inglés fue traducido por Rafael Valdez, de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

³ La fuente citada es la carta de Uhle con fecha 11 de setiembre de 1901 a Phoebe Apperson Hearst (PAHMA). Las citas son de la versión editada de su carta, mientras que los números de páginas se refieren a la carta original. El mismo formato de cita se utiliza a lo largo del artículo. Para más detalles acerca de estas cartas, véase la nota 4.

⁴ Estas cartas se conservan en el PAHMA, en los volúmenes 4 y 5 del *Uhle Original Catalog*. Las versiones transcritas y editadas de estas cartas fueron publicadas en el libro *Exploration in the Pisco Valley. Max Uhle's Reports to Phoebe Apperson Hearst, August 1901 to January 1902*, Jean-Pierre Protzen y David Harris (Eds.), Contributions of the University of California Archaeological Research Facility, n° 63, Berkeley 2005.

⁵ Max Uhle, *Das Thal von Chíncha*, manuscrito (n.º 26) que se conserva en el Ibero-Amerikanisches Institut, Preußischer Kulturbesitz (IAI, PK) en Berlín, y que fue transcrito por Gerdt Kutscher, un texto también custodiado en el IAI, PK (n.º 27). Los números se refieren al número de catálogo del inventario del Legado de Uhle en el IAI, PK.

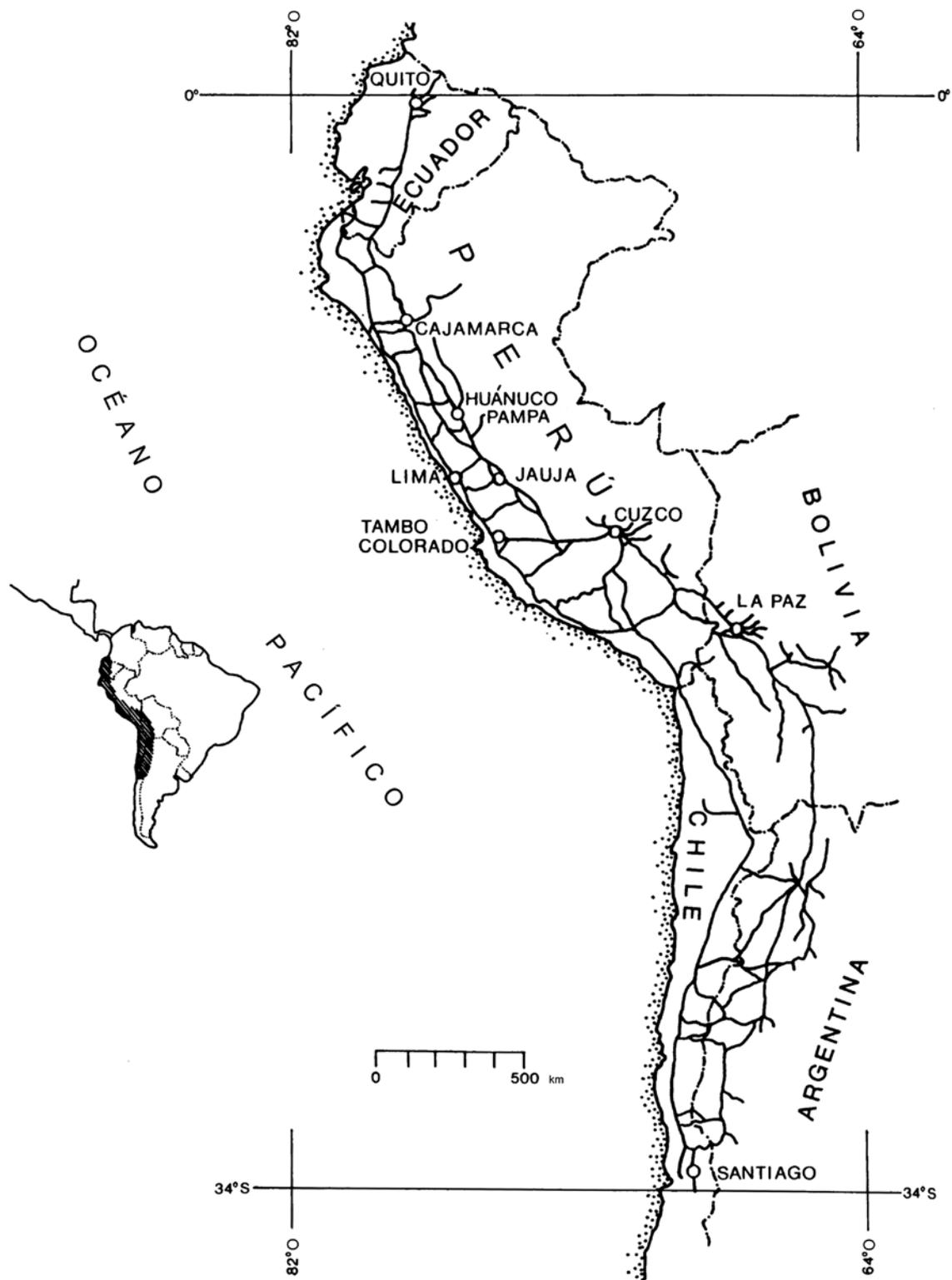


Figura 1. Mapa del Imperio Inca con la ubicación de Tambo Colorado (basado en Hyslop, 1984).



Figura 2. El complejo de Tambo Colorado, visto desde el noroeste. Fotografía de Jean Pierre-Protzen.



Figura 3. La hacienda Pallasca en 2003. Fotografía de Jean Pierre-Protzen.

esta [la primera parte] desde septiembre de 1900 a octubre de 1901, él [el autor] fue convocado a California para brindar un informe preliminar de sus logros a la fecha⁶.

Gracias al trabajo llevado a cabo en Tambo Colorado, desarrollé una profunda comprensión y admiración por el trabajo de Max Uhle⁷. Mientras mis estudiantes y yo realizábamos nuestras labores con un equipo topográfico y de documentación moderno y de alta tecnología⁸, yo seguía sorprendido, y todavía me maravillo, acerca de lo que hoy en día podemos decir o hacer sobre Tambo Colorado que Uhle no haya hecho o anticipado ya. En este sentido, el significado de su

trabajo en este sitio para los investigadores actuales se presenta en tres campos:

1. Sus planos, dibujos, fotografías y observaciones proporcionan una base bastante detallada y confiable.
2. Uhle observó y documentó rasgos del sitio que ya han sido destruidos o han desaparecido, pero que pueden ser relevantes para la interpretación de la arquitectura.
3. Y, finalmente, sus preguntas y planteamientos acerca de los colores, los detalles arquitectónicos, los usos y funciones de las ruinas inca, así como su contexto arqueológico permanecen relevantes de manera íntegra.

En lo que queda de este trabajo voy a abordar y desarrollar cada uno de estos puntos por separado.

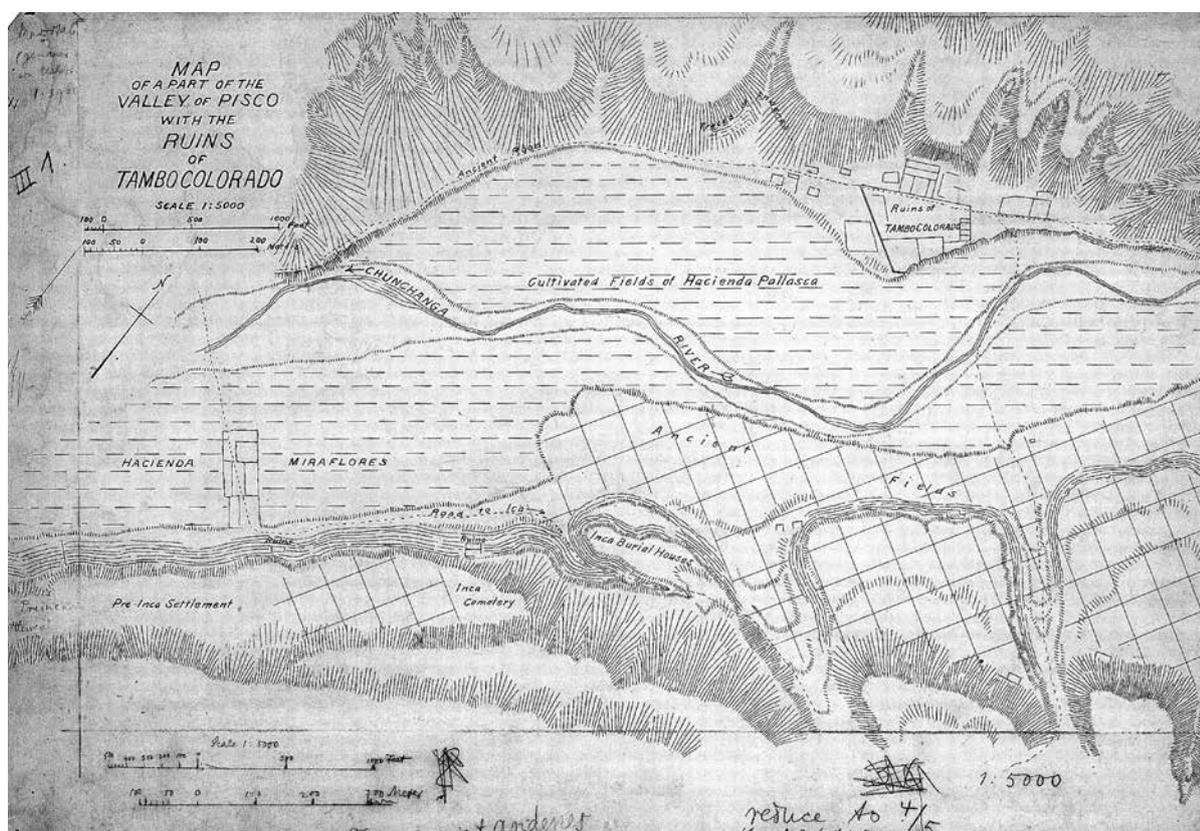


Figura 4. Mapa de una sección del valle de Pisco y la ubicación de Tambo Colorado, realizado por Max Uhle. Escala 1:5000. Cortesía del Ibero-Amerikanisches Institut, Preußischer Kulturbesitz.

⁶ Traducción de Jean-Pierre Protzen. El texto original es como sigue: «Der Plan des Schreibers bestand die Erforschung des Thales von Chincha zum Ausgang nehmend einen grossen Durchschnitt durch die in alter Zeit cultivirten Religionen [Regionen] des südlichen Peru auf Cuzco zu machen. Bei diesem waren die Thäler von Pisco und Ica die noch nie früher studiert worden waren, vorerst zu berühren. [...] Bei dem weiteren Vorstoss gegen Cuzco hin, wären die interessanten Gebiete von Lucana und dem Departement von Ayacucho, einst die Wohnplätze der durch die alte Geschichte berühmten Chancas zu berühren gewesen. Und weiter hätte man hoffen dürfen, auf geographischem Wege durch das Studium der Nachbar-culturen einen Schlüssel zur historischen Kultur der Inca und des Stiles von Cuzco zu finden. Das ziemlich ausgedehnt gedachte Programm konnte nur in seinem ersten die Thäler von Chincha, Pisco und Ica betreffenden Theile gelöst werden. Nach einjähriger Beschäftigung mit diesem vom September 1900 bis Oktober 1901 erreichte ihn der Zurückruf nach Californien um vorläufige Rechenschaft von dem bisher erreichten zu erstatten» (manuscrito (n.º 26) que se conserva en el Ibero-Amerikanisches Institut Preussischer Kulturbesitz (IAI, PK) en Berlín, y que fue transcrito por Gerdt Kutscher, un texto también custodiado en el IAI, PK (n.º 27). Los números se refieren al número de catálogo del inventario del Legado de Uhle en el IAI, PK.)

⁷ Cuando consideré por primera vez investigar las ruinas inca de Tambo Colorado en el año 2000, un amigo común me dijo que el doctor Craig Morris también tenía la intención de trabajar en dicho sitio. Este interés coincidente condujo a nuestro trabajo en equipo. Pasamos mucho tiempo juntos en el campo, tuvimos conversaciones intensas y escribimos varios artículos entre los dos. De hecho, aún estábamos trabajando en dos artículos cuando Craig falleció el 14 de junio de 2006.

⁸ Entre el equipo utilizado estaba un escáner láser modelo Cyrax 2500 3D con el cual se trazó el plano del complejo inca completo.

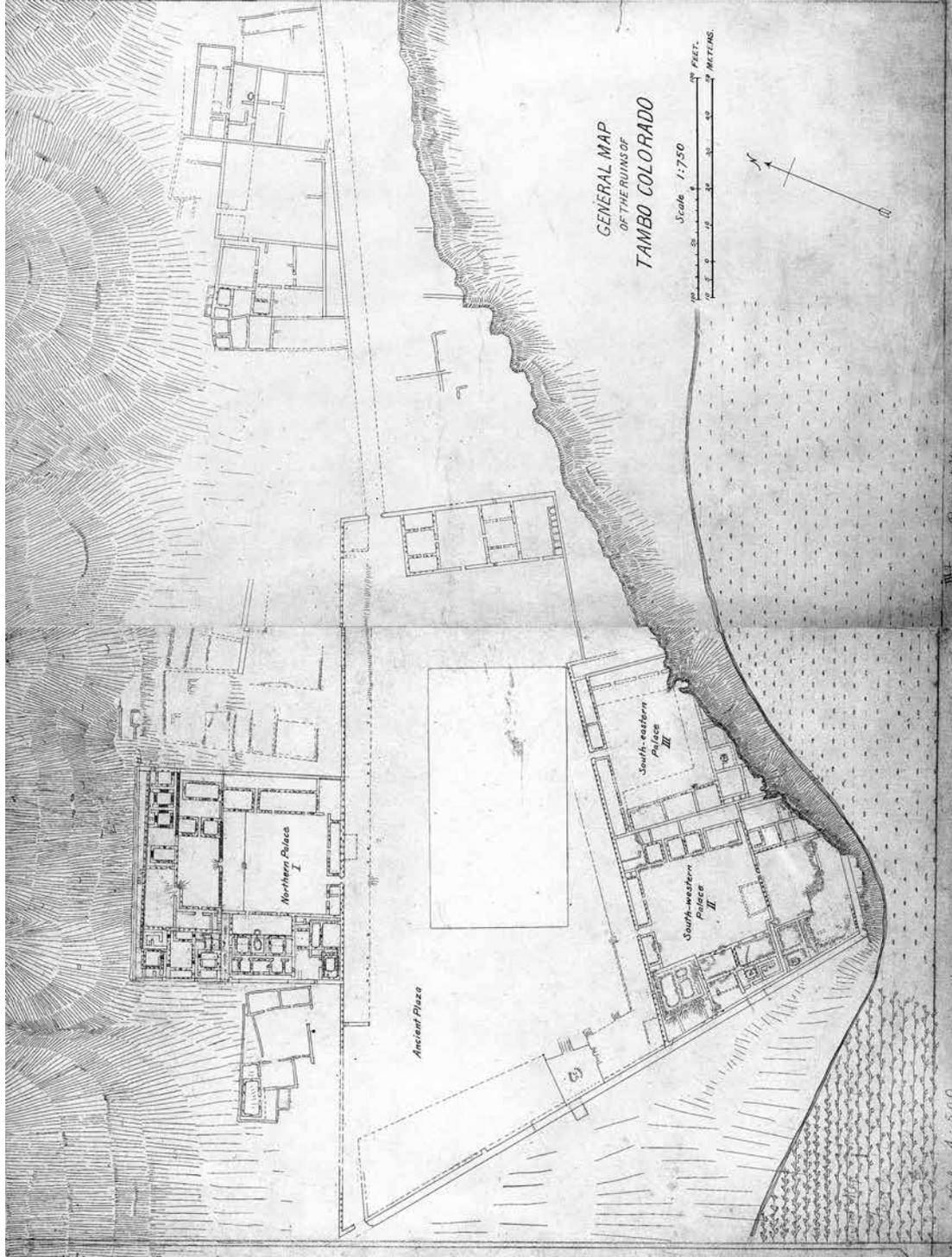


Figura 5. Plano del sitio de Tambo Colorado realizado por Max Uhle. Escala 1:750. Cortesía del Ibero-Americano Instituto, Preußischer Kulturbesitz.

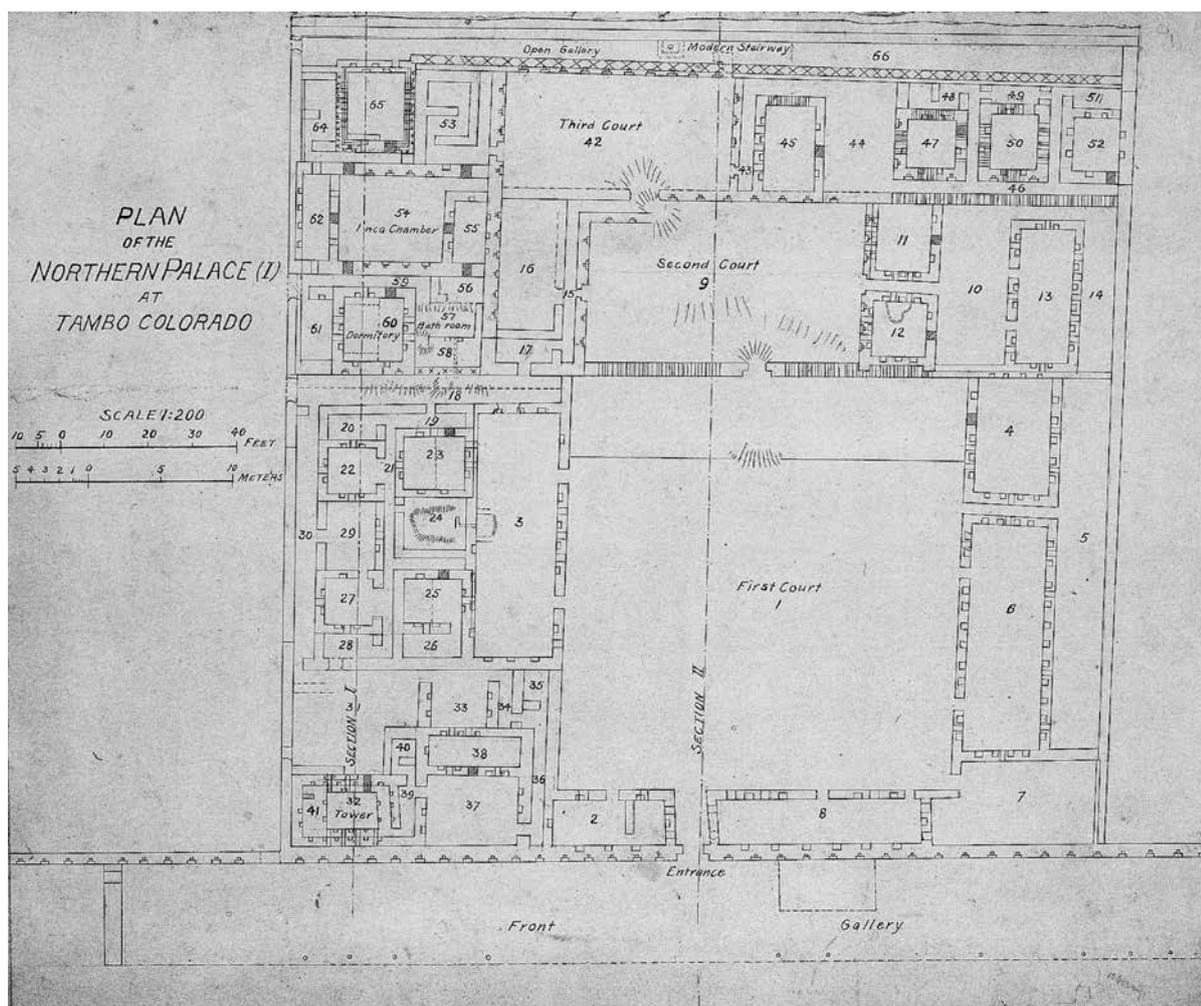


Figura 6. Plano del palacio I, realizado por Max Uhle. Escala 1:200. Cortesía del Ibero-Amerikanisches Institut, Preußischer Kulturbesitz.

LA EXACTITUD DEL TRABAJO DE UHLE

Uhle levantó un plano del sitio, sus alrededores y edificios anexos en tres diferentes escalas: la porción del valle de Pisco en el que se encuentra Tambo Colorado en 1: 5000 (figura 4), el sitio mismo en 1: 750 (figura 5), y el denominado palacio noroeste —o palacio I— en 1: 200 (figura 6)⁹. Todos estos planos son de una exactitud notable. Para dar un ejemplo, si se sobrepone el resultado de nuestro propio proceso de barrido por escáner del palacio I sobre el plano y secciones de Uhle, encontramos apenas algunas desviaciones menores (figura 16). Las pocas discrepancias probablemente pueden explicarse por el hecho de que Uhle registró sus planos y secciones en un tiempo en que los patios y otros espacios estaban aún cubiertos de muchos escombros. En la actualidad, todo esto ha sido despejado y algunos muros dañados han sido reparados. De hecho, el plano de Uhle muestra pocos errores: obvió algunos pocos nichos en los espacios 3 y 25, y muestra

un pasadizo entre los espacios 18 y 19 donde no hay ninguno, pero eso es todo¹⁰. La exactitud encontrada en los planos también se aplica a las descripciones de las estructuras, sus detalles y, con una excepción anotada abajo, los colores aplicados. A lo largo del texto se podrá observar una mayor cantidad de evidencias acerca de la confiabilidad del trabajo de este investigador.

LOS RASGOS PERDIDOS

Cuando Max Uhle documentó las características del sitio, partes de la sección sur, en particular porciones de los palacios II y III, ya se habían perdido debido a la erosión del río Pisco. Desde entonces, el sitio ha sufrido mayores pérdidas en el mismo lado, pero esta vez debido a la construcción de una nueva calzada pavimentada que conecta la carretera Panamericana con Ayacucho y que sorte a el sitio. Uhle registró un portal de doble jamba¹¹ en la entrada este al principal complejo inca, el

⁹ Todos los planos están archivados en el IAI, PK.

¹⁰ Los números corresponden a los que Uhle propuso en su plano del palacio noroeste.

¹¹ Un portal que tiene doble jamba en ambos lados del muro en que se inserta.

cual desapareció víctima de un proyecto de camino más temprano, como le ocurrió a la entrada oeste¹². No se sabe exactamente cuál fue la configuración real de esta. La mayor parte de estudiosos interpretan la presencia de los portales de doble jamba, tanto como para indicar el alto estatus de las estructuras a las que conducen, como el de los residentes, o ambos casos. Las puertas o entradas de doble jamba son, más bien, excepcionales, y su significado aún queda por esclarecerse. Posiblemente, la entrada de doble jamba al este de Tambo Colorado destacaba tanto el acceso desde el Cuzco como la salida hacia la capital del Tawantinsuyu.

En el palacio I, Uhle registró un enrejado utilizado como una «balaustrada» en el lado sur del área de la fuente (espacios 57 y 58), del cual apenas queda la base en la actualidad. Como se puede ver en la fotografía de Uhle, hay más de este enrejado en el palacio, pero consiste en un diseño diferente respecto del que ya ha desaparecido (figura 7). ¿Acaso los diferentes diseños de los enrejados tenían significados distintos?

Las cada vez mayores densidades de población en la zona y las prácticas agrícolas modernas han provocado la pérdida de amplias áreas aterrazadas (figura 8) y de obras de irrigación intensivas antiguas registradas por Uhle río arriba y río abajo desde Tambo Colorado. No se sabe si las terrazas fueron realmente construidas por los incas o si estas los antecedían, pero se puede asumir que estaban en uso y bajo cultivo en la época inca. Estas terrazas constituyen una evidencia fehaciente de que

Tambo Colorado tenía una base de subsistencia sustancial. Además, y en la misma área, Uhle distinguió un asentamiento preinca, un cementerio inca y lo que él denominó «viviendas funerarias» inca, de todo lo cual apenas se ve un rastro en la actualidad.

LOS PLANTEAMIENTOS Y OBJETIVOS CIENTÍFICOS DE UHLE

Uhle se preguntaba cómo pudieron haber sido usados los espacios en el complejo y quién pudo haber vivido en ellos. En su intento por responder a estas preguntas, siguió diversas líneas de pensamiento.

EL SITIO

En primer lugar, Uhle consideró el sitio como un todo. Como el complejo inca estaba completamente cercado por un muro, concluyó que «los dueños de estos edificios —es decir, los incas— deseaban permanecer aislados del resto de la gente, sin preocuparse de cuán prominentes puedan haber sido los demás» (11/1/1901, p. 23).

Asimismo, remarcó que algunas de las estructuras de «carácter inferior» estaban dispuestas en alguna relación con las estructuras «puramente» inca. Él encontró evidencia de esto en:

las cuatro puertas que se encuentran en la larga prolongación este del solemne muro frontal sur del palacio incásico norte. De manera indudable, la intención en la construcción de este muro prolongado fue la de no



Figura 7. Enrejado en el espacio 58. Fotografía de Max Uhle. Cortesía del Phoebe A. Hearst Museum of Anthropology.

¹² El camino inca original atraviesa el sitio y aún era utilizado por los arrieros en los días de Uhle. Fue ampliado posteriormente para acomodar el tráfico motorizado.



Figura 8. Andenes. Fotografía de Max Uhle. Cortesía del Phoebe A. Hearst Museum of Anthropology.

permitir ninguna alteración de la refinada impresión que brindaba la plaza principal por parte de las estructuras de calidad inferior que estaban dispuestas abiertamente a un lado de esta, pero, al mismo tiempo, para proporcionar un acceso completo a la plaza desde estas estructuras de calidad inferior, así como desde los cuartos interiores de menor importancia. La simplicidad de las cuatro puertas dispuestas frente a esas estructuras se encuentra en concordancia con dicha explicación de los hechos (11/9/1901, pp. 30-31).

Uhle advirtió que esas estructuras de «carácter inferior» ubicadas al este y oeste del complejo inca, así como la mayor parte de estructuras encontradas río arriba y abajo, estaban construidas con tapia, en contraste con las estructuras inca, construidas con adobes. Fascinado como estaba con las ruinas inca, Uhle estableció claramente que no deseaba limitarse al:

estudio de estas ruinas. Ya que he visto aquí también muchos otros restos de la evolución prehispánica, igualmente he tratado de obtener una impresión más o menos clara de los vestigios históricos que la humanidad civilizada dejó en este valle antes de la invasión de los españoles (11/9/1901, p. 8).

Él pensaba que el más temprano de estos «vestigios históricos» tenía al menos 1500 años de antigüedad. Distinguió tres períodos basado en la cerámica ya conocida por él: al más antiguo lo asoció con lo que encontró en Santiago, en el valle de Ica, al segundo periodo lo identificó como congruente con el estilo de Chincha, y al último, por supuesto, como el periodo inca.

Si se camina sobre las colinas que dominan Tambo Colorado se pueden encontrar vestigios de asentamientos, terrazas, pozos de almacenamiento, canales, enterrros, otras estructuras y enormes cantidades de tuestos de cerámica, pequeños y grandes (figura 9). De lo que he podido observar, y a pesar del respeto que tengo por Uhle, pienso que estas tres fases pueden entrar en reconsideración y refinamiento, pero esto es un campo que sobrepasa mi competencia, por lo que algún otro investigador tendrá que resolver dicha secuencia.

EL COMPLEJO INCA

En segundo lugar, Uhle percibió una jerarquía específica en los diversos componentes del complejo inca. El conjunto del lado este de la plaza fue ubicado en la categoría inferior:

Aunque este contiene muchos nichos, lo que es característico de la arquitectura incásica, la disposición de los ambientes es de carácter simple y el material (piedras toscas unidas con arcilla) difiere del de los edificios de rango más alto. De esta manera, parece ser que este edificio puede haber servido como alojamiento para guardianes u otro tipo de individuos destinados para servicio general de los edificios alrededor de la plaza (11/9/1901, p. 26).

Uhle encontró una cierta simetría entre los edificios restantes, los que denominó los palacios noroeste, suroeste y sureste (o palacios I, II y III): «Los palacios sur son semejantes en prominencia al del norte, en el sentido más general de la disposición y decorado» (11/9/1901, p. 26).



Figura 9. Tiestos de cerámica. Fotografía de Jean-Pierre Protzen.

Aún así, colocó en el nivel más alto de la jerarquía al palacio noroeste, o palacio I: «No obstante, los antiguos [palacios II y III] no parecen alcanzar del todo la importancia del último [el palacio I], como se puede ver en la disposición más simple de los patios y cuartos, y en el tipo de decoración, aparentemente menos refinado» (11/9/1901, p. 26).

Del palacio suroeste (o palacio II), Uhle mencionó que:

indudablemente ... era de mayor importancia que el sureste, ya que revela unas pocas semejanzas más con el palacio norte: en primer lugar, un segundo patio más íntimo en la parte posterior del primer ... patio ..., en segundo lugar, un edificio tipo torre en una esquina del frente del palacio; en tercer lugar, una división similar de los cuartos en el lado menos importante del [primer] patio, con cuartos interiores que comunican con el patio por medio de pequeños pasadizos ubicados entre otros cuartos (11/9/1901, pp. 34-35).

Más adelante voy a explicar que existen más semejanzas y diferencias entre los palacios I y II de las que Uhle sospechaba y que estas pueden proporcionar algunas pistas acerca de las funciones y de los ocupantes de estos denominados «palacios».

EL PALACIO NOROESTE

En una tercera línea de investigación, Uhle abordó la parte mejor preservada del sitio, el palacio Noroeste, el cual, como hemos visto, también consideró como el de mayor nivel. Y, ciertamente, este domina el sitio, al menos de manera visual. Uhle pensó encontrar indicios mayores acerca de las funciones y los usuarios de los espacios en el trazado del palacio, los colores con los que estaban pintados las paredes y los nichos, y los detalles arquitectónicos, o «decoraciones» como él los llamaba.

EL TRAZADO

LA DIVISIÓN EN BLOQUES

Uhle se dio cuenta de que el interior del palacio noroeste estaba: «... dividido por una serie de muros principales en varios (cerca de siete diferentes) bloques ..., cada uno de los cuales está subdividido en muchos diferentes cuartos de muy diverso tamaño» (11/9/1901, p. 37) (figura 10).

Acerca de la disposición de los bloques y el trazado del palacio completo, Uhle sostuvo que:

estaba planificado por un arquitecto muy hábil, quien procedió, después de mucha deliberación, hacia el objetivo de que cada cuarto de un cierto propósito alcanzara la ubicación correcta dentro de un conjunto más grande de cuartos similares de propósito semejante con el fin de que cada bloque que comprendiera muchos cuartos pudiera corresponder con una cierta categoría de estos (11/9/1901, p. 38).

JERARQUÍA DE LOS ESPACIOS

Por otro lado, Uhle observó la complejidad que implicaba, por ejemplo, el acceder desde la entrada principal al Cuarto 41, en la esquina suroeste del palacio, y vio una clara jerarquía en el trazado de los varios patios y en los cuartos y espacios a los que conducían:

Tal como lo veo, el Patio 1 sirvió para una primera recepción general de los visitantes del edificio; los cuartos 2-8 alrededor de él, que carecen de una decoración especial de puertas y nichos, pueden haber servido para el mantenimiento general del palacio. Los guardias, apostados sobre la terraza que mira hacia el patio desde el norte, a los lados de la entrada del Patio 9, pueden haber recibido a los visitantes en ese lugar. El Patio 9 tenía una gran formalidad ... No sé determinar si el Cuarto 16 y el Patio 42, a los que solo se puede haber accedido mediante la puerta oeste del Patio 9

y a través de la pequeña Galería 15, eran los aposentos particulares de recepción del Inca (11/9/1901, pp. 72-73)¹³.

Para confirmar las descripciones de Uhle, Craig Morris y yo propusimos una jerarquía inclusiva que reorganiza los espacios y bloques de Uhle en grupos y conjuntos, y representa la complejidad de los patrones de acceso (figura 11) (Protzen & Morris, 2004, pp. 270, 272). Esta representación, conocida como «gráfico de accesos» puede requerir de revisiones posteriores, ya que la posición de los diversos conjuntos y sus espacios en la jerarquía se puede cruzar con los datos de los colores y otros rasgos arquitectónicos.

LOS COLORES

Uhle esgrimió dos razones para investigar el uso de los colores en Tambo Colorado:

puede ser importante saber cuál de los colores fue otorgado a los nichos del edificio, ya que puede ser el caso de que varios colores hubieran sido aplicados de una manera significativa en relación con los diferentes cuadrantes del firmamento, a los cuales habrían representado (11/9/1901, p. 68).

y que «es posible que ciertos colores hayan expresado una función particular para cada cuarto» (11/9/1901, p. 68).

INVENTARIO

En ese sentido, Uhle proporciona un inventario muy exacto de los colores con los que se pintaron los muros y nichos. Aunque percibió que muchos de ellos fueron recubiertos con enlucido y pintados muchas veces y con diferentes colores, él eligió registrar solamente: «los colores que forman el pintado más reciente y que corresponde a la condición decorativa en la cual fue dejado el palacio al momento de la destrucción del imperio» (11/9/1901, p. 63).

Si los colores y esquemas de color encontrados en Tambo Colorado no son simples decoraciones, sino que, como Uhle sugirió, también tienen un significado simbólico, entonces lo que nos corresponde es determinar cuáles fueron todas las combinaciones de colores utilizadas por los incas y cuál color o esquema de colores reemplazó a otro en sucesivas aplicaciones. Si se comprenden bien los cambios, esto podría ayudar a entender el significado de los colores y de los esquemas que formaron.

EL INVENTARIO AUMENTADO

Con esto en mente, mi esposa y yo registramos todos los colores y esquemas de colores aplicados sobre la totalidad

de muros, nichos y ventanas que fuera posible en el palacio I. Algunos casos, especialmente los muros de cara al oeste, se han descolorido a tal grado que es imposible determinar cuál fue el esquema de color original. Nosotros encontramos que algunos muros, nichos y ventanas fueron repintados hasta cinco veces y, como Uhle percibió, algunas veces se aplicó una nueva capa de enlucido entre dos capas de pintura (11/9/1901, p. 63).

Con estos datos, registré todos los esquemas de colores existentes en la actualidad que encontramos en los muros en una lista de todos los posibles arreglos de uno, dos y tres colores dispuestos en una, dos, tres y cuatro bandas (figura 12)¹⁴. La lógica de este método es que los esquemas de color que no han sido utilizados pueden ser tan informativos como los que fueron realmente aplicados. En este registro, solo 17 esquemas fueron aplicados de manera efectiva fuera de las 45 combinaciones teóricamente posibles. Con esta información se pueden formular algunas reglas acerca de cuáles esquemas fueron excluidos: no hay muros pintados completamente de amarillo, el amarillo como banda nunca aparece en la parte inferior de un muro, una banda amarilla nunca aparece entre dos bandas blancas, y si aparecen una banda roja y una amarilla hay al menos una banda más, roja o blanca.

Con el transcurso del tiempo, los habitantes de Tambo Colorado manifestaron una obvia predilección por algunos esquemas. El siguiente diagrama muestra las frecuencias con las que fue utilizado cada esquema (figura 13)¹⁵.

Los nichos, tanto los simples como los de doble marco, fueron registrados de manera similar (figura 14). Los nichos de doble marco tienen cuatro superficies, la cara (cara interior o CI) y los derrames (derrames interiores o DI) del nicho más pequeño al interior del nicho más grande, con su cara (cara exterior o CE) y sus derrames (derrames exteriores o DE), cada uno de los cuales puede ser pintado en un color diferente. Los nichos simples tienen solo una cara (cara exterior o CE) y dos derrames (derrame exterior o DE), y ambos también pueden ser pintados con diferentes colores. La tabla muestra que para los nichos simples se utilizaron efectivamente siete de las nueve posibilidades y 24, de 81, para los de doble marco. Parecen aplicarse las siguientes reglas exclusivistas: no hay nichos simples con una cara roja y derrames blancos o amarillos, ni nichos de doble marco pintados solamente de blanco y amarillo, o con dos superficies pintadas de amarillo y las otras dos superficies pintadas una de rojo y la otra de blanco.

Como su nombre lo indica, Tambo Colorado es famoso por sus muros pintados (figura 15). En ese sentido, el aspecto del edificio cuando estuvo en funcionamiento debió ser impactante para los visitantes.

¹³ La descripción de Uhle repite de manera extraña la descripción de Martín de Murúa acerca de un palacio inca (Murúa, 1986 [1616], p. 347). Aunque el manuscrito de Murúa era conocido desde el siglo XVIII, no fue publicado sino hasta 1922 (Porrás Barrenechea, 1986, pp. 480-481). De esta manera, es improbable que Uhle haya visto el texto de Murúa.

¹⁴ La numeración de los esquemas de color en el presente texto corresponde a una versión revisada y aumentada presentada anteriormente por Protzen y Morris (2004, p. 269).

¹⁵ El conteo de frecuencia en este gráfico incluye los esquemas de color originales o primeros y todos los subsiguientes.

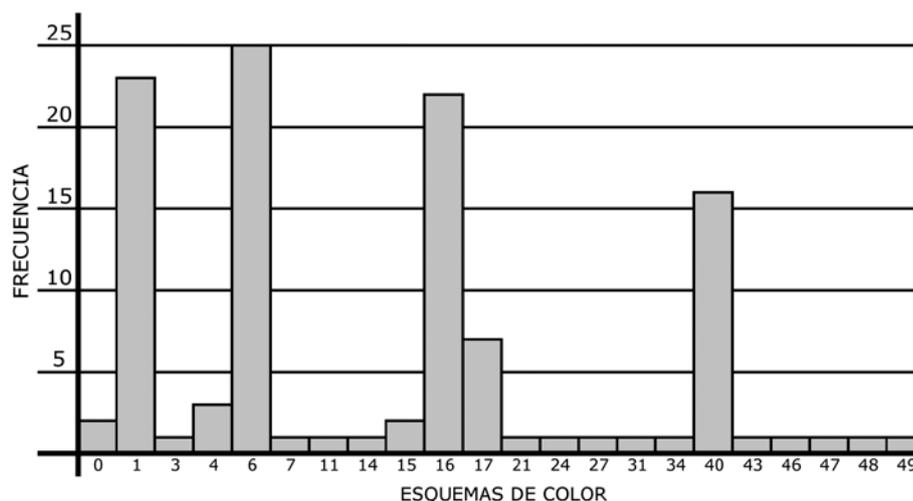


Figura 13. Distribución de frecuencia de los esquemas de color utilizados. Gráfico elaborado por Jean-Pierre Protzen.

También existen tres esquemas adicionales de pintura de tres colores y cinco o seis bandas. Estas han sido consideradas como ejemplos singulares sin variantes al compararlas con todas las otras posibilidades teóricas encontradas en el campo. Otro esquema singular no concuerda con ninguno de los patrones arriba expuestos. Este consiste de un diseño triangular sofisticado encontrado exclusivamente en el cuarto 47 como una segunda capa entre una completamente blanca más temprana y una más tardía (figura 17). Uhle no hace mención de este diseño triangular, probablemente debido a que salió a la luz en tiempos más recientes a consecuencia de la erosión de la capa blanca exterior.

SIGNIFICADO DE LOS COLORES

Si los colores tenían algún significado simbólico, ¿cuál pudo haber sido este? Con respecto a esta pregunta, Uhle escribió:

En otro trabajo expuse (el pobre «Pachacamac», aún no está impreso) que diversos colores eran significativos de la siguiente manera¹⁶:

Blanco	por el culto al Sol
¿azul?	posiblemente por el origen infinito del mundo
Rojo	por el Inca
rojo y azul	también por el Inca (el color de su llautu, por ejemplo)
rojo y amarillo	por el «príncipe heredero», tal como Garcilaso expresa el rango de la persona con derecho a sucesión y que usa el llautu «real» en los colores rojo y amarillo; también es indicativo de parientes directos del Inca
marrón	por los caziques, jefes, etc. de las provincias, etc. (11/9/1901, p. 69).

El marrón no es realmente un color encontrado en Tambo Colorado, a menos que se desee igualar el color de la superficie de los adobes sin pintar con dicho color.

Uhle sí se dio cuenta de que: «el color gris azulado [fue] utilizado para la decoración de los nichos en la combinación rojo-gris azulado-rojo, [en] el frente sur del palacio norte» (11/9/1901, p. 69).

Él interpretó esto como que: «podía haber sido significativo para indicar a la gente foránea: ‘¡Esta es la habitación del poderoso inca!’ » (11/9/1901, p. 69).

Yo busqué en vano los nichos que Uhle describió y ninguno estaba pintado con un «gris azulado». Sin embargo, encontré once nichos de doble marco con una pintura negro-azulado en el lado sur de la plaza, en el muro exterior norte del palacio suroeste (palacio II) (figura 18). La combinación de colores allí es negro azulado (CI), rojo (DI), amarillo (CE) y rojo (DE). Si la interpretación de Uhle de que el azul y rojo aluden al Inca mismo es correcta, entonces la presencia de estos nichos en el palacio suroeste podría trastocar drásticamente su propia idea de que el palacio I era el más importante. Vale la pena advertir que este particular esquema de color azul/rojo no aparece ni en la primera o última capa, sino en la segunda o tercera. Si es que asumimos la interpretación de Uhle, ¿quiere decir que el mismo Inca «vivió allí» en algún momento, pero que luego fue reemplazado por alguien más?

Basado en la distribución de colores, Uhle percibió una división este-oeste del palacio noroeste:

Me atrevo a decir que considero que todos los cuartos al oeste de los patios 1, 9 y 42 (con la excepción de los cuartos 3 y 2, los cuales tenían diferentes entradas desde el Patio 1) constituyen la habitación privada del Inca ...

¹⁶ Evidentemente, la lista de colores y el significado que Uhle les adjudica no se modificó en la versión final impresa de «Pachacamac...», ya que se lee en la página 92: «En un informe anterior se señalaba el significado adscrito a ciertos colores...» (Uhle 1903). Aún no he logrado localizar este informe, por lo que no he podido determinar sobre qué información basó Uhle sus interpretaciones.

NICHOS SIMPLES

CI	DE	ESQUEMA N.º
		0
B	B	1
B	A	2
B	R	3
A	B	4
A	A	5
A	R	6
R	B	7
R	A	8
R	R	9

CI: CARA INTERNA
 DI: DERRAME INTERNO
 CE: CARA EXTERNA
 DE: DERRAME EXTERNO

NICHOS DE DOBLE MARCO

NÚMERO DE COLORES	COLORES	CI	DI	CE	DE	ESQUEMA N.º
0						0
1	BBBB	B	B	B	B	1
	AAAA	A	A	A	A	2
	RRRR	R	R	R	R	3
2	BBBA	B	B	B	A	4
		B	B	A	B	5
		B	A	B	B	6
		A	B	B	B	7
		B	B	A	A	8
		B	A	B	A	9
		B	A	A	B	10
	BBAA	A	B	B	A	11
		A	B	A	B	12
		A	A	B	B	13
		B	A	A	A	14
	BAAA	A	B	A	A	15
		A	A	B	A	16
		A	A	A	B	17
	BBBR	B	B	B	R	18
		B	B	R	B	19
		B	R	B	B	20
	BBRR	R	B	B	B	21
		B	B	R	R	22
		B	R	B	R	23
		B	R	R	B	24
		R	B	B	R	25
		R	B	R	B	26
		R	R	B	B	27
	BRRR	B	R	R	R	28
		R	B	R	R	29
		R	R	B	R	30
	AAAR	R	R	R	B	31
		A	A	A	R	32
		A	A	R	A	33
		A	R	A	A	34
	AARR	R	A	A	A	35
		A	A	R	R	36
		A	R	A	R	37
		A	R	R	A	38
		R	A	A	R	39
	ARRR	R	A	R	A	40
		R	R	A	A	41
		A	R	R	R	42
		R	A	R	R	43
		R	R	A	R	44
		R	R	R	A	45
	BBAR	B	B	R	A	46
		B	B	A	R	47
		B	R	B	A	48
B		A	B	R	49	
B		R	A	B	50	
B		A	R	B	51	
R		B	B	A	52	
A		B	B	R	53	
R		B	A	B	54	
A		B	R	B	55	
R		A	B	B	56	
A		R	B	B	57	
BAAR	B	A	A	R	58	
	B	A	R	A	59	
	B	R	A	A	60	
	A	A	R	B	61	
	A	A	B	R	62	
	A	R	A	B	63	
	A	B	A	R	64	
	A	R	B	A	65	
	A	B	R	A	66	
	R	A	A	B	67	
	R	A	B	A	68	
	R	B	A	A	69	
BARR	B	R	R	A	70	
	B	R	A	R	71	
	B	A	R	R	72	
	A	R	B	R	73	
	A	B	R	R	74	
	A	R	R	B	75	
	R	R	B	A	76	
	R	R	A	B	77	
	R	B	R	A	78	
	R	A	R	A	79	
	R	B	A	R	80	
	R	A	B	R	81	

CASO ESPECIAL CON COLOR NEGRO						
3	BRA	A	R	A	R	82

Figura 14. Diagrama de todas las posibles combinaciones de esquemas de color de los nichos. Las combinaciones realmente encontradas en el campo están representadas en colores. Existe un caso especial con color negro (una sola variante en el campo). Gráfico elaborado por Jean-Pierre Protzen.

En esa parte ha habido un mayor uso del rojo y amarillo que en los otros cuartos que están más cerca de la entrada desde la calle (11/9/1901, p. 70).

Si se consideran solo los colores aplicados a los muros interiores de los cuartos, la observación de Uhle con relación a la distribución de los colores, especialmente el amarillo, se confirma ciertamente. En el lado este del palacio, el amarillo aparece solo en un caso, esto es, en el cuarto 45 en el Conjunto H (figura 19).

LOS RASGOS ARQUITECTÓNICOS

Además de los colores, Uhle advirtió un número de rasgos arquitectónicos que él consideró «decoraciones» u «ornamentos»: portales de doble jamba, nichos simples y nichos de doble marco (figura 20), ventanas, especialmente ventanas «escalonadas»¹⁷ (figura 21), «aspilleras» —a las cuales él denominó «pináculos» y que estaban sobre la cabecera de los muros— (figura 22), enrejados —que él denominó «calados» y que sirvieron como parapetos o «balaustradas»— (figura 23), y un friso figurativo (figura 24) (11/9/1901, pp. 44-54). Muchos de estos elementos son rasgos estándar de la arquitectura inca, pero las aspilleras, ventanas escalonadas, enrejados, los frisos figurativos, y —yo agregaría a esta lista la presencia de ventanas muy anchas— (figura 25)¹⁸, son todo menos «incásicos»¹⁹.

Estos elementos pueden revelar influencias costeras, si es que no locales, a menos que representen, simplemente, una consideración de nuevas formas por parte de los incas o que tengan un significado más profundo que todavía queda por descubrirse. Los nuevos elementos no se distribuyen de manera uniforme a lo largo del palacio noroeste. Las aspilleras coronan el muro que separa el Patio 1 del Patio 9, o el Conjunto A del Grupo B, lo que acentúa más la separación de los espacios más públicos de los privados y privilegiados. Las otras únicas aspilleras se han encontrado sobre los edificios 47 y 50 en el Conjunto H, los cuales son los únicos con ventanas escalonadas, lo que diferencia a estas construcciones y a este conjunto de todos los demás. El Conjunto G, a su vez, se distingue por presentar los dos únicos edificios, 60 y 65, con ventanas muy anchas y, como ya se ha visto, con un enrejado de dos tipos: uno en forma de rombo en el lado sur del Espacio 58 y uno en forma de triángulo sobre el Edificio 65. Este último enrejado continúa a lo largo de la Galería 66 y discurre a lo largo del palacio por su parte posterior como si lo enmarcara. Un friso figurativo corona de manera exclusiva, o lo hizo alguna vez, el segundo piso del Edificio 32/41 en la esquina suroeste del Conjunto J²⁰. El Conjunto K difiere de todos los otros, no por algún elemento arquitectónico, sino porque los interiores de sus cuartos están todos pintados con el esquema de color n.º 40,



Figura 21. Ventana «escalonada» (Edificio 47). Fotografía de Jean-Pierre Protzen.

¹⁷ En las ventanas «escalonadas» las jambas, o lados de la abertura, no son verticales sino que presentan una serie de gradas, a manera de una escalera, en tres o cuatro pasos. Uhle pensaba que estas ventanas eran la mitad de una cruz andina.

¹⁸ Las ventanas en cuestión tienen más de 1,5 metros de ancho, bastante más grandes si se les compara con las usuales de 40 a 50 centímetros.

¹⁹ Se debe advertir aquí que al tiempo de las investigaciones de Uhle en Tambo Colorado, no se había topado con los principales sitios y edificios inca dentro y alrededor del Cuzco. Sus encuentros con la arquitectura inca consistían hasta ese momento con lo que pudo haber encontrado en Bolivia, como los edificios en las islas del Sol y la Luna en el lago Titicaca o las apropiaciones inca de la arquitectura más temprana en Pachacamac y Chíncha.

²⁰ De este friso figurativo todavía queda hoy un solo fragmento. En el tiempo de Uhle ya estaba dañado, pero aún tenía seis motivos más o menos intactos.



Figura 22. Aspilleras en la parte posterior del Patio 9. Fotografía de Jean-Pierre Protzen.



Figura 23. Enrejado. Fotografía de Jean-Pierre Protzen.

es decir B/R/A/R. Por otro lado, este esquema de color solo se encuentra en corredores o patios, en otras palabras, en las caras externas de los muros. Un rasgo arquitectónico especial distingue tanto a los conjuntos G y K: ambos incorporan una fuente o «baño», tal como Uhle los llamó. A los conjuntos C, H y G, en contraste con los conjuntos J y K, se accede directamente mediante sus propios portales de doble jamba.

Parece que cada conjunto tenía características propias que lo distinguía de todos los demás, y así, si bien no se desbarata la jerarquía de los accesos, cambia significativamente la posición de cada conjunto al interior de la jerarquía. ¿Cómo interpretó Uhle estas diversas distinciones? Él atribuyó a los conjuntos G (Bloque 5) y K (Bloque 6) un significado especial, no solo debido al predominio

del color amarillo, sino también por su trazado general y ubicación. Ambos conjuntos, como se ha visto anteriormente, incluyen una fuente, y son los únicos conjuntos que tienen una. Él pensaba que el Conjunto G era el más importante del palacio, debido sobre todo a la posición sobresaliente y con vista a la plaza, y su acceso a la galería en el lado posterior. Uhle interpretó que el Conjunto G era el ámbito privado del Inca, no solo por el registro del predominio del color amarillo, sino también por su ubicación física con vista al valle. En cambio, atribuyó al Conjunto K la función de servir como aposento para las mujeres, posiblemente debido a que, tal como lo veía él, estos cuartos eran difíciles de alcanzar y estaban custodiados contra cualquier contacto sacrílego por parte de gente foránea (11/9/1901, p. 75). El escribió que:

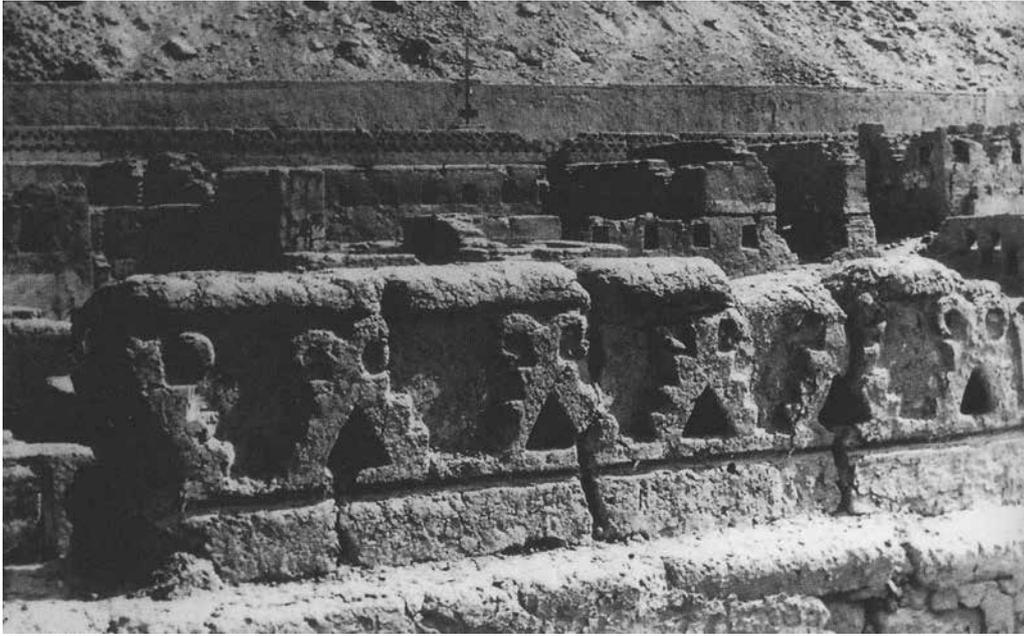


Figura 24. Friso figurativo. Fotografía tomada por Uhle. Cortesía del Phoebe A. Hearst Museum of Anthropology.



Figura 25. Ventana ancha. Fotografía de Jean-Pierre Protzen.

no habría nada para oponer a la idea de que el primer grupo de cuartos sirvió como apartamentos para los hombres y el segundo para los habitantes femeninos del edificio; yo defendería esta opinión a menos que se presente una prueba de una mejor explicación de los hechos existentes (11/9/1901, p. 77).

Uhle estaba indeciso acerca del Conjunto H:

Realmente no sé con certeza el propósito para los cuales pudieron haber sido hechos los espacios 43-52. Pero

yo considero la forma peculiar de las decoraciones de los cuartos 47 y 50 como un indicio de que estas series de cuartos habrían tenido algo que ver con propósitos religiosos (11/9/1901, p. 73).

Las ideas de Uhle están aquí relacionadas con su interpretación de las ventanas escalonadas, las cuales adornan los edificios de este conjunto de manera exclusiva. Él las consideró la mitad de una cruz andina, a la cual le atribuyó significado religioso (11/9/1901, p. 53).

Del Conjunto C escribió:

La gente del servicio más íntimo del Inca, y quienes eran también, probablemente, incas de un rango más bajo, pudieron haber ocupado los cuartos 10-14, los cuales, a pesar de carecer de una decoración especial en los nichos del interior, se distinguían, sin embargo, por una puerta enmarcada en la entrada oeste del pasadizo que conducía a estos cuartos (11/9/1901, p. 72).

Uhle estaba desconcertado con el Conjunto J, del cual pensaba que: «... formaba un grupo de apartamentos en cuyo acceso los habitantes estaban solo parcialmente interesados y de alguna manera posiblemente menos que los habitantes de algún otro grupo de apartamentos en el edificio» (11/9/1901, p. 75).

No queda claro lo que Uhle quiso decir con esta observación. Dado que el edificio de dos pisos con vista sobre la plaza principal ocupa una posición preeminente y que es el único coronado con un friso figurativo, es muy probable que el acceso a este debe de haber sido muy significativo.

TAMBO COLORADO RECONSIDERADO

Desearía ofrecer unas pocas observaciones y comentarios adicionales acerca del palacio noroeste en primer lugar, luego sobre el palacio suroeste y, finalmente, acerca de las estructuras periféricas, o anexas como las denominaba Uhle.

EL PALACIO NOROESTE

En la jerarquía de los accesos, el Grupo E (los conjuntos H y G) y el Grupo F (conjuntos J y K) están ambos en la parte más alta, si bien el Grupo E también está físicamente en la parte más alta del palacio y lo domina desde su altura. Los conjuntos H y G forman una pareja distinta, con sus entradas de doble jamba que se miran entre sí simétricamente a través del Patio 42, lo que sugiere que tenían un rango equivalente. En contraste, el Grupo F, con la excepción de un edificio de dos pisos en la esquina suroeste, es casi invisible, tanto desde el exterior como del interior del palacio. Se accede a él por medio de un portal de doble jamba fuera del Patio 9, tal como en el Grupo E, pero ni el Conjunto J o el K presentan una entrada semejante. Más aún, a cada conjunto se accede por un sendero indirecto y no hay ningún patio que los conecte. La entrada al Conjunto K es mediante un portal casi invisible fuera de un pequeño patio que sale de un largo corredor (Espacio 30). Claramente, los grupos E y F no ocupan el mismo rango tal como lo sugiere la jerarquía de accesos.

Estoy tentado de concordar con Uhle acerca de que el Conjunto G pudo haber servido de alojamiento del Inca mismo —si alguna vez permaneció en Tambo Colorado— o de algún representante suyo. Es el más grande de los conjuntos privados y tiene su propia fuente. Si el Conjunto G ciertamente estaba reservado para el Inca, entonces el Conjunto H debe de haber jugado un rol de importancia semejante, pero no se ha podido determinar cuál pudo haber sido.

Se puede observar una cierta simetría entre los conjuntos J en el Grupo F y G en el Grupo E. El edificio de dos pisos en el Grupo F repite el que se encuentra en el Grupo G: el primero está en la esquina suroeste en el frente del palacio, el otro se encuentra en la esquina noroeste en la parte posterior del mismo y ambos tienen contacto visual entre sí. ¿Se podría plantear el argumento de que si el Conjunto G servía para el Inca, entonces el Conjunto J habría alojado al jefe local? Esto podría explicar la diferenciación jerárquica entre los grupos E y F, pero no explica el Conjunto K, con su esquema de color más sofisticado y su fuente, y su aspecto de espacio ritual. Desafortunadamente, no se puede determinar qué clase de rituales se realizaron aquí ni por parte de quién, si es que en verdad se llevaron a cabo.

Martín de Murúa escribió en su descripción de un palacio inca que cerca del segundo portal, en la entrada al segundo patio, había una armería (Murúa, 1986 [1616], p. 347). Si uno se inclinara por seguirlo literalmente, podría estar tentado por interpretar al Conjunto C como tal. Sin embargo, según mi punto de vista, el Conjunto C es demasiado formal para este propósito. En la jerarquía de los accesos, el Conjunto C, con su portal de doble jamba, es la contraparte del Grupo D, el cual contiene a todos los conjuntos privados, con su entrada de doble jamba hacia el Patio 9. Mi interpretación del Conjunto C es similar a la de Uhle: debe de haber servido para recepciones especiales de dignatarios o quizás, mejor inclusive, ¿como sede de la cámara del consejo del Inca?

Es obvio que se necesitará mucha más información antes de que se puedan resolver las preguntas de función, uso y ocupación de las diversas estructuras en el palacio, si es que esto se puede hacer realmente.

EL PALACIO SUROESTE

Como se ha mencionado anteriormente, Uhle observó algunas semejanzas generales entre los tres palacios de Tambo Colorado y los dos palacios sur, los palacios II y III. Clasificó al palacio II como el de mayor rango debido a sus similitudes adicionales con el palacio I. El lector podrá recordar que estos eran:

en primer lugar, un segundo patio más íntimo en la parte posterior del primer ... patio ..., en segundo lugar, un edificio tipo torre en una esquina del frente del palacio; en tercer lugar, una división similar de los cuartos ... del [primer] patio (11/9/1901, pp. 34-35).

Fuera de las semejanzas determinadas por Uhle, puedo distinguir algunos paralelos con la sección oeste del palacio II y el Grupo F (conjuntos J y K) en el palacio I. A ambos se accede por un sendero indirecto a través de un segundo patio sin ninguna otra salida; ambos tienen una fuente y un edificio de dos pisos que dominan la plaza principal.

Lo que es de particular interés acerca de la sección oeste es que, en contraste con su contraparte en el palacio I, parece haber tenido aberturas —ventanas— hacia el Oeste y en dirección río abajo. La sección completa, en particular los espacios 20 —la fuente—, 21 —un edificio con un lado abierto—, 24 y 25, tenía una orientación distinta hacia el Oeste, tal como el 'usnu²¹ y la plataforma entre el 'usnu y el palacio II (figura 26). La proximidad del palacio II, su posible acceso directo (Espacio 14) al 'usnu y su orientación conjunta al Oeste sugieren una conexión con el sol poniente y los posibles rituales religiosos asociados.

Los colores en el palacio II, como en el palacio I, son el blanco, rojo y amarillo, aunque este último parece haber tenido solo aplicaciones limitadas. La mayoría de muros pintados eran blancos en la parte inferior, con una banda roja encima. De manera muy evidente, el amarillo fue aplicado como una primera capa en los nichos dentro del Edificio 21. Si es que realmente el amarillo estaba asociado con los rangos más altos, esto podría hacer destacar el significado de la sección oeste del palacio II.

El nombre de «Tambo Colorado» supone que el sitio era un tampu, es decir, una de las estaciones a lo largo del camino inca. Aunque «Tambo Colorado» no es el nombre original del lugar, la suposición de que el sitio era un tampu no es ilógica. Los tampu servían como estaciones de hospedaje y abastecimiento para los viajeros involucrados en asuntos oficiales inca y estaban construidos a intervalos más o menos regulares a lo largo de los caminos inca.

Los tampu estaban construidos en una variedad de tamaños, desde las pequeñas estaciones con no más de un par de edificios a grandes centros que pudieron haber servido como sedes administrativas para una región entera. Algunos de ellos incluían instalaciones para la nobleza. Tambo Colorado parece concordar con esta última categoría de tampu.

No se conoce mucho acerca de la organización de los diversos tampu, pero podemos asumir que al menos el tipo más grande de tampu, como Tambo Colorado, puede haber seguido patrones similares a otros asentamientos inca. Entre estos patrones se encuentra una división del asentamiento en hanan y hurin, o secciones

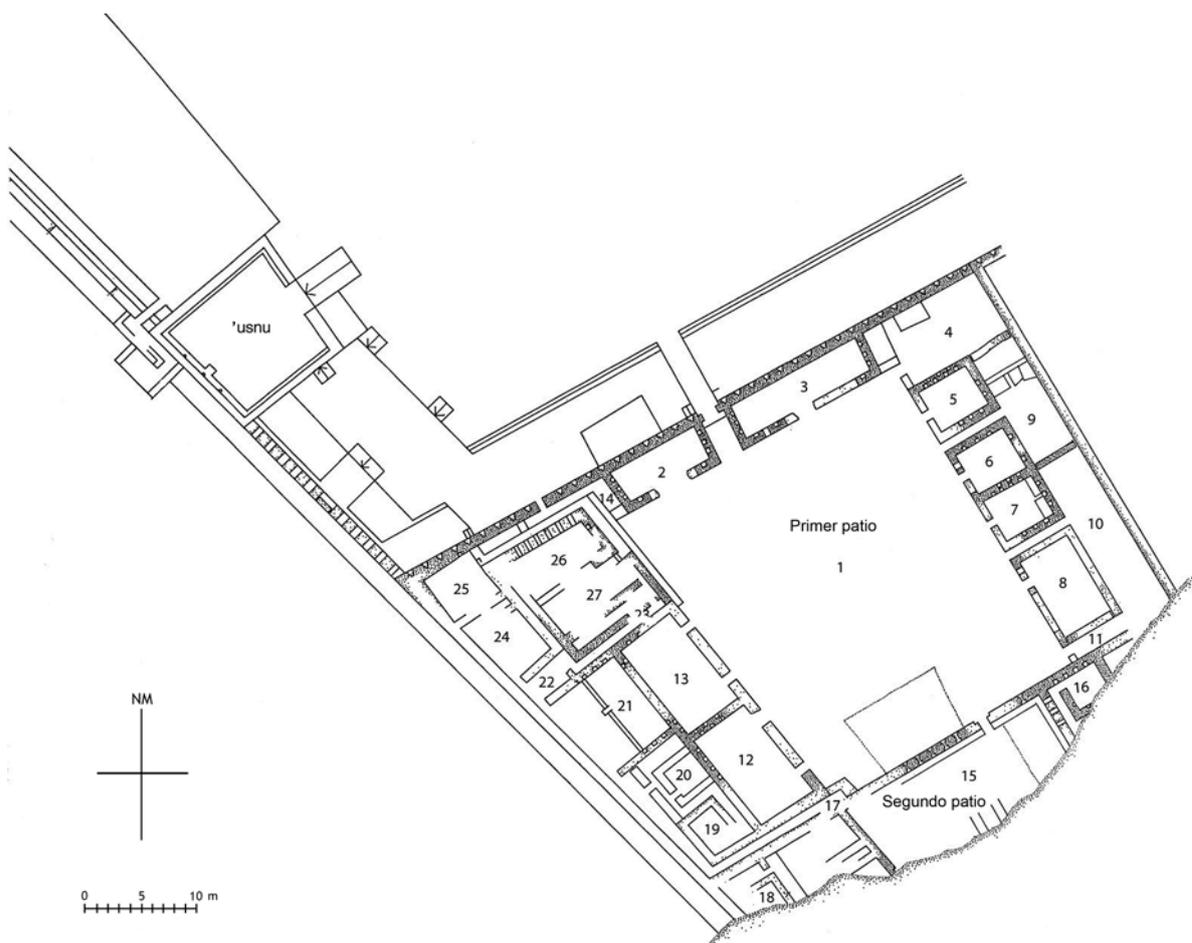


Figura 26. Plano del palacio suroeste o palacio II. Dibujo de Jean-Pierre Protzen.

²¹ Uhle levantó un plano y describió el 'usnu, si bien no con ese nombre, pero parece que no percibió su posible conexión con el palacio II.

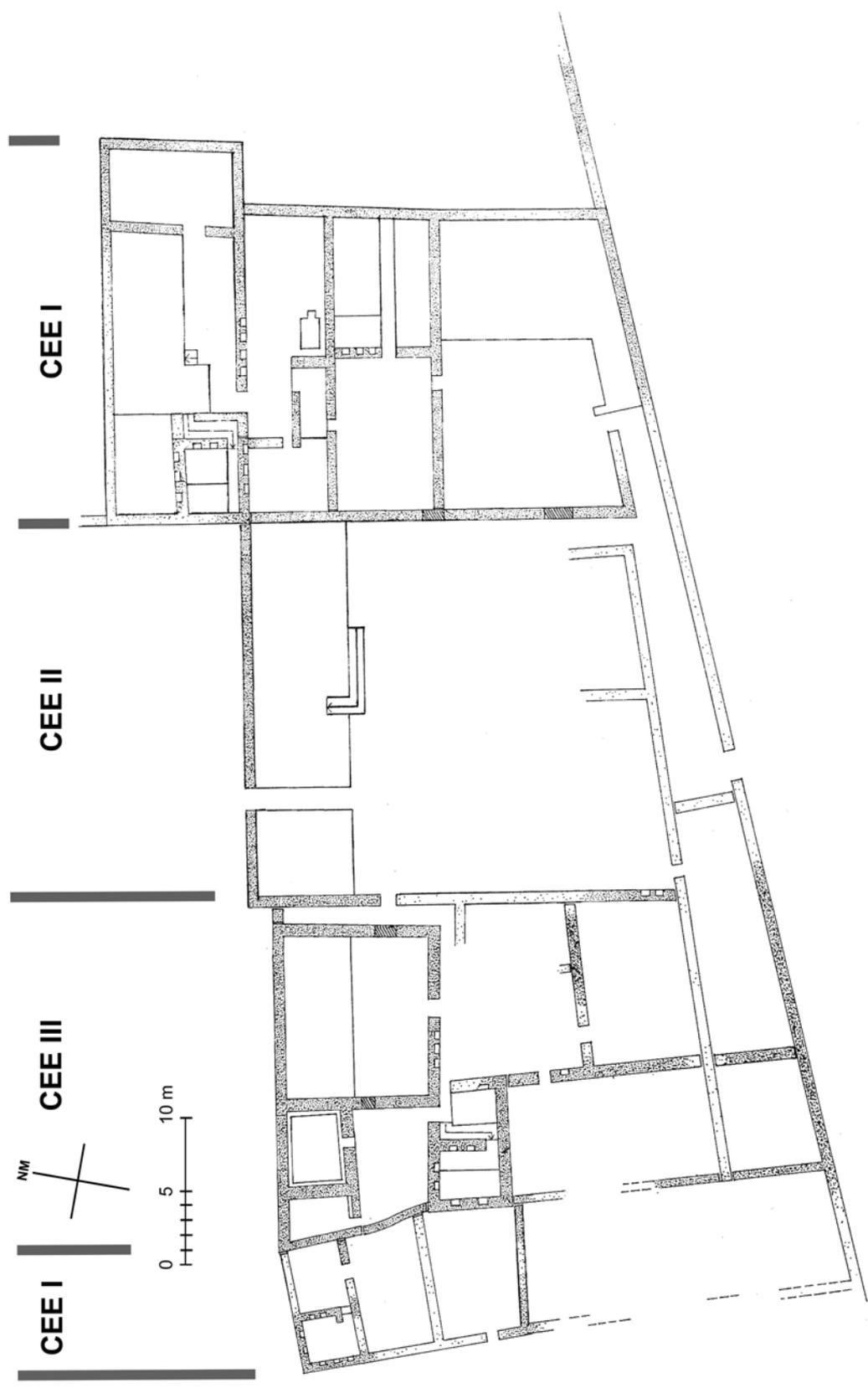


Figura 27. Plano del Complejo del Extremo Este. Dibujo de Jean-Pierre Protzen.

«alta» y «baja». Aplicados a Tambo Colorado, se podría considerar que el palacio noroeste correspondería a la sección hanan y el palacio suroeste a hurin. El esquema de Maria Rostworowski, de acuerdo con el cual la sección hanan representaría al inca guerrero, y la sección hurin a la elite religiosa inca, podría corresponder muy bien con nuestras observaciones de que el palacio suroeste, o palacio II, podría haber estado estrechamente relacionado con funciones religiosas (Rostworowski, 1983, p. 162).

Otra idea a propósito puede verse en que los tres palacios, palacios I, II y III, de Tambo Colorado conformarían una división tripartita entre los rangos kollana, payan y kayao, respectivamente. Esta interpretación no está en conflicto con la división hanan-hurin, sino que, más bien, la complementa. Además, le asigna al palacio III un rol de palacio para la gente «común», posiblemente la élite local.

LOS COMPLEJOS PERIFÉRICOS

Uhle anotó:

No recuerdo haber observado que alguno de los muros de los palacios principales estuviese construido de tapia. Parece ser que el trabajo de la tapia no correspondía a los gustos o las prácticas de los arquitectos incásicos. Fuera de los palacios principales hay una gran cantidad de viviendas hechas de tapia tanto al este como al oeste de los palacios. (11/9/1901, p. 28).

Obviamente, Uhle no se dio cuenta de que todo el enrejado y los frisos en el palacio I estaban hechos de tapia, pero esta observación es correcta en general. Se aplica a todas las estructuras al oeste del palacio I, con la excepción de algunas modificaciones en el complejo inmediatamente anexo al palacio y un pequeño edificio en el complejo ubicado más allá, al pie del camino antiguo (figura 27). Este

complejo es de un interés especial, no solo debido a que está principalmente construido de adobes, como el complejo inca, sino a que muestra restos de la misma pintura amarilla, una forma de aspilleras, nichos trapecoidales y ventanas escalonadas. Lo que es curioso acerca de este complejo es su trazado o planta, el cual tiene muy pocos rasgos inca, si es que existen. La planta de lo que se conoce como el palacio norte del complejo inca muestra, al menos en parte, un plano tipo kancha. No ocurre lo mismo con el Complejo del Extremo Este (CEE). Tiene cuatro partes distinguibles: una es una gran plaza cercada (EC III) y las otras tres muestran semejanzas con al menos una estructura (figura 28). Esta estructura muestra un patrón que no he visto nunca en la arquitectura inca (figura 29): un cuarto elevado sobre lo que parece ser una base sólida, casi al nivel de un segundo piso, y al que se accede por medio de una rampa zigzagueante.

Se debe observar aquí que lo que Uhle interpretó como un «baño», o fuente, en la CEE IV carece de un suministro de agua que lo alimente, y tampoco hay una entrada o un desagüe tal como se observa en los rasgos correspondientes al complejo inca (11/9/1901, p. 83). El rasgo en CEE VI más parece ser el de una tumba.

Debido a las semejanzas y diferencias del Complejo del Extremo Este con el complejo inca, me inclino por definir que ambos son contemporáneos y que el primero pudo haber sido la residencia de algún cacique local al servicio de los incas.

Espero que lo que haya escrito aquí no solo sea un tributo a Max Uhle, sino también una demostración de la relevancia continua de su trabajo para las investigaciones contemporáneas. Muchas de las interrogantes de Uhle sobre Tambo Colorado, quién o quiénes vivieron allí, cuándo y qué hacían, cuáles fueron las funciones de los diversos conjuntos y espacios, qué significaban



Figura 28. La Estructura 10 en el Conjunto 3, vista del suroeste. Fotografía de Jean-Pierre Protzen.

los colores, cómo se relacionaba el complejo inca con las estructuras preexistentes o qué tan antiguos eran los diversos rasgos del sitio y, otras más aún, esperan por respuestas satisfactorias.

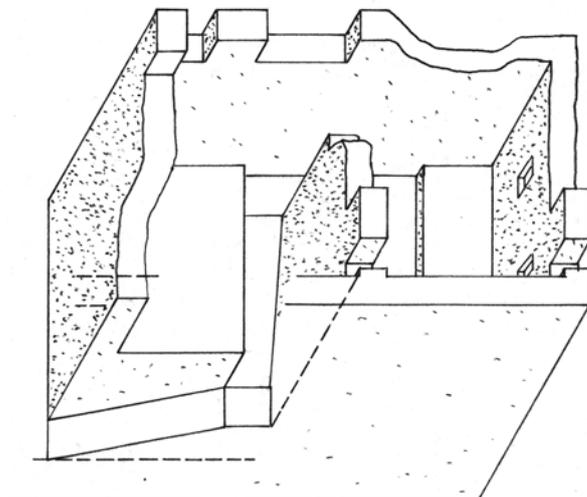


Figura 29. Esta estructura muestra un patrón desconocido en la arquitectura inca. Dibujo de Jean-Pierre Protzen.

FUENTES INÉDITAS

UHLE, M. (1904). *Das Thal von Chincha*, ms., transcrito por Gerdt Kutscher, Ibero-Amerikanisches Institut, Preußischer Kulturbesitz, Berlin.

BIBLIOGRAFÍA

- HYSLOP, J. (1984). *The Inca Road System*. Orlando: Academic Press.
- MURÚA, M. de (1986)[1616]. *Historia general del Perú*, edición de M. Ballesteros. Madrid: Historia 16, Serie Crónicas de América 35.
- PORRAS BARRENECHEA, R. (1986). *Los Cronistas del Perú (1528-1650)*. Lima: Biblioteca Clásicos del Perú 2, Banco de Crédito del Perú.
- PROTZEN, J.-P. & C. MORRIS (2004). Los colores de Tambo Colorado: una reevaluación. En Kaulicke, P., G. Urton & I. Farrington (Eds.), *Identidad y Transformación en el Tahuantinsuyu y en los Andes Coloniales. Perspectivas Arqueológicas y Etnohistóricas*, Tercera Parte. *Boletín de Arqueología PUPC*, 8, 267-276.
- ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, M. (1983). *Estructuras andinas del poder. Ideología religiosa y política*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- UHLE, M. (1903). *Pachacamac; Report of the William Pepper, M. D., LL.D., Peruvian Expedition of 1896*. Traducido por C. Grosse. Philadelphia: The Department of Archaeology of the University of Pennsylvania.
- UHLE, M. (2005). Explorations in the Pisco Valley. Max Uhle's Reports to Phoebe Apperson Hearst, August 1901 to January 1902. En Protzen, J.-P. & D. Harris (Eds.), *Explorations in the Pisco Valley. Max Uhle's Reports to Phoebe Apperson Hearst, August 1901 to January 1902* (pp.1-88). Berkeley: Contributions of the University of California Archaeological Research Facility, 63.

LA PALA INVESTIGADORA DE MAX UHLE. SUS APORTES A LA CRONOLOGÍA DE LA COSTA SUR A LA LUZ DE LAS INVESTIGACIONES RECIENTES

Markus Reindel¹, Johny Isla², Niels Hecht³, Denise Kupferschmidt⁴ & Heike Otten⁵

Como se ve, hay mucho que aprender de la secuencia de las culturas antiguas, a las cuales se suma la peruana siempre y cuando se confía en la pala investigadora del arqueólogo y no solo en las teorías abstractas basadas en el material acumulado en los museos (Uhle 1998b, p. 281).

INTRODUCCIÓN: LOS TRABAJOS DE MAX UHLE EN LA COSTA SUR

Max Uhle, considerado el padre de la arqueología peruana, fue el primero en establecer una cronología relativa de las antiguas culturas del Perú. Sus excavaciones, realizadas entre los años 1896 y 1901 en varios sitios de la costa peruana, le dieron los indicios necesarios para establecer una secuencia de estilos de cerámica, partiendo del estilo Inca, hasta lo que hoy en día denominamos los estilos del Periodo Intermedio Temprano. Luego de más de un siglo de investigaciones arqueológicas, este esquema cronológico sigue siendo válido con pocas modificaciones. John Rowe, quien sentó las bases para la cronología moderna del área central andina con su famosa «secuencia maestra» de la costa sur del Perú, se inspiraba en los trabajos de Uhle y se basaba en gran parte en los materiales excavados por Uhle en el valle de Ica.

Los trabajos realizados en los últimos años en los valles de Palpa, al sur de Ica, nos han permitido profundizar los conocimientos sobre los diferentes estilos de cerámica, la secuencia cultural y la cronología absoluta de la región. Contamos con materiales provenientes de excavaciones tanto en asentamientos como de contextos funerarios pertenecientes a varias épocas: el Periodo Inicial, el Horizonte Temprano, el Periodo Intermedio Temprano y el Periodo Intermedio Tardío. En general, la posibilidad de establecer una nueva secuencia regional en otro valle de la costa sur mostrará hasta qué punto la secuencia de Ica sigue siendo válida para otros valles. En algunos casos estos contextos son los primeros que se conocen para su respectiva fase y permiten poner a prueba la secuencia propuesta por Rowe.

Se dice de Max Uhle que tenía una cierta predilección por la costa sur peruana, especialmente por la cerámica Nasca (Proulx, 1970, p. 8). A pesar de esta predilección, su estancia en la región fue relativamente corta. Debido a la escasez de informaciones que en la época de Uhle existían sobre la historia preincaica del país, su interés por las antiguas culturas del Perú se concentraba en obtener una visión general de la arquitectura y de los artefactos típicos en las diferentes regiones del Perú. Durante estos trabajos, Uhle prestaba especial atención a la cronología, es decir a la relación cronológica de los estilos de cerámica encontrados en sus trabajos.

Con sus excavaciones, Uhle no solo inició la investigación arqueológica en el Perú, sino también elaboró un primer esquema de una secuencia relativa de los estilos de cerámica más importantes. Más aún, sus colecciones de cerámica reunidas durante sus excavaciones hasta 1920 fueron las únicas colecciones científicas de artefactos de Perú en los Estados Unidos⁶, las cuales fueron publicadas parcialmente en una serie de la Universidad de Berkeley, California (Kroeber & Lowie, 1965). Hasta hoy en día estas colecciones constituyen una importante base de datos para la arqueología del Perú, especialmente aquellas del Periodo Intermedio Tardío debido a que casi no hay otras colecciones de esa época. De igual manera podemos referirnos a la colección de cerámica de la cultura Nasca, la cual constituye una importante fuente de datos arqueológicos para la costa sur del Perú⁷.

A pesar de su gran valor para la historia de la arqueología del Perú, los trabajos de Uhle también causaron un inevitable efecto negativo, es decir, de cierta

¹ Deutsches Archäologisches Institut, Kommission für Archäologie Aussereuropäischer Kulturen (KAAK), Bonn, Alemania.

² Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, INDEA, Lima, Perú.

³ Deutsches Archäologisches Institut, KAAK, Bonn, Alemania.

⁴ Deutsches Archäologisches Institut, KAAK, Bonn, Alemania.

⁵ Rheinische Friedrich-Wilhelms-Universität, Institut für Altamerikanistik, Bonn, Alemania.

⁶ En Alemania existía otra colección, la de Wilhelm Reiß y Alphons Stübel de Ancón (Kaulicke, 1997). Uhle conocía a Reiß y a Stübel y sus trabajos en el Perú fueron inspirados por ellos (Kaulicke, 1998a, p. 26).

manera tuvieron como consecuencia la destrucción de los sitios arqueológicos de la región. Así, por ejemplo, el descubrimiento del estilo Nasca por Uhle despertó en los coleccionistas de todo el mundo el interés por obtener ese tipo de cerámica. Como consecuencia de este nuevo mercado, empezó el huaqueo intenso de los antiguos cementerios. Algunas de las colecciones más grandes se formaron en aquella época. Julio C. Tello y Toribio Mejía Xesspe (1967) estiman que tan solo 25 años después de los trabajos de Uhle en la zona de Ocucaje, unas 30.000 tumbas ya habían sido huaqueadas.

El presente artículo pretende enlazar los trabajos de Max Uhle con las investigaciones recientes en la región que lleva a cabo el Proyecto Arqueológico Nasca-Palpa del Instituto Arqueológico Alemán.

En los trabajos de Uhle el problema del orden cronológico de los estilos descubiertos ocupaba un lugar primordial, por lo cual el enfoque de esta contribución se centrará en las ideas de Uhle acerca de la cronología, así como la validez de sus conceptos cronológicos frente a los resultados recientes de las investigaciones en Palpa. En términos generales hay que resaltar dos aspectos de este análisis: por un lado el carácter avanzado de las investigaciones de Max Uhle y, por otro lado, la necesidad persistente de conducir investigaciones acerca de la cronología arqueológica del Perú para sustentarla mejor y adaptarla a la cada vez más amplia visión que dan las nuevas evidencias arqueológicas.

Este artículo consta de dos partes. Primero presenta una sinopsis de la historia de la investigación, presentando los trabajos de Uhle en la costa sur —especialmente entre Ica y Nasca (figura 1)— relacionando sus excavaciones con sus ideas acerca de la secuencia estilística-cultural. Además, se presentará un esbozo de las investigaciones posteriores acerca de la cronología, las cuales se basan en gran medida en los trabajos de Max Uhle.

En la segunda parte se presenta un resumen de las investigaciones recientes acerca de la cronología de la costa sur realizadas últimamente en los valles de Palpa. Los resultados de estos trabajos se combinarán con aquellos publicados en los trabajos anteriores para acercarnos más al objetivo de Max Uhle de establecer una cronología relativa sobre la prehistoria del Perú.

MAX UHLE Y LA CRONOLOGÍA DE LAS ANTIGUAS CULTURAS DE ICA

Cuando Max Uhle viajó por primera vez al Perú en 1896, los conocimientos acerca de las épocas anteriores a la dominación incaica eran muy limitados. En este

contexto, fue un gran mérito de Uhle reconocer el significado de los métodos fundamentales de la arqueología para establecer secuencias cronológicas, es decir: el análisis de la asociación de los artefactos dentro de un contexto cerrado —por ejemplo, un contexto funerario—; la comparación de artefactos dentro de un cementerio y entre diferentes cementerios de un valle o de varios valles para detectar similitudes estilísticas; la comparación con otros hallazgos asociados a rasgos arquitectónicos y finalmente la observación de la superposición estratigráfica de artefactos o contextos. En base a estos argumentos trataba de concebir un esquema cronológico para el Perú.

Max Uhle inició sus trabajos en Pachacamac donde pudo observar una superposición estratigráfica de tres diferentes estilos de cerámica: el estilo Inca sobre un estilo Blanco-Rojo-Negro y este sobre el estilo Tiahuanaco⁸. Uhle relacionó el estilo Inca con la cultura incaica, conocida históricamente por las crónicas. De este modo disponía de un punto fijo para establecer una cronología relativa. El estilo Tiahuanaco le era conocido por sus trabajos previos en el altiplano boliviano, donde en vano había solicitado un permiso para realizar excavaciones. La iconografía de la cerámica encontrada en Pachacamac tenía un fuerte vínculo estilístico con la de los monumentos líticos del sitio Tiahuanaco (Uhle, 1902, pp. 754-755).

Más tarde Uhle trató de comprobar la secuencia estilística encontrada en Pachacamac mediante excavaciones en otros sitios arqueológicos de la costa peruana. Primero (1899) continuó sus trabajos en la costa norte, en el valle de Moche, donde encontró una secuencia muy parecida, es decir, el estilo Inca junto con vasijas negras del estilo Chimú, la última cultura local, conquistada por los Incas. Uhle encontró además el estilo Blanco-Rojo-Negro, el cual relacionó con el estilo tricolor de Pachacamac. El estilo Tiahuanaco también estaba presente en la costa norte. Uhle consideró como el estilo más antiguo de la región a un estilo de vasijas figurativas policromas que denominó Proto-Chimú y que hoy en día es conocido como Moche o Mochica (Uhle, 1998a).

En septiembre del año 1900, Uhle viajó a la costa sur, primero a Chincha y luego en diciembre a Ica, donde trabajó hasta mayo de 1901. En el año 1905, durante su viaje a Lima realizó otra breve visita a la región de Ica y Nasca donde adquirió una colección de cerámica procedente de excavaciones clandestinas, mayormente del estilo Nasca (Gayton & Kroeber, 1927). En 1909 excavó en un cementerio del Horizonte Medio en Chaviña, en el valle de Acari (Rowe, 1954, p. 13).

⁷ Considerando la importancia de las colecciones de Max Uhle, sería pertinente publicar de manera sistemática sus colecciones con una buena reproducción de los artefactos, ordenados por contextos. Para la mayor parte de las piezas publicadas hasta el momento, faltan informaciones detalladas sobre el contexto y las asociaciones de los artefactos. Todas estas informaciones que Uhle documentaba en su diario de campo solo se pueden consultar en los archivos. Los trabajos de Uhle en Ocucaje forman una excepción, ya que Donald Proulx (1970) publicó varias cartas de Uhle que proporcionan algunos detalles al respecto.

⁸ «Estilo Tiahuanaco» se refiere en términos de Uhle al complejo estilístico conocido actualmente como Huari, el cual tenía -como se sabe ahora- su centro en el sitio del mismo nombre, en la sierra de Ayacucho. En la época de Uhle y hasta las excavaciones de Wendell C. Bennett en Huari (Bennett, 1953) se consideraba el sitio Tiahuanaco en Bolivia como centro de este estilo.

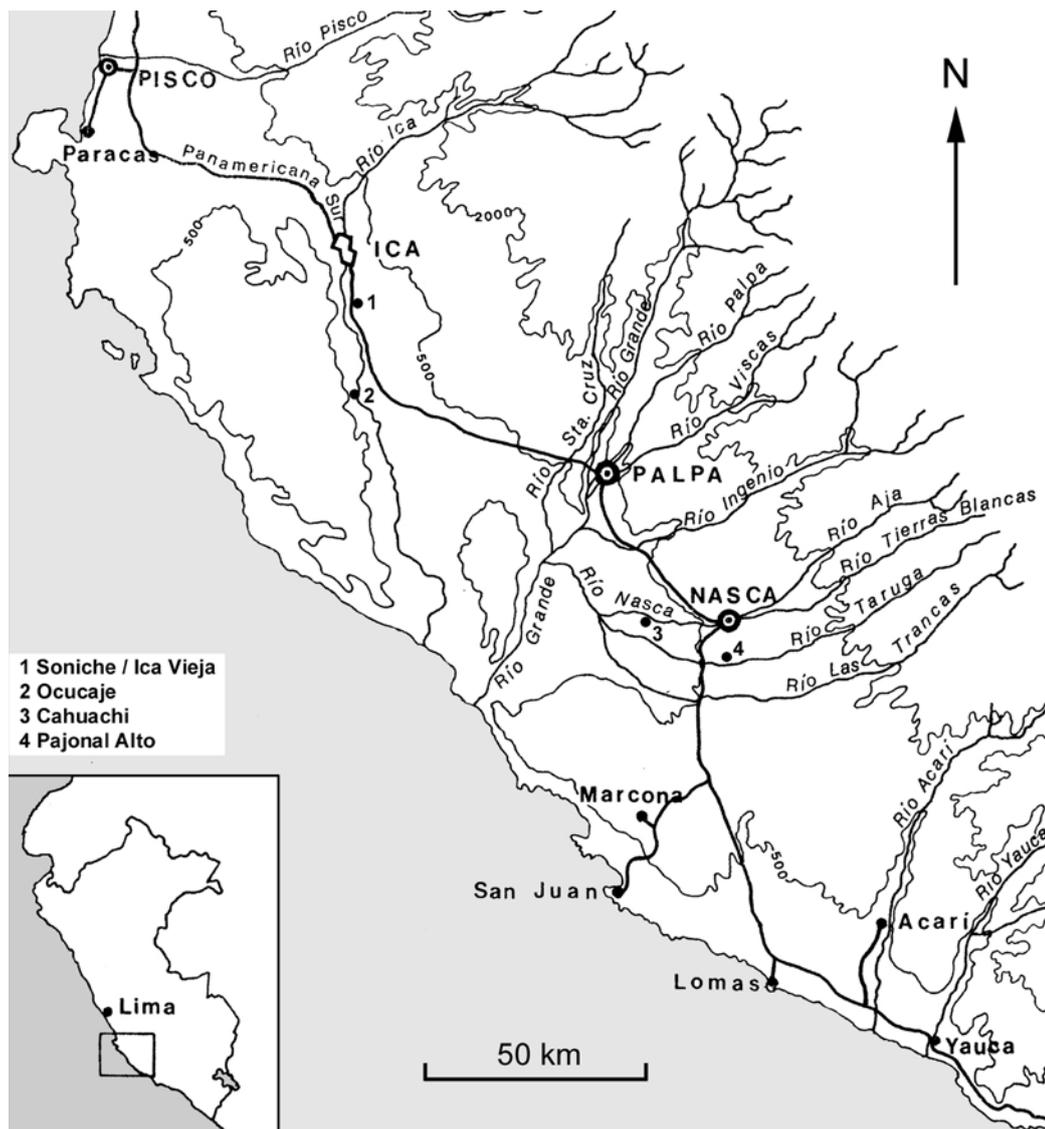


Figura 1. Mapa de la costa sur peruana. Elaborado por los autores.

En suma, sus trabajos en Ica confirmaron la secuencia cultural observada tanto en Pachacamac como en Moche. En febrero de 1901, en una carta dirigida a Phoebe Hearst, Uhle describe la secuencia estilística observada en Ica (Kaulicke, 1998b, p. 50) del modo siguiente:

- 1) estilo Proto-Nazca
- 2) culturas epigonales de Tiahuanaco
- 3) una civilización local temprana de Ica
- 4) una civilización local más tardía
- 5) Inca

Este orden cronológico coincide en gran medida con el esquema actualmente en uso (figura 2), elaborado por John Rowe (1967). El significado de las observaciones hechas por Uhle se aprecia mejor cuando se trata en detalle los contextos arqueológicos en los cuales Uhle basaba su argumentación.

PROTO-NAZCA⁹ (PERIODO INTERMEDIO TEMPRANO)

Antes de su llegada a Sudamérica, Max Uhle ya conocía la cerámica conocida hoy en día como perteneciente al estilo Nasca porque había visto algunos ejemplares en el Museo Etnológico de Berlín. Por eso le interesaba saber el origen y la posición cronológica de este estilo llamativo y estético. Después de sus excavaciones iniciales en la costa sur, cerca de la ciudad de Ica, Uhle se trasladó a la zona de Ocucaje donde se hospedó en la hacienda de Ernesto Mazzei, a quien conoció durante su estancia en Bolivia.

En Ocucaje, en diferentes sitios de la hacienda, Uhle encontró un total de 32 tumbas Nasca con 146 vasijas asociadas pertenecientes a las fases Nasca 3 y Nasca 4 según la cronología elaborada por Lawrence Dawson (Proulx, 1968, 1970). Con los apuntes de Uhle se pudieron

⁹ En cuanto se refiere a los trabajos de Uhle y sus pensamientos sobre la cronología se recurre a la terminología y ortografía de Uhle (Nazca).

Uhle 1913	Kroeber, Strong y Gayton 1924-1927		Rowe, Menzel y Dawson 1952-1967				Proyecto Palpa 1997-2006	
	Late Ica II	Inca	Ica 10	Colonial	Periodo Colonial	Epoca/cultura	sitio	
Inca			Ica 9	Inca	Horizonte Tardío	Colonial	Pueblo Nuevo	1500 d.C.
Joven Cultura de Ica	Late Ica I		Ica 8		Periodo Intermedio Tardío	Ica Tardío	Pinchango, Chillo	1200 d.C.
			Ica 7					
	Middle Ica II		Ica 6					
			Ica 5					
Vieja Cultura de Ica	Middle Ica I		Ica 4		Ica Medio	?	?	
			Ica 3					
	Epigonal (Early Ica)		Ica 2					
Epigonal	Tiahuanaco		Ica 1		Ica Temprano	Valle de Viscas	?	
			MH 4					
Tiahuanaco			MH 3		Horizonte Medio	Soisongo	Palpa, Huaraco	?
			MH 2 A/B					
			MH 1B					
			Nasca 9 MH 1A					
			Nasca 8					
Proto Nazca	Nazca Y		Nasca 7		Chakipampa Loro	Los Molinos, Parasmarca	650 d.C.	
			Nasca 6					
	Nazca B		Nasca 5		Periodo Intermedio Temprano	Nasca Tardío	Parasmarca, Huaraco	530 d.C.
			Nasca 4					
	Nazca X		Nasca 3		d.C./a.C.	Nasca Medio	La Muña, Jauranga, Hanaq Pacha	430 d.C.
			Nasca 2					
		Nasca 1						
?	?		Ocucaje 1-10		Horizonte Temprano	Estaquería	60 d.C.	
			Consuelo/Erizo					200 a.C.
			Casavilca					
								Precerámico

Figura 2. Cuadro comparativo de cronologías para la costa sur. Cuadro elaborado por los autores.

reconstruir las asociaciones de vasijas de todas las tumbas, además de algunas anotaciones acerca del estado de conservación de los esqueletos, de la posición del entierro o de la forma de la tumba (Proulx, 1970).

Uhle colocó el estilo Proto-Nazca al comienzo de su secuencia teniendo en cuenta que la secuencia de los estilos desde Tiahuanaco hasta Inca —observada en otras regiones de la costa peruana— le pareció ser completa. No obstante, a Uhle le faltaron los argumentos necesarios para respaldar esta ubicación en la secuencia cronológica y mostraba su descontento con la argumentación estilística. A falta de una prueba arqueológica en forma de una superposición estratigráfica, Uhle desarrolló una larga cadena de argumentos estilísticos para refutar teorías según las cuales el estilo Proto-Nazca —con sus elaborados diseños naturalistas— formaba un componente más bien tardío de la secuencia estilística. Repetidamente subrayaba el significado de la «pala investigadora» del arqueólogo, es decir la necesidad de realizar excavaciones controladas (Uhle, 1998b, pp. 257, 281) para tener certeza acerca de la posición cronológica de un estilo de cerámica. A través de los años, la opinión de Uhle se fue consolidando y hasta el día de hoy ha mostrado su validez a pesar de que los argumentos en sí no hayan servido como prueba final.

CULTURA TIAHUANACO Y EL ESTILO ICA EPIGONAL (HORIZONTE MEDIO)

Uhle halló tumbas con materiales del estilo Epigonal en el sector E de Ocucaje. La cerámica fue publicada en partes por Alfred Kroeber y William Strong (1924b). Uhle denominó este estilo «epigonal» —consecutivo e imitando un estilo anterior más importante— porque consideraba los diseños parecidos a los de Tiahuanaco, pero con algunas características diferentes al puro estilo de Tiahuanaco. Dorothy Menzel (1964) agregó la cerámica de estas tumbas estilísticamente a su «Horizonte Medio, época 4» usando la terminología de Uhle, «Ica Epigonal».

Las paralelas en la decoración que tenía esta cerámica con la del estilo Tiahuanaco de Pachacamac le permitieron a Uhle una ubicación cronológica exacta de estas tumbas.

En la obra de Uhle los apuntes acerca de los hallazgos del Horizonte Medio son relativamente escasos. Se sabe que más tarde, en el año 1905, durante su visita a Nasca, Uhle adquirió algunos fragmentos de cerámica del estilo Robles Moqo. Menzel (1964) supone que estos fragmentos provenían del sitio Pacheco, aunque Uhle indicaba que eran del sitio Soisongo. En el año 1909, Uhle excavó en Chaviña donde halló fardos funerarios con textiles del Horizonte Medio (Uhle, 1998b, p. 260).

CULTURA INCAICA, LA MÁS RECIENTE CULTURA DE ICA Y LA VIEJA CULTURA DE ICA (HORIZONTE TARDÍO Y PERIODO INTERMEDIO TARDÍO)

La mayor parte de los materiales excavados por Uhle en Ica corresponde estilísticamente a la época incaica y a una cultura local que se ubica cronológicamente inmediatamente anterior a la influencia de los Incas en la costa sur¹⁰. La cerámica fue publicada en partes por Kroeber y Strong (1924b) y luego analizada y subdividida en fases cronológicas más finas por Menzel (1976). No obstante, en base a las publicaciones existentes no es posible reconstruir el inventario exacto de las tumbas de este periodo excavadas por Uhle. Cada una de las publicaciones se concentra en una sola especie de artefactos, sin presentar todo el conjunto: cerámica (Kroeber & Strong, 1924b; Menzel, 1976), metales (Root, 1949) y textiles (A. Rowe, 1979). Hallazgos de otros materiales —por ejemplo de madera— son mencionados al paso, sin descripciones detalladas. Tampoco existe mucha información acerca de la forma de las tumbas, con excepción del croquis de una tumba (Uhle, 1998b, p. 257, figura 1).

La razón por la cual las vasijas de cerámica debían ubicarse cronológicamente entre la cultura Inca y la de Tiahuanaco se debió a las observaciones hechas en Soniche, un sitio ubicado a unos 10 km de la actual ciudad de Ica, donde Uhle excavó cinco tumbas en una serie de plataformas de adobe. En los grandes ajuares de estas tumbas se encontraron vasijas con decoración geométrica pertenecientes a la cultura local asociadas a otras vasijas de estilo incaico. En por lo menos otras 22 tumbas (Menzel, 1976, p. 17; 1977, p. 8) excavadas en Soniche y otras más en la Hacienda Ocucaje, Uhle encontró solo vasijas locales con decoración geométrica (Kroeber & Strong, 1924b; Menzel, 1976, pp. 18-23; Uhle, 1998b, p. 257)¹¹.

En otras tumbas encontró cerámica de un estilo que por la simbiosis estilística entre los diseños geométricos de Ica y la decoración figurativa de Tiahuanaco, Uhle interpretó como vínculo cronológico entre ambas culturas. Aquella «cultura más vieja de Ica» (Uhle, 1998b, pp. 263, 265-266) se caracteriza por la coexistencia de motivos geométricos con «figuras de cóndores, monstruos cuadrúpedos, lagartijas y rostros humanos» (Uhle, 1998b, p. 265), los cuales se volverían más abstractos con el tiempo, para desaparecer completamente en la época incaica.

Con este orden cronológico y la subdivisión de la cultura Ica en dos fases estilísticas, una más antigua preincaica y otra más reciente y parcialmente contemporánea con los Incas, Uhle presentó una primera caracterización científica de la cultura Ica y de su cerámica.

¹⁰ Hoy en día muchas veces se la denomina «Cultura Ica-Chincha», por algunas paralelas que existen en los diseños de la cerámica de ambos valles (Uhle, 1998b, pp. 256-257). Uhle se refiere a la cultura de Chincha como cultura de «decoración entrelazada» (Uhle, 1998b, p. 257).

¹¹ En tres de las tumbas de Soniche se encontraron además cuentas de vidrio, las cuales fechan las tumbas claramente en la época colonial (Menzel, 1976, 1977; Uhle, 1998b, p. 257).

El carácter avanzado de la argumentación de Uhle quedaba claro en su discusión sobre teorías contemporáneas acerca del desarrollo estilístico de motivos figurativos a diseños geométricos, como la de Max Schmidt (1908). Según Schmidt, el estilo geométrico observado por Uhle sería el «inicio de la evolución de todos los ornamentos peruanos y con ello, de las culturas peruanas en su totalidad» (citado en Uhle 1998b, p. 256). Mediante la observación de la asociación de los artefactos en las tumbas, Uhle pudo comprobar que el estilo geométrico de Ica era uno de los más recientes del Perú, parcialmente contemporáneo con el estilo incaico (Uhle, 1998b, p. 257).

En trabajos posteriores se comprobó que la secuencia —del Periodo Intermedio Temprano al Horizonte Tardío— observada por Uhle era completa. Él había reconocido la secuencia cronológica de las antiguas culturas del Perú correctamente y pudo formular un esquema cronológico bastante exacto, el cual ha sido utilizado como base para todas las investigaciones acerca de la cronología del Perú¹².

DE MAX UHLE A LA «SECUENCIA MAESTRA» DE JOHN ROWE

Las colecciones que Uhle proporcionó al Robert H. Lowie Museum of Anthropology en Berkeley —hoy Phoebe Hearst Museum— estaban formadas en gran parte de objetos provenientes de excavaciones controladas. En los años siguientes, estas colecciones, constituirían la base para análisis estilísticos más detallados. En la década del '20, las colecciones de Uhle fueron revisadas por Alfred Kroeber, William Strong y Anna Gayton y presentadas en una serie de publicaciones (Kroeber & Lowie, 1965). Kroeber y sus colaboradores analizaron de manera sistemática las vasijas recolectadas por Uhle en cuanto a formas y tipos de decoración. Para los estilos Nasca e Ica hicieron modificaciones en el esquema de Uhle, definiendo mejor la transición entre las fases estilísticas (figura 2). La metodología sistemática de su clasificación fue un argumento más que comprobó el esquema concebido por Uhle.

Como consecuencia de los trabajos de Max Uhle, a partir de los años 1920 se llevaron a cabo más investigaciones de campo en la costa sur del Perú. Se formaron colecciones importantes como la del Field Museum de Chicago bajo la responsabilidad de A. L. Kroeber (Kroeber, 1956; Kroeber & Collier, 1998) y la del Museo Nacional de Arqueología y Antropología como resultado de las investigaciones de J. C. Tello y T. Mejía Xesspe (Tello, 1959; Tello & Mejía, 1979; Archivo Tello, 2002). Hubo momentos importantes en la discusión de la cronología como el descubrimiento de la cultura Paracas por Tello y Mejía (Tello & Mejía, 1979) y las primeras

excavaciones estratigráficas realizadas por W. D. Strong en el sitio de Cahuachi (Strong, 1957), con las cuales se pudo definir la relación estratigráfica entre las culturas Nasca y Paracas.

Aunque el esquema inventado por Uhle haya sido útil en general, el método de seriación empleado por Kroeber, Strong y Gayton, el cual apoyaba el esquema de Uhle, era deficiente. Se trata de una seriación cuantitativa. De esta manera, lograron diferenciar cuatro grupos estilísticos en la cerámica Nasca (figura 2) según la frecuencia de correlación de diseños, formas y colores. Pero no prestaron atención a la asociación de diferentes rasgos de diseño en una vasija, ni usaron los contextos funerarios excavados por Uhle para respaldar su análisis estilístico. Tampoco la tipología de formas y diseños empleada había sido suficientemente detallada como para establecer grupos cronológicos válidos. Aunque en muchos aspectos la definición de los estilos Nasca A y B es consistente, existe una gran cantidad de piezas que unen características definidas de los dos subestilos (Kroeber, 1956, pp. 327-339; Proulx, 2006, p. 26).

Para evitar esta problemática, hacía falta basar el análisis en contextos arqueológicos (Rowe, 1960). Además, la base de materiales para el análisis había crecido considerablemente, de manera que una nueva seriación prometió resultados interesantes. Por eso, en los años 1950, John Rowe, junto con Dorothy Menzel y Lawrence Dawson, ingenió un método de seriación apropiado para evitar los problemas de la metodología cronológica existente (la de Uhle, Kroeber, Strong y Gayton). La meta principal era establecer una «secuencia maestra» que sirviera como marco de referencia para todo el área central andina (Rowe, 1956, 1960, 1962). El esquema cronológico, también conocido como la «secuencia Berkeley», se basa claramente en las ideas de Uhle (figura 2). Los horizontes de los estilos Inca y Tiahuanaco, definidos por Uhle, los cuales se caracterizan por su extensión sobre grandes partes del área central andina, fueron integrados al nuevo esquema y denominados Horizonte Tardío y Horizonte Medio respectivamente. La época de estilos regionales (en Ica, la vieja cultura de Ica y la más reciente cultura de Ica), ubicada cronológicamente entre los dos horizontes, fue denominada Periodo Intermedio Tardío. Gracias al descubrimiento de la cultura Chavín por Julio C. Tello (1943), Rowe y sus colaboradores pudieron agregar otro horizonte al esquema, el Horizonte Temprano, el cual Uhle no había podido reconocer en sus excavaciones. Entre este y el Horizonte Medio (Tiahuanaco) definieron otro periodo caracterizado por estilos regionales, el Periodo Intermedio Temprano, el cual comprende los estilos Proto-Nazca, Proto-Lima y Proto-Chimú de Uhle.

¹² Considerando la obra completa de Uhle resulta de poca importancia que él no haya reconocido el estilo Ocucaje. En cambio, consideró los estilos Proto-Nazca, Proto-Lima y Proto-Chimú como las primeras altas culturas del Perú. Las pocas huellas que encontró del estilo Ocucaje, las atribuyó erróneamente al estilo Proto-Nazca (Proulx, 1970; Dawson, 1979). Así malinterpretó también unos fragmentos de la época formativa de sus excavaciones en unos conchales en Ancón y Supe, las cuales tomaba como huellas de una cultura primitiva de pescadores (Rowe, 1954, p. 16).

Rowe, Menzel y Dawson se repartieron los periodos y horizontes entre sus colaboradores para realizar análisis más detallados y lograr así un mayor refinamiento cronológico. Los resultados fueron presentados en una serie de publicaciones (Rowe, 1960¹³; Menzel, Rowe & Dawson, 1964; Menzel, 1964, 1976). En algunas de estas publicaciones se hace referencia a la metodología aplicada y a los detalles de las fases resultantes. Sin embargo, para varias fases de la secuencia —por ejemplo, la parte temprana del Periodo Intermedio Tardío— apenas se publicaron detalles.

El método común utilizado en toda esta serie de estudios cronológicos se basaba en la seriación por similitud de rasgos (Rowe, 1961), con el cual se podía definir los rasgos —forma y decoración— y trazar sus cambios. El método fue explicado por Rowe (1960, 1961) y permite incluir piezas sin contexto conocido en el análisis, lo que amplía considerablemente la base de materiales¹⁴. Sin embargo, el método no era puramente estilístico ya que para el control de rasgos contemporáneos se disponía de contextos funerarios y también de algunos contextos estratigráficos (por ejemplo, Bennett, 1953; Strong, 1957). Asimismo, durante los trabajos para refinar la secuencia se hicieron otros cateos en el valle de Ica para obtener un mejor control estratigráfico de la seriación (Rowe, 1956, pp. 135-136, 145; Proulx, 1968, p. 8; Menzel, 1971, pp. 74-93). Sin embargo, no había contextos estratigráficos para todas las épocas de la secuencia maestra.

Los materiales del Periodo Intermedio Temprano fueron analizados por Lawrence E. Dawson. La seriación de la cerámica Nasca se basa en un cuerpo de materiales muy amplio, donde además de los materiales de las colecciones existían lotes de tumbas para todas las fases, las cuales apoyaban las fases definidas. La colección Uhle de Ica solo formaba una pequeña parte de la base de datos, la cual comprendía un total de aproximadamente 3000 piezas provenientes de los valles de Ica, Palpa, Nasca y Acarí (Rowe, 1960).

Sin embargo, en los trabajos de campo realizados desde entonces, las nueve fases de la secuencia establecida por Dawson no están igualmente representadas en las colecciones de superficie (Massey, 1986; Browne & Baraybar, 1988; Browne, 1992; Schreiber & Lancho, 1995, 2003; Proulx, 1998; Silverman, 2002). Las excavaciones llevadas a cabo en los últimos años en asentamientos de la cultura Nasca, no contribuyeron a aclarar esta situación mediante un refinamiento de la cronología, debido a que no se hallaron contextos con una cantidad de materiales suficiente para hacer un nuevo análisis (Silverman, 1993; Vaughn, 2000; Orefici & Drusini, 2003). El desarrollo lineal y sencillo de la secuencia

Nasca proclamado por Rowe (1960), la cual sería la condición para una aplicación de la secuencia de manera cronológica, no está comprobada. Esto lo demuestran los estudios de Proulx (1968) y Blagg (1975), así como las diferentes prospecciones llevadas a cabo en la región. En este sentido, es importante que las posibles diferencias regionales y funcionales en la cerámica fina sean mejor definidas mediante futuros análisis de materiales de contextos bien documentados (Silverman, 1993, pp. 36-38; Silverman & Proulx, 2002; Proulx, 2006, p. 30). Para este propósito los contextos estratificados de asentamientos adquieren un significado especial, ya que en ellos se presentan las mejores evidencias de la secuencia cultural. A pesar de la rigurosidad de la seriación, gracias a la cual se considera una de las mejores de la arqueología peruana (Silverman, 1996), la secuencia necesita ser revisada.

La cerámica del Horizonte Medio y la del Periodo Intermedio Tardío fue analizada por Dorothy Menzel (1964, 1976)¹⁵, en el segundo caso casi exclusivamente en base a la cerámica que Max Uhle había recolectado en Ica. Así, mientras que Kroeber y Strong (1924b) en su análisis de este material se habían concentrado en aspectos estilísticos, Menzel se había concentrado más en los contextos cerrados. Menzel definió contextos funerarios «clave» («master burial», Menzel, 1976, p. 6) como unidades de los objetos contemporáneos. Estos le sirvieron para distinguir diferentes fases de estilos. Otros criterios para ordenar sus fases, no solo tipológicamente sino también cronológicamente, fueron las superposiciones de tumbas y la asociación con objetos históricamente fechables, como las cuentas de vidrio de la época colonial y la cerámica incaica (Menzel, 1976, p. 4-5).

El resultado fue la subdivisión del estilo Ica en diez fases sucesivas de diferente duración. En la presentación de la secuencia, Menzel (1976) se concentró en las fases tardías, desde Ica 6 a Ica 10. En comparación con la secuencia propuesta por Kroeber y Strong resaltan unas diferencias en cuanto a la ubicación cronológica de algunas tumbas, especialmente un cambio de la clasificación cronológica de varios contextos funerarios de la fase Ica Medio al Horizonte Tardío debido a su posición estratigráfica encima de otros contextos funerarios (Menzel, 1976, p. 5).

En otra contribución a la secuencia, Patricia Lyon (1966) discute la transición del Horizonte Medio (época 4) al Periodo Intermedio Tardío (Ica 1). Mientras que hasta el momento no existe ninguna definición detallada de las fases Ica 2 a Ica 5, salvo en la ilustración de algunas formas de cerámica presentada por Menzel (1976, láminas 1 y 2). Por lo tanto, el desarrollo estilístico de las fases Ica 1 a Ica 6 no queda claro. Queda como tarea

¹³ Dawson nunca publicó su seriación de la cerámica Nasca. Rowe (1960) presenta el trabajo de Dawson. Detalles se revelan en varias publicaciones dedicadas a aspectos escogidos de la seriación (Menzel, 1957; Roark, 1965; Proulx, 1968; Blagg, 1975; Wegner, 1975, 1976; Silverman, 1977; Wolfe, 1981; Knobloch, 2005).

¹⁴ La elección del método se debe a la base de datos disponible, la cual consiste en grandes partes de vasijas sin contexto conocido.

¹⁵ La secuencia del Horizonte Medio no forma parte de este artículo ya que requería una discusión detallada de la cerámica de la sierra de Ayacucho.

para futuras investigaciones aclarar si se trata realmente de fases cronológicas o si esta parte de la secuencia de Berkeley debe ser modificada fundamentalmente¹⁶. Pero también la parte tardía de la secuencia resulta problemática: la definición de la fase Ica 8 se basa en unas veinte vasijas, de las cuales solo cinco provienen de un contexto conocido (Menzel, 1976, p. 250).

La problemática se manifiesta también en el intento de utilizar la secuencia para fechar materiales de superficie y cerámica recuperada en excavaciones de asentamientos. Como la parte temprana de la secuencia (Ica 2-5) no se ha publicado, no hay referencia para clasificar materiales encontrados en prospecciones o excavaciones de esa época. Por otro lado, cabe la posibilidad que la cerámica haya cambiado muy poco durante el Periodo Intermedio Tardío. Algunos resultados de los trabajos de Christina Conlee apuntan en esta dirección. Sus excavaciones en el sitio Pajonal Alto proporcionaron las primeras evidencias estratigráficas publicadas de contextos habitacionales para el Periodo Intermedio Tardío (Conlee, 2000, 2003, 2005). En su análisis aplica las definiciones estilísticas de Menzel. Sin embargo, en los materiales de sus excavaciones, Conlee no pudo observar cambios cronológicamente relevantes en la forma y decoración de la cerámica, a pesar de que se haya podido registrar una secuencia de varias ocupaciones del sitio. En general, el material era estilísticamente bastante homogéneo (Conlee, 2000, pp. 176, 189-90).

En este contexto, un nuevo análisis de la cerámica del Periodo Intermedio Tardío queda como tarea pendiente. Debido a la problemática expuesta no sería suficiente intentar hacer un nuevo análisis de los materiales estudiados ya por Kroeber, Strong y Menzel. La imposibilidad de aplicar la secuencia a los materiales recuperados en el campo, sea en prospecciones de superficie o en contextos excavados de asentamientos se debe a la base de datos de piezas provenientes de tumbas o sin contexto conocido. Faltan evidencias estratigráficas de contextos profundos con una estratigrafía larga para aclarar la situación, ya que solo la superposición da informaciones directas en cuanto a la secuencia de los estilos cerámicos.

En suma, las investigaciones de campo demuestran, tanto para el Periodo Intermedio Temprano como para el Periodo Intermedio Tardío, que no es fácil aplicar la secuencia de Berkeley a los materiales arqueológicos recuperados en el campo. Eso se debe, por un lado, a la falta de contextos estratigráficos, pues el análisis estilís-

tico y de asociaciones de tumbas es insuficiente. Por otro lado, es posible que el carácter regional de la secuencia de Berkeley, establecida mayormente en base a materiales encontrados en el valle de Ica, impida aplicarla a los materiales encontrados en los valles vecinos. No todas las subdivisiones estilísticas definidas en la secuencia maestra de la costa sur del Perú se pueden identificar en materiales de prospecciones y excavaciones. El resultado son aparentes hiatos en la ocupación de los valles, los cuales posiblemente en realidad se deben a diferencias en las secuencias regionales, hasta el momento no definidas. Durante los últimos cuarenta años después de la elaboración de la secuencia de Berkeley, una serie de investigaciones arqueológicas en la región han revelado las problemáticas inherentes y la nueva situación requiere una revisión del esquema de Berkeley. Se trata de un modelo que hay que modificar con la ampliación de los conocimientos. Tal paso es posible, entre otros, en base a los hallazgos de cerámica procedentes de prospecciones y excavaciones en los valles de Palpa.

RECIENTES INVESTIGACIONES ACERCA DE LA CRONOLOGÍA EN EL PROYECTO PALPA

En el marco del Proyecto Arqueológico Nasca-Palpa, durante diez años de investigación continua en un área geográficamente limitada¹⁷, se ha documentado una gran cantidad de contextos estratigráficos con cerámica diagnóstica de diferentes épocas. Entre estos, figuran muchos contextos funerarios de diferentes épocas con cerámica asociada. De manera que existe suficiente material como para emprender una seriación independiente, establecer un esquema cronológico para la región de Palpa y mejorar, en lo posible, la secuencia actual en algunos aspectos. A la luz de las evidencias actuales, esta reevaluación es posible para el Periodo Inicial y el Horizonte Temprano¹⁸, así como para los Periodos Intermedio Temprano e Intermedio Tardío¹⁹.

Asimismo, existe una cantidad considerable de fechados radiocarbónicos para Palpa (Unkel, 2006; Unkel *et al.*, 2007), los que junto con los fechados de otros proyectos (Rowe, 1967; Silverman, 1993; Ziólkowski *et al.*, 1994) permiten vincular la secuencia relativa observada en Palpa con datos numéricos (figura 2), lo cual resulta especialmente interesante al comparar la secuencia de Palpa con las de otras regiones del Perú, ya no solo estilísticamente, sino también en cuanto a la cronología absoluta.

¹⁶ Este hecho se debe seguramente a la falta casi total de una base de datos para las fases Ica 2 a Ica 5. Sólo existen algunas pocas piezas provenientes de Ocujaje, documentadas por Duncan Masson (Menzel, 1976, p. 263).

¹⁷ El territorio recorrido en las prospecciones tiene una extensión de aprox. 300 km² en los valles de Río Grande, Palpa y Viscas (mapa 2).

¹⁸ El Horizonte Temprano y el Periodo Inicial, en Palpa representadas en los hallazgos de Jauranga (PV67A-11), Mollake (PV67A-74) y Pernil Alto (PV66-132), no son tema del presente artículo, el cual se concentra en las épocas reconocidas ya por Uhle: el Periodo Intermedio Temprano y el Periodo Intermedio Tardío.

¹⁹ Se conocen algunos contextos funerarios y habitacionales del Horizonte Medio en Palpa (Isla, 2001; Reindel & Isla, 2001; Reindel, Isla & de la Torre, 2005). Sin embargo, no existe una cantidad suficiente de contextos estratigráficos como para emprender un análisis independiente. De todas maneras se puede constatar para Palpa una contemporaneidad de las fases Nasca 8 y 9 (Isla, 2001, p. 556).

PERIODO INTERMEDIO TEMPRANO EN PALPA

Los datos provenientes de las excavaciones en asentamientos Nasca de diversas épocas en los valles de Palpa forman un importante corpus regional para conocer y entender a la cultura Nasca. En algunos sitios de Palpa se ha documentado una secuencia estratigráfica de varias fases con abundante cerámica asociada. Estos contextos son especialmente adecuados para un análisis cronológico. Ya antes hemos hecho referencia a la problemática de la actual secuencia de la cerámica Nasca. El hecho de que algunas fases no aparezcan en las excavaciones requiere una revisión de la secuencia. El análisis de la cerámica excavada en los diferentes asentamientos Nasca en Palpa está en progreso²⁰. A continuación se presentan algunos resultados sobre el análisis de la cerámica Nasca documentada por el Proyecto Arqueológico Nasca-Palpa desde 1997.

En los trabajos de prospección realizados en los valles de Palpa se ha encontrado cerámica Nasca de todas las fases definidas en la secuencia de Berkeley. Sin embargo, el análisis de los contextos de asentamientos excavados proporciona un modelo un tanto diferente: todas las fases desde Nasca 1 a Nasca 5 se encuentran en contextos estratigráficos pero en diferentes cantidades. Las fases Nasca 1, Nasca 3, Nasca 5 y Nasca 7 forman claramente fases temporales asociadas a pisos o superficies de uso. Especialmente para las fases Nasca 3, Nasca 5 y Nasca 7 contamos con grandes cantidades de material proveniente de contextos estratigráficos²¹. Para la fase Nasca 5 contamos adicionalmente con 45 contextos funerarios con cerámica proveniente de cinco cementerios. Por otro lado, también se registraron materiales de las fases Nasca 2, Nasca 4 y Nasca 6 pero siempre como componentes menores de los contextos caracterizados por cerámica Nasca 3, Nasca 5 y Nasca 7 respectivamente. Los materiales de la fase Nasca 8 se encontraron junto con aquellos de Nasca 7 en las excavaciones, aunque en menor cantidad y también en forma aislada en las prospecciones. Como se sabe, las fases Nasca 8 y Nasca 9 salen de la secuencia de la cultura Nasca y corresponden a estilos del Horizonte Medio conocidos como Loro y Chakipampa, respectivamente.

La fase Nasca 1 está bien representada en Palpa a través de colecciones de superficie. Los materiales de esta fase hasta el momento solo se han encontrado en trincheras de prueba donde está ubicada estratigráficamente debajo de materiales de las fases Nasca 2 y Nasca 3. La cerámica de esta fase de ocupación corresponde a lo que Menzel, Rowe y Dawson (1964) definieron como Nasca 1, donde se observa una mezcla con cerámica de la fase Ocujaje 10, por lo cual, en el Proyecto Nasca-Palpa, las

dos fases se describen juntas para definir la época Nasca Inicial. El término «Nasca Inicial» se utiliza en vez del término «Proto-Nasca» (Silverman & Proulx, 2002, p. 22, cuadro 2.1) para evitar confusiones con la terminología empleada por Uhle²².

Los patrones de asentamiento de la época Nasca Inicial sugieren la existencia de una jerarquía en los asentamientos de por lo menos dos niveles, donde destacan los sitios PV66-52 (Estaquería) y PV66-123 como posibles centros con arquitectura público-ceremonial (Reindel, Isla & Koschmieder, 1999; Isla & Reindel, 2005). Debido a que hasta el momento no se han realizado excavaciones en área en asentamientos de esta época, aún no se conocen más detalles.

Durante los trabajos de prospección arqueológica, la cerámica de las fases Nasca 2 y Nasca 3 fue documentada junta en muchos sitios y como tal, se considera a ambas como parte de la época Nasca Temprano²³. Una situación similar ocurre en las excavaciones, aunque hay casos donde la cerámica de la fase Nasca 2 aparece en forma aislada o debajo de Nasca 3. En todo caso, cabe mencionar que las excavaciones en sitios de esta época hasta el momento han sido limitadas. En el caso de los contextos excavados en Los Molinos (PV66-63; figura 3) se observa una fase de ocupación caracterizada por la presencia predominante de cerámica de la fase Nasca 3 y en menor grado de Nasca 2. Según la estratigrafía se observa una tendencia según la cual la cerámica Nasca 2 se halla sobre todo en las capas más profundas de la estratigrafía, algunas veces mezclada con cerámica Nasca 3, por lo cual es razonable pensar que se trata de una fase temprana de la época Nasca Temprano, la cual está caracterizada principalmente por la cerámica de la fase Nasca 3.

Así, también en las excavaciones que realizó Strong en Cahuachi (cateos 5 y 6) se observa la misma situación (Strong 1957, p. 25, table 3). En estos contextos el tipo Cahuachi Polychrome (Nasca 2) se encuentra mezclado con el tipo Nazca A Polychrome (Nasca 3). En las capas más profundas del cateo 5 de Strong, el tipo Cahuachi Polychrome se encuentra junto con Proto-Nazca (Nasca 1), situación también observada en Palpa. No obstante, en las excavaciones de Orefici en Cahuachi también se hallaron materiales de la fase Nasca 2 en forma aislada y debajo de Nasca 3 (Orefici, 1992). Debido a que la mayor parte de la cerámica Nasca 2 conocida hasta el momento proviene de la región de Nasca, principalmente de Cahuachi (Silverman & Proulx, 2002, p. 114), se considera a este sitio como el punto de partida para el desarrollo de la cerámica Nasca Temprano.

²⁰ El análisis de la cerámica Nasca de Palpa forma parte de un proyecto de doctorado de Niels Hecht.

²¹ Se están analizando aproximadamente 2000 fragmentos diagnósticos de cerámica fina Nasca Temprano, 3000 fragmentos Nasca Medio y 1000 fragmentos Nasca Tardío.

²² Se conocen algunos contextos funerarios y habitacionales del Horizonte Medio en Palpa (Isla, 2001; Reindel & Isla, 2001; Reindel, Isla & de la Torre, 2005). Sin embargo, no existe una cantidad suficiente de contextos estratigráficos como para emprender un análisis independiente. De todas maneras se puede constatar para Palpa una contemporaneidad de las fases Nasca 8 y 9 (Isla, 2001, p. 556).

²³ La época Nasca Temprano se desarrolló según cinco muestras 14C del sitio Los Molinos (PV66-63) entre 60 d.C. y 330 d.C. (1σ) (Unkel 2006, p. 76).

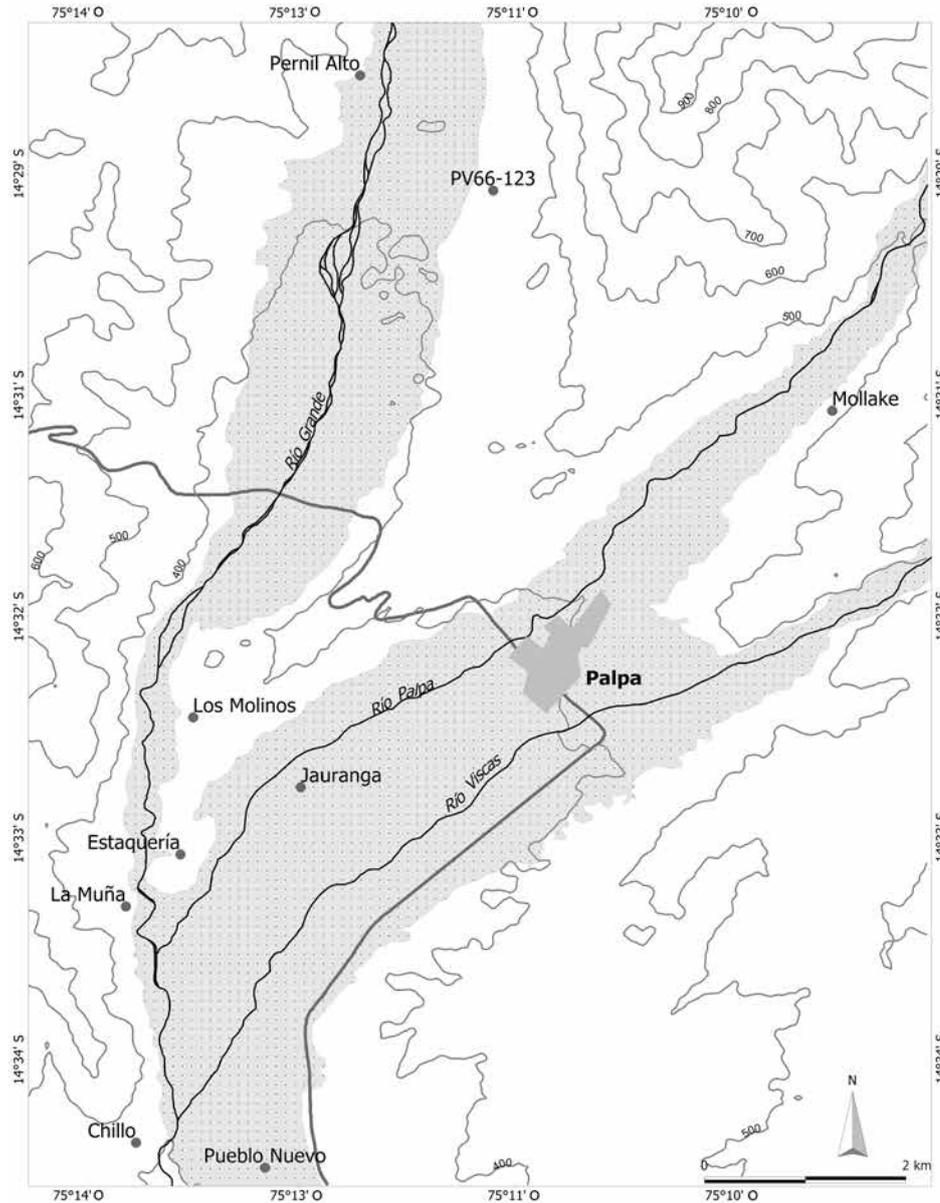


Figura 3. Mapa de Palpa. Ubicación de los sitios mencionados en el artículo. Elaborado por los autores.

La fase Nasca 3 se presenta en Palpa en pleno desarrollo y está bien representada en los contextos excavados en Los Molinos, donde la cerámica muestra claros paralelos estilísticos con la cerámica de Cahuachi. Durante las excavaciones de Los Molinos se definieron dos sectores contiguos caracterizados por la presencia de arquitectura de adobe (figuras 4-6). En el denominado sector A, a través de un largo pasadizo, se documentaron varios recintos dispuestos en plataformas escalonadas, mientras que en el sector B se descubrió un pasadizo similar que conectaba una serie de plataformas adyacentes.

El análisis de la cerámica de los dos sectores dio como resultado un fenómeno raras veces observado hasta el momento en el estudio de la cultura Nasca: la existencia de ciertos patrones de distribución de cerámica fina dentro

de un asentamiento. Estos patrones de distribución pueden ser indicadores de un acceso restringido a ciertos tipos de cerámica, tal como Kevin Vaughn (2000, p. 511) interpreta la distribución significativa de vasos retrato en los contextos con mayor cantidad de cerámica en el sitio de Marcaya, en el valle de Nasca.

Otro aspecto que se puede observar en la distribución de la cerámica de un sitio es la función de la arquitectura asociada. En el caso de Los Molinos los rasgos arquitectónicos observados en los dos sectores no indican diferencias funcionales. Sin embargo, las diferencias en la cerámica son llamativas. El análisis de los materiales provenientes de las excavaciones en los sectores A y B de Los Molinos, muestra un gran parecido entre los dos grupos, pero también ciertas diferencias impor-



Figura 4. Vista general de Los Molinos con los sectores A y B. A pesar de las fuertes huellas de huaqueo notables en la foto, en las excavaciones ha sido posible documentar la arquitectura del sitio y una superposición de varias capas culturales con grandes cantidades de cerámica diagnóstica. Foto de Johny Isla.

tantes. En las estructuras del sector A se encontró una gran variedad de cerámica fina dispersa en una serie de niveles de ocupación superpuestos. El análisis realizado en los materiales del sector A, indica que en las capas más profundas (capas F-J, figura 7) aparecen tiestos con decoración típica de la fase Nasca 2 o Nasca 3A (Strong, 1957; Proulx, 1968): motivos geométricos de un solo color puestos en paneles y sin la delineación con línea negra característica de las fases posteriores (Strong, 1957, figura 11). La forma más común de los cuencos presenta paredes bajas verticales, ligeramente convexas y con un marcado ángulo basal y base redondeada. El resto de la cerámica corresponde a formas y motivos típicos de la fase Nasca 3, mientras que en las capas superiores (capas A-C) se introducen los primeros rasgos de la fase Nasca 4 (figura 8), aunque el conjunto de los rasgos de forma y decoración no permite atribuir el contexto a esta fase. Se trata de los primeros indicios de un cambio en la producción alfarera, donde por ejemplo se introduce la forma de un vaso bulboso con decoración geométrica (Proulx, 1968, Appendix 2) que ya se observa ocasionalmente desde la fase Nasca 3B, aunque es conocida como una forma frecuente y característica de la fase Nasca 4.

Por otro lado, en el pasadizo descubierto en el sector B de Los Molinos se ha registrado otra secuencia estratigráfica de hasta ocho niveles de ocupación superpuestos cuya cerámica también pertenece a la fase Nasca 3, aunque se observa un conjunto de formas y motivos un tanto diferentes. En este caso se ha encontrado una buena cantidad de cuencos grandes, profundos y pesados, con

paredes altas divergentes y una base relativamente plana (figura 9). En el sector A también había cuencos de paredes altas y divergentes con base plana, pero eran más pequeños. Asimismo, los cuencos de base redondeada y paredes bajas, típicos del sector A, también aparecen en el sector B pero en menor porcentaje. Otro grupo llamativo del sector B corresponde a fragmentos pertenecientes a vasijas figurativas (figura 10) que le otorgan un carácter especial a la cerámica de dicho sector.

La diferencia entre la cerámica de ambos sectores es aún más marcada desde el punto de vista de la decoración, notándose que en el sector B predominan los motivos míticos²⁴ (figura 11) mientras que en el sector A son más frecuentes los motivos naturalistas (figura 7). Teniendo en cuenta que estas características se observan a lo largo de toda la estratigrafía de ambos sectores, es de suponer que la distribución no es casual sino que tales diferencias pueden ser indicadores de una función diferenciada de los dos sectores del sitio.

De acuerdo con las evidencias documentadas, la ocupación principal de Los Molinos terminó a finales de la fase Nasca 3, aunque en las capas más superficiales se registró una ocupación temporal relacionada con tiestos de las fases de estilo Nasca 4 y Nasca 5 (figura 8). También se registraron contextos funerarios Nasca 5 intrusivos en la arquitectura Nasca 3. Por lo tanto, la secuencia de Berkeley para las fases Nasca 2 a 5 ha sido comprobada por las evidencias de Los Molinos donde la fase Nasca 3 constituye el componente mayor, mientras que las fases Nasca 2 y Nasca 4 —en menor grado— representan

²⁴ Para la clasificación de motivos como míticos, naturalistas y geométricos véase Silverman (1993, p. 243).

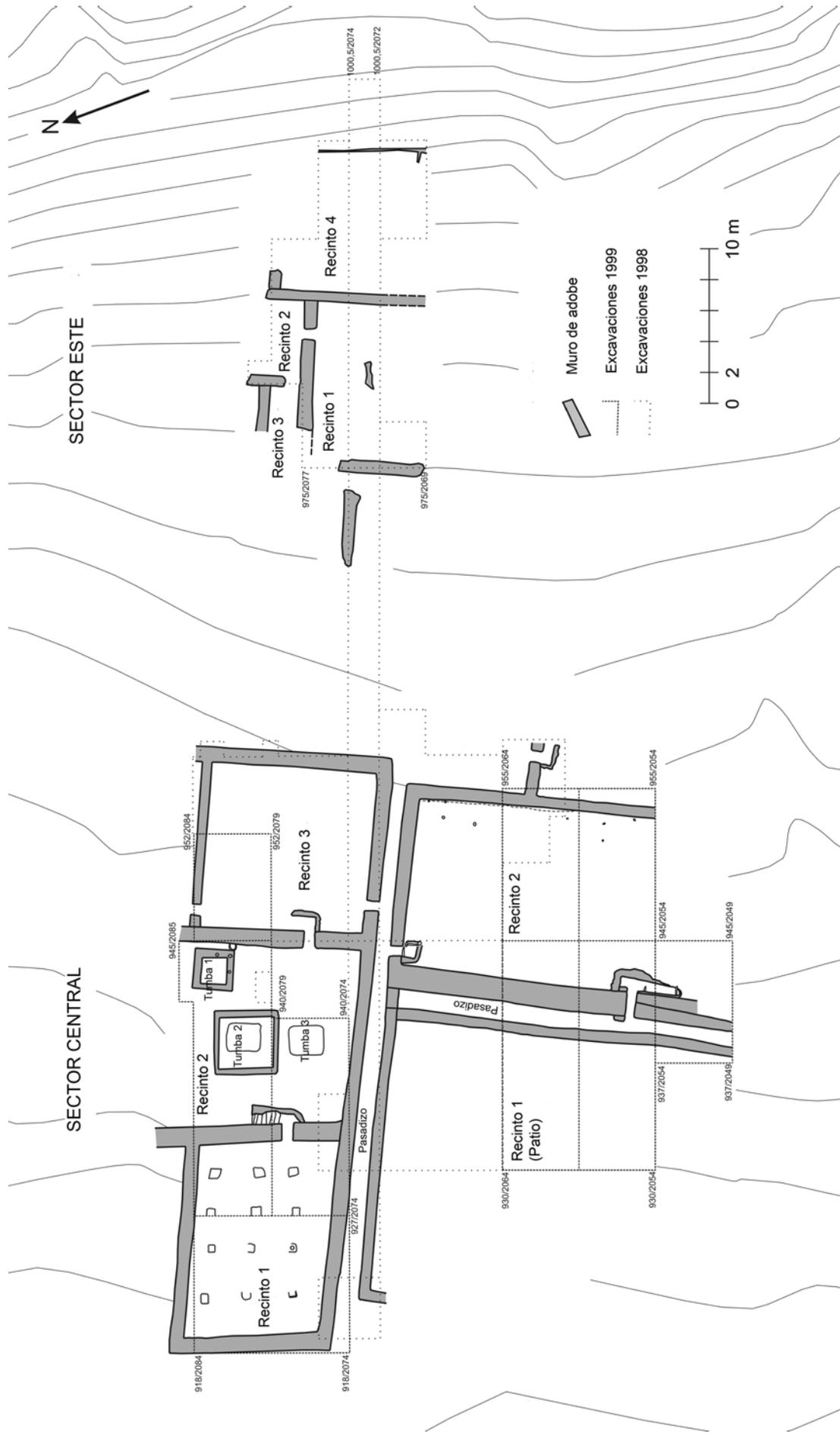


Figura 5. Los Molinos, Sector A, planta final. Representa la primera fase constructiva en el sitio. Se ve el pasadizo central con los recintos adyacentes y las tumbas intrusivas. Plano elaborado por los autores.

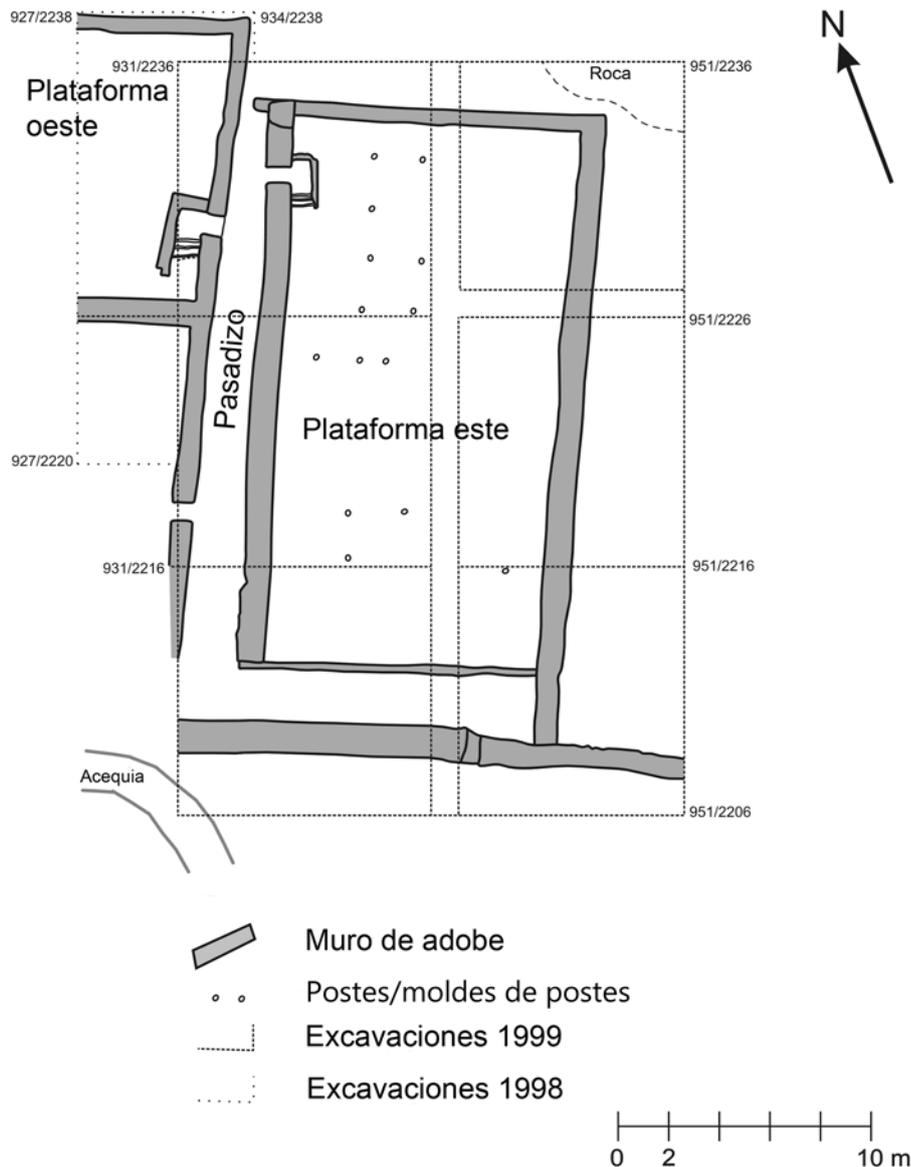


Figura 6. Los Molinos, Sector B, planta final. Se ve un pasadizo central con plataformas adyacentes, cuyos rasgos arquitectónicos marcan la diferencia con el Sector A. Plano elaborado por los autores.

componentes menores en las capas más bajas y más altas, respectivamente. En este caso, el carácter intrusivo de las tumbas Nasca 5 demuestra claramente que la secuencia estilística es correcta. Otra prueba que confirma esto se registró en la Unidad 3 del sector A, donde se detectó huellas de la restauración de los muros de adobe después de lluvias fuertes y el posterior abandono del asentamiento. Los pocos tiestos diagnósticos hallados en relación con este contexto pertenecen estilísticamente a la fase Nasca 4 (figura 8). Hasta el momento se trata del único contexto puramente Nasca 4 en Palpa y la cantidad de materiales asociados no es suficiente para detallar más el carácter de dicha fase.

Otras evidencias de la fase Nasca 4 provienen de contextos de superficie y de otros excavados en La Muña (PV66-49; figura 3), el sitio más grande de la época Nasca Medio registrado en Palpa (figura 12)²⁵. La mayor parte de la cerámica encontrada en La Muña corresponde a la fase Nasca 5 aunque como componente menor se encontraron unos fragmentos de la fase Nasca 4. La fase Nasca 6 no está representada aunque sí se encontraron tres vasijas de la fase Nasca 7 en la superficie de una de las tumbas de elite excavadas en La Muña (Isla & Reindel, 2006). Estas vasijas fueron depositadas en un momento posterior al establecimiento de la tumba (Reindel & Isla, 2001, p. 276). Asimismo, en la capa más profunda de

²⁵ Para la época Nasca Medio existen 17 muestras de 14C de las excavaciones de Palpa. Los fechados caen entre 260 d.C. y 430 d.C. (1σ) (Unkel, 2006, pp. 80, 82).

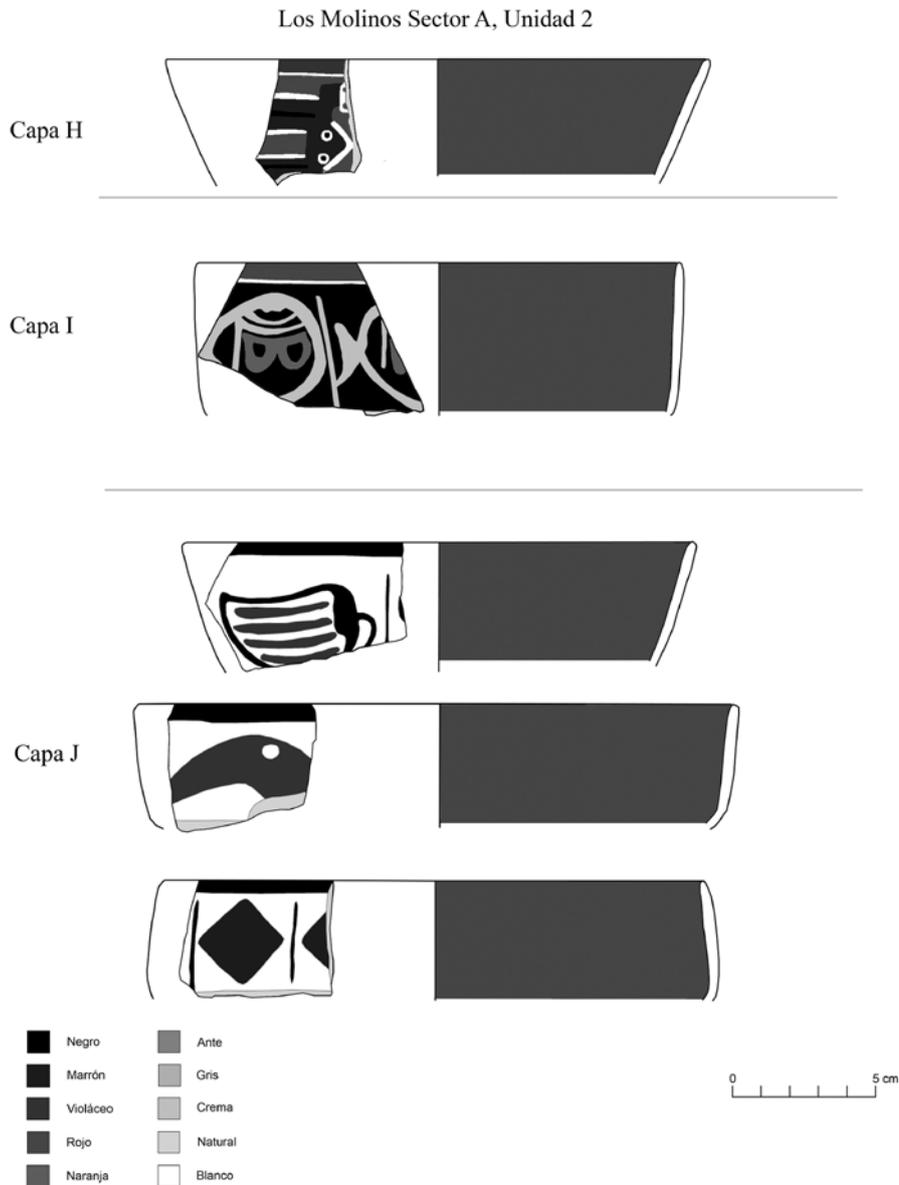


Figura 7. Los Molinos, Sector A, ejemplos de cerámica diagnóstica. En la Capa J se encontró cerámica Nasca 2 junto con cerámica Nasca 3. Más arriba se encontró casi exclusivamente cerámica Nasca 3. En todo el sector llama la atención la predominancia de los motivos naturalistas en la cerámica. Dibujos elaborados por Niels Hecht.

una cala hecha en el sector B de La Muña se encontraron unos pocos fragmentos de cerámica de la fase Nasca 3, superpuestos por las estructuras asociadas a las tumbas de la fase Nasca 5 (Reindel & Isla 1999, p. 97).

En un cateo hecho en la parte baja del sitio (figura 13), en una terraza de aparente función doméstica, se encontraron más de 1800 fragmentos diagnósticos de cerámica fina dispersos en cuatro capas de ocupación superpuestas. El contexto muestra una superposición de rellenos arquitectónicos adyacentes a un muro de adobe, que tenía dos fases constructivas asociadas a las capas B y D, las cuales a su vez se encuentran separadas por apisonados. Debido al tamaño del cateo no se ha llegado a definir la función de la estructura, aunque los hallazgos asociados a los apisonados adyacentes al

muro de adobe indican que se trataba de un contexto doméstico, mientras que la mayor parte del material corresponde al relleno constructivo de la estructura. La cerámica encontrada pertenece mayormente a la fase Nasca 5 (figuras 14, 15), notándose en las capas C y D algunos fragmentos Nasca 4 (figura 16) mezclados con Nasca 5.

Como en Los Molinos, las evidencias de La Muña muestran una sola fase de ocupación relacionada con cerámica de la fase Nasca 5, donde la cerámica Nasca 4 forma un componente temprano de la misma. Otras evidencias conocidas en la región de los valles de Palpa concuerdan con estas observaciones, es decir, la fase Nasca 5 se encuentra en grandes cantidades y solo a veces aparece mezclada con algunos tiosos diagnósticos

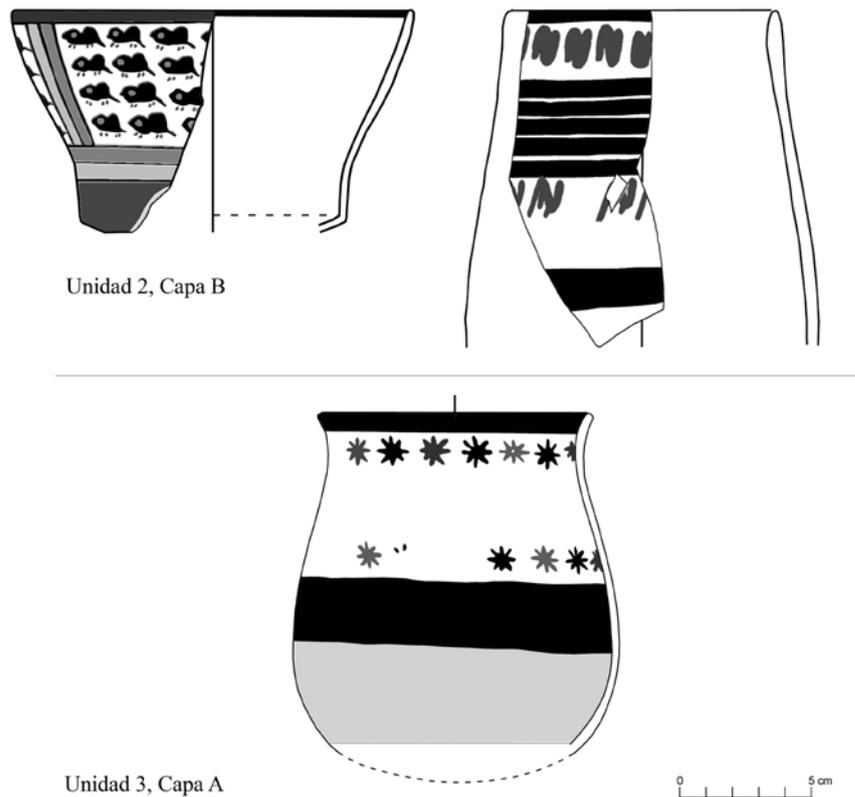


Figura 8. Los Molinos, Sector A, ejemplos de cerámica Nasca 4 y Nasca 5. En las capas superiores se encontró cerámica Nasca 4 y Nasca 5, la cual marca una corta fase de reocupación del sitio. Dibujos elaborados por Niels Hecht.



Figura 9. Los Molinos, Sector B, cuenco grande con decoración mítica. Tanto la forma como la decoración son características de los materiales encontrados en el Sector B, sobre todo en el pasadizo. Fotografía de Johny Isla.

Nasca 4²⁶. Contextos funerarios con cerámica Nasca 4 no han sido documentados en Palpa aunque sí hay sitios que tienen como único componente materiales de esta fase. De momento, las evidencias registradas en Palpa

caracterizan la fase Nasca 4 como una fase transitoria, la cual se percibe estilísticamente tanto en la parte tardía de la fase de estilo Nasca 3, como en la parte temprana de Nasca 5. Si esta situación se comprueba en el futuro, una

²⁶ Resulta interesante que Dawson advirtió durante su análisis en un primer momento una contemporaneidad de los estilos Nasca 4 y Nasca 5, debido a la frecuente mezcla de los dos estilos en los contextos funerarios (Rowe, 1956, p. 147). Más tarde rechazó esta idea por haber encontrado en un cateo hecho en Ica una superposición estratigráfica de cerámica de los estilos Nasca 4, 5 y 7 (Proulx, 1968, p. 8). Como estos materiales no fueron publicados, el contexto no se puede discutir en detalle.

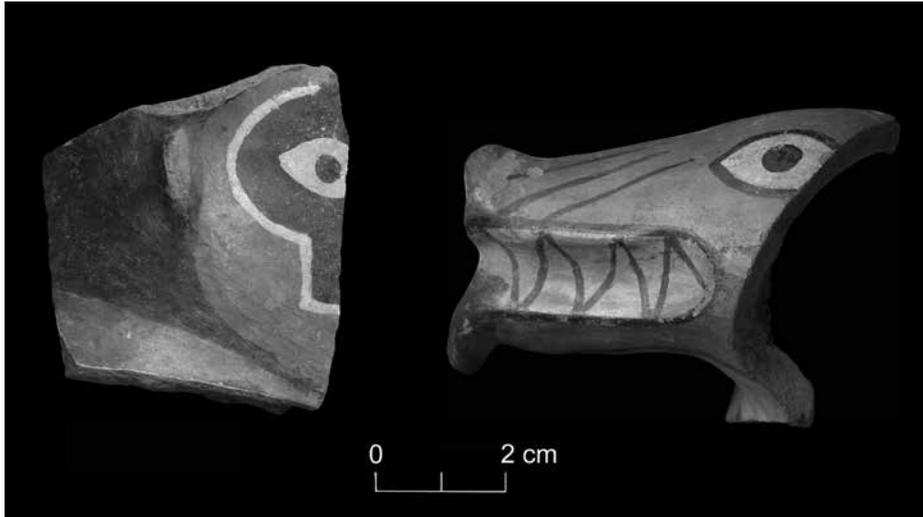


Figura 10. Los Molinos, Sector B, ejemplos de vasijas figurativas. Estos fragmentos representan otra clase de vasijas encontradas con mayor frecuencia en el sector B. Fotografía de Niels Hecht.



Figura 11. Los Molinos, Sector B, varios tiosos con decoración mítica. El motivo encontrado más frecuentemente en el Sector B es el «Ser Mítico Antropomorfo» Se trata del motivo mítico principal en la época Nasca Temprano. Fotografía de Johnny Isla.

nueva definición de las fases cronológicas de la secuencia sería necesaria, porque la fase Nasca 4 no aparece en los contextos como componente equivalente. Esta situación coincide con las observaciones hechas por David Browne (1992, p. 80), quien observó una marcada disminución de la ocupación Nasca 4 en Palpa. También la culminación de las construcciones en el sector central de Cahuachi (Silverman, 1993, pp. 37-38) y la relativa escasez de cerámica Nasca 4 en las prospecciones de los valles de Ingenio y Nasca (Silverman & Proulx, 2002, p. 119) concuerdan con las evidencias de Palpa. Por otro lado, existe una considerable cantidad

de cerámica Nasca 4 procedente de contextos funerarios así como en colecciones de piezas no documentadas (por ejemplo, Eisleb 1977), por lo que la existencia del estilo Nasca 4 es irrefutable (Proulx, 2006, p. 36). Sin embargo, por ahora, sus evidencias en los contextos estratigráficos hacen dudar de su valor como indicador de una fase cronológica.

En base a las evidencias presentadas aquí se puede indicar con bastante certeza que la fase de estilo Nasca 4 viene a ser un componente temprano de la época Nasca Medio, caracterizada principalmente por la cerámica de la fase Nasca 5.



Figura 12. La Muña, Sector B, excavaciones en una tumba. Las tumbas de elite encontradas en el sector B de la Muña demuestran el alto grado de diferenciación social alcanzado durante la época Nasca Medio. La cerámica encontrada en las tumbas es Nasca 5. Fotografía de Johny Isla.

EL PERIODO INTERMEDIO TARDÍO EN PALPA

Las investigaciones sobre el Periodo Intermedio Tardío son más limitadas y aún persisten muchos vacíos que llenar en todos sus aspectos. Como se puede ver en la breve introducción a la problemática de la cronología para esta época, existen severas deficiencias en cuanto a la documentación de los contextos arqueológicos y por consiguiente a la descripción y catalogación de la cerámica. Este hecho se hizo sentir notablemente durante las prospecciones conducidas por el Proyecto Arqueológico Nasca-Palpa y también se observa en los diversos proyectos realizados en la región. Para resolver este problema se procedió a hacer una excavación en un asentamiento que presentaba una estratigrafía bastante profunda con la idea de establecer una secuencia regional de la cerámica del Periodo Intermedio Tardío en Palpa.

Durante los trabajos de prospección se notó una inesperada cantidad de grandes asentamientos que fueron ocupados durante el Periodo Intermedio Tardío. Sin embargo, del periodo antecedente, el Horizonte Medio, no se han podido documentar muchos asentamientos en la parte norte de la cuenca del Río Grande de Nasca. Esta situación plantea la pregunta de cuándo y bajo qué circunstancias se efectuó la repoblación de la región. Para resolver esta cuestión fue necesario profundizar el estudio de patrones de asentamiento de esta época, lo cual implica una tipología de sitios, el análisis de su distribución y las posibles relaciones y funciones de los mismos. Este análisis requiere de una cronología bien establecida para poder establecer relaciones entre asentamientos contem-

poráneos y poder analizar cambios cronológicos en los patrones de asentamientos. En este sentido, a continuación se presentarán algunos resultados preliminares de las actuales investigaciones acerca de la tipología de cerámica, de la cronología y de los patrones de asentamientos del Periodo Intermedio Tardío en Palpa.

En el 2003, el Proyecto Arqueológico Nasca-Palpa realizó una excavación en el sitio de Chillo (PV66-44), con la finalidad de recuperar muestras de cerámica de un contexto estratigráfico bastante grande que permita resolver los problemas cronológicos arriba mencionados. Chillo, un asentamiento de una extensión de 9 hectáreas, está ubicado en la confluencia de los ríos Grande y Viscas (figura 3). El sitio se encuentra encima de la orilla actual del río Grande, sobre los restos de uno de los pedimentos típicos de la región. Durante las prospecciones, la arquitectura y los artefactos visibles en la superficie indicaron la existencia de una intensa ocupación durante el Periodo Intermedio Tardío. Debido a la ausencia de ocupaciones anteriores, en el sitio no se hallaron materiales más tempranos, situación típica para la gran mayoría de los asentamientos de este periodo en Palpa. En todos los sectores del sitio se encuentran restos de construcciones de piedra hechos con cantos rodados, las cuales definen una compleja trama de recintos de planta cuadrangular que en partes se disponen en plataformas escalonadas mirando al valle. En algunas partes también se observan restos de paredes de quincha y postes asociados a muros de contención de piedra y a rellenos constructivos en base a desechos domésticos. En la parte norte del sitio se encuentra un cementerio bastante extenso pero severamente huaqueado.

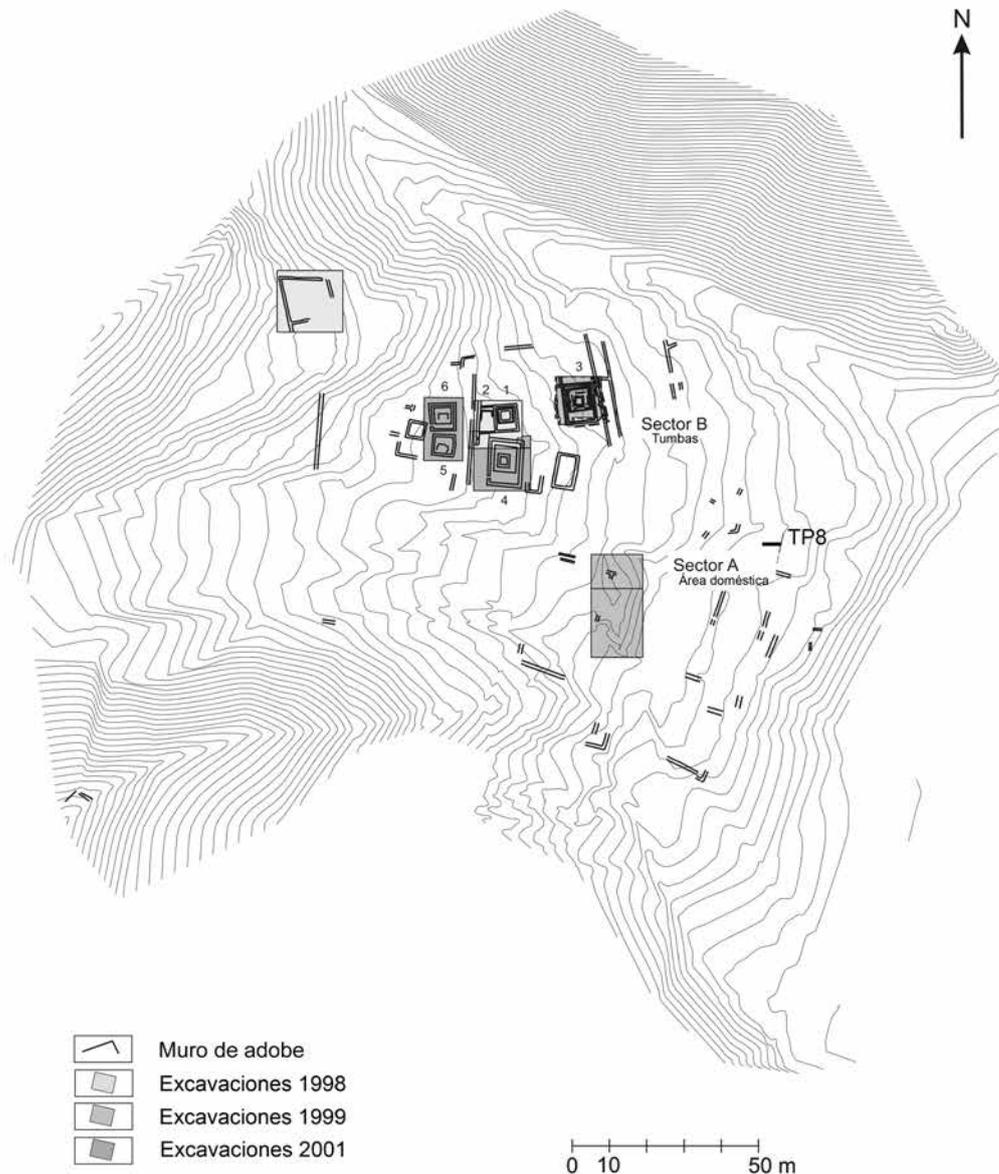


Figura 13. Plano general de La Muña. Se ve debajo del sector funerario (B), otro sector (A), con aparente uso doméstico. En una pequeña unidad de excavación y algunos cateos se ha podido documentar restos de arquitectura de adobe y superposiciones de pisos. El TP8 discutido en el artículo está ubicado en el sector A. Plano elaborado por los autores.

Cabe indicar que el sitio está atravesado de noroeste a sureste por quebradas de diferentes tamaños que desembocan en el río Grande. La quebrada más septentrional y más profunda del sitio fue rellenada durante el Periodo Intermedio Tardío con tierra, ripio, arena y desechos domésticos como restos de plantas, estiércol y huesos de animales, fragmentos de cerámica y textiles. Más tarde, este sedimento fue cortado por fuertes corrientes de agua que dejaron expuesto un perfil estratificado de seis metros de altura y más de 20 metros de largo. Durante los trabajos en el sitio se limpiaron cinco metros de este perfil (figuras 17, 18) y se hizo una documentación detallada. Luego se procedió a excavar dicho perfil en base a una unidad que comprendió el espacio entre el perfil y la roca madre adyacente, donde se registraron una serie de capas con desechos habitacionales que incluían una gran cantidad

de fragmentos de cerámica diagnóstica (se recuperó 6900 fragmentos de cerámica, de los cuales casi 1900 eran diagnósticos). Estos materiales fueron documentados minuciosamente y materiales orgánicos de diversas capas fueron fechados con el método de radiocarbono.

Cerca de la superficie original de la quebrada se observaron muros de contención donde las características del perfil indicaban que el relleno fue depositado intencionalmente en partes y durante un considerable lapso de tiempo. Los apisonados y las superficies compactadas se encontraron inmediatamente superpuestos, dejando poco sedimento entre ellos, lo que indica una deposición de los desechos de manera paulatina y continua. Los fechados radiocarbónicos de las muestras obtenidas indican para el contexto una edad que va como mínimo aproximadamente entre 1210 y 1410 d.C. (Unkel,

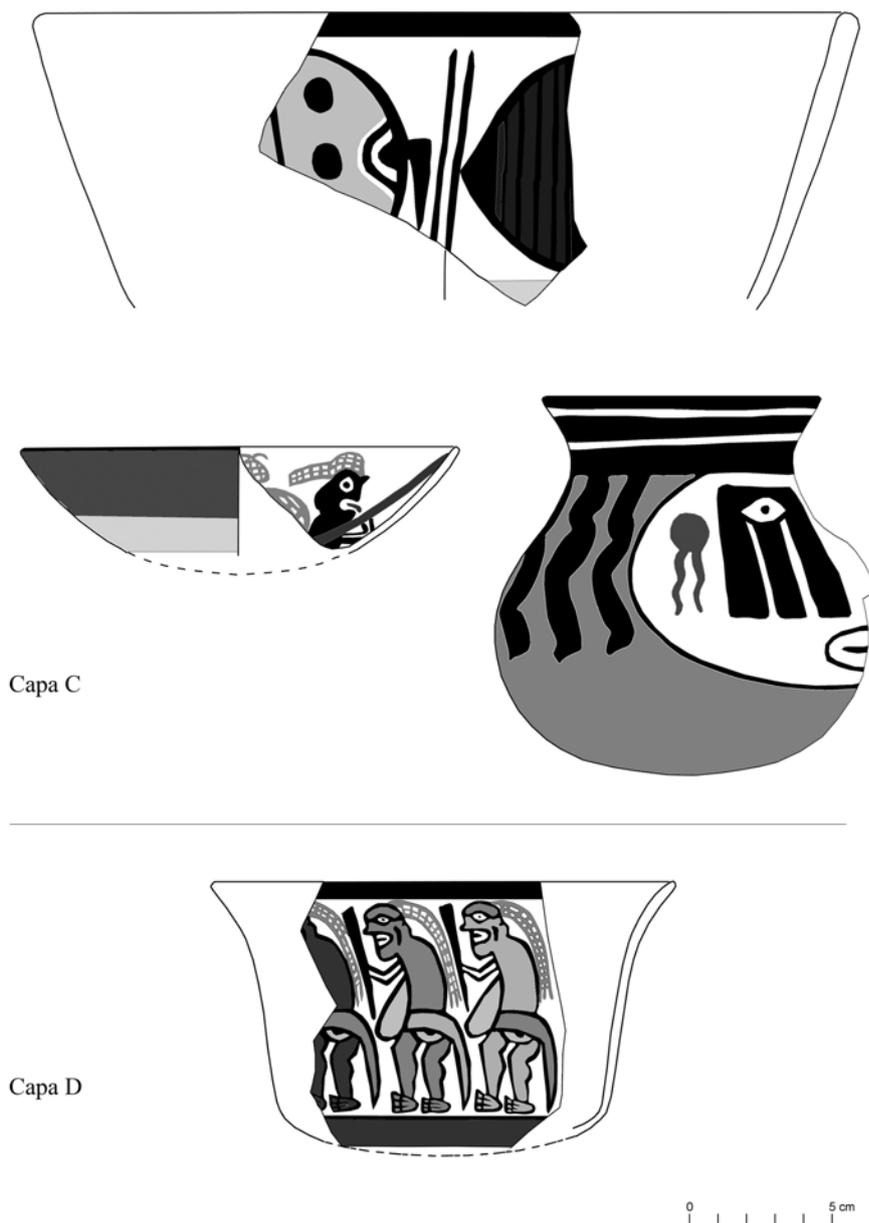


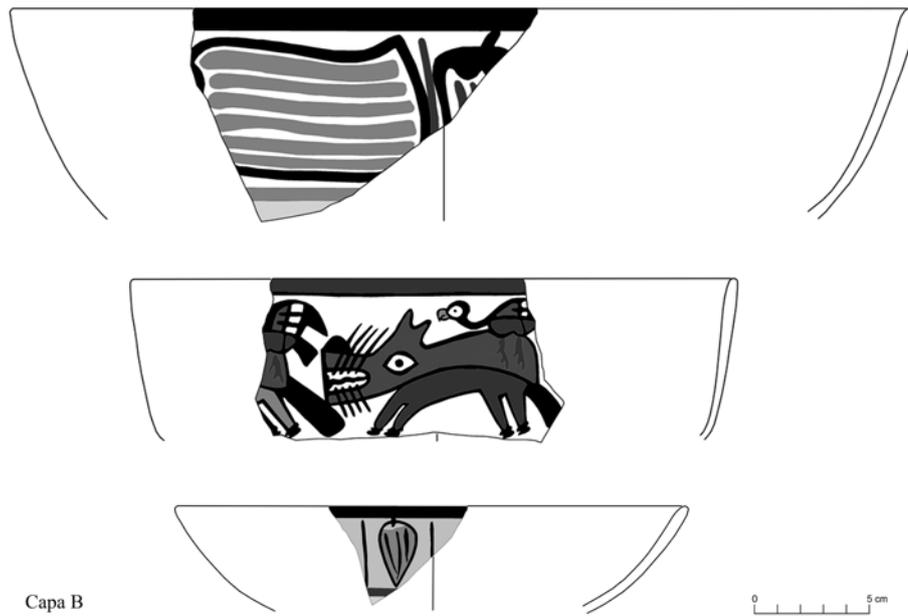
Figura 14. La Muña, Sector A, TP8, ejemplos de cerámica Nasca 5. Entre los 1800 tientos diagnósticos documentados en el cateo se encuentra una enorme variedad de formas y diseños Nasca 5. Dibujos elaborados por Niels Hecht.

2006, pp. 86-87). Con estos datos se puede concluir que la quebrada fue rellenada durante la segunda mitad del Periodo Intermedio Tardío.

Adicionalmente se procedió a excavar algunas estructuras arquitectónicas ubicadas un poco más al sudoeste, donde se observa una serie de recintos hechos con muros de piedra y otros con paredes de quincha en el interior. El objetivo de esta excavación fue recuperar material cerámico de un solo contexto doméstico para hacer comparaciones con el material encontrado en el relleno de la quebrada. Los fechados radiocarbónicos están en proceso aunque se puede adelantar que el material cerámico es similar al encontrado en el relleno de la quebrada. Además de la cerámica, se encontraron indicios del uso de las estructuras como vivienda y taller, donde destacan

los hallazgos de maíz, ají y utensilios para la producción de textiles. El análisis de la cerámica de estos contextos forma parte de la tesis de maestría de Heike Otten, cuyo estudio incluye la elaboración de una tipología de formas apta, tanto para vasijas enteras, como para fragmentos.

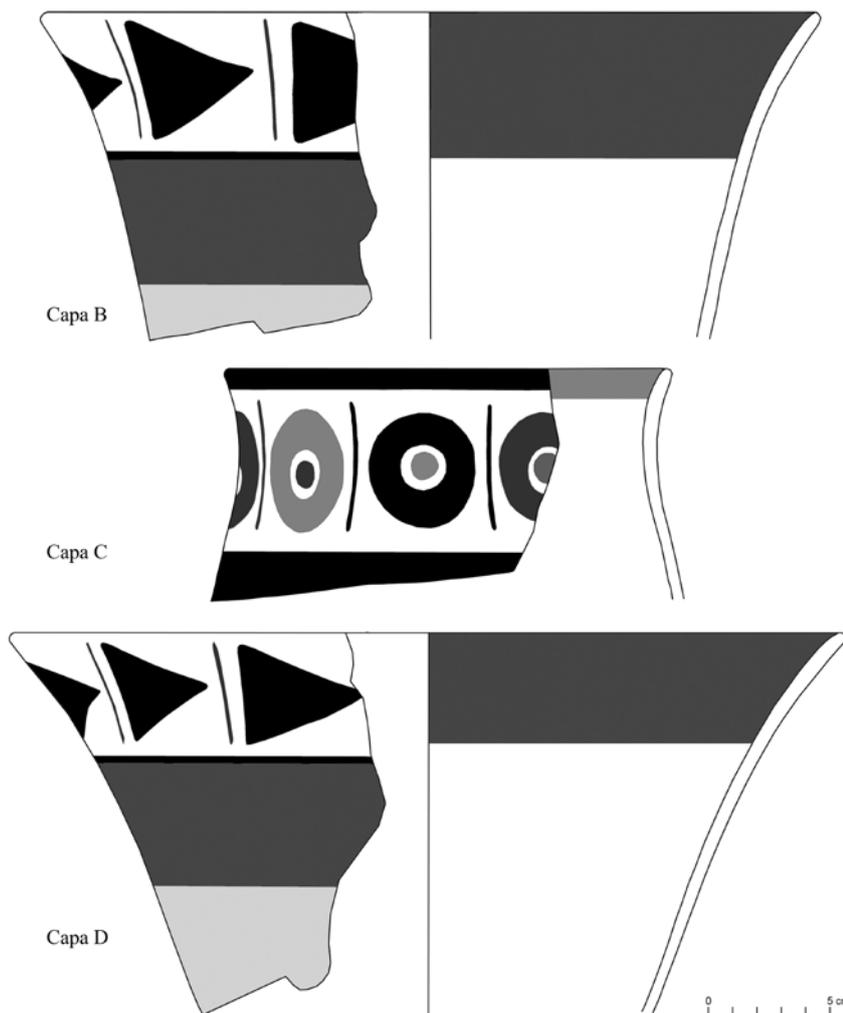
Cabe indicar que todos los fragmentos analizados pertenecen claramente al Periodo Intermedio Tardío de la costa sur del Perú como presentado en la publicación de Menzel (1976). Las formas documentadas en Chillo abarcan en general aquellas denominadas por Menzel como «deep open dishes», «shallow dishes», y «cambred rim dishes/bowls». Otras formas son las descritas por Isabel Kelly (1930) como «cumbrous bowls». Como es de esperar según los fechados de ^{14}C no se puede observar en la cerámica de Chillo, ni una influencia obviamente



Capa B

0 5 cm

Figura 15. La Muña, Sector A, TP8, ejemplos de cerámica Nasca 5. La fase Nasca 5 resulta ser la más variada en cuanto a formas y diseños. Dibujos elaborados por Niels Hecht.



Capa B

Capa C

Capa D

0 5 cm

Figura 16. La Muña, Sector A, TP8, cerámica Nasca 4. Cerámica de esta fase se encontró sobre todo en las capas C y D, algunos fragmentos en la capa B. Según estas evidencias, la cerámica Nasca 4 se relaciona en Palpa con la época Nasca Medio. Dibujos elaborados por Niels Hecht.

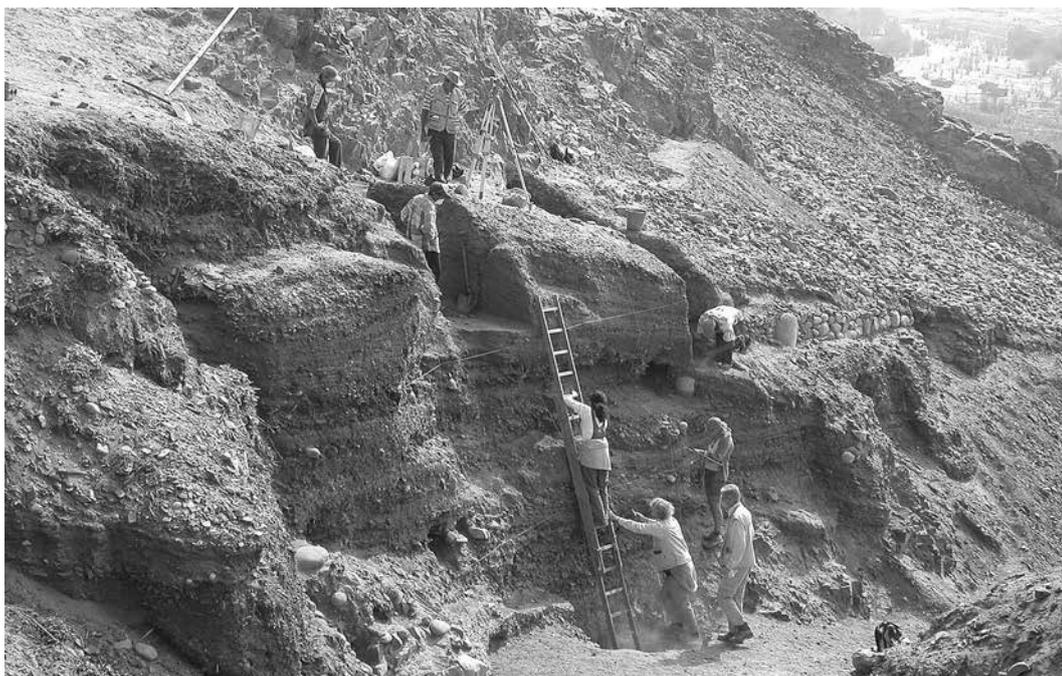


Figura 17. Chillo, excavaciones en el perfil. La quebrada ha sido usada para depositar desechos domésticos con abundante cerámica por 200 años, según los fechados radiocarbónicos. Fotografía de Markus Reindel.

incaica, ni tampoco los motivos figurativos identificados por Patricia Lyon (1966) como transicionales del Horizonte Medio al Periodo Intermedio Tardío.

Según los fechados, la cerámica de Chillo debería corresponder a las fases Ica 4 a Ica 7 propuesta por Menzel (1976). Sin embargo, como ya se ha indicado, es imposible hacer una comparación estilística por falta de una publicación adecuada de la seriación elaborada por Menzel. No obstante, los motivos geométricos presentes en la cerámica de Chillo (figura 19) muestran semejanzas con aquellas de las fases Ica 6 a Ica 10. Además, algunos diseños no se pueden atribuir a una sola fase en particular sino a varias. Otros diseños obviamente son característicos y exclusivos de la región, entre ellos destaca el motivo de círculos negros sobre un fondo blanco dispuestos en paneles horizontales, limitado a vasijas cerradas, el cual se encuentra con frecuencia en la superficie de los sitios del Periodo Intermedio Tardío en Palpa (figura 20). Menzel no menciona este motivo para la cerámica de Ica aunque en las colecciones de Uhle existe por lo menos una vasija con estas características (Uhle 1998b, lámina X, B, 8). Por otro lado, Christina Conlee (2000, p. 152; Vaughn *et al.*, 2006, p. 687) describe este motivo como rasgo característico de la región de Nasca, sin poder ubicarlo cronológicamente (Vaughn *et al.*, 2006, p. 688, figura 6).

Al ver la cerámica de las diferentes capas de la excavación en Chillo no se notan claras diferencias en cuanto a formas o motivos decorativos (figura 19), lo cual indica que a lo largo no hubo grandes cambios en

los 200 años que abarca la estratigrafía estudiada. Esta falta de cambios estilísticos durante un largo tiempo contrasta con la secuencia propuesta por Menzel, quien argumenta por una duración mucho más corta de cada una de sus fases. En este caso, hasta el momento las evidencias sugieren dos cosas: modificar el tiempo de duración de las fases propuestas por Menzel o abandonar la distinción estilística tan fina de 10 fases a favor de una secuencia de menos fases. Esperamos aclarar esta situación con un análisis más detallado de los materiales procedentes de Palpa. En todo caso, resulta interesante notar que, de esta manera, la secuencia cronológica se acercaría a la propuesta por Uhle, con una fase temprana y otra tardía²⁷ (figura 2).

Los materiales encontrados en la superficie de más de 130 sitios de la época, en los valles de río Grande, Palpa y Viscas (Reindel, Isla & Koschmieder, 1999; Reindel & Isla, 2000; 2001) corresponden, en términos generales, a la cerámica documentada en Chillo. La mayoría de estos sitios corresponden a asentamientos domésticos y los otros a cementerios. Entre los asentamientos se pueden diferenciar principalmente dos categorías: grandes poblados con recintos aglomerados y sitios más pequeños con edificios aislados. Los grandes poblados fueron establecidos sobre todo en las cuevas de los pedimentos y se extienden hasta las partes bajas de las quebradas, donde se encuentran una serie de estructuras rectangulares y recintos dispuestos en terrazas escalonadas. Al parecer gran parte de la población de

²⁷ Los motivos descritos por Lyon (1966), que marcan la transición del Horizonte Medio al Periodo Intermedio Tardío forman la fase temprana, mientras que el material de la excavación de Chillo pertenece a una fase tardía de una duración de por lo menos 200 años.

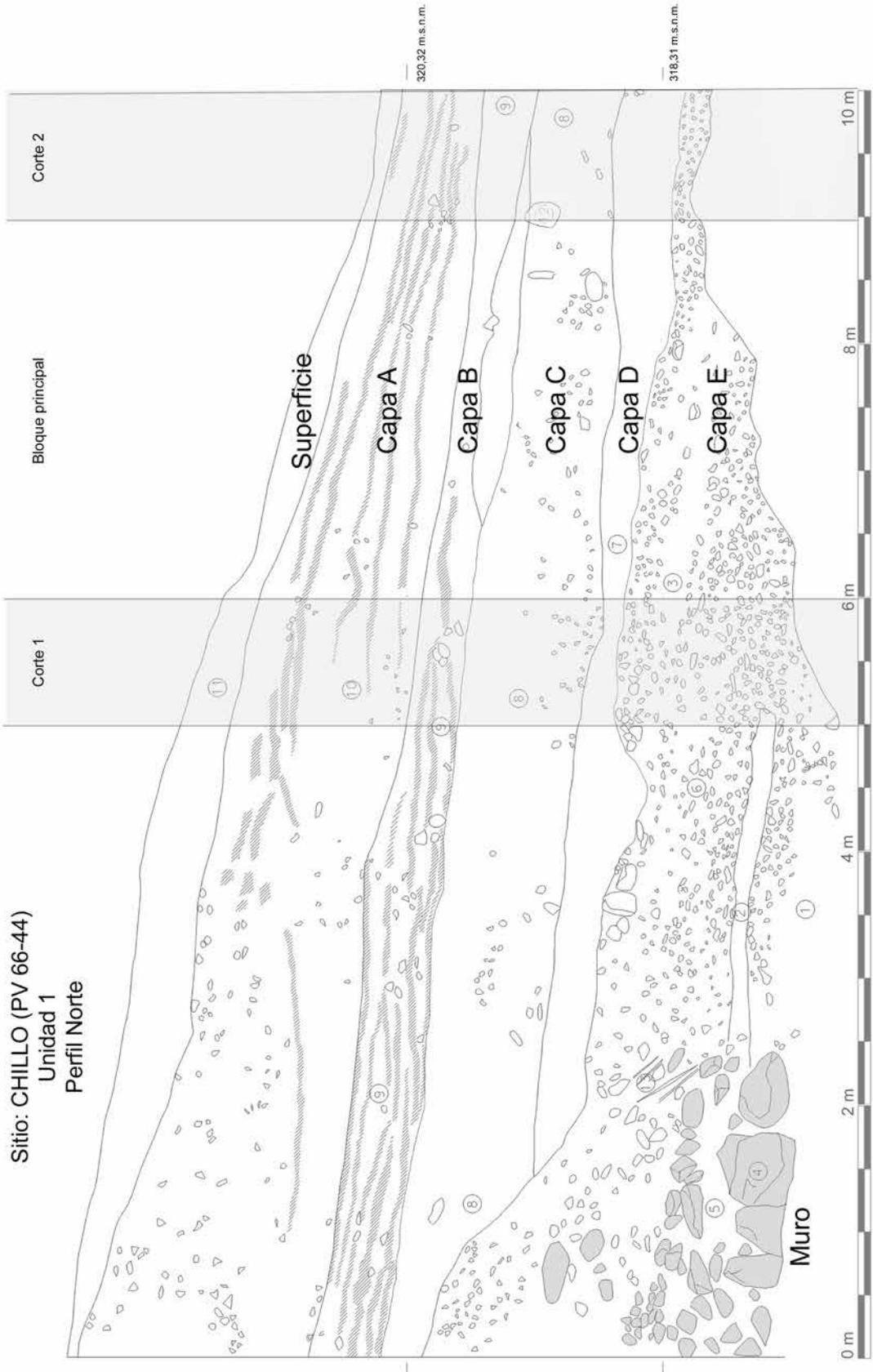


Figura 18. Chillo, Perfil Norte, documentación de las capas antes de la excavación, con indicación del bloque central excavado. Dibujo elaborado por Heike Otten y Máximo López.

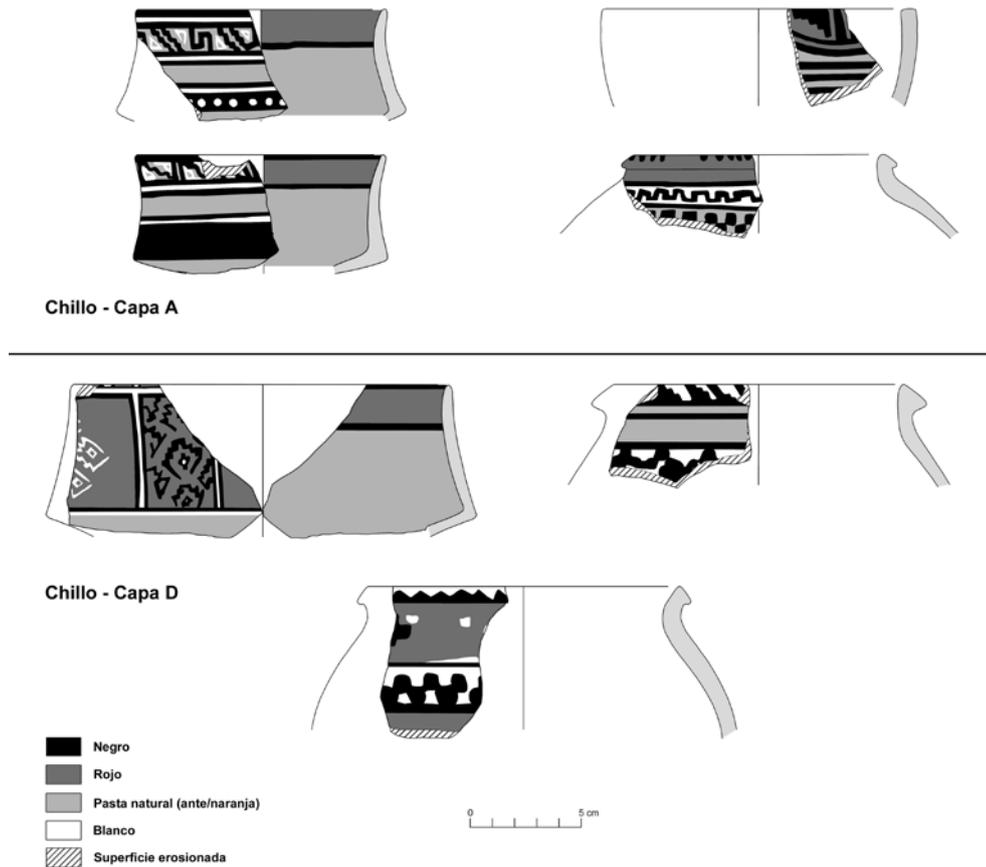


Figura 19. Ejemplos de cerámica excavada del perfil norte de Chillo, Capa A (arriba) y Capa D (abajo). A pesar de que la estratigrafía abarca un periodo de casi 200 años no se nota un cambio fuerte ni en formas ni en decoraciones de la cerámica. Dibujos elaborados por Heike Otten y Denise Kupferschmidt.

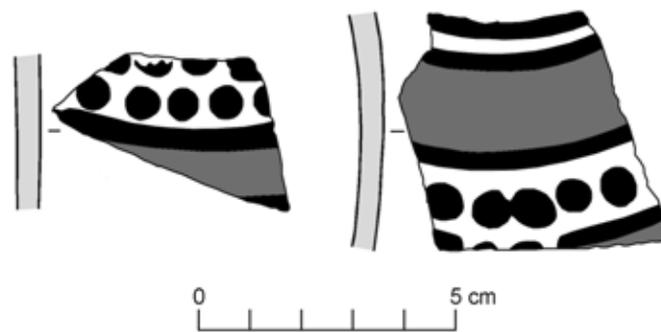


Figura 20. Ejemplos de cerámica típica del Periodo Intermedio Tardío en Palpa, con el motivo de banda blanca con puntos negros. Superficie de los sitios PV66-140 y PV66-126. Dibujos elaborados por Heike Otten y Denise Kupferschmidt.

la época vivía en este tipo de asentamientos. Del total de asentamientos unos diez ocupan un área de entre 5 y 20 hectáreas, los cuales curiosamente se localizan casi exclusivamente en el valle del Río Grande. No obstante, hasta el momento no se puede diferenciar un asentamiento que pueda haber cumplido la función de un centro administrativo exclusivo para la época.

Todavía no disponemos de fechados ¹⁴C de los asentamientos, pero en algunos casos se encontró cerámica

de influencia Inca en la superficie, lo que sugiere la existencia de una ocupación que llegaba hasta el Horizonte Tardío. Evidentemente se trata de hallazgos aislados, ya que hasta la fecha no se puede notar una fuerte presencia incaica con excepción del sitio de Pueblo Nuevo (PV67B-1), ubicado en el sur del área prospectada y al lado del camino incaico de Ica a Nasca. Este sitio fue destruido en los años 1950 pero aún es reconocible en fotos aéreas antiguas. Según las fuentes etnohistóricas no

se conocen informaciones acerca de la influencia incaica en la región, aunque las evidencias arqueológicas hacen suponer que estuvo bajo su dominio, sin que este haya influido sustancialmente a la población local²⁸.

El inicio del Periodo Intermedio Tardío en la zona, según Patricia Lyon (1966), está caracterizado por ciertos motivos figurativos que dejan ver la transición entre el Horizonte Medio y el Periodo Intermedio Tardío. Hasta el momento no se ha registrado cerámica con estas características en los asentamientos grandes de Palpa, aunque en varios asentamientos pequeños del valle de Viscas se han encontrado fragmentos de cerámica con decoración de cabezas de felino («disembodied feline heads») (figura 21) y aves parecidos a los de la fase Ica 1 (Lyon 1966, láminas VI y VII). Estos motivos muestran claramente su origen en los motivos del Horizonte Medio y es de suponer que se trata de los materiales más tempranos del Periodo Intermedio Tardío en el área de Palpa.

El problema de la repoblación de la región después del Horizonte Medio se puede enfrentar considerando las evidencias de cerámica temprana del Periodo Intermedio Tardío en Viscas. Las investigaciones del Instituto Geográfico de la Universidad de Heidelberg acerca de la historia climática indican que en la región de Palpa los límites de la zona de lluvias fueron cambiando dramáticamente con el tiempo. El Periodo Intermedio Tardío empezó con una sequía severa, a la cual siguió otra época más húmeda que permitió el uso de los pedimentos para la agricultura (Reindel, 2004, p. 21; Eitel *et al.*, 2005; Mächtle *et al.*, 2006). Hasta el momento, el comienzo de la época húmeda no se ha podido fechar con exactitud. Sin embargo, las futuras investigaciones acerca de los asentamientos y de la cronología de la cerámica pueden dar un aporte importante, siempre y cuando se disponga de una cronología relativa y absoluta bien establecida.

COMENTARIOS FINALES

Al hacer una comparación de la cronología regional de Palpa con los esquemas cronológicos anteriores de la costa sur peruana (figura 2) resaltan algunos aspectos:

1) Para la secuencia Nasca se observa una tendencia hacia una diferenciación regional más fina de los materiales arqueológicos. La secuencia maestra fue establecida originalmente como secuencia regional para el valle de Ica y la definición de las fases no se deja aplicar bien a los materiales de otros valles. La definición de las fases en un esquema regional de referencia tenía más bien la función de servir para comparaciones cronológicas relativas de diferentes esquemas regionales. Esta idea había que ponerla en práctica, solo que hasta el momento faltan las secuencias regionales que se puedan comparar con aquella de Ica.

El carácter regional de la secuencia fue modificado ya durante las etapas iniciales de elaboración de la secuencia maestra para la costa sur del Perú, cuando la secuencia de Ica fue complementada con materiales de Nasca (Rowe, 1960). Tal procedimiento toma la uniformidad del estilo como premisa y al mismo tiempo borra los indicios de diferencias regionales.

Para el Periodo Intermedio Tardío, falta establecer una primera secuencia regional, ya que la secuencia de diez fases de Ica sigue siendo incompleta y muestra deficiencias en varios aspectos. Pero los resultados preliminares muestran que las diferencias estilísticas observadas probablemente se deben más a particularidades regionales que a cambios cronológicos.

2) A nivel regional hay una tendencia a abandonar las definiciones finas de las fases de la secuencia a favor de otro esquema de menos fases, más parecido al esquema propuesto por Kroeber, Strong y Gayton, el cual, por lo tanto, se parecería a las ideas de Uhle. Esta nueva agrupación de fases cronológicas se encuentra comprobada por las evidencias arqueológicas.

3) Las modificaciones de los fechados absolutos de la secuencia de Berkeley (Rowe, 1967) se sustentan en una base de muestras radiocarbónicas recogidas durante los últimos años por varios proyectos de investigación. Los fechados de Palpa encajan en la tabla modificados continuamente y definen las transiciones entre las fases de una manera más precisa.

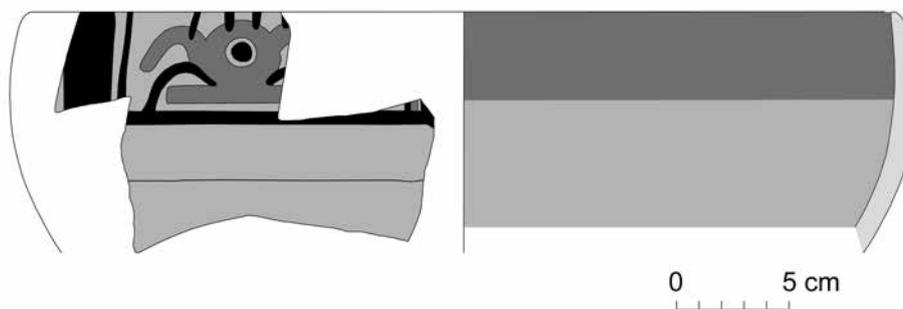


Figura 21. Cerámica transicional del Horizonte Medio al Periodo Intermedio Tardío, con motivo del tipo «disembodied feline head». Superficie del sitio PV67B-117. Dibujo elaborado por Denise Kupferschmidt.

²⁸ Un croquis del sitio de Pueblo Nuevo también fue elaborado por Tello (Archivo Tello, 2002, pp. 212-213).

Resumiendo las observaciones acerca de la cronología de la costa sur del Perú, especialmente la secuencia de los estilos de cerámica, hay que constatar que después de 100 años de investigaciones en la región, las observaciones de Uhle acerca de la cronología del área andina a grandes rasgos siguen siendo válidas. Este hecho es aún más notable cuando se toma en cuenta que la única prueba estrictamente arqueológica utilizada por Uhle era la superposición de tumbas observada en Pachacamac. Todos los demás estilos fueron enlazados estilísticamente y en base a las asociaciones de contextos. No obstante, Uhle conocía bien el valor de la superposición estratigráfica como argumento para una secuencia de estilos y lo apreciaba más que el argumento estilístico. Así, por ejemplo, se opuso a la opinión de otros científicos de su época, según los cuales el estilo Ica sería el más antiguo del Perú (Uhle, 1998b, p. 259). En esta discusión, Uhle pudo comprobar por la superposición observada en Pachacamac, que en realidad se trataba de uno de los estilos más recientes de la historia prehispánica del Perú.

Más tarde Kroeber, Strong y Gayton refinaron la secuencia establecida por Max Uhle mediante un análisis estilístico. Rowe (1960) señaló la problemática inherente de una argumentación meramente estilística y trató de sustentar su secuencia maestra en lo posible en los contextos funerarios y, en menor escala, también en contextos estratigráficos.

Desde la perspectiva de hoy, hay que criticar esta concentración en la seriación estilística y la poca consideración de contextos estratigráficos de asentamientos. Con los trabajos de los últimos años esta situación está cambiando notablemente. Así, últimamente se disponen de más contextos estratigráficos que tienen que ser tomados en cuenta para seguir modificando los modelos existentes. Un análisis de esta clase de evidencias promete una nueva visión de la cronología relativa, de la definición de los estilos y de su secuencia cronológica relativa y, por ende, de una mejor interpretación de la historia cultural de la costa sur en general.

Hoy en día, después de 105 años de los trabajos pioneros de Uhle en Ica, todavía quedan muchos detalles por conocer, aunque de manera general la secuencia estilística ya había sido reconocida por Uhle. En este sentido, sus trabajos fueron el inicio de la investigación arqueológica en el área andina y sus colecciones forman hasta hoy en día una importante base de datos, la cual no se debe dejar de lado en futuras investigaciones. Si bien el registro de Max Uhle resulta insuficiente según los estándares actuales, un estudio de sus apuntes permite recuperar muchos detalles importantes. El interés especial de Uhle por la asociación de los artefactos en las tumbas hace que sus colecciones todavía tengan un alto valor para la arqueología. De este modo, una continuación de las publicaciones de sus colecciones y una revisión de sus apuntes sigue siendo un proyecto importante para el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

- ARCHIVO TELLO, CUADERNOS DE INVESTIGACIÓN DEL (2002). Arqueología de la cuenca del Río Grande de Nasca. *Cuadernos de Investigación del Archivo Tello*, 3). Lima: Museo de Arqueología y Antropología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- BENNETT, W. C. (1953). *Excavations at Wari, Ayacucho, Peru*. Yale University Publications in Anthropology, 49.
- BLAGG, M. M. (1975). The bizarre innovation in Nasca. Tesis de maestría, Department of Art History, University of Texas, Austin.
- BROWNE, D. M. (1992). Further archaeological reconnaissance in the Province of Palpa, Department of Ica, Peru. En: Saunders, N. J. (Ed.), *Ancient America. Contributions to New World Archaeology*, (pp.77-116), Oxbow Monograph 24.
- BROWNE, D. M. & J. C. BARAYBAR (1988). An archaeological reconnaissance in the Province of Palpa, Department of Ica, Peru. En: Saunders, N. J. & de O. Montmollin (Eds.), *Recent studies in pre-Columbian archaeology*, (pp. 299-325). BAR International Series, 421 (part ii).
- CONLEE, C. A. (2000). *Late prehispanic occupation of Pajonal Alto, Nasca, Peru: implications for imperial collapse and societal reformation*. Tesis de doctorado, University of California, Santa Barbara. Ann Arbor: University Microfilms.
- CONLEE, C. A. (2003). Local elites and the reformation of Late Intermediate Period sociopolitical and economic organization in Nasca, Peru. *Latin American Antiquity*, 14,(1), 47-65.
- CONLEE, C. A. (2005). Regional autonomy during the Late Prehispanic Period: an analysis of ceramics from the Nasca drainage. *Andean Past*, 7, 157-182.
- DAWSON, L. E. (1979). Painted cloth mummy masks of Ica, Peru. En: Rowe, A. P.; E. P. Benson & A. L. Schaffer (Eds.), *The Junius B. Bird pre-columbian textile conference*, May 19th and 20th, 1973, (pp. 83-104). Washington, D.C.: The Textile Museum & Dumbarton Oaks.
- EISLEB, D. (1977). *Altperuanische Kulturen: Nazca II*. Veröffentlichungen des Museums für Völkerkunde Berlin, Neue Folge 34. Berlin: Staatliche Museen Preußischer Kulturbesitz.
- EITEL, B.; S. HECHT, B. MÄCHTLE, G. SCHUKRAFT, A. KADEREIT, G.A. WAGNER, B. KROMER, I. UNKEL & M. REINDEL (2005). Geoarchaeological evidence from desert loess in the Nazca-Palpa region, southern Peru: palaeoenvironmental changes and their impact on pre-Columbian cultures. *Archaeometry*, 47, (1), 137-158.
- GAYTON, A. H. & A. L. KROEBER (1927). *The Uhle pottery collections from Nazca*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 24 (1), 1-46.
- ISLA C., J. (2001). Wari en Palpa y Nasca: Perspectivas desde el punto de vista funerario. En Kaulicke P. & W. H. Isbell (Eds.), *Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias*, Segunda Parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, 5, 555-584.
- ISLA C., J. & M. REINDEL (2005). New studies on the settlements and geoglyphs in Palpa, Peru. *Andean Past*, 7, 57-92.
- ISLA C., J. & M. REINDEL (2006). Burial patterns and sociopolitical organization in Nasca 5 society. En: Isbell, W. H. & H. Silverman (Eds.), *Andean Archaeology III. North and South*, (pp. 374-400). New York: Springer.
- KAULICKE, P. (1997). *Contextos funerarios de Ancón. Esbozo de una síntesis analítica*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (1998a). Max Uhle y el Perú antiguo: una introducción. En: Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú antiguo* (pp. 25-44). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (1998b). Max Uhle y la arqueología de la costa sur. En: Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú antiguo* (pp.47-65). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KELLY, I. T. (1930). *Peruvian cumbrous bowls*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 24, (6), 325-341.
- KNOBLOCH, P. J. (2005). Monkey saw, monkey did: a stylization model for correlating Nasca and Wari chronology. *Andean Past*, 7, 111-134.
- KROEBER, A. L. (1956). *Toward definition of the Nasca style*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 43, 327-432.
- KROEBER, A. L. & D. COLLIER (1998). *The archaeology and pottery of Nazca, Perú: Alfred Kroeber's 1926 Expedition*. Carmichael, P. (Ed.). Walnut Creek: Altamira.
- KROEBER, A. L. & R. H. LOWIE (Eds.) (1965). *University of California Publications in American Archaeology and Ethnology*, 21 (1924-1927), University of California Press. New York: Kraus Reprint Corporation.
- KROEBER, A. L. & W. D. STRONG (1924a). *The Uhle collections from Chincha*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 21, (1), 1-54.
- KROEBER, A. L. & W. D. STRONG (1924b). *The Uhle pottery collections from Ica*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 21, (3), 95-133.
- LYON, P. J. (1966). Innovation through archaism. *Nawpa Pacha*, 4, 31-62.
- MÄCHTLE, B., B. EITEL, A. KADEREIT & I. UNKEL (2006). Holocene environmental changes in the northern Atacama desert, southern Peru (14°30' S) and their impact on the rise and fall of Pre-Columbian cultures. *Zeitschrift für Geomorphologie, Neue Folge*, 142, 47-62.
- MASSEY, S. A. (1986). *Sociopolitical change in the upper Ica Valley, B.C. 400 to 400 A.D.: regional states on the south coast of Peru*. Tesis doctoral, University of California, Los Angeles. Ann Arbor: University Microfilms.
- MENZEL, D. (1957). The disjunctive Nasca styles. Manuscrito no publicado.
- MENZEL, D. (1964). Style and time in the Middle Horizon. *Nawpa Pacha*, 2, 1-106.
- MENZEL, D. (1971). Estudios arqueológicos en los valles de Ica, Pisco, Chincha y Cañete. *Arqueología y Sociedad*, 6, 1-161.
- MENZEL, D. (1976). *Pottery style and society in ancient Peru. Art as a mirror of history in the Ica valley, 1350-1570*. Berkeley: University of California Press.
- MENZEL, D. (1977). *The archaeology of ancient Peru and the work of Max Uhle*. R. H. Lowie Museum of Anthropology, University of California, Berkeley.
- MENZEL, D., ROWE, J. H. & L. E. DAWSON (1964). *The Paracas pottery of Ica. A study in style and time*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 50.
- OREFICI, G. (1992). *Nasca. Archeologia per una ricostruzione storica*. Milano: Jaca Book.
- OREFICI, G. & A. DRUSINI (2003). Nasca. Hipótesis y evidencias de su desarrollo cultural. *Documentos e investigaciones*, 2, Centro Italiano Studi e Ricerche Archeologiche Precolombiane.
- PROULX, D. (1968). *Local differences and time differences in Nazca pottery*. University of California Publications in Anthropology, 5.
- PROULX, D. (1970). *Nasca gravelots in the Uhle collection from the Ica Valley, Perú*. Research Reports, 5, University of Massachusetts, Amherst.
- PROULX, D. (1998). Patrones de asentamiento y sociedad en la costa sur del Perú. Reporte final de una prospección de la parte baja del Río Nasca y el Río Grande, 1998. Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- PROULX, D. (2006). *A sourcebook of Nasca ceramic iconography. Reading a culture through its art*. Iowa City: University of Iowa Press.

- REINDEL, M. (2004). Landschafts- und Siedlungsgeschichte im Gebiet der Nasca-Kultur/Peru. *Geographische Rundschau*, 56, 22-29.
- REINDEL, M. & J. ISLA C. (2000). *Proyecto Arqueológico Nasca-Palpa: Informe final de la temporada 1999*. Informe entregado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- REINDEL, M. & J. ISLA C. (2001). Los Molinos und La Muña. Zwei Siedlungszentren der Nasca-Kultur in Palpa, Südperu. - Los Molinos y La Muña. Dos centros administrativos de la cultura Nasca en Palpa, costa sur del Perú. *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 21, 241-319.
- REINDEL, M., J. ISLA C. & K. KOSCHMIEDER (1999). Vorspanische Siedlungen und Bodenzeichnungen in Palpa, Süd-Peru. *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 19, 313-381.
- REINDEL, M., J. ISLA C. & J. C. DE LA TORRE (2005). Proyecto Arqueológico Nasca-Palpa: Informe Final de la Temporada 2004. Informe entregado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- ROARK, R. P. (1965). From Monumental to Proliferous in Nasca pottery. *Nawpa Pacha*, 3, 1-92.
- ROOT, W. C. (1949). The metallurgy of the southern coast of Peru. *American Antiquity*, 15, 10-37.
- ROWE, A. P. (1979). Seriation of Ica-style garment type. En: Rowe, A. P.; E. P. Benson & A. L. Schaffer (Eds.), *The Junius B. Bird pre-columbian textile conference*, May 19th and 20th, 1973, (pp. 185-218), Washington D.C.: The Textile Museum & Dumbarton Oaks.
- ROWE, J. H. (1954). *Max Uhle, 1856-1944. A memoir of the father of Peruvian archaeology*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 46, (1).
- ROWE, J. H. (1956). Archaeological explorations in southern Peru, 1954-1955. Preliminary report of the fourth University of California Archaeological Expedition to Peru. *American Antiquity*, 22, (2), 135-150.
- ROWE, J. H. (1960). Nuevos datos relativos a la cronología del estilo Nasca. En: Matos Mendieta, R. (Ed.), *Antiguo Perú: Espacio y Tiempo*, (pp. 29-45). Lima.
- ROWE, J. H. (1961). Stratigraphy and seriation. *American Antiquity*, 26, 324-330.
- ROWE, J. H. (1962). Stages and periods in archaeological interpretation. *Southwestern Journal of Anthropology*, 18, (1), 40-54.
- ROWE, J. H. (1967). An interpretation of radiocarbon measurements on archaeological samples from Peru. En: Rowe, J. H. & D. Menzel (Eds.), *Peruvian archaeology. Selected readings*, (pp. 16-30). Palo Alto: Peek Publications.
- SCHMIDT, M. (1908). Über altperuanische Ornamentik. *Archiv für Anthropologie, Neue Folge*, 7, (23), 32-36.
- SCHREIBER, K. J. & J. LANCHO R. (1995). The puquios of Nasca. *Latin American Antiquity*, 6, (3), 229-254.
- SCHREIBER, K. J. & J. LANCHO R. (2003). *Irrigation and society in the Peruvian desert. The puquios of Nasca*. Lanham: Lexington Books.
- SILVERMAN, H. (1977). Estilo y estado: el problema de la cultura Nasca. *Informaciones Arqueológicas*, 1, 49-78.
- SILVERMAN, H. (1993). *Cahuachi in the ancient Nasca world*. Iowa City: University of Iowa Press.
- SILVERMAN, H. (1996). The Formative Period on the south coast of Peru: a critical review. *Journal of World Prehistory*, 10, (2), 95-146.
- SILVERMAN, H. (2002). *Ancient Nasca settlement and society*. Iowa City: University of Iowa Press.
- SILVERMAN, H. & D. PROULX (2002). *The Nasca*. Blackwell: Malden/Oxford.
- STRONG, W. D. (1957). *Paracas, Nazca and Tiahuanacoid cultural relationships in south coastal Peru*. Memoirs of the Society for American Archaeology, 13.
- TELLO, J. C. (1943). Discovery of Chavin culture in Peru. *American Antiquity*, 9, (1), 135-160.
- TELLO, J. C. (1959). *Paracas. Primera Parte*. Lima.
- TELLO, J. C. & T. MEJÍA XESSPE (1967). Historia de los Museos Nacionales del Perú, 1822-1946. *Arqueológicas*, 10.
- TELLO, J. C. & T. MEJÍA XESSPE (1979). *Paracas. Segunda Parte. Cavernas y Necrópolis*. Archivo Julio C. Tello, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- UHLE, M. (1902). Types of culture in Peru. *American Anthropologist*, n. s., 4 (4), 753-759.
- UHLE, M. (1998a). Las ruinas de Moche. En: Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú antiguo*, 205-227, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. [Traducción de: Die Ruinen von Moche. *Journal de la Société des Américanistes*, n.s., X, (1), 95-117. Paris 1913.]
- UHLE, M. (1998b). Acerca de la cronología de las antiguas culturas de Ica. En: Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú antiguo*, 255-281, Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú. [Traducción de: Zur Chronologie der alten Culturen von Ica, *Journal de la Société des Américanistes*, n.s., X, (2), 341-367, Paris 1913.]
- UNKEL, I. (2006). AMS- ¹⁴C-Analysen zur Rekonstruktion der Landschafts- und Kulturgeschichte in der Region Palpa (S-Peru). Tesis de doctorado. Ruprecht-Karls-Universität, Heidelberg.
- UNKEL, I., B. KROMER, M. REINDEL, L. WACKER & G. A. WAGNER (2007). A chronology of the pre-Columbian Paracas and Nasca cultures in South Peru based on AMS ¹⁴C dating. *Radiocarbon*, 49, 551-564.
- VAUGHN, K. J. (2000). Archaeological investigations at Marcaya: a village approach to Nasca sociopolitical and economic organization. Tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of California, Santa Barbara.
- VAUGHN, K. J., C.A. CONLEE, H. NEFF & K. SCHREIBER (2006). Ceramic production in ancient Nasca: provenance analysis of pottery from the Early Nasca and Tiza cultures through INAA. *Journal of Archaeological Science*, 33, 681-689.
- WEGNER, S. (1975). An analysis of vessel shapes and shape changes in phases 6 through 9 of the Nasca sequence. Ms.
- WEGNER, S. (1976). A stylistic seriation of Nasca 6 painted pottery designs. Ms.
- WOLFE, E. F. (1981). The Spotted Cat and the Horrible Bird. Stylistic change in Nasca 1-5 ceramic decoration. *Nawpa Pacha*, 19, 1-62.
- ZIÓLKOWSKI, M. S., M. F. PAZDUR, A. KRZANOWSKI & A. MICHCZYŃSKI (Eds.) (1994). *Andes: radiocarbon database for Bolivia, Ecuador and Peru*. Warsaw/Gliwice.

TELAS PINTADAS DE CHIMU CAPAC, VALLE DE SUPE, PERÚ

Amy Oakland¹

INTRODUCCIÓN

En octubre de 1905, Max Uhle escribió a su patrocinadora Phoebe Hearst contándole que sus excavaciones en Chimú Capac, en el valle Supe, habían sido importantes por tres razones: la antigüedad de las colecciones, el hecho de que los estilos de «Trujillo», en el norte, y de «Pachacamac», en el sur, habían sido descubiertos al mismo tiempo, y la excelente preservación de la madera y los tejidos. Uhle puso particular atención en la variedad de tejidos pintados descubiertos en las tumbas de Chimú Capac y declaró que aquel era el único sitio del Perú en que se podían encontrar tales tejidos. Hay varias razones por las que las colecciones de Supe de Uhle se mantienen prácticamente inéditas, pero tal vez la más importante es que, hasta hace muy poco, los centenares de cerámicas, objetos de madera y tejidos pintados y de telar, parecían no tener una procedencia concreta. Las notas de campo de Uhle no acompañaron a las colecciones Supe cuando estas fueron enviadas a la Universidad de California, Berkeley, en 1905. Pero estas notas, actualmente en Berlín, ilustran las excavaciones de Chimú Capac y enumeran gran parte de la colección, distribuida en más de treinta tumbas. Este artículo se ocupa de las excavaciones de Uhle en Chimú Capac en 1904, y pone especial atención en los elaborados tejidos pintados. Se hará una comparación con material relacionado descubierto por Uhle en Pachacamac y en el Sitio A de la Pirámide del Sol, en el valle de Moche. Las mismas imágenes que fueron pintadas en los tejidos fueron también moldeadas y pintadas en las cerámicas y tejidas en telar, y aparentemente, ilustran un periodo de amplia interacción de los principios del Período Intermedio Tardío.

En noviembre y diciembre de 1904, en medio de un caluroso verano en la costa del Perú, Max Uhle excavó un grupo de elaboradas tumbas en las terrazas de las ruinas de Chimú Capac, en el valle de Supe. Uhle envió la colección que había preparado en Chimú Capac a su patrocinadora, la Sra. Phoebe Apperson Hearst, de la Universidad de California, en Berkeley. Las excavaciones

de Uhle en el valle de Supe desde 1903 a 1905, fueron parte de su segunda expedición para la Universidad de California. Las colecciones incluyen material relacionado con la cultura Chavín, que Uhle descubrió en conchales cerca de la costa (Rowe, 1998, pp.15-17), y los artefactos de Chimú Capac, que fueron descubiertos en terrazas con muros de roca construidas contra la base occidental de «lomas aisladas», cerca de la hacienda de azúcar San Nicolás, a aproximadamente dos millas del Océano Pacífico (Uhle, s.f. [1904], p.1; Kroeber, 1925, p. 257). En el siglo pasado existían dos documentos manuscritos para ser estudiados junto a la colección de Supe en Berkeley: un relato titulado «Informe de mis exploraciones en el valle de Supe» (s.f. [1904a]) y un catálogo de artefactos (s.f. [1904b]), ambos escritos en inglés. Uhle no incluyó sus notas de campo con las colecciones, y solo ahora los artefactos de Chimú Capac están unidos a las notas de campo de Uhle, escritas en alemán (Uhle, s.f. [1904c]).

INFORME Y CATÁLOGO DE SUPE

Alfred Kroeber (1925, pp. 257-263) publicó una versión del informe de Supe de Uhle como apéndice de su estudio sobre las cerámicas de la colección de Supe. Sin embargo, el «Informe de Exploraciones en Supe» de Kroeber ignora la información personal que claramente identifica al informe como una carta escrita para la Sra. Hearst encargándose de lo que Uhle mismo habrá considerado de interés para ella. Kroeber omite la primera oración de Uhle: «Tal como esperaba y como expresé en mi última carta, la visita al valle de Supe fue un gran éxito» (Uhle s.f. [1904], p. 1), y quita la última oración de la sección del informe que trata particularmente sobre telas pintadas: «Además, estas telas son altamente decorativas para las paredes de los cuartos de un museo y, sin dudas, serían una atracción poco común para los visitantes» (Uhle s.f. [1904], p.10). En Chimú Capac, Uhle recolectó más de 150 telas pintadas (figura 1), tres tabletas ovaladas pintadas y montadas sobre un palo curvado (figura 2), y numerosas bolsas

¹ California State University, Eastbay, Art Department, EE.UU.

pintadas llenas de hojas (figura 3). A pesar de que en su informe Uhle declaró que no había en Perú ningún otro sitio con telas pintadas como las que excavó en Chimu Capac (Uhle s.f. [1904], p. 8; Kroeber, 1925, p. 259); en 1886, en Pachacamac, él había excavado y subsecuentemente publicado (Uhle, 1903, p. 23, plate 1, a-c) una tela pintada muy grande relacionada con el estilo Horizonte Medio².

Kroeber (1925, p. 236) mencionó que el catálogo de Supe de Uhle era significativamente diferente a otros catálogos presentados por Uhle en sus anteriores excavaciones peruanas ya que no tenía divisiones entre tumbas y contenía menos detalles. John Rowe (1954, p. 10) identifica el mismo problema: «Las notas que presentó en el trabajo de Supe son notablemente menos claras y detalladas que aquellas de colecciones anteriores», y sugiere que el «serio accidente» sufrido por Uhle, una caída de cabeza en una fosa de excavación en Hualal Viejo, en el valle de Chancay, donde Uhle estaba trabajando antes de ir a Supe, pudo haber afectado directamente su trabajo. Por la razón que sea, la calidad de los informes de Uhle muestra una marcada caída luego del trabajo en Chancay. Se vuelven menos frecuentes, menos específicos, y más volcados a la interpretación que a la descripción. Rowe (p. 11) también menciona que, durante el trabajo en Chimu Capac, Uhle recibió una carta informándole que su patrocinadora, Phoebe Hearst, estaba limitando el patrocinio de sus excavaciones. Es tentador imaginar que la llegada de esta carta haya provocado que Uhle cambiara la dirección de las excavaciones en Supe hacia la colección de objetos para la Sra. Hearst y hacia la formulación de sus ideas respecto al desarrollo cultural de la arqueología peruana.

El informe de Supe de Uhle está realmente avocado a la interpretación, de la cual casi una cuarta parte está omitida en el «Informe» de Kroeber (1925, p. 260). En esta sección omitida, Uhle (s.f. [1904a], p. 11) explica específicamente que fue gracias a sus excavaciones en Chimu Capac que fue capaz de entender de manera más integral la cronología peruana:

Las ruinas de Chimu Capac, aproximadamente a mitad de camino entre Pachacamac y Trujillo, son ahora memorables porque en sus tumbas se unen estas dos antiguas civilizaciones, la del norte y la del sur. Cuanto más estudio las antigüedades del Perú, más numerosas se vuelven las confirmaciones del sistema general de cronología y genealogía que he diseñado, aparte de las extensiones y desarrollos que recibe continuamente cada vez que vuelvo atrás y encuentro otras civilizaciones desconocidas hasta ahora.

También es cierto que el informe de Uhle contiene muy pocas referencias respecto a los detalles específicos de excavación, o a asociaciones con tumbas. De una manera muy general, Uhle afirma que excavó cámaras mortuorias de rocas alineadas que contenían una o dos momias, o que las momias estaban ubicadas cerca de muros de piedra o directamente en la tierra y rodeadas de «todos sus utensilios» (Uhle s.f. [1904a], pp. 6-7; 1925, p. 259). Su catálogo manuscrito incluye una lista de artefactos que aparecen inicialmente asociadas a tumbas, pero rápidamente (luego de la tumba 4), deja de asociar la lista a las tumbas y continúa solo enumerando artefactos. Kroeber (1925, p. 236) estaba especialmente preocupado con el catálogo manuscrito de Uhle, al cual correctamente llama «inventario de campo» y «catálogo de campo». En todo el catálogo, Uhle designa solo siete «momias» o «tumbas»³. El catálogo se titula «Comienzo de las excavaciones en San Nicolás, cerca de Supe», y directamente debajo, comienza a enumerar objetos con «7054 Vasija con diseño en relieve» (Kroeber, 1925, plate, 78). La enumeración y el texto descriptivo continúan con paréntesis sobre el lado derecho que indican los primeros dos lotes de tumba 7054-7061 «de una momia», y 7062-7067b «de una segunda momia». La segunda página del catálogo comienza «San Nicolás, continuación: desde una cámara mortuoria» y enumera objetos, desde «7068 Botella negra con relieve» hasta «7102 Pequeño plato de plata», aparentemente, desde la Tumba 3. La Tumba 4 se indica seguidamente por la frase «Otra tumba» y consiste en dos objetos: «7103 Pequeña figura de arcilla» y «7104 Vasija con rostro». Luego de esto, Uhle escribe «otra tumba», pero luego tacha y cambia el texto en inglés (cambiándolo de «another grave» a «other graves»), haciendo que quede finalmente «otras tumbas»; y en este punto, comienza con una lista de corrido sin indicar tumbas en absoluto. La lista continúa hasta el 7312a, donde, de pronto, se detiene dejando casi toda la página en blanco. De 7105 a 7312a, las listas de cerámicas, maderas, tejidos, conchas, y objetos de caña y de hueso parecen representar tumbas, pero es imposible separarlas en el catálogo. Sin dudas, el aspecto más inusual del catálogo de Berkeley es este espacio vacío y el cambio abrupto con el que pasa de enumerar una variedad de artefactos a enumerar materiales que han sido clasificados de acuerdo al tipo. El catálogo comienza nuevamente en la página siguiente con «7313 Botella grande con relieves en forma de aros en el cuello», y Uhle enumera primero las cerámicas, luego las telas pintadas, luego, los tejidos de telar y finalmente, más cerámicas. Un paréntesis, al costado de «7455 Tela pintada, fragmentada», «7456a Fragmentos de tela pintada» y «7457

² La tela pintada, de la que se reconstruyó una superficie de 20 pies de largo por 4 pies de ancho, fue descubierta doblada y plegada en la parte de atrás de la mortaja de una momia que fue hallada debajo del templo en la sección más antigua del cementerio de Pachacamac (Uhle, 1903, p. 23).

³ Kroeber (1925, p. 236) identifica seis tumbas del catálogo de Uhle que pertenecen a las excavaciones de Chimu Capac, San Nicolás. El catálogo de Uhle, sin embargo, identificó siete.

Tela pintada, burda», indica «todos de la misma momia», lo que indicaría la presencia de otra tumba. De hecho, estos tres números del catálogo son asociados en las colecciones con 20 telas pintadas. Esta tumba era una de las del grupo original de «siete tumbas y momias» que Kroeber (1925, p. 238) enumeró su lote número 5. Como la publicación de Kroeber se ocupaba solo de la colección de cerámicas de Supe, no ilustró las tumbas designadas como 4 y 5 ya que éstas «solo contenían una vasija de cerámica» (Kroeber, 1925, p. 238). Uhle continúa enumerando objetos, pero a la altura del 7525, escribe «Copa de Vinto, cerca de Supe» y «7526 Copa de Vinto», y aquí el catálogo se convierte en una lista, principalmente de materiales de San Nicolás, pero con objetos provenientes de una variedad de locaciones intercaladas⁴. En el catálogo, Uhle distinguió dos tumbas adicionales: «7626 a 7646 todo perteneciente al mismo entierro», y «7658ab a 7667 todo de una misma tumba». Es inexplicable que Kroeber haya omitido la tumba 7626-7646, ya que Uhle nombró específicamente a esta tumba como «todo del mismo entierro» directamente debajo de la lista de artefactos de la tumba en su catálogo manuscrito. El último dato del catálogo de Supe dice «Fin de los descubrimientos en Chimu Capac, San Nicolás».

Tanto en el informe como en el catálogo, Uhle usaba diferentes nombres para referirse al sitio, probablemente porque no le gustaba la designación Chimu Capac: «La vida había abandonado a estas ruinas hacía mucho tiempo cuando los Chimú organizaron su imperio en el norte, y hacía más tiempo aún cuando finalmente entraron a estos valles como conquistadores» (Uhle, s.f. [1904a], p. 6). A menudo, al escribir el nombre en su informe, lo ponía entre comillas. Decía que el sitio tal vez había sido conocido originalmente como «Supe», nombre que designaba al pueblo local y al valle, pero no podía usar este nombre ya que él también estaba excavando otros sitios en el mismo valle (Kroeber, 1925, pp. 258-259). En su informe manuscrito, Uhle primero se refiere al sitio como «la vieja ciudad»: «Muchas de estas colinas fueron fortificadas en tiempos pasados, y una vieja ciudad se extendía al pie occidental de las colinas, frente al mar» (Uhle, s.f. [1904a], p. 1) y «la edad visible de las ruinas de la vieja ciudad comienza con el momento de la entrada de la civilización de Tiahuanaco en el valle, ...» (Uhle, s.f. [1904a], p. 3). Uhle prefería usar el nombre de la hacienda local de azúcar «San Nicolás» o «vieja ciudad de San Nicolás» para designar el sitio en que se encontraban las ruinas de Chimu Capac. El arqueólogo alemán comenzó su catálogo con los siguientes términos: «Comienzo de las excavaciones en San Nicolás, cerca de Supe», y lo concluyó con las siguientes palabras: «Fin de los descubrimientos en Chimu Capac, San Nicolás». La interpretación de Kroeber

(1925, p. 240) del catálogo de Supe de Uhle es que «San Nicolás y Chimu Capac son el mismo sitio, y se debe suponer que las piezas no localizadas son tomadas de allí». Sin embargo, Kroeber separó las cerámicas de Chimu Capac en tres unidades, basándose en los datos del catálogo: (A) San Nicolás, (B) incierto, pero posiblemente San Nicolás y (C) Chimu Capac, San Nicolás. En el contexto del informe y el catálogo de Uhle, y ahora teniendo en especial consideración el cuaderno de notas de campo de Uhle, los términos «San Nicolás» y «la vieja ciudad» se referían al mismo «Chimu Capac», la ruina arqueológica. Uhle utilizó estos nombres para designar el mismo lugar y la separación de Kroeber era aparentemente innecesaria.

PUBLICACIONES ANTERIORES

A través de los años, la colección de Supe ha sido estudiada de varias maneras. Además de las cerámicas, los artefactos recuperados de Chimu Capac incluyen un grupo inusualmente grande y bien preservado de maderas, cueros, cestería y, especialmente, telas pintadas y confeccionadas en telar. La parte de los tejidos de la colección de Supe de Chimu Capac se mantiene prácticamente inédita a pesar de que Uhle (s.f. [1904a], p. 8; Kroeber, 1925, pp. 259-260) comentó sobre la inusual buena preservación textil en el sitio y la singularidad de las telas pintadas de Supe: «Pero hay un tipo especial de telas que merecen aún mayor atención. Son grandes telas de algodón comunes y todas pintadas con diseños mitológicos y talismánicos. La colección contiene un número especialmente grande de ellas, lo que es muy importante, ya que estas ruinas parecen ser la única locación en la cual pueden ser obtenidas». De hecho, las telas pintadas de Chimu Capac representan al grupo más grande de su tipo jamás excavadas. En Chimu Capac, Uhle halló telas pintadas cubriendo la cabeza de la mortaja funeraria; otras, ubicadas debajo de la mortaja como si esta última estuviera apoyada sobre la tela, con una o más telas como envoltorio externo; o, en algunos casos, con varias telas ubicadas cerca de la mortaja. Él afirmó:

«Junto a algunas momias se encontró una gran cantidad de estas telas. En otras, no había ninguna. Una de las momias estaba apoyada sobre una gran tela de este tipo mientras otras dos telas muy grandes estaban sobre ella, cubriéndola; y unas dieciséis telas más pequeñas, todas con diferentes signos, estaban dobladas y ordenadas como en un depósito, una encima de la otra, sobre la cabeza del fardo» (Uhle s.f. [1904a], p. 10; Kroeber, 1925, p. 260).

El análisis que realizó Ina VanStan (1955) de la estructura de los tejidos de algodón que fueron usados como «lienzos» para las imágenes pintadas de Supe sigue siendo el único informe publicado que trata,

⁴ Remitirse a Kroeber (1925, pp. 236-237) para ver números específicos asociados a sitios de Supe y fuera de Supe enumerados en el catálogo de Supe.

de manera exclusiva, sobre las telas de Chimu Capac. Las ilustraciones y referencias que han sido publicadas sobre las telas pintadas del Perú son muchas, pero, tal como notó VanStan (1955, note 25), solo unas pocas telas individuales aparecen fotografiadas repetidamente y, a su vez, unas pocas de estas están asociadas a alguna información sobre su procedencia. VanStan (1955, pp. 5, 45) notó que, a pesar de que había similitud entre la base del tejido de algodón usada en telas pintadas de gran tamaño y la usada en objetos más pequeños, muchos hiladores y tejedores diferentes estaban involucrados en la fabricación de las telas; y que los tejedores no eran necesariamente los pintores; de hecho, probablemente no lo fueran. El cuidadoso análisis de VanStan sobre los tejidos individuales de Chimu Capac nos habría brindado un recurso muy valioso; sin embargo, para su publicación, ella prefirió agruparlos por tipos y tabularlos por variedad, publicando solamente datos sobre 26 telas a las que acompañó con una ilustración que detallaba la estructura del tejido (1955, table 10; plate II). Incluyó características técnicas para los objetos de tela pintada (VanStan, 1955, table 12). VanStan (1955, p. 6) trató específicamente el tema de la simplicidad de la estructura del tejido plano usado como base para los diseños pintados y el estilo apresurado de las características técnicas. Pero ella consideró que las telas eran producto de una industria doméstica de Supe y sugirió que estos simples tejidos domésticos deberían «significar una buena muestra representativa de las telas usadas diariamente por la gente de Supe del Período Medio» (1955, pp. 46-47). Lo que ella no notó fue, tal vez, el aspecto más importante del estudio desde nuestro punto de vista hoy. A pesar de su simpleza, la variedad en la dirección del hilado y en las combinaciones del tejido es extraordinaria para un grupo de tejidos planos de un mismo sitio arqueológico. La tela de tejido plano que forma la base para los elaborados diseños pintados indica, al igual que la variedad de cerámicas y estilos textiles enterrados en el sitio, que había también una variedad de tradiciones de hilado y tejido claramente diferentes que se evidenciaba incluso en la más simple de las estructuras textiles. Un análisis de la estructura de la tela pintada de Supe sugiere que una variedad de hiladores y tejedores aportaron sus distintivas tradiciones de hilado y tejido, provenientes tanto de las regiones altas como de las regiones costeras. En términos generales, los tejidos arqueológicos de las regiones altas y de áreas de los Andes sur-centrales muestran la utilización de un huso que produce hilados sencillos en forma de Z en los que las fibras son retiradas de la

punta superior del huso. Los hiladores de la costa norte producían un hilado opuesto, en forma de S, retirando las fibras de un huso que va girando sobre la mano y es sostenido horizontalmente (Oakland Rodman, 1997, p. 18; Oakland Rodman & Fernández 2005, p. 119). Los tejidos planos de las tierras altas en general combinan un solo hilado que es primero en forma de Z, y luego con hebras en forma de S; pero los tejedores de la costa norte solían utilizar solo hilados sencillos en forma de S, sin convertirlos en hebras, y en cambio juntaban los hilos de a pares para darles fuerza a los tejidos. En Chimu Capac, no solo están representadas ambas tradiciones de hilado y tejido, sino que, además, en varios casos, ambas tradiciones están presentes en la misma tela. Los datos del tejido dan la razón a los análisis de Kroeber sobre las cerámicas y a las afirmaciones del mismo Uhle de que en Chimu Capac «se unen estas dos antiguas civilizaciones, la del norte y la del sur».

Dorothy Menzel (1977, pp. 29-37) estudió los artefactos de Chimu Capac junto con otras colecciones peruanas excavadas por Max Uhle. Menzel (1977, figuras 56-59; 75-77) ilustró cuatro telas pintadas de Chimu Capac (4-7834, 4-7221, 4-7282, 4-7138) y tres telas adicionales incluyendo una túnica-tapiz de estilo wari de las tierras altas (4-7771) y una túnica de hombre (4-7827) de estilo costero. Ella utilizó la designación de tumbas de Kroeber para clasificar los tejidos de Chimu Capac cronológicamente: «Una tela fragmentada del mismo estilo de aquellas del estrato más bajo de Pachacamac fue registrada por Uhle entre los contenidos de la tumba 5 de Chimu Capac, de la época 2B del Horizonte Medio» (Menzel, 1977, p. 36), pero no identifica de cuál de las veinte telas se trata, dentro de la tumba que está estudiando. Menzel continúa: «Otras telas del Horizonte Medio 4, Tumba 1, y del Horizonte Medio 3, Tumba 2, sirven como guías adicionales para entender los cambios estilísticos de las telas de Chimu Capac entre las épocas 2B y 4 del Horizonte Medio»⁵.

Rebeca Carrión Cachot de Girard (1959, figuras 113a, b; 115; 117-119a, b) ilustra telas pintadas de Chimu Capac pero no da crédito a las ilustraciones⁶. En el texto, ella afirma que el estilo de las telas pintadas está asociado con los valles de Pativilca, al sur de Ancón: «Se encuentran en el valle de Pativilca, de la Fortaleza o Paramonga, en Huaura, en Chimu Capac (valle de Supe) y en Ancón» (Carrión, 1959, p. 134).

LAS NOTAS DE CAMPO DE CHIMU CAPAC DE UHLE

Como las notas de campo originales de Uhle nunca estuvieron disponibles para ser estudiadas junto con las

⁵ Tal vez la primera ilustración de las telas pintadas de Chimu Capac es de Marie Robinson Wright (1908, p. 31), quien ilustra dos telas pintadas de Chimu Capac (4-7221 y 4-7276) sin acompañarlas de texto ni identificación. Schmidt (1929, p. 507) ilustró una tela pintada de Pachacamac recolectada por Baessler y otra recolectada por Gretzer (Schmidt, 1929, p. 508). Otra, de un estilo más cercano a las telas pintadas de Chimu Capac, es ilustrada por Schmidt (1929, p. 511), de Huacho, también recolectada por Gretzer.

⁶ Las telas pintadas de Chimu Capac e ilustradas por Carrión corresponden a los siguientes números del catálogo de Supe: figura 113a: 4-7443; 113b: 4-7221; figura 115: 4-7282; figura 117a: 4-7449; figura 117b: 4-7165; figura 118a: 4-7225; figura 118b: 4-7224; figura 119a: 4-7276; figura 119b: 4-7281. Las telas que Carrión ilustró en la figura 113a-c, figura 116, y en el frontispicio que es atribuido a Supe, si bien son muy parecidas, no pertenecen a las colecciones de Chimu Capac de Berkeley.

colecciones, las importantes telas pintadas de Supe no recibieron la atención que merecían. Con las notas de campo, se pueden estudiar 29 tumbas; pero es necesario examinar de manera conjunta el catálogo de Supe de Berkeley, el informe de Supe de Berkeley y las notas de campo de Supe de Berlín, ya que ninguno de ellos provee la misma información. En las notas de campo hay una cantidad mucho mayor de tumbas registradas pero, extrañamente, el catálogo identifica específicamente la primera y la última tumba mientras las notas de campo no lo hacen. El informe de Uhle afirma que los artefactos fueron excavados en las terrazas de los principales edificios de la ciudad vieja. Describe a la ciudad vieja como un grupo de recintos rectangulares con muros rectos y gruesos ubicados al lado de colinas solitarias que miran hacia el océano: «El recinto cuadrado ubicado inmediatamente sobre el pie occidental de las colinas era el más importante, tanto por su extensión como por la naturaleza de los edificios encontrados en él. Hay varias plataformas cuadradas de diferentes niveles alrededor de otras más elevadas, que encierran un profundo patio cuadrado por tres lados» (Uhle, s.f. [1904a] p. 1-2; Kroeber, 1925, p. 257; Menzel, 1977, p. 29). Las notas de campo de Uhle brindan un dibujo del sitio en forma de diagrama.

Tanto el informe como las notas de campo de Uhle dejan en claro que él estaba interesado en entender la estratigrafía de las fases de la construcción de la vieja ciudad de Chimú Capac, pero decidió no dedicarse a las excavaciones en los muros a causa del calor: «los obreros no podían soportar el calor si no veían resultados inmediatos de las excavaciones» (Uhle s.f. [1904a], p. 3), por lo que comenzó inmediatamente con el trabajo en las plataformas en las que era premiado con los elaborados artefactos de los entierros.

LOTES FUNERARIOS EN LAS NOTAS DE CAMPO DE BERLÍN Y EN EL CATÁLOGO DE BERKELEY

Las notas de campo de Berlín de Uhle comienzan el 5 de noviembre de 1904 en «San Nicolás» con los primeros hallazgos registrados, a los que solo se refiere como «restos 7055-7067». Sin embargo, en el catálogo de Berkeley hay paréntesis al lado de las entradas que identifican dos diferentes lotes funerarios: 7054-7061, Tumba 1, «de una momia»; y 7062-7067b, Tumba 2, «de una segunda momia». Estos entierros fueron excavados en la terraza II junto con otras tumbas disturbadas bajo muros de piedra. La Tumba 1 incluye bolsas de tela doble incompleta llenas de hojas y bolsas colgantes estampadas con tramas flotantes suplementarias 7060 (figura 4). Cerámicas de ambas tumbas fueron ilustradas por Kroeber (1925, plate 78) con una variedad de estilos, incluyendo el moldeado a presión (figura 5).

Kroeber (1925, plate 76o) ilustra la cabeza de llama de la parte de arriba de una botella que Uhle cataloga en la Tumba 1 como «7061 Cabeza de un animal en el cuello de una vasija». La calabaza tallada 7067b de la Tumba 2 está ilustrada por Menzel (1977) (figura 6).

Uhle y sus obreros continuaron en esta área y descubrieron varias tumbas amuralladas rectangulares y cuadradas, formadas con roca cuidadosamente extraída y de unos dos metros de profundidad cada una. El catálogo y las notas de campo concuerdan con los artefactos enumerados 7068-7102 de la siguiente Tumba 3 «desde una cámara mortuoria» en ambos registros. Una capa de cenizas cubría el piso de la tumba del que Uhle recuperó tableros de madera pintados (figura 7), bastones y una serpiente de madera similar a una mencionada en hallazgos posteriores en Chimú Capac e ilustrada por Menzel (1977, figura 69A)⁷. Kroeber (1925, plate 78) ilustra la cerámica negra moldeada a presión con diseños de relieve elaborado de la tumba 3 (figura 8).

Uhle dibujó luego en su cuaderno de notas el esbozo de una cámara amurallada, puso número a un cráneo, y tentativamente afirmó que allí había sido enterrada «una niña», pero no dio pistas sobre cómo pudo distinguir el sexo de la persona enterrada ni mencionó artefactos de esta tumba. Al día siguiente, 6 de noviembre, Uhle recolectó solo dos artefactos: «7103 Pequeña figura de arcilla» y «7104 Vasija con rostro» de una tumba poco profunda en la terraza III. En la Tumba 4 encontró una momia preservada y cubierta en una mortaja de telas, o «envuelta en telas comunes», según él mismo explicó, aunque no proporcionó ningún ejemplo de esta tela. Desde el principio, Uhle y sus dos o tres obreros abrieron tumbas y descubrieron restos físicos humanos envueltos como momias en mortajas de diferentes formas. Algunas de estas mortajas incluían bolsas rellenas y máscaras funerarias y muchas estaban rodeadas de artículos funerarios, pero parece que ellos solo recolectaron y registraron los objetos decorados. Es cierto que Uhle envió «paquetes de momias» completos, y el estudio de éstos será de gran beneficio para la comprensión de la colección original de Chimú Capac.

Uhle incluyó uno de estos «paquetes de momia» en su colección proveniente de la siguiente sepultura, la Tumba 5, 7105-7117, catalogada en el cuaderno de notas del 8 de noviembre y simplemente mencionada bajo el tema «otras tumbas», en el catálogo de Berkeley. El entierro, una profunda depresión circular cavada en arcilla dura, contenía una bien conservada mortaja funeraria cubierta con tela de algodón. La sepultura fue dejada abierta y sin excavar durante el fin de semana. Una tela pintada 4-7106 (figura 10) había sido colocada en la parte externa de la mortaja y unida a una caja, pero Uhle afirma que fue rasgada por «unos niños de la

⁷ Uhle no estudia nuevamente este tipo particular de tumba, pero el evento del incendio al fondo de una tumba es similar al descubierto en El Brujo, valle Chicama, del mismo periodo (Oakland Rodman & López, 2005, pp. 121-125); y Kaulicke (1997, p. 45, nota 87) analiza un evidencias de quema en una tumba de Ancón.

hacienda», que sacaron la caja el día domingo cuando no había nadie presente en las excavaciones. La descripción de Uhle de la momia (4-7109) hace recordar a mortajas de elaboración similar de Ancón, donde un entierro secundario había sido de importancia central (Kaulicke, 1997, pp. 37-38). Aquí, en Supe, Uhle halló el paquete interior de una momia cubierto con una piel, probablemente de llama, con el pelo hacia adentro y el cuero hacia afuera, y toda atada con cuerdas. Este paquete interior estaba cubierto de hojas y luego envuelto con telas comunes de algodón para formar la superficie exterior.

La tumba que Uhle halló en Chimú Capac, designada aquí como Tumba 5, incluía una cabeza postiza de madera 4-7116 (figura 9) aunque no menciona si esta estaba originalmente en el extremo de la mortaja de la momia o si estaba simplemente descubierta en el suelo de la tumba. Otros artefactos recolectados en la tumba incluían una cesta de trabajo con fusayolas y carretes, varias cajas de madera pintadas y una escultura tallada de un mono 4-7117 (figura 10). Uhle creía que la tumba era más antigua que las estudiadas anteriormente; sin embargo, las cerámicas rojas moldeadas a presión y la madera pintada son muy similares a las de las tumbas 1-3 descritas arriba.

El 8 de noviembre las excavaciones se aceleraron ya que Uhle y sus obreros apuntaron sus investigaciones hacia tumbas ya saqueadas de las terrazas noroccidentales, donde tal vez, por medio del hallazgo de artefactos descartados en los robos, pudiera identificar tales tumbas como «antiguas» y «de elite». En el proceso de cavar áreas profundas y supuestamente antiguas, Uhle descubrió que estaba cavando sobre otras tumbas más recientes que habían sido ubicadas encima de las más antiguas. En los niveles superiores se encontraban enterrados principalmente niños, acompañados de cerámicas simples. Uhle dibuja un plato de cerámica y le da el número 7121, Tumba 7, antes de enumerar el contenido del sepulcro de un segundo niño que contenía dos cerámicas 4-7118 y 4-7120 y bastones de madera pintados 4-7119, Tumba 6. Muchas telas pintadas se encontraban descubiertas en esta sección noroccidental en las tumbas más profundas.

Uhle enumeró «1 tela pintada», en la siguiente Tumba 8, 7122-7132, pero en el museo se encuentran catalogados dos fragmentos: 4-7122a y 4-7122b. Esta tumba contenía una momia que Uhle aparentemente desarrolló, pero ninguna de las telas que la envolvían ni fragmentos de la tela que posiblemente formaba la mortaja están incluidas en las colecciones. Uhle recolectó tres tabletas de tela ovaladas pintadas (ver figura 2), bastones envueltos en hilo y cinco cerámicas. Un sepulcro aún más profundo, la Tumba 9, 7133-7147, excavado debajo de la tumba descrita arriba, y aparentemente disturbada por esta, contenía una cantidad excepcional de telas pintadas, con trece tejidos casi completos y al menos seis fragmentos (figuras 11-12). La decorada tela tramada (figura 13) que Uhle recolectó como «muestra» de esta «antigua momia», ahora localizada de manera segura en las excavaciones de Chimú

Capac, ayuda a determinar la procedencia de la gran cantidad de telas de la colección que él había enumerado más tarde en su catálogo pero sin asociarlas a lotes de tumbas específicos. Luego, Uhle describió más fragmentos de tela pintada y un tapiz rajado 7151ab (figura 14) que encontró en el suelo alrededor de la momia.

Al día siguiente, el 9 de noviembre, Uhle se mudó para trabajar cerca de las tumbas de piedra en la terraza occidental y nuevamente encontró sepulturas de niños en las capas superiores. Envío al museo dos cerámicas que contenían «maíz y yuca» provenientes de esta tumba, la n.º 10, 7154-7155. Las anotaciones en el cuaderno de notas no son del todo claras para las entradas de este día. Luego de dibujar una vasija de una de las tumbas de niños, salta hasta «la principal fosa de excavación» y enumera cerámicas (Kroeber, 1925, plate 75j), objetos de madera, una canasta y un fragmento de tela aparentemente de un entierro diferente: Tumba 11, 7156-7164. Luego Uhle enumera «7165-7167 Tres telas pintadas» (ilustradas en Oakland Rodman & Fernández, 2000, figuras 17-19) bajo la descripción «con la momia x de más abajo, que había sido destruida, a alrededor de 3 metros de profundidad», Tumba 12. Uhle agregó más objetos 7169-7175 a la tumba de la momia x, incluyendo un mono y una serpiente tallados, una espada zigzagueante y una varilla de lizo. La tumba contenía una cerámica simple, ennegrecida con fuego y con una imagen en relieve alrededor de los hombros. Para el 10 de noviembre ya habían pasado cinco días en las excavaciones y ya estaba claro que los entierros más profundos, y probablemente más antiguos, solían estar disturbados por adiciones posteriores. «La momia x, del entierro más profundo de la ladera» está disturbada, y Uhle localiza lo que él mismo llama material «Tiahuanaco» puro (Wari) en contextos disturbados cerca de la superficie; un fragmento de cerámica 7176 (figura 15) (Kroeber, 1925, plate 73b) y una botella pintada de estilo wari (Kroeber, 1925, plate 72d).

Uhle continuó sus excavaciones dirigiendo su mira al hallazgo de los entierros más antiguos. Enumera cerámicas en la tumba 13, 7178-7182 y advierte que es posible que las telas y objetos de madera enumerados a continuación no pertenezcan a la misma tumba, sino más bien a la tierra de relleno de los alrededores. Los siguientes objetos, 7187-89, también fueron hallados en tierra de relleno antes de que descubriera el entierro de la tumba 14, 7190-7193, que contenía cerámicas y madera. Una de las tumbas simples más grandes fue destapada el 10 de noviembre, la Tumba 15, 7194-7237, ubicada aún más profunda en la tierra. Uhle primero enumeró objetos de madera tallados, cerámicas, telas pintadas y bolsas rellenas alrededor de la «Momia a», una mortaja cubierta en tela y bien conservada descubierta en una tumba profunda. Continuó enumerando artefactos intercalados con dibujos en las notas de campo. Cuando retiró la tela de algodón externa para dejar a la vista el paquete interior, descubrió que esta mortaja estaba cubierta con piel de llama en lugar de una capa de hojas. Dentro del paquete interior, descubrió que



Figura 9. Cabeza de momia de madera de la Tumba 5, Chimú Capac, Museo de Antropología Phoebe Hearst Museum of Anthropology and the Regents of the University of California, Fotografía de Amy Oakland. Catálogo n.º 4-7116.



Figura 10. Escultura de mono de madera de la Tumba 5, Chimú Capac. Cortesía del Phoebe Hearst Museum of Anthropology and the Regents of the University of California. Fotografía de Amy Oakland. Catálogo n.º 4-7117.

los brazos y pies del individuo habían sido atados y que la tela que se encontraba más cerca del cuerpo estaba descompuesta. Recuperó, sin embargo, un pequeño fragmento de tapiz 7236 (figura 16) y ocho grandes telas pintadas (figuras 17-19) que, según especifica Uhle, fueron halladas envueltas formando un bulto al costado de la momia.

Continuando sus excavaciones en la tierra de la ladera, el 11 de noviembre, Uhle halló más tumbas y lotes parciales de sepulturas. Enumera dos cerámicas y tres «haces de varillas» en una «pequeña tumba», Tumba 16, 7238-7240a-c, y enumera cerámicas y calabazas que fueron descubiertas en la tierra de la ladera. En la misma área, Uhle encontró la Tumba 17, 7241-7247, con cinco cerámicas y una «bolsa de doble tela» sin ninguna momia. Uhle continúa en esta área enumerando tumbas poco profundas de niños con ofrendas de cerámicas, cestería y objetos de madera 7247-7254a-n, Tumba 18; y 7255-7257, Tumba 19. Dibuja un esquema de lo que parecen ser muros en la terraza baja occidental, y menciona otro entierro poco profundo de un niño: Tumba 20, con una botella pintada de doble pico 7258 (Menzel, 1977, figuras 49-50 para observar cerámicas similares de las colecciones de Chimú Capac). Uhle comienza la siguiente página de

su cuaderno de notas con el título: «Entierro de un niño en la ladera» y hace un dibujo de vista seccional de la tumba, una fosa cavada en la ladera de abajo. Es posible que los objetos enumerados aquí abajo sean una continuación de los objetos de la Tumba 20 que él comenzó a enumerar en la página anterior. El entierro del niño incluía una jarra con un rostro en el cuello y una figurina en miniatura similar a otras figurinas de cerámica excavadas en Chimú Capac e ilustradas por Kroeber (1825, plate 76a-c). Del siguiente sepulcro, tumba 21, 7268-7271, registra una lista de objetos que incluyen vasijas y un bastón de madera. Una lista igual de simple acompaña al siguiente sepulcro, Tumba 22, 7272-7276, con una flauta de hueso, una camiseta en miniatura y tela pintada bien preservada (figura 20) que, según afirma Uhle, pertenece a una «momia en pieles», refiriéndose probablemente a otra mortaja cubierta en pieles. De la tierra, y sin estar asociadas a ninguna momia, proporciona una lista de más telas pintadas y tejidos estampados.

Uhle comienza su registro del día 24 de noviembre con «Momia en el lado norte del muro» y menciona una «cabeza postiza de momia», tela pintada, bolsas pintadas, objetos de madera y cerámicas. Recolectó y envió a Berkeley la «momia (entera) con poncho de

colores variados» de la Tumba 23 (7280-7292), junto con las cerámicas y telas pintadas que estaban junto a ella. Uhle afirma que halló las telas pintadas debajo de la momia, cuyos envoltorios externos las deben de haber protegido del deterioro, ya que estas telas pintadas están entre las mejor preservadas de toda la colección (figuras 21-22). Una tela 4-7281 (figura 21) incluye un inusual color amarillo con negro sobre el fondo blanco de algodón, y otra, 4-7282 (figura 22), muestra la figura erguida central pintada en rojo y naranja. La siguiente tumba, Tumba 24, 7294-7302, incluía cerámicas del Horizonte Medio en buen estado (Kroeber, 1925, plate 73h) y una tela pintada excelentemente preservada 7302 (figura 23). Siguen dos entierros más, uno de un niño, Tumba 25, 7303-7303a, acompañada de una bolsa tejida de tela doble y una honda que, según declara Uhle, había sido atada alrededor de la momia; y «otra momia», Tumba 26, 7304-7312a, con cerámicas, madera, una bolsa pintada y tela pintada.

En este punto, tanto en las notas de campo de Berlín como en el catálogo de Berkeley, Uhle simplemente deja de registrar tumbas. Luego de una página llena con una lista de números y cálculos, Uhle dibuja una tumba con artefactos que, sin dudas, estaba preparando para analizar. El catálogo de Berkeley sufre el mismo cambio abrupto, dando cierto apoyo a la idea de que el catálogo manuscrito fue creado en el «campo» junto con el cuaderno de notas o en las noches siguientes a las excavaciones de cada día, usando el cuaderno de notas como guía. En el catálogo, la parte inferior de la hoja fue dejada sin terminar luego de la entrada 7312a. En las notas de campo, Uhle dibuja algo que probablemente sea una mortaja de momia bien preservada dentro de una tumba rectangular con muros de piedra, rodeada de catorce artefactos que son dibujados en sus lugares y numerados. El dibujo de abajo está acompañado de descripciones individuales: «1 Momia del Este con una cabeza postiza adjuntada, 2-4 olla, 5-6 platos, 7 olla grande, 8 vasija con forma de cabeza de gato, 9-10 vasija con forma de rostro acostado, 11 vasija con forma humana, 12 olla amarilla con volutas». Seguidamente, Uhle describe a la momia y a los objetos asociados:

1 tenía encima una corona de juncos, 2 una segunda corona de juncos trenzados sobre el hombro derecho, una corona de juncos trenzados descansando en el rincón izquierdo, vara en forma de lanza con escudo encima del hombro derecho apuntando desde el frente hacia atrás, también una espátula o vara en forma de pala. 13-14 implementos de madera con puntas en forma de paleta de ambos extremos a la izquierda de la momia.

Uhle nunca catalogó estos objetos y no se hace mención de esta sepultura en el catálogo de Berkeley. Por alguna razón — ¿la llegada de la carta?—, Uhle abandonó las excavaciones en Chimú Capac. Una línea punteada separa el dibujo de la tumba y la lista de contenidos de arriba de la única frase que dice que a las 9 a.m., Uhle registró la temperatura de «Tambo».

Si bien Uhle dejó de registrar tumbas en sus notas de campo, sus obreros continuaron excavando en Chimú Capac. El catálogo de Berkeley contiene una lista de centenares de artefactos adicionales del sitio. Luego de la entrada «7312 Pedazo de tela pintada» y debajo de «7312a una similar, más sencilla», la página queda en blanco, y cuando comienza a registrar nuevamente en la siguiente página del catálogo: «7313 Botella grande con aros en relieve en el cuello», la escritura aparece más prolija y más fuerte, como si hubiera sido hecha luego de un periodo de descanso, o al menos claramente diferente al texto anterior. El aspecto más notable es que ahora el catálogo enumera artefactos de acuerdo a atributos similares, con «botellas grandes» agrupadas en primer lugar, luego otras botellas, luego otras cerámicas, luego «ollas de cocina». Luego se enumeran objetos de madera siguiendo esta misma modalidad segregada con una lista de «cabezas postizas de momia», bastones, otros objetos de madera, coronas de juncos, telas pintadas, luego tejidos de telar, un «suplemento de cerámica», madera y tejidos. Luego Uhle cataloga objetos de sitios diferentes a San Nicolás mezclados con artefactos de San Nicolás, hasta el paréntesis en que especifica «Fin de los hallazgos en Chimú Capac, San Nicolás». Las tres tumbas adicionales que Uhle identifica figuran o bien entre paréntesis dentro de la lista, o debajo de ella. Uhle coloca tres números entre paréntesis 7455-7457 como tela pintada, «toda de la misma momia», tumba 27, la tumba analizada arriba con veinte telas pintadas, uno de los originales de Kroeber, Tumba 5 de Supe. La organización de los objetos en tipos de material, demuestra que cuando Uhle registró los objetos en su catálogo de Berkeley (después de 7312a, ya no registró ningún objeto específico de Chimú Capac en su cuaderno de notas), había dispuesto una enorme cantidad de objetos frente a él y los había clasificado de acuerdo a características compartidas. No hay un registro real de esta supuesta ausencia en el informe o en el catálogo de Berkeley; sin embargo, está implícito por la abrupta terminación en ambos. Siguen varias páginas de listas y cálculos, dejando abierta la posibilidad de que Uhle esté usando ahora su cuaderno de notas mientras desarrolla medidas para un plan de sitio, aún no descubierto en los archivos. En una entrada única y final del cuaderno de notas de Berlín, luego de nueve páginas sin notas sobre las excavaciones, Uhle reporta: «3 de diciembre. Esta semana Esteban y Eduardo continuaron con las excavaciones en San Nicolás por su cuenta». Uhle justifica esto diciendo que los entierros eran muy similares a aquellos que él ya había visto y que el calor era tanto que le pareció inútil permanecer en el lugar mientras los obreros continuaban. El catálogo de Berkeley de Uhle registra dos tumbas finales como las últimas tumbas conocidas de Chimú Capac; y es posible que Uhle haya enumerado estos artefactos finales de Chimú Capac mientras presenciaba la terminación de la última de las excavaciones por Esteban y Eduardo. Los objetos enumerados al final del catálogo de Berkeley parecen ser del mismo tipo de mezcla de objetos que aparecía registrada al principio del cuaderno de notas y el catálogo. Por eso,

parece ser que, si bien él no registró estas tumbas en el cuaderno de notas de campo, sí mantuvo una lista de ellas en el campo, en el catálogo de Berkeley. Sin embargo, Uhle solo especificó dos lotes de tumbas dentro de este material: la Tumba 28, 7626-7646, y la Tumba 29, 7658-7667. Pero estas tumbas incluyen tejidos hechos en telar y cerámicas de estilo wari (figura 24) brindando al menos la procedencia circunstancial de un gran grupo de tejidos y cerámicas relacionados con la cultura Wari que, aparentemente, Esteban y Eduardo habían excavado en Chimú Capac, incluyendo túnicas-tapiz de Wari y cerámicas de Wari. En el registro del 3 de diciembre, Uhle afirma que Esteban y Eduardo han hecho descubrimientos especiales.

Tuvieron los siguientes éxitos:

1. Una serie de vasijas casi puras de Tiahuanaco y de estilo epígono;
2. Estilos nuevos y curiosos, tazas con rostros, cabezas de gato, monstruos, etc.;
3. Algunas vasijas idénticas a los tipos antiguos de Trujillo. Entonces, en Chimú Capac, están en contacto: Tiahuanaco y Epigonal (clasificados juntos); Sur y Norte y Trujillo antiguo; Sur y Norte;
4. Telas epigonales de alta calidad, entre otras con pintura figurativa abundante en dibujos;
5. Al menos un tapiz fino, de estilo tiahuanaco casi puro.

Las últimas palabras escritas al final del cuaderno de notas de Berlín, el 3 de diciembre, muestran el interés especial de Uhle por las excavaciones de Chimú Capac: «En cuanto a la periodización, he aprendido lo siguiente en San Nicolás», y Uhle termina su trabajo en Chimú Capac con un cuadro cronológico que enumera periodos y estilos en los valles de Ica, Pachacamac, Ancón, Chancay, Huacho/Supe y Trujillo. Tal como él afirmó, fue en las excavaciones de Chimú Capac, en el valle de Supe, «a mitad de camino entre» Trujillo en el norte y Pachacamac en el sur, que pudo observar la mezcla cultural entre ambas.

CRONOLOGÍA Y CONEXIONES

Las excavaciones de Chimú Capac le permitieron a Uhle desarrollar su cronología peruana, ya que sus excavaciones allí estaban relacionadas con sus propias excavaciones anteriores en el valle de Moche y en el antiguo cementerio de Pachacamac, del Horizonte Medio. Él afirmó:

No existe ninguna localidad en toda la costa del Perú central que contenga tantos restos que datan del periodo de Tiahuanaco o de su vecino inmediato (aparte de Pachacamac, explorado por mí en 1896) como las ruinas de 'Chimú Capac', cerca de San Nicolás» (s.f.[1904a], p.5).

En Chimú Capac, Uhle descubrió cerámicas y telas de «Tiahuanaco» (Wari) mezcladas con artefactos de estilo «norteño», lo que indicaba una gran esfera de interacción de la época del Horizonte Medio MH 1B-4

(Menzel, 1977, p. 30). Si bien Kroeber (1925, p. 243) sugirió que ninguna de las cerámicas de Chimú Capac parecía exhibir ningún carácter local o distintivo, notó, igualmente, la presencia de una gran variedad de cerámicas moldeadas a presión, especialmente en la variedad roja —del barro— (Kroeber, 1925, p. 241). Uhle mismo notó que las cerámicas con relieve moldeadas a presión probablemente identificaban al sitio localmente:

a partir del estilo epigonal del norte, se desarrolló otro estilo con ornamentos comunes en relieve en cerámicas rojas. Es el estilo más común de los que se encuentran en las huacas de los valles norteños como los de Supe y Huacho, y sus huellas se extendieron hacia el sur hasta Chancay y Ancón, donde se encuentran, en tumbas de la misma antigüedad, con otros objetos individualmente más característicos de la localidad.

Uhle excavó cerámicas negras moldeadas a presión en el valle de Moche sobre la plataforma de la Pirámide del Sol (Sitio A), junto con fragmentos de tapices y tejidos muy similares a aquellos descubiertos en Chimú Capac. Las cerámicas moldeadas a presión representan el porcentaje más alto de tipos de cerámica hallados en El Castillo, en el valle de Huarmey, donde Prumers (2000, pp. 295-300) notó que eran las típicas cerámicas del lugar. El Castillo parece haber sido ocupado exactamente durante el mismo periodo de tiempo que Chimú Capac HM 1B-4 (Prumers, 2000, p. 306). Sugiere, además, que al menos algunos de los estilos moldeados a presión pueden pertenecer al periodo Horizonte Medio 2, más que a los HM 3 y HM 4, como se le suele atribuir al estilo. Y, como las telas que él llama «Moche-Huari» exhiben el mismo porcentaje de frecuencia que las cerámicas moldeadas a presión, Prumers (2000, p. 300) sugiere que esta cultura Moche-Huari debe de haber sido la responsable de los entierros. El Castillo parece haber sido construido específicamente como una plataforma funeraria en el valle de Huarmey (Prumers, 2000, p. 294) y, aparentemente, Chimú Capac cumplió la misma función durante el Horizonte Medio, pero el complejo funerario de Chimú Capac estaba ubicado sobre una estructura más antigua, más parecida a los entierros del Horizonte Medio que Uhle había excavado en el Sitio A de Moche y en los entierros del Horizonte Medio o «transicionales» de El Brujo que estaban cubriendo Huaca Cao, una pirámide Moche del valle Chicama (Oakland Rodman & Fernández 2000, 2005). En Chimú Capac, Uhle (s.f. [1904]a, p. 2) identificó una especie de muro con «grandes bolas redondas de adobe» incrustadas en la mezcla de piedra y arcilla, las cuales, según el concluyó, posiblemente habían sido extraídas de construcciones más antiguas. Uhle pensaba que los entierros y la construcción eran contemporáneos, relacionados con la presencia de la cultura Tiahuanaco (Wari) en la costa (s.f. [1904]a, p. 7), y Menzel (1977, p. 31) estudió a Chimú Capac como el centro administrativo Wari al ver los estilos Horizonte Medio evidentes en las cerámicas de los

entierros. Menzel (1977, p. 30) notó la similitud de los entierros y artefactos con el Sitio A de Moche y con el «atrio del templo Huari de Pachacamac», donde Uhle (1903) mismo había descubierto este material, incluyendo telas pintadas, tapices Wari y retazos con teñido amarrado. Pero las excavaciones de Lisa Valkenier's (1994) revelaron que no había ninguna ocupación extensiva en el periodo del Horizonte Medio en Chimú Capac, e identificó al templo mismo como una construcción del Horizonte Temprano.

En lugar de un centro habitacional Wari, es probable que durante el periodo del Horizonte Medio Chimú Capac haya funcionado como complejo funerario en el valle de Supe, al igual que El Castillo en el valle de Huarney y muchos otros centros a lo largo de la costa norte y sur del Perú. Centros tales como Ancón y Pachacamac, en la costa central, funcionaron como complejos funerarios por un periodo mucho más largo, pero incluyen entierros del mismo periodo del Horizonte Medio los que aparecen en Chimú Capac. Excavaciones en Huaca Malena, del valle de Asia, al sur de Pachacamac, demuestran que el centro cumplió la misma función de complejo funerario durante el Horizonte Medio 2B y 3 y que el cementerio cubría una estructura más antigua (Angeles & Pozzi-Escot, 2000, p. 416-417). Más al norte, en el valle Jequetepeque, en San José de Moro, hay estilos de cerámica, incluyendo algunas negras moldeadas a presión, que atestiguan conexiones similares a Moche-Wari, aunque más antiguas en los periodos tardíos de Moche (Castillo, 2000, p.166). Los entierros funerarios de Monte Grande, en el valle de Nazca, al sur, con bolsas rellenas y túnicas Wari, demuestran que las tradiciones estaban extremadamente extendidas durante este periodo (Rowe, 1986).

Tres fechados radiocarbónicos de las telas de Chimú Capac sugieren que el cementerio data de 960 a 1020 DC⁸. Los fechados se obtuvieron de las tumbas que Uhle había considerado como las más antiguas: la tumba 12, con la «momia x»; la tumba 15, con la «momia a»; y la tumba 23, una tumba cuya preservación era tan óptima que Uhle envió la mortaja funeraria completa a Berkeley. Las telas pintadas de la tumba 12 reflejan la variedad de estilos existentes en los entierros de Chimú Capac. Una de las telas pintadas 4-7165 (Oakland Rodman & Fernández, 2000, figura 17) aparece como la más ligada al estilo wari, mientras otra de las telas pintadas 4-7167 (Oakland Rodman & Fernández, 2000, figura 19) de la misma tumba está pintada con imágenes como las que están representadas en las cerámicas negras modeladas en relieve que fueron excavadas en la Tumba 3 (ver figura 7) que Uhle excavó en Chimú Capac (Kroeber 1925, plate 71d). La «momia x» data del periodo entre los años 960 y 1100 d.C. (ó 1030 ± 70 d.C.); la tela pintada 4-7221 (ver figura 17) determina que la Tumba 15 y la «momia a»

datan del periodo comprendido entre los años 920 y 1020 d.C. (o 950 ± 50 d.C.); y una medición de la bolsa rellena 4-7283 determina que la Tumba 23 data de periodos similares a los de las otras tumbas, entre 940 y 1020 d.C. (ó 980 ± 40 d.C.). Las telas pintadas (figuras 21-22) de esta sepultura se encuentran entre las mejor conservadas y las más hermosas de la colección. Aparentemente, el cementerio de Chimú Capac no era parte de la más reciente tradición Lambayeque, y ninguna tela o cerámica Sicán o Lambayeque forma parte de la colección de Chimú Capac. Además de la tela pintada, otros tejidos distinguen claramente la gran interacción que existía durante el periodo del Horizonte Medio. El fragmento de tapiz 4-7236 (ver figura 16) de la Tumba 15 y la «momia a» se parecen a los pequeños trozos de tapiz que Uhle recolectó en Pachacamac y en el Sitio A de Moche (Menzel, 1977, figura 89). Las excavaciones en El Brujo han revelado tapices similares, a veces enrollados y dejados como ofrendas dentro de la misma sepultura o cosidos debajo de la hendidura del cuello de las camisas de los hombres (Rodman & Fernández, 2000, figuras 25-29); y una ilustración de Prümers muestra un pequeño trozo de tapiz similar de El Castillo (2000, figura 11).

Otra tela particular de este periodo presente en las tumbas de Chimú Capac es la tela doble roja y blanca con «manchas» (figura 25). La colección de Chimú Capac incluye muchos fragmentos de esta estructura de tela ahora identificada en tumbas, como la Tumba 17. La tela doble de fibra de camélido roja y algodón blanco con pequeñas adiciones de hebras de colores brillantes a través del tejido es una estructura particular registrada para este periodo del Horizonte Medio Tardío. El mismo Uhle (1913) excavó ejemplos de esta tela en la Pirámide del Sol en Moche. Prümers (1990, 1995, 2000) describe la misma tela en las colecciones de El Castillo, en Huarney, y objetos tejidos con la misma estructura, incluyendo sacos de doble tela que formaban parte de los artículos hallados en los sepulcros transicionales de la Huaca Cao, en El Brujo, valle Chicama, del post-Moche (Rodman & Fernández, 2000, figura 18). La estructura deriva de una tradición Moche de la costa norte generalmente tejida en algodón marrón y blanco. La combinación rojo-blanco, utilizando fibras de camélido brillantemente teñidas, identifica a las telas como del Horizonte Medio Tardío.

Otros tejidos y artefactos relacionados con la edad o el sexo son difíciles de identificar en las colecciones de Chimú Capac, a pesar de que existen comparaciones con otros contextos similares que sugieren que las cintas delgadas pueden haber servido originariamente como prendas para mujeres junto con turbantes cuadrados de bordes amplios y estampados rayados con urdimbres suplementarias, y grandes vestidos de algodón (Angeles & Pozzi-Escot, 2000; Rodman & Fernández, 2005).

⁸ Los años de radiocarbono aquí figuran como parte de un informe sin calibrar.

La escultura de cerámica de una mujer 4-7659 (ver figura 24) de la tumba 29 de Chimú Capac, ilustra la apertura horizontal del cuello, los cierres en los hombros y el cinto en la cintura, prendas comunes en las mujeres del periodo del Horizonte Medio. Las colecciones de Chimú Capac incluyen una gran variedad de túnicas de hombre de estilo costero y de las tierras altas, probablemente excavadas durante la última semana de noviembre y la primera de diciembre de 1904, cuando los obreros de Uhle continuaron con las excavaciones en Chimú Capac. El cuaderno de notas de Uhle menciona los especiales éxitos de estas últimas excavaciones de Chimú Capac, incluyendo una fina tela de estilo tiahuanaco. Durante el Horizonte Medio, las túnicas-tapiz Wari constituían el envoltorio externo de los entierros de los hombres y, si bien no se incluyeron en las 29 tumbas, la colección de Chimú Capac incluye por lo menos cuatro tapices Wari (figura 26); (Menzel 1977, p. 36, figura 75). Los tapices Wari de Ancón cubrían un entierro secundario similar a los dos descritos en el cuaderno de notas de Supe de Uhle en Chimú Capac; y es posible, teniendo en cuenta el tapiz Wari quemado descubierto en la sepultura de El Brujo, que las túnicas-tapiz de los hombres Wari fueran curadas durante largos periodos de tiempo y reutilizadas en nuevos entierros, y que la edad de las tumbas en las que se encontraban no determinara por sí misma el periodo en que los tapices habían sido tejidos y usados.

Muchas preguntas quedan por responder acerca de los entierros, los artefactos, y especialmente, las telas pintadas. Si bien Uhle creyó que los entierros más profundos eran más antiguos y que los de niños de la parte superior eran más recientes, las excavaciones de Huaca Malena demostraron la práctica de ubicar a los sepulcros de niños en la parte superior de la cámara mortuoria con adultos debajo, aparentemente del mismo periodo (Angeles & Pozzi-Escot, 2000, p. 405). Dado que las telas pintadas son rara vez descritas en asociaciones, Chimú Capac parece ser el único centro en que se excavó un grupo tan grande. Probablemente no era el único centro, pero actualmente, los entierros de Chimú Capac parecen representar el centro mejor documentado gracias a la inclusión de las telas en las tumbas. Tal como afirmó Kroeber (1925, p. 250), las imágenes creadas en relieve en las cerámicas son una copia de las que están pintadas: «Los adornos en relieve, que parecen haber sido realizados por medio de un molde a presión, son sorprendentemente parecidos a los adornos pintados en cuanto a la gama de los motivos, y más o menos parecidos incluso en cuanto a la frecuencia de dichos motivos». Y en muchos casos, la misma similitud de las imágenes se aprecia en el componente textil de las colecciones de Chimú Capac, tanto en ejemplos pintados como tejidos. Uhle (s.f.[1904a], p.14), ciertamente, entendió esto: «No es necesario mencionar que, además de la cerámica, todas las demás clases de objetos, como las telas, etc., participaron en el desarrollo general, como podría demostrarse fácilmente». Muchas telas pintadas suelen representar una

figura con los brazos extendidos y las piernas abiertas o separadas, ubicada debajo de un arco con diseños de rayos arremolinados y figuras de animales alrededor. Carrión (1959) y Menzel (1977, pp. 33-35) analizan esta figura como un dios del cielo relacionado a la lluvia y a la fertilidad agrícola. Las cerámicas y telas de Chimú Capac eran ofrendas que se dejaban con los muertos, los cuales eran atados formando grandes montículos con cabezas postizas encima. Las mortajas funerarias se parecían a varias de las cerámicas que las acompañaban. Los rostros presentes en la parte superior de las jarras de cerámica se parecían a las cabezas postizas ubicadas encima de la mortaja.

Las páginas finales de las notas de campo de Supe y del informe contienen el cuadro cronológico de Uhle, y él sostiene que fue principalmente a través del análisis de los restos de la «vieja ciudad de Chimú Capac» que pudo construir esta visión globalizadora de la civilización peruana. Uhle (s.f. [1904a], p. 11) afirma:

Cuanto más estudio las antigüedades del Perú, más numerosas se vuelven las confirmaciones del sistema cronológico y genealógico general diseñado por mí... Ahora puedo establecer los tiempos paralelos entre los distintos tipos de restos antiguos de muchas localidades diferentes.

Este intento por establecer esta visión globalizadora del desarrollo de la cultura andina era, sin dudas, el objetivo de Max Uhle al investigar Chimú Capac en el valle de Supe, y, ciertamente, los resultados lo dejaron satisfecho.

AGRADECIMIENTOS

El examen de las telas pintadas de Chimú Capac en el Museo de Antropología Phoebe Hearst, de la Universidad de California, Berkeley, fue iniciada por Nancy Porter, quien sacó la mayoría de las fotografías de las telas pintadas y cuya erudición y amistad agradezco enormemente. Luego de una monografía preliminar presentada en Berkeley, se hizo evidente que se necesitaba más documentación para continuar con las investigaciones de Supe y contacté al doctor Heiko Prümers, quien generosamente me brindó ilustraciones de los cuadernos de notas originales de Uhle, una transcripción del texto en alemán y una traducción al inglés que estoy utilizando en el presente artículo. Es difícil imaginar una mayor generosidad y se lo agradezco con cariño. Reconozco también a los académicos de las instituciones que alojan las colecciones y los informes de Uhle: en Berkeley, especialmente a Madeline Fong y Leslie Freund del Museo Phoebe Hearst; y en Berlín, al doctor Gregor Wolff, del Instituto Iberoamericano. Me gustaría hacer un agradecimiento especial a todas las personas e instituciones responsables de planificar y producir la conferencia y el volumen publicado acerca de las excavaciones de Uhle, y a los organizadores, la doctora Manuela Fischer y el doctor Peter Kaulicke.

ANEXO

Tumbas de Chimu Capac

Tumba 1: 7054-7061

Tumba 2: 7062-7067b

Tumba 3: 7068-7102

Tumba 4: 7103-7104

Tumba 5: 7105-7117

Tumba 6: 7118

Tumba 7: 7119a-c-7121

Tumba 8: 7122-7132

Tumba 9: 7133a,b-7147

«Suelto en el suelo»: 7148a-c-7153

Tumba 10: 7154-7155

Tumba 11: 7156-7164

Tumba 12: 7165-7175

«Suelto en el suelo», pero posiblemente parte de la tumba 12: 7176-7177

Tumba 13: 7178-7182

«Suelto en el suelo», pero posiblemente parte de la tumba 13: 7183-7186

«Suelto en el suelo», 7187-7189ab

Tumba 14: 7190-7193

Tumba 15: 7194-7237

Tumba 16: 7238-7240a-c

Tumba 17: 7241-7246

Tumba 18: 7247-7254

Tumba 19: 7255-7257

«Suelto en el suelo»: 7258-7258a

Tumba 20: 7259-7267

Tumba 21: 7268-7271

Tumba 22: 7272-7276

«Suelto en el suelo»: 7277-7279

Tumba 23: 7280-7292

«Suelto en el suelo»: 7293

Tumba 24: 7294-7302

Tumba 25: 7303-7303a

Tumba 26: 7304-7312a

Tumba 27: 7455-7457

Tumba 28: 7626-7646

Tumba 29: 7658-7667

BIBLIOGRAFÍA

- ANGELES, R. & D. POZZI-ESCOT (2000). Textiles del Horizonte Medio. Las evidencias de Huaca Malena, valle de Asia. En Kaulicke, P. & W. H. Isbell (Eds.), Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias, Primera Parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, 4, 401-424.
- CASTILLO, L. J. (2000). La presencia de Wari en San José de Moro. En Kaulicke, P. & W. H. Isbell (Eds.), Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias, Primera Parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, 4, 143-180.
- CONKLIN, W. (1978). Estructura de los tejidos Moche. En Ravines, R. (comp.), *Tecnología andina*, (pp. 299-332). Lima: Instituto de Estudios Peruanos, Instituto de Investigación Tecnología Industrial y de Normas Técnicas.
- CARRION CACHOT DE GIRARD, R. (1959). *La religión en el antiguo Perú (norte y centro de la costa, Período Post-Clásico)*. Lima: edición de la autora.
- DONNAN, C. B. & S. G. DONNAN (1997). Moche textiles from Pacatnamu. En C. B. Donnan & G. A. Cock (Eds.) *The Pacatnamu Papers, Vol.2. The Moche Occupation*, (pp. 215-242). Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology Press.
- FERNÁNDEZ, A. (1995). Estudio textiles. En Programa Arqueológico Complejo «El Brujo», Informe 1995, 99-137. Convenio Fundación A. N. Wiese, Instituto Nacional de Cultura y Universidad Nacional de Trujillo.
- KAULICKE, P. (1997). *Contextos funerarios de Ancón. Esbozo de una síntesis analítica*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KROEBER, A. L. (1925). *The Uhle pottery collections from Supe*, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 21,(6), 235-264.
- MENZEL, D. (1960). Reseña de R. Carrión Cachot: La religión en el Antiguo Perú. *American Antiquity*, 26, (2), 289-290.
- MENZEL, D. (1977). *The Archaeology of Ancient Peru and the Work of Max Uhle*. Berkeley: Lowie Museum of Anthropology, University of California.
- OAKLAND RODMAN, A. (1997). Weaving in a High Land: A Continuous Tradition. En Meisch, L. (Ed.), *Traditional Textiles of the Andes, Life and Cloth in the Highlands, The Jeffrey Appleby Collection of Andean Textiles*, (pp.16-27). New York: Thames and Hudson Inc.
- OAKLAND RODMAN, A. & A. FERNÁNDEZ (2000). Los tejidos huari y tiwanaku: comparaciones y contextos. En Kaulicke, P. & W. H. Isbell (Eds.), Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias, Primera Parte, *Boletín de Arqueología PUCP*, 4, 119-130.
- OAKLAND RODMAN, A. & A. FERNÁNDEZ (2005). North Coast Style after Moche: Clothing and Identity at El Brujo, Chicama Valley, Peru. En Reycraft, R. M. (Ed.), *Us and Them: Archaeology and Ethnicity in the Andes*, Monograph, 53, 115-133. Los Angeles: Cotsen Institute of Archaeology, UCLA.
- PRÜMERS, H. (1990). *Der Fundort «El Castillo» im Huarameytal, Perú. Ein Beitrag zum Problem des Moche-Huari Textilstils*, Mundus Reihe Alt-Amerikanistik, 4. Bonn.
- PRÜMERS, H. (1995). Ein ungewöhnliches Moche-Gewebe aus dem Grab des «Fürsten von Sipan» (Lambayeque-Tal, Nordperu), *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 15, 309-369.
- PRÜMERS, H. (2000). «El Castillo» de Huarameytal: una plataforma funeraria del Horizonte Medio. En Kaulicke, P. & W. H. Isbell (Eds.), Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias, Primera Parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, 4, 289-312.
- REISS, W & STÜBEL, A. (1880-87). *The necropolis of Ancon in Peru: A contribution to our knowledge of the culture and industries of the empire of the Incas, being the results of excavations made on the spot*. Traducido por A. H. Keane. 3 vols. Berlin: A. Asher & Co.
- ROWE, A. P. (1977). *Warp-Patterned Weaves of the Andes*. Washington D.C.: The Textile Museum.
- ROWE, A. P. (1984). *Costumes and Featherwork of the Lords of Chimor. Textiles from Peru's North coast*. Washington, D.C.: The Textile Museum.
- ROWE, A. P. (1986). Textiles from the Nazca Valley at the Time of the Fall of the Huari Empire. En Rowe, A.P.; E. B. Benson & A.-L. Schaffer (Eds.), *The Junius B. Bird Pre-Columbian Textile Conference*, (pp.151-182). Washington D.C.: The Textile Museum and Dumbarton Oaks.
- ROWE, J. H. (1954). *Max Uhle, 1856-1944 A memoir of the father of Peruvian archaeology*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 46, 1.
- ROWE, J. H. (1998). Max Uhle y la idea del tiempo en la arqueología americana. En Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú Antiguo*, (pp. 5-24). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SCHMIDT, M. (1929). *Kunst und Kultur von Peru*. Berlín: Propylaen Verlag.
- UHLE, M. (1903). *Pachacamac. Report of the William Pepper, M. D., LL. D., Peruvian Expedition of 1896*. traducido por C. Grosse. Philadelphia: The Department of Anthropology of the University of Pennsylvania, Philadelphia.
- UHLE, M. (s.f.). [1904a] Report on my explorations in the Valley of Supe. Unpublished Supe Report, 1-23. Phoebe Hearst Museum of Anthropology, University of California, Berkeley.
- UHLE, M. (s.f.). [1904b] Beginning of the excavations at San Nicolás near Supe. Unpublished Supe Catalog, 0-30. Phoebe Hearst Museum of Anthropology, University of California, Berkeley.
- UHLE, M. (s.f.). [1904c] 5. November 1904, San Nicolás, Unpublished Supe Fieldnotes, 1-25; 34-35 (páginas no numeradas en el original), Legado Uhle, Instituto Iberoamericano, Berlín.
- UHLE, M. (1913). Die Ruinen von Moche. *Journal de la Société des Américanistes*, 10, (1), 95-117.
- VALKENIER, L. K. (1994). New Evidence for Chimú Capac and the Early Horizon Period in the Supe valley, Perú. *Journal of the Steward Anthropological Society*, 23, (1), 269-286.
- VAN STAN, I. (1955). *Peruvian domestic fabrics from Supe: a Study of the Uhle Collection of Painted Cloths*. Department of Anthropology and Archaeology, Florida State University, Tallahassee.
- WRIGHT, M. R. (1908). *The Old and the New Peru*. Philadelphia: George Barrie and Sons.

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS DE MAX UHLE EN LA ISLA SAN LORENZO, CALLAO (1906-1907): UN SIGLO DESPUÉS

José A. Hudtwalcker Morán¹

INTRODUCCIÓN

A cien años de las investigaciones arqueológicas de Max Uhle en la isla San Lorenzo, el Proyecto Arqueológico Isla San Lorenzo (PAISL) busca estudiar su legado, con la finalidad de definir mejor los alcances de sus investigaciones científicas. Tomando en cuenta el contexto histórico en el cual se desarrollaron sus trabajos de campo en la isla a inicios del siglo XX y la escasa información publicada por él, se busca establecer los alcances y las limitaciones de sus investigaciones de manera objetiva con la ayuda de las nuevas investigaciones arqueológicas e históricas del proyecto. La presente publicación presenta los resultados de estos esfuerzos.

El punto de partida es el artículo publicado por Max Uhle en el diario *El Comercio* en su edición del 23 de junio de 1907 cuya transcripción literal se encuentra en el anexo. La única referencia a este trabajo se debe a Carlos Romero en «El Callao desde sus orígenes más remotos hasta el siglo XVI», publicado en 1942 en la *Revista Histórica* sin la cita específica de Uhle. Tampoco aparece en las bibliografías especializadas de las obras de Uhle. Pero, evidentemente, es la primera y principal fuente de consulta respecto a las investigaciones del arqueólogo en la isla San Lorenzo ya que contiene un inventario de los principales objetos recuperados durante sus excavaciones y es la única referencia directa del excavador. La edición del diario *El Comercio* que utilizamos para nuestra investigación contiene algunos errores de redacción por tipografiado que fueron corregidos para la presente publicación.

El presente trabajo comienza con una descripción del entorno y geografía de la isla San Lorenzo, seguido por una discusión de las propuestas de Uhle en base a una interpretación y balance de sus investigaciones. También incluimos los alcances y perspectivas de la investigación del Proyecto Arqueológico Isla San Lorenzo. Finalmente se incluye un anexo con la transcripción completa de dicha publicación. A continuación todas las partes en cursiva se refieren a este artículo.

ENTORNO Y GEOGRAFÍA DE LA ISLA

Frente al litoral de las Bahías del Callao y Chorrillos, en el departamento de Lima, se encuentra un grupo de islas, San Lorenzo y El Frontón, e islotes, Cabinzas y Palominos. De todas estas, San Lorenzo es la de mayores dimensiones.

San Lorenzo es, además, la isla más grande del litoral peruano, con una extensión territorial de unos 17 kilómetros cuadrados. Está conformada por un grupo de cuatro cerros, distribuidos de norte a sur, denominados como El Cabezo, La Mina o Del Cañón, Encantado y Guanay. El segundo de ellos alcanza la mayor altitud con 393 m.s.n.m. (figura 1).

La ubicación y disposición geográfica de la isla San Lorenzo, paralela al litoral limeño, determina la existencia de dos flancos. El flanco expuesto u occidental, que mira a la corriente marina, con playas bravas y de difícil acceso, impropias para desembarcos; y el flanco protegido u oriental, que mira al Callao, con playas mansas que facilitan las incursiones a la isla.

Por lo tanto, este último presenta las mejores condiciones para el establecimiento de asentamientos. Prueba de ello son la variada y alta cantidad de evidencias culturales prehispánicas, coloniales y republicanas recuperadas en sus caletas y quebradas. No obstante su difícil geografía, el flanco expuesto también presenta pruebas de ocupación humana prehispánica, principalmente asociada con evidencias de actividades domésticas-económicas, relacionadas con la explotación de los recursos hidrobiológicos presentes en dicho flanco (figura 2).

Las playas de la isla, con una rica fauna de peces y moluscos, los cuales fueron objeto de explotación por parte de las poblaciones antiguas y modernas, constituyen también un hábitat excelente para la reproducción de especies que habitan sus aguas y playas. Las partes altas conforman una ecología de lomas, con la presencia de especies propias de dicho ecosistema. El grupo de islas e islotes frente al litoral del Callao y Chorrillos constituye un excelente hábitat para las manadas de lobos marinos, las mismas que en la actualidad solo están concentradas en los islotes Palominos.

¹ Pontificia Universidad Católica del Perú, Instituto Riva-Agüero, Lima, Perú.



Figura 1. Vista oblicua de la isla San Lorenzo, desde el Callao. Se observa el flanco protegido de esta. Foto Servicio Aerofotográfico Nacional (S.A.N.) del año 1956.

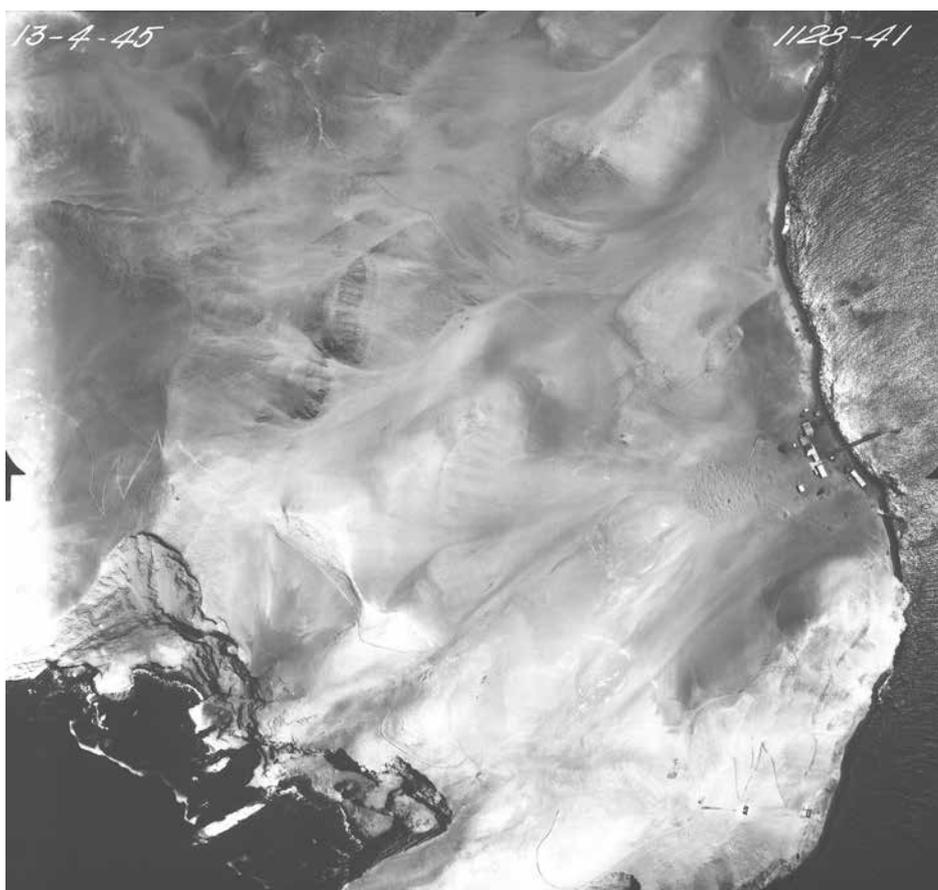


Figura 2. Vista Aérea del extremo meridional de la isla. En la sección derecha de la vista, se puede apreciar el sector de Caleta de La Cruz. Se observan las instalaciones de la Compañía Administradora del Guano, cuando todavía operaban, y colindante con las mismas se ubica el Cementerio y Asentamiento Prehispánicos. Foto S.A.N. del año 1945.

Algunos sectores de la isla San Lorenzo son favorables para la protección de especies de aves en riesgo, como es el caso del pingüino de Humboldt.

En sus costas se puede observar gran cantidad de aves guaneras, las mismas que anidan en ciertos sectores; situación también observada en la isla El Frontón

y los islotes Cabinzas y Palominos. El excremento de estas aves, conocido como guano, constituye un excelente abono orgánico, utilizado como tal desde tiempos prehispánicos en nuestras costas.

APORTES Y BALANCE DE LAS INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS DE MAX UHLE

Como director del Museo Nacional, Uhle realizó sus trabajos en la isla San Lorenzo durante los años 1906 y 1907 (Isla, 1995). En 1906 llevó a cabo excavaciones y dos exploraciones durante los meses de enero y

abril. Ya en 1907, realizó la excavación en Caleta de la Cruz, en el extremo sureste de la isla, donde recuperó significativos hallazgos arqueológicos. La importancia de los descubrimientos, motivaron al Museo Nacional a exhibir dicha colección en las vidrieras del museo y a Max Uhle a escribir el artículo de divulgación al que hacemos referencia (figuras 3 y 4).

En adelante, los textos en cursiva y las referencias fuera de párrafo son citas textuales de la publicación original que está incluida como anexo en la presente contribución.

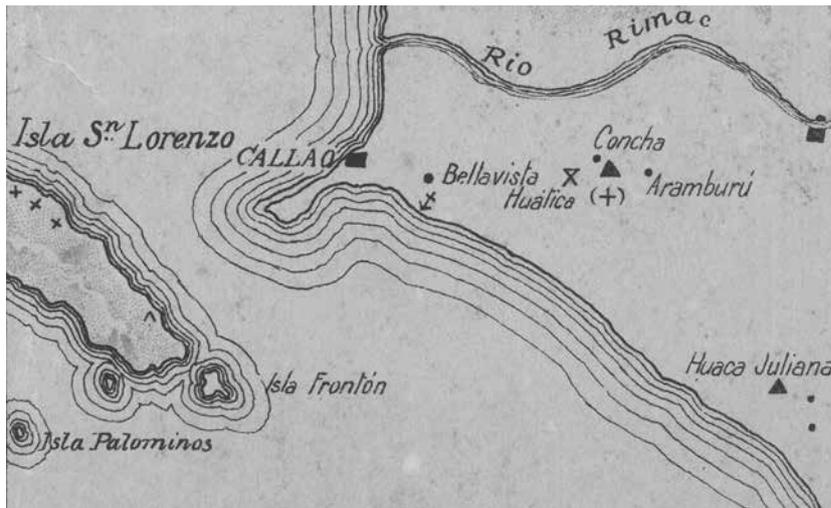


Figura 3. Detalle del mapa publicado por Max Uhle en 1907. Se observan marcados los sitios investigados por él. La parte norte con presencia de conchales y la parte sur con cerámica negro y blanco. (Archivo Julio C. Tello del MNAHP).



Figura 4. Retrato de Max Uhle, alrededor de 1907. Fotografía Archivo Histórico de la Marina.

El interés de Uhle por realizar investigaciones arqueológicas en la isla San Lorenzo, no solo le permitió profundizar el conocimiento sobre el tráfico existente entre las islas y el litoral durante los tiempos prehispánicos; sino que, serviría para esclarecer la naturaleza del hallazgo hecho en la isla por Ambrosio Solari,

quien tuvo la bondad de obsequiarlo a nuestro museo. Este hallazgo interesantísimo por demás, consiste en tinajas, platos de barro y copas de madera de tipo incaico y de algunas figuritas de oro de carácter diferente, probablemente al tipo de Chíncha, pero sin duda de manufactura coetánea con aquellos objetos,

pues todos fueron encontrados juntos en el mismo depósito (véase anexo).

Ambrosio Solari, era hijo de Giovanni Solari, conocido como «el anciano Solari», ciudadano italiano que poseía una propiedad y manejaba un próspero negocio de pesca en la isla a fines del siglo XIX. (Castro, 1891). Al fallecer Solari en 1894, sus hijos heredaron la propiedad y el negocio. Probablemente el hallazgo hecho por Ambrosio Solari, al que Uhle hace mención, se refiera al ocurrido alrededor del mes de agosto de 1903, en la Caleta de la Cruz, mencionado por M. Darío Arrús en «El Callao en la época del coloniaje —antes y después de la catástrofe de 1746», publicado en 1904 (figura 5).



Figura 5. a. Detalle de cántaro cara-gollete del estilo Ichma. b. Cántaro completo. Colección Uhle/San Lorenzo. MNAHP. Fotografía de José Pinilla B.

Cuando Uhle llevó a cabo sus investigaciones en la isla, el cementerio prehispánico ubicado en la Caleta de La Cruz ya presentaba evidencias de intensas excavaciones clandestinas; los entierros más ricos ya habían sido explotados antes y se encontraban las tumbas vacías.

Uhle refiere que la intensa actividad clandestina de los *huaqueros* en dicho sitio se debió a *ciertas señales superficiales de varios entierros*, lo que facilitaba la ubicación rápida de las tumbas. Probablemente fueron las actividades de exploraciones mineras en búsqueda de oro y la extracción del guano, las que motivaron la rapacidad de los *huaqueros* (figura 6).

Sus investigaciones se concentraron en dos sectores de la isla, *la parte norte y sur*, sectores que se diferencian por la naturaleza de sus evidencias. Las exploraciones y excavaciones de Uhle se llevaron a cabo en el flanco protegido u oriental, el que mira al Callao; esta afirmación puede ser contrastada con el mapa del valle de

Lima elaborado en 1907 por Uhle en base a sus investigaciones, en donde indica los lugares que investigó.

De acuerdo a su descripción, el sector norte se caracteriza por la presencia de *unos cuatro grandes y otros menores yacimientos de Kjoekkenmoeddings* o conchales, los que alcanzan, en el caso de los más extensos, deposiciones con un espesor en el rango entre 1,5-2 metros. Afirma que dichos conchales fueron observados por Darwin en 1835 y menciona que en algunos sectores *las conchas cubren toscas murallas de piedra*, lo que para él demuestra la existencia de viviendas. Le llama la atención la ausencia de artefactos, fragmentos de cerámica y de restos de entierros, lo que le dificulta asignar la ubicación cronológica de estos yacimientos. Los únicos indicios que le sugieren una edad prehispánica para los conchales, consisten en un artefacto lítico y una figurina de barro; esta última, por sus características, le indicarían una cronología relativa relacionada con el Período Intermedio Tardío (figuras 7, 8).



Figura 6. a. Detalle de botella Silbador del estilo Chimú-Inca (figura de un mono). b. Botella completa. Colección Uhle/San Lorenzo. MNAHP. Fotografía de José Pinilla B.

Un solo disco pequeño de piedra perforada fue extraído de aquellos depósitos ... Una figurita de barro hallada superficialmente ... en las inmediaciones de aquellos Kjoekkenmoeddings nos hace presumir ...que son restos ... durante los cinco últimos siglos antes de la conquista (véase anexo).

Respecto a la ubicación de dichos yacimientos en la isla, probablemente corresponden con las inmediaciones de las caletas Panteón y Sanitaria, y algunas zonas al norte de Punta Galera, en el flanco nororiental (Huapaya, 1975). Gracias a las excavaciones llevadas a cabo por el PAISL, específicamente en la quebrada que separa los cerros Encantando y La Mina, en la zona conocida como la quebrada del Panteón se recuperaron

tres cuentas de concha *Spondylus*, de clara filiación prehispánica (Hudtwalcker & Pinilla, 2004).

Para el sector sur, Uhle describe un asentamiento y un gran cementerio, ambos con definitiva filiación prehispánica. Con respecto a la ubicación de dichos restos, menciona que se encuentran en el extremo sur de la isla, en el lugar conocido *con el nombre de caletita de la Cruz*, nombre que hasta el día de hoy conserva (figuras 9 y 10).

Postula que el asentamiento o *pueblo antiguo* albergó una población, no mayor a 200 personas, que habitó allí de manera permanente. También especula respecto del número de individuos enterrados, consideró que eran las poblaciones de la isla las que fueron enterradas en el cementerio colindante. Desconocemos cuál fue su metodología y fundamentos para establecer sus



Figura 7. a. Detalle de botella Silbador del estilo Chimú-Inca (personas acicalándose). b. Botella completa. Colección Uhle/San Lorenzo. MNAAHP. Fotografía de José Pinilla B.

cálculos estadísticos respecto a las poblaciones asentadas y enterradas allí. Al respecto, no existe la certeza de que realizó excavaciones en el asentamiento prehispánico colindante con el cementerio. Podemos inferir que dada la cercanía entre el asentamiento y el cementerio, Uhle pudo realizar algunas excavaciones exploratorias en el asentamiento con la finalidad de establecer alguna secuencia estratigráfica de las deposiciones culturales.

Los dos o tres mil cadáveres que se encuentran en el cementerio corresponden a una población de unos doscientos individuos que deben haber vivido allí por unos tres siglos. Sin duda la población ha sido sedentaria en la isla... y por eso, hay que descartar la hipótesis de que muertos de la costa hayan sido transportados a la isla solamente para darles sepultura en ese lugar (véase anexo).

Discrepamos con la hipótesis de Uhle, respecto a la existencia de una población permanente que radicara durante tantos siglos en la isla. No obstante la gran riqueza de recursos hidrobiológicos presentes, la ausencia de agua dulce imposibilita la presencia de poblaciones permanentes, pues es necesario abastecerse del líquido elemento desde el litoral. Al respecto, cabe la posibilidad del consumo de la bebida conocida como «chicha», la misma que debió ser abastecida desde la costa, ya que es un brebaje que permite mayor tiempo de almacenamiento que el agua cruda y representa una forma de prevenir problemas infecciosos que pudieran ser ocasionados por el agua almacenada por los pobladores durante el tiempo de permanencia en la isla. Otra razón a favor de la ubicación cronológica del asentamiento, se sustenta en las fluctuaciones estacionales de las especies



Figura 8. a. Detalle de vasija del estilo Ichma, con representación de un personaje con el sexo prominente. b. Vasija completa. (Colección Uhle/San Lorenzo. MNAAHP). Fotografía de José Pinilla B.

de moluscos, como la «macha» (*Mesodesma donacium*), principal recurso explotado en tiempos prehispánicos en el lugar, debido a que estas especies dependen de factores climáticos, como la temperatura del mar. Por ejemplo, en épocas de El Niño, cuando el mar aumenta su temperatura, estas especies desaparecen, replegándose hacia aguas más frías.

Probablemente las poblaciones asentadas en el asentamiento lo hicieron de manera estacional, durante el tiempo de proliferación de las especies de interés, lo que podría corresponder a campañas con una duración de varios meses a fin de extraer las machas o la conchas de abanico (Hudtwalcker & Pinilla, 2005).

Uhle sugiere que los conchales de la parte norte son anteriores y con mayor lapso de ocupación que el asentamiento y cementerio prehispánico del sur. Para los conchales estima un fechado que incluye desde los cinco últimos siglos antes de la dominación española, es decir, desde mediados del siglo XI d.C. Para el asentamiento y el cementerio, considera que corresponden a una población asentada durante trescientos años, es decir, desde mediados del siglo XIII d.C. (figura 11).

En el estado actual de las investigaciones, no se cuentan con fechados radiocarbónicos para las ocupaciones prehispánicas. Por lo tanto, se requieren de excavaciones en los conchales así como de excavaciones



Figura 9. Vaso retrato de plata, estilo Costa central. Colección Uhle/San Lorenzo. MNAAHP. Fotografía de José Pinilla B.



Figura 10. Detalle de vasija de plata con diseños en el estilo Ica-Chincha. Colección Uhle/San Lorenzo. MNAAHP. Fotografía de José Pinilla B.



Figura 11. Laminillas y depilador de oro. Colección Uhle/San Lorenzo. MNAAHP. Fotografía de José Pinilla B.

adicionales en la Caleta de la Cruz, con el fin de obtener muestras respectivas.

Con relación al cementerio prehispánico colindante con el asentamiento, Uhle observó la presencia de ciertas señales superficiales que indicaban tumbas y particularmente describe una tumba intacta, conformada por una plataforma cuadrangular de adobes de dos metros por lado y con una piedra parada en medio. El empleo de una piedra parada como señal en medio de la estructura funeraria, es un rasgo que también ha sido documentado en los contextos funerarios excavados en un rescate arqueológico en el asentamiento humano San Pedro de Choque, en la zona de Zapallal, en el distrito de Puente de Piedra, al norte de la ciudad de Lima (Bazán & Pinilla, manuscrito no publicado. INC-Perú). Probablemente este tipo de estructuras funerarias fueron una suerte de mausoleos. Sugerimos esta hipótesis por el hecho de que muchos de los entierros excavados *no estaban en la posición original en que fueron sepultados por la sucesión de los entierros*. Sería importante ampliar las excavaciones en la Caleta de La Cruz a fin de ubicar tumbas de ese tipo ya que, hasta el momento, los únicos contextos funerarios excavados de manera científica son los registrados durante las investigaciones de campo del PAISL y en donde no se excavó esa clase de estructura funeraria (Hudtwalcker & Pinilla, 2005) (figura 12).

Uhle observó que los entierros se encontraron a diferente profundidad y los clasificó en dos grupos; el primero, en un rango que llega hasta los dos metros de profundidad y el segundo, en un rango de dos hasta más de cuatro metros de profundidad. Estos últimos son los contextos funerarios con mayores ajuares: *la mayor parte a dos metros y menos, y algunas hasta cuatro metros y más de hondura. Estos últimos fueron los más ricos*.

La afirmación de Max Uhle fue confirmada durante las investigaciones del PAISL, donde se registraron enterramientos en el rango de profundidad indicado por el investigador, de igual manera para la relación entre ajuares funerarios ricos y profundidad.

Con relación a los fardos funerarios, los describe como *bultos de las momias envueltas en algodón con cabeza postiza* de tela; le llama la atención la forma cúbica de uno de ellos. Encontró similitudes con los descubiertos en el complejo arqueológico de Armatambo en el distrito de Chorrillos; estas semejanzas, junto con otras, le sugieren que *las relaciones de los insulares eran particularmente estrechas con la gente de Chorrillos*.

Para ubicar cronológicamente sus descubrimientos, recurre a comparaciones con materiales culturales similares, procedentes de otras partes del departamento de Lima; para él, las evidencias recuperadas en el cementerio prehispánico de la isla, temporalmente corresponden con las partes tardías del Período Intermedio Tardío y el Horizonte Tardío de nuestra cronología (figura 12-15).

Bien puede decirse que con pocas excepciones representan el carácter íntegro de la civilización del valle de Lima durante los últimos siglos que precedieron a la dominación española,

Clasifica los objetos cerámicos en cinco estilos:

(1) Vasos colorados pintados de blanco y negro..., (2) los vasos negros de técnica Chimú y de formas e ideas en parte incaicas..., (3) alfarería colorada un poco rústica... con gran variedad de formas y...muchos ornamentos plásticos..., (4) vasos... del estilo puramente inca..., y (5) algunos pocos vasos de tipo Chancay (véase anexo).

Al correlacionar su clasificación estilística con las definiciones actuales, encontramos que el primero y el tercero corresponden con dos variantes del estilo Ichma, una con decoración pintada en negro y blanco sobre la superficie natural y la otra solo con decoración ornamental aplicada sin uso de colores. El segundo corresponde con la cerámica del estilo Chimú-Inca. El cuarto estilo descrito se refiere a vasijas Inca clásico. Y el quinto, con la cerámica Chancay.

El estilo Ichma corresponde a la cerámica local propia de los valles de Lima, que comprenden los ríos Chillón, Rímac y Lurín, durante el Período Intermedio Tardío y Horizonte Tardío. Al igual que otros estilos contemporáneos, incluye cerámica negra o reducida —por ejemplo, cerámica Chimú y Chincha— así como, el empleo de la técnica de decoración impresa —por ejemplo, cerámica Pativilca—. Aunque Uhle no lo mencionó en su artículo, la colección cerámica recuperada por él, incluye dichas variantes del estilo Ichma.

Respecto de los objetos de plata recuperados, mencionó las copas con cara, los discos perforados, tupus, objetos de madera —orejeras— (figura 16) ornamentados en dicho metal y fuentes; además encontró semejanzas con materiales hallados en localidades al interior del valle de Lima, como Ate, La Encalada, Trapiche, Achinhuaylas y Ñaña. Afirma que en muchos de los entierros de la isla se encontraron, por lo general, uno o dos vasos de plata por contexto, pero que en uno de los entierros se recuperaron hasta cuatro vasos de dicho metal.

El artículo incluye un inventario no detallado de 478 objetos de plata procedentes de la isla y que guarda el Museo Nacional:

Once copas de plata con caras enteras y seis iguales en fragmentos;
Diez y nueve vasos y platos de plata grandes;
Siete platos de plata (y oro de baja ley) grandes;
Cinco máscaras de plata, de caras de momias postizas, algunas de estas en fragmentos;
Un collar de tubitos de oro;
Dos pinzas de oro y otros pedacitos del mismo metal;
Siete pinzas de plata;
Ochenta cuentas redondas de plata, grandes;
Y unas trescientas cincuenta piezas cuadradas de plata (y oro de baja ley) (véase anexo).

Algunos de los objetos recuperados por Uhle, le sugirieron que las poblaciones enterradas en la isla gozaban de una posición social privilegiada.

Digno de mencionarse y entre tales objetos un paño de ocho metros de largo pintado con figura de grandes y con una orla de innumerables figuras chicas representando prisioneros los cuales llevan una soga atada al cuello; dos hondas (desgraciadamente hay una rota) que estuvieron plateadas en toda su extensión; una cuchara larga (o ¿sonaja?) de plata; soportes de plata para las plumas de una corona. Dentro de una tinaja grande se hallaron tres osos disecados, con algodón embutido dentro del cráneo y otras partes (véase anexo).

Uhle menciona que en los entierros encontró gran cantidad de elementos para tejer. Dicha afirmación nos conduce a un tema que merece especial atención y que constituye una de las hipótesis de trabajo del PAISL: está relacionado con el enterramiento ritual de un grupo de mujeres dedicadas a la manufactura de finos tejidos, probablemente para fines ceremoniales de uso común en contextos rituales. Durante las excavaciones del PAISL en Caleta de La Cruz se documentó el Contexto Funerario E-VIII: junto al fardo principal fueron enterrados dos niños (sexo por definir), adicionalmente como parte del ajuar funerario se registraron dos canastas con gran cantidad de instrumental para la manufactura de prendas textiles, entre los que podemos mencionar, estacas, lanzaderas, espadas, agujas, palos para tejer, husos y piruros, ovillos, entre otros. (Hudtwalcker & Pinilla, 2005). A diferencia de Uhle, pensamos que estos enterramientos provienen del continente, probablemente la residencia de los individuos enterrados fue en el Complejo Arqueológico de Armatambo en el distrito de Chorrillos.

Es probable que en el cementerio prehispánico de Caleta de La Cruz se enterraran poblaciones con diferente estatus social, como fue el caso de las mujeres tejedoras, las cuales serían uno de los grupos componentes en dicho cementerio. Tal vez, el factor común entre los diversos grupos de personas enterradas en dicho lugar, radicó en considerar a la isla como pacarina o lugar de origen mítico. Los testimonios recuperados por Pablo Macera (1991) son argumentos a favor de nuestra hipótesis, ya que al entrevistar a los pescadores antiguos del Callao, éstos se referían a ella con el término quechua «huachac», que significa «la que pare» (ver figura 12).

Con relación al número total de objetos recuperados por Uhle en la isla, consideramos que el catálogo de 1911 (Ríos & Retamozo, 1978) proporciona los mejores indicios, aunque tampoco permite determinar de manera precisa la cantidad de objetos recuperados. La relación de objetos mencionados en el artículo de 1907, es un listado genérico de los objetos que Uhle consideró más importantes, probablemente con la finalidad de llamar la atención respecto a la importancia de los hallazgos.

Al comparar el listado de objetos mencionados en el artículo periodístico con el catálogo del Museo Nacional encontramos que existen algunos hallazgos que aparentemente no aparecen en el catálogo, como

es el caso de los tres osos disecados con algodón. En el catálogo encontramos que el objeto 3387, incluido en el número 65 del rubro Material Orgánico corresponde con los «... Restos de un oro? embutido, encontrado con los de dosoros menores en un tinajón grandazo, muy hondo.», probablemente al momento de transcribir los manuscritos de Uhle confundieron la palabra oso con el término oro.

En la actualidad, en los depósitos del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú se guarda lo que se conoce como la Colección San Lorenzo, en la que se incluye un conjunto de objetos de cerámica, metales, textiles y madera. La colección en su mayoría se compone de hallazgos recuperados por Uhle, pero también se incluyen algunos textiles donados por particulares. Gracias a las facilidades brindadas por el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú tuvimos acceso a parte de la colección. En el estado actual de los inventarios se hace necesario realizar un balance entre los materiales mencionados en el catálogo de 1911 y los que actualmente se encuentran en los depósitos del mencionado Museo.

Por lo expuesto, podemos establecer a manera de balance el significado de las investigaciones de Max Uhle en la isla San Lorenzo:

Debemos resaltar el aspecto pionero de sus trabajos pues fue el primer investigador que realizó estudios de manera «científica» de las evidencias culturales prehispánicas registradas en el lugar. En tal sentido, es un precursor en los trabajos de puesta en valor del patrimonio cultural y natural de la Nación, especialmente en su visión del hombre andino y su relación con el medio ambiente, en donde el mar y las islas fueron parte de su medio de subsistencia y explicación de sus orígenes.

Consideramos que sus planteamientos cronológicos de la ocupación cultural prehispánica en la isla fueron en términos generales acertados, si tomamos en cuenta el contexto histórico de sus trabajos a inicios del siglo XX, en donde no se contaba con las herramientas de medición absoluta con los que hoy se disponen, como es el caso de los fechados de radiocarbono.

Sus trabajos permitieron recuperar una serie de hallazgos importantes, entre los que resaltan objetos de plata, como algunos vasos retrato y un gran manto textil de algodón con diseños de representaciones pintados. Lamentablemente, al no contar con las notas de campo respectivo, se dificulta el trabajo de contextualización de los especímenes recuperados; la poca precisión en los registros y documentación publicados con los que se cuenta, no permiten establecer ni el número preciso de contextos funerarios ni el número total de objetos recuperados. La colección recuperada por Uhle en la isla, es la única de todas las colecciones excavadas por él, que aún permanece en nuestro país (figura 14).

Como limitaciones de su investigación podemos mencionar que sus trabajos se restringieron exclusivamente al flanco protegido de la isla y se concentraron en un sector del cementerio prehispánico, ubicado en el extremo sureste de la isla. Tampoco tenemos precisión



Figura 16. Orejera de madera con incrustaciones de nácar. Colección Uhle/San Lorenzo. MNAAHP. Fotografía de José Pinilla B.

respecto a todas las zonas donde realizó excavaciones y desconocemos si realizó algunas en el asentamiento colindante con el cementerio. Al respecto, reiteramos que existe un pobre registro documental de sus trabajos, lo cual es la principal causa de las limitaciones al evaluar sus trabajos.

Un aspecto por considerar es su marcado interés y pauta de referencia, principalmente con respecto de los objetos muebles recuperados, limitándose a descripciones de los mismos de manera descontextualizada. Es probable que dicho sesgo fuera común en otros estudios contemporáneos quienes también pusieron el énfasis en el estudio de los bienes muebles recuperados frente al estudio de la población antigua.

ALCANCES Y PERSPECTIVAS DEL PROYECTO ARQUEOLÓGICO ISLA SAN LORENZO

Las investigaciones del PAISL iniciadas en el 2003 permiten una reevaluación del legado de Max Uhle, además de ampliación de la base material. La metodología de trabajo de nuestra investigación y el mayor tiempo de permanencia en la isla, sumado a los avances de la tecnología permiten un mejor y preciso registro de las evidencias recuperadas, facilitó la comprensión de la historia cultural de la isla. Durante el tiempo de nuestras investigaciones hemos podido recorrer y explorar de manera extensiva todo el territorio de la isla, incluidos ambos flancos, protegido y expuesto, a diferencia de Uhle que solo se concentró al parecer, en algunos sectores del flanco protegido. Asimismo, se realizaron excavaciones de manera intensiva en el cementerio y asentamiento prehispánicos ubicados en Caleta de La Cruz (figura 17).

En lo que respecta al cementerio, este se compone de dos sectores, los cuales han sido denominados como cementerio grande y cementerio pequeño, ambos separados por una loma: el primero, con presencia de enterramientos de gran profundidad, con individuos depositados en posición sentada fuertemente flexionados, con ajuares funerarios ricos y variados; el segundo, con enterramientos menos profundos, con individuos depositados en posición extendida y con ajuares sencillos. Por lo descrito en la publicación de El Comercio (1907), Uhle solo excavó en el sector que hemos denominado cementerio grande.

Durante la temporada 2004 del PAISL se recuperó un total de diez contextos funerarios, siete en el cementerio grande y tres en el cementerio pequeño. Los contextos recuperados son los únicos excavados de manera científica. Uno de los componentes reconocidos del



Figura 17. Detalle del perfil arqueológico en el asentamiento prehispánico de Caleta de La Cruz. Se observa una vasija in situ, probablemente para almacenar líquido; asimismo, se aprecian los diferentes niveles y superficies de ocupación. Fotografía de José Pinilla B.

cementerio grande es la presencia de individuos de sexo femenino, dedicados a la manufactura de finos tejidos, probablemente para los personajes de elite allí enterrados o de los templos inmediatos en el continente. Por

los materiales asociados, probablemente ambos sectores funerarios fueron contemporáneos; solo el análisis de radiocarbono determinará si nuestra hipótesis de trabajo es correcta (figuras 18 y 19).



Figura 18. Entierro V. Cadáver depositado decúbito dorsal. Excavado por el PAISL en el sector denominado cementerio pequeño. Fotografía de José Pinilla B.



Figura 19. Entierro VIII. Fardo con falsa cabeza que contiene un cadáver colocado en posición sentada fuertemente flexionada. Junto con el individuo principal fueron enterrados dos jóvenes (probablemente de sexo femenino) y como parte del ajuar funerario se recuperaron dos canastas con instrumental para la confección de textiles. Excavado por el PAISL en el sector denominado cementerio grande. Fotografía de José Pinilla B.

El asentamiento prehispánico colindante con la zona del cementerio grande, consiste en un área de viviendas temporales, de poblaciones dedicadas a la explotación de los recursos hidrobiológicos de la isla. Se efectuó la limpieza de un perfil arqueológico en el asentamiento, gracias al cual se documentó que las edificaciones corresponden a pequeñas terrazas de piedras y paredes de cañas. También se registró in situ una vasija para almacenar líquido. Probablemente el asentamiento cumplió las funciones de puerto y embarcadero y como base para las actividades de extracción de mesodesmas (machas) en las playas de arena del flanco

expuesto. El asentamiento fue contemporáneo con el cementerio y fue ocupado por poblaciones de la cultura Ichma, propia de los valles del Rímac y Lurín.

Evidencias de la época prehispánica se registraron en otras partes de la isla, fuera de la Caleta de La Cruz. Las prospecciones y excavaciones determinaron que existen basurales o conchales de épocas prehispánicas, dispersos en un área al norte de la Caleta de La Cruz, que comprende desde Caleta Pescadores hasta el norte de Caleta Sanitaria, en el flanco noreste, el flanco protegido. Las poblaciones prehispánicas explotaron la pesca, los recursos hidrobiológicos y el guano de la isla (figuras 20 y 21).



Figura 20. Detalle de piruros en sus respectivos husos, instrumentos para hilar. Entierro VIII, asociación 6. Fotografía de José Pinilla B.



Figura 21. Detalle del remate con representación antropomorfa de espadillas de telar. Entierro VIII, asociación 6. Fotografía de José Pinilla B.

Cronológicamente los contextos funerarios recuperados en ambos sectores del cementerio, las evidencias registradas en el perfil del asentamiento y demás vestigios recuperados en el marco de nuestras investigaciones, corresponden a las fases finales del Período Intermedio Tardío y del Horizonte Tardío, es decir entre los siglos XV-XVI d.C.

El proyecto se ha trazado como objetivo el estudio integral de todas las evidencias recuperadas durante el trabajo de campo, investigación que contempla el análisis de todos los elementos y componentes asociados, como los culturales, biológicos, geográficos, químicos, palinología, entre otros. Un verdadero estudio de la población antigua en la isla, debe incluir estudios de antropología física y paleopatología, incluyendo análisis del ADN antiguo y radiocarbono.

Otro objetivo de la investigación es poder establecer la relación existente entre las poblaciones enterradas en la isla y las que explotaron sus recursos hidrobiológicos. Como la investigación está enfocada en el estudio del hombre y no en los objetos, el análisis de la cultura material nos permitirá entrar al conocimiento del mundo de las ideas de los pobladores enterrados en la isla (figura 22).

Otro de los objetivos del PAISL es realizar el estudio íntegro de la Colección Uhle de la isla San Lorenzo, depositada en los almacenes del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú. Al presente y gracias al apoyo de dicha institución, estamos llevando a cabo el estudio iconográfico del gran manto de algodón. Los resultados de las investigaciones del proyecto servirán como base para poder contextualizar los hallazgos de Uhle. Sabemos que el objetivo propuesto es un reto exigente, tomando en cuenta lo escaso del registro y disperso e incompleto de la documentación y de los materiales recuperados por él.



Figura 22. Cantimplora con decoración de pez inciso. Estilo Ichma. Entierro III, asociación 9. Excavado por el PAISL en el sector denominado cementerio grande. Fotografía de José Pinilla B.

AGRADECIMIENTOS

Deseamos expresar nuestro agradecimiento a la Marina de Guerra del Perú, que a través de la Dirección de Intereses Marítimos e Información viene patrocinando esta investigación, así como al Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú y a la Fundación Miguel Grau. Finalmente a las instituciones y organizadores del Simposio Internacional sobre Max Uhle.

ANEXO

Trascripción del artículo de Max Uhle en el diario El Comercio, edición del día 23 de junio de 1907.**Hallazgos arqueológicos en la isla de San Lorenzo**

Tenemos la costumbre de considerar al indio, especialmente al indio del Perú, como un ser más pegado a la tierra, más apto para las cosas de la tierra que para los riesgos del mar, muy deseoso para cultivarla y caminar a pie, pero que tenía muy poco hábito de embarcarse y lanzarse a las olas e internarse en el mar. Nos habíamos aferrado a esta idea con tanta mayor facilidad porque la costa pacífica del continente tiene pocos puertos o caletas buenas y porque faltan también, por lo general, islas frente a la tierra firme que por sí mismas son un incentivo para despertar el tráfico. Resulta, además que las pocas islas que allí existen son áridas y por eso parecen poco a propósito para llamar la atención hacia ellas aún entre la gente de mar. Pero la poca extensión del tráfico por mar del indio que generalmente observamos, se debía más a la falta de inclinación de su carácter. Quizá la clase de embarcaciones de que se valían no alcanzó mucho desarrollo que se diga y esto se debía más a la falta de materiales bien apropiados para su construcción que a otras circunstancias. Aún cuando el indio no encontraba los materiales que nuestra actual civilización nos permite aprovechar para la construcción de embarcaciones, lo vemos embarcarse en botes hechos de totora, como sucede en casi toda la costa norte del Perú o en el lago Titicaca, o en balsas hechas de una madera liviana, especial, (palo de balsa) como se ve también en el norte y en los ríos de la montaña. Estas balsas de madera y de totora navegan muy lentamente, pudiendo calcularse que en el lago Titicaca una balsa de totora con su vela también de totora avanza a razón de unos veinte minutos por Kilómetro. Pero es de saberse que en muchos casos el tiempo era un factor que valía muy poco para el indio. Con embarcaciones tan frágiles y de caminar tan lento el indio mantenía un extenso tráfico casi por toda la costa. Los productos materia de este tráfico se encuentran en los entierros; y no faltan noticias del tiempo de la conquista de embarcaciones peruanas halladas en alta mar, lejos del país de su procedencia. Así, Prescott da la noticia de que el piloto Ruiz capturó una balsa peruana de Tumbes que navegaba cerca del cabo San Mateo (en el Ecuador) y que iba cargada con mercaderías de diferentes clases como tejidos, conchas, ollas negras, etc. Es esta la razón por la cual encontramos conchas coloradas (*Spondylus* sp.) de origen centroamericano en inmensas cantidades en los entierros de casi todos los periodos de civilizaciones peruanas en la costa y tejidos y ollas negras de carácter Chimú en muchas sepulturas de la costa sur hasta Pisco. Los monitos que de vez en cuando se encuentran en los entierros de la costa, y que además han sido representados en tejidos, en vasos de barro y plata y en madera súper abundantemente, son del mismo tipo que los que todavía se venden a los pasajeros en los vapores en Guayaquil.

Este extenso tráfico no desapareció en manera alguna con la conquista de la costa por los incas, como bien pudiera creerse dado que los conquistadores venían de la tierra adentro, sino que más bien parece haber tomado nuevo incremento. Los Incas regularizaron por ejemplo, la exportación del huano en las islas de Chincha. Ya la prueba de ello, además del testimonio de los viejos historiadores, está patentizada en el Museo Nacional por un hallazgo hecho en la isla del medio día por el Señor don Ambrosio Solari, quién tuvo la bondad de obsequiarlo a nuestra institución. Este hallazgo interesantísimo por demás, consiste en tinajas, platos de barro y copas de madera de tipo incaico y de algunas figuritas de oro de carácter diferente, probablemente al tipo de Chincha, pero sin duda de manufactura coetánea con aquellos objetos, pues todos fueron encontrados juntos en el mismo depósito. Una prueba palpable de la gran extensión del tráfico marino por los incas fue encontrada por el Sr. George Dorsey en la isla de La Plata en el Ecuador. Este viajero americano desenterró en aquella isla varios vasos de barro y algunas figuras de oro, todo ello de puro tipo incaico. Como se ve, los intereses de los antiguos peruanos en el mar eran de diferentes naturalezas: intereses comerciales para el intercambio de los productos de los valles; el interés en los depósitos grandes de huano en las islas y la pesca, tanto para obtener pescados como moluscos, que para todos los habitantes de la costa, era un artículo importantísimo para su alimentación.

Bien, pues, bajo este punto de vista una exploración arqueológica en la isla de San Lorenzo, frente al valle de Lima revestía interés, y la dirección del Museo Nacional, que comprendiéndolo así las ha llevado a cabo, tiene la satisfacción de dar cuenta de sus resultados, conforme a los datos contenidos en la colección arqueológica de la isla que desde hace varios días se exhibe en las vidrieras del museo.

La isla de San Lorenzo, la principal entre varias islas situadas frente al valle de Lima tiene una extensión de siete millas sobre poco más o menos por unas tres de ancho, y dista de la tierra firme unos cinco y medio Kilómetros. Es una roca árida cuyas cumbres se elevan hasta más de 400 metros. La costa S. E. que presenta más interés para estudios arqueológicos que la opuesta, por ser más abrigada y estar situada directamente en frente del Callao, es accesible en muchas partes y ofrece algunas buenas caletitas, pero no contiene recursos propios para poder vivir en ella, de manera que bien podría calificarse como inhabitable: el agua y los víveres son llevados desde El Callao. En muchos de los peñascos pegados a sus playas hay moluscos comestibles y sus aguas son abundantes en pesca. Dícese que en tiempo de lluvia se recoge un poco de agua potable en las cumbres más altas; pero tal cosa no merece tomarse en consideración. La isla no produce absolutamente nada como no sea cierta grama en la parte alta, de que se alimentan los conejos

que allí se han multiplicado bastante. En la parte sur hay una cierta cantidad de huano, que en la actualidad se está embarcando para el cultivo de la costa.

Con tan poco interés como ofrece la isla exteriormente en sus recursos naturales, se predispone el ánimo, y debe creer uno, que los restos arqueológicos no ofrezcan tampoco interés alguno, pero por raro que parezca, hasta cierto punto, acontece lo contrario.

Los restos que allí se encuentran son de diferente carácter, en la parte norte son unos cuatro grandes y otros menores yacimientos de Kjoekkenmoeddings o sea restos de conchas que han servido para la comida, mezclados con ceniza, huesos de pájaros y grandes cantidades de paja, de totora, de caña, etc. En los depósitos más extensos, los yacimientos de conchas alcanzan un espesor de uno y medio y aún dos metros consistiendo casi enteramente de conchas, lo cual mueve a suponer que los indios que consumían esas conchas las comían crudas.

En varias partes las conchas cubren toscas murallas de piedra, que ponen claramente de manifiesto la existencia de chozas en esos lugares. Pero no se encuentra ningún artefacto ni fragmentos de alfarería en los tales depósitos, ni restos de entierros, ni en ellos ni en las vecindades razón por lo cual ocurre preguntar si estos restos han sido abandonados allí por el hombre antiguo o por pescadores modernos, que solo se detenían en esos lugar de vez en cuando y que comían las conchas que ellos mismos recogían de los peñascos vecinos. Un solo disco pequeño de piedra perforada fue extraído de aquellos depósitos; pero este pequeño disco daba suficiente luz para probar que los yacimientos son antiguos y no tienen origen moderno. Los indios que paraban allí se servían de los cardones (*Tillandsia*) de los cerros vecinos como leña, según se ve por las muchas raíces de aquellos vegetales medio quemadas cuyos vestigios andan mezclados con ceniza. El indio de las playas se contentaba con cualquier clase de combustible que encontraba en los lugares vecinos. En otras partes como en Lomas aprovechaban las algas marinas disecadas, aquí aprovechaban los cardones de los cerros y por eso incurre uno siempre en muchos errores si para explicar la existencia del hombre antiguo, no se tiene en cuenta su gran versatilidad para hallar recursos y la facilidad con que se contentaban.

Aquellos depósitos de conchas en la isla fueron observados por Charles Darwin; pero en la época en que ese naturalista realizó su viaje no se conocía la naturaleza de los Kjoekkenmoeddings en su verdadero origen, esto es, como depósito de conchas amontonadas por el hombre antiguo. Por eso Darwin incurrió en el grave error, de igual manera que con los depósitos de Bellavista, de considerarlos como prueba de un lejano levantamiento de la costa, tanto en la isla como en la playa firme. Ahora la naturaleza de los kjoekkenmoeddings está bien conocida en casi todas las costas del globo nos parece casi imposible que la existencia de conchas mezcladas con ceniza y otras reliquias en que se ve la mano del hombre haya podido ser explicada de otra manera que como humana.

Una figurita de barro hallada superficialmente en cierta ocasión en las inmediaciones de aquellos kjoekkenmoeddings nos hace presumir por su carácter arqueológico que aquellos depósitos de conchas no han sido extremadamente antiguos; sino más bien que son restos del hombre durante los cinco últimos siglos antes de la conquista.

Los restos arqueológicos que hay en el sur de la isla son de diferente carácter, y son ellos los que nos han permitido incrementar el museo con una de sus colecciones más interesantes.

Cerca de la extremidad meridional de la isla existe una depresión entre los cerros como en forma de anfiteatro. Allí, en la parte alta hay una gran cruz formada en tiempos de modernos con grandes piedras sobre el suelo, que ha dado origen a que se conozca ese lugar entre los marineros del Callao con el nombre de caletita de la Cruz. Hacia el lado opuesto hay una boca mina en donde se buscó, parece que infructuosamente, oro. En esta depresión muchos restos de toscas murallas de piedra indican la existencia de un pueblo antiguo, que ha juzgar por su extensión, puede haber dado albergue quizá hasta a unas 200 personas. No faltan grandes montones de ceniza mezclada con restos de conchas, lo que prueba que la gente que allí vivía no era solamente gente de tránsito, que llegaba un día para irse al siguiente. Al lado norte de la población se extiende un cementerio de buen tamaño; el cual como todos los de otras partes del país, tampoco ha escapado a la rapacidad de los huaqueros, cuyo interés fue atraído, según parece, primero por ciertas señales superficiales de varios entierros ricos, a juzgar por uno que había quedado intacto en el suelo cubierto por arena. Estas señales consistían en una plataforma de adobes cuadrada de unos dos metros por lado y con una piedra parada en el medio. Los entierros están a diferente profundidad; la mayor parte a dos metros y menos, y algunas hasta cuatro metros y más de hondura. Estos últimos fueron los más ricos pudiendo calcularse que en todos habrá sido entre dos y tres mil y muchos de los cuales no se encontraron en la posición original en que fueron sepultados por la sucesión de los entierros. En las tumbas se ha encontrado toda clase de objetos fuera de los bultos de las momias envueltas en algodón con cabeza postiza de género, objetos de metal, barro, piedras, madera nacre, hilo de algodón y de lana. En fin la variedad de objetos era tan abundante como podría haberlo sido en los descubrimientos de entierros en la costa. De mucho interés es el carácter cronológico y el de la civilización que esos entierros representan. Bien puede decirse que con pocas excepciones representan el carácter íntegro de la civilización del valle de Lima durante los últimos siglos que precedieron a la dominación española. Encontramos allí los vasos colorados pintados de blanco y negro que se hallan desde Pachacamac y Chorrillos hasta Ancón en toda la extensión de la costa; los vasos negros de técnica Chimú y de formas e ideas en parte incaicas, alfarería colorada un poco rústica pero interesante por su gran variedad de formas y por muchos ornamentos plásticos que tiene de un estilo que también se encuentra en muchos vasos del valle, pero que parece haber sido introducido de los valles vecinos del norte (Chillón y Chancay). Tampoco faltan en los vasos algunos del estilo puramente Inca. Entre los objetos de plata se repiten las copas con caras como las que hay en el museo procedentes de Ate y de La Encalada; los discos perforados de Ate, Trapiche y Ñaña,

las cuentas de plata como las de Trapiche, Topos de forma semejante a los de Trapiche, Ate, Encalada, Anchiuaylas y Ñaña, la ornamentación de objetos de madera con plata como en Ate y otras innumerables cosas más. Una fuente de plata corresponde por su forma con muchas de igual carácter que suelen desenterrarse en Ica; y algunos pocos vasos de tipo Chancay indican que los habitantes de la isla andaban en relación con los de Ancón y Chancay donde este tipo dominaba en los últimos siglos prehispánicos. Es muy curiosa la forma cúbica de una de las momias, bien conservada, de la que se ha descubierto iguales en varias ocasiones en Chorrillos. Dábanle esa forma introduciendo cuatro palos verticales en el bulto que formaban con la momia, de manera que conservaban esa forma al envolver la momia con la gran cantidad de trapos que acostumbraban. Por este indicio como por algunos otros, parece que las relaciones de los insulares eran particularmente estrechas con la gente de Chorrillos.

Pero las estrechas relaciones entre los habitantes de la isla y los de la costa no es lo único que de singular manera despierta nuestro interés por estos hallazgos. Más interés tiene para nosotros el que nos despierta la existencia de una civilización como la que encontramos pocas veces en tierra firme. Con toda costumbre en gran número de entierros se ha encontrado vasos de plata, uno o dos; y en uno de esos entierros se hallaron hasta cuatro vasos de ese metal de manera que tiene el museo en esta colección grande de objetos de plata más o menos lo siguiente:

Once copas de plata con caras enteras y seis iguales en fragmentos;

Diez y nueve vasos y platos de plata grandes;

Siete platos de plata (y oro de baja ley) grandes;

Cinco máscaras de plata, de caras de momias postizas, algunas de estas en fragmentos;

Un collar de tubitos de oro;

Dos pinzas de oro y otros pedacitos del mismo metal;

Siete pinzas de plata;

Ochenta cuentas redondas de plata, grandes;

Y unas trescientas cincuenta piecitas cuadradas de plata (y oro de baja ley)

Fuera de esto los collares de plata en forma de alambres; los discos perforados de plata y las cuentas de plata, son más pesadas y más grandes que las que se han encontrado en los entierros en la costa.

Y en medio de todo esto no hay que echar en olvido que los entierros más ricos ya habían sido explotados antes y se encontraban las tumbas vacías. Un tapiz de algodón cuadrado, adornado en sus primitivos tiempos con muchas piezas de metal fino, probablemente de oro, ya no las tenía, y fue cogido sin ellas.

Algunos objetos de formas raras indicaban el bienestar poco común de aquellos habitantes. Digno de mencionarse y entre tales objetos un paño de ocho metros de largo pintado con figura de grandes y con una orla de innumerables figuras chicas representando prisioneros los cuales llevan una soga atada al cuello; dos hondas (desgraciadamente hay una rota) que estuvieron plateadas en toda su extensión; una cuchara larga (¿o sonaja?) de plata; soportes de plata para las plumas de una corona. Dentro de una tinaja grande se hallaron tres osos disecados, con algodón embutido dentro del cráneo y otras partes.

Merece también llamarse la atención hacia la originalidad de la forma en varios ornamentos plásticos de los vasos colorados, aunque no todos conforme a la decencia.

¿Cómo podría explicarse la existencia de una población antigua tan rica en una isla que parece carecer de todos los recursos indispensables para la vida?

Los dos o tres mil cadáveres que se encuentran en el cementerio corresponden a una población de unos doscientos individuos que deben haber vivido allí quizá por unos tres siglos. Sin duda la población ha sido sedentaria en la isla. Todo parece indicar esto, hasta la cantidad de elementos para tejer encontrados en los entierros. Los numerosos restos de habitaciones; las grandes cantidades de ceniza de cocina, etc., todo esto junto se puede explicar solamente por el hecho de que la población ha sido allí de carácter estable por mucho tiempo; y por eso hay que descartar la hipótesis de que muertos de la costa hayan sido transportados a la isla solamente para darles sepultura en ese lugar.

Probablemente esta población se mantenía de la pesca, como en el día lo hacen todavía varias familias de pescadores que viven en la isla.

El cambio de productos de la pesca —pescados y moluscos— con los habitantes del valle, que necesitaban esos artículos para su subsistencia a su vez ha de haberles proporcionado los medios para la vida y la riqueza poco común que encontramos en sus entierros.

Los dos o tres mil cadáveres que se encuentran en el cementerio corresponden a una población constante..

Habrán tenido balsas de palo, como las hay todavía en Paita y aún en la playa Hermosa de Ancón, muy cerca de la isla, y siempre las habrá habido en las costas peruanas, como las había ya hacía el año de 1600 en Paita, según noticias antiguas que tenemos.

Por medio de esas balsas, los isleños llevaban a la costa su pesca, volviendo con los productos de canje que tenían establecido y con agua potable, que falta en la isla; y es así como el hallazgo de los restos de que hemos tratado, nos enseñan la existencia de un sistema de tráfico marino y comercio organizado en tiempo antiguo, digno de la desarrollada civilización del imperio de los incas.

Lima, junio de 1907

Dr. Max Uhle

BIBLIOGRAFÍA

- ARRÚS M., D. (1904). *El Callao en la época del coloniaje - antes y después de la catástrofe de 1746*. Callao: Imprenta El Callao.
- CASTRO, J. F. (1890/91). Ojeada Rápida sobre la isla San Lorenzo. *Semanario Perú Ilustrado*, 190-217.
- HUAPAYA Manco, C. & L. ROSELLÓ TRUDEL (1974/75). Informe Preliminar Sobre Sitios Sin cerámica en la isla San Lorenzo, Callao-Perú. *Boletín del Seminario de Arqueología del Instituto Riva-Agüero-PUC*, 15-16, 13-28.
- HUDTWALCKER, J. A. & J. F. PINILLA (2004). Proyecto Arqueológico San Lorenzo 2003-2004. *Revista de Marina*, 2, (1997), 55-64.
- HUDTWALCKER, J. A. & J. F. PINILLA (2005). Puerto y Cementerio Ichma en el Complejo Histórico Arqueológico de Caleta La Cruz, isla San Lorenzo. *Revista de Marina*, 2, (1998), 14-28.
- ISLA, J. (1995). Materiales recuperados por Max Uhle (1906-1907) en la isla San Lorenzo, costa central del Perú. *Gaceta Arqueológica Andina*, 24, 73-91.
- KAULICKE, P. (Ed.) (1998). *Max Uhle y el Antiguo Perú*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- MACERA, P. (1991). Introducción. En Prado T., E. & A. Prado P. (Eds.) *Phelipe Guaman Poma de Aiala Y no ay remedio*, (pp. 23-80). Lima: Centro de Investigación y Promoción Amazónica (CIPA).
- RÍOS, M. & E. RETAMOZO (1978). *Objetos de metal de la isla San Lorenzo*. Arqueológicas, 17.
- UHLE, M. (1907). Hallazgos arqueológicos en la isla de San Lorenzo. *El Comercio*, 23 de junio.

LOS TRABAJOS DE MAX UHLE EN EL CEMENTERIO DE NIEVERÍA Y SU CRONOLOGÍA A LA LUZ DE INVESTIGACIONES RECIENTES

Rafael Valdez¹

INTRODUCCIÓN

Pese a su importancia para la investigación, el sitio Cementerio de Nievería y los trabajos de Max Uhle en el área de Cajamarquilla y Huachipa a principios del siglo XX, así como la adecuada documentación y estudio de los materiales hallados en el valle medio del Rímac, han tenido como característica común un marco de imprecisión de larga data en la historia de la investigación arqueológica de los Andes. En este trabajo se presentan mayores alcances acerca de ellos mediante una revisión más rigurosa de las fuentes disponibles, tanto de archivo como de material cerámico, como parte de un trabajo de investigación más amplio que tiene como objetivo una revisión de la definición del estilo Nievería con el apoyo de la reconstrucción aproximada de los contextos funerarios encontrados tanto por el investigador alemán como por otros estudiosos. Junto con sus trabajos en Ancón, Pachacamac y Maranga, la importancia de los trabajos de Uhle resalta entre otros aportes más recientes, ya que los materiales que encuentra constituyen la base sobre la que se plantean una de las primeras secuencias cronológicas para los Andes prehispánicos.

EL COMPLEJO DE CAJAMARQUILLA Y EL ÁREA DE HUACHIPA

El complejo de Cajamarquilla, en el área de Huachipa que incluye al Cementerio de Nievería, se encuentra en el distrito de Lurigancho-Chosica, provincia de Lima y al este de la ciudad capital (figura 1). Este complejo comprende unas 167 hectáreas (Mogrovejo & Segura, 2001, p. 565; Segura, 2001b, p. 27) y se compone de varios montículos y conjuntos de diversas dimensiones —como los denominados Pedro Villar Córdova y Jorge C. Muelle, entre otros— y un gran sector aglomerado de edificios de planta ortogonal, hechos de tapia y dispuestos

en la parte plana, que rodean las elevaciones artificiales y las cubren también. Las primeras referencias acerca de su existencia (Bueno, 1974-1975)² y las investigaciones sobre las numerosas ocupaciones del área de Cajamarquilla, Huachipa y del valle medio del Rímac en general, han tenido varios avances. Se han detectado ocupaciones desde el Horizonte Temprano (Palacios, 1988; Silva *et al.*, 1982; Silva, 1992; Silva & García, 1997; Segura, 2001a), Periodo Intermedio Temprano (Gayton, 1927; Sestieri, 1963, 1971; Cerulli, 1967, 1969; Silva, 1992; Guerrero & Palacios, 1994; Mogrovejo, 1996; Kaulicke, 1998; Mogrovejo & Segura, 2001), Horizonte Medio (Muelle, 1935; Sestieri, 1963, 1971; Cerulli, 1967, 1969; Cavatrunci, 1991; Silva, 1992; Mogrovejo, 1996; Kaulicke, 1998; Mogrovejo & Segura, 2001, entre otros) —si bien esta presencia constituye un tema que ha generado debates posteriores por parte de investigadores que no necesariamente excavaron en el lugar—, Periodo Intermedio Tardío (Sestieri, 1963, 1964; Silva, 1992; Segura, 2001a, 2002; Narváez, 2006; Villacorta, 2005) y, muy posiblemente, de la época inca, al contrario de lo que sostienen varios estudiosos (Stumer, 1957, pp. 226, 227; Silva, 1992). Como se infiere, este hecho refleja casi la secuencia completa de las ocupaciones del periodo prehispánico andino, un fenómeno común a diversos sitios de la costa central (Kaulicke, 1998, pp. 314-315).

De manera específica, el complejo de Cajamarquilla se ubica en un cono de deyección en la margen derecha del Rímac, como menciona Cavatrunci (1991, p. 356), en el límite entre el valle medio y el bajo, rodeado por el gran macizo del cerro Camote al norte (el de mayor altura), la quebrada de Jicamarca al noreste, el cerro Matabuey al sur (ver Silva, 1992, figura 1; Silva & García, 1997) y las extensas áreas cultivables de la llanura de Huachipa al oeste. Con presencia de lloviznas muy eventuales se activan flujos de barro que discurren por

¹ Pontificia Universidad Católica del Perú, Departamento de Humanidades, Lima, Perú.

² Bueno (1974-1975, p. 173) señala que las Informaciones de Toledo proporcionan referencias a Cajamarquilla en la sección correspondiente a las reducciones indígenas de Los Reyes. Estas reducciones se realizaron entre 1572 y 1580. Laporte (1799, citado en Bueno 1974-1975, p. 173), la llama «Caxamarca La Vieja» y la ubica en el «valle que llaman Guachipa al nordeste de Lima». Asimismo, entre 1892 y 1894, Adolph Bandelier exploró varios sitios del Perú, entre ellos Cajamarquilla, uno de los más grandes del valle del Rímac.

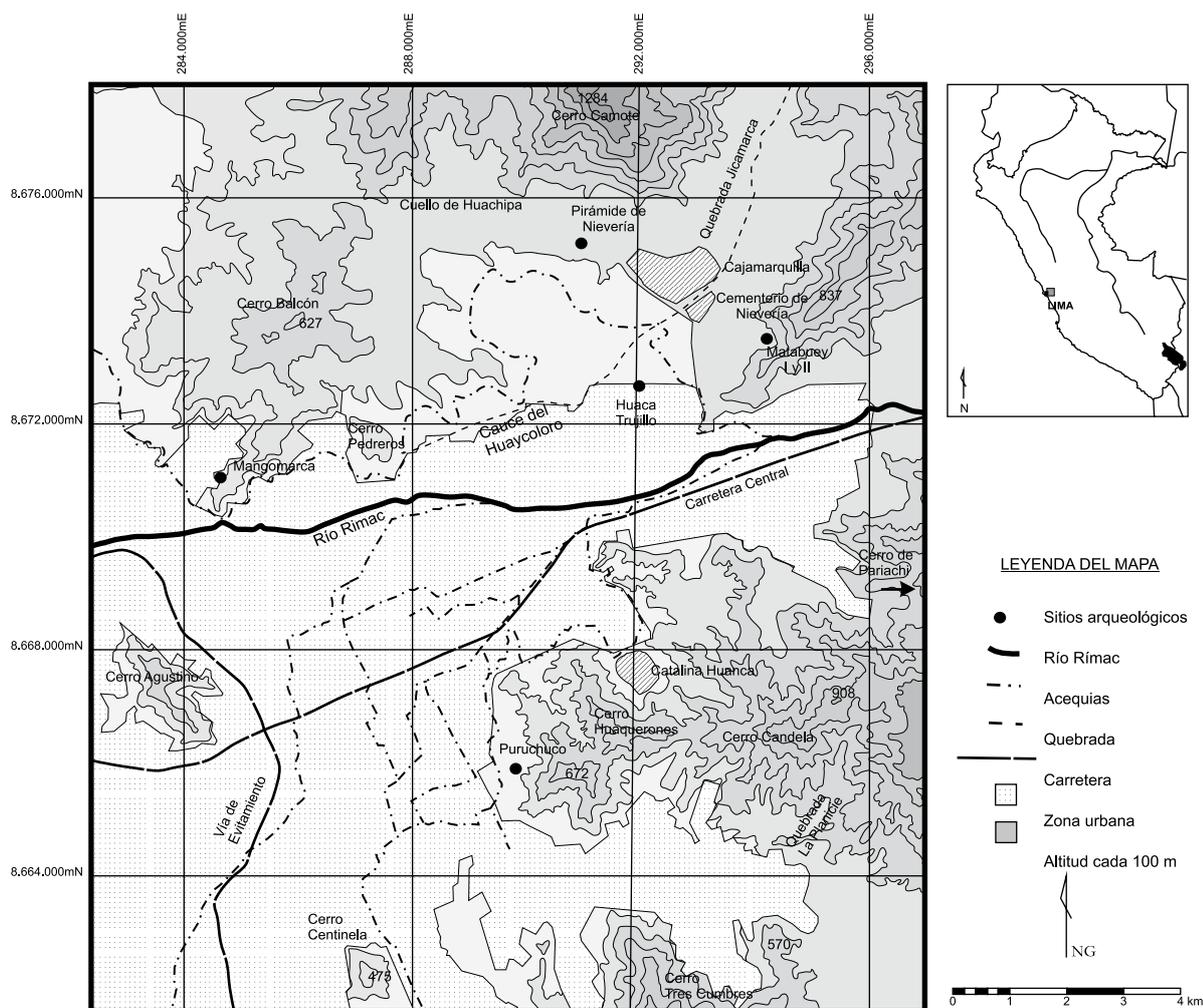


Figura 1. Mapa de ubicación de los sitios de Cajamarquilla y el Cementerio de Nievería en el valle medio del Rímac (dibujo elaborado por Gabriela Cervantes).

el cono y siguen, además, el cauce del Huaycoloro³. Apenas hay vegetación, ya que la zona es muy árida, aunque dada su altura con respecto al nivel del mar —ubicada en el límite superior de la costa o chala, según Pulgar Vidal— se puede encontrar achupalla (*Tillandsia paleacea*; ver fotos aéreas del Servicio Aerofotográfico Nacional [SAN] de 1944) Grandes cantidades de estas pequeñas plantas conformaban un «tilansial» (sic) que se alimentaba con la neblina, cubría las ruinas y hoy ya no existe (Ferreira 1986, p. 67; ver Kosok, 1965, figura 67). Según Rostworowski, esta área se ubica en la zona de la *Chaupi Yunga*, una «[...] franja ecológica longitudinal a la costa que se encuentra entre los 200 a 1200 metros sobre el nivel del mar» (Rostworowski, 1989, p. 246).

Desde la época prehispánica esta región constituye un área intensamente cultivada a juzgar por la presencia

de grandes canales al pie de los cerros circundantes y en la llanura. El mismo canal de Nievería se encuentra al borde del complejo y, aunque modificado con el tiempo, lleva agua a los sectores en los que aún se realizan actividades agrícolas. En la época republicana conformaba la zona donde se asentaron las vastas haciendas Nievería y Huachipa. Hoy en día, en cambio, se está poblando de asentamientos humanos y se explota la arcilla de las extensas capas de sedimentos del cono de deyección de la quebrada para hacer ladrillos en terrenos convertidos en adoberas. En cuanto al nombre, Villar Córdoba (1935) menciona que, hacia la parte noreste, estaba el antiguo camino de Nievería que, en la época colonial, comunicaba Lima, Canta y Cerro de Pasco,

por donde bajaba en verano el arrieraje que conducía los trozos de hielo extraídos de los nevados de «Tambillo»

³ En cuanto al nombre «Huaycoloro», queda pendiente una investigación en torno a la toponimia del lugar. Por lo pronto, Rostworowski llama la atención acerca del significado del término «huayco»: «Actualmente en Lima se utiliza erróneamente el término “huayco” para una avalancha de piedras, barro y agua, porque “huayco” significa la quebrada por donde discurre la avalancha» (Rostworowski, 2005, nota 1).

que se hallan en las alturas de Carampoma para la preparación de refrezcos, etc. en la capital de la República... El sitio que actualmente se llama «Corral de nieve» dio origen al nombre del fundo «Nievería», lugar donde descansaban los heladeros en la época colonial (1935, p. 52).

Según dicho autor, el camino fue estratégico en tiempos prehispánicos, la Colonia y los primeros tiempos de la República.

DESCRIPCIÓN Y UBICACIÓN DEL CEMENTERIO DE NIEVERÍA

El mismo Uhle no dejó indicios claros de la ubicación del famoso yacimiento. En su publicación resumen de las investigaciones realizadas en Lima (Uhle, 1910; Kaulicke, 1998, pp. 246, 249) no presenta un mapa respectivo y solo indica, de manera general, que se encontraba «[...] en la parte alta de Lima, cerca de Nievería [...]», determinación y situación ambiguas que continuaron posteriormente (ver más adelante). Su ubicación más precisa se debe a una fuente poco consultada: en 1974, Carlos Milla fue comisionado, junto con Mercedes Cárdenas, para realizar el catastro del valle del Rímac y en dicho trabajo aparece un sitio llamado Cementerio de Nievería. En sus registros (1974, ficha 188, p. 637), el yacimiento aparece con el código 24j-14D-3, y en su material predominante destacan los «adobes» y «adobitos». Su ubicación geográfica corresponde a la longitud 2°9'28"O y la latitud es 86°6'39"O, a 390 metros sobre el nivel del mar y su área es de 100 por 300 metros. Con el objeto de ilustrarlo y contrastarlo, la foto aérea SAN 340-1631 (1944) muestra la zona árida en que se encuentra el Cementerio y a este como un área saqueada de planta aproximadamente circular, cuyo centro presenta hoyos de gran diámetro (figura 2). Como se observa, se sitúa en la margen izquierda del Huaycoloro, separado por este del complejo de Cajamarquilla, y lo bordea el canal de Nievería por el sur, oeste y norte. La foto aérea revela detalles que, en la actualidad, han desaparecido, como una zanja de orientación noroeste-sureste que lo separa de una estructura de planta cuadrangular, sin otras estructuras visibles (figura 3)⁴. El área está atravesada por varios pequeños ramales del canal que se reparten por estos terrenos y le dan una configuración trapezoidal. En varios puntos más de ella, fuera del reconocible cementerio, hay otros sectores saqueados, pero más pequeños, tanto al noreste como junto a la estructura

cuadrangular. Con anterioridad a 1944, como se desprende de la foto, los alrededores de la parte sureste fueron incorporados para el cultivo. La configuración actual es, lógicamente, muy diferente y el antiguo cementerio se encuentra bajo el asentamiento humano Praderas de Huachipa⁵.



Figura 2. Foto aérea del Cementerio de Nievería y sectores aledaños. Hacia el norte se encuentra un sector periférico del complejo de Cajamarquilla (foto Servicio Aerofotográfico Nacional).

⁴ Se puede determinar que esta es una estructura del Periodo Intermedio Tardío dadas las características de sus muros de tapia (Juan Mogrojevo, como es citado en Narváez, 2006, p. 13). De manera reciente, este montículo ha sufrido daños mayores y se ha nivelado parte de su sección sureste para erigir nuevas construcciones.

⁵ En la temporada 2001 del Proyecto Arqueológico Cajamarquilla (PAC), dirigido por el licenciado Rafael Segura y que se concentró en el conjunto Villar Córdova, testimonios orales de los obreros señalaron que se extrajeron fragmentos cerámicos similares a los recuperados en las excavaciones del mencionado edificio, es decir de los estilos Lima y Nievería, con la presencia, aún, de individuos en posición extendida en la zona ocupada por el asentamiento Praderas de Huachipa al hacerse los cimientos para las viviendas. En ese sentido, es muy posible que en el área del cementerio se puedan encontrar contextos intactos. A principios de este siglo, hacia el oeste de la estructura cuadrangular tardía se excavaron algunos silos sépticos por parte de pobladores del asentamiento actual. A cuatro metros de profundidad, aproximadamente, se observó un individuo en posición flexionada sentada (Cock, G., comunicación personal, 2005).



Figura 3. Detalle de la figura 2 en la que se aprecia el área funeraria (abajo) y la estructura del Periodo Intermedio Tardío, ambos al borde del canal de Nievería (foto Servicio Aerofotográfico Nacional).

A pesar de no haberse contado con el conocimiento preciso, si se observa la tabla 1, las menciones de distintos autores describen su carácter de área saqueada, la cercanía al complejo de Cajamarquilla, su ubicación en terrenos de una antigua hacienda y en una llanura llamada Pumapampa —el área árida que se observa en la foto aérea—⁶, además de estar junto al cauce seco del Huaycoloro. Sestieri y otros miembros de la Misión Arqueológica Italiana debieron haber conocido e, incluso, visitado el lugar, como otros⁷. Muchas de estas menciones concuerdan con los datos obtenidos del inventario del Museo Nacional de Historia correspondiente a los años 1906 a 1911 que se guarda en el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú (MNAAHP, 1963). Su validez radica en que se trata de un catálogo de la época en que Uhle era encargado de la sección de Arqueología y Tribus Salvajes de dicho museo y que, probablemente, dictó según sus criterios cronológicos. Este documento

ayuda, a falta de otros, en algunas precisiones que se expondrán más abajo (ver Shady, 1982).

LOS TRABAJOS DE MAX UHLE

Cajamarquilla, como otros complejos arqueológicos, fue objeto de saqueo constante muy probablemente desde tiempos de la Colonia. Lo mismo ocurrió con el Cementerio de Nievería (Muelle, 1935, p. 137). Desde el siglo XIX, diversos viajeros extrajeron materiales del complejo o documentan parte de él, como Scherzer (Núñez, 1989), Squier (1974 [1877]); Gretzer (Raddatz & Krause, 1985) y Berthon (Núñez, 1989, 184), y es muy posible que esta lista sea incompleta. También es probable que los materiales que, en la actualidad, poseen varios museos en, al menos, dos continentes sean el resultado de este tipo de actividades⁸. La superficie removida de este cementerio es el panorama que también encontró Uhle al iniciar sus recorridos por esta zona.

⁶ El hoy perdido nombre de la llanura desértica, Pumapampa, también aparece citado por Villar Córdoba (1935, p. 49) y Cavatrunci (1991, p. 354).

⁷ De hecho, hubo una comisión del Estado peruano que inspeccionó los vestigios de Huachipa: «Frente al barranco por el lado Sur de las ruinas [de Cajamarquilla], hay un extenso lote de terreno con cultivo del Fundo “Nievería”. Este es otro caso de ruinas arqueológicas invadidas por cultivos agrícolas. Igual invasión hay al otro lado de este lugar, que es donde quedan los cementerios que estudió el profesor Uhle» (Senado de la República, 1953, p. 51).

⁸ El oficial francés Paul Berthon también realizó excavaciones en Nievería entre 1907 y 1908 y en otros sitios en los que Uhle trabajó casi en los mismos años (Núñez, 1989, p. 184). Sus objetos fueron a dar al Musée d’Ethnographie du Trocadero, París, y fueron ilustrados, en parte, en la conocida publicación de Raoul D’Harcourt (1922). De la misma manera, D’Harcourt expuso piezas del estilo que denomina Cajamarquilla de varias colecciones particulares. En la actualidad están bajo el cuidado del mismo museo, hoy con el nombre de Musée du quai Branly (Mész, L., comunicación personal, 2004).

Tabla 1. Referencias históricas acerca de la ubicación del Cementerio de Nievería (cuadro elaborado por Rafael Valdez).

Autor y fecha de publicación	Referencia textual
Uhle 1910; Kaulicke (ed.) 1998, pp. 246, 249	Ubicado en la parte alta de Lima, cerca de Nievería.
D'Harcourt 1922, p. 110	Ubicado a 600 o 700 metros de las ruinas.
Gayton 1927, p. 306	Situación en terrenos de la antigua hacienda Nievería.
Muelle 1935, pp. 135-136	En la llanura de Pumapampa, sobre la margen sureste del Río Seco; área muy profanada desde antes de Uhle.
Villar Córdova 1938, p. 50	Ubicación contigua al complejo.
Senado de la República 1953, p. 51	Frente al barranco por el lado sur de las ruinas [de Cajamarquilla].
Stumer 1954c, p. 227	Área saqueada, inútil para cualquier trabajo arqueológico y ocupada por terrenos agrícolas.
Buse 1959, p. 5	Ubicación contigua al complejo.
Sestieri 1963, p. 171	Ubicación fuera de la «ciudad» y al suroeste de la misma.
Cerulli 1967, p. 354	Se reitera la ubicación mencionada por Sestieri.
Milla 1974, ficha 188, p. 637	Ubicación frente a las ruinas y junto al cauce del río Huaycoloro.
Silva y García 1997, p. 199	Ubicación respecto del cauce del Huaycoloro. Este bordea el lado norte del Cementerio.

Sobre la base de las libretas de apuntes (*Notizbücher*) de Uhle guardadas en el Ibero-Amerikanisches Institut-Preußischer Kulturbesitz, Liebscher (1999, p. 72) señala una primera excursión del investigador alemán a la hacienda Nievería y las ruinas de Cajamarquilla el 23 de enero de 1896, poco después de su llegada al Perú, probablemente por tratarse de una zona de gran volumen de saqueo para ese entonces. Tanto de las fuentes de Liebscher (1999, p. 85), como de los inventarios del Museo Nacional (MNAAHP, 1963, tomo I, p. 32, *passim*) se desprende que interviene en el Cementerio de Nievería en diciembre de 1905, mes en el que compra una serie de objetos de todo tipo de soporte (ver más adelante) a los huaqueros de la zona. Posteriormente, realiza dos temporadas de campo: la primera entre agosto y septiembre de 1906, bajo los auspicios de su mecenas Phoebe Hearst —a lo que se refiere en el catálogo como «excavado por la Expedición»—, y la segunda entre abril, mayo y junio de 1908, cuando asume su cargo en el Museo Nacional, en Lima (MNAAHP, 1963, tomo I, p. 62, *passim*; tomo II, p. 324, *passim*; Hampe, 1998, pp. 138-139; en esta última etapa, la referencia en las entradas correspondientes es «excavado por el Museo»⁹. De estas dos temporadas obtiene cuantioso material proveniente de contextos funerarios tanto del Periodo Intermedio Temprano (Patterson, 1966) como de las épocas 1B, 2A y 2B del Horizonte Medio, según la cronología propuesta por Menzel (1964), aunque es muy posible que existiesen contextos de otros periodos, si se

tiene en cuenta el fenómeno mencionado acerca de las áreas funerarias. Dado que su principal interés era determinar la cronología, sus hallazgos son importantes por el establecimiento de superposiciones y el reconocimiento de desarrollos culturales previos a la época inca en esta parte de la costa central. Junto con las otras fuentes mencionadas y su publicación de 1910 (Uhle, 1910; Kaulicke, 1998), la única que resume sus investigaciones e interpretaciones acerca de los desarrollos culturales de esta parte del Perú, se pueden definir los siguientes aspectos:

1) Estructuras funerarias: Uhle no describió estructuras para los individuos en posición extendida (Kaulicke, 1998, p. 249), pero observó «individuos en posición flexionada». Es muy probable que se tratase de «entierros de bóveda» (es decir en cámaras construidas, si bien es posible que no todos; MNAAHP, 1963, tomo II, p. 353, *passim*). Esto se infiere del hecho de que es una de las otras dos formas de enterramiento que encuentra:

El cementerio contenía también entierros de otro tipo, en los cuales el individuo era colocado en posición flexionada [...] [E]l cementerio se extendía hacia tierra adentro con ellos, en dirección al desierto, por lo que se deduce que esta era una continuación del cementerio más temprano. En otros lugares era evidente que la instalación de estas estructuras más recientes alteró los entierros más tempranos con individuos en posición extendida (Kaulicke, 1998, pp. 250-251).

⁹ Es muy probable que los detalles de estos trabajos en Nievería se encuentren en los volúmenes de los *Notizbücher* custodiados en el Nachlass Uhles (legado de Uhle) del Iberoamerikanisches Institut-Preußisches Kulturbesitz de Berlín. Los números de los tomos pertinentes son 71, 72, 76, 77, 82, 83 y 84 y comprenden las fechas de interés.

La breve mención de la geografía y la estratigrafía en el artículo de 1910 coincide con lo que se señala en el inventario del Museo Nacional (1963, tomo II, *passim*). Así, los objetos catalogados procedentes de este yacimiento tienen una correspondencia con un periodo —el «primero del valle de Lima»—, ya que es la primera ocupación humana que Uhle reconoce en el valle del Rímac. Más adelante, ya en la temporada de 1908, hace una diferenciación entre dos etapas por medio de las siguientes expresiones: a) la «civilización de los entierros tendidos», «Primero del valle de Lima, subdivisión a (entierros con muertos tendidos)» o «primero a del valle de Lima», así como b) «Primero del valle de Lima (entierro en forma de bóveda)», «Primero del valle de Lima, superficie B», «Primero del valle de Lima, subperiodo b», «Primero del valle de Lima, subdivisión b» o «Primero b del valle de Lima». Por otro lado, se distingue entre dos zonas de procedencia: una que llamó Cementerio al este del «Río Seco» y otra denominada Cementerio al sur del «Río Seco». Esta última, reconocida en la temporada de 1908, alude a la «extensión» mencionada en la referida publicación, es decir, el área donde se daban las superposiciones y la presencia de los contextos «diferentes».

2) Tratamiento del individuo: Uhle señaló que el cementerio contenía individuos hasta en tres posiciones:

a) «Entierros con muertos tendidos» (MNAAHP, 1963, tomo II, p. 48, *passim*), es decir, contextos funerarios con individuos en posición extendida (Kaulicke, 1998, p. 249). Sin embargo, Thomas Patterson proporcionó, como no lo hicieran otros autores posteriores, algunos detalles acerca de su tipo de tratamiento: «*All the burials were extended and placed on cane or stick frames [...]*» (1966, p. 113).

b) Individuos en posición flexionada sentada: un segundo tipo al que, muy probablemente, se asocian fardos funerarios y falsas cabezas. En la relación del inventario del Museo Nacional figuran cuatro entradas que corresponden a falsas cabezas de madera. Se trata de las piezas 35-5077, 35-5311, 35-5619 y 35-5664, la última de las cuales se refiere solo a «los dos ojos de una cabeza postiza» (MNAAHP, 1963, tomo II, p. 356). Una quinta entrada corresponde a un fardo («bala de momia cubierta con sogas tejidas» [35-5428]). Menzel también hace mención de esta escasa referencia (1968, p. 131). De hecho, esta autora, citada en un trabajo de Isla (2002, p. 578), se refirió también a los fardos elaborados de la Época 2 del Horizonte Medio procedentes de los valles de Ica, Palpa y Nazca:

Las tumbas [de esta época] contienen fardos funerarios con una cabeza alta muy elaborada, ataviada con ornamentos de oro, incluyendo lagrimones en la cara y penachos de plumas en la cabeza; [y que] según Tello *se parecen mucho a los fardos funerarios encontrados por Uhle en Pachacamac y Cajamarquilla* (el resaltado es del autor).

c) Un probable tercer tipo de tratamiento, los «entierros de las dos formas» (MNAAHP, 1963, p. 379, *passim*), parece aludir a contextos funerarios que presentan tanto

individuos extendidos como flexionados. En su artículo acerca de las culturas en los alrededores de Lima (Kaulicke, 1998, pp. 250-251), Uhle señaló al respecto: «El cementerio contenía también entierros de otro tipo, en los cuales el individuo era colocado en posición flexionada sentada. Por un lado se encuentran juntos con individuos tratados de otra manera». Este tipo de tratamiento fue encontrado en la parte sur, según el inventario.

Un cálculo completo de la cantidad de contextos funerarios que contuvo originalmente el Cementerio de Nievería depende aún de la consulta directa de las libretas de apuntes. Sobre la base de un inventario referente a restos óseos humanos custodiado también en el Archivo del MNAAHP y que tiene como título «Cráneos humanos procedentes del cementerio de Nievería, vol. XI: fols. 1-25 (1907-1098)», se calcula un número mínimo de 218 individuos. No se puede determinar si los 34 contextos funerarios referidos por Gayton (1927) están incluidos. Al contar con ellos, sin embargo, no sería aventurado plantear un mínimo de 200 a 250 individuos enterrados.

3) Objetos asociados: numerosos objetos de las tres temporadas, entre cerámica y otros soportes, fueron registrados, si bien no se especifican los lotes correspondientes (MNAAHP, 1963, *passim*). Estos deberían haber sido escasos, como advirtió Patterson: «[...] *only a few grave offerings —usually a pottery vessel or two, decorated sherds, gourds, and occasionally cloth-wrapped crosses or dolls— were placed with the dead*». La sección de piezas que recuperó en 1906 fueron llevadas, en parte, a la University of California at Berkeley y en la actualidad pertenecen a la colección del Phoebe Hearst Museum of Anthropology. Estos conforman el conjunto de material que describió Gayton (1927), entre ellos los de 34 contextos funerarios, un corpus que servirá para fines comparativos en otra publicación del autor. Para los fines del presente trabajo se pudo recolectar una parte de las vasijas de cerámica recuperadas entre 1905, 1906 y 1908 en el Depósito de Cerámica (actualmente Curaduría de Cerámica) del MNAAHP y en el Museo de la Nación (ver más adelante).

De los contextos con individuos en posición extendida se puede inferir que los objetos cerámicos asociados corresponden, en parte por lo menos, al estilo Lima, algo que se puede corroborar en las ilustraciones de Gayton (1927, *plates* 91 c, e; 92 f, 93 a-k, entre otros) y los datos del inventario del Museo Nacional. Estos individuos no tenían material cerámico «tiahuanaco» (Kaulicke, 1998, p. 249), mientras que los entierros en posición flexionada presentaban objetos diferentes:

Junto a estos entierros con individuos en posición flexionada sentada cambia el tipo de objetos asociados [...] Aquí aparecían finalmente las vasijas pintadas del estilo de Tiahuanaco [...] Solo en estos entierros encontré ofrendas más ricas, lo cual parcialmente puede deberse a que su espacio interior se había mantenido libre de tierra. Por ello ahí encontré las siete estólicas que actualmente posee el Museo de Lima (Kaulicke, 1998, p. 251).

En cuanto a la tercera forma de enterramiento, «de las dos formas», sus objetos asociados fueron comprados a los huaqueros locales y su asociación a estos contextos es señalada por información indirecta y no por excavaciones.

Además de establecer estas etapas, Uhle (MNAHP, 1963, 334, *passim*) reconoció y adquirió por compra diversos objetos de la época inca extraídos de Cajamarquilla y, por lo menos, un fardo funerario, específicamente de los silos o pozos ubicados en varios sectores del complejo. Asimismo, menciona que había un «cementerio en la falda norte de los cerros del sur», lo que muy posiblemente corresponda al cerro Matabuey y a las construcciones que allí se encuentran hasta el día de hoy —muy destruidas ya en la época que Uhle las vio—, todo lo cual lo atribuyó al «último periodo del valle» (Horizonte Tardío) y que los posteriores investigadores (ver arriba) consideraron de la misma manera.

EL CORPUS DEL CEMENTERIO DE NIEVERÍA

Este conjunto de materiales es uno de los más citados en la bibliografía arqueológica acerca del tema de los estilos cerámicos de fines del Periodo Intermedio Temprano e inicios del Horizonte Medio (D'Harcourt, 1922; Muelle, 1935; Villar Córdova, 1935; Patterson, 1966, entre otros). También formaron parte de un corpus que incluyó materiales procedentes de otros sitios y como base de una tipología cerámica planteada por Shady (1982) en el marco de una discusión sobre la «cultura Nievería» y los procesos culturales del lapso temporal mencionado, si bien se han realizado otros aportes posteriores (Guerrero & Palacios, 1994; Segura, 2001b, 2004; Ccencho, 2006). En total se documentaron 122 piezas, además de una de las dos de la estructura funeraria saqueada que Jorge C. Muelle encontró casi treinta años después de las intervenciones de Uhle (botella miniatura de código 33-641, Muelle, 1935, figuras 1, 2), lo que hizo un total de 123 piezas. La relación completa de piezas recuperadas comprende la siguiente relación: a) treinta piezas compradas en 1905, b) treinta piezas recuperadas en la temporada 1906, c) 62 piezas recuperadas en la temporada 1908 y d) una pieza de las recuperadas por Muelle en 1935. Sin embargo, su diversidad no se agota con su número y soporte.

Una revisión de la gran cantidad de entradas permite advertir que también se hallaron, en cuanto a cerámica —y además de las categorías morfológicas que se mencionan abajo— numerosas cucharas, vasos, vasijas trípodes, platos, instrumentos musicales (zampañas, tambores y flautas), piezas de cocción reductora,

objetos de barro cocido —al parecer, de miniatura—, mientras que, en otros soportes, había palas, porras (o, también, cachiporras), espadas, estólicas, puntas de flecha y orejeras de madera («aretas»), textiles, incluidos piezas de tapiz, artefactos de hueso, de cornamenta de venado y de concha, cuentas y collares, «piedras para pulir», tupos y otros artefactos de cobre, adornos de plumas, recipientes de *Lagenaria*, varios de ellos incompletos o quebrados, muchos con profusa decoración, entre otros objetos. De esto se infiere que la falta de su mención en la literatura no niega su numerosa presencia —algo que se había malinterpretado— y su asociación a la gran cantidad de contextos, de diferente correspondencia cultural, que había en el cementerio. Según el inventario del Museo Nacional, la cantidad de objetos cerámicos ascendía a 577, entre las que, según el autor, se debería contar al grupo que está en Berkeley —lo que indica que en Lima está, aproximadamente, el 21,7% del material cerámico recuperado por el estudioso alemán—, mientras que la de los no cerámicos es de 774. A ello se debe sumar el hecho de que el sitio había sido depredado anteriormente y, debido a ello, muchas otras piezas terminaron en colecciones particulares y en museos nacionales y extranjeros (ver Schindler, 2000, pp. 163-167), lo que hace más abundante el total de vasijas, otros objetos asociados y contextos funerarios originales¹⁰.

PROBLEMÁTICA DEL MATERIAL RECUPERADO

De los datos publicados por Uhle (1910) se desprende un tipo de superposición a modo de «capas» o niveles de contextos funerarios, en el que los más recientes intruían y alteraban a los del nivel inferior. Sus inferencias las resumió de la manera siguiente (Kaulicke, 1998, pp. 249-250, de Uhle, 1910):

En los entierros de los individuos extendidos del sitio de Nievería encontré la misma cultura cerámica [encontrada en el sitio de Maranga] en mayores cantidades pero en menor escala. Por otro lado, evidencias del Periodo de Tiahuanaco estaban completamente ausentes.

Además de cántaros y botellas con el motivo del patrón decorativo enganchado en los cuellos con figuras ictiomorfas y diseños en forma de volutas así como de las botellas mamiformes como en Chancay, había una cantidad enorme de vasijas figurativas de una extraordinaria riqueza de motivos (cf. también fig. 11). Los convencionales motivos ictiomorfos faltan también aquí. En cambio, había nuevas relaciones directas con los ornamentos de la cultura temprana de Ica, de

¹⁰ El catálogo del MNAHP, por su cuantioso contenido, probablemente comprenda la lista de los objetos que también se guardan en Berkeley. Por otro lado, pocas veces son ilustradas en publicaciones las piezas no cerámicas recuperadas por Uhle. Entre ellas están las estólicas (Uhle, 1907, lám. IV), los instrumentos de madera, caña, hueso y concha, así como textiles, entre otros (Gayton, 1927, figuras 2-11). O'Neale y Kroeber analizaron, cinco piezas textiles de Nievería en su publicación (O'Neale & Kroeber, 1930, *plates* 26, 27). Entre estas destaca un gorro de cuatro puntas (O'Neale & Kroeber 1930, *plate* 26, «Early» [Epigonal] Lima, Nievería), el mismo que aparece en Gayton (1927, figura 8). Por último, Muelle muestra palos «cavadores» (1935, figuras. 2, 4). Muchas de las piezas que están en Lima deben estar aún en los diferentes departamentos, hoy curadurías, del MNAHP, distribuidos por el tipo de soporte.

manera que al desconocer esta interrelación con Chancay, no se hubiera corroborado la dependencia a esta cultura de la del sur. Ejemplos pertinentes son *v.g.* la figura de la araña (fig. 17 a), la cual también es común en Nazca (fig. 17 b), animales vermiformes que recuerdan al ciempiés, figuras ornitomorfos de un particular diseño semejante a los de Ica y numerosas repeticiones del ornamento de plumas tupidas, cuya parte superior está dividida en tres o cinco segmentos que es tan típico para Ica (fig. 18 a), todos los cuales recuerdan a la cultura de la que se derivó este estilo (fig. 18 b).

El reconocimiento esencial de una cerámica especial dentro del corpus procede, por primera vez, por parte de Anna H. Gayton (1927), quien se encargó de analizar los materiales que se guardan en el Robert H. Lowie Museum of Anthropology en Berkeley —hoy el Phoebe Hearst Museum of Anthropology—. Además de reconocer cuatro *strains* para el estilo Proto-Lima —aproximadamente la definición de alfares para A y B, mientras que C era de decoración y D de formas (Segura, 1999, p. 93)—, su otro aporte importante fue la identificación de tres influencias en el material, del que no contaba, en su mayor parte, con asociaciones a contextos funerarios (si bien se dejan reconstruir dieciséis de las 34 que Gayton menciona en su trabajo). Sus nombres hacen alusión a la nomenclatura estilística que se utilizaba desde que Uhle trabajó en la costa peruana —Epigonal, Nazca Y y Chimu-Influenced—, términos que implican, básicamente, influencias de estilos foráneos en la costa central. El primero hace alusión directa al estilo definido por Uhle en Pachacamac, en el valle de Lurín, el segundo se refiere tanto al estilo Chakipampa encontrado en Nazca como a rasgos del propio estilo Nazca, mientras que el tercero es actualmente conocido como Mochica. Del primero, Epigonal A, se tienen dos botellas con picos cónicos y asa-puente —uno decorado y el otro solo con engobe naranja, y una tercera pieza de cocción reductora, pero de cara-gollete cónico. Por su parte, el Epigonal B consiste en vasijas más pesadas que las primeras y su decoración es más burda (Gayton, 1927, p. 313). Una de ellas es una botella sin asas (Gayton, 1927, *plate* 91 d), mientras que la otra es una olla sin cuello y asas (Gayton, 1927, *plate* 95 e). Para Nazca Y, Gayton registra ollas con mango y gollete que se caracterizan por una decoración «nazcoide» con serpientes de doble cabeza (Gayton, 1927, *plate* 95 d), diseños del *Jagged-staff demon* (Gayton, 1927, *plate* 95 f, actualmente conocido como el *humped animal*). Sin embargo, curiosamente, la autora percibe aquí a las categorías morfológicas como *typical Proto-Liman shape* (Gayton, 1927, 314, *plate* 95 a, c). Otras piezas tienen formas globulares con un asa incipiente en la base de un pico-gollete (probablemente un asa auricular). Decoran la parte superior de esas piezas *flower-like motifs*, típicos motivos chakipampa. Por último, con influencia mochica se tienen vasijas escultóricas que representan personajes sentados de cuyas cabezas sale un largo gollete y, por otro lado, piezas con un asa tubular

que une la cabeza con la espalda del personaje. Otro grupo de piezas son de cocción reductora y sus características son menos locales que otras de este tipo.

Las correspondencias con los postulados de Menzel (1964) son diversas, salvo que esta última investigadora logra comparar y ver otros conjuntos de piezas cerámicas —las colecciones de Stumer, del sitio de Catalina Huanca, y de Marino Gonzáles, del complejo de Ancón— y hace mayores precisiones gracias a los conocimientos de la época y sus propias contribuciones. El mayor aporte de Menzel consistió en afinar la secuencia que Uhle planteó décadas antes, esclarecer lo observado por Gayton y subdividir el Horizonte Medio, parte de la secuencia maestra postulada por Rowe. Según su terminología, a las tumbas con piezas del estilo Nievería, correspondiente al Horizonte Medio 1B —el primer periodo del valle de Lima de Uhle— se superponían otros entierros con individuos en posición flexionada sentada, cerámica asociada diferente y que atribuyó al Horizonte Medio 2 (los «entierros en bóveda»). Un resumen, ordenado por temas, de las observaciones de Menzel deja establecer las siguientes características para el material de las colecciones tratadas:

- a) El estilo Nievería: vasijas con un distintivo alfar especial más fino y de color naranja. Sus formas tienen influencias locales (Lima) y foráneas (Ocros, Chakipampa), innovaciones de inspiración local como foránea, a lo que se suman rasgos tradicionales de «fases precedentes de la costa central». Asimismo, las botellas con cuello (*neckled bottles*), vasijas altas y sin decoración con base de pedestal (*tall plain slipped goblets with pedestal bases*), y cuencos con lados convexos (*plain slipped, convex sided bowls*) probablemente indican influencias del estilo Nazca 9. Mucha de su decoración consiste en adaptaciones de los estilos Ocros y Chakipampa. Por ejemplo, se usan las bandas de chevrones (de Nazca 9 y Chakipampa) en los cuellos de botellas antropomorfas. También aparece el *humped animal* de Nazca 9, pero con rasgos locales distintivos. Para Menzel, estos son rasgos *innovadores*, pero el estilo Nievería consiste también en diseños *Interlocking* derivados de la tradición «anterior» (Menzel, 1964, p. 33).
- b) Presencia de vasijas con cuello (*collared jars*) y jarras con asas (*handled jugs*), las que estaban asociadas con piezas del estilo Nievería y que representaban elementos de la fase precedente (Lima) (el resaltado es del autor).
- c) Presencia de vasijas que imitaban estilos serranos (una botella-cantimplora y una botella de tres niveles), así como Robles Moqo y Moche V (la botella tipo De Vault hallada por Stumer [1957, figura 5]; ver Castillo 2002, figura 28). Había, además, rasgos morfológicos (cuellos altos y cilíndricos) y decorativos (banda de chevrones de Nazca 9 y Chakipampa) que denotaban una influencia serrana.
- d) Presencia de vasijas correspondientes a otros estilos del Horizonte Medio 1B que tenían diseños del estilo Chakipampa B.

e) Presencia de piezas con cocción reductora (Menzel, 1964, p. 32), así como otras piezas que compartían rasgos (*features*) con los estilos Nievería, Chakipampa, Ocros y Nazca 9, y que no fueron halladas por Stumer en Catalina Huanca (Menzel, 1964, p. 32; ver Uhle, 1910, figura 18a). Entre ellas estaban un cántaro de estilo Nazca 9 y vasijas antropomorfas (Menzel, 1964, p. 32).

f) Presencia de vasijas arcaizantes (al menos una) en el conjunto de contextos funerarios de Catalina Huanca (Stumer, 1957).

Como se advierte, no todo el material registrado por Uhle era del estilo Nievería, tal como se ha malinterpretado por parte de muchos de la lectura de la breve definición de Menzel —que se compone de apenas dos páginas—, ni tampoco en su exposición se agota su análisis. Más aún, lo que se percibe es una especie de «segmentación» del material, pero a ello hay que añadir la segura asociación del estilo Nievería con las fases 7, 8 y 9 de Lima definidas por Thomas Patterson (1966; ver Segura, 2004, pp. 101-102) y descartar la anterior suposición de que un estilo se superponía al otro, lo que han confirmado los trabajos de campo realizados en sitios del valle del Rímac de los últimos años (ver más adelante). Sin embargo, las precisas percepciones presentadas por cada estudioso en su oportunidad responden a los conocimientos y metodologías de la época, por lo que el nuevo planteamiento del autor busca revisar y profundizar las inferencias publicadas en su momento.

NUEVOS ALCANCES ACERCA DE LA COLECCIÓN DE CERÁMICA DEL CEMENTERIO DE NIEVERÍA

Si bien este conjunto de materiales es parte de un proyecto más amplio del autor, que retoma la Colección Stumer custodiada en el Museo de Puruchuco, y agrega la colección de piezas obtenidas por la Misión Arqueológica Italiana en el conjunto Julio C. Tello de Cajamarquilla en la década de los sesenta (Sestieri, 1971) —también ubicada en el mencionado museo— con el fin de llegar a una revisión exhaustiva de los anteriores planteamientos, en el caso del presente trabajo se exponen algunos avances y se mostrarán los resultados basados en la aplicación de la sistematización de los datos de las vasijas completas en sus rasgos morfológicos, tecnológicos y decorativos solo en la Colección Uhle. En ese sentido, este aporte solo muestra conclusiones parciales de la metodología aplicada, por lo que deben tomarse como parte de un producto más amplio.

El primer lugar, se estableció una tipología más actualizada y ordenada que permitió sistematizar las piezas sobre la base de la presencia de los estilos o influencias correspondientes a fines del Periodo Intermedio Temprano y del Horizonte Medio 1B —o incluso, como se verá más adelante, de etapas anteriores—. Se reconocieron cuatro áreas y seis estilos involucrados: a) costa norte (Mochica), b) costa central (Lima), c) costa sur (Pacheco, Nazca y Loro), y d) sierra sur (Chakipampa). Un grupo especial lo conforman las innovaciones o formas nuevas respecto de la costa central.

Para este caso se trabajó con un total de 90 piezas y se separaron las correspondientes al Horizonte Medio 2, además de otras que no se pudieron atribuir a un estilo determinado, entre ellas dos piezas de cocción reductora —un vaso y un vaso con vertedera, ambos muy pequeños—, las dos únicas de su tipo en la Colección Uhle que se pudieron recuperar en el MNAAHP. Las observaciones fueron macroscópicas, ya que se trataba de piezas enteras.

MORFOLOGÍA Y TECNOLOGÍA

La figura 4 resume la tipología del conjunto tratado. La gran cantidad de piezas son vasijas cerradas y solo hay una abierta (un vaso). Se definieron seis categorías morfológicas, en las que las botellas conforman más del 50% del total y presentan una serie de variantes. Además, aparece una categoría nueva de piezas, no consideradas anteriormente: miniaturas, con engobe y completamente decoradas, de versiones de tamaño natural, distintas a las conocidas piezas de barro cocido que pueden imitar, inclusive, vasijas de doble pico y asa-puente, cántaros, entre otros (ver Flores, 2005, foto 27, arriba). Asimismo, para poder establecer precisiones sobre la base de sus características, se definieron diversas variables (véase tablas 2 y 3):

- 1) Código. Se trata del número original consignado en el catálogo del MNAAHP.
- 2) Categoría formal. Definición establecida mediante el orden de la figura 1.
- 3) Forma general. Alude al estilo plenamente reconocible de la vasija en su integridad.
- 4) Forma de cuerpo. Se refiere a una reminiscencia o ascendencia específicamente del cuerpo de la vasija en relación con los estilos arriba reconocidos.
- 5) Color de superficie. Se denominaron de la siguiente manera: A: Naranja; B1: marrón claro; B2: marrón oscuro; C: beige; D: rojo.
- 6) Pasta. Si es visible por alguna rotura, se consignó un dato aproximado referente a las pastas utilizadas en las tablas resultantes. Cabe precisar que casi la totalidad de las piezas tienen un antiguo recubrimiento de una especie de cera, un antiguo e inadecuado procedimiento de protección, por lo que «brillan» de manera inusual, más de lo que el acabado de pulido original les pudo atribuir o muestran un aspecto opaco por la excesiva aplicación de este recubrimiento. De manera coincidente, las colecciones Stumer y de la Misión Arqueológica Italiana presentan esta misma característica. Los colores definidos son: a) A1: naranja, compacta sin inclusiones (alfar nievería, según la definición de Menzel); b) A2: naranja oscuro, porosa, con inclusiones, c) A3: rojizo, semicompacta, con inclusiones, y d) A4: rosado o naranja rosáceo, semicompacta, con inclusiones.
- 7) Tipo de cuerpo. Aquí se especifica el tipo de cuerpo de cada pieza, que puede ser globular achatado, alargado, esférico o aplanado, escultórico, de perfil compuesto, lenticular o paralelepípedo.
- 8) Tipo de base. Se han definido ocho variantes: 1) plana, 2) convexa, 3) ligeramente convexa, 4) cóncava, 5) ligeramente cóncava, 6) base pedestal, 7) trípode, 8) tetrápode.

Tabla 2. Relación de las características de los grupos Moche, Lima, Pacheco, Nazca y Chakipampa del Cementerio de Nievería (elaborada por Rafael Valdez).

Código	Categoría formal	Forma general	Forma de cuerpo	Tipo de cuerpo	Asociación	Tipo de base	Color de superficie	Pasta	Cuello/Gollete	Pico/ventadera	Asalmando	Diseño de cuerpo
35-1490	B-ALT-PC	Estilo Moche Medio		Escultórico		1	A	A1		Sin decoración	Lima	Lima
35-1498	B-ALC	Estilo Lima Tardío		Globular achatado		1	A	A4	Lima		Lima	Lima
35-1508	B-ALC	Estilo Lima Tardío		Globular achatado		1	A	A2	Lima		Lima	Lima
35-5024	B-ALC	Estilo Lima Tardío		Globular achatado		3	D	A4	Lima		Lima	Lima
35-5035	B-ALC	Estilo Lima Tardío		Globular achatado		5	A	A2	Lima		Lima	Lima
35-5036	B-ALC	Estilo Lima Tardío		Globular achatado		1	A		Lima		Lima	Lima
35-5243	B-ALC	Estilo Lima Tardío		Globular achatado		3	D		Lima		Lima	Lima
35-5297	B-ALC	Estilo Lima Tardío		Globular achatado		3	A		Lima		Lima	Lima
35-5298	B-ALC	Estilo Lima Tardío		Globular achatado		1	A		Lima		Lima	Lima
35-5433	B-ALC	Estilo Lima Tardío		Globular achatado	Individuo extendido	1	A	A2	Sin decoración		Lima	Lima
35-5917	B-ALC	Estilo Lima Tardío		Globular achatado		1	A		Lima		Lima	Lima
35-1542	CM	Estilo Lima Tardío		Escultórico			D		Campo de color			Lima
35-5429	CM	Estilo Lima Tardío		Escultórico	Individuo extendido		D		Campo de color			Lima
35-1030	O-C	Estilo Lima Tardío		Globular achatado		5	A		Lima			Lima
35-895	B	Estilo Pacheco		Escultórico		3	A			Campo de color		Pacheco
35-1013	V	Estilo Nazca Medio		Vaso		1	A	A1				Lima
35-1017	B-AA	Estilo Chakipampa		Globular alargado		1	A			Campo de color		Chakipampa
35-1018	B-AA	Estilo Chakipampa		Globular alargado		1	A	A2		Campo de color		Chakipampa
35-1019	B-AA	Estilo Chakipampa		Globular alargado		1	A			Campo de color		Chakipampa
35-1020	B-AA	Estilo Chakipampa		Globular alargado		3	A			Campo de color		Chakipampa
35-1499	B-AA	Estilo Chakipampa		Globular alargado		3	A			Campo de color		Chakipampa
35-5289	B-AA	Estilo Chakipampa		Globular alargado		3	A			Indecorinado		Chakipampa
35-1496	BC	Estilo Chakipampa		Globular aplanado		3	A	A1		Sin decoración		Chakipampa
35-0284	BC	Estilo Chakipampa		Globular aplanado		1	A			Chakipampa		Chakipampa
35-6022	BC	Estilo Chakipampa		Globular aplanado	Individuo extendido	1	D			Sin decoración		Lima
35-5759	MC	Estilo Chakipampa		Globular esférico		3	A		Chakipampa			Chakipampa

Tabla 3. Relación de las características del grupo de las innovaciones del Cementerio de Nievería (elaborada por Rafael Valdez).

Código	Categoría formal	Forma general	Forma de cuerpo	Tipo de cuerpo	Asociación	Tipo de base	Color de superficie	Pasta	Cuello/Gollete	Pico/vertedera	Asa/mango	Diseño de cuerpo
35-1004	B	Indeterminado		Escultórico		3	A			Campo de color		Lima
35-5027	B	Indeterminado	Estilo Lima Tardío	Escultórico		1	D			Campo de color		Lima
35-5430	B	Indeterminado		Globular alargado	Individuo extendido	1	D			Campo de color		Lima
35-5713	B	Indeterminado		Globular alargado		3	A	A2		Campo de color		Indeterminado
35-1010	B-APC-PP	Indeterminado	Estilo Nazca Medio	Perfil compuesto		1	A			Lima		Lima
35-5756	B-APC-PP	Indeterminado		Escultórico		1	A	A1		Sin decoración		Lima
35-999	B-APC-PP	Indeterminado		Escultórico		1	A			Lima		Lima
35-1478	B-APC-PP	Indeterminado	Estilo Nazca Tardío	Escultórico		8	A			Lima	Lima	Chakipampa
35-5120	B-APC-PP	Indeterminado		Perfil compuesto		7	A			Campo de color		Chakipampa
35-1398	B-APC-PP	Indeterminado		Escultórico		1	A			Campo de color		Moche V
35-1003	B-APC-PC	Indeterminado		Escultórico		1	A			Sin decoración	Lima	Lima
35-1472	B-APC-PPR	Indeterminado	Estilo Nazca Tardío	Perfil compuesto		1	A			Sin decoración	Lima	Lima
35-1438	B-APC-PPR	Indeterminado	Estilo Nazca Tardío	Paralelepípedo		3	A	A1		Sin decoración	Lima	Chakipampa-?
35-998	B-APC-PPR	Indeterminado	Estilo Nazca Tardío	Perfil compuesto		1	A			Campo de color		Nazca 7
35-1454	B-APC-PPR	Indeterminado	Estilo Nazca Tardío	Perfil compuesto		3	A			Campo de color	Lima	Moche V
35-1492	B-APT-PP	Indeterminado		Escultórico		3	A			Campo de color		Lima
35-1493	B-APT-PP	Indeterminado		Escultórico		1	A			Campo de color		Lima
35-1005	B-APT-PP	Indeterminado	Estilo Moche Tardío	Escultórico		1	A	A1		Campo de color	Lima	Lima
35-1000	B-AP?-PP	Indeterminado		Escultórico		3	A	A1		Sin decoración	Lima	Lima
35-1001	B-AP?-PP	Indeterminado		Escultórico		1	A	A1		Sin decoración	Lima	Lima
35-1002	B-AP?-PP	Indeterminado		Escultórico		1	A	A1		Sin decoración	Lima	Lima
35-1494	B-AP?-PP	Indeterminado		Escultórico		1	A	A1		Campo de color		Lima
35-5293	B-AP?-PP	Indeterminado		Escultórico		1	A	A1		Campo de color		Lima
35-1479	B-AP?-PP	Indeterminado		Globular achatado		3	A	A1		Campo de color		Lima
35-1015	B-AP?-PP	Indeterminado		Perfil compuesto		1	A	A1		Campo de color		Lima y Chakipampa
35-1404	B-AP?-PP	Indeterminado		Perfil compuesto		1	A	A2		Campo de color		Chakipampa
35-1405	B-AP?-PP	Indeterminado		Lenticular		1	A			Sin decoración		Chakipampa
35-1455	B-AP?-PP	Indeterminado		Escultórico		3	A	A2		Sin decoración		Chakipampa
35-1034	B-ALC	Indeterminado	Estilo Lima Tardío	Escultórico		1	A	A2		Sin decoración	Lima	Lima
35-6026	B-ALC	Indeterminado	Estilo Lima Tardío	Globular achatado	Individuo extendido	1	D	A2		Sin decoración	Lima	Lima
35-5435	B-ALC	Indeterminado		Globular achatado	Individuo extendido	1	A	A2		Lima	Sin decoración	Lima
35-1407	B-ALC	Indeterminado		Globular achatado		1	A	A1		Lima	Indeterminado	Lima
35-1027	B-ALC	Indeterminado	Estilo Lima Tardío	Globular achatado		1	A	A1		Lima	Lima	Lima
35-1028	B-ALC	Indeterminado		Lenticular		1	A	A3		Lima	Lima	Lima

CATEGORÍAS FORMALES				Nomenclatura	N=
Vasijas cerradas					
1	Botellas	sin asa		B	5
		con asa	Asa puente	B-APC-PP	6
			Cintada	B-APC-PC	1
			Pico-pico	B-APC-PPR	4
			Cintada	B-APT-PP	3
			Pico-protoma	B-ALT-PC	1
			Tubular	B-AP?-PP	9
			Pico-pico	B-ALC	29
			Pico-cuerpo escultórico	B-AA	7
			Tubular		
			Pico-cuerpo escultórico		
			No determinada		
			Pico-pico		
		Asa lateral	Cintada		
		Asa auricular			
		Un asa			
		Dos Asas			
	Botella cantimplora			BC	3
	No determinado			B-ND	1
2	Cántaro	Mamiforme		CM	2
3	Ollas	sin asas	con cuello	O-C	1
		con asas	sin cuello	O-A	2
4	Teteras			T	6
Vasijas abiertas					
5	Vasos			V	1
6	Vasijas miniatura				
	Vasijas cerradas				
	Botellas	sin asa		MB	1
		con asa	lateral	MB-ALC	3
			cintada		
	Ollas	sin asas con cuello		MO-C	2
		sin asas con cuello y vertedera		MO-C-V	1
	Cántaro	con asa	auricular	MC	1
	Tetera			MT	1
					90

Figura 4. Categorías formales en el corpus recuperado del Cementerio de Nievería (diagrama elaborado por Rafael Valdez).

9) Decoración. Gracias a las observaciones, y según el estilo correspondiente, se establecieron cuatro partes de la vasija —también de acuerdo con la categoría formal— en la que se plasmó un diseño: cuello/gollete, pico/vertedera, asa/mango y cuerpo.

En las tablas 2 y 3 la ausencia de un dato se registra en blanco. Así, las botellas que han perdido picos y asa no tendrán un registro de la decoración respectiva, mas sí la del cuerpo de la vasija. Algunos datos se han completado gracias a la literatura, pues ahí aparecen completos o aproximadamente íntegros¹¹. A continuación se exponen los resultados propios en este conjunto en particular comparados con las observaciones de Menzel y entre paréntesis se consignan las fuentes consultadas para definir el estilo al que se atribuye cada pieza.

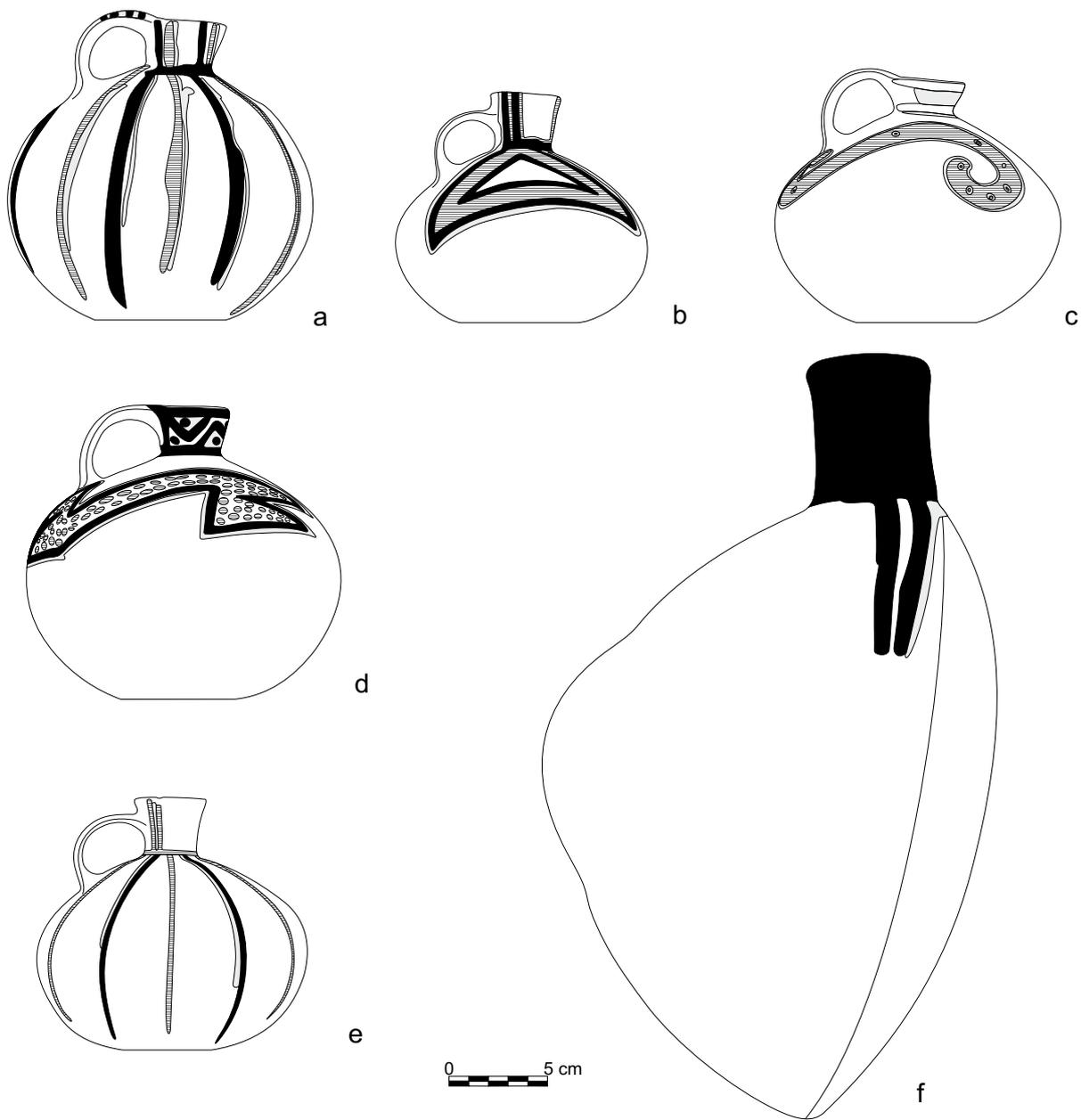
PRESENCIA DE VASIJAS DE ESTILO LIMA

Se trata mayormente de vasijas cerradas. Morfológica y decorativamente son, en su mayor parte, piezas con características de este estilo (n=13). El color de su superficie es naranja o rojo (figura 5, tabla 2).

a) Botellas de asa lateral cintada (B-ALC, n=10): se trata, por lo general, de piezas de cuerpo globular achatado y gollete (Guerrero & Palacios, 1994, pp. 291, 298; Gayton, 1927). La pieza 35-5433 estaba asociada a un entierro de individuo en posición extendida.

b) Cántaros mamiformes (CM, n=2): son vasijas-tipo de este estilo y de gran tamaño (Patterson, 1966, p. 75; Segura, 1999, p. 90). La pieza de código 35-5429 estaba asociada al entierro de un individuo en posición extendida.

¹¹ La pieza 35-1017, por ejemplo, perdió el borde y el extremo del pico. Actualmente cuenta con esa sección restaurada, pero en la publicación de Uhle (1910, figura 18a, pieza del centro) aparece con un pico con reborde y decoración de chevrone, un típico rasgo chakipampa, hoy desaparecido.



Leyenda



Naranja



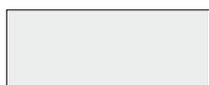
Rojo púrpura



Negro



Gris



Blanco



Erosionado

Figura 5. Piezas del estilo Lima: botellas de asa lateral cintada (a: 35-5035, b: 35-5298, c: 35-1498, d: 35-5024, e: 35-5297), cántaro mamiforme (f: 35-5429) (cortesía del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú; dibujos elaborados por Martha Palma).

c) Olla con cuello (O-C, n=1): se trata de una olla de pequeñas dimensiones (Patterson, 1966; Guerrero & Palacios, 1994; Segura, 1999, entre otros).

Morfológicamente, tres piezas muestran una concavidad en su base (piezas 35-5035 y 35-1030), un rasgo no generalizado, pero de segura filiación chakipampa (Isla, J., comunicación personal). Asimismo, los cántaros mamiformes y una de las miniaturas de botellas de asa lateral cintada muestran un cuello o gollete de campo de color correspondiente al estilo Nazca, lo que indica, más bien, una presencia de dos estilos.

PIEZAS QUE CONFORMAN IMITACIONES O INFLUENCIAS DE OTROS ESTILOS

• Estilo Chakipampa. Se caracterizan por presentar, en su mayor parte, un campo de color en sus picos, pero es predominante el color naranja en sus cuerpos (ver abajo, figura 6 a-f, tabla 2).

a) Botellas de asa auricular (B-AA, n=6): de cuerpo globular alargado y superficie de color naranja (Isla, J., comunicación personal).

b) Botellas cantimplora (BC, n=3): de cuerpo globular aplanado; dos son de superficie color naranja y una de color rojo (Menzel, 1964, nota 162). La pieza 35-6022 estaba asociada a un entierro de individuo en posición extendida y podría corresponder, más bien al grupo siguiente, pues se imita una pieza de estilo foráneo (chakipampa) pero se le agrega una decoración local (figura 6 e).

c) Cántaro en miniatura (MC; n=1): cántaro de cuerpo globular achatado que constituye una réplica de las vasijas de mayor tamaño (Menzel, 1964, nota 134; Isla, J., comunicación personal).

- Piezas de influencia de los estilos Mochica IV, Nazca Medio y Pacheco, es decir de fases previas al Horizonte Medio 1B y de esta última etapa, según la cronología de Menzel. Las dos primeras presentan una decoración relacionada con el estilo Lima. Incluso el vaso de forma nazca tiene decoración modelada, algo que recuerda a las piezas encontradas por Martha Anders en Maymi, valle de Pisco (1990, figura 10). El color de su superficie es, en general, naranja (tabla 2).

a) Una botella asa lateral tubular (B-ALT, 35-1490; n=1): se trata de una vasija antropomorfa, cuyo pico está, en gran parte, restaurado. Corresponde al estilo Moche IV (Donnan & Mackey, 1978, p. 166) (figura 6 g).

b) Un vaso (V, 35-1013, n=1): de cuerpo globular alargado y borde curvo divergente, corresponde, por su forma, a la fase Nazca 4 (fase Nazca Medio; Ravines, 1994, p. 126) (figura 6 h).

c) Una botella antropomorfa sin asas (B, n=1). Se trata de una versión más pequeña de las vasijas fragmentadas en el famoso yacimiento de Pacheco, destruido en la actualidad (Menzel, 1964, nota 108). Sin embargo, se puede decir que su decoración es más afín a Pacheco que a Lima, por lo que en ese aspecto se diferencia de las anteriores (figuras 6 i, 10).

GRUPO DE PIEZAS QUE CONSISTE DE INNOVACIONES O FORMAS NUEVAS

Se trata del mayor conjunto de piezas del conjunto del cementerio (n=60) que, en su mayoría, son botellas (47). Estas no corresponden a un estilo específico sino que se conforman por elementos morfológicos o tecnológicos distintos al local o basados en este, pero constituyen innovaciones, en gran parte escultóricas, por lo que en la tabla 3 figuran con la indicación de «indeterminado». En lo que respecta a su decoración, aquí aparecen piezas con diseños correspondientes a un solo estilo o fórmulas de composición compuestas que se guían por la parte de la vasija que se quiso decorar, por lo que la separación que se presenta en ambas tablas sirve para esos fines. En ese sentido, las piezas pueden tener dos tipos de diseños de estilos distintos y hasta híbridos de ellos.

a) Botellas sin asa (B; n=4): se trata de botellas distintas en su construcción, pero mayormente figurativas y de forma globular achatada o escultórica. La forma de una de ellas (35-5027) corresponde a una pieza mamiforme (Patterson, 1966, p. 75; Segura, 1999, p. 90); otra corresponde, más bien, a Nazca Tardío (35-1004; Rickenbach, 1999, figura 126). Todas presentan campo de color en el pico, característico del estilo Nazca. En su superficie presentan el típico color naranja y el rojo. La pieza 35-5430 estaba asociada a un entierro de individuo en posición extendida (figura 7).

b) Botellas asa puente cintada pico-pico (B-APC-PP; n=6): subgrupo conformado por dos piezas de influencia de Nazca Medio en su forma (35-1010; Rickenbach, 1999, figura 201) y tecnología de emplacado (35-1478). Sin embargo, su decoración puede corresponder a un estilo (Lima) o dos (Lima y Chakipampa). Un componente adicional se muestra en la pieza 35-5120, donde aparece un trípode bulboso, un rasgo del estilo Loro (Isla, J., comunicación personal).

c) Botella asa puente cintada pico-cuerpo escultórico (B-APC-PC; n=1): se trata de una sola botella de cuerpo zoomorfo (35-1003) con decoración afín al estilo Lima.

d) Botellas asa puente cintada pico-protoma (B-APC-PPR; n=4): este subgrupo es especial puesto que para su confección se usó, básicamente, tecnología del estilo Nazca Tardío. La pieza 35-1438 se compone por emplacado (Carmichael, 1994, p. 237; Rickenbach, 1999, p. 349, figura 207), mientras que las tres restantes se hacen con dos vasijas diferentes que forman una nueva por medio de su unión (perfil compuesto; Carmichael, 1994, p. 237). Sin embargo, su decoración puede corresponder a un estilo (Lima), dos estilos (Lima y Chakipampa) o un híbrido (Chakipampa con un diseño no determinado, figura 7 f). La pieza 35-998 perdió su pico y asa pero es muy probable que esta última fuese un diseño del estilo Lima, mientras que su cuerpo tiene un diseño afín al estilo Nazca Tardío (cabezas opuestas del *ventral animal*; figura 11).

e) Botellas asa puente tubular pico-pico (B-APT-PP; n=3): se caracterizan en que las asas son tubulares y huecas. Los cuerpos suelen ser escultóricos. Una de ellas

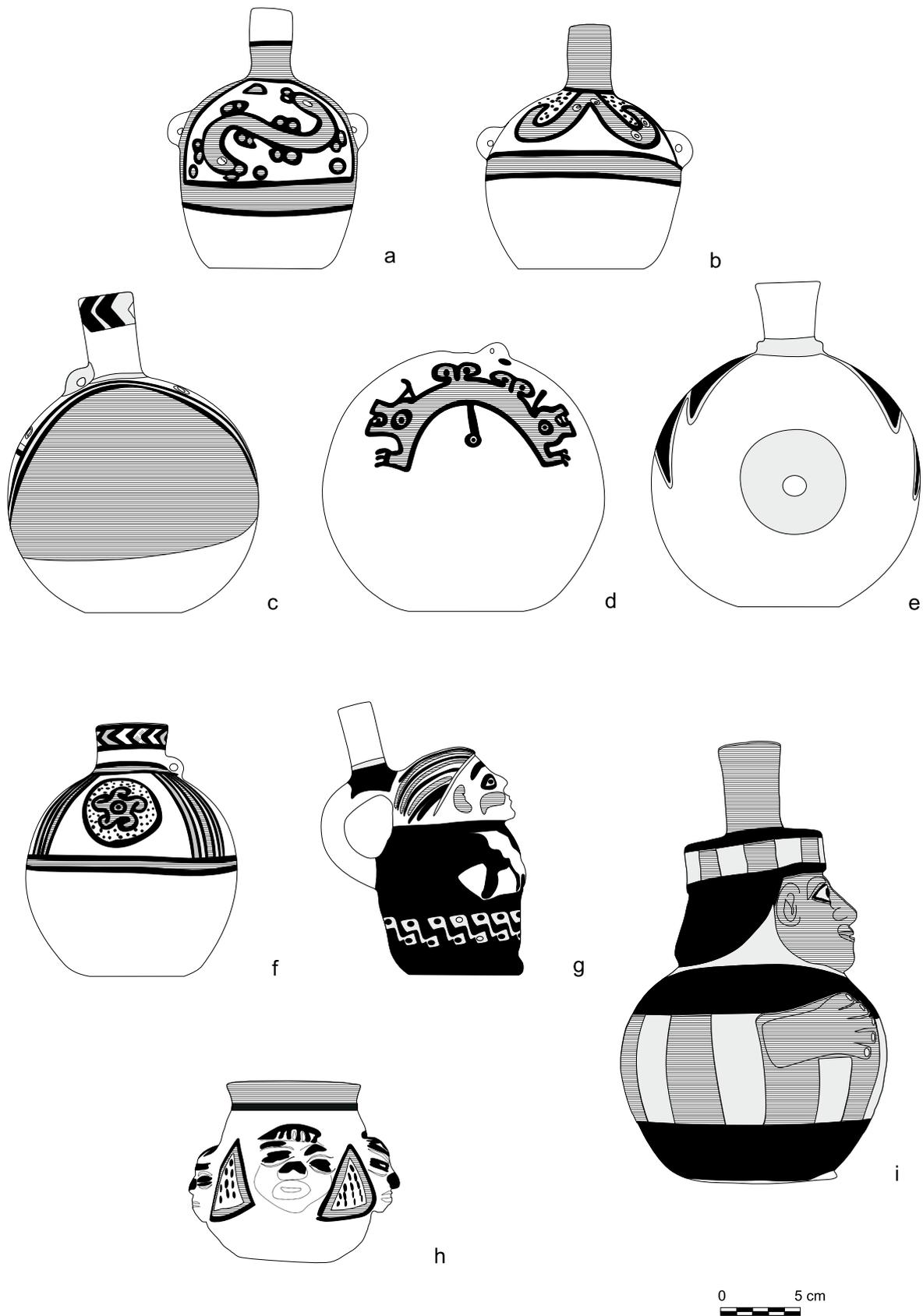


Figura 6. Piezas del estilo Chakipampa: botellas asa auricular (a: 35-5289; b: 35-1499); botellas cantimplora (c: 35-5294, d: 35-1496, e: 35-6022); miniatura cántaro (f: 35-5759). Pieza del estilo Mochica (g: 35-1490). Pieza del estilo Nazca 4 (h: 35-1013). Pieza del estilo Pacheco (i: 35-999) (cortesía del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú; dibujos elaborados por Martha Palma y Cora Rivas).

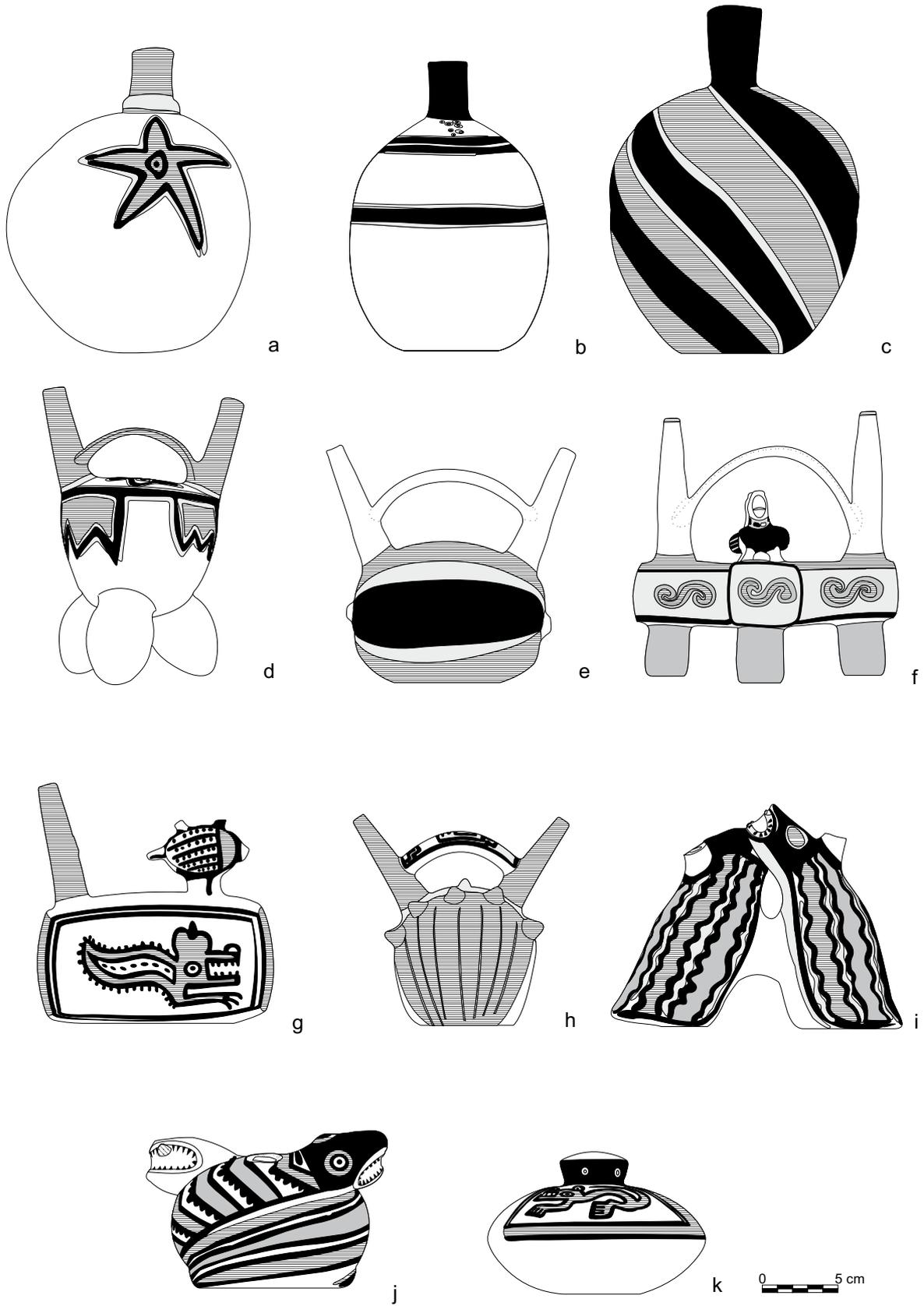


Figura 7. Grupo de innovaciones o formas nuevas: botellas sin asa (a: 35-5027, b: 35:5430; c: 35-5713); botellas de doble pico asa puente cintada pico-pico (d: 35-5120, e: 35-5756, f: 35-1478); botella asa puente pico-protoma (g: 35-1438); botella asa puente tubular pico-pico (h: 35-1493); botellas asa puente sin determinar pico-pico (i: 35-1001, j: 35-1000, k: 35-1404) (cortesía del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú; dibujos elaborados por Martha Palma).

(35-1005) sobresale porque se toma como base una olla con cuello del estilo Moche V para confeccionar una botella de doble pico (Ubbelohde-Doering, 1983, p. 65, *Abb.* 23, 5; Donnan & Cock, 1997, p. 57; figura 1). Presentan un campo de color en los picos (salvo la pieza mencionada), pero la decoración es afín al estilo Lima.
 f) Botellas asa puente sin determinar pico-pico (B-AP?-PP; n=9): subgrupo cuyas asas se han perdido y no se ha determinado su forma. Sin embargo, siguen el patrón de presentar decoración local (Lima) o foránea (Chakipampa) o las dos al mismo tiempo (pieza 35-1477) en el cuerpo, que puede ser escultórico, globular achatado o de perfil compuesto.

g) Botellas de asa lateral cintada (B-ALC; n=20) conforman el mayor número de botellas. Las formas de sus cuerpos son escultóricas, lenticulares o globulares achatadas. Cuatro de estas piezas tienen formas del estilo Lima en el cuerpo. Junto con el primer subgrupo, presenta colores diferentes al naranja, que es predominante, en su superficie (rojo y marrón claro). Si bien ciertas partes, como los picos, pueden no presentar decoración, aquí es predominante la decoración lima en las tres partes de la vasija. Las piezas 35-5431, 35-5753, 35-6025, 35-6026 y 35-5435 estaban asociadas a entierros de individuos en posición extendida (figura 8).

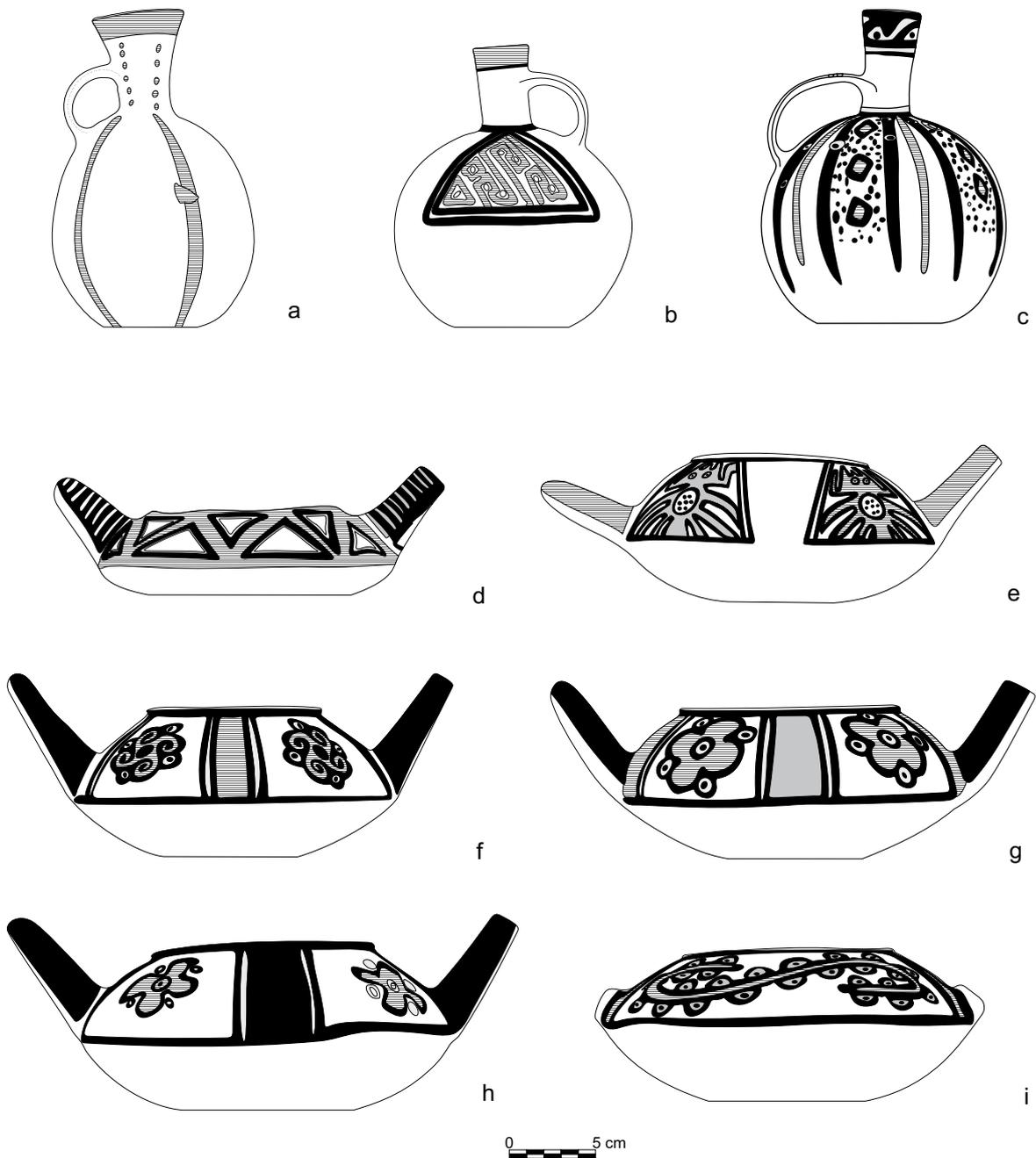


Figura 8. Grupo de innovaciones o formas nuevas: botellas de asa lateral cintada (a: 35-1606, b: 35-5431, c: 35-5914); teteras (d: 35-1536, e: 35-1021, f: 35-1535, g: 35-1534, h: 35-5710, i: 35-5709).

h) Botella de asa auricular (B-AA; n=1): corresponde a una botella de cuerpo globular achatado y una sola asa. En el alto pico presenta el característico chevrón del estilo Chakipampa, pero no se reconoce el diseño del cuerpo (¿afín a Lima?).

i) Botella de tipo no determinado (B-ND; n=1): pieza única en sus características, pues a pesar de haber perdido la mayor parte del cuerpo, al estar expuesto el interior se observan los detalles de su confección. Lo más importante es la presencia de tres cabezas escultóricas (de un total de cuatro que originalmente existieron), a manera de soporte, un rasgo de los estilos Nazca 7 y Loro (Isla, J., comunicación personal) (figura 13).

j) Ollas con asas (O-A; n=2): piezas de forma lenticular que presentan asas por encima del ecuador de la vasija. Su decoración también corresponde a dos estilos: las asas (a pesar de haberse perdido su mayor parte) tienen características del estilo Lima y los cuerpos presentan decoración afín al estilo Chakipampa. Su superficie es de color naranja.

k) Teteras (T; n=6): piezas con un mango y una vertedera, por lo general con una forma globular achatada o lenticular. La superficie también es de color naranja y su decoración en sus diferentes partes corresponde a un solo estilo: Lima (pieza 35-1536) o Chakipampa (el resto de las piezas).

l) Miniaturas (n=9): se trata de versiones a escala reducida de vasijas de tamaño normal. Varias tienen ascendencia al estilo Lima en la forma del cuerpo (figura 9).

11) Miniatura de botella sin asa (MB; n=1): de engobe naranja, su decoración es íntegramente de color rojo, otro rasgo chakipampa (Menzel, 1964, p. 11; Isla, J., comunicación personal).

12) Miniaturas de botellas asa lateral cintada (MB-ALC; n=3): se trata de piezas con decoración lima.

13) Miniatura de olla con cuello (MO-C, n=2; Patterson, 1966; Guerrero & Palacios, 1994; Segura, 1999). La pieza 35-6023 estaba asociada a un entierro de individuo en posición extendida.

14) Miniatura de olla con cuello y vertedera (MO-C-V, n=1; Segura, 1999). Esta pieza (35-5430) estaba asociada a un entierro de individuo en posición extendida.

15) Miniatura de tetera (MT; n=1): es una versión a escala reducida de las teteras de tamaño natural.

Como se infiere de los datos expuestos, además de la presencia predominante de decoración chakipampa, hay diseños propios del estilo Moche V (algo ya advertido por Mogrovejo y Segura [2001, figura 17] de sus hallazgos de contextos funerarios en el conjunto Julio C. Tello de Cajamarquilla), de la fase Nazca 7 en el cuerpo de las piezas, así como formas de híbridos de elementos típicos de dichos estilos. En las tablas presentadas, el mayor número

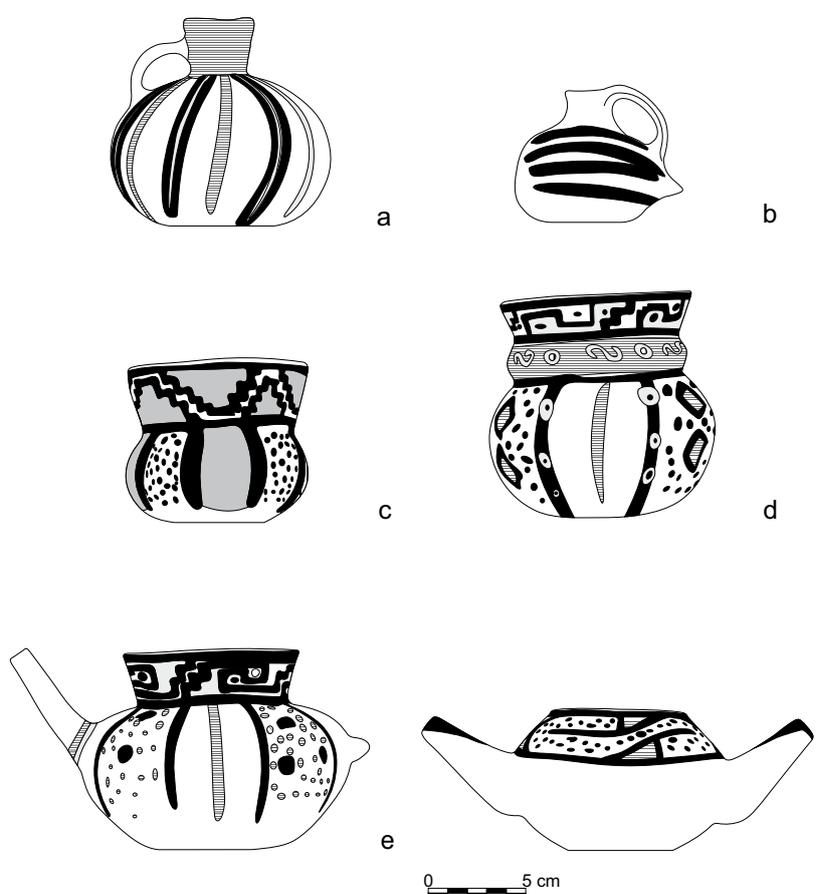


Figura 9. Miniaturas, parte del grupo de las innovaciones o formas nuevas. Botellas de asa lateral cintada (a: 35-1035, b: 35-5303); ollas con cuello (c: 35-6023; d: 5912); olla con cuello y vertedera (e: 35-1024); tetera (f: 35-5122) (cortesía del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú; dibujos elaborados por Martha Palma).

de elementos decorativos de diferentes estilos se presentan en las botellas B-APC-PP y APC-PPR, lo que les sugiere un carácter especial. Sin embargo, a diferencia de Menzel no se ha encontrado decoración del estilo Ocros. Tecnológicamente, se presentan más elementos que las imitaciones de otros estilos. En ese sentido, la tecnología Nazca 7, así como chakipampa (las bases cóncavas) y la presencia de pedestales bulbosos del estilo Loro son elementos nuevos, tal como postuló Menzel en primera instancia. En el caso de las miniaturas debe advertirse que, como en el caso de las piezas nazca de esta categoría, y tal como ocurre en algunas del estilo Lima, las vasijas tienen asas auriculares (por ejemplo, la pieza 35-1024).

TECNOLOGÍA Y HUELLAS DE USO

El color de las piezas también es, mayormente, naranja, pero eso no implica que todas las piezas estén producidas con el alfar Nievería determinado por Menzel. Si bien se han realizados estudios más amplios acerca del alfar Nievería de parte de Guerrero y Palacios (1994), Segura (1999), Ccencho (2006), entre otros, no todas las piezas de la colección corresponden a este segmento. De hecho, como ya había observado Gayton (1927, p. 308), hay piezas con engobe cuya superficie tiene ese color, pero poseen una pasta distinta en el interior. Como se infiere de las tablas 2 y 3, el alfar Nievería está presente en las imitaciones nazca, chakipampa y, por supuesto, en el conjunto de las formas nuevas. Como se puede esperar, no aparece en el grupo de vasijas lima, en el que se pueden encontrar tres ejemplares de pasta naranja con inclusiones (A2) y una de color rosáceo (A4). Pero, asimismo, no toda la integridad del conjunto de formas nuevas tiene el rasgo A1 como componente ni ese color de superficie. De ellas, dieciocho tienen una pasta de color naranja, pero con inclusiones blancas y negras bien visibles y una sola corresponde al tipo A3. En otras palabras, con certeza un tercio de este grupo no utiliza el alfar Nievería. Con el objetivo de enfatizar este aspecto, se debe mencionar que los hallazgos del Proyecto Arqueológico Cajamarquilla en el conjunto Pedro Villar Córdova (temporada 2001; véase Segura, 2002) incluyeron fragmentos de piezas elaboradas con pasta roja e inclusiones y el uso de la tecnología del emplacado. Una de ellas parecía corresponder a una esquina de una vasija de forma paralelepípeda. Asimismo, en una unidad en el borde del frente o fachada norte del edificio en cuestión, el autor encontró grandes fragmentos planos de cerámica con decoración *interlocking*, es decir, también realizadas con la tecnología mencionada. Una pieza en particular (35-1004), con una representación de tipo nazca —manifestada, entre otros, por la cabeza humana sobresaliente— y decoración lima, enfatiza la participación de la tecnología de dicha sociedad en el proceso tratado (figura 14).

Por otro lado, las piezas recuperadas fueron limpiadas con procedimientos adecuados en el Laboratorio de Cerámica del MNAHP y, gracias a ellos, se pudo ver el interior de algunas de ellas. Particularmente llamativa fue la observación de horizontes marcados de líquidos en las paredes interiores de tres vasijas (figura 15). Alejandro

Soto, a cargo del laboratorio, sugirió, luego de sus observaciones mediante microscopio, que dichos restos podrían corresponder a chicha de maíz (comunicación personal, 2002). Si bien se trata aquí de vasijas de servicio, esto tendría relación muy estrecha con lo hallado en las investigaciones llevadas a cabo por el Proyecto Arqueológico Cajamarquilla en las temporadas 1996 y 1997 en la plaza principal del conjunto Julio C. Tello. En esa área, Rafael Segura (1999, 2001b) encontró contextos en forma de pozos que tuvieron un uso y luego fueron sellados con fragmentos de cerámica rotas en una o varias ocasiones. Esas vasijas fueron usadas en la preparación de chicha de maíz. El caso expuesto demuestra un uso de las piezas que debería investigarse más en el transcurso de los trabajos de campo en general, con el objeto de que una limpieza y restauración rápida de los materiales no eliminen evidencias hasta ahora no muy conocidas.

Por otro lado, varias vasijas abiertas, en especial las teteras, mostraban un sarro blanquecino, que también fue sometido a observación por medio del microscopio. Según Alejandro Soto, estos restos procederían de agua pura (comunicación personal, 2002). Para que se presente este tipo de vestigios es muy posible que se haya tenido que exponer las piezas a temperaturas elevadas; sin embargo, al ser limpiadas en diferentes épocas durante el siglo XX, todo rastro de este tipo de procedimiento ha desaparecido (figura 16).

COMENTARIOS FINALES

Se ha querido presentar en detalle los alcances de los trabajos realizados por Uhle en el área por medio de una sistematización de los datos que contienen las piezas de su colección. Sus estudios no se restringieron a la determinación de un «primer periodo» en la costa central. La presencia de contextos funerarios diferentes del Horizonte Medio que afectaban e intruían un área funeraria anterior se ha observado en otros complejos. Se tienen, inclusive con características semejantes, en la cima del montículo principal del conjunto Julio C. Tello de Cajamarquilla —algo que se debería extender al complejo en su integridad (Sestieri, 1971; Mogrovejo y Segura, 2001, p. 569)—, así como en Catalina Huanca, Maranga (Shady & Narváez, 1999), Huaca Pucllana (ver Flores, 2005) y Ancón (Kaulicke, 1997, entre otros). De hecho, Muelle, ya las había comparado con estructuras semejantes halladas por Uhle «[...] en el estrato Tiahuanaco de Pachacamac» (1935, p. 137). Esto, en otras palabras, constituye un reconocimiento de una especie de patrón generalizado en el que, sobre los sitios con ocupación de la etapa Lima Tardío se presentan contextos funerarios del Horizonte Medio que alteran estructuras ya en desuso. Asimismo, en lo referente a individuos enterrados juntos pero con posiciones diferentes, se excavó en Ancón una estructura funeraria semejante (Ravines, 1977, p. 354, entierro 7). En cuanto a los materiales que interesan en el este trabajo, la diferenciación y características advertidas por Uhle permiten relacionar, en algunos casos, a las vasijas cerámicas con un tipo de contexto funerario en particular (ver tablas 2, 3).

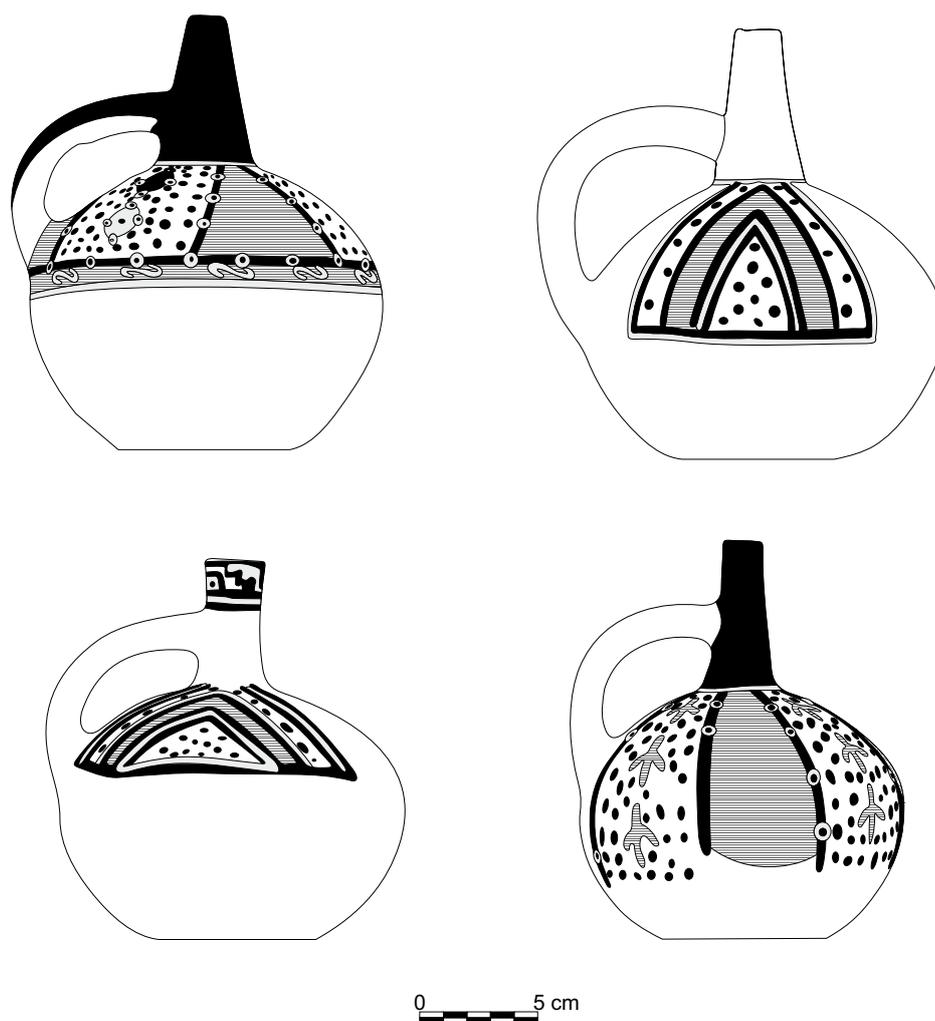


Figura 17. Piezas del estilo Nievería Derivado, según Menzel (1964). Estaban asociadas a entierros «de bóveda» (cámara) (cortesía del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú; dibujos elaborados por Martha Palma).

Del conjunto total, diez piezas pertenecen a la «civilización de los entierros tendidos» (ver abajo), diecinueve tienen la indicación «entierros en forma de bóveda», a la que se agrega la pieza recuperada por Muelle en 1935, es decir, un total de veinte piezas atribuidas a este tipo de estructuras) y, por último, como se mencionó arriba, se cuenta con tres piezas correspondientes a «entierros de las dos formas». El resto de piezas tiene la indicación de atribución cronológica general al «Primer periodo del valle». Esta información sirve, con seguridad para empezar a buscar patrones de asociación.

Debido a que este conjunto es parte de uno mayor en el que se comprenden otros aspectos, solo se ha querido ampliar hasta cierto nivel lo que, en su momento, tanto Gayton como Menzel percibieron. De la presencia chakipampa se han podido dar mayores alcances, pero estos pueden ser más complejos de lo observado, si se tiene en cuenta, por ejemplo, la decoración chakipampa presente en ollas con cuello de mucho mayores dimensiones en el sitio de Huaca 20, en el complejo Maranga, valle bajo del Rímac (Rengifo, 2006, figuras 198, 299). Por el momento, se toma como límite al conjunto de Lima Tardío y del Horizonte Medio 1 y no se

ingresa, aún, en el tema de la existencia de este estilo en el Horizonte Medio 2. Baste referir, por el momento, que dicho conjunto de piezas tiene, en gran parte, decoración del estilo Lima tanto en su pico como en el cuerpo (sobre todo los diseños de serpientes entrelazadas y los de forma en «V» invertidos inscritos; véase figura 17). Asimismo, como los datos de Gayton permiten inferir, la conocida Grave 3 del cementerio de Nievería (Gayton, 1927, *plates* 91 f, 95 j, 96 f, j; ver figura 18) contiene una pieza del grupo de las formas nuevas (B-APC-PPR) con decoración del estilo Moche V en el cuerpo, una botella con asa lateral tubular, propia de los entierros intrusivos que detectó Uhle en Pachacamac y Nievería, así como una botella cantimplora. Estos aspectos, la aparente coexistencia con otros estilos y la mayor duración del estilo Nievería en el tiempo, se dejan pendientes para tratar de manera exhaustiva más adelante.

Por otro lado, como se sabe por la literatura, este conjunto, como otros, no cuenta con asociación estratigráfica segura. Es muy posible que las piezas de estos grupos sean mayormente contemporáneas, lo que vuelve a poner sobre la mesa la cuestión acerca de qué parte del Periodo Intermedio Temprano se está investigando.



Figura 18. Los objetos asociados de la Grave 3 (tomado de Gayton, 1927, *plates* 91 f, 95 j, 96 f, j) (composición de Rafael Valdez).

Sus características son semejantes a las de los resultados de las investigaciones en el sitio de San José de Moro, en el valle de Jequetepeque, con una presencia de estilos híbridos —que afecta, inclusive, al estilo local—, formas chakipampa y exportación de piezas nievería del grupo, por ejemplo, de las botellas asa puente pico-protoma (B-APC-PPR), las que presentan, en ese caso, únicamente decoración del estilo Lima (ver Castillo, 2002, figura 17).

De las observaciones realizadas en este conjunto se extraen diversos planteamientos nuevos, expuestos arriba, pero entre ellos vale la pena destacar los elementos tecnológico-formales y de la iconografía procedentes del área de la cultura Nazca. Las investigaciones actuales han permitido hacer precisiones, pero Uhle intuyó en su momento una relación con dicha sociedad respecto del material que recuperó en este yacimiento (ver arriba). Fuera de reconocer una riqueza en la variabilidad de sus formas, advirtió una relación que en la actualidad puede determinarse con mayores precisiones. Hoy se sabe que los contactos entre las sociedades de esta etapa conformaron un proceso complejo de interacciones que recién se ha comenzado a entender (Shady, 1982). Pese a que la cerámica, como objeto asociado en contextos funerarios, constituye solo un segmento de las manifestaciones culturales de las sociedades antiguas, con sus trabajos en el Cementerio de Nievería, Uhle dio los primeros pasos para el conocimiento de dichas relaciones complejas desarrolladas en los Andes centrales.

AGRADECIMIENTOS

El presente trabajo formó parte de un proyecto iniciado en el año 2002, se realizó en diferentes etapas y se llevó a cabo con el objeto de recuperar la mayor cantidad posible de información contextualizada de los materiales cerámicos de las tres colecciones mencionadas. En el Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, los permisos correspondientes fueron concedidos por sus directores, en diferentes gestiones, los doctores Luis G. Lumbreras y Enrique González Carré. Agradezco el apoyo del licenciado Carlos del Águila, así como al personal del Departamento de Registro, entre ellos, Elia Centurión, Norma Cárdenas, Juan Peralta, Fanny Montesinos y Elba Manrique. En el Departamento de Archivo, debo un reconocimiento especial a María Eugenia Huayanca y Rocío López del Castillo. En el Departamento de Cerámica, agradezco a sus respectivos jefes en diferentes etapas, Maritza Pérez y Dante Casaretto, así como a Francisco Merino, José Roel y César Córdova. En el Laboratorio de Cerámica conté con la valiosa colaboración de Alejandro Soto y Rosa Martínez.

La documentación y reunión del numeroso material se pudo concretar con la invaluable ayuda de estudiantes de arqueología de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, entre ellos, Jorge Aching, Flor de María Bobadín, Gladis Collatupa, Berta Flores, José Luis Fuentes, Ana Murga, Ronald San Miguel, Katuska Rodríguez, Lizbeth Tepo, Marlene Torrez

y Luz Vergara. En el Museo de la Nación conté con el apoyo del Departamento de Registro, en la persona de la licenciada Sonia Quiróz. Para la adecuada presentación de los materiales cerámicos digitalizados conté con la ayuda de Cora Rivas, Martha Palma y Gabriela Cervantes. También expreso mi reconocimiento con las doctoras Joan Knudsen y Leslie Freund,

del Phoebe Hearst Museum of Anthropology, así como el apoyo constante del arquitecto Jean-Pierre Protzen, de la University of California at Berkeley. Asimismo, agradezco la atención de los doctores Gregor Wolff y Norbert Knosalla para acceder a información del Legado Uhle del Ibero-Amerikanisches Institut-Preußisches Kulturbesitz de Berlín.

BIBLIOGRAFÍA

- ANDERS, M. (1990). Maymi: un sitio del Horizonte Medio en el valle de Pisco. *Gaceta Arqueológica Andina*, 5, (17), 27-39.
- BUENO, A. (1974-1975). Cajamarquilla y Pachacamac: dos ciudades de la costa central del Perú. *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, 36, 171-201.
- BUSE, H. (1959). Cajamarquilla. *El Comercio*, 6 de agosto, p. 5.
- CARMICHAEL, P. (1994). Cerámica nasca: producción y contexto social. En: Shimada, I. (Ed.), *Tecnología y organización de la producción cerámica en los Andes*, (pp. 229-247). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- CASTILLO, L. J. (2002). La presencia de Wari en San José de Moro. En Kaulicke, P. & W. H. Isbell (Eds.). Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias, Primera Parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, 4, 565-582.
- CAVATRUNCI, C. (1991). Cajamarquilla, un centro urbano de la costa central. En Los Incas y el antiguo Perú, 3000 años de historia, t. I, (pp. 352-363). Centro Cultural de la Villa de Madrid.
- CCENCHO, J. (2006). El alfar Pucllana Nievería. Cambios registrados en una vajilla ceremonial y sus implicaciones sociales. *Cuadernos de Investigación/INC 1, Arqueología*, 17-34.
- CERULLI, E. (1967). Cajamarquilla 1962-1967. Attività della Missione Archeologica Italiana in Peru. *Annali di Studi di Geografia*, 3, 49-60.
- CERULLI, E. (1969). Cajamarquilla 1968. Informazioni preliminari sugli scavi della Missione Archeologica Italiana in Peru. *Verhandlungen des XXXVIII Amerikanisten Kongresses, Stuttgart-München, 12 bis 18, August*. t. I, (pp. 353-355). Stuttgart.
- COCK, G. (2004). Puruchuco y el cementerio inca de la quebrada de Huaquerones. En Villacorta, L. F.; L. Vetter & C. Ausejo (Eds.), *Puruchuco y la sociedad de Lima: un homenaje a Arturo Jiménez Borja*, (pp. 179-197). Lima: CONCYTEC/Compañía de Minas Buenaventura/Diagnósticos Gammagráficos.
- DONNAN, C. & C. MACKEY (1978). *Ancient Burial Patterns of the Moche Valley, Peru*. Austin: University of Texas Press.
- DONNAN, C. & G. COCK (1997). *The Pacatnamu Papers. Volume 2. The Moche Occupation*. Los Angeles: Fowler Museum of Cultural History, University of California.
- D'HARCOURT, R. (1922). La céramique de Cajamarquilla-Nievería. *Journal de la Société des Américanistes*, 14, 107-118.
- FERREYRA, R. (1986). Flora y vegetación del Perú. En Peñaherrera, C. (Coord.), *Gran geografía del Perú*. Vol. II. Lima: Mejía Baca.
- FLORES, I. (2005). *Pucllana: esplendor de la cultura Lima*. Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- GAYTON, A. H. (1927). *The Uhle pottery collections from Nievería*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 21, (8), 305-329.
- GUERRERO, D. & J. PALACIOS (1994). El surgimiento del estilo Nievería en el valle del Rímac. *Boletín de Lima*, 91-96, 275-311.
- HAMPE, T. (1998). Max Uhle y los orígenes del Museo Nacional. En Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú antiguo*, (pp.123-156). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- ISLA, J. (2002). Wari en Palpa y Nasca: perspectivas desde el punto de vista funerario. En Kaulicke, P. & W. H. Isbell (Eds.), Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias, Segunda Parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, 5, 565-582.
- KAULICKE, P. (1997). *Contextos funerarios de Ancón: esbozo de una síntesis analítica* [traducción de R. Valdez]. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (Ed.) (1998). *Max Uhle y el Perú antiguo*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KOSOK, P. (1965). *Life, Land and Water in Ancient Peru: An Account of the Discovery, Exploration and Mapping of Ancient Pyramids, Canals, Roads, Towns, and Fortresses of Coastal Peru with Observations of Various Aspects of Peruvian Life, both Ancient and Modern*. New York: Long Island University Press.
- LIEBSCHER, V. (1999). Uhle Itinerare in Argentinien, Bolivien und Peru/Itinerarios de Uhle en Argentina, Bolivia y Perú. En W. W. Wurster (Ed.), *Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Planes de sitios arqueológicos en el área andina*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 56, 58-87.
- MENZEL, D. (1964). Style and Time in the Middle Horizon, *Nawpa Pacha*, 2, 1-105.
- MENZEL, D. (1968). *La cultura Huari*. Serie Las Grandes Civilizaciones del Perú. Lima: Compañía de seguros y reaseguros Peruano-Suiza.
- MILLA, C. (1974). *Catastro del valle del Rímac*. Centro de Investigación y Restauración de Bienes Monumentales. 2 tomos. Lima: Instituto Nacional de Cultura.
- MOGROVEJO, J. (1996). Informe final de la segunda temporada de investigaciones 1996 en el Conjunto Julio C. Tello, Cajamarquilla. Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura. Lima: Proyecto Arqueológico Cajamarquilla.
- MOGROVEJO, J. & R. Segura (2001). El Horizonte Medio en el conjunto arquitectónico Julio C. Tello de Cajamarquilla. En Kaulicke, P. & W. H. Isbell (Eds.), Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias, Primera Parte. *Boletín de Arqueología PUCP*, 4, 565-582.
- MUELLE, J. C. (1935). Restos hallados en una tumba en Nievería. *Revista del Museo Nacional*, 4, 135-152.
- MUSEO NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA, ANTROPOLOGÍA E HISTORIA DEL PERÚ (MNAAHP). Lima. (1963). Copia del inventario general de especímenes (manuscrito), registrados en el volumen X del Museo Nacional de Historia correspondiente a los años 1906 a 1911. Tomos I y II. Lima.

- NARVÁEZ, J. (2006). *Sociedades de la antigua Cajamarquilla. Investigaciones arqueológicas en el Sector XI del Conjunto Tello y un estudio de la colección tardía del Conjunto Sestieri*. Lima: Avqi.
- NÚÑEZ, E. (1989). *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú: apuntes documentales con algunos desarrollos histórico-biográficos*. Lima: CONCYTEC.
- O'NEALE, L. M. & A. L. KROEBER (1930). *Textile Periods in Ancient Perú and their Techniques*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 28, (2), 23-56.
- PALACIOS, J. (1988). La secuencia de la cerámica temprana del valle de Lima en Huachipa. *Gaceta Arqueológica Andina*, 16, 13-29.
- PATTERSON, T. C. (1966). *Patterns and Process in the Early Intermediate Period Pottery of the Central Coast of Perú*. University of California Publications in Anthropology 3, Berkeley and Los Angeles.
- PERÚ. SENADO DE LA REPÚBLICA. (1953). *Las ruinas arqueológicas del Perú: el Senado de la República interviene en su defensa y conservación*. Lima: El Cóndor.
- RAVINES, R. (1994). Las culturas preincas: arqueología del Perú. En del Busto, J. A. (Dir.), *Historia general del Perú*, t. II. Lima: BRASA.
- RADDATZ, C. & G. KRAUSE (1985). *Ein Hannoveraner in Lima. Eine Ausstellung der Völkerkunde-Abteilung des Niedersächsischen Landesmuseums über den Sammler präkolumbischer Altertümer Christian Theodor Wilhelm Gretzer (1847-1926)*. Hannover: Niedersächsisches Landesmuseum.
- RENGIFO, C. (2006). *Proyecto Arqueológico Huaca 20-Complejo Maranga. Informe de investigaciones. Temporada 2005*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- RICKENBACH, J. (Ed.) (1999). *Nasca: Geheimnisvolle Zeichen im Alten Peru*. Zürich: Museum Rietberg Zürich.
- ROSTWOROWSKI, M. (1989). *Costa peruana prehispanica* (2a ed.). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- ROSTWOROWSKI, M. (2005). La influencia wari en el incario y las peregrinaciones. En Kaulicke, P.; G. Urton & I. Farrington (Eds.), *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas. Tercera Parte. Boletín de Arqueología PUCP*, 8, (2004), 565-582.
- SCHINDLER, H. (2000). *Die Kunstsammlung Norbert Mayrock aus Alt-Peru. Staatliches Museum für Völkerkunde München*. München: International Publishing GmbH Germering.
- SEGURA, R. (1999). Rito y estrategia económica en Cajamarquilla. Un estudio de las evidencias arqueológicas del Conjunto Julio C. Tello del Horizonte Medio 1A. Tesis de licenciatura, Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- SEGURA, R. (2001a). Informe de los trabajos de excavación en el conjunto Pedro Villar Córdova, Cajamarquilla, temporada 2000. Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- SEGURA, R. (2001b). *Rito y economía en Cajamarquilla. Investigaciones arquitectónicas en el Conjunto Arquitectónico Julio C. Tello*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- SEGURA, R. (2002). Informe de los trabajos de excavación en el conjunto Pedro Villar Córdova, Cajamarquilla, temporada 2001. Informe presentado al Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- SEGURA, R. (2004). La cerámica lima en los albores del Horizonte Medio y algunas notas para el debate. En Villacorta, L. F.; L. Vetter & C. Ausejo (Eds.), *Puruchuco y la sociedad de Lima: un homenaje a Arturo Jiménez Borja*, (pp. 79-117) Lima: CONCYTEC/Compañía de Minas Buenaventura/Diagnósticos Gammagráficos.
- SESTIERI, C. (1963). Scavi della Missione Archeologica Italiana in Peru. Relazione Preliminare. *Bolletino d'Arte del Ministero della Pubblica Istruzione*, 1-2, 166-182.
- SESTIERI, C. (1964). Excavations at Cajamarquilla, Peru. *Archaeology*, 17, (1), 12-17.
- SESTIERI, C. (1971). Cajamarquilla, Peru: The Necropolis on the Huaca Tello. *Archaeology*, 24, (2), 101-106.
- SHADY, R. (1982). La cultura Nievería y la interacción social en el mundo andino en la época Huari. *Arqueológicas*, 19, 5-18.
- SHADY, R. & J. NARVÁEZ (1999). *La Huaca San Marcos y la antigua ciudad de Maranga-Lima*. Museo de Arqueología y Antropología. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- SILVA, J. (1992). Ocupaciones postformativas en el valle del Rímac: Huachipa-Jicamarca. *Pachacamac*, 1, 49-74, Lima.
- SILVA, J. & R. GARCÍA (1997). Huachipa-Jicamarca: cronología y desarrollo socio-político en el Rímac. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 26, (2), 195-228.
- SILVA, J., K. HIRTH, R. GARCÍA & J. PINILLA (1982). El valle del Rímac hace 2500 años: Huachipa-Jicamarca. *Boletín de Lima*, 21, 59-68.
- SQUIER, E. G. (1974). *Un viaje por tierras incaicas: crónica de una expedición arqueológica (1863-1865)* (Traducción del original en inglés de 1877) (introducción de J. Guevara y prólogo de R. Porras Barrenechea). Buenos Aires: Leonardo Impresora.
- STUMER, L. M. (1957). Cerámica negra del estilo Maranga. *Revista del Museo Nacional*, 26, 272-289.
- UBBELOHDE-DOERING, H. (1983). *Vorspanische Gräber von Pacatnamú, Nordperu*, Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 26.
- UHLE, M. (1910). Über die Frühkulturen in der Umgebung von Lima. En *Verhandlungen des XVI Internationalen Amerikanisten-Kongresses, Wien, 9. bis 14. September, 1908*, Zweite Hälfte, (pp.347-370). Wien y Leipzig.
- VILLACORTA, L. F. (2005). Palacios y ushnu: curacas del Rímac y gobierno inca en la costa central. En Kaulicke, P.; G. Urton & I. Farrington (Eds.), *Identidad y transformación en el Tawantinsuyu y en los Andes coloniales. Perspectivas arqueológicas y etnohistóricas, Segunda Parte. Boletín de Arqueología PUCP*, 7 (2003), 151-187.
- VILLACORTA, L. F., L. Vetter & C. Ausejo (Eds.) (2004). *Puruchuco y la sociedad de Lima: un homenaje a Arturo Jiménez Borja*. Lima: CONCYTEC/Compañía de Minas Buenaventura/Diagnósticos Gammagráficos.
- VILLAR CÓRDOBA, P. (1935). *Las culturas prehispanicas del departamento de Lima*. Homenaje al IV Centenario de la fundación de Lima o antigua «Ciudad de los Reyes». Lima.

LAS INVESTIGACIONES DE FRIEDRICH MAX UHLE EN EL DESIERTO DE ATACAMA (NORTE DE CHILE)

Lautaro Núñez A.¹

Hay esperanzas de que podamos leer un día toda la historia del Hombre Americano en los restos que dejaron sus antepasados, como en un libro abierto (Uhle, 1917a, p. 34).

INTRODUCCIÓN

Friedrich Max Uhle, nacido en Dresden (1856-1944), ha sido considerado como el «Padre de la Arqueología andina» (Linares, 1964) y fue definitivamente el soporte científico extranjero más importante en Chile durante los inicios de esta disciplina en la interfase de los siglos XIX y XX. Se formó como investigador en el Museo Etnológico de Berlín (1888-1891) y desde aquí, estimulado por su director y americanista, A. Bastian, arriba a Argentina para estudiar la expansión inca más meridional y ascender por su red hasta el Perú (1892). En el año de 1895 es contratado por la Universidad de Pensilvania para iniciar sus excavaciones en Pachacamac (Perú), oportunidad en que descubre una sucesión de culturas, que le permiten abrir una ventana hacia los pueblos preincaicos, acorde a su énfasis cronológico. En 1903 se conoce su obra sobre la costa de Lima, mientras que excava los conchales de Ancón, Chancay y Supe. Por el año de 1905 inicia otros estudios al interior, tanto en Cuzco, Río Grande, Nazca y Arequipa, al tanto que en 1906, asume el cargo de director de la sección de arqueología del Museo Histórico del Perú, en un ambiente académico favorable.

En el año de 1911 llega a Chile a raíz de un contrato con la Universidad de Chile, pasando luego a dirigir la sección de arqueología, antropología y etnología del Museo Histórico Nacional de Santiago de Chile (1912-1916), en reemplazo a su amigo Aureliano Oyarzún, quien salía becado a Munich. El apoyo franco de personalidades como Oyarzún, Gusinde y Schneider (1936), le facilitaron su rápida inserción en este país. Su trayectoria, breve pero fructífera, presenta su primera expedición a Calama (norte de Chile) en 1912. Luego, continúa más al norte, hacia la costa de Arica y Pisagua por el año 1913. Su estudio sobre sociedades «primordiales» lo condujo en 1915 a Constitución,

para volver al desierto costero de Taltal en 1916. Desde este año hasta 1919, radica en Arica y Tacna, oportunidad en que sus excavaciones revelan a los «Aborígenes de Arica», antiguas comunidades de cazadores-recolectores-pescadores, hoy reconocidos como Cultura Chinchorro (Standen, 1997), hasta poblaciones complejas agrocerámicas a lo largo de una secuencia inédita en Chile. Entre los años 1919 y 1923 se instala en Ecuador, para volver a Alemania en 1937, al Instituto Iberoamericano del Berlín, retornando al Perú solo de vez en cuando hasta que el conflicto de la Segunda Guerra lo imposibilita de mantenerse por más tiempo en Sudamérica.

Compartió a lo largo de estos tiempos, no solo su sólida vocación de prehistoriador, sino su aproximación a la filología americana como consecuencia de sus estudios de lenguas orientales y sus observaciones acuciosas sobre los remanentes étnicos contemporáneos que hacía de la etnografía andina uno de sus pilares interpretativos desde los uros, chipayas, collas, calchaquíes, guaraníes, chiquitos, aymaras y atacameños (Linares, 1964). Estos antecedentes interdisciplinarios deben de considerarse al evaluar sus estudios propiamente prehistóricos (Orellana, 1974).

Su prestigio científico fue bien recibido en Chile al integrarse a la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, a la conducción del Museo de Etnología, incluyendo varias expediciones autorizadas por el Ministro de Instrucción Pública y bienvenidas por sus seguidores en el ámbito arqueológico, porque sus publicaciones eran reiteradamente citadas por Latcham (1938). La admiración y respeto que muchos le profesaban quedaron testimoniados en un texto alemán escrito por Aureliano Oyarzún en la Revista Chilena de Historia y Geografía por el año 1936. De hecho, se le considera el iniciador de la arqueología científica en Chile y, específicamente, en el desierto de Atacama.

¹ Universidad Católica del Norte, Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Museo, San Pedro de Atacama, Chile.

CONSIDERACIONES SOBRE SUS MARCOS TEÓRICOS Y METODOLÓGICOS

De acuerdo a su formación difusionista, sus estudios en la costa central del Perú, asociada a monumentabilidad, lo orientan a investigar la procedencia y origen exótico de las civilizaciones locales vinculadas con «influencias civilizatorias más adelantadas» desde el exterior (Uhle, 1955, p. 58). Su propuesta se sostiene en teleconexiones iconográficas desde el Golfo Pérsico, Mesopotamia e inclusive de China, en relación a la emergencia de «altas» culturas intervenidas por antiguas corrientes migracionistas (Mostny, 1964). De este modo: «se preparaba, sin duda, la desaparición de esta cultura primera, que debía ceder al empuje de las civilizaciones, no quedando rostro alguno de ellas en los siglos posteriores» (Uhle, 1922, p. 55). Su percepción del desarrollo de la sociedad al sur del Perú, lo vincula con «civilizaciones marginales» y «salvajismo», cuyo ambiente geográfico fue: «menos tocado por el movimiento histórico» (Uhle, 1955, p. 58). Es decir, Uhle no acepta la coexistencia de poblaciones locales con aquellas «colonias» arribadas del exterior, las que hacen «retroceder a la raza original», esto es, a la que ocupaba la costa del desierto de Atacama reconocida por sus «esqueletos extendidos» (Mostny, 1964, p. 14).

De este modo, Uhle se ciñe a un ordenamiento evolutivo unilineal desde formas «primitivas» a «pueblos civilizados» por cuanto a «[c]ada adelanto de la civilización en el Perú corresponde en el sur un adelanto menor y una fase de desarrollo tanto más baja, cuando más dista del foco de civilización peruano» (Uhle, 1917d, p. 174).

Los primeros estudios de Uhle en Chile se relacionan con sitios de cazadores-recolectores-pescadores, en un escenario de ausencia de monumentabilidad donde identifica a un sustrato de «pescadores antiguos», homogéneos entre sí, a juzgar por sus labores similares a los remanentes uros, marcados por su marginalidad y subordinación. Los cementerios de la población que llamó «Aborígenes de Arica» (complejo cultural Chinchorro), eran consecuentemente de «cultura baja», aunque fue sorprendido por la complejidad de sus prácticas de momificación artificial, las que describió con prolijidad, a pesar de su apreciación sesgada por las corrientes antropológicas en torno a la inferioridad racial cuando da cuenta de su «salvajismo inesperado» (Uhle, 1917d, pp. 164-166). Estos pueblos fueron «sorprendidos por la aproximación de las civilizaciones peruanas, sus costumbres se mezclaron brusca y repentinamente, sin medición previa alguna, con los de los invasores del norte, que tenían una civilización mucho más adelantada» (Uhle, 1917b, p. 54). Desde esta marginalidad habría operado el «aislamiento geográfico» en donde se crearon «rincones» donde los cazadores-recolectores «conservaron su estado primitivo», hasta alcanzar el estadio de «salvajismo completo» en el extremo sur, al que casi «no alcanzaron las influencias exteriores» (Uhle, 1917b, p. 40).

Por lo anterior, de los escritos de Uhle se pueden entender sus propuestas teóricas y metodológicas

aplicadas a la prehistoria del sur de los Andes. Él se encontró inserto en el debate sobre la unidad versus multiplicidad de las razas americanas, aunque cuestiona si en verdad el concepto «raza», no debería ya cambiarse por «cultura», aunque consideraba más efectivo el término «civilizaciones». Esta noción se vinculaba mejor con el conjunto de cambios neolíticos que merecía un tratamiento cronológico, por cuanto le era imposible aceptar que los «incas habían introducido la civilización al Perú» (Uhle, 1917a y b).

Así se distingue en el medio científico, entre tantos aficionados, a raíz precisamente de sus nuevos métodos orientados a los estudios comparativos para comprender el grado de las civilizaciones, sus características permanentes, sus influencias y, hasta el tiempo de contacto histórico (Uhle, 1913a). Para este efecto, trata de identificar secuencias con poblaciones anteriores o posteriores a la estudiada, porque como difusionista asume que los logros civilizatorios llegan formados desde otros pueblos más avanzados, lo que genera su clásica controversia con el pensamiento de Tello, ya que, la influencia mayoide habría sido, según Uhle, muy relevante en los Andes. Se entiende que las poblaciones más complejas como los Protonazca de Pisagua serían, entonces, grupos que colonizaron ese litoral y se adaptaron localmente.

Realiza prospecciones sistemáticas en Calama, y hasta en el poco tiempo que estuvo en el valle del Loa, localiza uno de los tambos incas más buscado hasta ese entonces: Chacinka. Aquí, en la «puerta del Camino Inca», según su traducción, se lograba la «comunicación de los caminos dirigidos al sur, viniendo el uno del Salar de Ascotán muy cerca y el otro de más al norte» (Uhle, 1922, p. 11). Como todo pionero, no solo se preocupaba de la lectura del paisaje actual, sino, de su propia evolución. Precisamente una de sus explicaciones de la antigüedad discreta de los conchales de Taltal, fuera de la ausencia de megafauna y conchas fósiles, es que debido a los movimientos de trasgresión marina se «ha destruido en diferentes partes desde muchos siglos una faja ancha de la antigua costa» (Uhle, 1955, p. 37).

Se acerca a la diversidad del espacio andino a través de la selección de muestreos que deberían reflejar distintas respuestas culturales, tanto en el extremo norte, centro y sur del Perú, con el fin de entender sus diferencias, a través de lo que llamaba «cortes transversales» llevados a cabo en las zonas de Trujillo, Pachacamac e Chíncha-Ica y agregamos Taltal-Calama-Arica, en el norte de Chile, incluido los contrastes entre las tierras altas y la costa.

Para el arqueólogo de terreno cada objeto obtiene más valor en la medida que se sepa definir su posición y contexto en su propio lugar. De allí que no solo haya excavado cementerios, de donde separaba el contenido de cada uno: «para derivar después de diferencias minuciosas este orden al tiempo y de eso desprenderá quizás al fin el periodo cronológico exacto a cual cada uno de ellos pertenecía» (Mostny, 1964, p. 63). También se preocupa de observar los asentamientos cerca de los conchales, pese a que le

escribe Capdeville que las evidencias de los «círculos de piedras» serían arreglos funerarios. Su maestro le responde: «son construcciones de casas». Uhle no puede admitir: «que alguna gente hace mejores construcciones para fines de inhumar que para los de habitar» (Mostny, 1964, p. 80).

En relación a los conchales de Taltal, escribe en sus cartas, su percepción del proceso de formación de sitios, como un arqueólogo moderno, para que Capdeville pueda asimilar uno de sus principios más básicos:

Una vez comen conchas, otra vez pescados, otra vez hay muchos restos quemados (cenizas), otras veces menos. Es también posible que a veces amontonen intencionalmente residuos en forma de montones especiales. Después vienen otros que toman asiento en el espacio intermedio. Una vez el conchal crece más al sur, otra vez en el norte, la última cima puede ser muy diferente de la parte primera o principalmente habitada. En tal caso, no hay estratificaciones claras (Mostny, 1964, p. 137).

A continuación le indica a Capdeville que los tamaños de los conchales no implican necesariamente un largo tiempo de ocupación, por cuanto pueden crecer rápido, o por otro lado, lentamente, si se asocian a escasa población con uso discontinuo, y por cierto, como tipólogo natural le recuerda tener cuidado con las puntas de proyectiles de base rectas, puesto que son tardías (Mostny, 1964, p. 138).

Precisamente en esta clase de sitios habitacionales aplica sus excavaciones científicas correspondiente al «método de la estratificación histórica», para determinar «diferentes edades»... «sin que yo entonces tuviera conocimiento del método de los geólogos y paleontólogos, de usar en cierto modo fósiles tipos de un estrato para determinar otros» (Uhle, 1955, p. 33). Por lo mismo, accede a los abrigos rocosos donde el orden estratigráfico es más constreñido y elocuente para definir periodos de menor a mayor complejidad tal como lo percibió en una caverna de Punta Pichalo (Pisagua), donde reconoce que el ambiente seco, a diferencia de los conchales, permite registrar colecciones con buen estado de conservación (Mostny, 1964, Uhle, 1917d). La correlación entre capas y los tipos de artefactos le permite avanzar en el tema del «desarrollo de las formas en el tiempo» (Mostny, 1964, p. 136). Su acercamiento a las propuestas tipológicas y funcionales lo aplicaba así:

Era de suponer que según la ley de la constancia de las formas de los instrumentos accesorios en la costumbre de tomar rape, la aplicación de las tabletas usadas por los Mahue's, determinaban al mismo tiempo las de las tabletas andinas, parecidos de uso todavía disputable (Uhle, 1951c, p. 127).

Desde la estratificación y las tipologías a través de los objetos y registros indicadores de la naturaleza de los procesos, Uhle investiga los orígenes y las transformaciones de las civilizaciones. Al respecto, las relaciones

sustanciales entre la sincronía exacta de eventos con los fines comparativos orientados a esclarecer la historia de los pueblos, se logra por el método tipológico que apunta a la determinación cronológica de los acontecimientos que produjeron tales determinaciones históricas (Uhle, 1915c).

Por este afán tipológico y del reconocimiento de los datos procesados de sus colecciones excavadas, es que distingue el estadio Tiwanaku entre piezas de Pedro de Atacama, compara entre culturas para determinar si existen «mezclas» o no, quema los hilos para oler si es de origen animal o vegetal (Mostny, 1964) y no se excluye de las actuales tendencias experimentales: inhalar alucinógenos posiblemente de aquella tableta de Chunchuri (Calama) que contiene restos vegetales in situ. Su relato indica que logró soplarlo a la ventanilla de su ayudante del museo y que, a su vez, este hizo lo mismo con su maestro, con otra cantidad mayor, y aunque el polvo ya no tenía suficiente eficacia, no provocó los estornudos esperados (Uhle, 1951c). En verdad, Uhle estaba convencido que estos implementos de inhalación provocaban solo el efecto del «rapé» europeo y no estados de exaltación religiosa en contextos de alucinación psicotrónica. De todos modos, este acercamiento a vivir intensamente esta experiencia no deja de ser un acto temerario para quien definía estas prácticas prehistóricas y etnográficas como un: «vicio arraigado y profundo del uso de narcóticos» (Uhle, 1913b, p. 110), provenientes de sus excavaciones funerarias, aunque esos cementerios reflejaban: «vicios abominables del culto de los muertos» (Uhle, 1913b, p. 116).

Finalmente, al interior del marco metodológico su vocación en torno a la difusión y educación del patrimonio arqueológico lo transformó en un hombre de museos, en La Paz, Lima y Santiago de Chile. Fue precisamente en la capital de Chile, una vez dispuestas las colecciones excavadas en una bodega provisoria, cuando se descubre su visión de lo que debería ser un verdadero museo asociado a expediciones científicas, aspiración que, fuera de duda, no ha perdido vigencia hasta hoy. Debe ser un edificio nuevo y definitivamente con buena luz, sin humedad, espacios amplios liberados y aislados contra incendios y salones de exposiciones con vitrinas adecuadas. Se suma su aseo sistemático y laboratorios para la recepción, desinfección, conservación de colecciones e investigación de materiales como cerámica, metales y textilera, incluyendo uno fotográfico, biblioteca y por cierto, una habitación para el director «quien debe vigilar constantemente todos los trabajos que se efectúen en el Museo» (Uhle, 1913a, p. 49).

La formación de Uhle le permite cruzar distintas disciplinas para esclarecer la naturaleza de la cultura material arqueológica. Desde la etnografía avanza en la cuestión de formas y funciones (por ejemplo, implementos de inhalación de alucinógenos), mientras que con criterios antropológicos físicos intenta una suerte de tipología de rostros para comparar etnias, a través de la identificación de individuos considerados «representantes vivos» del «antiguo tipo atacameño» del Salar

de Atacama (Uhle, 1919, p. 12). Su predilección por la lingüística está presente en su acercamiento a los diccionarios andinos, en este caso, hasta entablar amistad con Aníbal Echeverría y Reyes, el estudioso de la lengua kunza, precisamente de los atacameños, para los efectos de establecer mapas de distribución que le ayuden a diferenciar distintas «civilizaciones». Paralelamente, recoge con énfasis los datos toponímicos que lo habilitan para evaluar las escalas de las supuestas expansiones de los pueblos prehispánicos. Así, los atacameños habrían, no solo avanzado hasta la región de Arica, sino, más al norte, hasta Ica, Ayacucho y Bolivia. Los nombres geográficos atribuidos al kunza, desde una «región atacameña», determinarían una amplia distribución en el centro sur andino, aspecto que hasta ahora no ha recibido un tratamiento mayor desde una glotocronología moderna (Uhle, 1919).

Por su parte, Uhle no se eximió del detallado estudio de las crónicas andinas, tal como lo expone al revisar las memorias de Montecinos, en tanto excluye lo que considera ingenuo y fantástico, para rescatar datos sobre la sociedad inca, proveniente de tradiciones que aunque se «descoloran», conservan acontecimientos útiles para la «reconstrucción de la historia antigua» (Uhle, 1922, p. 87). Este es el marco referencial en cuanto a su pensamiento científico una vez instalado en Chile, donde inaugura un gran debate sobre los inicios de las ocupaciones humanas en el cono sur americano.

SU ACERCAMIENTO A LOS PRIMEROS POBLAMIENTOS SUDAMERICANOS

Los primeros poblamientos americanos habrían ocurrido desde otros continentes, principalmente por el puente de Bering, desde el «fin del período cuaternario y de una parte del postglacial» (Uhle, 1917b, p. 38). En este sentido, sus intuiciones sobre la posibilidad de realizar hallazgos anteriores a los 8000 años de antigüedad, de acuerdo a los datos disponibles en los Estados Unidos, fueron premonitorios. Uhle da cuenta de la diversidad racial, tribal, lingüística, de naciones y civilizaciones entre los aborígenes americanos, lo cual necesariamente debería explicarse por el arribo de migraciones más tempranas durante el período «diluvial», asociado al ingreso de «mamíferos grandes» como los mastodontes (Uhle, 1917b, p. 38). A partir de las evidencias procedentes de las «estaciones paleolíticas» de Taltal (norte de Chile): hachas, puñales y raspadores «chelenses», intenta establecer conexiones con el modelo folsom de Norteamérica y aun con las industrias paleolíticas del viejo mundo, conciente de abrir un debate innovador en tanto considera que se requiere datos muy sólidos para probar que en Sudamérica también sería posible identificar industrias paleolíticas (Uhle, 1912d; Mostny, 1964). Aquí se habrían acumulado estas industrias líticas, las que «no evolucionan» de acuerdo a su formación etnológica, puesto que reconoce formas salvajes en el extremo sur del país en un «estado muy primitivo» (Uhle, 1917b, p. 40; Uhle, 1917d).

En el marco de esta discusión, Uhle es informado que las colecciones paleolíticas de Taltal están disponibles en Santiago de Chile y ya al año siguiente se encuentra en la costa del desierto, excavando con Augusto Capdeville las capas inferiores del conchal donde se registraron los primeros artefactos de sílice negro, similares, según Uhle, a la industria de Chelles (Francia). Desde los inicios, ve allí las pruebas de la llegada hasta el cono sudamericano de los primeros emigrantes, quienes habrían arribado al continente durante eventos preneolíticos (Uhle, 1922). Sin embargo, advierte dos situaciones que no le permiten establecer claramente una conexión directa con el paleolítico europeo: a) ausencia de fauna extinta y conchas fósiles b) presencia de «puntas de flechas». Esta coexistencia de toscos artefactos percudidos con puntas y otros artefactos presionados, además de piezas pulidas consideradas más modernas fundamentaron una duda razonable (Uhle, 1917b). Su excavación en Taltal lo conduce a plantear más bien la existencia de «formas paleolíticas» más que un período paleolítico que aún no se ha comprobado en América (Mostny, 1964, p. 136).

De este modo, es el propio Uhle quien, pese al consenso sobre la existencia de vida paleolítica en Taltal (Oyarzún, 1917; Capdeville, 1928; Latcham, 1915; 1939), abre el debate sobre la real antigüedad de estos hallazgos, tema que será retomado más tarde precisamente desde conchales de Taltal por Junius Bird (1943; 1965). La industria lítica de Taltal sería neolítica: «Había pues en esta costa, un hombre neolítico continuador en parte de una industria que en Europa había desaparecido temprano en el período diluviano». Serían los «primeros antecesores» de las civilizaciones peruanas, explicación que se contrapone con su tesis de disolución del salvajismo ante las migraciones civilizadas a no ser que se recuerde que Uhle aceptaba la existencia de «rincones» de conservadurismo cultural (Uhle, 1917d, p. 153).

Esta discusión adquirió una magnitud continental (Evans, 1906; Krieger, 1964) y, a pesar de que Uhle reconoce la similitud de los artefactos de sílice recuperados en la base de los conchales de Taltal con la industria chelense, fue muy cauteloso al señalar que coexistían allí: «instrumentos del tipo paleolítico con otros neolíticos» (Uhle, 1917b, p. 40). Muy posteriormente, Krieger (1964) planteó la existencia de un temprano período «pre proyectil point», incorporando al debate las evidencias de Capdeville (1921; 1928). Le correspondió a Bird (1965) responder con un fino análisis estadístico, tal como lo propuso Uhle (1917b), para probar que esas industrias líticas presentaban artefactos con cruda percusión asociados a otros finamente presionados, a través de toda la secuencia del conchal excavado (Bird, 1965). De modo que la costa de Taltal quedó definitivamente al margen del tema de los primeros poblamientos sudamericanos. Sólo muy recientemente las excavaciones estratigráficas han probado la existencia de puntas líticas del patrón Huentelauquén entre los 10.000-11.000 años a.C. (J. Castalleti, 2005).

HACIA LAS PRIMERAS PROPUESTAS CRONOLÓGICAS DEL DESIERTO CHILENO

Su orientación cronológica es uno de los aportes más importantes de la obra de Uhle. Se debe al dominio sobre la periodificación europea de la Edad de Bronce I y II, Hallstatt y La Tène, lo que le permite comparar la costa del Pacífico con Europa sobre la base de una secuencia de tipos de inhumaciones (Uhle, 1917d, p. 175). Se trata de identificar distintas «olas de inmigración» que se localizan en un espacio, donde la población local: «cambia solo de tipo de civilización», especificando que los conceptos de raza y civilización no siempre presentan desarrollos paralelos (Uhle, 1964, p. 13). Su naturaleza se fundamenta en la comparación de culturas análogas de expresión continentales que permitan determinar las unidades temporales de los «principales sucesos». Se trata de eliminar las especulaciones en boga sobre la perduración de las civilizaciones y en el caso de los países andinos, resolver la carencia de profundidad cronológica. Aspira, con el apoyo de las ciencias naturales, identificar en cada fenómeno su causa natural por cuanto: «La mentalidad primitiva sigue leyes en sus acciones en el desarrollo de las culturas» y estas deben necesariamente disponerse en secuencias, desde el comienzo de las civilizaciones al «desenvolvimiento americano hasta su final» (Uhle, 1955, p. 35). Por lo anterior, pone de relieve lo que llama una «investigación dedicada a la cronología de las civilizaciones peruanas» (Uhle, 1922, p. 46). En este sentido, su labor se orienta a clasificar ruinas y lograr datos temporales para establecer «sucesiones de periodos» que será su base científica para reconstituir «civilizaciones» prehistóricas. Así, se nutre de diversas disciplinas: filología, tradiciones orales, historia, arte, mitología y religiosidad.

Para situarse en espacios temporalmente planos, como lo era el norte de Chile, Uhle aplicó magistralmente los criterios de ausencia y presencia de indicadores culturales y biológicos entre cinco líneas-datum cronológicas y culturales conocidas: a) poblaciones «primordiales» o «salvajes» que hoy corresponden a las ocupaciones cazadoras-recolectoras-pescadoras arcaicas o «pescadores primitivos del litoral», como los llamaba, anteriores al proceso de producción de alimentos, con una edad de inicio en los primeros siglos de nuestra era, b) poblaciones protoideas diferenciadas entre Protonazca, Protochimú y Chavín (200-700 d.C.), anteriores a Tiwanaku, y que constituyen lo que hoy se conoce como Formativo. Al respecto, plantea con razón que deberían registrarse poblaciones anteriores a Tiwanaku, en razón que:

La arqueología puede probar con facilidad la no existencia de un periodo anterior a la civilización de Tiahuanaco en la hoya del lago Titicaca, pero es posible que en aquel periodo mencionado por Montesinos, un recuerdo completamente oscurecido, pero fundado, se haya conservado de los periodos originales de Protonazca, Protochimú y Chavín, precedentes a la verdadera civilización de Tiahuanaco (Mostny, 1963, p. 88).

c) La irradiación de la civilización de Tiahuanaco (500-1000 d.C.), que al igual que el periodo anterior la sitúa con dimensiones cronológicas coherentes con las actuales dataciones C14, d) poblaciones post Tiahuanaco que llama con propiedad: «Civilizaciones regionales» o «Culturas Regionales» (Uhle, 1917b, p. 42), bien cronologizadas hacia 1000 a 1400 d.C. y finalmente, e) el periodo de los incas que alcanza hasta la invasión española (1400-1500 d.C.). Fuera de la falta de profundidad cronológica para los «pueblos primitivos» el resto de la secuencia no deja de ser admirable a pesar de lo que llama: «su valor relativo» (1917b). Estos periodos separados por sus análisis iconográficos, estilísticos y tipológicos son ordenados, porque están «estratificados en el suelo» y afirma que se habrían sucedido uno a otro en una misma región, pero además, los identifica en «todas partes» en un mismo orden secuencial (Uhle, 1917b, p. 41).

¿Cómo aplicó este esquema cronológico y contextual a través de excavaciones más funerarias que estratigráficas en el Norte de Chile? Por supuesto que Uhle no jerarquiza el rol de las comunidades cazadoras-recolectoras locales como estímulos para sostener los «orígenes» de los procesos civilizatorios del sur. Tal vez su presunción inválida de que la población de pescadores «Aborígenes de Arica» (Chinchorro) se debería cronologizar solo en los primeros siglos de nuestra era, le estimuló la tesis de una abrupta e inesperada disolución del medio de vida arcaico, una vez que se extendió en el litoral chileno la así llamada cultura Protonazca, anterior a Tiwanaku. Hoy se sabe que el complejo cultural Chinchorro data alrededor de los 5000 a.C., pero no deja de ser un gran problema la definición de una fase Chinchorro más tardía con cuerpos provistos de turbantes, tal como los excavó Ancker Nielsen en la costa sur de Iquique/Patillos, puesto que podrían considerarse estos los ancestros de la población con enturbantados formativos, en todo similares a lo excavado por Uhle y Bird en Pisagua (Protonazca) y en los valles de Tarapacá y Guatacondo respectivamente (Núñez, 1970; Meighan, 1980), que en conjunto con las similares evidencias de Azapa, constituyen un periodo formativo con las fases Alto Ramírez y Tilocalar (entre los valles occidentales y la Circumpuna), distribuidos entre la costa y los valles bajos desde Arica a Guatacondo (Núñez, 1992). Es lícito preguntarse si Uhle hubiera en verdad evaluado de brusca la disolución de sus «pescadores antiguos» si hubiese sabido que su temporalidad era más temprana y que eran parte de una secuencia con respuestas culturales adaptativas y complejas que hoy se explican al interior de un régimen de transición arcaica hacia formas sedentarias agromarítimas formativas en la costa y valles bajos, incluyendo los cambios agropastoriles en las tierras altas (Muñoz, 2002; Núñez, 1992).

Para segregar estos periodos Uhle selecciona algunos indicadores particulares. En los conchales de Taltal habrían vivido pescadores primitivos neolitizados pero no descarta que en los cuatro niveles más tempranos estos sean anteriores a los «Aborígenes de Arica», de carácter «primordiales». No obstante, en la costa

de Arica identificó los llamados Aborígenes de Arica (Chinchorro) donde intenta no solo tipologías funerarias, sino, cierta secuencia de la que estaban ausentes los marcadores de complejidad artefactual: cerámica, tejidos, metales y otros al margen de las «conquistas culturales del hombre civilizado» (Uhle, 1922, p. 54; Capdeville, 1923). Continúa su secuencia en la costa de Pisagua donde identificó una sucesión de cementerios iniciados en el periodo Protonazca, reconocido por los implementos de inhalación de alucinógenos, esqueletos extendidos con pies flectados, grandes cestos y textiles con motivos que atribuyó a la litoescultura de Chavín. Se suman las tumbas con postes en todo similar a las evidencias formativas de los valles de Azapa y Tarapacá, con implementos también tempranos, aunque según Uhle estos perviven y son comunes entre los atacameños más modernos, ausentes en los periodos anteriores. Luego, localiza un cementerio correspondiente al periodo Tiahuanaco Epigonal, para dar paso a un «periodo de la Civilización Atacameña-Indígena» y al otro llamado Chíncha-Atacameño (Uhle, 1922), comparables con los pueblos del Loa y Atacama por sus instrumentos inhalatorios, entre otros rasgos y con el cementerio atacameño de Chunchuri de Calama (Uhle, 1915c). El hecho de que las tumbas tempranas no tengan cerámica, dice Uhle, no es un argumento sólido, pues otros pueblos aún más «salvajes» la conocían (Mostny, 1964). Entonces, aconseja a Capdeville que excave otra tumba del tipo con cuerpo extendido para lograr objetos que ayuden a determinar su temporalidad. Después de infructuosos esfuerzos de Capdeville, Uhle llega a una convicción final: «creo necesario abandonar la edad de la pipa de tabaco. Porque hay un límite de la posibilidad de investigaciones que no se puede pasar generalmente» (Mostny, 1964, p. 103).

Otros indicadores artefactuales lo fueron la cerámica negra pulida, objetos de bronce, de hueso, placas líticas ovaladas, vasos figurados e implementos de inhalación de alucinógenos asociados a caracoles intrusivos registrados en la costa de Taltal (Capdeville, 1923; Uhle, 1922; 1915c; Núñez, 1984). Para fases más tempranas utilizó otros marcadores, también muy precisos, como la presencia de grandes turbantes que hoy caracterizan justamente a los eventos formativos que en Pisagua dieron lugar al periodo Protonazca (Mostny, 1964). Igualmente, reconocía en este mismo contexto protoide (formativo) a los grandes cestos donde depositaban los cuerpos asociados a postes, como los registrados también en Pisagua por Bird (1943), homólogos a los registrados en el valle de Tarapacá (Núñez, 1970), y aquellos grandes cestos de Chorrillos localizados en Calama (Uhle, 1922).

Por otra parte, para la identificación de evidencias arcaicas, Uhle acude a la ausencia de evidencias alfareras o agrícolas y a la presencia de vestimentas de fibra vegetal, como los salvajes del este, según sus palabras, e integra a los rodados pintados, peines como brochas, momificación artificial, cestos, esteras, tejidos de red, estólicas y otros (Uhle, 1917b; 1913b). Se suman los bloques líticos con incisiones paralelas para afilar instrumentos

de filiación arcaica tardía-formativo de acuerdo a nuestros estudios en el SE de la cuenca de Atacama (Núñez, 1992; Núñez *et al.*, 2006; Mostny, 1964).

La probada evolución de las prácticas funerarias europeas estimuló en Uhle su propuesta en términos de segregar distintos tipos de inhumaciones como marcador cronológico. En efecto, a unos 12 kms al interior del valle de Azapa identificó cuerpos extendidos con escaso ajuar, de eventual data arcaica temprana tal como hoy se ha comprobado (Mostny, 1964; Muñoz & Chacama, 1993). Posteriormente, destaca los cuerpos extendidos del patrón Aborígenes de Arica (Chinchorro). Continuarían las inhumaciones de cuerpos extendidos con pies flectados, propios del Protonazca de Pisagua, que ahora se vinculan directamente con eventos formativos tempranos (Núñez, 1992). Finalmente, postula innovaciones en la disposición de cuerpos durante el periodo Tiahuanaco, mientras que la forma encucillada sería la más representativa de los atacameños post Tiwanaku, tal como fueron observados en la costa de Taltal (Uhle, 1917d, p. 192; Capdeville, 1923). En un caso específico logró aislar de los datos de Capdeville una sepultura en túmulo que contenía «esqueletos doblados» en «posición inclinada», con cerámica negra y gris pulida, que ahora fuera de dudas se relacionan con eventos formativos de San Pedro de Atacama (Uhle, 1922, p. 97).

Inmediatamente antes de sus estudios en el norte de Chile, se había descrito la existencia de los atacameños con testimonios arqueológicos etnológicos y lingüísticos (D'Orbigny, 1830; Schuller, 1908; Montford, 1904; Crequi Montford & Senechal de la Grange, 1904; Boman, 1908), quienes, si bien habían identificado una «civilización atacameña», no consideraron su relatividad temporal con metodologías adecuadas (Uhle, 1913d). De modo que cuando Uhle decide iniciar sus excavaciones opta por Calama de acuerdo a la bibliografía referida; además, el río Loa es parte de la región de los salares de Atacama y Arizaro donde, de acuerdo a Uhle, se localizaba originalmente el foco atacameño antiguo y sobreviviente que aún hablaba «el kunza», y su contraparte costera, los changos, que ya habían perdido su idioma, aunque aún sobrevivían allí cuando realizó sus trabajos en Taltal. Al integrar a sus estudios en Pisagua los indicadores atacameños, como los implementos de inhalación de alucinógenos, logró ampliar el espacio cultural atacameño desde la Puna de Atacama, compartida por Chile y Argentina, hasta la costa desértica y los valles de Arica (Uhle, 1913b).

Aunque Uhle no emite detalles del ambiente desértico estudiado, su interés por iniciar excavaciones en la costa y el interior era una réplica a sus investigaciones en el Perú. Junto a Capdeville recorrió el ambiente costero de Taltal, oportunidad en que evaluó la vital importancia del recurso agua, proveniente de vertientes, a lo largo de la costa más árida del continente. Vincula los principales asentamientos a la cercanía de los manantiales que allí son numerosos (Núñez & Varela, 1967; Uhle 1917d). No duda en informar positivamente sobre un manuscrito de Capdeville dedicado a

este tema. Su tesis correcta es que la aridez es «aparente» en un territorio con tantas vertientes útiles apegadas al borde costero (Mostny, 1964, p. 156). Aquí emite una explicación que nos parece brillante, al constatar que aunque estos recursos son algo salinos: «Hubo poblaciones indias en muchas partes donde nunca puede haber habido agua potable, como lo necesitamos nosotros» (Mostny, 1964, p. 44). Por otra parte, observó el ambiente desértico con un sentido evolutivo, reflexionando sobre posibles cambios climáticos recurrentes en «círculos», cada 45 años, provocando más recursos de agua para las prácticas agrícolas, evidencias que las habrían localizado cerca de Iquique (¿Pampa Iluga?). Acepta que hay pocos estudios sobre la caracterización de los cambios climáticos registrados en los últimos siglos, con periodos de mayor potencial hídrico que el actual. Tal hipótesis lo conduce a explicar la presencia humana en ámbitos de la costa excesivamente áridos, de numerosos paraderos de poblaciones antiguas que pudieron apoyarse en vertientes hoy agotadas (Mostny, 1964, p. 44).

Está claro que Uhle no se interesaba directamente por los recursos y sus ambientes. Caracterizó de «frugal» a la civilización atacameña, debido a sus prácticas agrícolas y de recolección de algarrobos y chañares, sin valorar sus prácticas pastoralistas. Su preocupación se centró más bien hacia la construcción de fases puesto que «no hay una civilización atacameña en general, sino varias de diferentes épocas» (Uhle, 1913d, p. 457). Esta premisa no deja de ser sorprender al contrastarla con el actual estado de conocimiento. En efecto, sus tempranos indicadores protonazca de Pisagua como los cráneos enturbantados y el uso de alucinógenos ahora se han registrado en contextos formativos tempranos al sureste del Salar de Atacama (Núñez *et al.*, 2006). Además, estaba capacitado para identificar los componentes tiwanaku con los locales, presentes en los oasis de Atacama en distintos niveles temporales, incluyendo indicadores tardíos, tal como ocurre con los implementos de inhalación de alucinógenos que derivan hasta poblaciones post tiwanaku por los 1300 d.C. (Uhle, 1913d). Precisamente, en el cementerio Chunchuri, acepta que hay deformaciones craneanas eventualmente de tipo tihuanaco. No obstante, hoy es más inseguro postular esta vinculación puesto que los materiales allí hablan a favor de una influencia altiplánica menor, que era en verdad lo que admitía Uhle al remitirlo a su condición de atacameños (Uhle, 1913b). En efecto, en Chunchuri el tipo cerámico Dupont datado por carbono catorce hacia 1390 d.C. sin asociaciones a inca, confirma el juicio de Uhle al disponerlo en lo que hoy conocemos como Periodo Intermedio Tardío o Desarrollo Regional Tardío (Núñez, 1976; 1965). Finalmente, logró entregar un panorama sobre este periodo e identificar componentes incas entre los atacameños con un juicio pleno de sabiduría: «Hay también restos de pueblos importantes construidos por los incas sobre los caminos antiguos» (Uhle, 1913b, p. 108; Uhle, 1911).

Para Max Uhle la costa de Taltal se correspondía con un espacio articulado por los atacameños de acuerdo a la cuantiosa información observada e intercambiada con Capdeville en términos de cementerios pertenecientes a fases con multicomponentes cerámicos conectados con gentes desde Copiapó-Atacama-Arica (Capdeville, 1923; Núñez, 1984). Percibió este litoral asociado a sociedades civilizadas, derivadas desde el exterior. Apunta específicamente, en relación a los atacameños prehistóricos que: «no hay ninguna razón para decir que no había en aquella costa tan natural para los atacameños del Salar de Atacama, atacameños ya en tiempo bastante antiguo» (Mostny, 1964, p. 57). Las conexiones entre las distintas fases funerarias desde tempranas a tardías, procedentes de la cuenca de Atacama, se han registrado efectivamente en Taltal, dejando fuera de dudas las propuestas iniciales de Uhle (Capdeville, 1923; Núñez, 1984).

No obstante, el interés original por la costa de Taltal radicaba en esclarecer sus evidencias paleolíticas. En el año 1917, compartió excavaciones y largas conversaciones con Augusto Capdeville, aficionado a la arqueología a cargo de la oficina de Correos de dicho puerto localizado en el borde del desierto de Atacama. Se inició así un nutrido intercambio de cartas que ayudó a los estudios de su amigo (Mostny, 1964). En Taltal, Uhle estudió dos sitios que consideró más antiguos, uno al lado del Muelle de Piedra (Morro Colorado) y el otro al oeste de la Quebrada del Hueso, a una legua y cuarto de Taltal (Cerro Morado), el cual no fue excavado. En el primero practicó una trinchera de 12 x 2 metros (borde sur del conchal) ubicando 4 capas con una profundidad máxima de 2,73 centímetros. Su mayor sorpresa fue que los artefactos de sílice negro (v. gr. «hachas chelianas») no se situaron solo a comienzos de la ocupación, sino, que estaban allí hasta en la capa superior con restos cerámicos en superficie. Ahora se sabe que la presencia de anzuelos de concha en la base, lo vinculan con los niveles más tempranos excavados por Bird (1943) en Arica y Pisagua, con una antigüedad no mayor a los 6.500 años a.C. (Bird, 1943; Berdichewsky, 1962).

Debe tenerse en mente que en los tiempos de Uhle los artefactos de cruda percusión no se consideraban parte de las cadenas operativas de talla, de modo que, irreversiblemente esa morfología «primitiva» conducía a sugerir altas antigüedades. Una impresión de esta naturaleza ocurrió a lo largo de su exploración en la Pampa de Taltal (2000 m.s.n.m.) oportunidad en que identificaron «antiguos» talleres líticos superficiales que, sin duda alguna, lo colocan entre los pioneros, al abrir la problemática de la existencia de talleres-canteras localizadas al interior de la costa, con bifaces tallados asociados a desechos de talla que reflejarían vínculos con los conchales, al tratarse de rocas eficientes ausentes en el entorno inmediato de la línea de costa (Uhle, 1917d). Allí registró lo que recién ahora se ha valorado: talleres líticos localizados en la pampa apegada al borde oriental de la cordillera de la costa. Se trata de grandes bifaces,

algunos almendrados y/o foliáceos, que constituyen las preformas de las hojas arcaicas de Taltal (grandes cuchillos bifaciales). Talleres-canteras de esta naturaleza, con preformas percudidas («formas paleolíticas» según Uhle) dieron lugar a un intenso debate posterior en la cuenca de Atacama, esclareciéndose la cuestión en términos de cadenas operativas de talla lítica. Durante la exploración de Uhle, se registraron refugios en «herradura» rodeados de abundante talla lítica con puntas de proyectiles de lanzas, además de raspadores, lo que indica claramente que se trataba de los talleres descritos posteriormente por Le Paige (1970) y otros investigadores, tanto en la pampa intermedia como en las tierras altas. Un hecho singular que coincide con los estudios posteriores es que, aparte de la correcta vinculación entre estos talleres y el litoral, se observa el traslado de cantos rodados graníticos desde las playas marinas usados correctamente como «percutores», asociados al desecho lítico y restos de pescado, además de conchas de mariscos, alimentos que para Uhle eran trasladados desde la costa al nivel de pampa, carente de recursos de subsistencia, pero ricos en rocas adecuadas para las industrias líticas del litoral (Uhle, 1917d).

Después de sus estudios en Taltal aborda la problemática atacameña a través de sus excavaciones en la banda sur del río Loa Medio, en el cementerio Chunchuri, cerca de Calama, con una densidad del orden de 600 metros cuadrados, que debió contener aproximadamente unos 2500 cuerpos. Aquí excavó 55 metros cuadrados registrando 1.100 objetos entre más de 200 cráneos y momias (Uhle, 1913b; Duran *et al.*, 2000; Núñez, Ms.). El aspecto de este cementerio fue y lo es aún de total alteración, con remociones que alcanzaron hasta los 1,40 centímetros de profundidad, con restos de «diferentes épocas» ... «difíciles de separar» (Uhle, 1912c; 1913b, p. 108). Reconoce que las «excavaciones extensas» de Sénéchal de la Grande (1904-1905), aquellas que dieron lugar a las colecciones depositadas en los Museos de París y Mónaco, fueron irregulares y se queja que ya no es posible registrar inhumaciones intactas (Uhle, 1912c). Al respecto, publica una crítica científica insoslayable a las excavaciones de Senechal de la Grange: «Desgraciadamente la descripción que él hizo no corresponde absolutamente ni a las colecciones reales de aquel cementerio antiguo ni a la importancia que tiene para la reconstrucción de las costumbres de los habitantes primitivos» (Uhle, 1912c, p. 48).

Es importante conocer aquellos marcadores arqueológicos del cementerio Chunchuri, toda vez que representan a la «civilización atacameña» de los últimos siglos, con orígenes locales provenientes de un «desarrollo antiguo» (Uhle, 1913b, p. 109). Reconoce prácticas agrícolas y comerciales (Uhle, 1913d) y aclaró tanto los métodos de cultivos como su temporalidad aproximada: «más o menos mil años atrás, se nota la influencia de la civilización boliviana de Tiahuanaco hasta el fin de la era pre incaica de aquella región» (1912c, p. 48). Aunque sus estudios no lograron especificar los distintos énfasis y la naturaleza de la articulación con

los distintos modelos de interacción tiwanaku, reconocidos actualmente, por razones obvias propias de la historia de la investigación.

Entre los indicadores arqueológicos provenientes del cementerio Chunchuri se destacan las calabazas pirograbadas con volutas, cestería coiled simple y decorada, cerámica Chiza modelada con ojos «grano de café», del patrón Pica-Tarapacá, jarro con diseños de parinas de filiación tiwanaku y ollas «zapatos». Se suman los cencerros grandes de madera, horquetas de atalaje, sogas de carga, palas de madera y líticas, cuchillones de madera, puntas de flechas pedunculadas, tortera de madera con volutas, agujas de cactus, vichuñas, textil con diseño de parinas, mantas gruesas, gorro aterciopelado con plumas del patrón San Pedro de Atacama, gorro con cintillo de piel y tapa de red del mismo patrón, casco de cestería con refuerzo de madera y fibras de enlace con diseños bicromos, con temas rectangulares, cuadrangulares y en cruz del complejo Pica-Tarapacá. Se integra un cascabel de nogal intrusivo (*Junglans australis*) y un fragmento de kero de madera. Es importante la alta frecuencia de implementos de inhalación de alucinógenos cuyo personaje «sacrificador» con máscara, hacha y cabeza-trofeo es común en 14 tubos (Durán *et al.*, 2000, figura 62; Núñez, 1964).

Uno de los tiestos cerámicos más comunes en este cementerio lo es el llamado Dupont: su identificación y datación C14 ocurrió precisamente en el cementerio Chunchuri, cuyo toponímico se desconocía en el momento de esa exploración, razón por lo cual se optó por denominar Dupont-1 al sitio específico, toda vez que las instalaciones de esa fábrica de explosivos limitaba con el referido cementerio (Núñez, 1965; 1966; 1970). Con el fin de otorgar mayor valor cronológico se procedió a una excavación de prueba, ubicándose una tumba colectiva intacta con tres indicadores relevantes: campanillas de discos plegados de oro, cerámica Dupont y tubo de inhalación con tallado del sacrificador, enteramente similares al inventario de Uhle (Durán *et al.*, 2000). La datación se logró de un fragmento textil con un fechado coherente del orden de los 1390 ± 100 d.C., en entera concordancia con la propuesta temporal de Uhle (Núñez, 1965; 1966; 1976). En efecto, de acuerdo a Uhle este cementerio sería posterior a Tiwanaku o con ciertos rasgos «epigonales» posiblemente deducido de un jarro con diseños de parinas. Por otra parte, indica las similitudes con los tubos y tabletas tardías de Pisagua, del Loa y San Pedro de Atacama, de tal modo que, al no conocerse en esa época los contextos de San Pedro de Atacama, la locación en el Loa, y los indicadores tales como la iconografía de los implementos inhalatorios lo remiten a definirlo al interior de un «periodo de desarrollo atacameño» (Uhle, 1913b, p. 108). Tanto la datación ¹⁴C como los indicadores arqueológicos confirman esta situación. Sin embargo, hasta ahora no está claro cuál es la modalidad de interacción entre las gentes de los cementerios del Loa Medio e Inferior con aquellos del Complejo Pica-Tarapacá de los valles tarapaqueños, toda vez que en Chunchuri (Dupont-1) comparten

indicadores comunes como los cascos policromos y cerámica Chiza modelada. Por otro lado, la presencia en contextos de tráfico caravanero de gorros e implementos inhalatorios propios de San Pedro de Atacama, excavados por Uhle en Chunchuri, evidencian estas «mezclas» de componentes propios de la integración caravanera ya advertida por Uhle en Chunchuri en una época en que estos temas no eran considerados plenamente, tal como se verá más adelante.

La exploración de Uhle en Calama dio cuenta de varios cementerios «del mismo carácter» (¿de Chunchuri?) todos del periodo de «Desarrollo atacameño» (Siglos IX al XV). Uno de estos medio destruido lo localizó donde se construyó el panteón moderno a unos 2-3 kilómetros del pueblo actual. Además, ubicó otros dos cementerios pequeños de 6 a 7 kilómetros aguas abajo de Calama, siempre en los bordes del río. Incluye una fundición cerca de Calama cuya relevancia en términos del traslado de minerales de cobre a las áreas de combustión arbórea de Calama recién se ha considerado (Núñez, 2006).

Durante su estancia en Calama, Uhle se reunió en Antofagasta con Aníbal Echevarría y Reyes, un coleccionista de objetos arqueológicos y estudioso de la lengua kunza de los descendientes de los atacameños, quien donara a la Universidad de Chile un centenar de objetos provenientes del área. Había dos martillos mineros procedentes de las minas prehispánicas de Chuquicamata, y otras piezas de Chunchuri y de San Pedro de Atacama, entre los que Uhle identificó algunas piezas Tiwanaku, atacameñas e incas (Uhle, 1913b). A propósito de los martillos de Chuquicamata, en el escaso tiempo de prospección a través del desierto de Atacama, Uhle logró jerarquizar la importancia de los recursos mineros, aspecto que hoy se ha constatado plenamente (Núñez, 1999; 2006; Salazar *et al.*, 2001). Al respecto, el hallazgo en Taltal de cuentas de silicato de cobre le permite intuir que habían minas en el desierto, entre San Pedro de Atacama y Copiapó (Mostny, 1964, p. 31, 64), aspecto que se ha constatado posteriormente (C. Westfall, comunicación personal).

De acuerdo a los materiales excavados en Chunchuri, establece contactos directos con el litoral, constatando incluso «charqui de pescado», correspondiente a tiras cortadas en paralelas» (Núñez Ms.). Es importante, destacar que Uhle (1922) siguiendo el modelo comercial europeo, fue el primero en proponer prácticas caravaneras transdesérticas basadas en operaciones de intercambio, lo que habría motivado notables «cambios», incluyendo «mezclas» asimiladas por las comunidades más «primitivas» (Uhle, 1922, p. 55). El registro en Chunchuri de múltiples ganchos de atalaje para la carga de llamas, costales, cencerros de madera y otros indicadores de movilidad, le permite a Uhle (1912c) confirmar las indicaciones de Boman (1908) sobre la presencia de implementos de llamas de carga. Dice Uhle: «He podido evidenciar las estensas (sic) relaciones comerciales en aquel periodo entre Calama y el Pacífico (en parte comprendiendo regiones aún más septentrionales), por un lado, y entre Calama y regiones argentinas por el otro» (Uhle, 1912c, p. 48).

Son estas operaciones las que le sugieren que las diversas «razas» observadas en el norte del país, serían el resultado de traslados de gentes «nómades» a través del tráfico con tropas de llamas «para hacer canjes comerciales» (Uhle, 1913d). Esta visión tan actual de uno de los principales problemas vinculados con el acceso caravanero a recursos en los ámbitos desérticos (Núñez & Dillehay, 1979; Pimentel *et al.*, 2006), tiene aquí a un pionero brillante que ve en la «importancia de objetos de uso y distribución de caminos» un tema inexplorado que merece: «un estudio más detallado en una expedición especial cuya esfera de acción se habrá de extender (sic) del norte de Chiuchiu hasta San Pedro de Atacama, siguiendo los caminos más al sur, hasta la región de Caldera» (Uhle, 1912c, p. 48).

La interacción caravanera la especifica: «porque continuamente traficaban en dirección al mar» y por todo el Loa a través de «largas distancias» (Uhle, 1922 p. 6). En verdad, Uhle se adelantó tanto a su época que no duda en sobredimensionar el tráfico de caravanas al señalar que se movían probablemente por todo el desierto hasta Arica, Bolivia y las provincias de Argentina (Uhle 1913b, p. 107). Su comentario sobre la intensificación del tráfico subraya que los ganchos de carga, en el Loa, corresponderían a uno por cada dos personas, o sea: «un par de llamas de carga por cada familia», y no duda en reconocer que las llamas se desplazaban en «tropas», un concepto regional equivalente al alineamiento de las caravanas, a raíz de la alta frecuencia de campanas de madera que se colocaban a los animales en aquellos que hacían de guía (Uhle, 1913b).

Este modo «giratorio» de interacción (Núñez & Dillehay, 1979) lo apartó de sus propuestas migracionales, sin embargo, el peso de su formación difusionista y sus estudios lingüísticos y toponímicos lo lleva a postular traslados sin retornos desde Atacama hacia «regiones lejanas»: Chichas, Lipez, Carangas y el oeste del Desaguadero. Esta irradiación al norte pasa por la región de Arica, donde la locación de toponímicos kunzas como Livilcar, Ticnamar, Ausipar, Timar, etc. le permitiría sostener esta discutida «expansión» atacameña hacia el norte (Uhle 1912; 1917d).

EPÍLOGO

De los escritos revisados hemos identificado algunos juicios vinculados con su personalidad, muy apegada al orden, como cuando le exige a Augusto Capdeville que numere las fotos enviadas: «porque nosotros los alemanes no podemos ser menos que sistemáticos» (Mostny, 1964, p. 176). No deja de ser directo en sus críticas con sus colegas como cuando J. Jijon deja de preocuparse de la edición del Boletín de la Academia de Ecuador: «metiéndose en la revolución» contra las ideas de un «exagerado clericalismo» (Mostny, 1964, p. 175). A propósito de la publicación de Levillier sobre Tucumán, traslada a Argentina el debate mayor de la época al comentar que: «injustificadamente bajo la influencia del Señor Tello, quien, si piensa ahora quizás en forma más ordenada, lo debe a las influencias

del profesor Kroeber, quien parece que le ha dicho que en mis cronologías en todo respecto estaba teniendo razón» (Mostny, 1964, p. 179). Su temperamento se hace más explícito una vez que identifica el cementerio Chunchuri (Calama), donde había excavado Senechal de la Grande, quien describe colecciones que para Uhle no se vinculaban con el sitio específico (Uhle, 1912c).

Sin embargo, desde el interior de sus afectos es posible inesperadamente conocer al «otro» Uhle, aquel que corre en círculo en torno a las primeras sepulturas «Protonazcas» de Pisagua, celebrando con una algarraba sorprendente para sus trabajadores quienes así lo recordaron por mucho tiempo. En contraste, el fallecimiento de su «querida compañera de vida» lo afectó sensiblemente al punto que:

si hubiese tenido experiencias oficiales más agradables, o primero en Lima o después en Santiago, no habría habido la necesidad de que mi señora fuera a Alemania donde las consecuencias de la guerra la han llevado tan horrorosamente a la tumba ... Ahora estoy estudiando solo los problemas, con mucho menos valor y ánimo para la vida (Mostny, 1964, p. 156).

Junto a la labor de Uhle como prehistoriador clásico, integró la extensión museológica y no olvida su dedicación universitaria dejando un lugar para la docencia: «De aquí la necesidad de dar una serie de conferencias, tan continuamente como sea posible en el espacio libre que dejan las expediciones» ... «me propongo iniciar un curso sobre Etnología General de Centro y Sudamérica» (1913a, p. 49).

No deja de ser sorprendente esta multiplicidad de acciones científicas asociadas a su proyección social reflejada en su célebre discurso del Museo de Historia Natural de Lima, al estimular la vida científica con un llamado a «despertar» el pasado para penetrar en su «espíritu» entre el pasado y presente, involucrando a los «indios de nuestro tiempo» (Linares, 1964, p. 60). A pesar de su solemnidad y disciplina había aún algo más de lo discursivo, independiente de los principios ordenadores de su obra: esa otra dimensión emocional e íntima que lo acercaba a las ruinas y sus vestigios del pasado, para introducirse, en sus propias palabras: «a vivir y sentir allí mismo como lo hacían los antepasados».

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, L. (1974). Homenaje a Max Uhle: antecedentes sobre su primera comunicación pública de los aborígenes de Arica. *Chungará*, 3, 9-11.
- BERDISCHEWSKY, B. (1962). El Precerámico de Taltal y sus correlaciones. *Publicación N° 16 del Centro de Estudios Antropológicos*, 3-36.
- BIRD, J. (1943). *Excavations in Northern Chile*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, 38, (4), 173-318.
- BIRD, J. (1965). The concept of «A pre proyectil point» cultural stage in Chile and Perú. *American Antiquity*, 31, (2,1), 2-13.
- BOMAN, E. (1908). *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama*, I-II, París.
- CAPDEVILLE, A. (1921). Notas acerca de la arqueología de Taltal I. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, II, 3-4.
- CAPDEVILLE, A. (1923). Un cementerio Chíncha atacameño en Punta Grande de Taltal. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, II, 54.
- CAPDEVILLE, A. (1928). Como descubrí la industria paleolítica americana de los sílices negros tallados en la zona de la costa de Taltal. *Revista Chilena de Historia Natural*, 32, 364-384.
- CASTELLETTI, J. (2005). *Compilado final de actividades de sondeo y rescate Proyecto Construcción y Mejoramiento ruta 1 tramo Taltal-Paposo*, t.I y II. Convenio Dirección Nacional de Vialidad-Cuerpo Militar del Trabajo.
- CRÉQUI-MONTFORD, G. de (1904). Excavaciones en las necrópolis prehispánicas de Calama. Los antiguos Atacamas. *Actas del Congreso Internacional de Americanistas XIV*, (pp. 551-570), Stuttgart.
- CRÉQUI-MONTFORD, G. de & E. SÉNÉCHAL DE LA GRANGE (1904). Informe sobre una misión científica en América del Sur. *Nuevos Archivos de Misiones Científicas*, XII, 81-102.
- D'ORBIGNY, A. A. (1830(1958)). *Viaje a la América Meridional. En Viajes y viajeros: viajes por América del Sur*, (pp. 15-920). Biblioteca Indiana III. Madrid: Aguilar.
- DURÁN, E., M.F. KANGISER & N. ACEVEDO (2000). Colección Max Uhle: Expedición a Calama 1912. *Publicación Ocasional*, 56, 5-49, Santiago de Chile: Museo Nacional de Historia Natural.
- EVANS, O. H. (1906). Notes on the stone age in northern Chile with special reference to Taltal. *Man*, 6, (12), 19-24.
- KRIEGER, A. D. (1964). Early man in the New World. En Jennings, J. D. & E. Norbeck (Eds.), *Prehistoric Man in the New World*, (pp. 23-81). Chicago: University of Chicago Press.
- KRIEGER, A. D. (1965). Reply to Bird. *American Antiquity*. 31, (2,1), 13-15.
- LATCHAM, R. (1915). La estación paleolítica de Taltal. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 14, Año V, 85-106.
- LATCHAM, R. (1938). *Arqueología de la región Atacameña*. Santiago de Chile: Prentas de la Universidad de Chile.
- LATCHAM, R. (1939). La edad de piedra en Taltal. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, XVIII, 3-32.
- LE PAIGE, G. (1970). *Industrias líticas de San Pedro de Atacama*. Santiago de Chile: Editorial Orbe.
- LINARES, E. (1964). *El Antropólogo alemán Friedrich Max Uhle. Padre de la Arqueología Andina*. Arequipa: Universidad Nacional San Agustín.
- MEIGHAM, C. (1980). Archaeology of Guatacondo, Chile. En C. W. Meighan y D.-L. Trae (Eds.), *Prehistoric trails of Atacama: Archaeology of Northern Chile*, (pp. 99-126). Los Angeles: The University of California, Los Angeles.
- MOSTNY, G. (1964). *Arqueología de Taltal. Epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores*. Compilación, introducción y notas de Grete Mostny. Santiago de Chile: Fondo Histórico y Bibliográfico J. T. Medina.
- MUÑOZ, I. (2002). En torno a la formación del proceso aldeano en los valles desérticos del norte de Chile. El caso del Valle de Azapa. Tesis de doctorado, Universidad Nacional Autónoma de México.
- MUÑOZ, I. & J. CHACAMA (1993). Patrón de asentamiento y cronología de Acha-2. En I. Muñoz, B. Arriaza y A. Aufderheide (Eds.), *Acha-2 y los orígenes del poblamiento humano en Arica*, (pp. 21-46), Arica: Universidad de Tarapacá.
- NÚÑEZ, L. (1964). El sacrificador, un elemento cotradicional andino. *Noticiario Mensual del Museo Nacional de Historia Natural*, Año VIII, 96, 1-7.
- NÚÑEZ, L. (1965). Recientes fechados radiocarbónicos de la arqueología del norte de Chile. *Boletín de la Universidad de Chile*, 64-65, 32-41.
- NÚÑEZ, L. (1966). Arqueología del rectángulo Loa-Camarones: contextos y secuencias culturales. *Actas del XXXVII Congreso Internacional de Americanistas*, (pp. 145-182), Mar del Plata.
- NÚÑEZ, L. (1970). Algunos problemas del estudio del Complejo Arqueológico Faldas del Morro, norte de Chile. *Abhandlungen und Berichte des Staatlichen Museums für Völkerkunde*, 31, 79-109, Dresden.
- NÚÑEZ, L. (1976). Registro regional de fechas radiocarbónicas del Norte de Chile. *Estudios Atacameños*, 4, 74-123.
- NÚÑEZ, L. (1984). Secuencia de asentamientos prehistóricos del área de Taltal. *Futuro*, 8, 28-76.
- NÚÑEZ, L. (1992). *Emergencia de complejidad y arquitectura jerarquizada en la Puna de Atacama: las evidencias del sitio Tulán-54. Taller de Selva a Costa*. En Albeck, M. E. (Ed.), (pp. 85-115), Instituto Interdisciplinario de Tilcara, Universidad de Buenos Aires.
- NÚÑEZ, L. (1999). Valoración minero-metalúrgica circumpuneña: minas y mineros para el inka rey. *Estudios Atacameños*, 18, 177-222.
- NÚÑEZ, L. (2006). La orientación minero-metalúrgica de la producción atacameña y sus relaciones fronterizas. En Lechtman, H. (Ed.), *Esferas de interacción prehistóricas y fronteras nacionales modernas: Los andes sur centrales*, (pp. 205-260). Nueva York: Instituto de Estudios Peruanos, Institute of Andean Research.
- NÚÑEZ, L. & J. VARELA (1967). Sobre los recursos de agua y el poblamiento prehispánico de la costa del Norte Grande de Chile. *Estudios Arqueológicos*, 3-4, 7-41.
- NÚÑEZ, L. & T. DILLEHAY (1979). *Movilidad ginatoria, armonía social y desarrollo en los Andes Meridionales: patrones de tráfico e interacción económica*. Antofagasta: Universidad del Norte.
- NÚÑEZ, L., I. CARTAJENA, P. DE SOUZA. & C. CARRASCO (2006). Emergencia de comunidades pastoralistas formativas en el sureste de la Puna de Atacama. *Estudios Atacameños*, 32, 93-117.
- NÚÑEZ, L. (Ms.) Inventario de la colección excavada por M. Uhle en el cementerio Chunchuri (copia manuscrita del original transcrito por M. Bichon, encargada de la Sección Arqueológica del Museo Histórico Nacional en el año 1960, en posesión del autor).
- ORELLANA, M. (1974). Frederich Max Uhle y la prehistoria de Chile. *Boletín de Prehistoria de Chile*, 7-8, 7-35.
- PIMENTEL G., Ch. R., P. DE SOUZA & P. AYALA (2006). *Estrategias de movilidad del periodo formativo en la depresión intermedia, II Región*. Ponencia presentada en las Actas del XVII Congreso de Arqueología Chilena, Valdivia (En prensa)
- OYARZÚN, A. (1917). *Estación paleolítica de Taltal*. Publicación del Museo de Etnología y Antropología de Chile, Tomo 1, 19-30.
- SALAZAR, D.; C. JIMÉNEZ & P. CORRALES (2001). Minería y Metalurgia: del cosmos a la tierra, de la tierra al inka. En Aldunate del Solar, C. & L. E. Cornejo (Eds.), *Tras la huella del inka en Chile* (pp. 60-71). Santiago de Chile: Museo Chileno de Arte Precolombino.

- SCHNEIDER, C. O. (1936). El arqueólogo Dr. Max Uhle y su obra en la costa del Pacífico. *Revista Universitaria*, 21, 17-36.
- SCHULLER, R. (1908). *Vocabularios y nuevos materiales para el estudio de las indias Likanantai (atacameños) Cachaqui*. Santiago de Chile.
- STANDEN, V. (1997). Temprana complejidad funeraria de la cultura Chinchorro (norte de Chile). *Latin American Antiquity*, 8, (2), 134-156.
- UHLE, M. (1911). La esfera de influencia del país de los incas. *Cuarto Congreso Científico*, vol. XIV, Tomo II, (pp.260-281). Santiago de Chile.
- UHLE, M. (1912a, 7 de diciembre). Los indios atacameños. *El Mercurio*, p. 5.
- UHLE, M. (1912b). *Los indios atacameños. A clipping from an unidentified*. Santiago News Paper, New York Public Library. A summary of Uhle's 1914 Field Trip.
- UHLE, M. (1912c). Informe de los resultados de la expedición arqueológica realizada en los meses de Junio y Agosto de 1912 en la región de Calama. Santiago de Chile: *Anales de la Universidad de Chile, Boletín 131*, 322-323.
- UHLE, M. (1912d). Arqueología Sudamericana. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, IV, 8, 411-425.
- UHLE, M. (1913a). Informe presentado sobre el viaje de exploración arqueológica hecha en la expedición en Calama. *Anales de la Universidad de Chile, Boletín 132*, 95-100.
- UHLE, M. (1913b). Los indios atacameños. *Revista Chilena de Historia y Geografía, año 3*, Carta del factor de Potosí [...] donde se describe la provincia de los Lipest.V, 105-111.
- UHLE, M. (1913d). Tabletas de madera de ChiuChiu (Figura 1-27). *Revista Chilena de Historia y Geografía, año III*, t. VIII, 4,(12), 454-458.
- UHLE, M. (1914a). Civilización atacameña según las últimas excavaciones. *Actes de la Société Scientifique du Chile, vol. XXIII*, 15-20.
- UHLE, M. (1914c). *Conferencias sobre etnografía de los países americanos desde México al sur*. Santiago de Chile: Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona.
- UHLE, M. (1914d). La estación paleolítica de Constitución (abstract) *Revista Chilena de Historia y Geografía*, IV, t.X, 2, (14), 494-495.
- UHLE, M. (1915a). Investigaciones arqueológicas en Constitución (abstract). *Revista chilena de Historia y Geografía*, V, t.XIV, 2, (18), 493.
- UHLE, M. (1915b). Las piedras tacitas (abstract). *Revista Chilena de Historia y Geografía*, V, t.. (XV) XIV, 2, (18),493.
- UHLE, M. (1915c). Los tubos y tabletas de rape en Chile. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, V, t.XVI, 4, (20), 114-136.
- UHLE, M. (1916a). Sobre la estación paleolítica de Taltal. Una carta y un informe. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, VI, t. XX, 4, (24), 47-66.
- UHLE, M. (1916b). Sobre la estación paleolítica de Taltal. Una carta y un informe. *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile t.1, año I*, 35-50, Santiago de Chile.
- UHLE, M. (1917a). *Los aborígenes de Arica y el hombre americano*. Conferencia leída en el Instituto Comercial el 26 de noviembre de 1917. Arica: «La Aurora»
- UHLE, M. (1917b). Los Aborígenes de Arica y el Hombre Americano. Conferencia leída en el Instituto Comercial de Arica el 26 de noviembre de 1917. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, VIII, t. XXVII, (3), 54-54.
- UHLE, M. (1917d). Los aborígenes de Arica. *Publicaciones del Museo de Etnología y Antropología de Chile*, I, (4-5), 151-176.
- UHLE, M. (1918a). Los Aborígenes de Arica. *Revista Histórica*, VI, (I), 5-26.
- UHLE, M. (1918b). Los Aborígenes de Arica y el hombre americano. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, XXVII, 33-54.
- UHLE, M. (1919). Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos 4*, (II), 1-37.
- UHLE, M. (1922). *Fundamentos étnicos y arqueología de Arica y Tacna*. Quito: Imprenta de la Universidad Central.
- UHLE, M. (1955). Las antiguas civilizaciones del Perú frente a la arqueología e historia del Continente Americano. *Boletín de la Academia de Historia*, 85, 33-71.
- UHLE, M., A. OYARZÚN & T. THAYER OJEDA (1914). Informes y otros antecedentes sobre el valor histórico del cuadro «Descubrimiento de Chile» del señor Don Pedro Subercaseaux. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, IV, t.IX, 1, (13), 69-94.

EL LEGADO DE MAX UHLE EN LA ARQUEOLOGÍA DE ARICA

Calogero M. Santoro¹, Vivien G. Standen², Bernardo T. Arriaza³ & Francisco Rothhammer⁴

... hay esperanza de que podamos leer algún día toda la historia del hombre americano en los restos que dejaron sus antepasados, como un libro abierto (Uhle, 1974[1917], p. 13; 1918).

De la misma manera que Peter Kaulicke (1998, p. 54) señala que las secuencias de la costa sur de Perú se basan «en buena parte en las observaciones de Max Uhle», la estructura histórica cultural propuesta por Max Uhle entre 1917 y 1922 para Arica y Tacna, es la que se sigue usando y afinando hasta la actualidad (tabla 1). Junius Bird, sobre la base de sus excavaciones estratigráficas de conchales en Arica y Pisagua a fines de los años treinta, amplió y mejoró la secuencia (Bird, 1943; Mostny, 1943; 1944; 1964a). A ello se sumó el acucioso y poco reconocido análisis de Carlos Munizaga, quien reajustó las secuencias de Junius Bird y Max Uhle sumando sus propias observaciones arqueológicas en el norte de Chile (Munizaga, 1957a; 1957b). A partir de ello el grupo que fundó el Museo Regional de Arica a fines de la década de los cincuenta (Guillermo Focacci, Luis Álvarez, Sergio Chacón y Percy Dauelsberg; ver Mostny, 1959) realizó varios intentos por ampliar y redefinir los contenidos y nombres de periodos y fases culturales tardías, pero, a diferencia de Uhle y los otros autores previos, se basaron en datos específicos de la zona de Arica y en la clasificación estilística de cerámica de contextos funerarios (Dauelsberg, 1961; 1972-73a y 1972-73b). Luis Guillermo Lumbreras (comunicación personal al primer autor, octubre 2000) fue testigo de estos afanes cuando visitó Arica a fines de 1959. La secuencia se consolidó a comienzos de los setenta a través de un epistolario clásico en la historia de la arqueología del norte de Chile, entre Luis Guillermo Lumbreras, Percy Dauelsberg y Lautaro Núñez, publicado en Chungara (Dauelsberg, 1972-73b; Lumbreras, 1972-73; Núñez, 1972-73; ver Uribe, 1999).

Consecuentemente, la estructura histórica cultural propuesta por Uhle se ha mantenido, a pesar de los cambios en algunos de sus contenidos, rotulaciones y

precisiones cronológicas incorporadas posteriormente. Esto con especial referencia a las épocas del establecimiento de la agricultura y el uso de la cerámica. En contraste, sus planteamientos sobre las etapas previas, como lo referido a los «Aborígenes de Arica» representa su aporte más significativo a la prehistoria de Arica, foco principal de este trabajo. Uhle intuyó una etapa aún más antigua a los «Aborígenes de Arica» que definió como «Hombre Primordial» (Orellana, 1974; Uhle, 1917; 1919a y 1919b).

Lanning (1967) también señala que la estructura cronológica cultural definida por Uhle sobre la base de sus excavaciones estratigráficas en Pachacamac en 1896, «is basic for all significant interpretation of Peruvian prehistory» (Lanning, 1967, p. 20; ver también Uhle [1917]1974). Incluso a comienzos del siglo veinte, Uhle era reconocido como el «first scholar to attempt excavation in proper scientific lines in Peru. His researches both here and elsewhere have been of the very greatest importance to South American Archaeology» (Joyce, 1912, pp. 140-141; ver también Daniel, 1981); mientras que Trigger (2006) reconoce a Uhle entre los pioneros que aplicaron principios estratigráficos con referencia a sus excavaciones en California.

Uhle es antecedido por un par de siglos de trabajos de excavaciones arqueológicas en Europa, ligados a la formación de colecciones privadas y de los propios museos, proceso en el cual Alemania tiene fuertes raíces intelectuales. Incluso en Norteamérica la arqueología tiene un comienzo brillante con las excavaciones estratigráficas de Thomas Jefferson, publicadas en un notable reporte de 1781 (Ceram, 1971). En 1897 sale a la luz también el primer número del *The American Journal of Archaeology*, cuyos primeros artículos siguen

¹ Universidad de Tarapacá, Departamento de Antropología, Arica, Chile.

² Universidad de Tarapacá, Departamento de Antropología, Arica, Chile.

³ Universidad de Tarapacá, Departamento de Antropología, Arica, Chile.

⁴ Universidad de Tarapacá, Departamento de Antropología, Arica; Universidad de Chile, Programa de Genética Humana, ICBM, Facultad de Medicina, Santiago, Chile.

Tabla 1. Secuencia y cronología de Uhle (1917) y su relación con la secuencia definida por Junius Bird (1943), con bases estratigráficas y la situación actual que recoge varias proposiciones a partir de los años sesentas. Tabla confeccionada por los autores.

Uhle, secuencia y cronología	Bird 1943	Situación actual	Cronología
Inca 1530-1450	Inca proto-histórico	Tardío, Inca	1400-1500 d.C.
Chincha Atacameño 1100-1350	Arica II	Intermedio Tardío, Cultura Arica	1100-1400 d.C.
Atacameño-Indígena 900-1100	Arica I		
Tiahuanaco y subsiguiente Epigonal 600-900 d.C.	Pichalo I Pichalo II	Periodo Medio, Interacción con Tiwanaku	300-1100 d.C.
Proto-Nazca (Pisagua) contemporáneo Ruinas de Chavín 400-600 d.C.	¿?	Formativo Primer proceso de macro-integración regional y cambio cultural	1600 a.C. 300 d.C.
Aborígenes de Arica 0-300/400 d.C.	Quiani I Quiani II	Arcaico Medio y Tardío Tradición Chinchorro	7000-1600 a.C.
Hombre primordial hasta el fin de la era pasada	¿?	Arcaico Temprano Bases culturales Tradición Chinchorro	7.000-9.000 a.C.
¿?	¿?	Primeros poblamientos (Proto-Arcaico o Paleoindio) Sin datos	9.000-11.000 a.C. ¿?

la tradición europea centrada en las antigüedades greco-romanas (The American Journal of Archaeology, 1897; ver Daniel, 1981).

A diferencia de otros precursores de la arqueología en América, tanto los planteamientos como los materiales arqueológicos que relevó Uhle en sus excavaciones, son una fuente primaria de información y desarrollo interdisciplinario aún vigente. Por esta razón, se puede considerar que Uhle inició la arqueología científica en la zona andina. Se reconoce que en sus publicaciones, Uhle entregó ciertas propuestas teóricas generales, algunas de las cuales quedaron reflejadas en una serie de conferencias acerca de los métodos y propósitos de la arqueología, reseñadas por Rowe (1954). En ese contexto, Uhle señaló que «la arqueología es el estudio de civilizaciones perdidas», con el propósito de contribuir al «progreso de las civilizaciones del presente», misión coincidente con la arqueología social «revitalizada» (Ayala, 2006; Benavides, 2001; Jofré, 2007; Gándara, 2006; Oyuela-Caycedo *et al.*, 1997).

Otro de los aspectos resaltados por Rowe de los seminarios de Uhle es su propuesta, hecha realidad en su práctica científica, de integrar la etnología con la arqueología (Uhle 1919b), lo que no se ha desarrollado mucho en los Andes a pesar del legado histórico y etnográfico aún presente en estos territorios. Para el caso de Chile, destacan excepciones importantes como los estudios de Victoria Castro (Castro y Varela 1994). Además, Uhle, hizo importantes observaciones lingüísticas y bioantropológicas para componer sus historias culturales.

En una charla pública que realizara en el Instituto Comercial de Arica (figura 1), un colegio técnico de nivel preuniversitario (Álvarez, 1974), el arqueólogo resaltó una serie de puntos que merecen una reseña.

Empezó con un comentario crítico respecto del origen autóctono del hombre americano desechando, expresamente, las propuestas de Florentino Ameghino. En este contexto, criticó a una fracción de la arqueología norteamericana, que en aquella época, según Uhle, defendía «la teoría de que el hombre hizo su entrada en el continente en un tiempo relativamente moderno» en la medida que se estimaba que industrias líticas, descubiertas en el nordeste de Estados Unidos, eran de corte moderno comparadas con Europa (Uhle ([1917] 1974, p. 15; 1918); a lo que Uhle replica:

La conclusión que de que estos restos pertenezcan al tiempo de la primera inmigración del hombre en el continente, es absolutamente incompatible con la variedad de naciones, tribus, lenguas y civilizaciones observadas en todas partes. Por eso deben haber restos más antiguos, desconocidos, escondidos en el suelo, tan poco explorado hoy día (Uhle ([1917] 1974, p. 15).

Uhle, ciertamente, estaba al tanto de la discusión que se llevaba a cabo en Estados Unidos entre arqueólogos y geólogos de instituciones creadas en la segunda mitad del siglo XIX, como el Bureau of American Ethnology y el Peabody Museum of Archaeology and Ethnology (Harvard University) y otras más independientes (Meltzer, 1985; 1991). El contexto de esta aseveración no ha cambiado sustancialmente, y recién comienza a reconocerse que el origen del poblamiento temprano de América no puede hacerse depender del grupo de cazadores Clovis, puesto que estos no representan el sustrato más antiguo del poblamiento continental (Dillehay, 2002; 2004; Goebel, 2003; Nelly, 2003; Núñez *et al.*, 2002; Waters & Safford, 2007).

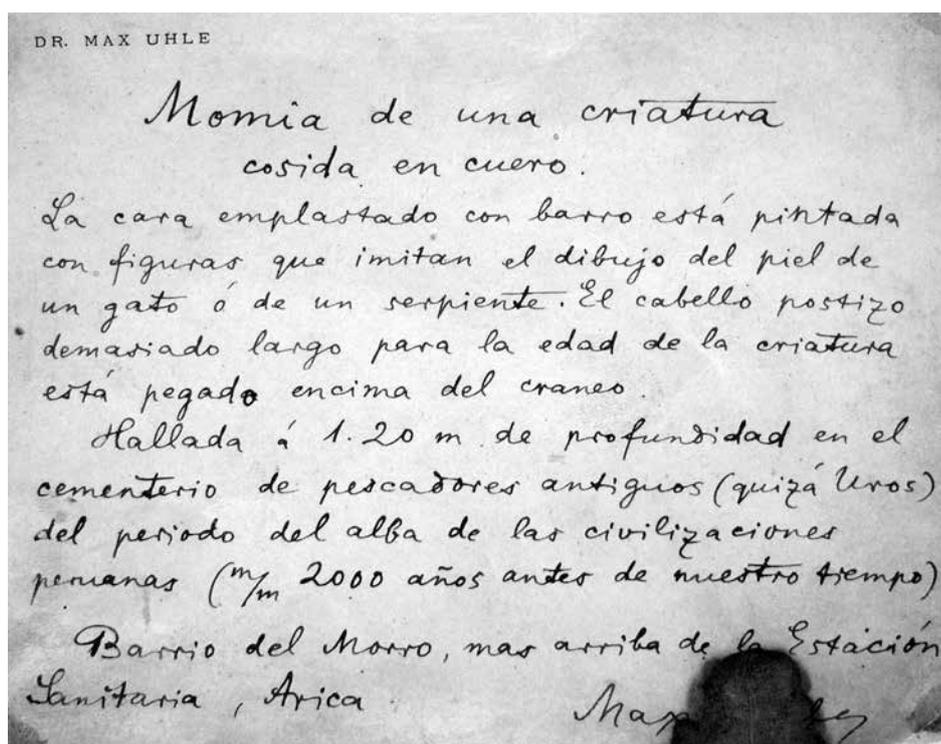


Figura 1. Tarjetón con troquel de Max Uhle, con anotación manuscrita y firma original de Uhle que dice textualmente: «Momia de una criatura cosida en cuero. La cara emplastado (sic) en barro está pintada con figuras que imitan el piel de un gato ó un serpiente. El cabello postizo demasiado largo para la edad de la criatura está pegado encima del cráneo (sic). Hallado á 1,20 m de profundidad en el cementerio de pescadores antiguos (quizá uros) del período del alba de las civilizaciones peruanas (m/m 2000 años antes de nuestro tiempo). Barrio del Morro, más arriba de la Estación Sanitaria, Arica. Max Uhle». Este tarjetón y el cuerpo momificado posiblemente fue entregado por Max Uhle en 1917 al Instituto Comercial de Arica, en el contexto de la conferencia que dictó en ese lugar. La tarjeta y el cuerpo fueron recuperados de dicho colegio por Bernardo Arriaza y se encuentran conservados en el Museo Arqueológico de la Universidad de Tarapacá, San Miguel de Azapa. Fotografía digital de Vivien G. Standen.

Otro de los aspectos relevantes de la charla de Instituto Comercial de Arica es su visión y definición de la arqueología como una «disciplina histórica de la ciencia moderna», con la que esperaba «leer algún día toda la historia del hombre americano en los restos que dejaron sus antepasados, como un libro abierto» (Uhle 1974 [1917], p. 13). Sin embargo, esta misión de la arqueología no fue entendida de la misma manera por los ariqueños, si se juzga la imagen que aparentemente proyectaba Uhle a comienzos del siglo XX en la ciudad:

ajeno casi a la vida moderna. . . de traje polvoriento y descolorido por el sol, [con] su pala y su picota, sus gruesas botas de excursionista, su cara sollamada por el calor y la intemperie [y] su morral repleto de huesos, pedazos de antiguos tejidos (testimonio de Alfredo Vega Baeza, 26 de noviembre 1917, citado por Álvarez, 1974).

Uhle inició su carrera arqueológica en Argentina en 1892, con el auspicio del Königlich Museum für Völkerkunde de Berlín, que lo llevó a explorar Córdoba, Catamarca, Tinogasta, Fiambalá, Tucumán, Calchaquí y Salta. Luego de una corta y problemática estadía en Bolivia, sigue a Perú, donde en enero de 1896, inicia sus excavaciones en Pachacamac. En 1899 retorna a Perú, luego de dos años en Estados Unidos, donde establece su relación con la University of Pennsylvania, y

consigue el auspicio del American Exploration Society in Philadelphia. Más importante aún fue la acogida que recibiera de la Sra. Phoebe Hearst, mecenas que financió por varios años las operaciones de Uhle en Sudamérica, así como a otros exploradores en otros lugares del mundo. Hoy día, importantes colecciones arqueológicas de los Andes excavadas, embaladas y remitidas por Uhle, se encuentran en The Phoebe Hearst Museum of Anthropology de la University of California Museum of Anthropology.

UHLE EN TACNA Y ARICA

Con toda la amplia experiencia arqueológica acumulada en Sudamérica y su formación de lingüista especializado en la gramática del chino preclásico, tema de su tesis doctoral, Uhle se instala en Chile en 1911 contratado por el Gobierno para desarrollar el Museo de Etnología y Arqueología de Santiago, creado junto a otras instituciones para darle al país, a la manera de Europa, una imagen de nación moderna y civilizada. Este es un fenómeno transversal a otros países de Sudamérica, por lo que no es una extraña casualidad que Uhle fuera, en general, bien recibido en los países andinos con el mismo propósito de desarrollar museos nacionales, lo que coincidió con su obsesión arqueológica. Uhle realiza su labor en el Museo de Santiago hasta el año 1916, fecha en que se traslada a Arica, como investigador independiente patrocinado

por la fundación Hearst. No hay conocimiento de documentos ni registros significativos de su estadía en la zona, aparte de los propios reportes científicos que publicó en Chile y Ecuador y de la charla que ofreció en el Instituto Comercial en 1917. Es posible que una exploración de los diarios y otros documentos de la época pueda dar más luces sobre su paso por Tacna y Arica; tarea pendiente, ideal para una práctica combinada entre estudiantes de historia y de arqueología de nuestras universidades. El día 15 marzo de 1919, ofició a la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos desde Arica, aceptando la invitación de formar parte de dicha institución (Uhle, 1919c, p. 322). Sale de Arica en Abril de 1919 (Cornejo, 1997; Dauelsberg, 1995; Orellana, 1974; 1982).

En este contexto, cabe preguntarse ¿por qué razón se va al norte de Chile y en particular a Arica? En esa época ya se habían publicado varios estudios arqueológicos precedidos por descripciones de restos antiguos. Destacan entre ellos los reportes de Frézier (1713) para el siglo XVIII y D'Orbigny a comienzos del XIX. D'Orbigny permaneció en Arica entre el 22 de abril y el 1 de mayo de 1830 y realizó excavaciones que reporta de la siguiente manera:

al otro lado del Morro, vi una vasta bahía arenosa (actual Playa Miller) ... Sabía que se habían hallado muchas tumbas de antiguos indígenas ... [vi] gran número de cadáveres que puso al desnudo la búsqueda de tesoros ocultos ... Tuve la dicha de descubrir, en una excavación, una de esas tumbas no abierta todavía (D'Orbigny, 2002, pp. 1040-1041).

Entre 1849-52 se realizaron las excavaciones arqueológicas de la U. S. Naval Astronomical Expedition, reportadas por Ewbank (1855). Por esa época, también se excavan tumbas, en el sector Chacalluta, una de las cuales se transportó hasta Sydney, Australia, cuyos restos se encuentran hoy día en el Macklay Museum, de la University of Sydney. Pocos años más tarde siguen las excavaciones del Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Cambridge, Massachusetts, publicadas por Blake (1878). Charles Darwin (Darwin, 1984) visitó la costa del norte de Chile, y reportó en su diario una estadía en Iquique y un viaje al interior que lo llevó por Huantajaya y algunas salitreras. En el siglo XIX se publican también una serie de estudios sobre deformación craneana de colecciones andinas (ver revisión en Hoshower *et al.*, 1995). En Santiago de Chile, como reflejo de lo que acontecía en Europa, un grupo de intelectuales crea en 1878 la «Sociedad Arqueológica de Santiago», cuyo miembro más ilustre fue don José Toribio Medina. Esta institución llegó a publicar en 1880 un único número del *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Santiago*. Esto formaba parte de un creciente y generalizado interés por descubrir restos de los antiguos pobladores del continente, como en Argentina, donde a fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte, varios exploradores nacionales como Zeballos, Ambrosetti, Debenedetti y extranjeros como Boman, quien también recorrió el norte de Chile,

realizaron importantes campañas arqueológicas con excavaciones estratigráficas en distintos lugares del territorio (Politis, 1995; ver Ponce Sanginés, 1995; Ravines, 1970 para Bolivia y Perú respectivamente).

Evidentemente, en el ambiente científico, los Andes y en particular el norte de Chile eran lugares apropiados para la observación, excavación y recolección de materiales arqueológicos, puesto que Uhle, aparte de Arica, realiza exploraciones y excavaciones en Calama (ver Lautaro Núñez, este volumen). Uhle, conoció también y cita los trabajos arqueológicos de Capdeville en Taltal, con quien realizó algunas excavaciones. Los descubrimientos de Capdeville, con menor experiencia que Uhle en estas materias, motivaron el debate entre connotados de la época, como Ricardo Latcham y Aureliano Oyarzún (Mostny, 1964b).

LOS ABORÍGENES DE ARICA

De toda la obra de Uhle destaca su estudio de los patrones mortuorios de la población que denominó los «Aborígenes de Arica», caracterizados por una intensiva y profunda manipulación de los muertos lo que denominó momias de preparación complicada. Uhle clasificó a los procesos de momificación en tres tipos básicos: (1) «momias de tipo sencillo» [sin momificación artificial], (2) «momias de preparación complicada» o [cuerpos preservados mediante la remoción de órganos, rellenado y remodelado posterior del cuerpo] (figura 2) y (3) «momias revestidas todo el cuerpo con una capa de barro de un cm de espesor» (Uhle, 1919, p. 19). Uhle además describió con cierto detalle los objetos asociados a este conjunto mortuario y a partir de ello concluyó que se trataba de pescadores antiguos (quizá uros) del periodo del alba de las civilizaciones peruanas (m/m 2000 años antes de nuestro tiempo; figura 1).

Sobre la base de esta tipología funeraria y contextos culturales asociados, se perfiló lo que hoy se conoce como «cultura Chinchorro», que integra a una población de pescadores, mariscadores, recolectores y cazadores marítimos que habitó la costa del sur de Perú y norte de Chile entre Ilo y el Loa; formalizando una tradición cultural que logró persistir por cuatro milenios. El estilo funerario de los «Aborígenes de Arica» se define como un patrón de inhumaciones múltiples que incluye cuerpos con y sin momificación artificial de individuos de distintas edades y sexos, dispuestos mayoritariamente en posición extendida decúbito dorsal y con escasos elementos de ofrenda asociados (Standen *et al.*, 2004). Allison *et al.* (1984) diferenció una mayor variación en los procedimientos y resultados de la momificación; mientras que Arriaza (1995), interpretando los cuerpos desde un punto de vista visual, establece los siguientes tipos: «momias negras», «momias rojas», «momias con vendajes» y «momias con revestimiento de barro». Llagostera (2003) agregó otro tipo de momias empaquetadas y con amarras de fibra vegetal, que podrían considerarse una variante de los cuerpos con vendajes.



Figura 2. Cuerpo momificado del tipo «preservado mediante la remoción de órganos, rellenado y remodelado posterior», descrito por Uhle (ver figura 1), correspondiente al tipo Momia Roja de Arriaza (1995). Conservado en el Museo Arqueológico de la Universidad de Tarapacá, San Miguel de Azapa (Registro No. 30.422). En la mascarilla facial aún se observa parte del diseño geométrico de color grisáceo, descrito por Uhle (figura 1). Debajo de la mascarilla se observa la piel del individuo y la cabellera aún conserva parte del emplaste de barro que la sujetaba al cráneo. El color negro generalizado es producto de la exudación de la piel. Fotografía digital de Vivien G. Standen.

Ciertamente, la ubicación cronológica que Uhle estimó para los Aborígenes de Arica ha sido modificada y, sobre la base de una serie de dataciones radiocarbónicas, se ha podido establecer su temporalidad entre 7.000 a 3.500 años a.C. (no calibrados) (Arriaza, 1995; Guillén, 1997; Schiappacasse & Niemeyer, 1984; Standen, 1997). Cronológicamente se ha podido establecer que las momias de preparación complicada, es decir, las momias negras, rojas, con vendajes y con revestimiento de barro, se agrupan entre el 7.000 a 3.500 años antes del presente (no calibrados). Otras formas

de enterramientos del periodo Arcaico Medio, como cuerpos extendidos sin intervención, se distribuyen más ampliamente en la secuencia cultural, vale decir, son anteriores, posteriores y sincrónicos a los distintos tipos de momificación artificial (figura 3).

El estudio de las momias y osamentas revela también algunos aspectos de la salud de estas poblaciones y comportamientos sociales. Por ejemplo, algunas estructuras óseas, como partes del cráneo y brazos, presentan importantes niveles de traumas, típicamente provocados por situaciones de violencia física, lo que refleja cierto

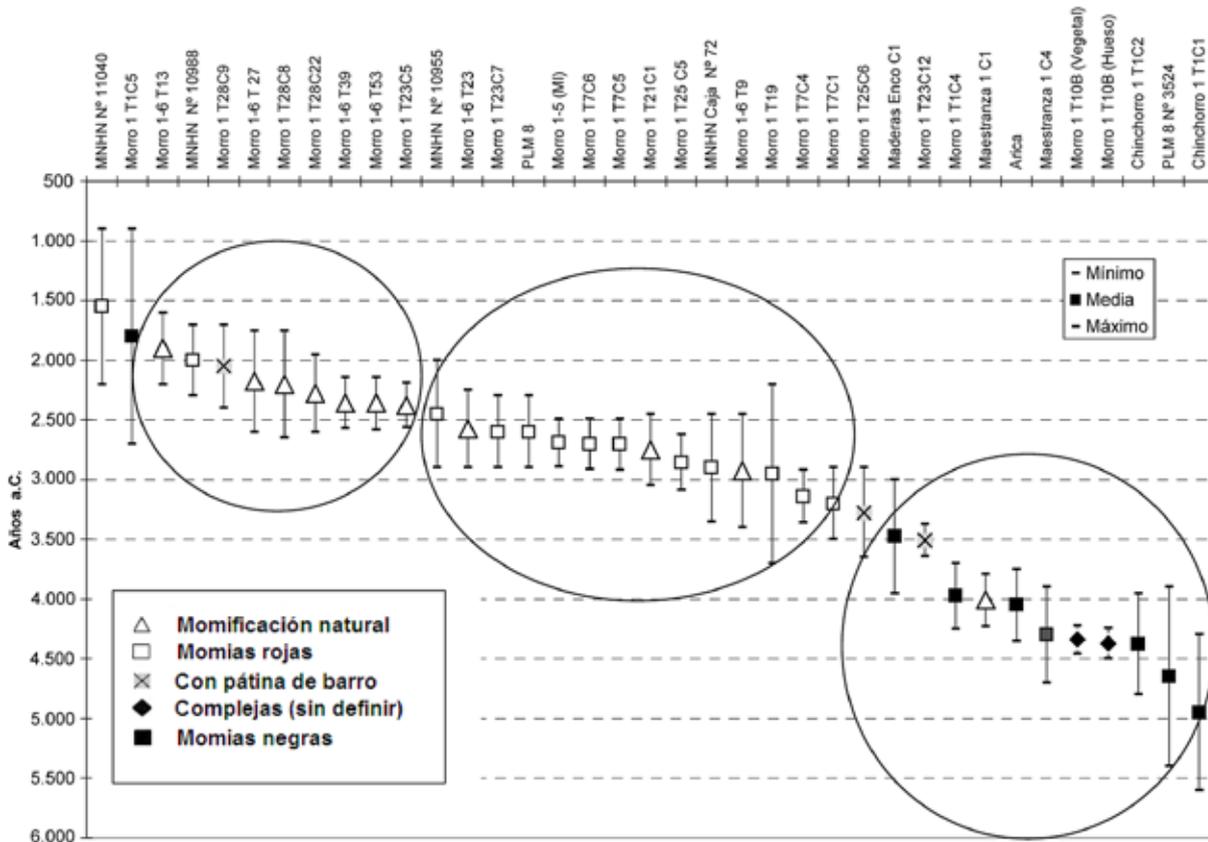


Figura 3. Distribución cronológica sobre fechas radio carbónicas calibradas de los distintos tipos de momificación, propuesta por Bernardo Arriaza, derivado de los postulados de Uhle (tomado de Arriaza *et al.* 2005, 669, autorizada su reproducción por el autor que tiene los derechos).

clima de conflictos inter e intra grupales (Standen y Arriaza, 2000). También se ha constatado ciertos problemas recurrentes en las condiciones de salud de estas poblaciones, ligados a lesiones en los huesos por efectos de treponematosi, exostosis auditivas y enfermedades degenerativas (Arriaza, 1995; Standen *et al.*, 1984).

Hoy día el fenómeno mortuorio de los Chinchorro ha ganado un espacio importante tanto en la arqueología de América como en la identidad de la comunidad local, por lo que se ha generalizado la preocupación por la conservación de estos frágiles restos. Actualmente, se llevan a cabo nuevos estudios especializados para comprender con más detalle la materialidad de los procedimientos mortuorios, su preservación in situ y la habilitación de museos de sitio, para contribuir a la preservación y difusión de los remanentes materiales de esta milenaria forma de vida humana en la costa del Pacífico (Belmonte *et al.*, 2001; Costa-Junqueira *et al.*, 2000; Cases & Rojas, 2001; Córdova-González *et al.*, 2002; Gustafsson, 2001), y acercarnos al ideario de Uhle de descubrir toda la historia del hombre americano en los restos que dejaron sus antepasados (Uhle 1974[1917], p. 13).

Otro enfoque científico ligado a las propuestas bioantropológicas de Uhle, se relaciona con nuestros estudios comparativos del perfil de ADNmt de los habitantes de Caleta Paposo (último reducto chango de

Chile) con las poblaciones prehistóricas Chinchorro (Morro 1 y Morro 1-6) y los grupos atacameño y aymara. Los resultados establecieron una notable semejanza de los changos, tanto con los grupos Chinchorro, como con los atacameños. Los aymara aparecen como un grupo genéticamente más distante. Estos análisis indicarían que los changos resultaron de una miscigenación de poblaciones Chinchorro que constituyeron el elemento básico más un aporte poblacional de la región atacameña. Es posible que estos últimos grupos, los atacameños, migraran desde San Pedro de Atacama hacia la costa por el río Loa y ocuparan varias caletas entre Taltal, Paposo y Pisagua. Uhle, sobre la base de criterios netamente morfológicos, caracterizó a los changos de Taltal como una población remanente ligada a los «Uros de la altiplanicie y los atacameños» y los definió como un «grupo especial en oposición al tipo andino» a «juzgar por sus rasgos ... más primitivos evidentemente de origen más antiguos» (Uhle, 1922, p. 16).

Otro aporte no mencionado en los reconocimientos a Uhle en el desarrollo de la arqueología andina, concierne la conservación de los materiales que excavaba, puesto que su trabajo de campo, explícita o implícitamente, estaba destinado a generar colecciones para los museos. Uhle debió enviar por tierra o por mar, dentro y fuera de los países donde trabajó, los más frágiles contextos culturales, como las «momias de preparación

complicada». Los cuerpos Chinchorro viajaron desde Arica a Santiago por mar y luego entre Valparaíso y Santiago, en tren a vapor que era el principal medio de transporte de carga a comienzos de siglo XX. El embalaje con papeles de diario y cajas de madera, que Uhle utilizó para remitir el material arqueológico de Arica al Museo Nacional de Historia Natural en Santiago de Chile, resistió este largo y complicado viaje, lo que constataron investigadores como Lautaro Núñez, Vivien Standen, Bernardo Arriaza y las conservadoras Srta. Buchón y Srta. Nieves Acevedo de dicho museo.

CONCLUSIONES

Sobre la base de lo observado específicamente en la zona de Tacna y Arica, Uhle definió un substrato cultural anterior a las «civilizaciones» andinas. Con ello le dio sustento a su planteamiento teórico general de buscar el «ascenso del hombre en la costa del Pacífico desde su estado primitivo hasta el alto nivel de cultura». Estas bases estarían representadas por los «Aborígenes de Arica», para los que supuso incluso una fase anterior, que denominó el «Hombre Primordial», sobre la base de los materiales de Taltal.

Desde esta perspectiva local, entró en el debate respecto a la antigüedad y características de los primeros poblamientos de América, insistiendo en la necesidad de definir una profundidad cronológica mayor a la estimada en la época, dada la variedad lingüística, cultural y biológica de las poblaciones de América. Uhle plantearía lo mismo considerando que el continente aparece simultáneamente colonizado, tanto en Norteamérica como Centroamérica y Sudamérica, hacia fines del Pleistoceno por más de una tradición cultural (Dillehay, 2004) y sin que se reconozca claramente los orígenes y vías de ingreso de dicho poblamiento. A nuestro juicio este es el aporte más importante de Uhle, el de colocar la historia cultural del desierto de Atacama (sur del Perú, norte de Chile) en una perspectiva continental.

Otro aporte importante del estudio de Uhle es la aplicación de principios estratigráficos para ordenar en secuencia las fases histórico-culturales que definía a partir de análisis estilísticos, posiblemente sobre la base de los principios clasificatorios de la lingüística, su especialidad profesional. En el caso específico de la zona de Arica, el principio estratigráfico ordenador provino de las excavaciones de una cueva en Pisagua, mientras que en el Perú, de los trabajos en Pachacamac y para la historia mundial, de la arqueología de sus estudios estratigráficos en California (Trigger, 2006).

La visión continental y la aplicación de criterios estratigráficos se pierden completamente entre los años sesenta y comienzos de los setentas, cuando la discusión se centró exclusivamente en la definición de fases y periodos culturales, con bases netamente estilísticas de contextos funerarios.

Más aún, la visión etnográfica de la arqueología, llevó a Uhle a realizar detalladas descripciones de los patrones mortuorios y de los materiales arqueológicos de acuerdo a sus características materiales, tecnológicas y su posible función, mientras que para otros lugares de los Andes dejó estudios monográficos, como Pachacamac, cuyo reporte monográfico, con mapas detallados de la arquitectura son clásicos (Uhle, 2003).

En resumen, de su estadía en la zona de Tacna y Arica logra los siguientes aportes a la arqueología de la costa y valles occidentales del área centro sur andina:

1. Propuesta de la primera secuencia histórico cultural regional sobre la base de datos estratigráficos y análisis estilísticos generales de distintos tipos de materiales arqueológicos, obtenidos de sus excavaciones funerarias estratigráficas y exploraciones de la costa y valles de Arica y Tacna (Caplina, Lluta, Azapa; tabla 1).
2. Contextualización de la secuencia, para Tacna y Arica, en el marco del desarrollo cultural prehistórico de los Andes, América y Europa.
3. Definición de la funcionalidad y posible origen de ciertos componentes culturales sobre la base de la etnografía comparada y lingüística.
4. Definición antropométrica y morfológica de grupos poblacionales, no exenta de cierto sesgo racista y etnocentrista.
5. Definición de grupos étnicos sobre la base de análisis lingüísticos de primera fuente, con los que trató de entender y dar un sentido histórico cultural a los materiales arqueológicos. Un ejemplo de ello es el análisis detallado de lo que denominó los «fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna» (Uhle, 1919b).

Finalmente, un aporte no mencionado en los reconocimientos al desarrollo de la arqueología en la zona andina, es la conservación y embalaje de los materiales excavados.

AGRADECIMIENTOS

Estudio realizado en el contexto del proyecto FONDECYT 1050595. Los autores agradecen a las instituciones que patrocinaron el Simposio que origina este manuscrito, como también a los organizadores del mismo y editores de este volumen, Peter Kaulicke, Manuela Fischer, Peter Masson y Gregor Wolff. A Rafael Valdez por la producción de esta obra y a la correctora de estilo de la Editorial por sus sugerencias. El primer autor escribió este estudio gracias a una beca post doctoral del Centro de Investigaciones del Hombre en el Desierto (CIHDE) y del DEST Endeavour Research Fellowship (Australian Government) como profesor visitante en el National Museum of Australia y la Fenner School, The Australian National University y la University of New England, Armidale; como también de la propia Universidad de Tarapacá.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ, L. (1974). Homenaje a Max Uhle. Antecedentes sobre su primera comunicación pública de los aborígenes de Arica. *Chungara*, 3, 9-11.
- THE AMERICAN JOURNAL OF ARCHAEOLOGY AND OF THE HISTORY OF THE FINE ARTS (1897). Archaeological discussions. Summaries of original articles chiefly in recent periodicals, *The American Journal of Archaeology*, 1,(4/5), 388-453.
- ARRIAZA, B. (1995). *Beyond Death: the Chinchorro Mummies of Ancient Chile*. Washington: Smithsonian Institution Press.
- ARRIAZA, B.; M. DOUBRAVA, V. G. STANDEN & H. HAAS (2005). Differential mortuary treatment among Andean Chinchorro fishers: Social inequality or in situ cultural evolution. *Current Anthropology*, 46, 662-671.
- AYALA, P. (2006). Relaciones y discurso entre atacameños, arqueólogos y estado en Atacama (II Región, norte de Chile). Tesis de maestría, Universidad Católica del Norte y Universidad de Tarapacá.
- BELMONTE, E.; E. BASTÍAS, M. GÓMEZ, A. MUJICA & G. MONTENEGRO (2001). Determinación taxonómica de fragmentos de madera de contexto funerario de la cultura chinchorro. *Chungara*, 33, 145-154.
- BENAVIDES, H. (2001). Returning to the source: social archaeology as Latin American philosophy. *Latin American Antiquity*, 12, 355-370.
- BIRD, J. (1943). *Excavation in northern Chile*. Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, 38, 4.
- BLAKE, J. H. (1878). Notes on a collection from the ancient cemetery at the bay of Chacota Peru. *Eleventh Report Peabody Museum of Archaeology and Ethnology*, 2, 277-304.
- CASES, C.; A. M. ROJAS & B. ROJAS Z. (2001). Un planteamiento experimental de replicación, registro y conservación de una momia Chinchorro tardía. *Chungara*, 33, 107-111.
- CASTRO, V. & V. VARELA (Eds.) (1994). *Ceremonias de tierra y agua. Ritos milenarios andinos*. Santiago: FONDART, Ministerio de Educación y Fundación Andes.
- CERAM, W. C. (1971). *The First American. A Story of North American Archaeology*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, Inc.
- CÓRDOVA-GONZÁLEZ, J.; Y. OSSANDÓN, N. ÁLVAREZ & J. BERNAL (2002). De las sociedades Chinchorro al presente: un enfoque de ciencia y tecnología en educación de museo. *Chungara*, 34, 127-140.
- CORNEJO, L. (1997). *Buscadores del Pasado una Breve Historia de la Arqueología Chilena*. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
- COSTA-JUNQUEIRA, M. A.; J. COCILOVO & S. QUEVEDO (2000). Patologías óseas, traumas y otros atributos en el grupo arcaico del Morro de Arica, norte de Chile. *Chungara*, 32, 79-83.
- DARWIN, C. (1984). *El Viaje del Beagle* (2da edición). Barcelona: Labor/Punto Omega.
- DAUELSBERG, P. (1961). La cerámica de Arica y su situación cronológica. En *Trabajos Presentados al Encuentro Arqueológico Internacional de Arica y Cuadro Cronológico del Área Andina Meridional*, (pp.23-32), Museo Regional de Arica, Arica.
- DAUELSBERG, P. (1972-73a). La cerámica de Arica y su filiación cronológica. *Chungara*, 1-2, 17-24.
- DAUELSBERG, P. (1972-73b). Carta respuesta a Luis Guillermo Lumbreras sobre la problemática arqueológica de Arica. *Chungara*, 1-2, 32-37.
- DAUELSBERG, P. (1995). Dr. Max Uhle: su permanencia en Chile, de 1912 a 1919. *Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie*, 15, 371-394.
- DANIEL, G. (1981). *A Short History of Archaeology*. London: Thames and Hudson.
- DILLEHAY, T. (2002). Climate and human migrations. *Science*, 298, 764-765.
- DILLEHAY, T. (2004). *Monte Verde: un Asentamiento Humano del Pleistoceno Tardío en el sur de Chile*. Santiago: Lom Ediciones.
- FRÉZIER, A. F. (1713a). *Voyage to the South-Sea, and along the Coasts of Chili and Peru, in the years 1712, 1713, and 1714: Particularly Describing the...Inhabitants, as well Indians as Spaniards*. London: Jonah Bowyer.
- GÁNDARA, M. (2006). Reseña a «Arqueología y Sociedad», Luis Guillermo Lumbreras, editado por Enrique González Carré y Carlos del Águila, Instituto de Estudios Peruanos, Museo Nacional de Arqueología y Antropología, INDEA, 2005; pp. 320, Lima, *Chungara*, 38, 145-149.
- GUSTAFSSON, M. (2001). How is it that Chinchorro has become part of the western Swedish cultural heritage? *Chungara*, 33, 103-105.
- GOEBEL, T., M. R. WATERS & M. DIKOVA (2003). The archaeology of Ushki Lake, Kamchatka, and the Pleistocene peopling of the Americas. *Science*, 301, 501-505.
- GUILLÉN, S. (1997). Morro 1-5 (Arica) momias y sociedades complejas del Arcaico de los Andes Centrales. En Kaulicke, P. (Ed.), *La Muerte en el Antiguo Perú. Contextos y Conceptos Funerarios*. *Boletín de Arqueología PUCP*, 1, 65-78.
- JOYCE, T. (1912). *South American Archaeology: an Introduction to the Archaeology of the South American Continent with Special Reference to the Early History of Peru*. London: MacMillan and Co Ltd. & Phillip Lee Warner.
- JOFRÉ, D. (2007). Reconstructing the politics of indigenous identity in Chile. *Archaeologies: Journal of the World Archaeological Congress*, 3, 16-38.
- HOSHOWER, L.; J. E. BUIKSTRA, P. S. GOLDSTEIN & A. WEBSTER (1995). Artificial cranial deformation at the Omo M10 site: a Tiwanaku complex from the Moquegua Valley, Peru. *Latin American Antiquity*, 6, 145-164.
- KAULICKE, P. (1998). Max Uhle y la arqueología de la costa sur. En Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú antiguo*, (pp. 47-67). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KELLY, R. (2003). Maybe we do know when people first came to North America; and what does it mean if we do? *Quaternary International*, 109-110, 133-145.
- LANNING, E. (1967). *Peru before the Incas*. New Jersey: Prentice-Hall Inc.
- LLAGOSTERA, A. (2003). Patrones de momificación Chinchorro en las colecciones Uhle y Nielsen. *Chungara*, 35, 5-22.
- LUMBRERAS, L. G. (1972-73). Sobre la problemática arqueológica de Arica (carta de Luis Guillermo Lumbreras dirigida a Percy Dauelsberg y Lautaro Núñez, Lima 9 enero de 1972). *Chungara*, 1-2, 25-27.
- MELTZER, D. J. (1985). North American archaeology and archaeologists, 1879-1934. *American Antiquity*, 50, 249-260.
- MELTZER, D. J. (1991). On «paradigms» and «paradigm bias» in controversies over human antiquity in America. En Dillehay, T. D. & D. J. Meltzer (Eds.), *The first Americans search and research*, (pp. 13-49). Boca Raton: CRC Press.
- MOSTNY, G. (1943). Informe sobre excavaciones en Arica. *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*, 21, 79-117.
- MOSTNY, G. (1944). Excavaciones en Arica. *Boletín del Museo Historia Natural*, 22, 135-145.
- MOSTNY, G. (1959). Museo regional de Arica. *Noticiero Mensual Museo Nacional de Historia Natural*, 4,(37), 1-7.
- MOSTNY, G. (1964a). Anzuelo de concha 6170 ± 220. A.P. *Noticiero Mensual*, 9, (98), 7-8.
- MOSTNY, G. (1964b). *Compiladora epistolario de Augusto Capdeville con Max Uhle y otros arqueólogos e historiadores*. Tomos I y II. Santiago: Fondo Histórico y Bibliográfico José Toribio Medina.

- MUNIZAGA, C. (1957a). Descripción y análisis de la cerámica y otros artefactos de los valles de Lluta, Azapa y Vitor. En Schaedel, R. P. (Ed.), *Arqueología chilena, contribución al estudio de la región comprendida entre Arica y La Serena*, (pp. 45-57). Santiago: Universidad de Chile.
- MUNIZAGA, C. (1957b). Secuencias culturales de la zona de Arica (comparación entre las secuencias de Uhle y Bird). En Schaedel, R. P. (Ed.), *Arqueología chilena, contribución al estudio de la región comprendida entre Arica y La Serena*, (pp. 77-122). Santiago: Universidad de Chile.
- NÚÑEZ, L. (1972-73). Carta respuesta a Luis Guillermo Lumberras «sobre la problemática arqueológica de Arica». *Chungara*, 1-2, 27-32.
- NÚÑEZ, L.; M. GROSJEAN & I. CARTAGENA (2002). Human occupations and climate change in the puna de Atacama, Chile. *Science*, 298, 821-824.
- ORELLANA, M. (1974). Friedrich Max Uhle y la prehistoria de Chile. *Boletín de Prehistoria de Chile, año 6-7, (7-8)*, 3-35.
- ORELLANA, M. (1982). *Investigadores y teorías en la arqueología de Chile*. Santiago: Centro de Estudios Humanísticos de la Universidad de Chile.
- OYUELA-CAYCEDO, A.; A. ANAYA, C. ELERA & L. VALDEZ (1997). Social archaeology in Latin America?: comments to T. C. Patterson. *American Antiquity*, 62, 365-374.
- PONCE SANGINÉS, C. (1995). *Tiwanaku: 200 años de Investigaciones Arqueológicas; Historiación de un Prolongado Esfuerzo Científico*. La Paz: Producciones CIMA.
- POLITIS, G. (1995). The socio-politics of the development of archaeology in Hispanic South America. En Ucko, P. J. (Ed.), *Theory in archaeology: a world perspective*, (pp. 197-235). London: Routledge.
- RAVINES, R. (1970). *100 años de Arqueología en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos/Edición de Petróleos del Perú.
- ROWE, J. (1954). *Max Uhle, 1856-1944. A memoir of the father of Peruvian archaeology*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 46 (1).
- STANDEN, V. (1997). Temprana complejidad funeraria de la Cultura Chinchorro (Norte de Chile). *Latin American Antiquity*, 8, 134-156.
- STANDEN, V. & B. ARRIAZA (2000). Trauma in the preceramic coastal populations of northern Chile: violence or occupational hazards? *American Journal of Physical Anthropology*, 112, 239-249.
- STANDEN, V.; M. ALLISON & B. ARRIAZA (1984). Patologías óseas de la población Morro 1, asociadas al Complejo Chinchorro: Norte de Chile. *Chungara*, 13, 75-185.
- TRIGGER, B. (2006). *A History of Archaeological Thought*. Cambridge: Cambridge University Press.
- UHLE, M. (1917). Los aborígenes de Arica. *Museo de Etnología y Antropología*, 14/15, 151-176.
- UHLE, M. (1918). *Los Aborígenes de Arica y el Hombre Americano*. Conferencia leída en el Instituto Comercial, 26 de Noviembre de 1917. Arica: Imp. de la Aurora.
- UHLE, M. (1919a). La arqueología de Arica y Tacna. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos III, (7-8)*, 1-48.
- UHLE, M. (1919b). Fundamentos étnicos de la región de Arica y Tacna. *Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, II, (4)*, 1-37.
- UHLE, M. (1919c). Carta a la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos. *Boletín Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, II*, 322.
- UHLE, M. (1974). Los aborígenes de Arica y el hombre americano, 1917. *Chungara*, 3, 13-12.
- UHLE, M. (2003). *Pachacamac: Informe de la Expedición Peruana William Pepper de 1896*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- URIBE, M. (1999). La cerámica de Arica 40 años después de Dauelsberg. *Chungara*, 31, 189-228.
- Waters, M. R. & T. W. STAFFORD Jr. (2007). Redefining the age of Clovis: implications for the peopling of the Americas. *Science*, 315, 1122-1126.

CERRO NARRÍO Y MAX UHLE: EL ARQUEÓLOGO COMO AGENTE DEL DESARROLLO DE LA ARQUEOLOGÍA ECUATORIANA

Augusto Oyuela-Caycedo¹, Peter W. Stahl² & J. Scott Raymond³

Cerro Narrío es uno de los sitios más reconocidos del norte de los Andes, de mención obligatoria en los trabajos sobre el formativo ecuatoriano. El sitio adquiere fama gracias a los esfuerzos de Max Uhle y su visión difusionista. Las caracterizaciones del sitio y su lugar central en la preincaica civilización Chaullabamba son discutidas a la luz de la historia de la arqueología y los temas contemporáneos de la cronología de los Andes, del comercio prehispánico, así como su continua relevancia para las comunidades locales. Atención específica se brinda a la descripción del sitio y su importancia, el propósito de las relaciones mayoides, su prehistórico papel en el comercio inter y intra regional, y su continua influencia para las comunidades descendientes de los Cañari.

No hay texto que se publique sobre el tema del formativo ecuatoriano que no mencione el sitio de Cerro Narrío como relevante para entender la historia de la arqueología andina. La arqueología ecuatoriana entró en una nueva etapa con el estudio de Uhle (1922a), donde empleó el análisis comparativo de la cerámica para establecer secuencias cronológicas de las culturas preincaicas. Por primera vez se definió una etapa formativa de la arqueología septentrional andina a partir de la descripción de la cultura material. Esta descripción de cerámica, artefactos de hueso, concha, y piedra contó, además, con ilustraciones de buena calidad. El texto contiene 47 láminas, 138 figuras, cada una compuesta de múltiples fotografías. Estas ilustraciones le permitieron a Uhle caracterizar una civilización con una secuencia muy anterior a la ocupación Inca e incluso a la introducción de animales domesticados como la llama. Sorprendido por la alta calidad de la cerámica de paredes delgadas en los niveles tempranos de ocupación del sitio, concluye que debió originarse en el área Maya. Denominó esta civilización como Challuabamba⁴, tomando el nombre del sitio donde observó por primera vez la cerámica de paredes delgadas. Hoy en día esta idea sobre el origen

Maya nos parece una locura, aunque algunos la siguen manteniendo en la literatura (ver Zaruma Quizhpilema, 1994, p. 10) y fue descartada cuando Collier y Murra publicaron el resultado de sus investigaciones en Cerro Narrío en 1943. Hay que recordar que en la academia de la época, las explicaciones difusionistas imperaban en la arqueología y el orgullo nacional también se proyectaba en historias ficticias de orígenes en culturas lejanas más complejas (Oyuela-Caycedo, 1994).

Pese a la explicación difusionista, el trabajo de Uhle, marcó un hito en la fundación de la arqueología ecuatoriana. Desde entonces se ha venido refinando la situación de Cerro Narrío y el conocimiento sobre el Formativo, gracias a los trabajos adelantados en años recientes en regiones cercanas como en Challuabamba (Grieder *et al.*, 2002; Grieder *et al.*, 2009; Stahl, 2005) Pirincay (Bruhns *et al.*, 1990; Bruhns, 2003), Catamayo (Guffroy *et al.*, 1987; Guffroy, 1989; 2008), Santa Ana-La Florida (Guffroy, 2008; Valdez, 2008) que permiten tener una visión más amplia y plantear nuevos problemas de investigación.

El presente estudio tiene como objetivos, en primer lugar, prospectar «arqueológicamente» el caso de la investigación de Max Uhle en el sitio de Cerro Narrío alrededor de preguntas relacionadas a la historia de la ciencia arqueológica. En segundo lugar, entender cuáles son las preguntas que pueden ser de interés hoy en día, cuando se contextualiza la investigación de Cerro Narrío en un programa más amplio de la arqueología andina y su relevancia en contextos de las comunidades locales.

Para indagar sobre la historia de la investigación de Uhle, comenzamos con tres preguntas que a primera vista parecen obvias pero con las cuales buscamos examinar algunos supuestos que nos ha presentado Uhle en su obra y que han sido tomados como válidos. La primera es cómo se descubrió el sitio o en otras palabras cuál fue el proceso que permitió el hallazgo y estudio de Cerro

¹ University of Florida, Department of Anthropology, Florida, EE.UU.

² State University of New York at Binghamton, Department of Anthropology, New York, EE.UU.

³ University of Calgary, Department of Archaeology, Alberta, Canadá.

⁴ Algunos autores prefieren escribir Chaullabamba. La forma correcta es la que Uhle usó: Challuabamba. Igual ocurre con el nombre de Jatun Cañar, también aparece en la literatura como Hatun Cañar, e incluso Atun Cañar. Se usó el término tal como se describe en el texto referenciado o consultado.

Narrío. La segunda, es cuál es el origen de la explicación mayoide. En tercer lugar, se pretende entender cómo se desarrolló el trabajo de campo en el sitio, qué tipo de relaciones tenía el arqueólogo, en este caso Max Uhle, con respecto a la comunidad del Cañar y con los agentes institucionales regionales y nacionales. Esta pregunta se nos vuelve relevante cuando hoy en día discutimos el papel del arqueólogo frente a las comunidades indígenas o locales (Capriles Flores, 2004; Collwell-Chanthaphonh-Ferguson, 2007; Habu *et al.*, 2008). La primera pregunta pretende entender cuál es el proceso que permite el descubrimiento arqueológico y cómo se construye el nuevo conocimiento. La segunda es una interrogante que se ha vuelto relevante con respecto a las relaciones de la disciplina y su área de estudio, en particular con el trabajo de campo que se ejecuta en la periferia (en otro campo o área) o por fuera de su centro de acción (universidad, laboratorio). Ambas preguntas son difíciles de contestar; sin embargo, el mismo Max Uhle nos da luces sobre sus respuestas a través de sus libretas de campo.

EL PROCESO DE DESCUBRIMIENTO DE CERRO NARRÍO Y LOS HUAQUEROS

Cerro Narrío no era desconocido como sitio arqueológico antes de que Max Uhle llegara (figuras 1 y 2). Uhle comentó que Cerro Narrío había sido huaqueado por lo menos desde 1914⁵, argumento que fue seguido por otros autores (por ejemplo, Collier & Murra, 1943, p. 35). En un trabajo publicado por Ernesto Salazar (1995) sobre los mitos y fábulas del Ecuador, se describe cómo se han dado varias etapas de intensa huaquearía en la región. Salazar llama la atención sobre un estudio de un pleito temprano de huaquería (1563) estudiado por Frank Salomon que nos da luces sobre el cambio de la práctica de la huaquería en búsqueda de tumbas ricas de incas y el posterior rechazo de las tumbas de los «pobres» cañaris, quienes resistieron a los incas. En el pleito se describe la expedición que se inició en la estación de «Jantur Cañar» (donde está la ciudad de Cañar) y terminó en el «viejo Jantur Cañar», cerca de las ruinas incaicas de Inga Pirca. Después de fracasar en el hallazgo de una rica tumba en el sitio incaico, el huaquero principal, quien venía del norte de Ecuador y tenía experiencia con tumbas profundas de pozo con cámara lateral, cambió de táctica y se concentró en un cementerio cañari de montículos. Allí, excavó en dos tumbas de cinco y logró obtener entre 1.200 pesos y 3.000 pesos. Era una suma comparable a lo que producía una encomienda grande en esa época durante un año de trabajo. Entre los objetos que se encontraron se describen barras de cobre, chaguallas de oro, chaquiras de oro y roja (cuentas de *Spondylus*) y de hueso blanco, diademas de oro, hachuelas de cobre,

y oro, penachos de oro, zarcillos y otros objetos como orejeras y pectorales (Salomon, 1987, pp. 213-223).

Desde entonces la actividad de la huaquería y la perspectiva sobre los «pobres» cañaris cambió radicalmente hasta el día de hoy. La práctica de la huaquería estaba autorizada pues, al igual que la minería, generaba un quinto de lo obtenido para la corona Española. Aunque en la República ya no se tributa al estado.

Uhle tenía conocimiento previo de que la región era intensamente huaqueada; Uhle (1922b) comenta en su artículo «Sepulturas ricas de Oro en la Provincia del Azuay» que a mediados del siglo XIX, el área de Chordeleg y la región en general fue intensamente huaqueada. Además conocía de primera mano el tipo de materiales orfebres de la región de Cañar, ya que estos fueron previamente recogidos por el mentor de Uhle, Alphons Stübel (entre 1872 y 1873) para el Museo Etnográfico de Leipzig —conocido hoy como Grassi Museum—. Uhle tenía una relación de amistad cercana con Stübel desde Dresden, donde nació y vivió (Rowe, 1954, p. 2), por lo que ya conocía la metalurgia del sitio y la existencia de estos lugares puesto que los describió él mismo en la edición del libro *Kultur und Industrie südamerikanischer Völker* (Stübel, Reiss, Koppel & Uhle, 1889, Tomo 1, Tabla 24) varios años antes de su viaje al Ecuador.

En su viaje, Stübel siguió el paso por Cañar y el camino al lado de Cerro Narrío, pues este era paso obligatorio de la ruta seguida por los viajeros, como lo observaron Jorge Juan y Antonio de Ulloa (1748, pp. 435, 629) y Alexander von Humboldt en 1797. Formaba parte de la ruta de comercio inter y transandino de recursos costeros como el mullu (*Spondylus princeps* y otras especies de caracoles y bivalvos) desde el Formativo tardío por lo menos hasta la Conquista (Hocquenghem, 1993; 2008).

El conocimiento que Uhle tenía, no se limitaba al obtenido al editar el libro de Stübel, Reiss, y Koppel. Un par de años después del viaje de Stübel, Adolf Bastian visita la región y recoge 61 hachuelas de bronce marcadas con «emblemas heráldicos similares a las mexicanas» en la región de Azogues (Bastian, 1878, pp. 115-116; Fischer, 2007, p. 193) iguales a las excavadas por Collier y Murra (Trinchera 4, Nivel 2 en Collier & Murra, 1943, lámina 50, figura 13). Bastian describe con detalle su visita el 19 de Agosto de 1875 al Cañar y por primera vez tenemos una descripción de Cerro Narrío:

Después que los animales habían pastado, se ensillaron y se cargaron, bajando la loma pedrosa llegamos al Río Grande, volteando a la carretera a Cañar. Mientras el camino cubierto de poca vegetación estaba subiendo, vimos, frente a cordilleras más altas, en la ladera de cerros

⁵ En particular es el caso de las colecciones hechas por el Sr. Ezequiel Clavijo de Cañar quien se las vendió en 1940 al colegio Benigno Malo en Cuenca. (Collier & Murra, 1943, p. 35). Uhle menciona que cuando llegó en enero de 1922, un niño llamado Pepe Arévalo encontró objetos de oro en el cerro y esto inició una masiva huaquería por parte de los pobladores de Cañar (Uhle, 1922c). Bruhns (2003, p. 130) ha escrito recientemente: «Cerro Narrío ha sido completamente saqueado y perturbado —el saqueo comenzó en 1912 y ha continuado hasta la actualidad— sería difícil conseguir cualquier tipo de artefacto o secuencia de radiocarbono».



Figura 1. Cañar en 1922. Fotografía de Uhle, 1922b, lámina, 1, figura, 1.



Figura 2. Cerro Narrío en el 2002, vista desde Cañar. Fotografía de Augusto Oyuela-Caycedo.

con construcciones la ciudad Cañar o Hatun-Cañar, con tres cerros altos, justo al entrar, llamados Nario, Pie de Nario y Sucoloma, que reposan sobre una base de roca natural, donde se distinguen construcciones, al igual que estratos de tierra suelta, incluyendo montículos de entierros (Bastian, 1878, pp. 114-115)⁶.

Cuesta trabajo pensar que Uhle no conocía la descripción de Bastian. Después de todo, la razón por la cual Uhle llega a Sudamérica es precisamente por Adolph Bastian quien fuera su jefe y quien, a partir

de su experiencia en Sur América, considerara vital la continuidad de expediciones del Museo Etnográfico de Berlín a este continente. Con Bastian, Uhle mantuvo una relación de subordinación la que expresa con sus propias palabras en una carta en la que firma como «(s) u figura de ajedrez. Max Uhle» (Actas Uhle, Museo Etnológico de Berlín, 516/94, carta escrita por Uhle a Adolf Bastian, Oruro, 2 de Marzo de 1894; Fischer, 2007). ¿Por qué no da crédito Uhle a la descripción de Bastian, o a los otros hallazgos que él conocía? Es una pregunta sin resolver, pues Uhle llegó a conocer incluso

⁶ «Sobald die Thiere abgefressen hatten, wurde gesattelt und gepackt, und über den Abfall steiniger Hügel gelangten wir zum Rio Grande, auf die Strasse nach Cañar einlenkend. Während der Weg mit spärlicher Vegetation bedeckte Steinhügel hinanstieg, erblickten wir, vor höheren Bergreihen, am Abhang bebauter Hügel die Stadt Cañar oder Hatun-Cañar, mit drei hohen Erdhügeln, gerade vor dem Eintritt, Nario, Pie de Nario und Sucoloma genannten, die auf natürlicher Felsgrundlage ruhen, während sich Anbauten unterscheiden, sowie Schichtungen loser Erde, unter Einschlüssen von Grabhügeln» (Bastian 1878, pp 114-115).

los materiales arqueológicos que Bastian recogió en su viaje al Ecuador.

Esto nos lleva a poner en duda las premisas de Uhle: a) que la huaquería se iniciara en el siglo XX en Cerro Narrío y b) que el sitio era bien conocido y fácilmente observable como lo afirma Bastian en la descripción de su visita más de cuatro décadas antes. Uhle, por alguna razón que tiene que ver con el lugar donde publica sus resultados, termina resaltando los eventos como personales; después de todo, es él quien hace pública la importancia del sitio, incluso en la prensa local de Guayaquil (Uhle, 1922d).

Con respecto a la pregunta inicial podemos plantear entonces, que las «redes de información» existentes antes de su estudio dieron al arqueólogo alemán una base para aproximarse al sitio y reconocer su importancia. Las rutas de los viajeros y comercio previo (incluso prehispánico), definieron las áreas de los recorridos de Uhle en su exploración del sur ecuatoriano. Su recorrido se limitó a caminos bastantes circulados y a visitas a haciendas de relativo fácil acceso. El conocimiento local de la huaquería fue otro componente importante para el hallazgo de sitios.

LA HIPÓTESIS SOBRE EL ORIGEN MAYOIDE DE CERRO NARRÍO

Para Uhle, la importancia de Cerro Narrío radicó en que los materiales arqueológicos demostraban su origen «mayoide», lo que daba paso a «apoyar su argumento» sobre el origen mesoamericano de las sociedades andinas. La base del argumento era la similitud estilística de una cerámica fina rojo sobre crema muy delgada y en artefacto de lujos de jadeita y de lapislázuli. La obsesión difusionista fue constante en su trabajo y hay que entenderla en el contexto histórico de la época, así como el estado de desarrollo de la disciplina. En un momento dado, La China fue para él, la fuente de origen de lo andino (la tesis de doctorado de Uhle fue sobre la gramática del chino preclásico). Uhle (1922a) vio claramente que Cerro Narrío era la clave para entender la historia cultural de las tierras altas del Ecuador.

Hay que rectificar que esta hipótesis no era suya aunque equivocadamente se le ha atribuido esta idea (Collier & Murra, 1943, p. 15; Murra, 1982; Grieder *et al.*, 2009) y no debido a su senilidad, sino que era una hipótesis que tenía sus raíces en el Ecuador por el trabajo del presbítero Federico González Suárez (1844-1917). Este autor, padre de la arqueología ecuatoriana (Saville, 1918, p. 320), en su libro publicado por primera vez en 1878, proponía claramente que los cañaris (población que habita la zona) descendían de los mayas. González Suárez toma la explicación difusionista de un texto de Brasseur de Bourbourg (1858), quien cita el mito de los cañaris de la crónicas de Cristóbal de Molina «el Cuzqueño» (Larrea, 1921, xxi, xxviii). El mito en cuestión se encuentra en la «Fábulas y Ritos de los Incas» [1574] (Markham 1873, Loayza, 1943, pp. 15-16) (ver Anexo 2, texto del mito original). Brasseur de Bourbourg llega a plantear las similitudes con la mitología maya y el lenguaje quiche maya, las cuales González Suárez (1878,

pp. 11-12; 1922, p. 17, 19) adopta como propuesta en su trabajo. Uhle, estaba al tanto del trabajo de este último, pues lo cita con respecto a la huaquería, pero no con respecto al origen mayoide, sino al de una placa de oro de influencia tiahuanaco (Uhle, 1922b, p. 112) y también con respecto a las figurinas de concha (Uhle, 1922a, pp. 222-238); también existió un punto común entre Uhle y González Suárez: Monseñor Polit de Cañar, quien recibiera una copia de la primera edición del libro de González (Larrea, 1922, iv, ix). (ver mensaje telegráfico y nota sobre carta de González Suárez al monseñor en anexos).

Uhle argüía que basó su hipótesis en H. J. Spinder quien reconoció influencias mayas en Nicaragua y El Salvador (Uhle, 1922a, p. 205). Pese a esta explicación, queda la interrogante del motivo de la falta de reconocimiento de la hipótesis de González Suárez y que solo se limitara a las referencias de este sobre la orfebrería y tumbas. Tal vez fuera importante para Uhle posicionarse con esta tesis mediante la supuesta demostración de materiales arqueológicos «mayoide» frente a su nuevo centro académico como era la Academia de Historia y la Universidad en Quito. Jijón y Caamaño era el promotor de Uhle, y este respondió resaltando el «orgulloso» pasado prehispánico enraizándolo con la civilización Maya. Sin embargo, años más tarde, a raíz del trabajo de Collier y Murra, el mismo Jijón y Caamaño (1951, p. 167), poco antes de su muerte, abandonó esta idea públicamente en la arena intelectual del Congreso Americanista de New York (1949). Curiosamente la idea de una relación mesoamericana, debido a ciertas similitudes en la cerámica con el Pacífico mesoamericano nunca ha desaparecido de las explicaciones arqueológicas del Ecuador. En 1971, por ejemplo se celebró un simposio de correlaciones antropológicas Andino-Mesoamericano en Salinas en honor a Carlos Zevallos Menéndez; en este participaron Bushnell, Collier, Evans y Meggers, Murra, Paulsen, Oberem, Lathrap y Piña Chan (Marcos y Norton, 1982). John Murra entonces expresó con respecto al trabajo en Cerro Narrío que hizo con Collier:

En nuestras conclusiones de 1943 nos detuvimos demasiado literalmente en la terminología empleada por Max Uhle, lo «Mayoide» de hecho, era ausente. Pero si en vez de lo «Mayoide» ampliamos el foco de la lente y miramos lo meso-americano, como lo hizo Jijón (1930) y lo hacen ustedes, veremos que el tema del simposio sigue tan fresco y la hipótesis tan merecedora de verificación como lo era en 1941 (Murra, 1982, p. 265; ver también 1975, pp. 255-256).

Sin embargo más de treinta años después podemos decir que la evidencia sigue igual de elusiva como entonces, sin ninguna sólida confirmación arqueológica que vaya mas allá de las puras semejanzas o de supuestos intercambios marítimos de larga distancia hasta Mesoamérica de *Spondylus princeps* a cambio de bronce arsénico del Perú, pero que carecen de sustento científico alguno (ver Hocquenghem, en prensa).

LA ESTADÍA DE UHLE EN CAÑAR Y SU TRABAJO EN CERRO NARRÍO O EL ARQUEÓLOGO COMO AGENTE SOCIAL

Uhle llega al Ecuador en 1919 a la edad de 63 años, invitado por Jijón y Caamaño, después de una larga estadía en Chile pues le fue imposible regresar a Alemania durante la Primera Guerra Mundial. Uhle se encontraba sin trabajo puesto que su contrato con el museo en Chile no fue renovado porque los términos no eran satisfactorios para él. Poco después de la guerra, a comienzos de 1919, muere su esposa en ruta a Alemania (Rowe, 1954, p. 16). De su viaje al Ecuador, la única información disponible sobre el recorrido y detalles de su estadía en Cerro Narrío proviene de sus propias libretas de campo, en particular la Libreta No.131 con la signatura N-0035 w 363, depositada en el legado de Max Uhle en el Instituto Ibero-Americano de Berlín. Esta libreta tiene como fecha de inicio el 20 Noviembre de 1921 y termina el 16 de Febrero de 1922. En su carátula está escrito con lápiz «Nov 1921» y en una etiqueta de papel los nombres de los sitios «Gualaceo Sigsig Cañar Narrío».

Las notas de la libreta de campo son muy diversas y bastante caóticas. Uhle usó frecuentemente el castellano y el alemán como lengua en su diario; en él escribía con clara letra latina y se nota la facilidad que tenía para el castellano; normalmente cambiaba al alemán Sütterlin cuando dejaba de hablar de sitios o lugares. La libreta contiene listados de sitios, peso de las cargas para balancear las mulas, lista de cosas por comprar, nombres de personas. También textos de los telegramas que envió. De vez en cuando largos textos sobre aspectos específicos que le sirvieron de base para sus artículos posteriores como es el caso de las notas con el subtítulo los «pozos de oro». (páginas 36 a la 45 del diario de campo 131) y que corresponden a su artículo «Sepulturas Ricas de Oro en la Provincia del Azuay» (Uhle, 1922b).

En la libreta de campo podemos leer:

Había huaqueros especialmente expertos, como Manuel Iñiguez que murió hace medio año en edad de m/m (más o menos) 90 años, Ignacio Serrano que encontró grandes fortunas de esta manera en sociedad de su hermano Antonio y murió pobre, Eloy Davila también trabajó mucho y estaba experto al que se deben las presentes noticias» (Uhle, 1921-1922, p. 45).

En cambio, en el artículo dice:

Había varios huaqueros, especialmente, expertos en estas explotaciones, como Manuel Iñigues, Ignacio Serrano con su hermano Antonio, un señor Vásquez, un San Martín, etc. Ninguno de estos, con sus, a veces enormes hallazgos, ha hecho fortuna. Los primeros cuatro murieron pobres, el último, que vive, no tiene fortuna. El pueblo de Chordeleg, donde se hicieron los inmensos hallazgos de los años cincuentas, es todavía tan miserable como muchos otros y como si nunca hubiese pasado en él una cosa extraordinaria» (Uhle, 1922b, p. 111).

Uhle, en una nota de pie de página dice «Debo la mayor parte de las notas antecedentes al señor Eloy Dávila, quien ha participado en varias de estas campañas de huaquería» (Uhle, 1922a, p. 112).

En otra nota al final del artículo, afirma:

Al periodo de Tiahuanaco ha de atribuirse una parte de las sepulturas ricas de Chordeleg, por una placa de oro y un aparato de juego, de chonta y vestido de plata, ambos originarios del periodo Tiahuanaco, reproducidos de Chordeleg por el señor González Suárez, en su estudio histórico sobre los Cañaris. (Uhle 1922b, p. 112)

En contraste en la libreta de campo anota:

Las culturas de los pozos de oro, sin duda han sido varias, como una prueba la plancha de oro de Tiahuanaco reproducidos por González Suárez, el contador también, etc. En San Antonio era evidente que pertenecía al último periodo conforme a los tiestos bien pintados diseminados en la superficie. Lo mismo habrá sucedido en parte en Chordeleg, en Sigsig, etc. (Uhle 1921-1922, p. 39).

La larga descripción sobre las tumbas de pozos fue tomada antes del 14 de diciembre de 1921, poco antes de su viaje a Narrío. La libreta de campo, en ese sentido nos muestra un Uhle que toma notas directamente de un huaquero que le permite eventualmente producir el texto de su artículo sin mayor correlación de la información. Pero es a través de estos personajes que Uhle, logra avanzar con su trabajo.

La libreta de campo no nos indica exactamente cómo se enteró sobre la huaquería de Cerro Narrío. Lo que sí es claro es que él se encontraba en Cuenca. Inmediatamente Uhle escribe varios borradores de telégrafo entre el 1 y el 16 enero de 1922 que envió, de los cuales unos fueron publicados con las respuestas de Jijón y el Gobernador de Azoguez en una sección de documentos y comunicaciones de la Academia Nacional de Historia (1922, p. 151-152). (ver Anexo 1). Lo único concreto que Uhle escribe sobre la huaquería de Cerro Narrío son notas que parecen haber sido escritas en el mismo sitio debido a lo resumido de las ideas y la ilegibilidad de la letra:

Todo el cerro repartido en lotes, 200x100 m sobre pampa c. de 50 m. más de 400, capa superficial de tierra de 1 m. a 5 m. (cambia al alemán) la mitad 3 m. con tiestos de varias civilizaciones casi siempre mezcladas. Antes excavaciones de noche, ahora por influencia de agremiados ahora más orden, sociedades de 2 a más de 80, abogado y todos exigen sociedades. Esta recogió aprox. 650 soles como fondo y emplea peones. Las sociedades tienen tesoreros y jefes (Uhle, 1921-1922, pp. 57-58).

El corte del frente occidental de aprox. 60 m de largo y ancho, dio muchos hallazgos de oro y cobre (dorado). Toda la superficie de la tierra contenía tiestos de la civilización mas antigua, muchas pruebas en tiestos, herramientas de cobre

etc., ollas se hallaron muy pocas, pero finas, entre otras una fuente cuadrangular, perlas de jadeita etc. malaquitas trabajadas (Uhle, 1921-1922, pp. 58-59).

Estas notas breves sobre la huaquearía fueron redactadas en amplios textos que fueron incorporados en el artículo de Uhle (1922d) para la Sociedad Americanista de París y que también Collier & Murra (1943, pp. 35-36) reproducen para describir el sitio.

En esas mismas notas de campo hay observaciones que sorprenden como es el caso de una descripción sobre la política y corrupción local de Cañar:

Hoy quiero irme a la hacienda del Dr. Arias, media legua de acá, para conseguir de su mayordomo la nariguera artística para fotografiarla. Explico que la tenía en el pueblo y estaba dispuesto en acompañarme. Una vez habíamos llegado nos hizo ir al hotel para esperarlo pero no volvió. Mas bien le aseguro a Cesar Martinez que yo le había indicado un valor de 60 soles para un cuenco de alabastro. Esto no era cierto. No habíamos hablado sobre el cuenco cuyo valor había tazado antes en no mas de 8 soles.

Julio Correa no me mostró sus cosas (Dos maceteros, etc., dijo que quería llevarlos como regalo para B. Castro [gobernador de la provincia] a Cuenca. Por asegurar su puesto que se encontraba en peligro. Después de quitarles estas cosas a los que lo encontraron). Dr. Padron le quito las cosas de oro a su sirviente que este había encontrado, después las regalo al gobernador (por supuesto para guardar su escribanía). Estos días el gobernador le regalo a la hija del presidente Tamayo, (por supuesto también como regalo por haber obtenido el puesto de Gobernador) (Uhle 1921-1922, pp. 82-83).

La libreta de campo nos ayuda a ver un Uhle, con frustraciones frente a lo que ocurría, en particular frente a las dificultades que tenía para conseguir artefactos con el fin de incluirlos en la colección de Jijón y Caamaño. En una de sus notas describe su rabia y esgrime con odio su situación frente a los locales, que bien reflejan la distancia entre el arqueólogo y los pobladores locales (figura 3). Hay que recordar que la comparación que Uhle hace con respecto a Bolivia, se debe a la frustración que tenía con respecto a las ruinas de Tiahuanaco: cuando llegó al sitio por primera vez halló que estas eran un área de práctica militar de tiro; luego, encontró solo obstrucciones burocráticas que le impidieron realizar excavaciones (Loza 2004, pp. 147-173).

DE LOS RESULTADOS DEL TRABAJO TIPOLÓGICO Y CRONOLÓGICO DE CERRO NARRÍO O LA CIVILIZACIÓN CHAULLABAMBA AL COMERCIO INTRA- E INTERREGIONAL

La investigación de Uhle se concentraba principalmente en las tipologías de cerámicas y comparaciones de colecciones privadas obtenidas por la huaquería sin ninguna relación estratigráfica. Él mismo usó técnicas similares debido a la presión de los museos que lo financiaron y lo empujaron a tener cuadrillas de obreros huaqueando

para así obtener grandes colecciones de artefactos arqueológicos. Esta actividad fue acompañada también del uso de técnicas de excavación estratigráfica como lo demostró en su trabajo del conchero de Emeryville en la bahía de San Francisco (Uhle, 1907). Los análisis cerámicos, en particular los artefactos de *Spondylus*, jadeita, perlas, sellos cilíndricos, brazaletes de cerámica, figurinas hechas de *Strombus*, y cuentas de collar de Cerro Narrío con respecto a los «excavados» por él en el sitio de Chaullabamba, le permitieron proponer la existencia de la «Civilización Chaullabamba», la cual ha venido gradualmente siendo aceptada para referirse al complejo del Formativo Tardío ecuatoriano entre la región de Alausí y Loja. Sin embargo, en las notas del diario de campo, nunca menciona la civilización Chaullabamba, sino que se refiere a la civilización Carmen, también al sitio Huancarcuchu y Challuabamba (Uhle, 1921-1922, p. 10). Más tarde hace un ligero comentario, como nota, el 12 de Diciembre de 1921: «la cultura Challuabamba se puede definir con buenos fragmentos» (Uhle, 1921-1922, p. 28). Lo cierto es que solo con la publicación de su artículo, Uhle terminó definiendo las características cerámicas de esta cultura (Jijón y Caamaño 1930, Tellenbach 1995, 1998) Curiosamente siempre mantuvo que los indígenas cañaris eran los descendientes de esta «civilización», postura que ha seguido siendo mantenida por la investigación arqueológica posterior (Collier & Murra, 1943, p. 85).

Después de la descripción de artefactos que caracterizan el complejo Chaullabamba, fue posible entender de mejor manera Cerro Narrío gracias a las excavaciones hechas por Donald Collier y John Murra in 1941, quienes, con apoyo del Field Museum of Chicago adelantaron un reconocimiento de las tierras altas de sur del Ecuador y donde en tres meses lograron excavar varias cuadrículas en el sitio. Ellos encontraron también cuadrillas de huaqueros y advierten la cantidad de fragmentos cerámicos en la superficie del sitio.

La colina mostraba los efectos de estos trabajos. Una alfombra crujiente de tiestos rojos sobre leonado [Red-on-Buff] cubrían los francos inferiores y la plataforma superior. Grandes hoyos y bostezantes cavernas llenas hasta la mitad con viento y agua se encontraban en todas partes y en ciertos lugares los contornos de la colina habían sido considerablemente alterados (Collier & Murra 1943, p. 36).

Sin embargo, lograron excavar dieciséis unidades que le permitieron obtener información relevante sobre los estilos cerámicos, pisos de vivienda, alineamientos de estructuras de piedra y dos períodos de ocupación que corroboran la propuesta inicial de Uhle. Collier y Murra encontraron evidencia de algunas estructuras de vivienda y propusieron que se trataba de una aldea pequeña de la ocupación de Cerro Narrío.

Los análisis cerámicos de Uhle, y posteriormente de Collier y Murra han seguido atrayendo estudiosos del formativo del Ecuador. Es el caso de los continuos estudios de las colecciones depositadas en el Field Museum como lo hizo Robert Braun (1982) donde analizó uno de los cortes con 27 niveles arbitrarios (IN 15 y 16 de Cerro

Figura 3. Extracto del libro de notas de campo n.º131, página 84. La transcripción del texto dice lo siguiente: «La gente de Cañar es la más mentirosa que conozco, más mentirosa que los bolivianos. Los bolivianos mientan por interés, los Cañares en forma completamente desequilibrada, sin interés, sin método, sin objeto ninguno. No se les puede creer en la mínima cosa, especialmente al vulgo. Pero hay también entre la gente, que miente, no se sabe, si por gusto, o por cualquier otra cosa, sin consideración si perjudican los intereses del otro muy severamente. En el negocio hay que creer a la gente común ni la mínima cosa, son perfectos tramposos, ni parece que conocen el valor de la verdad ¡Cuanto trabajo habrá tenido el Inca con esta gente tratándola!» (Legado Uhle, Instituto Ibero-Americano, Berlín).

La gente de Cañar es la más (84)
mentirosa que conozco, más mentirosos
que los bolivianos. Los bolivianos
mientan por interés, los Cañares
en forma completamente desequi-
lbrada, sin interés, sin método, sin
objeto ninguno. No se les pueda creer
en la mínima cosa, especialmente
al vulgo. Pero hay también entre la
gente, que miente, no se sabe, si
por gusto, o por cualquier otra cosa,
sin consideración si perjudican los
intereses del otro muy severamente.
En el negocio hay que creer a la
gente común ni la mínima cosa,
son perfectos tramposos, ni parece
que conocen el valor de la verdad
¡Cuanto trabajo habrá tenido el Inca
con esta gente tratándola!

Vene Repartición de cargas:

1	89	6	60	5	77	3	58
2	83	7	60	8	64	4	54
12.	58	10	40	} soborno iddo 85			
11.	34	9	43				
cab.	25						

Narrío con la Zanja 1 del sitio de Shillu). Su objetivo era refutar otra tesis difusionista propuesta por Meggers sobre el origen transpacífico de la cerámica Valdivia, específicamente relacionada con el Japón. Braun concluyó que la ocupación temprana de Cerro Narrío se inició al mismo tiempo que la Cultura Valdivia en la región costera del Ecuador, hace unos 5.000 años, y su origen se puede trazar posiblemente a una conexión transandina y amazónica (ver Lathrap *et al.*, 1975). Otros, más recientemente han disputado con fuertes argumentos que la cerámica de Cerro Narrío se alinea mejor con otros períodos tardíos (Bruhns, 1989; 2003; Bruhns *et al.*, 1990). Especialmente el trabajo de Karen Bruhns ha puesto con claridad la situación de Cerro Narrío: «La cerámica de Cerro Narrío es idéntica o se relaciona de manera cercana a los de Pirincay». (Bruhns, 2003, p. 130). Ella ha

confirmado observaciones hechas previamente sobre la posición de Cerro Narrío en el Formativo Tardío gracias a la secuencia de fechas de radiocarbono en depósitos estratificados: lo sitúa hacia el 1400 a. C.⁷.

Gracias a las recientes excavaciones adelantadas en los dos últimos años (2007-2008) por J. Scott Raymond y Florencio Delgado, se ha logrado obtener material estratificado que fue observado en el año 2002 cuando los servicios públicos construyeron profundas trincheras en la parte baja del sitio. En esa ocasión, Raymond y Oyuela-Caycedo, notaron la existencia de rasgos, fogones y una compleja estratigrafía (figura 4 y 5), que dio base para que Raymond iniciara un nuevo proyecto en el sitio y que permite confirmar la posición cronológica en el Formativo Tardío. Igualmente ha permitido la recuperación de materiales orgánicos (fauna y flora)

⁷ Fechas de C¹⁴. Collier y Murra excavó antes de que las técnicas de radiocarbono se implementasen. Dos fechados de radiocarbono fueron obtenidos del lugar en el decenio de 1970: 1. muestra BM-897, presentada por Elizabeth Carmichael como parte de su investigación del valle de Jubones, con un fechado de 3928 ± 60 BP (Burleigh *et al.*, 1977, p. 149). Otra muestra BM-909 presentada por Warwick Bray de un contexto diferente y presumiblemente más tardío con una asociación de cerámica gruesa, arrojó un fechado de 904 ± 59 BP (Burleigh & Hewson, 1979, p. 347). Ambas fechas son vistas con sospecha, por no contar con asociaciones claras.

que nos darán luz sobre aspectos previamente ignorados por proyectos anteriores. Este trabajo termina con la disputa de más de 80 años sobre la edad del sitio después del trabajo de Uhle.

La investigación reciente en Challuabamba (Grieder *et al.*, 2008), termina aclarando aspectos relacionados con la cerámica, aunque nos falta entender aún preguntas fundamentales sobre las prácticas agrícolas, urbanismo y

patrones demográficos. En un contexto más amplio del sur del Ecuador y norte del Perú se ha logrado confirmar la importancia de las variaciones regionales y relaciones culturales gracias a los trabajos en Putushío en el valle seco del río León, afluente superior del río Jubones (Temme, 1999), Catamayo (Guffroy, 1989; 2008; Guffroy *et al.*, 1987), y Santa Ana-La Florida (Valdez, 2005; 2008). Estas similitudes son las que han dado paso a considerar



Figura 4. Trincheras de servicios públicos que cortan la parte baja de Cerro Narrío. Fotografía de Augusto Oyuela-Caycedo, 2002.



Figura 5. Detalle de rasgo en perfil. Fotografía de Augusto Oyuela-Caycedo, 2002.

Warwick Bray de un contexto diferente y presumiblemente más tardío con una asociación de cerámica gruesa, arrojó un fechado de 904 ± 59 BP (Burleigh & Hewson, 1979, p. 347). Ambas fechas son vistas con sospecha, por no contar con asociaciones claras.

la importancia de Cerro Narrío en el contexto de redes de comercio del Formativo Tardío, que discutiremos más adelante. Solo para terminar esta parte hay que mencionar una observación sobre la fauna que hizo Uhle y que es relevante hoy en día (1922, p. 234): había notado la abundancia de restos de venado y de su uso como artefactos, pero resalta la ausencia de restos de llama. Igualmente lo confirmó Donald Collier a Bruhns en comunicación personal: principalmente los restos dominantes correspondían a cérvidos de venado de cola blanca (Bruhns, 2003, p. 156). Los trabajos en Pirincay han confirmado que la llama aparece solo alrededor del 300-400 a. C. y se vuelve dominante en el récord arqueológico (Miller & Gill, 1990). Igualmente, el trabajo de Stahl apunta en esta dirección con respecto a Challuabamba, aunque aparecen algunos animales exóticos de las tierras bajas en poca frecuencia (Stahl, 2005).

Los asentamientos del Formativo en las tierras altas del sur de Ecuador se localizaron estratégicamente en las zonas de las rutas comerciales que podrían ser fácilmente controladas (Bruhns, 2003, p. 160; Idrovo, 2000, p. 118; Shady, 1987, p. 460; Temme, 2000, p. 136); se argumenta que la expansión incaica al Ecuador, en particular al territorio cañari, obedecía al control de ese comercio, en particular el del *mullo*, eliminando los monopolios regionales (Rostworowski, 1970, p. 161; Hocquenghem, 1993, p. 709). El empujando cerro de Narrío se levanta aproximadamente 100 metros sobre el nivel del amplio valle del Cañar y es visible desde larga distancia. La localización estratégica ha llevado a especular que al menos algunos sitios de la zona sirvieron como centros ceremoniales, de administradores de una red de comercio. Como se anotó, cierta semejanza se observa en los ensamblajes de la cerámica en las tierras altas del sur del Formativo Tardío con respecto a Cerro Narrío (por ejemplo, Arellano, 2000, pp. 163, 165, 169; Bennett, 1946, p. 19; Bruhns, 1989, p. 58; Bruhns *et al.*, 1990, p. 226; Temme, 2000, p. 128). También han comentado los investigadores sobre la manera en que áreas ecológicas próximas y marcadamente diferentes están firmemente interconectadas con las tierras bajas de los Andes (por ejemplo, Richardson *et al.*, 1990, p. 436; Shady, 1987, p. 459; 1992, p. 343). Se destaca la importante presencia de productos «extranjeros» en ensamblajes recuperados: estos incluyen cerámica chorrera de la costa (por ejemplo, Arellano, 2000, p. 168; Bruhns, 1989, p. 63; Bruhns *et al.*, 1990, p. 230; Grieder *et al.*, 2002, p. 163). De hecho, Collier y Murra (1943, p. 84) cree inicialmente que Cerro Narrío con la cerámica «Grupo X» puede haber sido la derivada de las zonas costeras. Igualmente se argumenta que mercancías del norte del Perú en el Formativo Tardío se encuentran en los sitios: Pirincay materiales chavinoides derivados de Cerro de Ñañañique (Bruhns *et al.*, 1990, p. 229); piezas de finales de Cupisnique en Challuabamba (Arellano, 2000, pp. 149-150; Gomis, 2000, Hocquenghem *et al.*, 1993, p. 456; Grieder *et al.*, 2002, p. 163), y cerámicas similares a las de Bagua, tanto en Pirincay (Bruhns 2003, p. 167) como en Challuabamba (Grieder *et al.*, 2002,

p. 163). También se observan similitudes entre la tradición bagua y Cerro Narrío (Shady, 1987, p. 480). En el Ecuador, se plantea una conexión con la cercana cuenca amazónica. Collier y Murra (1943, p. 25) observaron en primer lugar que la cerámica roja incisa en bandas es similar a la proveniente de la zona de Macas en las colecciones en Alausí. Posteriormente, esta observación se ha confirmado en otros sitios formativos de las tierras altas (por ejemplo, Arellano, 2000, p. 168; Bruhns *et al.*, 1990, p. 230; 1994; Rostoker, 1998; Valdez *et al.*, 2005; Valdez, 2008).

Sin duda, muchos conjuntos arqueológicos sugieren un marcado grado de especialización pero se reconoce un foco principal de comercio que involucra el movimiento de materiales marinos de la costa a las tierras altas y más allá. En muchos sitios se ha recuperado materias primas importadas y artefactos derivados (Bruhns, 1989, p. 63; 2003, pp. 143, 158, 161; Bruhns *et al.*, 1990, p. 231; Collier & Murra, 1943, p. 69; Gomis, 2000, pp. 146-147; Guffroy, 1989, p. 120; Guffroy *et al.*, 1987, p. 193; Hocquenghem *et al.*, 1993, p. 454; Rehren & Temme, 1992, p. 269; Stahl, 2005). Varias rocas y piedras semipreciosas de la costa, el sur y las tierras altas del norte se encuentran en contextos que indican haber sido importantes (Arellano, 1994, p. 120; Bruhns, 1989, p. 66; Bruhns *et al.*, 1990, p. 23; Guffroy, 1989, p. 120; Hocquenghem *et al.*, 1993, p. 454, Hocquenghem, en prensa). Fue significativo también el trabajo de los metales, especialmente del oro. Su presencia provocó inicialmente un pequeño «Klondike» de 1922 en Cerro Narrío (Collier & Murra, 1943, p. 69), aunque Uhle nos aclara que no se encontraron más de dos libras de cobre dorado (Uhle, 1922d, p. 243). Putushío sirvió de centro de procesamiento de oro desde el Formativo Tardío, ya que está situado en un entorno ideal para la fusión con el acceso a fuentes de oro local y de la Amazonía (Rehren & Temme, 1992).

El comercio de larga distancia se manifiesta en la circulación de animales prehispánicos y productos derivados en los Andes ecuatoriales y del Perú (Stahl, 2003; 2004; 2005), también se emplearon antiguas vías terrestres y la costa marina para el traslado de *Spondylus*. Se ha argumentado que las primeras rutas comerciales terrestres fueron inicialmente por la Cordillera de Mullupungo (*Spondylus* puerta/puerto) a través del río Jubones, donde grupos del altiplano sur de Ecuador transformaban las materias primas para ser comercializadas en el norte de Perú (Hocquenghem, 1993; 2008). Del sur provienen animales domesticados, incluyendo el *cuy* (*Cavia porcellus*); los camélidos (*Lama* spp.), que se encuentran en el registro arqueológico a partir del primer milenio a. C. en Putushío, Pirincay, y Loma Pucará, planteándose así, contactos de larga distancia del Formativo Tardío con los grupos de Perú (Arellano, 1994, p. 118; Bruhns, 2003, p. 156; Guffroy *et al.*, 1987, p. 110; Miller & Gill, 1990; Sánchez, 1997, pp. 86-87; Stahl, 2003). A pesar de que Collier y Murra (1943, p. 68) mencionan la presencia de la llama en los niveles superiores de Cerro Narrío, esta es objeto de controversia (Bruhns, 2003, p.

156). De todos modos parece claro que el movimiento de animales entre las distintas zonas ecológicas es muy antiguo. En Challuabamba, taxones adquiridos a nivel local fueron depositados junto a los depósitos marinos—incluidos los *Spondylus*—, bagre de mar, cocodrilos, y especies de las tierras bajas como son el agutí (la paca), y el pecarí, en contextos no anteriores al 1400 cal a. C. (Stahl, 2005).

COMENTARIO FINAL: CERRO NARRÍO Y LOS CAÑARIS

Cerro Narrío no es cualquier sitio en el paisaje del valle de Cañar. Claramente, como Bastian lo describía, se caracteriza por su forma artificialmente modificada y estructuras en el sitio de Hatun Cañar —¿nuevo o bajo?—, que está relacionado con Inga-Pirca por ser Hatun Cañar —¿viejo o alto?. La forma del sitio es de una pirámide en cruz, y el hecho de que su forma natural fuese modificada en grandes terrazas, lo hace único en el contexto del valle de Cañar. Más de un siglo de hua-

quería ha hecho casi imposible determinar la naturaleza de estas terrazas; sin embargo, las recientes excavaciones de Florencio Delgado y Scott Raymond han permitido encontrar remanentes de la superficie original de estas plataformas que tenían una superficie o revestimiento de arcilla blanca, parecido al yeso (Raymond, J. S., comunicación personal 2009). Cerro Narrío era un punto referencial importante y lo sigue siendo hoy en día para las comunidades indígenas cañari al igual que la zona donde los incas construyeron Inga-Pirca sobre terrazas que originariamente fueron un centro importante de los cañaris (Fresco, 1983). Aquí los incas construyeron encima un templo —de forma poco usual relacionada con la arquitectura cañari— e hicieron de este un centro administrativo secundario después de la derrota de los lugareños por los ejércitos de Topa Inca que terminó con la captura los tres señores cañaris: Písar Capac, Cañar Capar, y Chica Capac (Julien, 2000, p. 137).

Las secuencias cerámicas reconocidas de la región de Cañar muestran una continuidad con el presente,



Figura 6. Vista general de limpieza de la ladera de Cerro Narrío. Nótese el recubrimiento de arcilla blanca. Fotografía de Scott Raymond.

lo que hoy en día se conoce como la población indígena Cañari. Existe una breve incursión en la secuencia marcada por la presencia de cerámica incaica y la construcción de sitios con arquitectura incaica (Collier & Murra, 1943, p. 85; ver Bray, 2008).

Una de las estructuras cosmológicas de los cañaris que sorprende por su resiliencia⁸, se refiere al origen mítico y la relación con los cerros que se encuentra en la crónica de Cristóbal de Molina [1576]. Esta

crónica nos revela en su estructura narrativa aspectos únicos que tienen como punto común la importancia de los cerros en el sistema básico de creencias de los cañari. Igualmente nos muestra la importancia de las relaciones de dependencia con grupos de las tierras bajas y relaciones matrimoniales hacia la Amazonía. La estructura básica de este mito (ver el mito en el Anexo 2), nos deja ver en su componente temporal varias etapas:

Pre-Diluvio	Diluvio	Tiempo transición	Tiempo cañari
Gente cañari Vida en el valle	Dstrucción del mundo (¿mega Niño?) Dos hermanos sobreviven	Recolección de raíces y pastos (yerbas) Hogar en el cerro	Agricultura con semillas introducidas de las tierras bajas Hogar en el cerro y cultivo del valle

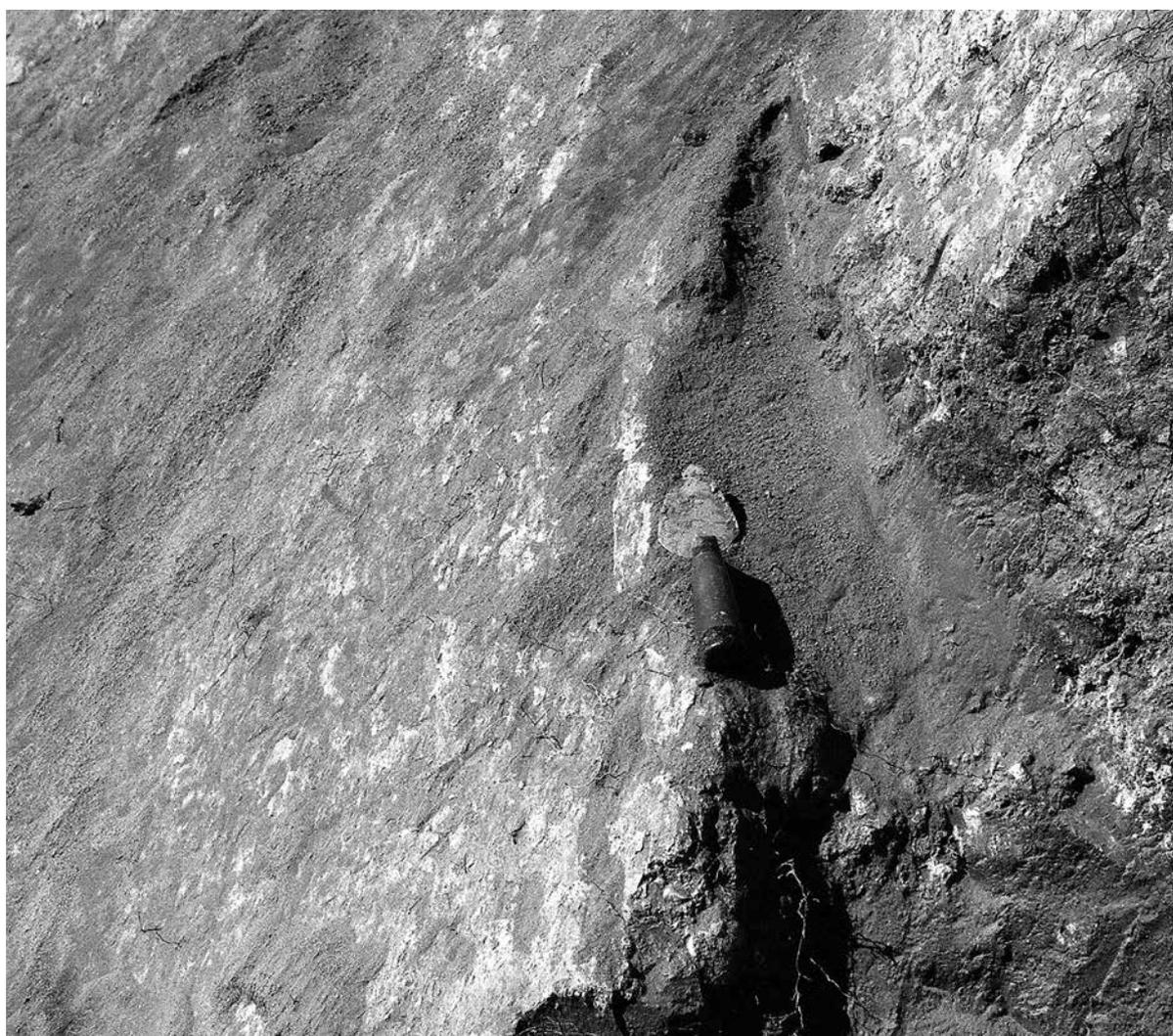


Figura 7. Detalle de la capa usada como recubrimiento en la ladera de las terrazas. Fotografía de Scott Raymond.

⁸ Las similitudes de los sistemas de creencias cañaris con los incaicos son observadas por Julien (2000, p. 287), pero también se puede argumentar que este sistema dual está muy presente en la misma Amazonía, como por ejemplo, en los Ticuna hoy en día (Oyuela-Caycedo y Vieco, 1999).

En cuanto a su componente espacial, se puede ilustrar el cerro como «axis mundi», zona del hogar donde llega la comida, donde se reproducen los cañaris, donde se unen las tierras bajas con las tierras altas, donde se pasa de la trashumancia de la recolección a la agricultura de plantas traídas por las mujeres de las tierras bajas, en particular la chicha, donde se hacen los rituales con las plumas de las guacamayas de las tierras bajas, donde se practica la exogamia matrimonial con la residencia patri-local. El cerro, por último, es donde están los ancestros (huacas) que son la base de la existencia de los cañaris. Esta interpretación se puede resumir con la figura 8.

Cerro Narrío tiene todas las características de ser un punto crítico de la topophilia (Tuan, 1974, p. 93) cosmográfica de las poblaciones humanas del valle de Cañar. Desde su ocupación inicial, hace más de tres milenios, hasta hoy en día, mantiene una relación vertical y espacial con respecto al valle, llegando a ser un punto de actividad ritual. No es casual que los dos sitios escogidos por los indígenas cañaris para sus rituales hoy en día son Inga-Pirca (Hatun Cañar viejo) y Cerro Narrío (Hatun Cañar nuevo). Sin embargo, los arqueólogos, desde González Suárez, Uhle, Collier y Murra, hasta estudiosos de hoy en día lamentablemente han ignorado lo que piensan las comunidades indígenas locales. Ya Salomon (1987), nos había mostrado lo productivo de entender la relación de los cañari con los sitios huaqueados. Hoy tenemos mejores posibilidades

de entender este sitio: solo si trabajamos de manera más cercana con las comunidades indígenas, se logrará avanzar sin tener que sacrificar la investigación científica por posiciones políticas, después de todo son sus territorios y espacios ancestrales. El diálogo con la arqueología podría ser muy enriquecedor para todos sin llegar a paternalismos falsos, y lograr así construir con conocimiento el perdido pasado histórico de esta región andina de manera exitosa (ver Colwell-Chanthaphonh & Ferguson, 2007).

En estos últimos tres años, los indígenas cañari de Cerro Narrío han practicado rituales de solsticio y el inicio del ciclo agrícola (ver Anexo 3). En los medios de comunicación se ha planteado que esto se debe al impedimento de celebrar sus rituales en el sitio arqueológico de Inga-Pirca. Sin embargo, si se examina el mito de origen y su estructura, se entienden las razones por las cuales se usa el sitio y nos da luces sobre su posible función en el pasado de manera sólida. Cerro Narrío, sigue siendo un sitio de discusión, no solo con respecto a la arqueología del formativo andino, sino de confrontación en la recreación de identidad, reclamo de derechos por parte de la población indígena local que se confronta con la población urbana de Cañar en la construcción de su futuro.

Para terminar, Uhle en las últimas páginas de su libreta de campo, incluye anotaciones en que se identifica con la obra filosófica del físico Hermann von Helmholtz (1821-1894)⁹:

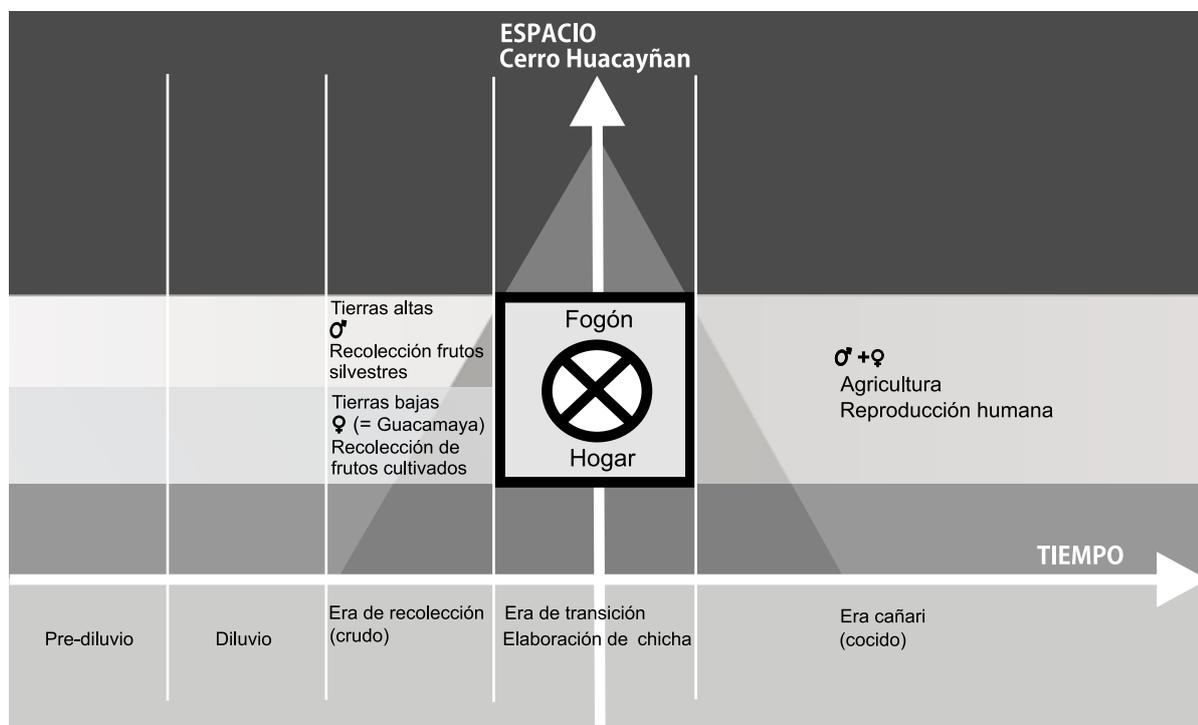


Figura 8. Esquema espacial del mito de origen cañari. Gráfico elaborado por Augusto Oyuela-Caycedo. Diseño elaborado por Ulrich Gebauer.

⁹ La cita proviene de las páginas 19 y 4 respectivamente del libro de Hermann von Helmholtz, *Vorträge und Reden*. F. Vieweg und Sohn, Braunschweig (1903), Uhle no citó la fuente en la libreta de campo. Esta se logró encontrar gracias al sistema de búsqueda de Google books.

el investigador ideal: «es uno donde el pensamiento total de la humanidad civilizada sigue vigente y se sigue desarrollando como un todo, contra lo cual la vida de un individuo parece poco, él se ve con pequeñas contribuciones en la construcción de la ciencia, en el servicio de una causa eterna y sagrada a la cual se siente atado por el lazo del amor y por lo tanto su trabajo mismo se sacraliza».

la construcción creciente del levantar la ciencia y el arte es una meta común de todos que se ejecuta con el trabajo de todos para el beneficio común de todos, es una obra

grande y sagrada. (Original en alemán. Uhle, 1921-1922, p. 95).

AGRADECIMIENTOS

Queremos expresar nuestro agradecimiento a Gregor Wolff y Peter Masson del Instituto Ibero-Americano de Berlín por facilitar el acceso a los diarios de campo de Max Uhle en varias ocasiones. Todas las traducciones del alemán al castellano fueron hechas por Manuela Fischer, a quien le agradecemos su enorme ayuda y a quien debemos la existencia de este artículo.

ANEXOS

Anexo 1. Telegramas con respecto a Cerro Narrío extraídos del diario de campo y de la Academia de Historia del Ecuador.

1. Jefe Político Cañar... Descubrimientos de tesoros y objetos arqueológicos en Nario de Rosaspampa han llamado la atención sobre todo de las sociedades históricas. En su representación marcha a esa villa Doctor Max Uhle. Recomiéndole a usted debidamente por tratarse de interés científico de honra nacional procure que se manifiesten todos los objetos extraídos y se le facilite todas las labores de investigación por los medios legales. (Uhle, 1921-1922, p. 54).

2. Señor gobernador de la Provincia.

Max Uhle, ciudadano Alemán y representante de la Academia Nacional de Historia de Quito, a usted represento:

Tengo noticia de que en la Provincia de Cañar existen tesoros y objetos arqueológicos cuyo descubrimiento sería de gran interés científico y conveniente quizás para los establecimientos de instrucción pública, a los que está adscrita una cuota por concepto de hallazgo de dicho tesoros.

De conformidad con la ley respectiva solicito de usted la licencia del caso, para proceder a las excavaciones que tengo previstas.

Lo que espero que me concederá Usted, por ser conforme a justicia (Uhle, 1921-1922, p. 55).

Uhle, sale de Cuenca el 12 de Enero de 1922, de acuerdo a una nota y escribe otro borrador de telégrafo.

3. Castro (gobernador de la provincia de Azoguez)

... confundido última hora ... recomendación con atentos saludos, suplico, repítame sentido por telégrafo. Max Uhle» (Uhle, 1921-1922, p. 56)

4. Cerca de Villa Cañar descubrióse gran cementerio anterior a Incas. Pueblo entusiasmado incontenible e incontenible. Destruye casi todo. Mañana veré localidad dando mas detalles.

Uhle (Uhle, 1921-1922, p. 55)

5. Cementerio interesante, excavaciones no valen para solicitar tropas. Existiendo órdenes al respecto trataremos enrielar asunto pacíficamente con pueblo demasiado entusiasta. (Uhle, 1921-1922, p. 56)

6. Excavaciones siguen curso. Pueblo escarbando y difícil guardar directamente Interés científico. (Uhle, 1921-1922, p. 57).

7. Excavación enorme trabajan más de doscientos pido permiso hacer reunir todo para comprarlo («todo» está tachado) bajo protección del señor [«Cura» está tachado] Dr. [¿Juan? tachado] Muños, conocido por Mr. Polit. (Uhle, 1921-1922, p. 57).

El telegrama 4, reproducido exactamente igual, mientras que en el telegrama 7 le aumentó el número de personas a 400, fueron publicados como documentos y comunicaciones de la Academia Nacional de Historia. Ambos

fueron dirigidos a Jijón y Caamaño el 15 y 16 de enero de 1922 desde Cañar respectivamente (Academia Nacional de Historia, 1922, p. 151).

En la publicación de la Academia (Academia Nacional de Historia, 1922, pp. 151-152) hay copia de la respuesta del Gobernador de Azogues a Jijón Caamaño:

A. Telegrama de Azogues. Enero 15 de 1922.

Director Academia Nacional de Historia, Jijón Caamaño.

He impartido órdenes del caso autoridades vecino cantón Cañar para proteger cementerio prehistórico, a que alude su atento telegrama fecha de hoy. Gobernador.

También hay otro telegrama de Uhle a Jijón que sorprende y que no está en la libreta de notas:

B. Telegrama de Cañar- Enero 16 de 1922.

Jijón.

Excavación enorme, trabajan más de cuatrocientos, pido permiso hacer reunir todo para comprarlo bajo protección del presbítero doctor Muñoz, conocido por Monseñor Pólit. Sigue carta. Uhle.

La respuesta sorprende por su rapidez y apoyo por parte de Jijón y Caamaño ese mismo día:

C. Telegrama de Quito-Enero 16 de 1922.

Sr. Max Uhle. Cañar

He telegrafado Gobernador, quien contesta ofreciendo dictar providencias salvar cementerio. Puede comprar todos los objetos, puesto que será imposible impedir excavación por particulares, lo único a obtener es reglamento Gobernador, para que Ud. supervise con autoridad Policía excavaciones, de modo tomar notas y poder adquirir objetos. Saludo

(urgente) Jijón

Anexo 2. Mito del origen de los cañari.

En la provincia de Quito está una provincia llamada Cañaribamba, así llaman a los indios, «cañaris» por el apellido de la provincia, los cuales dicen que al tiempo del Diluvio en un cerro muy alto llamado Huacayñan, que está en aquella provincia, escaparon dos hermanos en él. Y dicen en la fábula que como iban las aguas creciendo, iba el cerro creciendo, de manera que no les pudieron empezar las aguas. Y que allí, después de acabado el Diluvio, y acabándose la comida que allí recogieron, salieron por los cerros y valles a buscar de comer, y que hicieron una muy pequeña casa en que se metieron, en donde se sustentaban de raíces y yerbas, pasando grandes trabajos y hambre. Y que un día habiendo ido a buscar de comer, cuando a su casilla volvieron, hallaron hecho de comer y para beber chicha, sin saber de dónde ni quién lo hubiese hecho ni allí traído. Y que esto les acaeció como diez días, al cambio de los cuales trataron, entre sí, querer ver y saber quien les hacía tanto bien en tiempo de tanta necesidad, y así el mayor de ellos acordó quedarse escondido, y vió que venían dos aves que llaman aguaque, por otro llaman torito, y en nuestra lengua las llamamos guacamayas. Venían vestidas como los canaris y (con) cabellos en las cabezas, atada la frente como ahora andan, y que llegadas a la choza, la mayor de ellas vió al indio escondido y que se quitó la iliclla que es el manto que ellas usan, y que empezó a hacer de comer de lo que traían. Y que como vió (el) que eran tan hermosas, y que tenían rostros de mujeres, salió del escondrijo y arremetió a ellas, las cuales como al indio vieron, con gran enojo se salieron y se fueron volando, sin hacer ni dejar este día que comiesen. Y venido que fue el hermano menor del campo, que había ido a buscar que comer, como no hallase cosa aderezada, como (en) los demás días solía hallar, pregunta la causa de ello a su hermano, el cual se la dijo; y sobre ello hubieron gran enojo: y así el hermano menor se determinó a quedarse escondido hasta ver si volvían.

Y al cabo de tres días volvieron (las) dos guacamayas, y empezaron a hacer de comer, y que como (él) viese tiempo oportuno para cogerlas, entró al tiempo que vió, que ya habían hecho de comer, arremetió a la puerta cerróla y cogiólas adentro; las cuales mostraron gran enojo, y así asíó a la menor; porque la mayor, mientras (él) tenía a la menor, se fue. Y con esta menor dicen tuvo acceso y cópula carnal; en la cual, en decurso de tiempo, tuvo seis hijos e hijas, con los cuales vivió en aquel cerro mucho tiempo, sustentándose de las semillas que sembraron, que dicen trajo la guacamaya; y que de estos hermanos y hermanas, hijos de esta guacamaya, que se repartieron por la provincia de Cañaribamba, dicen proceden todos los cañaris: y así tienen por huaca el cerro llamado Huacayñan y

en gran veneración a las guacamayas; y tienen en mucho las plumas de ellas para sus fiestas. Molina [1576] Loayza 1943, p. 15-16; Markham, R. [1873].

Anexo 3

Nota 1. Pugna aleja el Inti Raymi de la sede indígena de Ingapirca. Sandra Ochoa, redactora | CAÑAR, Cañar. El Universo, Guayaquil, Junio 17, 2006.

<http://archivo.eluniverso.com/2006/06/17/0001/12/EB5B644731FD497AABEA410383A9F238.aspx>

La fiesta del Inti Raymi cambió de escenario. Después de realizarse por 17 años consecutivos en el Complejo Arqueológico Ingapirca, ayer los bailes, danzas y rituales se efectuaron en el cerro Narrío, conocido como cementerio sagrado de los cañaris.

Desde septiembre del 2005, hay problemas entre los moradores de la parroquia Ingapirca y la administración del complejo, a la que se cuestiona por el mal manejo del sitio.

Para evitar contratiempos en la celebración del Inti Raymi o Fiesta del Sol, los organizadores decidieron llevarlo hasta Narrío. Allí, a 3.200 metros de altura y con un intenso frío, los chamanes realizaron la ceremonia para renovar las energías del pueblo Cañari.

Ofrendas y solicitudes se conjugan en Fiesta del Sol. Inti Raymi en las alturas.

Cada año los cañaris celebran esta fiesta, en la cual renuevan las energías del pueblo.

Cuando aún no se aparecían los primeros rayos de luz del amanecer, Taita Yacu o Padre Agua, arriba caminando con sus sandalias de cuero por el camino pedregoso que lleva al cerro Narrío, desde la cabecera cantonal de Cañar.

El intenso frío de la madrugada no inmutaba al chamán o médico aborigen, que debe presidir la ceremonia de renovación de energías del pueblo Cañari y con ello pedir permiso a Pachacámac o Padre Creador para celebrar el Inti Raymi o Fiesta del Sol.

Mientras, Taita Yacu asciende, hasta llegar a los 3.200 metros sobre el nivel del mar y coronar la cumbre del cerro que se lo conoce como cementerio sagrado de los ancestros cañaris, el viento golpea más fuerte sobre su piel.

Pero la gorra, poncho y pantalón de lana de borrego cubren al médico, quien al llegar a la cumbre busca una pequeña hondonada, allí se sienta y espera a sus compañeros espirituales con quienes debe iniciar la ceremonia.

A las 05h30 empiezan a llegar los primeros fieles, devotos del rito de renovación de energías; buscan pequeñas ramas y raíces secas y las usan para encender una fogata, cuyo fuego apenas calienta las manos que están cerca a él.

Mama Michi Chuma, considerada una de las ancianas más sabias de los cañaris, arriba a la cumbre sin ninguna dificultad a las 06h00 y entonces en forma solemne se ofrece el fuego a Pachacámac.

Aunque el viento y el frío se tornan más intensos y la pequeña fogata se consume poco a poco, los chamanes inician los rituales con la escasa presencia de 20 personas.

Taita Yacu y Mama Michi repiten en lengua quichua, una serie de oraciones. Espontáneamente los presentes también se suman.

Luego de pedir por paz en el mundo, alivio a las enfermedades, iluminación a los gobernantes, salud y educación para las nuevas generaciones, los participantes se incorporan y con los chamanes de guías ponen sus palmas hacia el Este, luego al Oeste, después hacia el Norte y Sur y finalmente, hacia el cielo.

En cada estación agradecen a su creador por la vida y frotan las palmas por todo el cuerpo, deteniéndose en ciertas partes con la intención de llenar de energía aquellos puntos de dolencias.

Todos ponen sus frentes en el suelo para tomar finalmente de la Pachamámac o Madre Tierra, la energía que no podría generar vida sin los efectos de Taita Inti o Padre Sol, del cual toman la irradiación solar cada 21 de junio, día del solsticio y por el cual se celebra esta fiesta cada año.

Con esta ceremonia se inició una vez más la fiesta del Inti Raymi, que este año se realiza en el cerro Narrío.

La fiesta

Complejo

Durante los últimos 17 años la fiesta al dios del Sol se la ha realizado en el Complejo Arqueológico de Ingapirca, pero por conflictos administrativos que se mantienen en ese sitio desde septiembre del 2005, entre moradores de la parroquia Ingapirca y la administración del lugar.

Ofrendas

Decenas de personas llegan para ofrecer incienso y otras ofrendas al creador. Una de ellas es mamá Mercedes, una mujer que quiere agradecerle al dios del Sol por los favores que le ha concedido. Ella le llevó como ofrenda tabaco o Pachacámac.

Celebración

Varias mujeres cañaris esperaron durante algunas horas en lo más alto del cerro Narrío o cementerio sagrado, para participar en la ceremonia de renovación de energías con la que los shamanes piden permiso para celebrar la fiesta del Inti Raymi o Fiesta del Sol.

Nota 2. Cañaris refundaron el cerro Narrío como un sitio sagrado. Por Sandra Ochoa, redactora, CAÑAR, Cañar. El Universo, Guayaquil, Ecuador. Junio 19 del 2006.

<http://archivo.eluniverso.com/2006/06/19/0001/12/439C4564573B4E139223F3BF9857A0F7.aspx>

A las 12h00 del pasado viernes y cuando el sol irradió directamente sobre la parte andina del continente, un grupo de chamanes o médicos brujos cañaris ofrecieron productos de la tierra a su Padre Sol o Taita Inti y colocaron en el mismo sitio la cruz del sur, uno de sus símbolos que representa el calendario andino para la producción y la fertilidad.

Ese símbolo fue una roca labrada a mano por Santiago Palchizaca, miembro de la comunidad, quien entregó la ofrenda a Inés Bravo y su esposo, Fray Sisalema, padrinos de la ceremonia, quienes colocaron el objeto en el centro del cerro.

«Aquí debemos colocarla, porque es el lugar exacto donde confluirán todas las comunidades cañaris que vengán del Norte, Sur, Este y Oeste», dijo el padrino. Mientras su esposa explicó que todos los sitios sagrados que existen en la provincia de Cañar deben ser recuperados.

«Refundar significa tomar posesión de los sitios en donde nuestros bisabuelos y abuelos celebraron sus ceremonias para tomar energías y agradecer por la vida a todos los elementos que la hacen posible: sol, agua, tierra y aire», dijo Palchizaca.

Mercedes Chuma, conocida como Mama Michi, fue la yachac que presidió el ritual, dentro del Inti Raymi o Fiesta del Sol, que este año tiene como sede el cerro Narrío y no el Castillo de Ingapirca, por problemas suscitados en septiembre del 2005, entre pobladores de la parroquia Ingapirca y la administración de ese complejo arqueológico.

La fiesta culminó ayer con la presencia de 52 grupos de las provincias Zamora, Loja, Bolívar, Tungurahua, Imbabura, Los Ríos y Esmeraldas, pero a diferencia de otros años, delegaciones de Colombia, Venezuela, Perú y Bolivia no asistieron.

Indígenas

Reinas

María Mayancela, Sara Ñusta o princesa del maíz; Patricia Cuzco, Ñusta o princesa del sol; y Margarita Guamán, Alpha Ñusta o princesa de la tierra, presidieron los actos culturales del Inti Raymi desde el viernes.

Seguridad

El festival de danza se inició el viernes pasado en la Plaza Cañari, al pie del cerro Narrío. Más de 30 policías vigilaron el ingreso para evitar congestión vehicular.

Nota 3. El “Taita carnaval” abre la fiesta del florecimiento de la etnia cañari en Ecuador Archivado en: cultura, sociedad, ecuador, carnaval. EFE. Actualizado 05-02-2008 00:48 CET.

http://www.soitu.es/soitu/2008/02/05/info/1202168930_891839.html

Quito.- El «Taita carnaval», un ser mítico de la etnia cañari que habita en la sierra sur de Ecuador, abrió hoy la fiesta del florecimiento agrícola en esa región, en una alegoría que revela el sincretismo cultural andino. El festejo recorre unos 15 kilómetros de la zona de Quilloac, que se asienta junto al cerro Narrío, uno de los emblemas sagrados de los cañari, indígenas que en la historia se han destacado por la resistencia a la conquista española.

El «Taita», padre en quechua, bajó de los montes andinos de la provincia de Cañar hasta la localidad de Tucaisa, donde empezó el desfile de los cañaris en agradecimiento al florecimiento agrícola y en recordación de la fiesta del carnaval impuesta en la conquista española.

El festejo recorre unos 15 kilómetros de la zona de Quilloac, que se asienta junto al cerro Narrío, uno de los emblemas sagrados de los cañari, indígenas que en la historia se han destacado por la resistencia a la conquista española. Es por ello que sus vecinos celebran el carnaval, pero con la idea de que esta fiesta se realiza para agradecer el verdor de los campos y el crecimiento de la siembra.

La fiesta, también llamada «Pawca Raimi» (fiesta de la flor) que invoca al Pachacama, Dios del Universo, y a la Mamapacha, la Madre Tierra, congregó hoy a cientos de indígenas y campesinos, algunos vestidos con zamarros, pantalones de cuero forrados de lana de borrego, y grandes sombreros de cuero de vaca.

Ellos son los «taitas carnavales», invitados a cada casa del sector para disfrutar de un frenesí de alimentos, chicha (bebida fermentada de maíz) y abundante licor.

El color de los vestidos de los cañaris, acompañado de los matices de los campos y montes, forman un fondo mágico para los comuneros, que se adornan también con globos y se empapan de espuma de carnaval, en una recogida de la cultura occidental.

Una chamán, Mercedes Chuma, en el cerro Narrío, conmemora el florecimiento con un rito ancestral, mientras los campesinos beben y danzan sin cesar.

El rito cañari también se reproduce en otras comunidades andinas de Ecuador en un festejo que irá hasta junio, en el «Inti Raimi», la fiesta del sol, que celebrará la cosecha.

FUENTES INÉDITAS

UHLE, M. (1921-1922). Libreta de campo n.º 131, N-0035 w 363, Ibero-Amerikanisches Institut, Preußischer Kulturbesitz, Berlin.

BIBLIOGRAFÍA

- ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA (1922). Documentos y Comunicaciones de la Academia. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, 4, 150-157.
- ARELLANO, A. J. (2000). Primeras evidencias del Formativo Tardío en la sierra central del Ecuador. En: Ledergerber-Crespo, P. (Ed.), *Formativo Sudamericano, Una Revaluación*, (pp. 160-175). Quito: Abya-Yala.
- BASTIAN, A. (1878). *Die Culturländer des Alten America. Ein Jahr auf Reisen. Kreuzfahrten zum Sammelbehuf auf transatlantischen Feldern der Ethnologie*, Vol. 1. Berlin: Weidmannsche Buchhandlung.
- BENNETT, W. C. (1946). *Excavations in the Cuenca Region, Ecuador*. Yale University Publications in Anthropology, 35.
- BRASSEUR DE BOURBOURG, Ch. E. (1858). *Histoire des nations civilisées du Mexique et de l'Amérique-Centrale*. vol. 2. Comprenant l'histoire de l'Yucatan et du Guatemala. Paris : Arthus Bertrand.
- BRAUN, R. (1982). Nuevo análisis del Cerro Narrío. El Período Formativo visto desde el Sur Andino. En Collier, D.; J. V. Murra & L. Astudillo (trad.), *Reconocimiento y Excavaciones en el Sur Andino del Ecuador*. Anexo, (pp. 143-165). Cuenca: Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca.
- BRAY, T. (2008). Late Pre-Hispanic Chiefdoms of Highland Ecuador. En: Silverman, H. & W. H. Isbell (Eds.), *Handbook of South American Archaeology*, (pp. 527-543). New York: Springer.
- BRUHNS, K. O. (1989). Intercambio entre la Costa y la Sierra en el Formativo Tardío: Nuevas Evidencias del Azuay. En Bouchard, J. F. & M. Guinea (Eds.), *Relaciones Interculturales en el Área Ecuatorial del Pacífico Durante la Época Precolombina*, (pp. 57-74). Oxford: British Archaeological Reports, International Series 503.
- BRUHNS, K. O. (2003). Social and cultural development in the Ecuadorian highlands and eastern lowlands during the Formative. En Raymond, J. S. & R. L. Burger (Eds.), *Archaeology of Formative Ecuador*, (pp. 125-174). Washington, D.C: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- BRUHNS, K. O. (2007). Cerro Narrío, Pirincay y el Formativo Ecuatoriano. En Collier, D., J. Murra & B. Malo (trad.), *Reconocimiento y Excavaciones en el Sur del Ecuador*, apéndice D, (pp. 351-402). Cuenca: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- BRUHNS, K. O., J. H. BURTON & G. R. MILLER (1990). Excavations at Pirincay in the Paute Valley of Southern Ecuador, 1985-1988. *Antiquity*, 64, 221-233.
- BURLEIGH, R. & A. HEWSON (1979). British Museum natural radiocarbon measurements XI. *Radiocarbon*, 21, 339-352.
- BURLEIGH, R.; A. HEWSON & N. MEEKS (1977). British Museum natural radiocarbon measurements IX. *Radiocarbon*, 19, 143-160.
- CAPRILES FLORES, J. M. (2003). Arqueología e Identidad Étnica: El Caso de Bolivia. *Chungara*, 35, (2) 347-353.
- COLLIER, D. & J. V. MURRA (1943). *Survey and Excavations in Southern Ecuador*. Chicago: Field Museum of Natural History Anthropological Series, 35, Publication 528.
- COLWELL-CHANTHAPHONH, C. & T. J. FERGUSON (2007). *Collaboration in Archaeological Practice: Engaging Descendant Communities*. Lanham: Altamira Press.
- FISCHER, M. (2007). Adolf Bastian's Travels in the Americas (1875-1876). En Fischer, M.; P. Bolz & S. Kamel (Eds.), *Adolf Bastian and his Universal Archive of Humanity. The Origins of German Anthropology*, (pp. 191-206). Hildesheim: Georg Olms Verlag.
- FRESCO, A. (1983). Arquitectura de Ingapirca (Cañar-Ecuador). *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana*, 3, 195-212.
- GOMIS, D. (2000). La cerámica formativa tardía de la sierra austral del Ecuador. En Ledergerber-Crespo, P. (Ed.), *Formativo Sudamericano, Una Revaluación*, (pp. 139-153). Quito: Abya-Yala.
- GONZÁLEZ SUÁREZ, F. (1878). *Estudio Histórico sobre Los Cañaris Pobladores de la Antigua Provincia del Azuay en la Republica del Ecuador*. Quito: Imprenta del Clero, por José Guzman Almeida.
- GONZÁLEZ SUÁREZ, F. (1922). *Estudio Histórico sobre Los Cañaris Pobladores de la Antigua Provincia del Azuay*. Cuenca: Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca.
- GRIEDER, T., J. D. FARMER, A. CARRILLO & B. M. JONES (2002). Art and prestige among noble houses of the equatorial Andes. En Silverman, H. & W. H. Isbell (Eds.), *Andean Archaeology II, Landscape, and Society*, (pp. 157-177). New York: Kluwer Academic.
- GRIEDER T., J. D. FARMER, D. V. HILL, P. W. STAHL & D. H. UBELAKER (2009). *Art and Archaeology of Challuabamba, Ecuador*. Austin: University of Texas Press.
- GUFFROY, J. (1989). Las tradiciones culturales de Catamayo en el ámbito Formativo Andino. En: Moreno Yáñez, S. (Ed.), *Antropología del Ecuador: Memorias del Primer Simposio Europeo sobre Antropología del Ecuador*, (pp. 113-133). Quito: Abya Yala.
- GUFFROY, J. (2008). Cultural Boundaries and Crossings: Ecuador and Peru. En Silverman, H. & W. H. Isbell (Eds.), *Handbook of South American Archaeology*, (pp. 889-902). New York: Springer.
- GUFFROY, J., N. ALMEIDA, P. LECOQ, C. CAILLAVET, F. DUVERNEUIL, L. EMPERAIRE & B. B. ARNAUD (1987). *Loja Préhispanique. Recherches Archéologiques dans les Andes Meridionales de l'Equateur*. Editions Recherche sur les Civilisations Synthèse, 27. Paris : Institut Français d'Études Andines.
- HABU, J., C. FAWCETT & J. M. MATSUNAGA (Eds.) (2007). *Evaluating Multiple Narratives: Beyond Nationalist, Colonialist, Imperialist Archaeologies*. New York: Springer.
- HOCQUENGHEM, A. M. (1991). Frontera entre áreas culturales nor y centroandinas en los valles y costa del extremo norte peruano. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 20, (2), 309-348.
- HOCQUENGHEM, A. M. (1993). Rutas de entrada del mullu en el extremo norte del Perú. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 22, (2), 701-719.
- HOCQUENGHEM, A. M. (en prensa). Le Spondylus princeps et l'Age du Bronze dans les Andes centrales. *Baessler-Archiv*, 57.
- HOCQUENGHEM, A. M., J. IDROVO, P. KAULICKE & D. GOMIS (1993). Bases del Intercambio entre las Sociedades Norperuanas y Surecuatorianas: una Zona de Transición entre 1500 A.C. y 600 D.C. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 22, (1), 443-466.
- IDROVO, J. (2000). El Formativo en la sierra ecuatoriana. En Ledergerber-Crespo, P. (Ed.), *Formativo Sudamericano, Una Revaluación*, (pp. 114-123). Quito: Abya-Yala.
- IJÓN y CAAMAÑO, J. (1930). Una gran marea cultural en el noroeste de Sudamérica. *Journal de la Société des Américanistes*, 22, 107-197.

- JIJÓN y CAAMAÑO, J. (1951). Las Civilizaciones del Sur de Centro América y el Noroeste de Sud América. En Sol Tax (Ed.), *The Civilizations of Ancient America*, (pp. 195-200), Selected Papers of the XXXIXth International Congress of Americanists. Chicago: University of Chicago Press.
- LARREA, C. M. (1922). Introducción. En González Suárez, F., *Estudio Histórico sobre Los Cañaris Pobladores de la Antigua Provincia del Azuay*. Cuenca: Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca.
- LOZA, C. B. (2004). Itinerarios de Max Uhle en el Altiplano Boliviano. Sus libretas de expedición e historia cultural. *Indiana, Suplemento 15*.
- JUAN, J. y A. DE ULLOA (1748). *Relación Histórica del viaje a la América meridional hecho del orden de S. M.* Tomo I y II. Madrid: Antonio Marlin.
- JULIEN, C. (2000). *Reading Inca History*. Iowa City: University of Iowa Press.
- LATHRAP, D. W., D. COLLIER & H. CHANDRA (1975). *Ancient Ecuador: Culture, Clay, and Creativity*. Chicago: Field Museum.
- LOAYZA, F. (1943). *Las Crónicas de los Molinas*. Lima: Editorial de Domingo Miranda.
- MARCOS, J. G. (1998). Max Uhle y la arqueología del Ecuador: precursor, investigador y profesor. *Indiana, 15*, 197-215.
- MARCOS, J. G. & P. NORTON (Eds.) (1982). *Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericano*. Guayaquil: Escuela Superior Politécnica del Litoral.
- MARKHAM, R. ([1873] 2004). *Narratives of the Rites and Laws of the Incas*. Whitefish: Kessinger Publishing.
- MILLER, G. R. & A. L. GILL (1990). Zooarchaeology at Pirincay, a Formative Period Site in Highland Ecuador. *Journal of Field Archaeology, 17*, 49-68.
- MURRA, J. V. (1975). *Formaciones económicas y políticas de mundo andino*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- MURRA, J. V. (1982). El tráfico de mullu en la costa del Pacífico. En Marcos, J. G. & P. Norton (Eds.), *Primer Simposio de Correlaciones Antropológicas Andino-Mesoamericano*, (pp. 265-273). Guayaquil: Escuela Superior Politécnica del Litoral.
- OYUELA-CAYCEDO, A. (1994). Nationalism and Archaeology: A Theoretical Perspective. En Oyuela-Caycedo, A. (Ed.), *History of Latin American Archaeology*, (pp. 3-21). Aldershot, Hampshire: Worldwide Archaeology Series.
- OYUELA-CAYCEDO, A. & J. J. VIECO (1999). La organización social de los Ticuna del trapecio amazónico colombiano: una aproximación cuantitativa. *Revista Colombiana de Antropología, 35*, 146-179.
- RAYMOND, J. S. (2003). Formative Period Chronology for the Southern Highlands of Ecuador. Appendix D. En Raymond, J. S. & R. L. Burger (Eds.), *Archaeology of Formative Ecuador*, (pp. 547-551). Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collections.
- RAYMOND, J. S. & R. L. BURGER (2003). Introduction. En Raymond, J. S. & R. L. Burger (Eds.), *Archaeology of Formative Ecuador*, (pp. 1-6). Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collections.
- REHREN, T. & M. TEMME (1992). Pre-Columbian gold processing at Putushio, South Ecuador: The archaeometallurgical evidence. En Scott, D. A. & P. Meyers (Eds.), *Archaeometry of Pre-Columbian sites and artifacts*, (pp. 267-284). Los Angeles: Getty Conservation Institute.
- RICHARDSON, J. B.; M. A. MCCONAUGHY, A. HEAPS DE PEÑA & E. B. DÉCIMA ZAMECNIK (1990). The northern frontier of the kingdom of Chimor: the Piura, Chira, and Tumbes valleys. En Moseley, M. E. & A. Cordy-Collins (Eds.), *The northern dynasties: kingship and statecraft in Chimor*, (pp. 419-445). Washington, D.C.: Dumbarton Oaks, Trustees for Harvard University.
- ROSTOKER, A. R. (1998). Recuerdos de la Montaña Mágica, Revisitados. En Cárdenas-Arroyo, F. & T. L. Bray (Eds.), *Intercambio y Comercio entre Sierra, Selva, y Costa*, (pp. 154-162). Bogotá: Universidad de los Andes.
- ROSTWOROWSKI DE DIEZ CANSECO, M. (1970). Mercaderes del Valle de Chíncha en la época prehispánica: un documento y unos comentarios. *Revista Española de Antropología Americana, 5*, 135-184.
- ROWE, J. H. (1954). Max Uhle, 1856-1944. *A memoir of the father of Peruvian archaeology*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 46, (1).
- SÁNCHEZ, A. M. (1997). *Ecuador Aborigen*. Guayaquil: Arqueólogos Asociados, Escuela Superior Politécnica del Litoral.
- SALAZAR, E. (1995). *Entre Mitos y Fábulas, el Ecuador Aborigen*. Quito: Corporación Editorial Nacional.
- SALOMON, F. (1987). Ancestors, Grave Robbers, and the Possible Antecedents of Cañari «Inca-ism». *Etnologiska Studier, 38*, 207-232.
- SAVILLE, M. H. (1918) Federico González Suárez. *American Anthropologist, 20*, 318-321.
- SHADY, R. (1987). Tradición y cambio en las sociedades formativas de Bagua. *Revista Andina, 5*, 457-487.
- SHADY, R. (1992). Sociedades Formativas del nororiente Peruano. En Meggers, B. J. (Ed.), *Prehistoria Sudamericana*, (pp. 343-357). Washington, D.C.: Taraxacum.
- STAHL, P. W. (2003). Pre-Columbian Andean animal domesticates at the edge of empire. *World Archaeology, 34*, 470-483.
- STAHL, P. W. (2004). Neotropical zooarchaeology in Ecuador. En Mengoni Goñalons, G. L. (Ed.), *Zooarchaeology of South America*, (pp. 203-220). Oxford: International Series 1298, British Archaeological Reports.
- STAHL, P. W. (2005). Selective faunal provisioning in the southern highlands of Formative Ecuador. *Latin American Antiquity, 16*, (3), 313-328.
- STÜBEL, A., W. REISS, E. B. KOPFER & M. UHLE (1889). *Kultur und Industrie südamerikanischer Völker*. Tomo I y II. Berlin: Verlag von A. Asher & Co..
- TELLENBACH, M. (1995). Las relaciones entre Ecuador y Perú en el Formativo. En Guinea, M., J. F. Bouchard & J. Marcos (Eds.), *Cultura y medio ambiente en el área andina septentrional*, (pp. 279-321). Quito: Abya-Yala.
- TELLENBACH, M. (1998). Acerca de las investigaciones de Max Uhle sobre las culturas tempranas de Surecuador. *Indiana, 15*, 269-353.
- TEMME, M. (2000). El Formativo en Putushío – sierra sur del Ecuador. En Ledergerber-Crespo, P. (Ed.), *Formativo Sudamericano, Una Revaluación*, (pp. 124-138). Quito: Abya-Yala.
- TUAN, Y. F. (1974). *Topophilia: a Study of Environmental Perception, Attitudes and Values*. New York: Columbia University Press.
- UHLE, M. (1922a). Influencias Mayas en el Alto Ecuador. *Boletín de la Academia Nacional de Historia, 4*, 205-240.
- UHLE, M. (1922b). Sepulturas Ricas de Oro en la Provincia del Azuay. *Boletín de la Academia Nacional de Historia, 4*, 108-114.
- UHLE, M. (1922c). The Excavations at Cañar. *The Pan-American Magazine and New World Review, 34*, (4) 24-26.
- UHLE, M. (1922d). La huaca de Cañar. *Journal de la Société des Américanistes, 14*, 242-244.
- VALDEZ, F. (2008). Inter-zonal relationships in Ecuador. En Silverman, H. & W. H. Isbell (Eds.), *Handbook of South American Archaeology*, (pp. 865-888). New York: Springer.
- VALDEZ, F., J. GUFFROY, G. de SAULIEU, J. HURTADO & A. YEPES (2005). Découverte d'un site cérémoniel formatif sur le versant oriental des Andes. *C. R. Palevol, 4*, 369-374.
- ZARUMA QUIZHPILEMA, V. (1994). *Las fiestas religiosas del Hatun-Cañar, el Corpus Christi*. Quito: Abya-Yala.
- ZEIDLER, J. A. (2003). Formative period chronology for the coast and western lowlands of Ecuador. En Raymond, J. S. & R. L. Burger (Eds.), *Archaeology of Formative Ecuador*, (pp. 487-527). Washington, D.C.: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- ZEIDLER, J. A. (2008). The Ecuadorian Formative. En Silverman, H. & W. H. Isbell (Eds.), *Handbook of South American Archaeology*, (pp. 459-488). New York: Springer.

EL LEGADO MAX UHLE EN EL INSTITUTO IBERO-AMERICANO DE BERLÍN

Gregor Wolff¹

A una edad de más de setenta años y después de una exitosa vida científica que incluía la realización de diversos trabajos tanto arqueológicos como lingüísticos, antropológicos y museológicos, en Argentina y Bolivia (1892-1896), Perú (1896-1911), Chile (1912-1919) y Ecuador (1919-1933), Max Uhle (1856-1944) planeó el regreso a su natal Alemania, dada su problemática situación financiera. Al parecer, durante buena parte de su carrera científica le faltaron constantemente los fondos económicos suficientes para sufragar sus investigaciones. Dicha situación se presentó de manera constante durante su estancia en Bolivia, mientras laboraba para el Königliches Museum für Völkerkunde de Berlín (Rowe, 1954, p. 4). Esto se acentuó aún más cuando, trabajando sin contrato en Chile (1915-1919) y Ecuador (1924) (Höflein, 2001, 2002), donde perdió el apoyo de Jacinto Jijón y Caamaño, personaje del que había recibido ayuda monetaria durante un tiempo. Todavía de 1925 a 1933, Uhle trabajó para la Universidad Central de Quito y fue finalmente en 1933, a la edad de 73 años, que volvió a Alemania, donde recibió un cargo en el Instituto Ibero-Americano de Berlín (IAI). Toda la documentación de su viaje a Berlín (dos actas que contienen cartas oficiales, certificados, comentarios y correspondencia de diferentes instituciones estatales en relación con su traslado y el de su colección a Alemania, así como sobre su empleo en el IAI de Berlín) se encuentra en el archivo depositario de la Fundación del Patrimonio Cultural Prusiano² (Bankmann, 1995; 1998).

A su regreso a Berlín, Uhle no llevaba consigo solamente su biblioteca privada, la misma que incluía más de 1.000 libros y revistas, sino también su legado científico casi en su totalidad: cartas, libretas, dibujos, apuntes, planes arqueológicos, fotos, postales, documentos tanto personales como en general (escritos a mano, a máquina, en alemán, español e inglés), recortes de periódicos, cuentas, certificados y otros materiales. Todo esto se encuentra resguardado actualmente en el

Instituto Ibero-Americano de Berlín, de donde, durante la Segunda Guerra Mundial, se perdieron tres cajas de cuyo contenido no se tiene hasta ahora información. Solamente se sabe que en 1944 fueron trasladadas junto con otras cajas a Hohenlandin, un pueblo que se encuentra cerca de la frontera de Alemania y Polonia para salvarlas de los bombardeos. El edificio donde se guardaban las cajas se convirtió en un hospital del ejército ruso durante el avance de este a Berlín, por lo que se supone que finalmente, las cajas fueron quemadas o trasladadas a Rusia (Gliech, 2003; Wolff, 2004).

El legado de Max Uhle en Berlín fue analizado y organizado en partes por Gerdt Kutscher en los años cincuenta y sesenta, quien también transcribió algunos de los documentos con planes de publicarlos. Las libretas del científico fueron revisadas por Verena Liebscher (Liebscher, 1999) y Gernot Krause a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa, y el material lingüístico fue trabajado por Peter Masson (figura 1). Lo que faltaba hasta estas fechas era una catalogación del legado completo, sobre todo de la amplia colección de fotos y de la correspondencia.

Gracias a un proyecto financiado por la Asociación Alemana de Investigaciones Científicas (DFG), entre los años 2001 y 2003 se logró ordenar y catalogar el legado en su totalidad. Actualmente se puede tener acceso a él a través del catálogo online del IAI: <http://www.iaicat.de/>³.

Al término de dicho proyecto se lograron identificar los siguientes materiales:

- 157 documentos diversos
- 92 textos y borradores para sus ponencias y conferencias
- 175 libretas de apuntes
- 95 planos arqueológicos
- 2.153 cartas
- 4.989 fotos y 1.197 negativos
- 831 bocetos y dibujos

¹ Ibero-Amerikanisches Institut, Stiftung Preußischer Kulturbesitz, Berlin, Alemania.

² Geheimes Staatsarchiv (GStA), Berlin: GStA, I HA Rep 218 Ibero-Amerikanisches Institut, 248, GStA, I HA Rep 218 Ibero-Amerikanisches Institut, 249.

³ Se recomienda usar para la búsqueda las palabras claves "Nachlass", "Uhle" - "Legado Uhle".

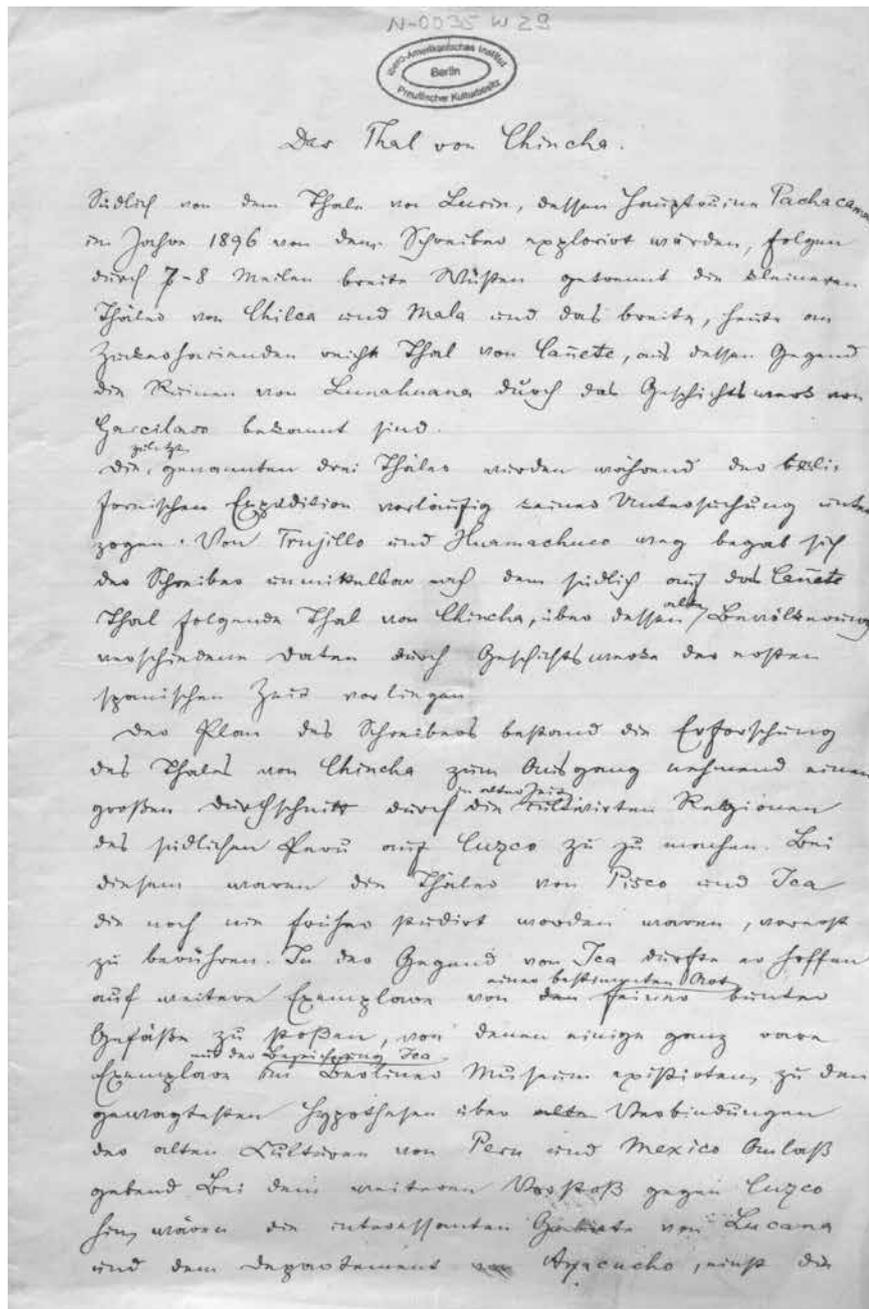


Figura 1. Primera página del manuscrito sobre el valle de Chincha ("Das Thal von Chincha"), Instituto-Iberoamericano (N-0035 w 29).

Materiales diversos, entre los que se encuentran más de 3.700 placas de vidrio

Durante el proyecto, a cargo de Norbert Knosalla y Marina Legler, se logró identificar materiales desconocidos, completar documentos y ordenar la amplia correspondencia de Uhle. Un problema que se presentó para la reconstrucción de dicha documentación fue que el propio científico cortaba partes de los documentos

para después colocarlos en otro orden, o bien usaba su reverso para escribir textos nuevos.

En la misma época, se logró saber que el Museo Etnológico de Berlín y la Universidad de Berkeley, California, así como otras instituciones alemanas e internacionales de las ciudades de Brunswick, Dresden, Gotinga, Leipzig, Halle, Hamburgo, Gotemburgo, Madrid, Philadelphia y de la propia Berlín⁴, también

⁴ Phoebe A. Hearst Museum of Anthropology (University of California, Berkeley), Bancroft Library (University of California, Berkeley), University of Pennsylvania (Philadelphia), Staatsbibliothek Berlin, Institut für Länderkunde Leipzig, Niedersächsische Staats- und Universitätsbibliothek Göttingen, Stadtarchiv Braunschweig, Museum für Völkerkunde Hamburg, Staatliche Museen für Völkerkunde Leipzig, Archivo de la Biblioteca General de Humanidades del CSIC.

guardan hasta la fecha parte del legado de Uhle. Se puede acceder a dicha información a través de la página web del IAI: <http://www.iai.spk-berlin.de/nachlass/uhle/index.htm>.

La mayoría de los documentos del legado que guarda el IAI están escritos a mano, en alemán o español, y algunos en inglés. En este último caso se trata de traducciones hechas por Charlotte Grosse (1856-1916), la esposa de Max Uhle⁵. Una buena parte de dichos manuscritos son inéditos o están editados solo en parte; entre ellos se encuentran, por ejemplo, los trabajos de investigación de Uhle realizados para la Universidad de California entre 1900-1905 en los sitios Moche, Marcahuamachuco, Chincha, Ica, Pueblo Nuevo, Pisco y Huaitará (figuras 1, 2; véase Anexo).

Los estudios hechos en esa época por el científico contienen información relevante para las investigaciones que se desarrollan hoy en día y permiten, asimismo, recontextualizar las piezas de colecciones arqueológicas de varios de los museos de Berlín, Berkeley, Gotemburgo, Lima, Philadelphia, Quito, Santiago y São Paulo (Rowe, 1954, p. 1; Fischer, 2001). Al mismo tiempo habría que

destacar los estudios lingüísticos sobre el aymara, uru, chipaya y quechua que realizó durante su estadía en Bolivia y Perú (Bayer, 2003), también de gran interés para investigaciones actuales (Rowe, 1954, p. 4; Masson & Krause, 1999), de los cuales solo una parte del estudio sobre el aymara ha sido publicada. Cabe asimismo mencionar que la tesis doctoral de Uhle, realizada en 1880, trata un tema de la lingüística china.

Las 175 libretas de apuntes contienen información muy variada. Se ha encontrado en ellas diversas anotaciones acerca de impresiones de viaje, trabajos de campo, bosquejos, borradores de cartas, resúmenes de cuentas y referencias bibliográficas, así como datos sobre gastos de comida, correo o transporte. En total es un fondo muy valioso que contiene información sobre trabajos arqueológicos y apuntes lingüísticos, y que también incluye material antropológico, histórico y biográfico —apuntes, comentarios personales, y borradores de cartas para su familia—. Dichos apuntes, escritos a mano en el alemán de la época de Uhle —lo que a veces hace difícil su lectura—, permiten tener una visión cronológica de los trabajos del científico que

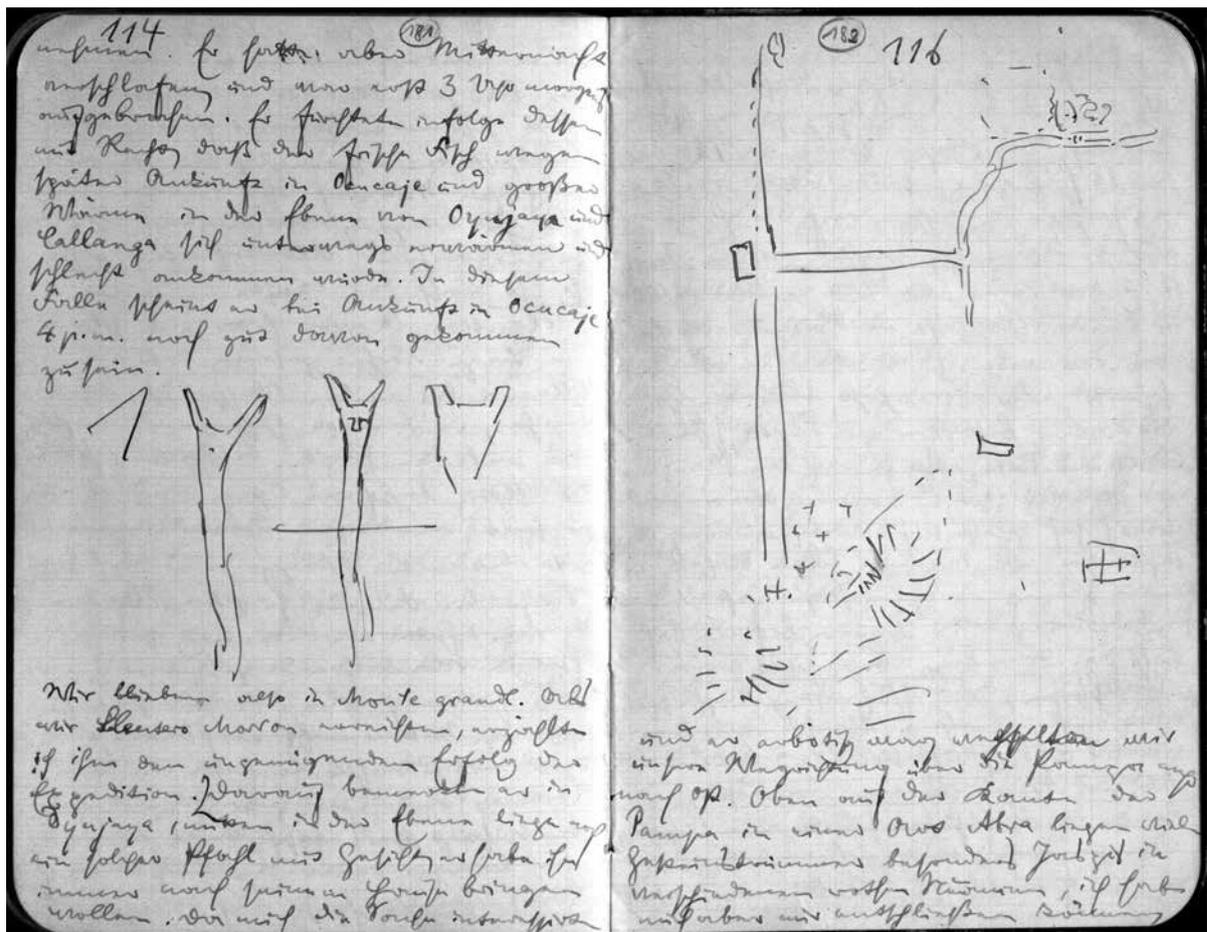


Figura 2. Página de una libreta de apuntes, Ica febrero de 1901, Instituto-Iberoamericano (N-0035 w 291).

⁵ La colección de legados y manuscritos del IAI también contiene un pequeño legado de su esposa. Uhle conoció a su esposa durante su estadía en Philadelphia en 1903.



Figura 3. Caricatura de Max Uhle por Cornelio Crespo, Cuenca: “Listo para una excursión arqueológica”, Instituto Iberoamericano (N-0035 I 14).

datan desde sus estudios en Berlín, pasando por sus viajes en Europa y sus investigaciones en Argentina, Bolivia, Perú, Chile y Ecuador (figuras 2, 3) (Loza, 2004). Estudios actuales han demostrado que dichas libretas también contienen información sobre la arqueomusicología americana (Gudemos, 2006).

La mayor parte de los planos arqueológicos fueron publicados por Wolfgang Würster (Würster, 1999), pero todavía algunos quedan inéditos. De la misma manera, muchos de los bocetos y dibujos de Uhle aún no han logrado salir a la luz. La constante correspondencia que guardaba Max Uhle con sus colegas encierra también una gran relevancia para investigaciones etnográficas, lingüísticas, arqueológicas, históricas y biográficas y es, al

mismo tiempo, una importante fuente de información para la historia de la ciencia, como por ejemplo, en lo concerniente al desarrollo de la arqueología nacional en Perú (Hampe Martínez, 1998; Kaulicke, 2001) y Chile (Erhardt, 1998), o para trabajos sobre redes intelectuales. Las cartas de su esposa y familia contienen datos desconocidos. Todo este material no fue accesible para John Howland Rowe⁶ (Rowe, 1954) mientras escribía la biografía de Max Uhle, la misma que, aunque se trata sin duda de una obra muy importante, carece por la misma razón de un acercamiento más personal a la figura del científico, acercamiento que la información contenida en las libretas y cartas (Kaulicke, 1998, 2001) hubiera hecho posible.

⁶«Uhle is an important enough figure in the history of anthropological field work to deserve a full biography. The task of doing Uhle real justice, however, is more than I can undertake at the present...» (Rowe 1954, Preface). «...it would be even more valuable to publish his letters...» (Rowe 1954, p. 25).

Las casi 5.000 fotografías y la amplia colección de postales documentan de manera impresionante tanto las áreas de interés de Uhle como sus viajes por Sudamérica. Entre ellas se puede encontrar imágenes que contienen una gran importancia científica para la arqueología, historia de ciudades y del medio ambiente, etnología y antropología visual (fotos de excavaciones, ruinas, objetos arqueológicos, colecciones de museos, paisajes, personajes, fiestas, ciudades, edificios, indígenas, viajes, etc.). Dicha recopilación contiene

también obras de otros fotógrafos como Max T. Vargas (Arequipa) y ENHER (Mapuche de Chile).

Esperamos que teniendo como base este amplio legado y en cooperación con otros investigadores e instituciones internacionales, se haga posible tanto la publicación de los documentos inéditos sobre estudios arqueológicos y lingüísticos, como el trabajar nuevamente en la biografía del científico alemán y realizar, asimismo, una exposición con su abundante y valioso acervo fotográfico.

ANEXO

Algunos ejemplos de manuscritos inéditos del legado Uhle en el Instituto Ibero-Americano de Berlín (IAI) (ver también Wolff 2003).

- Felsinschriften in Argentinien, Chile und Peru, (sin fecha) 6 p [N-0035 w 536]
 Über die durchbohrten Steine in Chile, (sin fecha) 6 p [N-0035 w 535]
 Die Reiche von Cundinamarca, 1885 [N-0035 w 108]
 Uro-Grammatik I, 1893 [N-0035 w 38]
 Uro-Grammatik II, 1893 [N-0035 w 39]
 Die Ruinen von Moche, 1900, 327p [N-0035 w 46]
 The ruins of Moche, 1903, 272 p [N-0035 w 48]
 Die Ruinen von Marca Huamachuco, 1900, 97p [N-0035 w 26]
 The ruins of Marca Huamachuco, 1903, 84 p, [N-0035 w 28]
 Das Thal von Chincha, 1900, 102p, [N-0035 w 29]
 Das Thal von Ica, 1901, 117p, [N-0035 w 23]
 The valley of Ica, 1903, 97 p [N-0035 w 25]
 Pueblo Nuevo, 1901, 51 p [N-0035 w 33]
 Inca Ruinen des Thales von Pisco, 1901, 104p [N-0035 w 35]
 Huaitará, 1901, 49 p [N-0035 w 20]
 Los bailes de los aimara, 1907, 66p [N-0035 w 14]
 Hallazgos arqueológicos en la Isla de San Lorenzo, Lima 1907, 13p, [N-0035 w 76]
 Über die Scheidung von Inca und Tiahuanaco, 1909 [N-0035 w 18]
 Das alte Peru, 1910, 28p [N-0035 w 63]
 Die Muschelhügel von Ancón, Santiago 1910, 9 p [N-0035 w 218]
 Innere Gliederung Cuzcos nach den Aillus von Cobo, 1911, 69p [N-0035 w 121]
 Excavaciones en el cementerio de Chunchuri, Santiago 1912, 28p [N-0035 w 147]
 Changos und Pisagua, 1913, 378p [N-0035 w 17]
 Excavaciones en Punta de Tetinos, 1913, 22 p [N-0035 w 43]
 Die Muschelhügel von Taltal, 1918, 81 p [N-0035 w 61]
 Los petroglifos en el valle de Lluta, 1919 [N-0035 w 32]
 Los Chimús y su lengua, 1922, 9p [N-0035 w 191]
 Chimborazo, 1928, 15p [N-0035 w 13]
 Apuntes arqueológicos acerca de la isla de Puná, Guayaquil 1929 [N-0035 w 210]
 Puná, 1929, 185p [N-0035 w 212]
 Paracas, 1930, 49p [N-0035 w 148]

BIBLIOGRAFÍA

- BANKMANN, U. (1995). Max Uhle (1856-1944) und die Archäologie Amerikas. *Jahrbuch Preußischer Kulturbesitz*, 31, 251-271.
- BANKMANN, U. (1998). Aufbruch und Rückkehr - Die Berliner Zeit im Leben Max Uhles. *Indiana*, 15, 11-36.
- BAYER, L. (2003). Max Uhle y su doctorado en la Universidad de Leipzig, Alemania. *Investigaciones Sociales*, VII, 11, 107-120.
- ERHARDT, H. (1998). Max Uhle en Chile (1911-1919). Sus aportes pioneros al estudio del Precerámico costeno. *Indiana*, 15, 107-138.
- FISCHER, M. (2001). 'Vergessene Sammlungen' im Ethnologischen Museum Berlin. En Wolff, G. (Ed.), *Die Berliner und Brandenburger Lateinamerikaforschung in Geschichte und Gegenwart. Personen und Institutionen*, (pp. 149-162). Berlin: Wissenschaftlicher Verlag.
- GLIECH, O. (2003). Der Staatssicherheitsdienst der DDR, das Ibero-Amerikanische Institut und seine verschwundenen Buchbestände 1945-1969/70. En: Liehr, R.; G. Maihold & G. Vollmer (Eds.), *Ein Institut und sein General. Wilhelm Faupel und das Ibero-Amerikanische Institut in der Zeit des Nationalsozialismus*, (pp. 525-570). Berlin: Bibliotheca Ibero-Americana, 89.
- GUDEMOS, M. (2006). Los estudios en arqueomusicología americana y la información de Max Uhle en sus notas manuscritas. *Indiana*, 23, 229-282.
- HAMPE MARTÍNEZ, T. (1998). Max Uhle y los orígenes del Museo de Historia Nacional (Lima, 1908-1911). *Indiana*, 15, 139-165.
- HÖFLEIN, M. (2001). Max Uhle in Ecuador: 1919-1933. En Wolff, G. (Ed.), *Die Berliner und Brandenburger Lateinamerikaforschung in Geschichte und Gegenwart. Personen und Institutionen*, (pp.329-347). Berlin: Wissenschaftlicher Verlag.
- HÖFLEIN, M. (2002). *Leben und Werk Max Uhles. Eine Bibliographie*. Ibero-Bibliographien, 1.
- KAULICKE, P. (1998). Releer a Uhle. Comentarios y lecturas. En Kaulicke, P. (Ed.), *Max Uhle y el Perú antiguo*, (pp. 179-202). Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- KAULICKE, P. (2001). Auswirkungen Uhles auf die Archäologie Perus. En Wolff, G. (Ed.), *Die Berliner und Brandenburger Lateinamerikaforschung in Geschichte und Gegenwart. Personen und Institutionen*, (pp. 349-360). Berlin: Wissenschaftlicher Verlag.
- LIEBSCHER, V. (1999). Reisen und Werk Max Uhles 1892-1911/Viajes y obra de Max Uhle de 1892-1911. En: Wurster, W. W. (Ed.), *Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Planos de sitios arqueológicos en el área andina*, (pp. 43-87), Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 56.
- LOZA, C. (2004). Itinerarios de Max Uhle en el Altiplano Boliviano. Sus libretas de expedición e historia cultural (1893-1896). *Indiana, Suplemento 15*.
- MASSON, P. & G. KRAUSE (1999). Max Uhle (1856-1944): Archäologie und Kulturgeschichte/Max Uhle (1856-1944): Arqueología e historia cultural del área andina como obra vitalicia. En Wurster, W. W. (Ed.), *Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Planos de sitios arqueológicos en el área andina*, (pp. 7-41), Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 56.
- ROWE, J. H. (1954). *Max Uhle, 1856-1944. A memoir of the father of Peruvian archaeology*. University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 46,(1).
- WOLFF, G. (2003). Der Nachlass Max Uhle im Ibero-Amerikanischen Institut Berlin. En Born, J. (Ed.), *Peru zur Jahrtausendwende*, (pp. 215-225). Dresden: Thelem.
- WOLFF, G. (2004). Ibero-Amerikanisches Institut. En Lehmann, K. D., G. Schauerte & U. B.Ullrich (Eds), *Kulturschätze - verlagert und vermisst. Eine Bestandaufnahme der Stiftung Preußischer Kulturbesitz 60 Jahre nach Kriegsende*, (pp. 84-85). Berlin: Stiftung Preußischer Kulturbesitz.
- WURSTER, W. W. (Ed.) (1999). *Max Uhle (1856-1944). Pläne archäologischer Stätten im Andengebiet/Planos de sitios arqueológicos en el área andina*, Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 56.